

ORLANDO FALS BORDA

UNA SOCIOLOGÍA SENTIPENSANTE PARA AMÉRICA LATINA

**VÍCTOR MANUEL
MONCAYO**
(antología y presentación)



CLACSO



siglo veintiuno
editores

Sociología
y
política

Antologías del Pensamiento Social
Latinoamericano y Caribeño

Director de la colección
Pablo Gentili

Coordinadora académica
Fernanda Saforcada

Coordinador editorial
Lucas Sablich

Diseño de la colección
Marcelo Giardino

Una sociología sentipensante para América Latina

Orlando Fals Borda

Antología y presentación
Víctor Manuel Moncayo



siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial

LEPANT 241-243, 08013 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

JA76

F37

2015

Fals Borda, Orlando

Una sociología sentipensante para América Latina / Orlando Fals Borda ; antología y presentación, Víctor Manuel Moncayo. — México, D. F. : Siglo XXI Editores ; Buenos Aires : CLACSO, 2015.

492 p. (Sociología y política)

ISBN-13: 978-607-03-0679-2

1. Sociología política. 2. América Latina – Condiciones sociales – Siglo XX. 3. América Latina – Política y gobierno – Siglo XX.
I. Moncayo, Víctor Manuel, prologuista. II. t. III. Ser

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

Primera edición, 2015

© Siglo XXI Editores, S.A. de C.V.

© Orlando Fals Borda

isbn 978-607-03-0679-2

en coedición con

© CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-

Conselho Latino-Americano de Ciências Sociais

Av. Callao 875, piso 5° C1023AAB Ciudad de Buenos Aires-Argentina

Tel.: (54-11) 4811-6588 Fax: (54-11) 4812-8459

www.clacso.org; clacso@clacso.edu.ar

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

Presentación. Fals Borda: hombre hicoteta y sentipensante.....	9
<i>Víctor Manuel Moncayo</i>	

ANTOLOGÍA DE ORLANDO FALS BORDA

I. ALGUNOS RECUERDOS DE MIS PRIMEROS AÑOS

Mis primeros años	25
-------------------------	----

II. LA CUESTIÓN AGRARIA, CANTERA DE INVESTIGACIÓN

Conducta política como reflejo de lo agrario (1957).....	35
La descomposición del campesinado (1975)	57
Los embrujos del Sinú/Riqueza agrícola y explotación humana (1986)	81

III. LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

El conflicto, la violencia y la estructura social colombiana (1962)	137
Introducción a <i>La violencia en Colombia</i> , Tomo II (1963)	165

IV. CIENCIA Y PRAXIS

La crisis, el compromiso y la ciencia (1970)	219
Cómo investigar la realidad para transformarla (1979)	253
Experiencias teórico-prácticas (1998)	303
El Tercer Mundo y la reorientación de las ciencias contemporáneas (1990)	367

V. LA SUBVERSIÓN

La subversión justificada y su importancia histórica (1968)	385
Las revoluciones inconclusas en América Latina (1968)	395
Elementos ideológicos en el Frente Unido de Camilo Torres, ayer y hoy (2006)	419
Prólogo a <i>La subversión en Colombia</i> (1967)	431
Lo que va de ayer a hoy y el ritmo social de la historia (2008)	439
Epílogo a <i>La subversión en Colombia</i> (2008)	461
 Bibliografía básica de Orlando Fals Borda	 489

PRESENTACIÓN

FALS BORDA: HOMBRE HICOTEA Y SENTIPENSANTE

*Víctor Manuel Moncayo*¹

En conversación sostenida 10 meses antes de su fallecimiento,² el maestro Orlando Fals Borda hizo de nuevo alusión, con muchos detalles anecdóticos, al vocablo *sentipensante*, con el cual hemos querido calificarlo para arropar los textos que se reúnen en este libro, que representa el homenaje que CLACSO no pudo rendirle en vida, como era su propósito.

En la cultura del Caribe colombiano, y más específicamente de la cultura ribereña del río Grande de La Magdalena que rinde

¹ Profesor e investigador en teoría política y del derecho. Fue rector de la Universidad Nacional de Colombia, de la cual es profesor emérito. Es autor de numerosos libros y artículos, entre los cuales se destaca su más reciente obra, titulada *El Leviatán derrotado*.

² Orlando Fals Borda falleció en Bogotá D.C. el 12 de agosto de 2008. El viernes 19 de octubre de 2007, en conversación con Rafael Bassi, a propósito del compositor José Benito Barros, se extendió en referencias a la cultura popular del Caribe colombiano y, en particular, al hombre-hicotea y al concepto de *sentipensante*. Véase diario *El Herald*o, Barranquilla, 8 de diciembre de 2008.

sus aguas al mar Atlántico, el *hombre-hicotea*³ que sabe ser aguantador para enfrentar los reveses de la vida y poder superarlos, que en la adversidad se encierra para volver luego a la existencia con la misma energía de antes, es también el hombre *sentipensante* que combina la razón y el amor, el cuerpo y el corazón, para deshacerse de todas las (mal) formaciones que descuartizan esa armonía y poder decir la verdad, tal y como lo recoge Eduardo Galeano en el *Libro de los abrazos*, rindiendo homenaje a los pescadores de la costa colombiana.

Fals Borda, en el fandango o rueda de cumbión de su vida —para rememorar igualmente el sentido colectivo de la música y de los bailes que son expresión de las combinaciones étnicas presentes en las tierras de Loba y del San Jorge, de la Mojana y la Depresión Momposina, que siempre admiró y ponderó por su riqueza autóctona—, en muchas ocasiones como la hicotea hubo de internarse en la reflexión para renacer y reaparecer sentipensante en la acción decidida y enérgica.

Así entendemos sus años iniciales de formación académica y de investigación empírica, que lo llevaron luego a abrazar románticamente la posibilidad de una transformación de la estructura agraria⁴ y a contribuir de manera esencial a ese verdadero hito del análisis social e histórico que constituye *La violencia en Colombia*,⁵ por cuyo contenido fue satanizado por las clases y sectores dominantes.

El mismo signo tiene el momento en que se vio forzado a separarse de la primera escuela de sociología en Latinoamérica, que había fundado y organizado en la Universidad Nacional de Colombia, en compañía de su entrañable amigo, el inolvidable cura Camilo Torres, de la cual emerge con fuerza en múltiples

³ Noción explicada por el propio Fals Borda en la conversación citada.

⁴ Nos referimos, entre otros textos, a la obra *El hombre y la tierra en Boyacá: bases sociológicas e históricas para una reforma agraria* (Bogotá, Antares-Editiones Documentos Colombianos, 1957), de la cual incluimos en este libro el capítulo XI.

⁵ *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*, t. I, Bogotá, Tercer Mundo, 1962.

empresas de investigación, acción y participación⁶ con las comunidades indígenas, campesinas y, en general, populares, y con grupos de pensamiento articulados alrededor de La Rosca de Investigación y Acción Social, la revista *Alternativa*, la Fundación para el Análisis de la Realidad Colombiana (Fundarco) o la Editorial Punta de Lanza.

Idéntico carácter lo encontramos en la circunstancia represiva de esa otra “seguridad”, llamada entonces “nacional”, de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, que los llevó a prisión a él y a su compañera María Cristina Salazar, de la cual también salió fortalecido para unirse a los grupos y movimientos que luchaban por la liberación de los presos políticos, contra el estado de sitio y el Estatuto de Seguridad, hasta llegar a la Constituyente de 1991, que escuchó su voz en favor de las heterogéneas comunidades que la categoría nacional del capitalismo ahoga y somete, como lo evidencia su preocupación permanente por la redefinición del ordenamiento territorial que, a pesar de estar consagrado normativamente, aún no ha podido tener siquiera un mínimo desarrollo, y para asumir posteriormente el compromiso con un nuevo proyecto de izquierda democrática,⁷ al cual sirvió hasta el momento de su muerte.

Y el mismo rasgo lo observamos en aquella última emergencia hospitalaria que por horas lo alejó de la vida, de la cual, como él mismo lo dijera, “los médicos me resucitaron [...] para poder actualizar mi libro *La subversión en Colombia*”, actualización que constituye uno de sus últimos escritos.⁸

⁶ Como es sabido, Fals Borda construyó una tendencia metodológica en ciencias sociales, conocida como investigación-acción-participación (IAP).

⁷ Se trata del Partido Polo Democrático Alternativo (PDA), del cual fue presidente honorario hasta su muerte.

⁸ Véase la misma conversación mencionada en la nota 1. El maestro Fals Borda, tras participar en una manifestación política, se vio afectado por la lluvia que le causó una neumonía. Fue llevado a un hospital, donde lo declararon muerto y en tal condición lo trasladaron a la morgue. Por fortuna su sobrina médica observó que aún tenía signos vitales y luego de un tratamiento de choque volvió a la vida. El texto de esa actualización del libro *La subversión en Colombia* se incluye en el presente libro.

Por esas razones, entre muchas otras, Fals Borda adelantó tanto una obra teórica como una acción política, que se extiende y cubre de manera cualificada buena parte de la historia nacional colombiana, como lo es la segunda mitad del siglo XX y los inicios angustiosos de este siglo XXI que hemos empezado a trasegar, que desarrolló hasta los últimos momentos de su existencia, pues, como buen costeño sentipensante, por encima de sus desfallecimientos físicos siempre se imponía su vitalidad revolucionaria y su compromiso social.

Es así como, siendo su obra tan vasta, amplia y multiforme, entendimos que desbordaba las posibilidades mismas de la reducción antológica, y que lo importante no era pretender reunir los que consideráramos como principales escritos, sino más bien mostrar a los lectores los elementos centrales de su trayectoria vital, como la mejor invitación a estudiarlo. Por ello, lo que se encuentra reunido en este libro es una simple colección de textos que muestran, de alguna manera, su itinerario teórico-político, con las obvias limitaciones, dificultades y deficiencias de toda selección. No es, por lo tanto, ni siquiera un esbozo de su biografía intelectual, que otros con rigor, conocimiento y suficiencia vienen adelantando.⁹

En lo puramente biográfico, optamos por incluir unas notas inacabadas del propio maestro,¹⁰ que sólo nos llevan hasta el umbral del comienzo de sus estudios universitarios en los Estados Unidos de América, adelantados gracias a una beca que logró conseguir su madre, y en el transcurso de los cuales estudió también música, piano y canto, y hasta llegó a integrar el grupo de tenores de la Universidad, de manera tal que, según su propia expresión, “lo sociológico fue uniéndose al arte”.

Para dar cuenta de su etapa inmediatamente posterior, nada mejor que uno de sus textos en que se muestra convertido en ver-

⁹ Nos referimos, por ejemplo, a los trabajos que en este sentido realiza el investigador colombiano Alexander Pereira Fernández, de quien se publicó el artículo “Orlando Fals Borda: la travesía romántica de la sociología en Colombia”, en la revista *Crítica y Emancipación*, N° 3, Buenos Aires, CLACSO, 2009.

¹⁰ Páginas que gentilmente nos ha suministrado Alexander Pereira Fernández.

dadero “campesino de los Andes”,¹¹ como es el título de la que es considerada como primera obra de la sociología colombiana, fruto de su investigación empírica y participativa en la población de Saucío. Se trata del capítulo del libro *El hombre y la tierra en Boyacá*, escrito luego de aquella investigación pionera, que contiene el esquema de sus ideas para una reforma agraria, con la cual se comprometió, en la creencia, luego rectificada, de que era posible una transformación desde arriba, gracias a una acción ilustrada que moviera a algunas elites hacia la modernización.

Sin duda ese fue el primer enfrentamiento con la realidad, fue la cantera inicial de sus investigaciones y de sus posiciones teórico-políticas. Como muchos lo han advertido, encontramos en ese momento a un Fals Borda que ha abrevado en la escuela estructural-funcionalista y que, siéndole fiel, empieza por el estudio de caso, pero que se sitúa a mitad de camino entre la teoría y el empirismo propiamente dicho, para unirse a la tendencia de muchos otros sociólogos latinoamericanos de corte demoliberal y evolucionista, del indispensable tránsito de lo tradicional a lo moderno.

A partir de lo que representaron esos primeros pasos, Fals Borda completa su panorama del problema nacional agrario, contribuyendo a su historia,¹² incluso planteando el análisis en términos de modos de producción, así no pueda afirmarse que se haya aproximado en ese momento a la obra de Marx. Se trata de una construcción muy propia, cuya apoteosis se encuentra en *La historia doble de la costa*, de la cual incluimos apenas una pequeña muestra, sobre todo para subrayar la metodología del doble canal que, en términos de la musicalidad que afloraba siempre en sus escritos, le otorgaba al análisis un carácter “estereofónico”.¹³

¹¹ En la misma conversación mencionada en la nota 2, Fals Borda decía que “en esos años fue tanta la compenetración con los habitantes de los altiplanos cundiboyacense y nariñense, que cuando abandonó la zona de Saucío se encontró vistiendo la típica ruana paramuna, hablando con el ‘acento rústico’ de los campesinos, segando trigo, extrayendo papas de la tierra y jugando turmequé”.

¹² *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, Punta de Lanza, 1975.

¹³ *Historia doble de la costa*, Bogotá, Carlos Valencia, 1986, de la cual hemos in-

En efecto, como bien lo explica uno de sus biógrafos, la *Historia doble* es una verdadera obra de sociología histórica escrita “desde el punto de vista de los vencidos”, en la cual de “una manera polifónica [...] se intercalan las voces del autor con las de los sujetos investigados, al modo de un canto coral, música en la que Fals Borda era experto”.¹⁴

Cuestión muy distinta es la que tiene que abordar Fals Borda en el conjunto de análisis y estudios sobre la violencia liberal-conservadora,¹⁵ aunque tiene una necesaria conexión lógica con sus preocupaciones agraristas iniciales. Podría decirse que en ese momento encuentra los límites del método estructural-funcional, pues aunque lo utiliza como ejercicio teórico-conceptual, reconoce la necesidad de “coordinar” esa orientación con las teorías del conflicto y de los valores sociales, lo que lo lleva a apreciar, por ejemplo, cómo “la violencia dejó su antifaz político y tomó un cariz eminentemente económico”, e incluso a vislumbrar, de manera premonitoria, que esa violencia estudiada encerraba “las bases del nuevo conflicto que en sus cauces cismogenéticos normales ya se está gestando” y que en el fondo se trataba de “los mismos temas de antes de la ‘violencia’ pero en otro contexto”.¹⁶

Esa premonición la confirma al analizar el impacto causado por el primer volumen de *La violencia en Colombia*: “En muchas regiones donde parece muerta, la violencia sigue viva en forma latente, lista a expresarse por cualquier motivo, como las brasas que al revolverse vuelven a encenderse”.¹⁷ Fals Borda disecciona todas las opiniones negativas y positivas sobre el primer volumen

cluido en esta antología el capítulo 5, titulado “Los embrujos del Sinú. Riqueza agrícola y explotación humana”.

¹⁴ Alexander Pereira Fernández, “Orlando Fals Borda: la travesía romántica de la sociología en Colombia”, *op. cit.*

¹⁵ *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*, t. I, *op. cit.*

¹⁶ Véase el capítulo XIII de *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*, t. I, *op. cit.*, incluido en este libro.

¹⁷ Véase “Introducción” a *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*, t. II, Bogotá, Tercer Mundo, 1964. Este segundo tomo ha sido reeditado por Taurus (Bogotá, 2005).

de la obra, para concluir, siguiendo a Lerner, que la publicación había sido trascendente por muchas razones, pero en especial porque desnudó cómo la violencia entraba en una peligrosa etapa latente que contenía la semilla de futuros problemas sociales: no se reconocía, sino que se negaba, y por esa vía se racionalizaba “la inercia culpable de no poder actuar eficazmente en la solución de los problemas básicos de estructura que están en la raíz del fenómeno. Pues mientras no se resuelvan tales problemas, seguirá la violencia en sus múltiples formas”.¹⁸

Esta posición política no sólo la asumió en ese escrito, sino, en forma simultánea, en unión con otros intelectuales que por la época conformaron una “Comisión de Paz Independiente”, al reaccionar a la negativa gubernamental que les negó el permiso para entrevistarse con los campesinos insurgentes de Marquetalia, en unos términos que bien podrían repetirse hoy frente a la realidad del conflicto no resuelto en que está sumida la sociedad colombiana:

Puede ser que no se reanude el holocausto de vidas y bienes que acompaña a la violencia. Violencia cuyas causas no residen fundamentalmente en factores como la propaganda de ideología alguna, sino en la miseria y el desamparo en que se ha mantenido a gran parte de la población colombiana. Cualquier tipo de acción que se proponga para la reincorporación de estas áreas a la vida normal del país, lejos de ser represivas, deben partir de la elemental defensa de los derechos humanos, dando prelación al plan que vaya a la raíz económica y social del fenómeno.¹⁹

Sin ser lineales ni mucho menos deterministas, el efecto de sus intervenciones investigativas, en especial aquella sobre la violencia en Colombia, aguza en Fals Borda su urgencia por racionalizar el papel que como intelectual debía desplegar frente al orden social vigente. Asume, en consecuencia, una revisión ri-

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Diario *El Espectador*, Bogotá, 3 de mayo de 1964.

gurosa de las tendencias de la “sociología comprometida”, de la mano de los protagonistas de la época en el campo de las ciencias sociales²⁰ y de instituciones pioneras en ese campo, como los espacios académicos organizados en las universidades de Argentina y Venezuela, similares al que había contribuido a formar en la Universidad Nacional de Colombia, o en centros especializados como FLACSO en Santiago de Chile, CLACSO en Buenos Aires o el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais de Rio de Janeiro. Repasa las tendencias metodológicas de “observación-participación”, de “observación-intervención” y de “observación-inserción”; se acerca a las tendencias del “compromiso”, en diálogo con las obras de Sartre, Marcuse y Gorz. En fin, apunta a la construcción de su método investigación-acción-participación, que luego elabora, insinuándose ya en su obra una mayor aproximación a la de Marx, pues al fin y al cabo encuentra en las *Tesis sobre Feuerbach* la primera articulación formal del paradigma de la ciencia social crítica. Si pudiera hablarse de ruptura, es en ese tiempo cuando se produce, para luego dar los frutos que se recogen en el Simposio Mundial de Cartagena, Crítica y Política en Ciencias Sociales, celebrado en 1977, y que se presentan igualmente en otros textos incluidos en esta obra.²¹

Paralelamente, Fals Borda entiende la importancia de mirar el conjunto de la problemática latinoamericana en términos de sus procesos revolucionarios inconclusos, lo que le permite encarar, en toda su crudeza, el valor altruista de la subversión. Hay en esta nueva perspectiva una gran distancia frente al evolucionismo

²⁰ En el capítulo 4, “La crisis, el compromiso y la ciencia”, de la obra *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, Nuestro Tiempo, 1970, incluido en este libro, Fals Borda menciona su acercamiento a los trabajos de Luiz A. Costa Pinto, Jorge Graciarena, Torcuato S. di Tella, Rodolfo Stavenhagen, Pablo González Casanova, Eliseo Verón, Theotonio dos Santos y Aldo Solari, entre otros.

²¹ Nos referimos a: a) “Cómo investigar la realidad para transformarla” (introducción al libro *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla*, Bogotá, Tercer Mundo, 1979). b) “Experiencias teórico-prácticas” (parte III del libro *Participación popular: retos del futuro*, Bogotá, ICFES-IEPRI-Colciencias, 1998) y c) “El Tercer Mundo y la reorientación de las ciencias contemporáneas” (en revista *Nueva Sociedad*, N° 107, mayo-junio de 1990).

demoliberal de los años cincuenta, que tiene ahora como telón de fondo la preocupación por la causas estructurales del conflicto que le revelaron los estudios sobre la violencia en Colombia, para aseverar que “muchos subversores no pretenden ‘destruir la sociedad’ porque sí, como un acto ciego y soberbio, sino más bien reconstruirla, según novedosas ideas y siguiendo determinados ideales o ‘utopías’, que no acoge la tradición”.²² Hay, por lo tanto, espacio para su propuesta de socialismo raizal, y para ambicionar un *quinto orden* que nos libere de la “boa constrictor de la guerra” y que detenga “la espiral de nuestra violencia ancestral”.

Fals Borda era ante todo optimista, y en este estado emocional vivió hasta el fin de sus días, pues entendía que

A diferencia de aquellas viejas generaciones centristas acomodadas, la *generación activa y sentipensante* actual ha logrado acumular prácticas y conocimientos superiores sobre la realidad nacional y puede actuar mejor en consecuencia. No ha temido salir al terreno a pesar de los peligros e incomprensiones, y volver a aprender con gusto y ánimo sobre nuestro especial entorno tropical, combatiendo el tradicional colonialismo intelectual y político ante los nortños, y redescubriendo las culturas y tradiciones regionales y provinciales de nuestros pueblos de origen: los aborígenes, los afrocolombianos, los campesinos antiseñoriales provenientes de España, y los colonos internos. Y son respetuosos de los valores fundamentales de éstos, que debemos remozar y proyectar hacia el presente y el futuro, como pegante ideológico del socialismo raizal o Kaziayadu que adviene sin tregua.²³

²² Véase “La subversión justificada y su importancia histórica” (capítulo 1 del libro *Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968), “Las revoluciones inconclusas en América Latina” (capítulo 5 del libro homónimo), y “Elementos ideológicos en el Frente Unido de Camilo Torres, ayer y hoy” (en *Camilo, 40 Aniversario*, Bogotá, 2006. Consulta electrónica: “Camilo Torres, 40 aniversario. Un vino por Camilo”, en <http://www.internacionalistas.net/camilo/index.html>).

²³ “Lo que va de ayer a hoy y el ritmo social de la historia” (prólogos de 1967 y 2008 y epílogo de 2008 al libro *La subversión en Colombia: el cambio social en la historia*, Bogotá, FICA/CEPA, 2008, texto incluido en este libro.

Ése es, a grandes rasgos, el maestro Fals Borda que conocimos solamente de nombre cuando ingresamos a la Universidad Nacional, en aquel momento en que construía la primera escuela de sociología de Colombia y Latinoamérica, a comienzos de los años sesenta; que leímos después cuando volvió a encenderse el conflicto colombiano a partir de las brasas no extinguidas de la primera violencia, como proféticamente lo advirtió desde 1964, y a quien, ya en los últimos años, acompañamos en sus tareas sin tregua de su incancelable compromiso político con la transformación necesaria de la sociedad colombiana.

Ése es el hombre hicotea y sentipensante a quien tuve el orgullo de dirigirme en la siempre recordada noche del 22 de septiembre de 2002, en la conmemoración de un aniversario más de nuestra Alma Máter, con estas palabras que quiero repetir a manera de colofón de esta sencilla presentación de algunos de sus textos:

Maestro: usted ha vivido en esta universidad hace más de 40 años y la ha hecho vivir con su práctica siempre comprometida. Quienes lo conocimos allí, al frente de la otrora Cafetería Central, en la naciente Facultad de Sociología, al lado de Camilo, Umaña, Pears y otros más, oíamos las dudas que siempre existen para los desinformados o maledicentes, que se apoyaban en su formación en universidades estadounidenses o en sus convicciones religiosas para, de manera irresponsable, vincularlo a agencias extranjeras. Qué gran mentís supo darles a esas absurdas conjeturas. Supo quién fue Camilo, a quien recordamos ahora en este último ejemplar de la serie de historia de la Universidad, y frente a su opción respetó su convicción, pues conocía su fe altruista en la bondad final e intrínseca del cumplimiento de su deber como sacerdote y como colombiano en la lucha por la justicia social, como nos lo recordó hace unos años. Ha sido muchas veces “punta de lanza”, claro está no violenta, de muchas acciones y organizaciones sociales y políticas, siempre asociadas a la investigación social que, como ahora, cuentan con su compromiso insospechable, como nos lo recordaban algunos académicos hace unas semanas, cuantas alternativas ha promovido y cuantas más esperan contar con su experiencia y

su sapiencia. En estos momentos de confusión, su voz y su acción siguen siendo definitivas. La Universidad se enorgullece de tenerlo entre los suyos y por eso lo enaltece una vez más.²⁴

²⁴ Aparte de la intervención del autor de esta presentación, en su condición de rector de la Universidad Nacional de Colombia, en la fecha indicada, con ocasión del ingreso del maestro Fals Borda a la Orden del Rector Magnífico Gerardo Molina. Véase Víctor Manuel Moncayo, *Universidad Nacional: espacio crítico. Reflexiones acerca de una gestión rectoral*, Bogotá, Aurora, 2005, p. 79.

ANTOLOGÍA DE
ORLANDO FALS BORDA

I. ALGUNOS RECUERDOS DE MIS PRIMEROS AÑOS¹

¹ Notas autobiográficas inacabadas, suministradas por el investigador Alexander Pereira.

MIS PRIMEROS AÑOS

Mis más tempranos recuerdos se sitúan en el gran edificio blanco de dos pisos, con bello jardín y amplio patio sombreado de cauchos y almendros, del internado para estudiantes del Colegio Americano, del que mis padres eran administradores. El internado estaba donde hoy se encuentra el Teatro Colón, en la esquina del callejón del Líbano y la calle del Sello, diagonal a la tienda “El Pacífico” de Cándida Álvarez, mi abuela paterna de origen momposino, que la atendía personalmente.

Son mis dos abuelas, Cándida (*Chacha*) y Anita (*Micha*) las que sobresalen para mí en esa primera época, más que mi madre, María Borda, a quien debo no obstante las posteriores influencias formativas de mi juventud. Debajo de las faldas de las dos abuelas recibí amante protección de la “penca” de mi duro padre Enrique Fals. Éste compensaba misericordioso las “limpias” con fabulosos libros de cuentos y biografías de héroes que publicaba la Editorial Sopena, como las de Viriato y los de la caída de Numancia, que todavía me impresionan.

La Chacha me embelesaba con los dulces de la tienda, en especial con las bolitas de tamarindo, y yo le retribuía ayudándole a repartir y empacar al detal los granos, las panelas y los quesos. La Micha, de la distinguida familia Angulo de Calamar, me enseñó el primer cántico, las líneas iniciales del pasodoble español “Valencia, tierra hermosa”, que yo tarareaba en público,

inexplicablemente según ella, en las ocasiones más inesperadas. A la Chacha también le debo conocer y manejar el autopiano y mi primera excursión en coche. Éste era un convertible Fiat larguísimo que ella le había comprado a su yerno italiano Vicente Carleo para que lo empleara en el transporte desde su finca lechera de Santo Tomás a Barranquilla por el polvoriento camino de Soledad a Palmar de Varela.

No llegué a conocer a mi abuelo paterno, Alfredo Fals y Corona, comerciante de origen catalán que había emigrado a Barranquilla, pasando por Cuba, a principios del siglo, junto con su hermano Enrique, un empresario de toros y casinos, porque había muerto poco después de casarse con Chacha en Magangué. Al abuelo materno, el ingeniero bogotano Carlos Borda Monroy, por sus perennes viajes de prospección de petróleo en la costa, no llegué a conocerlo sino en Barranquilla, poco antes de morir, cuando vivió con nosotros y con sus hijos “naturales”, mis tíos Rita y Toño, durante los últimos meses de su existencia. Lo recuerdo como un patriarca alto y serio que me pedía le llevara los periódicos todos los días. En cambio, sigue viva conmigo la imagen de mi bisabuela Cristina Machado, madre de la Chacha, nacida en Pijiño, cerca de Mompox, una anciana de origen chimila vestida de largo faldón de cumbia, que amasaba y costaba sobre bindes los mejores casabes de yuca del barrio.

Más que los alumnos internos del colegio, mis compañeros de juego eran los hijos de la cocinera negra principal, Estébana, con quienes me las pasaba jugando al trompo, bolitas, carreras y al burro, como cualquier otro niño costeño. No recuerdo de peleas. Aparte de mis cinco hermanos menores, otro grupo infantil lo constituía con mis primos Anaya Angulo, hijos de la tía Toña, hermana de la Micha, y de su esposo el señor Ramoncito, a quien llegué a admirar por su serenidad que, curiosamente, se reflejaba para mí en sus lentes de aro. Más tarde, de uno de los Anaya, Benjamín (*Mincho*), recibí la revelación de la música moderna que tanto me ha atraído desde entonces, con unos discos viejos de Wagner y de la sinfonía de Frank que escuchábamos en su victrola.

Pero el clímax de la emoción venía con las temporadas que pasábamos en la casa del colegio, a la orilla del mar y al borde de las carrileras del tren, en Salgar, a pocos kilómetros de Puerto Colombia. Allí aprendí a nadar y a no tenerles miedo al agua y al sol, a aguantar el jején de las tardes y la picazón del aguamala. Recuerdo en especial a un niño pescador mayor que yo, con quien me la pasaba jugando en el mar y haciendo excursiones al cercano castillo (las ruinas del edificio de la aduana) por un empinado camino lleno de pringamozas. Él fue una de las primeras personas distintas de mi familia a quien llegué a querer. Quizás premonitorio de las relaciones con gente humilde de mi tierra y de los Andes que fui desarrollando a lo largo de mi carrera profesional.

De pautas represivas de conducta, aparte del “fuate” de mi padre, recuerdo los cuentos de las abuelas sobre aparatos nocturnos, como el jinete sin cabeza que nos obligaba a acostarnos temprano, como ocurrió cuando viajamos con toda la familia en vacaciones a Riofrío, al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta. De resto, mi tío Carlos Borda Angulo, a quien quise mucho, me llevaba al cine al Teatro Rex, donde vimos juntos al furibundo King Kong; e iba con los alumnos internos todos los domingos a la Escuela Dominical de la iglesia presbiteriana de la calle Sello. Allí aprendí a cantar con los himnos congregacionales, algunos de buena inspiración musical por haber sido compuestos por genios como Haydn. Más tarde, ya adolescente, llegaría a ser superintendente de dicha Escuela y a intentar allí algunas innovaciones organizativas, como competencia entre grupos de fieles, que no fueron del total agrado del pastor, don Manuel Escorcía.

No obstante, del reverendo Escorcía recuerdo su hospitalidad por el uso de la mesa de ping-pong y por la victrola, con la que me extasiaba oyendo el Miserere de *El Trovador* de Verdi. Después me alié con el joven violinista Luis Biava, a quien admiraba mucho (y después más como director de la Orquesta Sinfónica Nacional), para que animara los cultos.

Me hice amigo del joven misionero Darrell Parker, poseedor de una bella voz de tenor y director del coro, al que ingresé con gusto. Allí interpretábamos piezas corales excelentes, como las de

Victoria y Palestrina, que no se estudiaban ni en el conservatorio. Cuando regresé de Estados Unidos, yo mismo dirigí el coro de esta iglesia y después de Bogotá, cuando me atreví a interpretar, por primera vez en Colombia, una cantata de Bach: el *Oratorio de Navidad*; se hizo con éxito gracias al apoyo del genial organista Alvin Schutmaat (la viuda de Alvin, Paulina, fundó hace poco la Orquesta Filarmónica de Barranquilla, y me hizo el honor de interpretar una composición mía para violín, parte de un oratorio que compuse no sé cómo, en una de aquellas ocasiones sagradas).

Es mucho, pues, lo que mi musicalidad debe a la Iglesia, en lo que puede ser una segunda dimensión de mi persona, tanto o más satisfactoria que la científica; en realidad pienso que la una me ha ayudado con la otra, si analizamos las estructuras multivocales de algunas de mis obras, que algunos críticos han llamado estereofónicas.

En general, guardo de mis primeros años una sensación de alegre fluidez y amplios horizontes con mucha tolerancia. A ello también contribuyeron las actividades de mis padres: Enrique, dedicado a la enseñanza y al periodismo, en lo que hizo una carrera extraordinaria (aspiró una vez a secretario de Educación del departamento del Atlántico); y María, quien fue fundadora de la Campaña Nacional contra el Cáncer y pionera de programas de radio en Barranquilla sobre cuestiones sociales y culturales, además de escritora de obras teatrales. Recuerdo una que escribió con el título de *Naamán el sirio*, basada en una historia bíblica, que se representó en el comedor del internado con alumnos y alumnas del Colegio Americano, todos ataviados de manera espeluznante, a la manera oriental. Crecí, pues, entre libros y cuadernos, discos, dramas y conciertos, lo cual no deja de explicar mi posterior inclinación intelectual.

Sentí que pasaba de la niñez a la adolescencia cuando mi papá dejó de darme libros de cuentos para pasar a tratados como *Los Vedas* y *Las cantigas de Alfonso el Sabio*. Me resultaron fascinantes porque abrieron el compás de mi visión del mundo. De la misma manera guardo agradecida memoria de mi paso por el Colegio Americano para Varones de Barranquilla, por los profesores y

alumnos que me enseñaron a entender la vida y sus realidades. En especial, el profesor Humberto Ortega, de historia y literatura, para quien preparaba primorosas notas de clase ilustradas con mis propios dibujos; el *Mono* Heberto Martínez y el profesor Patricio Orjuela, prefectos de disciplina, por quienes sentía un gran respeto; el maestro Pedro Biava, padre de Luis, quien me dio las primeras explicaciones directas sobre notación musical, ya que por fin había decidido aprender música solo, leyendo las entradas teóricas de la Enciclopedia Espasa; y el pastor Juan Camargo, organizador de excursiones, quien me abrió los ojos a las realidades geográficas y las riquezas propias de la región caribe.

Al pastor Libreros debo mi primer viaje por el caño del Clarín y salida por mar hasta Santa Marta en una de las lanchas del puerto fluvial (de allí el horrible mareo que todos los excursionistas tuvimos), cuando fuimos hasta Minca para subir a pie hasta Cerro Quemado, en la Sierra Nevada. Fui el único que llevó un diario de campo, donde cada noche fui anotando lo que observaba y datos varios de población y altura sobre el nivel del mar. No recuerdo de dónde me salió la idea, pero fui escrupuloso. Lo cierto es que allí brotó mi primer trabajo etnográfico. Resultó tan presentable, que mi papá lo llevó al diario *La Prensa* para publicarlo, lo cual se hizo. Tal fue mi primera salida como autor.

Siguiendo el buen ejemplo de los trabajos de alcance social de mi mamá, quien llegó a ser todo un personaje nacional e internacional (representó a la mujer colombiana en Chile y otros países), llegué a presidir la Sociedad de Jóvenes Presbiterianos. Organicé una campaña cultural para pagar el viaje de uno de los compañeros, Héctor Valencia, a un congreso nacional. Tanto de Héctor como de otros amigos, como Eugenio Illidge, asimilé técnicas de dirección colectiva: por ejemplo, de ellos aprendí a hablar en público, lo que antes hacía mal y atropelladamente, en la jerga costeña.

Este contacto con el grupo juvenil me ayudó a desarrollar también algunas capacidades ejecutivas. Trabajaba con pocos elementos, de modo que había que improvisar y crear. Así, en algunas fiestas se ofrecía chicha de mamón, aprovechando el fru-

to del árbol que crecía en el patio de la casa. Nos expresábamos también según el talento de cada cual, con recitaciones, cantos, dibujos. Más tarde, cuando me reincorporé al grupo, al regresar de los Estados Unidos, como directivo añadí deportes, dramas (representamos *El avaro* de Molière) y pintura con el maestro Alejandro Obregón, quien entonces comenzaba su espectacular carrera. También colaboró mi compañero de aulas, el futuro novelista Álvaro Cepeda Samudio.

Esta tendencia juvenil a la creatividad y a la informalidad, que sentí apoyada por el tolerante y festivo ambiente barranquillero de la época, me llevó a escribir mi primera y única novela: *El hijo de Bolívar*. En ello volvió a jugar el amor por las abuelas. Micha había quedado ciega por cataratas, y Chacha, en una clásica mecedora, le leía casi todos los días un capítulo seriado de una novela romántica publicada en Madrid. Decidí contribuirles con mi propia producción, lo que las llenó de alegría aunque comprensiblemente no de mucho interés por el tema de ficción histórica que había escogido. No pasé del tercer capítulo. Pero ahora se me hace curioso que ese matrimonio entre imaginación y documentación hubiese aflorado en mí al escribir medio siglo después *La historia doble de la costa*.

Otro personaje influyente en mi vida juvenil de esos años formativos fue don Rafael Borelly, un “anciano gobernante” de la iglesia de la calle del Sello que no sólo prosperó como honrado comerciante, sino también como político, llegando a ser alcalde de Barranquilla a pesar de ser evangélico, algo muy raro en Colombia. Me dio ejemplo de eficacia ejecutiva, desprendimiento económico y amor, no sólo por sus diezmos que constituían la mitad de las entradas de la iglesia, sino porque, cuando mis padres no pudieron sostener por un tiempo a la familia, don Rafa y su esposa Atala me adoptaron como hijo, así que dormía y comía en su casa a la par con los 12 hijos que tenían. Más adelante, la vida y la evolución del país, que toleraría el avance de los no católicos, me darían aquellas mismas oportunidades en la gran política que tuvo don Rafa, a quien recordé por ello en diferentes oportunidades.

Llegó el momento crucial de separarnos de la costa para ir a Bogotá, cuando realicé el primero de muchos viajes por el río Magdalena, esta vez con el resto de la familia, ya que mi padre iba a adelantar estudios en la Universidad Javeriana de Bogotá. De aquel viaje atesoro la alegría de la banda de músicos en el barco, los bailes a bordo encabezados por el capitán Ernesto Mac Causland, la dormida en catres y hamacas al aire libre, la increíble maestría de los prácticos en maniobrar el barco por las noches. Nunca nos varamos.

Una vez en Puerto Salgar, viajamos en tren hasta Villeta, donde papá dispuso pernoctar para aliviar la subida a la sabana y el golpe de frío. Más que el frío, lo que más nos impresionó fue el peso de las cobijas al dormir, y también las pulgas y el puñadito de arroz en las comidas. Pero al llegar a Bogotá obtuve una visión más completa del país y de mi propia familia, al incorporar la parte cachaca representada por los Bordas, quienes nos dieron cálida acogida.

Del Colegio Americano de Bogotá recuerdo una interesante experiencia en autogobierno tolerada por la dirección. Elegimos presidente del cuerpo estudiantil a un futuro dirigente evangélico, Julio Quiroga. Vestía de bombachos mientras que yo todavía iba de pantalones cortos. Conformamos así un senado con representantes de cursos. Admiré a aquellos dirigentes sin saber cómo involucrarme en sus campañas. Mucho después se me darían oportunidades similares en la vida real.

Al pasar el tiempo y el fragoso período de la adolescencia, me sentí todavía como un niño, demasiado amarrado a la casa. De la protección de mis padres, cuyas obligaciones crecían, debía dar el salto a la libertad. Ello se me ocurrió alcanzable sólo siguiendo la carrera militar, que era lo diametralmente opuesto a lo que había venido haciendo. Me propuse hacerme hombre como oficial del Ejército.

Con la generosa comprensión de mis padres, quienes vendieron una pequeña casa que tenían en Las Delicias para ayudarme con los gastos, partí de nuevo hacia Bogotá, esta vez en avión, para presentarme a las pruebas de admisión de la Escuela Militar de

Cadetes. Resultó una aventura muy arriesgada que no medí con cuidado. Sólo gracias a la intervención de mi admirado primo, el escritor Jorge Zalamea Borda, entonces secretario privado del Presidente López Pumarejo, pude entrar a la Escuela. Fue duro para mí, especialmente por el aislamiento que sólo mis primas Bordas aliviaban con sus visitas semanales y los millojos del Palace. Pero nunca me arrepentí de haber ingresado, porque fue allí donde conocí la gran importancia del orden y el íntimo sentido del compañerismo, aparte de que aprendí a convivir con compatriotas de todas partes. Desde entonces no olvidé a mis socios de banca, algunos de los cuales llegaron a generales de la República: Puyana, Matamoros, Matallana, Martín, Valencia Tovar. Fue otra experiencia que enriqueció mi vida, aunque no la llegaría a recomendar a otros.

La salida de la Escuela Militar al siguiente año fue una historia compleja, en la que mi madre tuvo papel definitivo. Ocurrió entonces otra reorientación crucial, pero ya estaba bastante maduro como para adoptarla por mí mismo: en efecto, había dejado atrás no sólo la adolescencia, sino también la provincia.

II. LA CUESTIÓN AGRARIA, CANTERA DE INVESTIGACIÓN

CONDUCTA POLÍTICA COMO REFLEJO DE LO AGRARIO¹

El cuadro que de Boyacá se ha presentado en las páginas precedentes —una pintura del presente con su perspectiva histórica— permite observar a una típica sociedad agraria en un momento crucial: aquel cuando empieza a avanzar de un estado casi estacionario para dar los primeros pasos hacia el progreso moderno y apresurado, hacia el mundo tecnológico. Ahora, al borde de una revolución industrial, Boyacá está experimentando mutaciones en la base social, quizás por primera vez durante los últimos 400 años. Su tradición agraria y conservadora, su pauta de relaciones personales y directas, su familismo y otras formas de conducta, están sufriendo un serio quebranto a medida que el *Wesenwille* o voluntad natural del grupo, lentamente deja lugar al *Kürwille* o voluntad racional, y al paso que los modernos sistemas de comunicaciones y transportes, rompiendo el aislamiento físico y cultural, revitalizan completamente el proceso del cambio social.²

¹ Texto extraído de *El hombre y la tierra en Boyacá: bases sociológicas e históricas para una reforma agraria*, Bogotá, Antares-Ediciones Documentos Colombianos, 1957, pp. 217-235.

² Las nuevas esperanzas de progreso levantadas especialmente por el proyecto de la Siderúrgica de Paz de Río se reflejan en artículos como el de Oliverio Perry, “Hacia un plan integral de la economía boyacense”, en *Economía Colombiana*, año IV, N° 10, febrero de 1955, pp. 35-38.

No significa esto descontar la fuerza de las tradiciones que aferran al boyacense a su pasado; ellas continúan en dramática competencia con las nuevas formas, aunque parece que en esta avalancha llevan todas las de perder. Precisamente, ya que el cambio es inevitable, habría que estudiar las formas de canalizarlo por vías constructivas, salvando en lo posible aquellas cualidades que adornan a la sociedad campesina: el sentimiento de hospitalidad y simpatía, la constancia y la valentía en el esfuerzo, la objetividad en los aspectos prácticos de la vida, el sentido de la seguridad y del honor que se encuentran en las comunidades rurales, la solidaridad familiar, la honestidad, la fe en el Todopoderoso. Tratar de detener este proceso de cambio, sea por la violencia, por la acción política o por otros medios, sería no sólo contraproducente, sino causa de traumas colectivos, de resistencia y de tensiones insoportables.

El capítulo anterior, acerca de la estructura del grupo ecológico, describe contracciones y expansiones de comunidades que bien recuerdan a la amiba, en la lucha por formar nuevas y más extensas áreas de interacción. Si las fuerzas racionalistas, en el sentido weberiano, ya desatadas continúan trabajando con igual o mayor intensidad que hasta el presente, el resultado final podría preverse como una sociedad “coherente y heterogénea”. Llevar un registro de estos cambios a medida que vayan ocurriendo, observar el efecto que diferentes factores puedan tener en el retardo o en la aceleración de los procesos, son tareas del mayor interés desde muchos puntos de vista.

Sin embargo, el presente estudio debe terminar en este punto, donde se precisan análisis más detallados de los procesos sociales. Es ésta una tarea para el futuro. Por el momento cumpliríamos con nuestro propósito si los sociólogos científicos y los planificadores llegaran a tener un cuadro objetivo de las cosas locales. Así, en este estudio se han considerado las características ecológico-humanas de Boyacá como muy significativas y dignas de examen, y como indicadoras de la realidad del país y de una gran parte de Latinoamérica. Las relaciones entre el hombre y la tierra en este departamento, como en muchos otros, dan pauta al *ethos* que per-

mea a todo el grupo: se encuentran ellas en el corazón mismo de la existencia diaria, dan significado a hechos del pasado y ofrecen una base para el mañana. Es aquí donde radica la importancia del examen de estas relaciones: como se expresa en la introducción, su estudio casi llega a constituirse en el más adecuado análisis de las propias bases sobre las cuales se funda no sólo la sociedad boyacense, sino la colombiana y la latinoamericana.

Ciertos factores y características merecen ser relevados someramente, por la forma como se reflejan en la conducta de los individuos y, en consecuencia, por la manera como señalan una política estatal y privada definida, para promover el desarrollo del departamento. Con base en este análisis, se podría entonces entrar a discutir una verdadera reforma agraria para Boyacá y el país, reforma que, como queda dicho, urge por su significación política, económica y social.

El primer factor es la tremenda variación topográfica de Boyacá, desde las selvas tropicales del valle del Magdalena a las montañas nevadas de Güicán. Esto ha sido en sí mismo un obstáculo para el progreso material. Sin embargo, el territorio boyacense al mismo tiempo ofrece grandes posibilidades en riquezas minerales, en el aprovechamiento de la fuerza hidroeléctrica que tanto se necesita para vivienda e industria, y en el cultivo de los más diversos productos.

Esta heterogeneidad en la economía rural es deseable. Sin embargo, una mayor atención por parte de ministerios y servicios de extensión al problema de la erosión en las vertientes cultivables y un mayor esfuerzo para transferir la agricultura intensiva de las laderas a los valles y planicies, detendrían el despilfarro de los recursos naturales y humanos y aumentarían considerablemente la riqueza del departamento. Por ejemplo, la cordillera ofrece grandes posibilidades para el levante de ganado lechero en forma que causaría la envidia de otras naciones; el programa de mejoramiento de pastos del Ministerio de Agricultura haría de las vertientes lugares más favorables para el ganado.

Es éste un problema del cual se ha escrito tanto durante los últimos años que a fuerza de repetición puede estar perdiendo

interés. Lo han señalado agrónomos y sociólogos, técnicos extranjeros y turistas. Parece que hay opinión unánime en el sentido de que la situación debe cambiar; pero muy pocos planes positivos se han presentado al respecto. Entre éstos vale considerar el de la Misión Currie, de 1950, que advocaba el impuesto progresivo sobre la tierra deficientemente explotada,³ plan que produjo una reacción entre airada y temerosa en algunos órganos de prensa y en sociedades gremiales.

Al cabo de estos años de recapitación serena, debe admitirse que la reacción se fundaba en una lectura parcial del *Informe Currie* y que a fin de cuentas la base funcional de la propuesta es aceptable: crear un catalítico para que la tierra no se desperdicie. Sistemas parecidos tienen vigor en todos los países más desarrollados. Para poder implementar esta reforma en Colombia se necesitaría en primer lugar de un completo estudio catastral que fijara los precios reales de la tierra, siguiendo en vigor el impuesto básico estipulado por el Decreto 2.473 de 1948 (cuatro pesos por cada mil).

Esta rata básica se aumentaría según la ganancia neta de la tierra comparada con el porcentaje determinado por el Instituto Geográfico, y se exceptuarían tierras reforestadas o sembradas de ciertos cultivos como el cacao. Con el producido de estos impuestos se podrían financiar los servicios públicos municipales, tan descuidados por tradición, así como la construcción de carreteras y caminos vecinales. Por supuesto, existen alternativas de este plan que podrían considerarse.

En segundo lugar, la desigual distribución de la población de Boyacá indica que existe una desadaptación en la explotación de los recursos; cuánta, no es posible por el momento medirla, a menos que se utilicen índices refinados como el de ganancia máxima per cápita. La superpoblación de las mesetas y valles andinos, que llega a una densidad demográfica de 256 en una

³ *The Basis of a Development Program for Colombia*, informe de la misión dirigida por Lauchlin Currie, Washington, International Bank for Reconstruction and Development, 1950, pp. 384-386.

sección y a más de 100 en 14 municipios, es fuente de pobreza y de conflicto debido a su desequilibrio con la producción local, mientras que en regiones aledañas los recursos son inexplorados. Ya que la emigración se está efectuando de forma autogenerada, y aun a departamentos densamente poblados, como lo son Cundinamarca, Caldas y Tolima, valdría la pena considerar un proyecto de colonización dirigido hacia regiones tales como la vertiente oriental de los Andes, destinado a aliviar la presión demográfica del centro del departamento y a moldear y facilitar el intenso movimiento colonizador que ya existe en esa región. Un primer paso sería la construcción de varias vías de penetración hacia las vertientes. La alternativa radicaría en el fomento de industrias y de ocupaciones urbanas como adelante se menciona, aunque más se ganaría si se pudieran combinar ambos aspectos, el de la emigración y el de una continuada industrialización local.

Esta propuesta se hace aún más urgente a medida que, debido a progresos médicos e higiénicos, bajen los coeficientes de mortalidad, especialmente el infantil, sin que disminuya el índice de fertilidad. Además, no es justo que la mujer boyacense tenga que seguir haciendo las faenas agrícolas que tocarían a los emigrados y al mismo tiempo cumplir con los deberes domésticos.

El gran dominio de la granja aislada como tipo de poblamiento en este departamento, el más rural de Colombia (90%), es razón para meditar sobre sus efectos en la manera de facilitar los servicios públicos, tales como agua y luz, a los agricultores. Es cierto que aquí las fincas son pequeñas y que por lo mismo las casas están más juntas; pero brindar servicios a estos campesinos aislados todavía resulta costoso y difícil. Se ha observado que construir nuevas carreteras y caminos provoca en los agricultores la modificación de los límites de las propiedades y el cambio de sitio de las viviendas. Quizás este proceso se verifique en Boyacá a medida que se abran nuevas vías por los empinados riscos; pero desgraciadamente ésta es una solución demasiado lenta. Mientras tanto, será necesario que los empleados de extensión agrícola, los que organicen campañas educativas y los que trabajen en asuntos como el desarrollo económico, hagan planes prácticos teniendo

en cuenta la realidad actual y promoviendo experimentos con barrenas manuales, molinos pequeños y con plantas que sirvan a un buen número de vecinos. Por supuesto, el Estado puede y debe contribuir con la construcción de hidroeléctricas.

Para muchos observadores, este patrón de asentamiento en granjas dispersas es una de las causas del notable individualismo del campesino boyacense. Quizá lo opuesto sea también cierto, es decir, que el individualismo del campesino se exprese en granjas aisladas, pues en este caso la causa y el efecto se compaginan como en un círculo. Lo curioso del caso es que los indios chibchas, que aparentemente tenían un espíritu comunal en muchos aspectos, también vivían según esta forma de poblamiento. Actualmente, desde el punto de vista histórico, podría decirse que el tipo de granjas dispersas, heredado de los mayores y confirmado en años de lucha contra la forma de colonización del blanco europeo, es una expresión del individualismo de los habitantes. El sistema de tenencia de la tierra, el tamaño de la propiedad, la fragmentación de la misma y el sistema agrícola han coadyuvado a que se dispersen.

Pero si se observa luego el funcionamiento de este tipo de poblamiento, habría que admitirse que promueve la falta de sociabilidad, el retraimiento, la reserva y la timidez. Es una de las causas de que el campesino piense más en sí mismo que en la comunidad, es decir, lo torna en un egocéntrico, lo confirma en su individualismo básico. Sin embargo, no es ésta razón para pensar que el campesino boyacense no pueda participar en actos comunales. Ya se explicó que existen costumbres tales como el convite, que dicen de una tendencia a la cooperación. El sentido cooperativo apenas está atrofiado; siendo resultado de un proceso educativo, puede perfectamente fortalecerse por medio de campañas y líderes hábiles. En este sentido es mejor ir despacio y organizar compañías de dos personas o cooperativas de tres o cuatro, como se hace en Alemania para la compra de maquinaria por pequeños agricultores.⁴

⁴ Información interesante en este sentido, así como en otros que tienen que ver

En forma similar, la estructura socioecológica actual conduce a una insularidad en la cual las relaciones primarias, cara a cara y frecuentes, son de capital importancia. Debido a la intensidad de la mezcla racial y al predominio del mestizaje, no existen subgrupos ni divisiones encontradas que ofusquen las pautas comunales, como sucede en otros países. Ni se encuentran extranjeros, que sólo ascendían a 336 en 1951, y sólo muy pocos evangélicos o protestantes que desvirtúen la homogeneidad religiosa. El mundo en esta situación es lo que se ve y lo que se tiene a la mano, y hay que desconfiar de lo que sea distinto de este mundo local conocido, así como de lo que llega a él.

Es éste un hecho que no necesita ser recordado a los investigadores de las cosas del campo, a los empadronadores, los misioneros y aun a los comerciantes y los profesionales que prestan sus servicios a la población rural. El hombre del campo se reduce mentalmente a lo inmediato, desconfiando de lo exótico en actitudes que son difíciles de explicar, excepto como resultado de un acondicionamiento histórico-cultural. Las explicaciones atávicas, aquellas que hacen referencia a la herencia de la sangre y del paisaje, a la melancolía indígena, al ancestro indio, son callejones que desde hace más de 40 años han demostrado no tener salida ni ningún mérito, excepto el literario. Por ejemplo, no hay prueba de que los chibchas fueran abúlicos y tristes en el momento de la Conquista, y que hayan transmitido esta abulia a sus descendientes; por el contrario, si se leen las crónicas sin prejuicio, hay razón para pensar lo contrario. Lamentablemente todavía en Colombia se da crédito a estas teorías insulsas y hasta se ha propendido por traer al país inmigrantes sólo para que “mejoren” la raza o la hagan más “bella”.

En cambio, piénsese en el acondicionamiento cultural histórico —algo que el hombre sí puede controlar— que le ha tocado

con el manejo de fincas pequeñas, se encuentra en Organisation for European Economic Cooperation, *The Mechanization of Small Farms*, Philadelphia, Commission on Intergovernmental Relations, United Nations. FAO/ECE Agriculture Division, 1955; véase Margaret Digby y R. H. Gretton, *Cooperative Marketing for Agricultural Producers*, Roma, FAO Development Paper, N° 53, 1955.

vivir al campesino, incluyendo el trauma del contacto inicial indio con la cultura occidental representada en los rudos conquistadores, el de las revueltas abortivas iniciales contra los españoles, el del tratamiento opresivo y rutinario en mitas, conciertos y reducciones misionales, el del movimiento nativista de Pisco, el de la Guerra de la Independencia, el del cambio de tenencia al terminar los resguardos, y el del caos económico y social de las guerras civiles, aparte de las pequeñas pero grandes luchas diarias del indio y del campesino contra la penuria y la explotación. Muchos desengaños, la pobreza y la sublimación religiosa del sufrimiento fueron el resultado de estas gestas.

Así, las relaciones del campesino con patrones, caudillos y gamonales, con individuos educados o de alguna categoría, no han sido del todo constructivas o benéficas para el primero, aunque sí mucho para los segundos. Desde el encomendero piadoso pero egoísta, hasta el moderno intermediario metalizado y frío, los que han pertenecido a algún estrato social superior al del campesino se han sucedido para explotarlo. Aunque con honrosas excepciones, esta historia lleva ya 400 años. En este período aquella actitud de reserva hacia extraños y superiores no ha podido menos que cristalizarse; en tal sentimiento de desconfianza los campesinos adultos instruyen a sus hijos. Y tienen toda la razón al perpetuar tanto aquella actitud de reserva como esta desconfianza.

No quiere decir esto, sin embargo, que los boyacenses no tengan capacidades para cambiar su situación, como se ha pretendido lamentablemente en ciertos círculos intelectuales que preferirían “inyectar nueva sangre” a los miembros del departamento o mantener el *statu quo*. Precisamente, los boyacenses han demostrado muchas veces que tienen las capacidades necesarias —y ésta es la gran esperanza—, en especial cuando han emigrado hacia otros ambientes, como el Quindío y el Tolima, y se han convertido en ejemplos de empresarios agrícolas. Los talentos están allí, escondidos y enmohecidos, pero listos a resplandecer cuando la cultura brinda la oportunidad.⁵

⁵ Este optimismo, en contraste con algunas actitudes tradicionales en el país, tiene

De todas maneras, el hecho de que Boyacá se encuentre aún en esta etapa provinciana e intolerante del vecindario, desde el punto de vista de la organización social, señala la posibilidad de utilizar este grupo ecológico como base para planes de desarrollo; éstos habría que concebirlos en forma sencilla e integral, adaptada al microcosmos que afectarían, pero con vista a los efectos fuera de él. Las veredas pueden ser identificadas y actualmente tienen más vitalidad que las comunidades que forman. El reconocimiento de la vereda como una asociación íntima de familias rurales, no sólo en el terreno sino en las mesas de planificación y en los presupuestos municipales y departamentales, es de la más básica importancia para llevar a cabo con éxito el cambio cultural dirigido que necesita Boyacá. En particular es necesario que la organización política y gubernamental de los municipios se extienda en forma más efectiva y autónoma hacia las veredas, con el fin de auspiciar el progreso de éstas y dar mayor vigor al proceso democrático.

Esta omnipresente insularidad tiene una peculiar expresión en el sistema de división de la tierra. El sentido de la confianza y del honor internos y el conocimiento personal entre los miembros de la comunidad hacen posible que funcione el método de delimitar las propiedades por medio de mojones y linderos. La tradición vela por los límites y el vecindario implementa un sistema formal de controles para evitar el caos en el usufructo de la propiedad. Son graves delitos cambiar linderos o rodar cercas, pero el hecho de que pueden cometerse, existe. Testigos de alguna edad se reúnen para restaurar el equilibrio por medio de declaraciones juramentadas en referencia a vecinos y lindes; pero conflictos y tensiones interpersonales surgen de esta manera

base en las investigaciones de campo del autor y en su íntimo contacto con los mismos campesinos, y ha sido expresado *in extenso* en su libro *Peasant Society in the Colombian Andes: A Sociological Study of Saucio*, Gainesville, University of Florida Press, 1955, pp. 195-246, así como en el artículo "El campesino cundiboyacense: conceptos sobre su pasividad", en *Revista de Psicología*, año I, N° 1, 1956, pp. 74-83.

empírica de fijar la propiedad, y la situación del propietario a fin de cuentas se torna precaria.

Al resquebrajarse la estructura ecológica y perderse su insularidad (ésta es la tendencia del momento), el presente sistema catastral habrá de resultar aún más deficiente. La movilidad horizontal y la emigración harían perder fuerza a los testigos sobre quienes descansa en gran parte el funcionamiento de los linderos; cambios frecuentes de dueños o dueños pasajeros complicarían el problema. Además, muchas tierras nuevas no se han explotado por falta de seguridad en los títulos, por ser vivero de futuros conflictos. Por esto deben verificarse sin pérdida de tiempo reconocimientos exactos de todas las tierras baldías en Boyacá, para evitar que el sistema de linderos y descripciones verbales, implantado por los Carolingios en la Marca Hispánica hace más de mil años, se extienda a los nuevos dominios que se incorporen en el siglo XX. Es urgente adoptar el método astronómico de determinaciones catastrales y su derivado de registros notariales. Poco es lo que se puede hacer en las áreas ya ocupadas, excepto quizás proceder a levantar mapas exactos (éstos pueden servir en caso de disputas) y construir linderos que sean más firmes y duraderos y que tengan también referencias astronómicas. Si no se dan estos pasos, el fomento agrícola y el crédito territorial se obstacularizarían, ya que no habría títulos claros sobre los cuales basar las garantías.

Siguiendo adelante con el análisis, el tamaño de la propiedad es una causa de la concepción limitada del mundo que tienen los campesinos boyacenses, puesto que, siendo el minifundio una forma predominante, y ocurriendo en condiciones agrícolas, topográficas y edafológicas adversas, ha contribuido al desarrollo de la pobreza. Esta pobreza tiene consecuencias en la conducta: se refleja en la falta de educación, en elementos recreativos rutinarios, en deficiente alimentación, en descuido personal y de vestuario, en un bajo nivel de vivienda y en degradación moral y política.

Aunque en Boyacá haya mayoría de propietarios, gran número de éstos no ocupan sino la base de la pirámide social, pues

alcanzan a practicar sólo una agricultura de subsistencia que les impide escalar niveles superiores que no los deja liberarse por medio de las máquinas y que no les permite desarrollar su poder adquisitivo como consumidores. Durante los últimos 200 años, especialmente, la tendencia predominante ha sido la atomización de la propiedad por la parcelación de los antiguos resguardos de indígenas y haciendas, por la ley de herencia y por la “economía del centavo”, todo lo cual significa que las fincas se han ido dividiendo y subdividiendo continuamente, aumentando así el número de las que se encuentran a tan bajo nivel de productividad.

Pocas tendencias son tan peligrosas y perjudiciales. Debe hacerse todo el esfuerzo posible para que los habitantes caigan en cuenta de esta clase de erosión social interna y propendan por libertarse de permanecer para siempre en esta situación submarginal. El Estado debe estudiar las posibilidades de aumentar el tamaño de las propiedades para convertirlas en explotaciones unifamiliares de mayor categoría o conservarlas como tales, en las que los dueños puedan ejercer con mayor dignidad y provecho la triple función de capitalista, empresario y obrero. Podría llegarse a esta meta por medio de arreglos colectivos con los propietarios que conduzcan a una redistribución, facilitando el crédito, propiciando la emigración de familias hacia zonas menos congestionadas y fomentando una naciente tendencia a conservar heredades consolidadas en forma de sociedades o como propiedades *in diviso*.

El *Weltanschauung* reducido que proviene del minifundio tiene otra expresión definida en una actitud que puede identificarse como agrocentrismo. Casi todo en el campo se revuelve alrededor de la tierra, de la agricultura, del tiempo y de las plagas. Es señal de distinción que un campesino pueda hablar sobre temas que no sean agrícolas. Así se reconoce en esta canta o copla recogida en el valle de Tenza:

*El probe no sabe hablar;
que calle y cierre la boca.
Si el probe estrena un sombrero,*

*cualquiera le hace la choca;
cuando el hambre lo atropella,
comer arepa le toca.*

Lo primero que hace el agricultor al despertarse con el canto de los copetones, es fijarse si ha llovido, si ha “nevado” o si hace sol. Piensa en las aspersiones que debe hacer a la papa, en el número de botellas de leche que le ha de dar la vaca, en los abonos que habrá de comprar para el año. En contraste con otras ocupaciones, la agricultura ejerce un hipnotismo sobre el campesino por medio de la rutina en el cuidado, sus limitadas posibilidades de mejoramiento en las tradicionales circunstancias, su dependencia del ciclo vital y del tiempo y lo oneroso de las tareas. Hipnotismo que maniata y embrutece cuando el campesino no es capaz de liberarse por medio de la tecnología y se convierte en aquel “hombre del azadón” que pintara Millet para vergüenza de la humanidad. Aún así, encuentra salida en expresiones artísticas, particularmente en las cantas, la música y el baile, que quedan saturados del olor del campo:

*El amor y la naranja
se parecen infinito:
que, por más dulces que sean,
de agrío tienen su poquito.*

*Tengo de comprar mi ruana
masque me cueste una res:
teniendo mi ruana grande
me pueden nombrar de juez.*

Cristaliza este agrocentrismo en el conservatismo de las gentes, en su tendencia a guardar por muchos años elementos culturales casi sin alterarlos. La rutina agrícola promueve una rigidez en todas las otras fases de la sociedad rural, como si al hacer de engranaje central, girando lentamente, no dejara, por sus dientes, que las otras ruedas de la cultura a ella ensambladas corriesen a

su arbitrio. La música, por ejemplo, parece ser una versión local de la española del siglo XVI que trajeran los colonos peninsulares, guardada casi sin sufrir cambios.⁶ El vestido femenino parece provenir del siglo XVIII; el masculino, de la época de los arrieros.⁷ El lenguaje campesino es una versión casi fiel del español del siglo XVI, el de la Edad de Oro.⁸ La arquitectura se ha detenido en el siglo XVII con los consiguientes problemas de adaptación de servicios públicos e inventos modernos. Muchas veces la religión coopera en la formación de este conservatismo y se convierte en servidora de la filosofía agrocéntrica, al facilitar con ceremonias preestablecidas y repetidas las fórmulas que habrán de auspiciar el éxito de las faenas cotidianas. En esta forma la rutina religiosa corona y complementa la rutina agrícola.⁹

Este agrocentrismo conservador, esta dependencia de la tierra con exclusión del mundo externo del conocimiento general, de las ciencias y de las artes universales, hace que los recursos disponibles se dirijan naturalmente hacia lo inmediato, hacia lo conocido y rutinario: hacia el usufructo de la tierra, y que ésta se convierta en un asilo económico y laboral donde haya una acumulación mecánica de valorización. Uno de los resultados principales de esta actitud y de este limitado *Weltanschauung* es la fragmentación de la explotación.

Como queda descrito, el problema socioeconómico de Boyacá se complica por la alta incidencia de esta fragmentación, lo

⁶ O. Fals-Borda, *Peasant Society in the Colombian Andes...*, *op. cit.*, pp. 179-182.

⁷ O. Fals-Borda, "Notas sobre la evolución del vestido campesino en la Colombia central", en *Revista Colombiana de Folklore*, segunda época, N° 2, junio de 1953, pp. 139-147.

⁸ O. Fals-Borda, *Peasant Society in the Colombian Andes...*, *op. cit.*, pp. 175-179. Véase Rufino José Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, París, R. Roger y F. Chernoviz, 1914, p. XXIV.

⁹ O. Fals-Borda, *Peasant Society in the Colombian Andes...*, *op. cit.*, pp. 223-230. Sin embargo, ha habido algunas actitudes positivas de la Iglesia que indican una saludable reacción en este sentido. Sobresale, entre todas, la iniciativa de educar por medio de la radio, a cargo de Acción Cultural Popular (Radio Sutatenza), con sus actividades adicionales, mejoramiento del hogar, deportes, artes manuales, etc.

cual indica a su vez el grado de agrocentrismo que han alcanzado los campesinos locales. Cómo puede mejorarse esta situación, requiere cuidadoso análisis. En primer lugar, al expandirse el compás mental de los agricultores, al enriquecerse su concepción del mundo por medio de la educación y de los contactos con extraños, habría alivio, puesto que los recursos podrían entonces dirigirse a avenidas ya conocidas pero distintas de las de comprar tierra como mera especulación o como seguro de vida. Una solución parcial sería establecer una legislación que regule la forma de transmitir las propiedades a los hijos; y podrían estudiarse las leyes de concentración parcelaria y su aplicación en España, Suiza o Alemania, con miras a su adaptación en nuestro medio. Sin embargo, como medida de transición podrían conservarse ciertas características favorables de la fragmentación, como por ejemplo la de facilitar al agricultor una fuente constante de entradas económicas y alimentos por el cultivo de lotes a diversas alturas y en épocas distintas. Desgraciadamente el nivel de vida no podrá subir mientras no mejoren los sistemas de producción agropecuaria, lo cual es difícil de conquistar en propiedades pequeñas y fragmentadas.

Estos antiguos métodos de producción o sistemas agrícolas conservados desde la era neolítica, también deben ser causa de preocupación para los científicos sociales y los planificadores. La inversión en el uso de la tierra con predominio del minifundio, el alto costo y rentabilidad de ella, la ignorancia en el uso de abonos, la falta de herramientas más eficientes, de semillas mejoradas y precoces, de conocimientos racionales de prácticas agrícolas, de medios fáciles de transporte, de depósitos y canales de distribución de productos y de una política firme de precios mínimos, han sido causas de que haya un bajo rendimiento por trabajador y por unidad de tierra y una impresionante pobreza.

El boyacense no selecciona ni desinfecta la semilla; no conserva los suelos, excepto al cultivar la papa conforme a la manera indígena; no mejora sus pastos ni poda sus árboles frutales; poco abona; no conoce la guadaña de cuna ni el arado de vertedera. Todo esto implica una ingente tarea para el Estado: implica inves-

tigación, experimentación y extensión agrícolas, así como crédito agrícola, todo en escala extraordinaria.¹⁰

Considerando que Boyacá ha estado dando emigrantes que se desplazan a largas distancias (en su mayoría hombres), la carestía de mano de obra se ha tornado aguda y esta situación está forzando poco a poco al uso de maquinaria. Un alivio del problema se obtendría con la introducción de la agricultura técnica y con la adopción de herramientas y equipos mejorados, como queda dicho, los cuales al conseguir un mayor rendimiento de la tierra, del capital y del trabajo sin inversiones prohibitivas, harían avanzar a la sociedad más allá de su presente etapa del complejo del azadón y del arado rudimentario. Esta evolución a su turno podrá ser un vivero de nuevos y quizás más complicados problemas; pero de todos modos, al poner a prueba la ingeniosidad de los afectados, podría contribuir a su edificación.

La introducción de maquinaria y de utensilios más eficientes requiere campesinos que estén mejor educados y entrenados. Es evidente que el sistema de valores agrarios vigente hasta hoy está sufriendo el impacto de la economía comercial, a medida que la sociedad local se integra, con nuevo espíritu, a la vida total del país. Los boyacenses tendrán que convertirse en verdaderos empresarios capaces de utilizar inteligentemente el tiempo, el capital y los otros recursos disponibles —en la empresa y fuera de ella, como en elementos de prestigio distintos de los de la tierra—, dejando de ser meros sirvientes del suelo, es decir, superando la

¹⁰ Parece increíble, pero sólo en diciembre de 1956 se organizó por primera vez en Boyacá una Secretaría Departamental de Agricultura. Sus trabajos serán muy útiles. En este sentido es justo relieves la labor que desde enero de 1954 está llevando a cabo en Boyacá el Servicio Técnico Agrícola Colombiano Americano (STACA), entidad del Ministerio de Agricultura de Colombia y punto IV de los Estados Unidos. Doce agrónomos trabajan en sendos sectores de extensión agrícola, asesorados por asistentes de campo y mejoradoras del hogar. Nuevas técnicas y enseñanzas han sido introducidas, así como semillas mejoradas e implementos más eficientes. Su trabajo ha sido coordinado con las granjas departamentales de Nuevo Colón, Paipa, Duitama, Toca, Leiva, Guateque y Garagoa. Véase O. Fals Borda, *La extensión agrícola en Boyacá: descripción y evaluación*, Bogotá, STACA, septiembre de 1956; también está disponible el texto en inglés del mismo estudio.

etapa precapitalista y agrocentrística en que se encuentran. Además, muchos de ellos deberían aprovechar el fomento de las industrias locales o de fuera de Boyacá, así como de las obras públicas, para cambiar de profesión y encontrar alternativas satisfactorias de las cuales obtener un ingreso adecuado.

Esta última tendencia a abandonar la agricultura —causa real y actual de la emigración rural— no debe ser mirada con malos ojos por los planificadores. En realidad representa una de las salidas naturales de la encrucijada en que se encuentran muchas gentes del departamento. Porque no es posible que se pretenda mantener en sus parcelas y viviendas —en “desempleo disfrazado” a elementos jóvenes y progresistas que si se dedicasen a la agricultura, no harían sino perpetuar la miseria colectiva, al continuar practicando la tradicional profesión con pérdidas o con muy pocas ganancias.¹¹ No puede esperarse que la misma finca que apenas permitió vegetar al padre y a su familia vaya a sostener a todos los hijos con sus respectivas familias. Algunos de éstos tienen que emigrar o cambiar de profesión.

Para efectuar esta transición, Boyacá tendría que hacer un esfuerzo para dejar su poco envidiable posición como el departamento más analfabeta de Colombia y el más atrasado en asuntos de vivienda y servicios públicos.

Si su conservatismo (en el sentido sociológico, no en el político) tiene sus raíces en el presente sistema agrario, como se ha ex-

¹¹ A pesar de los avisos que algunos ministerios han publicado en revistas mostrando ganancias en la agricultura (“¡Cultivar enriquece! Desprenda este cuadro y consúltelo diariamente”), otros estudios de seriedad demuestran que la profesión agrícola no mecanizada (que incluye la inmensa mayoría de los campesinos) apenas da lo suficiente para subsistir y aún pérdidas considerables. No en otra forma se explica la protuberante realidad de la indigencia de nuestras gentes rurales. Uno de esos estudios demostró que el valor del jornal trabajado era inferior al jornal promedio en la respectiva región. En otras palabras, más valdría a muchos campesinos jornalear para otros que ponerse a cultivar por su cuenta y correr los riesgos respectivos. Véase Aníbal Torres, *Costos de producción agrícola en Boyacá*, Bogotá, STACA, 1955; O. Fals Borda “Costos de producción agrícola en un minifundio: el trigo”, en *Agricultura tropical*, Bogotá, septiembre de 1956, pp. 603-608; Roberto Pineda Giraldo, “Estudio de la zona tabacalera santandereana”, Bogotá, s.e., 1952, pp. 43-57.

plicado, entonces debería dejar de ser conservador. La tradicional pasividad y el agrocentrismo que se transmiten como herencia cultural deberían dar paso a una actividad constructiva y a una producción racionalizada. Es necesario que varíen ciertas actitudes pasivas que tienen como base el tipo antiguo de agricultura que ahora se practica: el conceder un simple significado religioso a esta actividad, el depender de supersticiones, creencias y agüeros, el de aceptar impasibles las adversidades meteorológicas y etiológicas. Pues actualmente los agricultores no pueden matar gusanos aplastándolos y hasta hace poco ni aun con insecticidas, por miedo a cometer un pecado; no deben dejar de cosechar, aunque se pierda dinero en la recolección por lo pobre del rendimiento; no deben alimentar a los animales en la forma como se alimenta el cristiano; no deben quemar semilla aunque esté atacada de hongos, pues es un acto pecaminoso; hay que sembrar según la posición de la luna; hay que observar el “camino de hielo”, el canto de las mirlas, la posición de las hojas, la formación de las nubes y la intensidad y color de la luz solar, para saber si va a llover o si va a helar; no hay que vacunar si de todos modos Dios quiere que haya epidemias; hay que castrar animales según los signos del zodiaco y defender las heridas de los rayos de la luna. Y así muchos otros aspectos.

Finalmente, cabe recordar que el sistema de tenencia de la tierra dio origen a un sistema político basado en el gamonalismo (en la escala local) y en el caudillismo (en la escala nacional), así como a innumerables abusos en los contratos, especialmente los de arrendatarios, vivientes, agregados y concertados, y que muchas de estas situaciones provienen de los ajustes territoriales de los visitantes durante la época colonial.

Es cierto que debido a la subdivisión de resguardos indígenas en los siglos XVIII y XIX predominan en Boyacá los propietarios absolutos y que muchos de éstos se caracterizan por su autorresponsabilidad y por su amor a la libertad. Precisamente, la revolución tenencial promovida por los reyes de España en apuros financieros e implementada por Berdugo y Campuzano abonó el terreno para la Guerra de la Independencia, al provocar des-

contentos, movimientos nativistas como el de Pisco y la caída del prestigio real. Sin embargo, por su situación inferior en la pirámide social, por el minifundio, estos propietarios no han podido llegar a ser sino subordinados en los asuntos públicos, peones pasivos en el gran juego de ajedrez del poder que han ejercido las elites y grupos de terratenientes. Aquella pasividad que hubieron de cultivar los antepasados de los campesinos durante la época colonial se manifiesta hoy en la docilidad política, especialmente en los arrendatarios, que componen una tercera parte de los agricultores boyacenses.

Pero ya se ha observado que una revolución se ha puesto en marcha al caer estos arrendatarios (y aun los minifundistas) en cuenta de su inferior condición y de la inequidad con que han sido tratados. Los “amitos” han tenido que ir desapareciendo y cierta actitud de rebeldía ha aflorado en campos antes considerados como paraísos ecológicos. Ya hay ansias de cambio, a medida que la población aspira más y más a la emancipación, a la superación de condiciones económicas, políticas y religiosas que a sus propios ojos han demostrado estar fallando o ser realmente las cadenas que impiden avanzar hacia un futuro mejor. La investigación señala como áreas en transición las marginales a los Andes. Pero en casi todas partes se siente el resquemor social.¹² Desafortunadamente este resquemor ha sido pie para innumerables abusos, como el desplazamiento y asesinato de finqueros y la extorsión de cosechas a mano armada por elementos que se han aprovechado de la situación política y de la falta de justicia, para enriquecerse con el trabajo de otros.

Lo que luego podría suceder no es de difícil predicción, pues ya ha tenido evidente desarrollo en otras partes. Sólo queda esperar que los colombianos, así como los nacionales de otros países en situación similar, al estudiar este problema humano —la enfermedad social del siglo— en forma serena y objetiva, logren

¹² Véase Eduardo Franco Isaza, *Las guerrillas del llano*, Caracas, Universo C.A., 1955, pp. 183, 193, 244, 261-262. El problema de la tierra fue una de las condiciones principales de lucha entre los llaneros y el gobierno.

encauzar las soluciones por canales amplios y justos. El problema que se plantea es simplemente el de acelerar el ritmo de cambio positivo (los últimos estudios antropológicos tienden a mostrar que el cambio cultural rápido y total es mejor y menos traumático que el que toma mucho tiempo y es parcial), y como se expresa al comienzo del capítulo, darle a este cambio una orientación constructiva.

¿Qué hay que cambiar? Las diversas secciones de esta obra y la presente conclusión señalan aspectos específicos que, si se estudiara el país, se verían duplicados en muchas otras regiones. Debe subrayarse la opinión de que una verdadera reforma agraria no se reduce al problema de la tenencia o al uso “económico” de la tierra, como ha habido la tendencia a considerar en Colombia y en otros países latinoamericanos. Hay que ir más allá de la Ley 200 de 1936 —pues no se necesita de una sola ley sino de varias— para incluir el aspecto global según se presenta en estas páginas:

- Servicios públicos y comodidades como agua, luz y carreteras (especialmente las veredales y las de penetración a fincas) con base en la forma dispersa de poblamiento, pero con actividades culturales que desarrollen el espíritu de cooperación y disminuyan el agrocentrismo.
- Adopción del sistema astronómico para determinar propiedades y fijar títulos legales, incluyendo el uso del agua y entradas.
- Facilitación del proceso legal de la herencia y modificación acorde del régimen de sucesiones.
- Regulación de la transmisión de la propiedad para evitar la fragmentación y el minifundio.
- Consolidación de fincas pequeñas para formar explotaciones familiares que aseguren mayores entradas y menores costos de producción; y establecimiento de un mínimo de 50 hectáreas para adjudicaciones en áreas de nueva colonización.
- Reducción de latifundios por medio de compulsiones tales como impuestos progresivos sobre la tierra inexplorada.

- Reglamentación de contratos de aparcería y arrendamiento para hacerlos más justos y menos precarios para los trabajadores.
- Tecnificación y racionalización de la agricultura y la ganadería por medio de programas de extensión, y prestando atención preferente al combate de enfermedades y plagas.
- Mejoramiento de utensilios y herramientas para aumentar la eficiencia en las tareas agrícolas, especialmente en las fincas pequeñas y explotaciones de vertiente, e introducción de equipos de tracción animal y de maquinaria, con sus servicios de repuestos, donde sea posible.
- Introducción de semillas precoces, resistentes y de alto rendimiento vegetativo y económico.
- Diversificación e intensificación de la producción agrícola y animal en minifundios que no puedan consolidarse, con cómodo suministro de agua, para asegurarles un mayor ingreso.
- Fomento de un uso más económico de la tierra (especialmente de las vertientes) que proscriba el despilfarro de los recursos naturales y el desequilibrio en la subsistencia de los agricultores residentes, y de pastoreo, la irrigación, el drenaje y la forestación donde sea más conveniente.
- Regulación de mercados y el mercadeo, con información sobre precios para que las ganancias lleguen más al productor que a intermediarios, con facilidades de transporte para disminuir el localismo, con depósitos particulares o colectivos y con requisitos definidos para calidades y empaques.
- Facilitación del crédito para el pequeño agricultor, quitándole el aspecto fríamente bancario.
- Apertura de nuevas regiones y canalización de corrientes migratorias colonizadoras.
- Refuerzo de las veredas y municipios dándoles más autonomía y recursos fiscales para gobernarse a sí mismos y resolver sus propios problemas, especialmente el educativo y vocacional, el de la justicia y seguridad rural y el de los servicios públicos. Los impuestos sobre la tierra podrían dedicarse a estas actividades.

Se dirá que ya hay entidades gubernamentales y privadas trabajando en muchos de los aspectos mencionados. Magnífico. En este sentido puede sostenerse que el país ha estado avanzando hacia la reforma agraria, y que le falta únicamente encarar ciertos problemas. No obstante, si se desea seguir de forma más efectiva y rápida y que produzca los menores traumas posibles —además de hacerles frente a aquellos problemas hasta hoy ignorados o tan graves que se posterga su solución— es necesario coordinar o “planificar” lo que se pueda hacer en los diversos frentes. Esfuerzos esporádicos y parciales no llegan a afectar el complejo todo y antes producen desequilibrio en el desarrollo económico. También es cierto que existen organizaciones de planeamiento; pero, con todo respeto, sus planes hasta ahora han carecido por lo general de fundamento en la realidad. ¿No se podría planificar con un reajuste efectivo del presupuesto nacional la ejecución cuidadosa y coordinada de trabajos tan claramente determinados como en la relación anterior?

La meta principal de la reforma agraria debe ser el bienestar socioeconómico que viene con el aumento parsimonioso de la producción, y la superación física y cultural del hombre del campo como elemento indispensable para la prosperidad nacional. Indispensable, porque como es un hecho de antiguo conocido, el país no podrá avanzar al paso que debiera si las masas campesinas mayoritarias no obtienen más poder adquisitivo y se tornan en consumidoras a la vez que productoras; la industrialización del país debe ir acompañada del fomento agrícola, si se quiere que la primera esté bien cimentada.

De igual forma, leyes o disposiciones que sobrepongan intereses de grupo sobre los intereses de toda la sociedad, deben descartarse. En pocas cosas se necesita de más ecuanimidad e independencia ideológica que en el planteamiento y en la solución del problema de la tierra en su doble arista técnica y humana. La cuestión es nacional, y por lo mismo compete al Estado dirigir la transformación, pues ella permea todas las capas sociales, a la vez que cubre actividades de diversa índole.

Por lo mismo, se necesita una solución ecléctica, de altura y de visión, que asegure a los interesados un futuro mejor. En este aspecto no debería haber vencedores ni vencidos, sino un ajuste de intereses y situaciones con miras a la bienandanza del conjunto social.

LA DESCOMPOSICIÓN DEL CAMPESINADO¹

Si el impacto de la tecnología, como hemos visto, ha sido elemento importante para producir cambios en la estructura agraria, debe necesariamente afectar la fuerza de trabajo representada en el campesinado. Lo contrario también es cierto: la racionalidad capitalista, al golpear formas antiguas de organización del trabajo, puede abrir las compuertas a la técnica moderna y propiciar la invasión de ésta como elemento de refuerzo del capitalismo.

En ambos casos el campesinado sufre transformaciones fundamentales que se reúnen bajo el concepto de *descomposición*. Descomponer, básicamente, significa desbaratar y desordenar. Cuando el campesinado se descompone, quiere uno decir que se desbarata como clase para pasar a ser otra, desordenándose los estamentos que antes la conformaban.

EVOLUCIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO

Hemos visto que el campesinado ha sido siempre la clase social por regla general explotada y dominada por otras, que hace producir la tierra directamente. Para ello, ha trabajado con relaciones de producción que han variado según la región y la época. En

¹ Texto extraído de *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, Punta de Lanza, 1975, pp. 111-135.

términos generales puede decirse también que el campesinado ha ido variando de formas precapitalistas en que se enfatizaba la satisfacción básica de necesidades, sea en tierra ajena o propia, a formas libres de trabajo o como pequeño productor, en que el campesinado queda sujeto a las leyes capitalistas de precios y mercados, competencia, maximización de ganancias, concentración de la propiedad y monopolio de recursos. Esto lleva a la proletarianización rural.

ESTRATEGIAS Y MECANISMOS

Esta tendencia a la proletarianización, que ha venido en ascenso en nuestro país desde el siglo XIX, recibe atención especial y algo detallada en este capítulo, por tener claras implicaciones políticas. La estudiaremos primero a través de las dos estrategias principales que adoptaron las clases explotadoras con el Estado de esa época: el fin de los resguardos y el fin de la esclavitud. Querían promover las nuevas relaciones de producción que los tiempos exigían para acomodarse al capitalismo industrial naciente y al imperialismo inglés.

Por la misma época surgieron también otros mecanismos relacionados con la descomposición del campesinado: el terraje y la aparcería con obligaciones, y el peonaje por deuda. Todos estos mecanismos tenían en común: a) la creciente importancia de la transacción en moneda, que fue desplazando el pago en trabajo o en especie; y b) el influjo del antiguo principio del lucro, que recibió nuevo impulso en las fuertes condiciones de transición registradas en este período.

PRIMEROS SÍNTOMAS DE DESCOMPOSICIÓN

El primer estamento campesino que recibió el impacto del capitalismo moderno fue el de los indios de resguardo. Aunque su verdadero efecto se sintió en el siglo XIX, ya de atrás se venían dando ciertos pasos para permitirlo. Y ello por la descapitalización que sufrió España a raíz de las guerras con Inglaterra.

Salario en dinero

Había una ambigüedad inicial en los modos de producción e intercambio que trajeron los españoles. Se recordará que la Conquista se realizó en un momento de transición entre el feudalismo y el capitalismo mercantil. Algunas formas capitalistas de la renta de la tierra se habían impuesto en España y, en especial, el jornal y el peón asalariado habían hecho ya su aparición. No es de sorprenderse entonces que desde las primeras leyes de Indias se hubiese exigido aquí el pago de salario en dinero por el trabajo realizado por los concertados y que se hubiese reglamentado la jornada de trabajo.

Avances y relaciones señoriales

Pero esta modalidad del peonaje o jornaleo no pareció ser muy frecuente en la primera época. En muchas partes no se pagó nada, o se pagó en especie, o se hicieron *avances* para fomentar el concierto por deuda, o se encontraron formas de burlar las leyes pertinentes.² Quedó como factor económico secundario, dejado a la voluntad de hacendados y estancieros; sólo los pequeños arrendatarios debieron sujetarse en serio a pagar salario a sus trabajadores.

Los señores, en cambio, desarrollaron relaciones de producción basadas en el control y uso directo de la tierra, con el fin de fijar la fuerza de trabajo y acumular el excedente agrario. Por eso, en esa época no se estimuló ninguna forma de trabajo rural libre, excepto el arrendamiento con terrajes simples y algún peonaje suelto. Hubo relaciones de producción señoriales, como el concierto y la agregación, que después se complementaron o reforzaron con la esclavitud, para constituirse en formas dominantes de explotación.

² G. Colmenares, *Historia económica y social de Colombia*, Bogotá, 1973, pp. 113-118.

Composiciones de 1754

Los primeros síntomas reales hacia formas generalizadas de trabajo libre en el campo, como el peonaje simple, parecen registrarse a mediados del siglo XVIII, a raíz de las composiciones de tierras ordenadas por el rey Fernando VI en 1754, con el fin de levantar recursos para el Estado.

Fueron resultado del decaimiento de los resguardos indígenas que se habían visto invadidos por blancos y mestizos, o cuyos cabildos habían necesitado dar porciones en arriendo a extraños para completar el pago de tributos. Estas composiciones llevaron a ejercer violencia sobre muchos resguardos para reducir sus límites o *demoler* sus reducciones, es decir, convertirlas en parroquias de blancos sujetas a las leyes generales (y no a las especiales que protegían a los indios). En Boyacá y Cundinamarca estas revisiones, con el remate de las tierras entre los vecinos blancos en por lo menos 25 resguardos, las realizaron los visitadores reales Andrés Berdugo y Oquendo (1755-1756) y José María Campuzano y Lanz (1777-1778), quienes ordenaron a muchos indios de resguardo que desocuparan sus parcelas y se trasladaran a otras partes.³

El mismo proceso debió ocurrir en otras secciones del país, pero no se ha documentado debidamente. Fue probablemente la tarea relacionada, en parte, con las visitas y viajes de Antonio de la Torre y Miranda en la provincia de Cartagena; José Fernando de Mier y Guerra en la orilla oriental del río Magdalena abajo; Francisco Pérez de Vargas en el partido de Tierradentro (hoy Atlántico); y el padre Joseph Palacios de la Vega en las cuencas de los ríos Nechí y Cauca abajo; todas realizadas por la misma época.

Nuevos agregados

Los traslados de indios no fueron muy ordenados y muchos de éstos no obtuvieron los lotes prometidos en las nuevas comuni-

³ O. Fals Borda, *El hombre y la tierra en Boyacá*, Bogotá, 1957, pp. 83-91; G. Colmenares, *Historia económica y social de Colombia*, op. cit., pp. 174-182.

dades. Quedaron como *agregados*, es decir, como peones o jornaleros simples. Aquellos que regresaron a sus sitios originales por alguna circunstancia, llegaron también como trabajadores sin tierras, como peones de los nuevos dueños. Los agregados sueltos también empezaron a aparecer por esa época, bajo diferentes modalidades (como peones y arrendatarios), en regiones de tierra caliente.

Los comuneros y Pisco

El deterioro de la situación indígena tuvo repercusiones políticas. Tres años más tarde, en 1781, los que quedaban en alrededor de 100 resguardos se juntaron a la rebelión de los comuneros. Intentaron recapturar la indianidad perdida y proclamaron a uno de sus dirigentes, Ambrosio Pisco, como nuevo zipa o príncipe de Bogotá. Exigieron, en la séptima capitulación firmada en Zipaquirá, que se devolvieran a los indios las tierras de resguardo que no se hubiesen vendido ni permutado, capitulación que permitió, mientras estuvo en efecto por unos meses, que se recuperaran algunas de ellas.

Pero el derrumbe general de los comuneros aceleró también el fin de los resguardos que quedaban. Éstos entraron ya muy debilitados al siglo XIX, cuando se les asestó un golpe mortal con la expedición de las llamadas “leyes liberadoras”, que abrieron, entonces sí, el compás para la formación de peones agrarios en gran escala.

Mientras tanto, los indios libres (los tribales o bravos en regiones aisladas de estas influencias) se aferraron a sus dominios y culturas y resistieron estas tendencias, tan homicidas para ellos, hasta bien entrado el siglo XX.

Liberalismo capitalista

Las *leyes liberadoras* respondían a un cambio en la concepción política de la economía colonial por parte de los libertadores. Para éstos, nutridos en ideales proclamados por la Revolución

Francesa (1789), los resguardos indígenas parecían un legado colonial inaceptable. Lo correcto ahora era estimular las libertades individuales, la igualdad democrática, la libre empresa y el libre comercio. Todo esto, sumado, equivalía a romper con las formas señoriales y esclavistas y abrir cauces a nuevas formas de organización de la sociedad.

Estas nuevas formas, condicionadas por el naciente capitalismo industrial de Inglaterra, llevaban a definir todo como mercancía y al mundo como sujeto al libre juego de las leyes de la oferta y la demanda. En resumen, se abría para el país un período de liberalismo capitalista que debía luchar contra la herencia de la Colonia.

FIN DE LOS RESGUARDOS: NUEVO CONCIERTO

Ley de 1821

Las primeras víctimas de este liberalismo no fueron los acaparadores de tierras. Al contrario, los propios generales del ejército libertador, como hemos visto, entraron a monopolizar tierras y a convertirse en hacendados, si ya no lo eran. Fueron otra vez los indios de resguardo quienes recibieron el mayor impacto, al decretar el Congreso General de Colombia, en Cúcuta, el 11 de octubre de 1821, el fin de los resguardos y de los tributos indígenas. La idea era convertir a sus antiguos usufructuarios en dueños absolutos de las pequeñas extensiones que resultaran de los repartos.

Leyes de 1832 y 1843

Dificultades administrativas y políticas impidieron la aplicación de esa ley hasta 1832 (6 de marzo), cuando se reglamentó la forma de parcelar y titular los resguardos y se prohibió a los nuevos

parceleros vender sus lotes por 10 años, prohibición que se volvió a repetir por otros 10 en 1843.⁴

Minifundio

En efecto, durante esos años se procedió a terminar muchos resguardos en Cundinamarca, Boyacá y otras regiones, iniciando una política parcelaria del Estado colombiano que continuó hasta el siglo XX, y sigue en buena parte. Entonces nacieron muchos de los minifundios que se observan en los Andes orientales y el sur del país. El tributo indígena que se había eliminado, resucitó en forma de diezmo “voluntario” para la Iglesia (cultivos y edificios), que en muchos sitios subió hasta el 40% de la producción local de los resguardos.⁵

Ley de 1850

Esas leyes de 1821, 1832 y 1843 abrieron un primer boquete en la estructura tradicional agraria; pero no hicieron todo el juego a los nuevos terratenientes interesados en liberar la mano de obra. Liberarla quería decir descomponerla: desvincularla de la tierra que había recibido y dejarla dispuesta al trabajo como peones en haciendas o plantaciones, especialmente las relacionadas al negocio de exportación. Este paso adicional se dio en 1850 (22 de junio), cuando el presidente José Hilario López sancionó la autorización a las cámaras de provincia para que los “indígenas” (que en realidad ya eran mestizos y blancos) pudieran “disponer de sus propiedades del mismo modo y por los propios títulos que los demás granadinos [colombianos]”. Esto quería decir: libertad absoluta de compraventa de las antiguas tierras de resguardo y de los lotes resultantes.

⁴ G. Hernández Rodríguez, *De los chibchas a la Colonia y a la República*, Bogotá, 1949, p. 286.

⁵ J. Friede, *El indio en lucha por la tierra*, 1944, pp. 167-169.

Con esto todos los diques se vinieron al suelo, con el resultado de que buena parte de los pequeños propietarios de resguardos malvendieron sus lotes, o se los birlaron los terratenientes o simplemente los perdieron.

Emigración

Una consecuencia fue que muchas familias quedaron sin tierras suficientes de qué vivir, originándose una fuerte corriente emigratoria de peones a las vertientes del río Magdalena. Así, buena parte de la fuerza de trabajo que antes vivía en los resguardos se proletarizó total o parcialmente, según la cantidad de tierra que les quedó. Se volvieron aparceros, arrendatarios o simples jornaleros, como la burguesía lo había anticipado.⁶

Nuevas haciendas y conciertos

Otra consecuencia fue que, en los antiguos resguardos, los lotes recién vendidos se fueron consolidando, por obra de compradores ricos, para formar nuevas haciendas. Así ocurrió en muchas partes, como en Fontibón (sabana de Bogotá), cuyos resguardos se terminaron casi enseguida (1851), quedando sus antiguas siembras convertidas en pastos.⁷

En estos casos los hacendados dieron al antiguo concierto un nuevo sentido, enfatizando el pago de jornal efectivo, además de las otras ofertas que hacían para asegurar la mano de obra, tales como el lote y la choza para la familia del concertado, derechos de patio o de pastos en tierra de hacienda, etc. La principal exigencia u obligación era el trabajo remunerado por cierto número de días a la semana en las tierras del patrono. Así surgió un nuevo concierto, sin ley o disposición formal que lo controlara, como al antiguo.

⁶ S. Camacho Roldán, *Escritos varios*, tercera serie, Bogotá, 1895.

⁷ L. Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*, Medellín, 1955, p. 196.

Jornales

El jornal de este nuevo concierto remunerado variaba mucho. Podía ir de cinco centavos diarios en el interior a cuatro pesos mensuales en la costa (en general, los jornales eran más altos en la tierra caliente que en la fría); y los jornales del concertado eran más bajos (un 30%) que los de los peones libres.

El nuevo concierto se aplicó en las haciendas recién formadas de los Andes orientales y se extendió a las antiguas en otras partes. Juzgando por el caso bien documentado de la hacienda Las Julias, en Chocontá (Cundinamarca), el jornal se pagaba realmente en dinero como forma más común, en lo cual se diferenciaba, en la práctica, del concierto colonial (aparte de ser extralegal).

Hacienda Las Julias

La hacienda de Las Julias había sido formada en el antiguo resguardo de Saucío por el jefe político de Chocontá y presidente de la cámara provincial, José María Maldonado Neira, quien había comprado las tierras reservadas para la escuela del lugar el 15 de agosto de 1851. A partir de este lote y hasta 1868, efectuó 16 compras distintas a los “indígenas” de Saucío, para consolidar una propiedad de 100 fanegadas (65 hectáreas). Había pagado, en promedio, 20 pesos por fanegada de tierra que oficialmente se había avaluado entre 25 y 50 pesos. Hizo producir la tierra con los peones-conciertos que había desplazado, desarrollando la ganadería y sembrando pasto carretón. Su hijo vendió la hacienda al comerciante chocontano Juan Porras en 1896, quien siguió comprando otros 31 lotes y agrandando la propiedad hasta hacerla de 252 hectáreas, imponiendo el nuevo concierto en toda su amplitud.⁸

Este caso ilustra la manera como las relaciones de producción capitalistas fueron utilizando las antiguas en busca de aumentar

⁸ O. Fals Borda, *Campesinos de los Andes*, Bogotá, 1961, pp. 130-139.

la tasa de ganancia, para disolverlas a continuación dentro del nuevo contexto dominante.

No quiere decir esto que haciendas como Las Julias se convirtieran enseguida en empresas capitalistas, sino que adoptaron ciertas fórmulas capitalistas al tiempo que mantuvieron por varios decenios más, en sus respectivas regiones, las formas de producción señoriales. Se registra una articulación de relaciones de producción y no una sustitución de ellas, en este primer período. En el caso de Las Julias esa articulación subsistió hasta el decenio de 1950, cuando la hacienda se empezó a destruir a punta de herencias y arrendamientos a empresarios de la papa y el trigo.

En la costa

En otras partes, como la costa atlántica, la articulación se observa en el nuevo concierto con el cual se fijó la fuerza de trabajo a haciendas de ricos como Sebastián Romero en Sincelejo, Manuel Álvarez en Sucre y Manuel Guerrero en Pansegüitas, durante la segunda mitad del siglo XIX.

En el sur

La guerra contra los resguardos indígenas duró todo el siglo XIX, y remató con un intento reorganizativo de resguardos ordenado por la ley 89 de 1890. Pasó con altibajos al siglo XX (leyes 55 de 1905 y 104 de 1919), cuando se pretendió llevar su destrucción al Cauca y Nariño. En estos departamentos los indígenas habían defendido mejor su cultura y, aunque los vecinos blancos, el clero y hacendados habían empezado a carcomerles las tierras, todavía quedaban buenas secciones y cabildos fuertes.⁹

⁹ J. Friede, *El indio en la lucha por la tierra*, op. cit.; V. D. Bonilla, *Siervos de Dios y amos de indios*, Bogotá, 1968.

Quintín Lame

La reacción indígena quedó allí personificada en Manuel Quintín Lame, jefe páez que entre 1914 y 1918 se rebeló en el Cauca, para pasar luego a los resguardos de Huila y Tolima entre 1920 y 1930 con el fin de reorganizarlos. Contó con la compañía de otros dirigentes valiosos, como José Gonzalo Sánchez y Eutiquio Timoté, quien tiempo después fuera candidato del Partido Comunista a la Presidencia de la República.¹⁰ Este último esfuerzo de Lame, especialmente en Ortega (Tolima), estaba destinado al fracaso porque la rápida expansión de la hacienda ganadera, la empresa agraria y la concesión petrolera extranjera, en esa región habían dejado al antiguo resguardo sin ninguna tierra con qué restituirse. Además, Lame tuvo demasiada fe en los procedimientos legales y él mismo no pudo superar la etapa mesiánica y caudillista local, sin advertir toda la dimensión de clase de su lucha.

En Nariño

Aunque, como se dijo, quedan todavía resguardos en el país, su incidencia económica, social y política es cada vez más reducida. Sus miembros se han ido individualizando e identificándose más y más con el pequeño propietario corriente de nuestros Andes. Por eso, no tuvieron objeción práctica a la última partición importante de resguardos en el país, la que se realizó en Nariño en el decenio de 1940: Anganoy, Obonuco, Jongovito, Gualmatán y Catambuco. Esto dio lugar a importantes ajustes en la tenencia de la tierra y en la vida agrícola de toda la región.¹¹

En resumen, podemos ver cómo el fin de los resguardos descompuso como clase a los “indios” y siervos que de ellos vivían, para convertirlos en pequeños propietarios y concertados nuevos. Buena parte de ellos quedó también como fuerza de trabajo

¹⁰ M. Q. Lame, *En defensa de mi raza*, Bogotá, 1971.

¹¹ O. Fals Borda, “El vínculo con la tierra y su evolución en Nariño”, en *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias*, X, N° 41, 1959.

libre en las nuevas haciendas, plantaciones y otras explotaciones rurales, como peones, aparceros y arrendatarios.

FIN DE LA ESCLAVITUD: CONCIERTO FORZOSO

Así como la terminación de los resguardos dio origen a un *nuevo concierto*, así también la de la esclavitud hizo nacer otro concierto que, a diferencia de aquél, era forzoso, aunque legal y teóricamente pudiera verse como una forma de trabajo libre. Constituye otro ejemplo de la manera como se realizó la transición de las relaciones sociales de producción coloniales (señoriales y esclavistas) a las capitalistas. Nuevamente se observa cómo éstas utilizan y van disolviendo aquéllas, a pesar de la resistencia que ofrecen al cambio social, siempre y cuando aumenten las tasas de ganancia.

Movimientos antiesclavistas

A principios del siglo XIX existía una fuerte presión universal por parte de intereses británicos industriales para eliminar la esclavitud y organizar de manera libre a los trabajadores. El reconocimiento de nuestra independencia por esa potencia se hizo con la condición de que se emancipara a los esclavos, de los cuales quedaban alrededor de 45.000 según el censo de 1825, la mayor parte en las provincias de Cauca, Popayán, Buenaventura, Antioquia, Chocó y Cartagena.

Esta presión, aunque necesaria —porque los esclavistas no querían ceder a menos que les pagaran—, no era absolutamente determinante. Los explotadores habían empezado a hacer cuentas comparando el costo de levantar y mantener un esclavo con el de emplear un jornalero simple. La ventaja económica, evidentemente, ya la tenía este último.¹²

Entre los primeros en entender el fenómeno y actuar en consecuencia estuvieron los antioqueños, en cuya provincia se habían desarrollado, desde las últimas décadas del siglo XVIII, formas

¹² A. López, *Problemas colombianos*, París, 1927, p. 37.

libres de trabajo, incluyendo mineros y propietarios pequeños e independientes. Hubo también allí un movimiento en favor de la manumisión (libertad) de esclavos desde fines del siglo XVIII. Así, en Antioquia se aprobó en 1814 la primera ley contra la esclavitud, que luego la acogió y extendió a todo el territorio nacional el Congreso Constituyente de 1821. En ese momento existía también la presión de los soldados negros y mulatos del ejército libertador, a los cuales se les había ofrecido la liberación a cambio de su reclutamiento. Había igualmente la promesa de Bolívar a Alejandro Petión —el caudillo negro que había defendido la independencia ganada por Haití desde mucho antes— para proceder a liberar a los negros de la América española.

Libertad de vientres

La ley de 1821 (21 de julio) dispuso la *libertad de vientres*, es decir, que los hijos de esclavas nacidos a partir de esa ley quedarían libres. Pero también que estos libertos permanecerían bajo la tutela de los amos de sus madres y sirviéndoles hasta que cumplieran 18 años, para indemnizarlos de los gastos de alimento y vestido. Esta disposición sirvió de base para otras que llevaron a disimular, en la práctica, la esclavitud, creando lo que se llamó *concierto forzoso de manumisos*, y dejando apenas modificada la forma de organización del trabajo de esclavos en las haciendas, estancias y otros sitios.¹³

La matrícula

El concierto forzoso se estableció por la ley del 29 de mayo de 1842 para los libertos entre los 18 y 25 años de edad. Éstos debían quedar en poder de los amos para “educarlos e instruirlos” en algún arte u ocupación. Para el efecto se pedía el consentimiento del liberto y se celebraba un contrato y matrícula ante el alcalde. Los amos se comprometían a proporcionar a sus concertados o

¹³ M. González, *El proceso de manumisión en Colombia*, Bogotá, 1974.

matriculados los alimentos, el cuidado durante enfermedades, y varias mudas de ropa por año y un jornal en efectivo, a cambio de su servicio en la tierra o en la casa.

A los concertados forzosos en muchas partes se les dejó trabajar en lotes de pan coger y se les facilitaron herramientas, en lo que se acercaron a los *nuevos concertados* como forma de tenencia. Se calculó en 4.500 por año el número de negros jóvenes que quedarían con derecho a este concierto.

En Cauca y Valle

Aunque aquella ley se derogó en 1846, quedó viva en la práctica hasta bien entrado el siglo XX, a medida que los Estados fueron adaptando la idea del concierto forzoso a su legislación particular. En el Cauca, por ejemplo, el gobernador reglamentó el asunto en 1849 oficializando los abusos que se estaban cometiendo, especialmente en el campo. El jefe político de Palmira admitió en 1851 que el concierto se tornaba indefinido (no se terminaba al llegar el “libre” a los 25 años), no sólo por la ignorancia de los manumisos sino por la avaricia de los hacendados que allí sentían “escasez de brazos”.¹⁴

En Bolívar

En el estado de Bolívar la práctica del concierto forzoso de servicios quedó constando en las escrituras de compraventa de propiedades rurales por lo menos hasta 1874. Allí los legisladores locales aprobaron ordenanzas reglamentando el concierto en la agricultura y en las casas (servicio doméstico) y estableciendo la forma de hacer las *matrículas* o contratos, y el pago de derechos. Una de esas ordenanzas, la N° 54 de 1892 (ampliada por la N° 49 de 1898) y un decreto de 1908 del gobernador de Sincelejo (el N° 34) testimonian cómo el concierto forzoso y la matrícula seguían vigentes 57 años después de la expedición de la última

¹⁴ *Ibid.*, pp. 212-216.

ley contra la esclavitud en 1851. No obstante, legislaban sobre una realidad económica que había evolucionado más y más hacia formas libres de trabajo y el pago de jornales.

Reacción cimarrona

Una situación ambigua de este tipo en la explotación de las tierras no podía quedar sin respuesta de los antiguos esclavos y sus compañeros de clase. El cimarronismo, que se había apagado con las guerras de Independencia, tomó nuevo impulso, hasta el punto de que hubieron de dictarse medidas represivas en 1843 (22 de junio) contra alzamientos de esclavos. Los palenques antiguos fueron recibiendo nuevos contingentes de fugados. Individuos aislados, como Manuel Hernández (*El Boche*) en la hacienda Misiguay (Córdoba) en 1905, se levantaron contra la matrícula.

Adamo y Guzmán

En Bolívar, sólo la organización popular alcanzada en 1921 por los dirigentes socialistas Vicente Adamo y Juana Julia Guzmán pudo al fin dar al traste con la matrícula y el concierto forzoso que se aferraban aún a la explotación agraria.¹⁵ En ese año expidió el estado de Bolívar una nueva legislación que derogó las ordenanzas mencionadas.

Formas libres de trabajo

Para entonces casi no quedaban en el país restos de la esclavitud, en parte porque los mismos esclavos y sus compañeros fueron comprando su libertad con sus propios ahorros y recursos. El nuevo capital circulante y el producto de su trabajo en las fincas y enclaves les permitió ir saliendo de aquella condición.

Se hizo así una descomposición gradual de formas cautivas de trabajo que caracterizaban a la Colonia, para desarrollar formas

¹⁵ Centro Popular de Estudios, *Lomagrande, baluarte del Sinú*, Montería, 1972.

libres como el peonaje simple, el arriendo y la aparcería, que también eran conocidos en la Colonia, pero que armonizaban mejor con el capitalismo en ascenso. Por eso merecieron el apoyo de los empresarios del campo, el estímulo del Estado burgués y el aprovechamiento de las potencias imperialistas del siglo XIX.

INCIDENCIA SOBRE EL TERRAJE Y LA APARCERÍA

Abusos de terratenientes

La terminación de los resguardos y el fin de la esclavitud, con los conciertos resultantes, afectaron a los otros estamentos campesinos que habían quedado aislados de aquella estrategia de la burguesía: los arrendatarios, colonos y aparceros, en su mayoría blancos. De estas formas de trabajo libre habían empezado a disfrutar también los indios sueltos, los cimarrones y los libertos que entraban en contacto con los blancos. Todos estos grupos campesinos fueron afectados principalmente por las modificaciones abusivas que los terratenientes impusieron a los contratos de terraje y aparcería, aguijoneados por el afán de lucro que el liberalismo capitalista pintaba como el principal motor del desarrollo económico.

Quedó explicado que el terraje se entendía, en la época colonial, como el pago de un canon de arrendamiento o suma de dinero por el uso de un terreno (censo); este canon podía también pagarse en productos de la misma tierra. No había ninguna otra obligación del terrajero o su familia para con el terrateniente.

Se dijo igualmente que fueron los campesinos blancos, o de origen español (vecinos y agregados), los que más se acogieron a esta forma de arriendo rural y trabajo libre, aunque también ocurrió con algunos indios de la provincia de Popayán.¹⁶ La existencia de terrajeros o arrendatarios de este tipo, en esa época, ha quedado más o menos documentada.

¹⁶ J. M. Arboleda Llorente, *El indio en la Colonia*, Bogotá, 1948, pp. 164-165.

Pero durante el siglo XIX surgieron modalidades de un terraje *con obligaciones*, aparentemente nuevo, en secciones como el Cauca, el Valle y Bolívar. El nuevo terraje exigía no sólo el pago del canon en dinero y en especie, sino cargas adicionales tales como la prohibición de sembrar determinadas plantas o efectuar ciertos cultivos, la venta obligatoria de la cosecha al patrono y la compra obligatoria en la tienda de raya de éste.

Corraleja y venta de doncellas

A estos abusos se fueron añadiendo usos y costumbres como el servicio de miembros de la familia del terrajero, la *venta de doncellas* a los terratenientes y la *corraleja* o fiesta de toros en honor del patrón, que han persistido hasta el siglo XX, para darle un tinte señorial a la relación. Pero ésta en lo dominante no ha dejado de ser “libre”.

Arreglos varios

Los arreglos del terraje con obligaciones variaban mucho: desde 100 puños de arroz por hectárea cultivada en las bocas del río Sinú (que después se convirtió en pago equivalente en dinero efectivo); tres pesos al año por casa y sementera (aplicable a los indios) en la hacienda Coconuco del general Mosquera; cuatro bultos de arroz trillado (a palo) por cabuya sembrada, en las vegas entre los ríos Cauca y San Jorge; un peso oro por cabuya de roza (a veces con casa), o 30 centavos por cabuya de paja por año, en Uré (Córdoba); un precio convencional por el uso de los terrenos comunales de Mompox; cuatro pesos por árbol de cacao sembrado en Puerto Tejada; hasta 1.200 tusas de maíz por cada cabuya sembrada en Majagual (Bolívar).

Sobreexplotación y lucro

De esta forma los terratenientes acumularon excedentes increíbles, a costa del trabajo y la producción de los terrajeros. No en

balde se desarrollaron fortunas inmensas que permitieron a los hacendados vivir cómodamente en las principales ciudades.

El terraje con obligaciones no parece que se transformara en trabajo cautivo (caso en el cual pasaría a ser concierto). Pero ayudó a preparar el camino al sistema capitalista, al abrirle compás al lucro y disolver la forma anterior de terraje, que jugaba dentro de un contexto precapitalista.

La *aparcería* también sufrió el mismo impacto. A los contratos tradicionales que se basaban en una especie de sociedad o compañía entre el propietario de la tierra y el aparcerero, se añadieron exigencias como la venta obligatoria de toda la cosecha al Estado monopolista o al propietario de la tierra, a un precio notoriamente inferior al del mercado.

El tabaco

Éste fue el caso de la *aparcería* del tabaco en la época colonial y republicana a partir de 1766, cuando se estableció el monopolio, y después al abolirse éste. Las diferencias entre el precio de compra al cosechero y el de venta al consumidor dejaban una ganancia del 80% al 100% al Estado y de 150% a los particulares.¹⁷ Esta diferencia, tan injusta cuanto lucrativa, indica cómo la *aparcería* (y otras formas de tenencia) se iba transformando en sobreexplotación capitalista, aun desde los tiempos coloniales.

Hubo otras maneras de *disfrazar* la explotación dentro de la antigua *aparcería* del tabaco, como el cobro por el terrateniente de un número fijo de arrobas por cada hectárea sembrada por el cosechero, en el Magdalena medio. Se desató además una competencia entre los cosecheros entre 1850 y 1858 que hizo contraer el margen de participación que habían tenido en la venta del producto, lo que produjo mayores beneficios a los terratenientes, hasta que al fin ya no hubo más *aparcería* en esa región, sino

¹⁷ L. F. Sierra, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*, Bogotá, 1971, p. 37.

peonaje por deuda, con todos los riesgos y recursos puestos por el trabajador solo.¹⁸

Café, algodón y arroz

La aparcería se transfirió, con efectos similares, a los nuevos cultivos de café, algodón y arroz desde finales del siglo XIX, aunque la intensidad de la sobreexplotación varió según el tamaño de la finca y el poder del propietario.¹⁹ Para el café en Caldas, por ejemplo, hubo propietarios que suministraban sólo herramientas, enseres y empaques, y al aparcero le tocaba la recolección, despulpada, lavada y secada, para dividirse el producto por igual. Muchos de estos arreglos han seguido así hasta hoy. En la práctica, estudios económicos concretos han revelado que en esa especie de sociedad quedaba favorecido el propietario de la tierra: al valorar el trabajo aportado por el aparcero, se ve que éste recibía una remuneración real menor que la que le hubiese correspondido según el jornal vigente en la zona respectiva.²⁰

El peonaje por deuda

Aunque el peonaje (o concertaje) por deuda existió en la Colonia, su más abusivo desarrollo parece que ocurrió en el siglo XIX. Pero ha seguido vigente en muchas regiones del país.

Usura y egoísmo

Su motivación es el lucro de los empresarios del campo y la burguesía comercial con ánimo de acumular capital. Lucro que llega a la usura, mostrando de todo lo que es capaz el capitalismo para deshumanizar la sociedad, promover el egoísmo y explotar a

¹⁸ *Ibid.*, pp. 75, 150, 158.

¹⁹ H. Tovar, *Movimientos campesinos en los siglos XIX y XX*, Bogotá, 1975.

²⁰ CEPAL, *El desarrollo económico de Colombia: la agricultura colombiana* (VII), Bogotá, 1955, p. 148.

quien produce riqueza. Aquí se ve muy claro cómo cada hombre se convierte en lobo para los demás.

El *peonaje por deuda* es un mecanismo de descomposición del campesinado que puede afectar todas las relaciones de producción conocidas, especialmente las que obligan a pagar en trabajo o en especie la renta de la tierra. Es la degradación final de todas ellas. Ocurre no sólo como un desarrollo “natural” de la racionalidad capitalista, sino por el atraso del trabajador en conocer el avance tecnológico y los ajustes en la estructura económica y social.

Desarrollo desigual

Aquí se destacan nuevamente los niveles de desarrollo desigual que aparecen cuando el capitalismo descompone las relaciones de producción precapitalistas, como las que eran dominantes en nuestras haciendas coloniales. Veamos algunos casos.

En la hacienda Las Julias, de Chocontá, ya mencionada, su fundador, José María Maldonado Neira, dejó un registro concreto de lo que había prestado a los peones de Saucío en 1857. Entre ellos figuraban miembros de familias (Lotas, Eraques, Barbones) que habían sido miembros del resguardo local, que habían perdido sus tierras y empezaban a trabajarle a Maldonado mediante préstamos y *avances*. Los pagos se hacían semanalmente; pero esos trabajadores al parecer nunca lograron ponerse al día con sus deudas.²¹ Sus descendientes actuales todavía son minifundistas o jornaleros simples.

Lo mismo pasó en las haciendas y plantaciones de tabaco del Magdalena medio, donde los aparceros recibían avances en especie con mercancías sobrevaluadas, con créditos cobrados hasta del seis por ciento mensual, lo que llevó al peonaje por deuda.²²

²¹ O. Fals Borda, *Campesinos de los Andes*, op. cit., pp. 135-136.

²² J. P. Harrison, “La evolución del comercio del tabaco en Colombia hasta 1875”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 34, 1952, p. 172.

Ignorancia del peón

El peón, por regla general, ha sido una persona acostumbrada a contactos personales e informales, al respeto de la palabra dada, que no sabe leer ni escribir, ni hacer cuentas como el patrón. Es ignorante de las leyes que le cobijan y de los precios corrientes de productos en los mercados centrales. Queda sujeto a la voluntad de terratenientes de cepo y látigo, y de la policía que se pone a órdenes de éstos. Fácilmente, con un error, con una enfermedad, con la huella de sus dedos sobre un documento, puede el peón caer en la trampa de la deuda que lo obliga al trabajo de por vida a él y, a veces, a sus descendientes.

En Nariño

Veamos el caso de Asael Guachabés, peón-concierto de la hacienda Bomboná (Nariño) en 1959. Asael cultivaba tres hectáreas de café, plátano, naranjas, yuca y tabaco, en pago de lo cual debía ir a trabajar en la hacienda 117 días al año, además de pagar 25 pesos en efectivo. Trabajando como obrero de primera clase en el trapiche de la hacienda, se había accidentado hacía siete años, lo cual lo imposibilitó para seguir desempeñando su labor. Regresó al cabo de dos años como obrero “de segunda”. Este considerable atraso lo convirtió en peón por deuda. En 1959 sólo debía 53 días, pero el año anterior sólo había podido redimir tres de la deuda. A ese paso, le iba a tomar 15 años pagar el uso del lote que tenía. Las ventas de café y las entradas no sobrepasaban los 600 pesos anuales, de tal forma que Asael tenía que seguir uncido a la tierra y a la hacienda.²³

Han sido muchas las formas inventadas por los terratenientes para encadenar de esta forma a sus trabajadores. En el caso de Guachabés hubo contrato firmado sin consentimiento expreso, entradas dolosas en las cuentas de la hacienda y engaño

²³ O. Fals Borda, “El vínculo con la tierra y su evolución en Nariño”, *op. cit.*; T. H. Smith, *Colombia*, Gainesville, 1967, p. 119.

en las *tarjas* resultantes (marcas talladas en bastones de madera, una por cada día de trabajo). Los procedimientos más comunes, en general, han sido los *avances*, la *tienda de raya* y los libros de cuentas fraudulentas.

Avances

Los *avances* son anticipos de pago en efectivo de los patronos a sus trabajadores para asegurar sus servicios por dos o más meses, o para asegurar el cumplimiento de condiciones *ajustadas* (discutidas), como la tumba de monte y siembra de yerba. Estos avances todavía se acostumbran en la costa atlántica y constituyen la puerta de entrada al deterioro económico del trabajador. Uno medio descuidado puede seguir indefinidamente obligado con un hacendado, sin tener ningún derecho. Poco a poco esta relación se va convirtiendo en peonaje por deuda y sobreexplotación.

Una modalidad relacionada con ésta es la compra anticipada de cosechas, mediante la cual el trabajador directo de la tierra vende *en verde*, *en hoja* o en el propio lote el producto calculado antes de cosecharlo y, por supuesto, a un precio muy inferior al del mercado. Es otra forma de expoliarle al peón el excedente o plusvalía que ha creado con su fuerza de trabajo.

Tienda de raya

La *tienda de raya* es el monopolio establecido por un hacendado en sus tierras para obligar a sus trabajadores a comprarle los elementos necesarios, que aquél trae de un mercado principal y re-vende a precios de usura. Puede ocurrir también que esas tiendas sirvan de punto de acopio y venta obligatoria de las cosechas y otros materiales producidos por los trabajadores, a precios acomodados muy por debajo del mercado.

En Sincé y Majagual

El hacendado ejerce de esta forma una doble explotación, por compras y por ventas arbitrarias a quienes hacen producir sus tierras. Éstos se van convirtiendo progresivamente en peones por deuda, como fue el caso del latifundio de Inocencio Flórez (don *Chencho*) en Sincé y la Casa Florana que fundó. No lejos de allí, en Majagual, se recuerda todavía el caso de un terrajero de Rafael Romero (de la “casa Romerana”) que duró 50 años pagando una tela “cabeza’e perro” que había comprado en la tienda de raya del patrón. Casos como éste se han multiplicado casi al infinito por todo el territorio nacional.

Libros de cuentas

Los registros en los libros de cuentas de las haciendas y de sus tiendas de raya han constituido un escándalo permanente. Por regla general tales libros se llevan sin el conocimiento directo o el consentimiento de los deudores, lo cual permite registrar entradas falsas, dobles o triples. Con razón el gran general Mosquera había ordenado a sus administradores de la hacienda Coconuco no mostrar nunca los libros de ésta. Allí podían haberse encontrado entradas abusivas como ésta, que viene de la costa atlántica: “Por una camisa de bravante, y de bravante una camisa total, son 2”.

Al sumar se hacían contar los ceros como cifras, o se le explicaba al peón que “el cero grande mata al chico”, y así la deuda pasaba de una a dos o tres cifras.

Otros trucos

No hubo truco que no emplearan los terratenientes para convertir a sus trabajadores en peones por deuda. En haciendas de la región de San Onofre los hacendados, abusivamente, hicieron marcar el ganado de sus arrendatarios con el hierro de sus haciendas, aduciendo orden del gobierno. En otras, como la del Soche en

Fusagasugá (Cundinamarca) establecieron exacciones ilegales como el pago de coso por animales extraviados.²⁴

El impulso capitalista y usurario en el campo ha sido, de esta forma, incontrolable. El objetivo era —y lo es aún— sobreexplotar al trabajador, robarle el fruto de su trabajo y apropiarse no sólo de la plusvalía sino del “salario normal”. En esto los capitalistas casi no encontraron resistencia, llegando a descomponer fácilmente los estamentos campesinos en aquellas partes donde éstos no se habían organizado.

La tendencia fue marcándose más y más hacia el predominio del jornaleo remunerado en el campo, es decir, la proletarianización rural.

Naturaleza de los cambios realizados durante el siglo XIX (Esbozo de algunos elementos)

1. Concertaje	Nuevo concierto
Jornaleo	
Esclavitud	Concierto forzoso
2. Tributos	Impuestos
3. Mercedes	Concesiones
4. Hacendados y encomenderos	Burguesía comercial y terrateniente
5. Hacienda señorial	Hacienda capitalista
6. Estado señorial	Estado burgués-terrateniente
7. Dispersión administrativa	Centralismo
8. Dependencia de España	Dependencia de Inglaterra

²⁴ H. Tovar, *Movimientos campesinos de los siglos XIX y XX*, op. cit., cap. 3.

LOS EMBRUJOS DEL SINÚ/RIQUEZA AGRÍCOLA Y EXPLOTACIÓN HUMANA¹



Río Sinú, Departamento de Córdoba, Colombia.

¹ Texto extraído de *Historia doble de la costa*, Bogotá, Carlos Valencia, 1986.

LOS EMBRUJOS DEL SINÚ

Los campesinos sabaneros que salieron hacia el sur buscaban reconstruir la vieja sociedad golpeada por tantas formas crueles del capitalismo naciente y querían recomenzar su vida. Jorge Artel, el poeta del “asombro jubiloso del Sinú”, describió aquel impulso vital colectivo de la costa de esta forma:

¿A dónde va el pensamiento
por tres calles solitarias,
desde la tienda del pueblo
a la orilla desolada?
Acaso tras el cansancio
que sobre el río bogaba,
en pos del alto Sinú
como en pos de una esperanza.

Un embrujamiento similar habían sentido ya, a su manera, porque llevaban otras miras, los extranjeros —franceses y norteamericanos— que habían osado entrarse por aquellas selvas tropicales donde, según ellos mismos, “la vegetación se ha complacido en producir fantasías que el arte nunca llegará a igualar”. Luis Striffler, quien llegó en busca de oro en 1844, confesó su anonadamiento por “los desiertos animados del Nuevo Mundo que nunca quedan callados [...] voces que forman el himno universal que la naturaleza entonó el día de la Creación”. Como el brujo y capitán de Cereté Francisco Velásquez en el siglo XVII, Striffler y sus compañeros extranjeros cayeron embelesados ante el suave encanto perfumado del amor sinuano, y oyeron sobrecogidos por la noche “el súbito estrépito de un caimán echándose al agua [...] el grito lúgubre del tigre [...] el ruido sordo y lejano de un árbol secular que se caía contra el suelo. Todo era monumental, hasta las lianas que envolvían aquellos inmensos troncos”.

RIQUEZA AGRÍCOLA Y EXPLOTACIÓN HUMANA

Una vez impulsados por las reformas sociales y económicas de Antonio de la Torre Miranda, los habitantes de las sabanas de Bolívar (hoy de Sucre) desarrollaron la ganadería y el tabaco con especiales formas de tenencia de la tierra, algunas de las cuales han sobrevivido hasta hoy. Este desarrollo, llevado al siglo XIX, ocurrió casi simultáneamente con la apertura del Sinú medio y algo más arriba, hasta llegar poco a poco a Urabá. En esas regiones vírgenes, aparte de explotadores individuales de productos selváticos, aparecieron primero grandes compañías francesas y norteamericanas en busca de oro, maderas y caucho que abundaban, con las cuales se inicia en grande la política de saqueo de las riquezas naturales que toleraron nuestros gobernantes. Promovieron también la industria del ganado, que llegó a ser casi tan grande como la de las sabanas.

No importaba que el propio río se rebelara a veces y defendiera la virginidad de los recursos que iban a ser saqueados inmisericordemente. Mohanes impredecibles sepultaron los campamentos y aparatos rusos de la Compañía Francesa del alto Sinú, encabezando oleadas de destructivos barrejobos. Buena parte de los 200 macheteros, bogas, barqueteros y peones de la frustrada compañía hubieron de ponerse de nuevo las parumas del viaje canoero y regresarse a Lorica y Cereté, donde habían sido reclutados. Otros menos temerosos de la jungla cogieron monte adentro para buscar la corteza del canime o copaiba y las raíces medicinales de la zarzaparrilla, junto con los que allí venían haciéndolo desde mucho antes, para venderlas a los nuevos comerciantes de Montería.

Allí, a la nueva villa, debían llegar de todos modos como figuras fantasmales, amarillos de la fiebre y agujereados por el jején, con los sacos llenos de objetos y recuerdos, y decididos a quedarse allí porque, como lo contó Compaegoyo, habían “aprendido a conocer el Sinú y a saborearlo enseguida”. Fundado por De la Torre en 1777, el pantanoso y plagado San Gerónimo de Buenavista (Montería) empezaba a crecer como centro de poder bajo la sombra de cocos y naranjales, para desplazar a Lorica como nuevo foco comercial.

La fascinación tropical del Sinú y la riqueza explotada surtieron su efecto: Striffler no volvió más a su provincia de Alsacia sino para morir, hacia 1880. Tampoco regresaron a Francia los hermanos Lacharme (Luis y Alberto), que le habían acompañado en la aventura del oro del Híguerón. Se enamoraron de las riberas sinuanas de Misiguay (donde el capitán Joseph Cristóbal había hecho de las suyas con los indios, y donde se desarrollarían impensadas tragedias posteriores), convencieron a mestizos de la compañía minera que se les “matricularan” o concertaran para trabajar la tierra, y fundaron la gran hacienda de Marta Magdalena en recuerdo de las hijas ausentes. Allí, entre todos se hizo un gran plantío de cacao para la exportación, el primero del Sinú. Buena escogencia por ser abundante producto silvestre que en épocas pasadas los hugonotes franceses de la colonia de Urabá habían vendido con éxito en Jamaica y otras islas caribeñas. Era el comienzo de un enclave de saqueo de recursos como los que nuestros gobernantes toleraron por toda la costa (y en otras partes del país) durante el siglo XIX.

[A]

Hacia 1876, Alberto Lacharme y sus hijos Javier, Alejandro y Antonino se abrieron de Marta Magdalena e hicieron sus propios enclaves y planta-

[A]

Las compañías extranjeras del Sinú (no las hubo de este tipo en las sabanas) se establecieron en forma de enclaves. Se entiende por *enclave* aquella explotación de recursos naturales y humanos en un lugar relativamente aislado, según formas de trabajo y técnicas que quedan subordinadas a las relaciones de intercambio que se establecen entre el enclave y el capital extranjero en países originarios o dominantes. En los enclaves se articula la producción directa de la tierra a mecanismos de circulación regional e internacional, se proletariza al trabajador rural y se crean *niveles de desarrollo desigual* que pueden llevar poco a poco a la sociedad local al modo de producción capitalista en formas dependientes.

Los enclaves sinuanos fueron en general de corta vida. Pero dejaron los restos de sus caminos y grandes espacios de selva derrumbada y saqueada, que se fueron transformando en haciendas en manos de otros, al cumplirse la “ley de los tres pasos”: primero el colono trabajador y productor, segundo el finquero comprador de mejoras, y por último el hacendado que consolida lotes y monopoliza la tierra.¹

En el enclave de la Compañía Francesa del alto Sinú para buscar oro (1844) trabajaron Víctor Dujardín, Luis Striffler, Luis Lacharme y otros.² El de la Compañía Francesa del Río Sinú (1894-1913) consolidó explotaciones de los Lacharme

¹ O. Fals Borda, *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la costa atlántica*, Bogotá, 1976, pp. 41, 51-61 (Ley de los tres pasos); W. P. Mc Greevey, *Historia económica de Colombia, 1845-1930*, Cambridge, 1971. Véase F. R. Safford, *Commerce and Enterprise in Central Colombia, 1821-1870*, Ann Arbor, 1965. Tesis de grado.

² Luis Striffler, *El río Sinú*, Cartagena, 1922, pp. 12-14 (Montería y trabajadores), 15-16, 24 (La selva sinuana).

ciones de cacao que colindaban con la hacienda madre, en El Porvenir, El Naranjo, Pino y Misiguay. Otros franceses y belgas (Georges y Louis Warbrugges) abrieron por allí mismo a La Risa y Mosquito y constituyeron en 1882 la “Société Agricole du Sinú” para sacar el cacao, el café, el caucho, maderas y ganado. Al prosperar estos negocios, en 1894 se hizo una nueva compañía ampliada, la “Compagnie Française du Rio Sinú” (representada en Montería por los Dereix, Enrique Kerguelen y Pedro Combat), que compró Marta Magdalena, La Risa y Mosquito. Esta inmensa hacienda fue ocupando, mediante concesiones del gobierno colombiano, toda el área comprendida desde el Naranjo y bordes del río Sinú hasta las cumbres de la serranía de las Palomas (límite actual de los departamentos de Córdoba y Antioquia). Eran probablemente 10.000 hectáreas iniciales de selva virgen, de las cuales se alcanzaron a tumbar y quemar tres mil con mozos y con arreglos palabreados de monte por pasto para convertirlas en potreros donde pastaran 4.000 cabezas de ganado. Además, aprovecharon para explotar la madera fina. Así se cumplió la “Ley de los tres pasos”, que enriquece al propietario a costa del sudor del trabajador agrícola directo.

La misma atracción misteriosa y tendencias al saqueo de nuestras riquezas naturales en enclaves afectaron a los norteamericanos, que también se acercaron al Sinú durante esos años. La Colombia Company adquirió tierras en 1892 en San Carlos de Colosíná, que bautizó Campanito. Allí empezaron a entonarse himnos evangélicos traducidos del inglés al español por el gerente Horace Coleman. Y los trabajadores a jornal o a destajo se reunían en la “mayoría” (casa principal) para orar al Señor con el pastor Juan Jarret después de herir con sus rulas la corteza de la cauchera castilloa y de cuidar centenares de cerdos cruzados con Berkshire en nuevos tipos de chiqueros técnicos. El alimento principal de los animales era el aceitoso corozo del nolí, que crecía en abundancia en vistosas palmeras. Los evangélicos siguieron acompañando la marcha de los colonos sabaneros y sinuanos al alto Sinú, donde establecieron 22 congregaciones, abrieron fincas y fundaron el pueblo de Nazareth en los años treinta, cerca de Valencia, donde se distinguió Juan Libreros Camargo como pastor.

En 1883 llegó la George D. Emery Company de Boston (Estados Unidos), comúnmente llamada Casa Americana, la más expoliadora de las compañías extranjeras que llegaron al Sinú. Abrió oficinas y gran aserrío en Montería, donde se preparaba para la exportación parte de la inmensa riqueza maderera que saqueó en el Sinú medio y alto hasta 1915, y en los ríos Mulatos y San Juan entre 1915 y 1929.

Se calcula que esta compañía sacaba 3.000 toneladas anuales de cedro, roble, caoba, ceiba veteada, carroto y dividive con las hachas de unos 400

y unos hermanos belgas para incluir cacao y ganados, además de maderas, en la gran hacienda de Marta Magdalena.³ Los norteamericanos modificaron las fuerzas productivas: adquirieron la hacienda *Campanito* en San Carlos de Colosín (1892) para fomentar la porcicultura y sacar el caucho, oficio que también estimularon otros en Ayapel (1850) y Turbo (1858). La George D. Emery Company, de Boston (la Casa Americana con oficinas en Montería) explotó maderas en el medio y alto Sinú entre 1883 y 1915 y en los ríos Mulatos y San Juan, entre 1915 y 1929, en cantidades considerables y con precios fabulosos.⁴ De 1909 a 1914 funcionó inicialmente el Consorcio Albingia, alemán, para explotar banano en Urabá, empeño frustrado por la Primera Guerra Mundial. También hubo una significativa inmigración de familias de Siria y el Líbano, primero en el comercio, luego en el negocio de tierras y ganados.⁵

³ Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia, vol. 12 (“Colombie: agriculture, industrie, travaux publics, mines, 1894-1917”), fols. 98-104 (cortesía de Álvaro Tirado Mejía); O. Fals Borda, “El secreto de la acumulación originaria del capital: una aproximación empírica”, en *Estudios sociales centroamericanos*, N° 20, mayo-agosto de 1978, pp. 163-173; Víctor Negrete, *Orígenes de las luchas agrarias en Córdoba*, Montería, 1981, pp. 22-24; Remberto Burgos, *El general Burgos*, Bogotá, 1965, pp. 82-83; Jaime Exbrayat, *Historia de Montería*, Montería, 1971, p. 23; Antolín Díaz, *Sinú: pasión y vida del trópico*, Bogotá, 1935, pp. 90-119.

Cepo en Tukurá: Manuel A. Palacio, “Informe sobre explotación del Sinú, 1889-1980”, en *Informe del gobernador de Bolívar [José Manuel Goenaga] a la Asamblea Departamental*, Cartagena, 1890, pp. 123-124.

⁴ James J. Parsons, *Antioquia's Corridor to the Sea*, Berkeley, 1968, pp. 31-68; Jaime Exbrayat, *Historia de Montería*, op. cit., p. 229; Antolín Díaz, *Sinú: pasión y vida del trópico*, op. cit., pp. 45-62; A. Nascimento, *Guía ilustrada del Sinú*, Montería, 1916. En Momil, hacia 1880, hubo una compañía mixta de ganado para exportar: Bokelman y Puente (véase Remberto Burgos, *El general Burgos*, op. cit., pp. 83, 287, 293).

⁵ James J. Parsons, *Antioquia's Corridor to the Sea*, op. cit., pp. 48-49; Anselmo Percy, “Los turcos”, en *El Anunciador*, N° 187, 2 de abril de 1916.

trabajadores “avanzados” por dinero (20 pesos por seis meses o alrededor de 0,10 diarios) en las fiestas de Montería y Cereté. No se les daba nada más, y a los enfermos sólo se les suministraba salmuera para dolores de barriga. Los casos graves se echaban en una balsa agua abajo “a buscar salvación en cualquier pueblo del río”, según Antolín Díaz, quien logró visitarlos a principios de siglo. Vivían en zarzos elevados de palma amarga debajo de los cuales se prendían hogueras para espantar a los tigres. Comían queso, panela, plátano, yuca y pescado fresco arponeado del río con chuzos o pazarras de caña de lata.

Había troncos de hasta seis metros de diámetro que tomaba medio día a siete hacheros con “cortes banqueteados” verlo caer como una carga de caballería entre los gritos de los hombres y con el susto de las oropéndolas, pericóligeros, morrocayos y armadillos que habitaban en sus combas y hojarascas. La tierra también sufría el cataclismo de la caída mientras se abría una callejuela en la selva de 40 o 50 metros de largo. Por esta callejuela entraban los bueyes trocheros en “guindas” para arrastrar los troncos con cadenas hasta la ribera más cercana. En La Madera y Bongamella todavía resuenan de manera fantasmal el eco nocturno de las llamadas de los arrieros con sus fuetes y el chapaleo de los bogas que en largas balsas amarradas con bejucos flotaban río abajo con las piezas hasta el puerto de Cispata.

Había otra salida de maderas por el caño de Canalete desde Quebradaseca hasta el puerto de San José en el mar, empujados por un remolque (“Paloma Blanca”). Allí surgió un “güeyero” tan extraordinario que la gente creyó que tenía “pauto” con el diablo: el *Chino* Pérez, mestizo del alto Sinú, quien era capaz de aguantar los tiros de los palos con sus canillas peladas mientras los amarraba con cáñamos. Algunos de estos trabajadores se quedaron como colonos después del paso devastador de la Casa Americana, desarrollando como caseríos los primitivos campamentos de Canalete, Paso’el Mono, La Caña y Damaquiel. Allí llegaron inmigrantes sabaneros y de otras partes que ampliaron las porciones colonizadas de la selva.

Otros extranjeros se hicieron presentes. Desde mediados del siglo XIX con aceleración a finales de éste y al compás con la descomposición del Imperio Otomano, llegaron a las sabanas y a la depresión momposina, para extenderse al Sinú, bastantes familias sirio-libanesas. El vulgo las llamó a todas “turcas” por su común origen. La leyenda ha hecho ver a estos inmigrantes como pequeños vendedores de saco al hombro con chucherías baratas que colocaban de puerta en puerta, cuidadosos del centavo, sin hacer gastos ostentosos, con fuerte tendencia a adaptar al nuevo medio su propia comida y platos asiáticos, y duros a veces para aprender el “costeñol”. El hecho es que muchas veces llegaron con su propio capital, obte-

Como ocurrió con la American Colombian Corporation en las Tierras de Loba a partir de 1920, la presencia imperialista en el Sinú no logró arraigarse como tal y tuvo que ajustarse más bien a prácticas económicas y sociales propias de la cultura costeña raizal. Los extranjeros utilizaron relaciones tradicionales o locales de producción, como la matrícula, la compañía o aparcería, el trabajo libre a jornal por avances en dinero efectivo, el trabajo a destajo y la compra de productos semiterminados (madera cortada) en pequeñas explotaciones independientes. Sin embargo, introdujeron formas productivas novedosas ligadas al alambre de púas y las razas mejoradas de ganado, que aumentaron el poder y la riqueza de las clases dominantes que las controlaban.

Los extranjeros que se quedaron y se asimilaron al Sinú (como los franceses —Lacharme y otros— y los siriolibaneses) adoptaron prácticas de producción y formas corrientes de trabajo y se convirtieron en comerciantes y terratenientes de estampa tradicional. Reforzaron el viejo jornaleo con avances en dinero para inducir la proletarización en el campo. No se amplió mucho el mercado interno ni se estimuló el consumo popular, aunque sí el consumo ostentoso de familias de Montería vinculadas a la exportación de los productos de los enclaves. Ellas constituyeron una burguesía dependiente. Lo mismo, en otro contexto, ocurrió en las sabanas: en Sincelejo, Ovejas y El Carmen de Bolívar.

La *acumulación originaria* de capital se realizó aquí mediante mecanismos de reproducción simple e introducción de fuerzas productivas nuevas, como ocurrió también en las sabanas durante la época formativa. El efecto real de la acumulación no se registró localmente sino en forma par-

nido en tareas modestas u oficios rústicos en pequeñas aldeas del Cercano Oriente, o por herencias que no querían seguir disfrutando en las duras condiciones impuestas por los turcos de Constantinopla.

Ya registramos la llegada de los Chadid a Colosó. Los Bitar (con el primer veterinario de las sabanas, el doctor Salomón). Samur, Name, Guerra (Harb), Salom, Abidaud (“culeto barato”), Amín, y muchos otros se concentraron en Sincelejo. Los Bechara, Malluk, Haddad, Farah, Saab, Sossa, Milane, Barguill, Lakah, Jattin, en Montería. Pronto, gracias a su frugalidad e inventiva, pusieron talleres, tiendas y almacenes en los pueblos (calles del Comercio), y de allí en constante acumulación de capital empezaron a comprar tierras y a desarrollar haciendas ganaderas. No dejó de haber consejas y mala voluntad de criollos envidiosos, aunque también la reacción mesurada de otros ciudadanos, como Anselmo Percy, quien en 1916 abogó por los “turcos”. “Lidian por la vida y esa es una virtud. Seamos económicos nosotros y diligentes y activos y fraternales [...] y nada tendremos que temer de su industria”. Lo mismo se aplicaría a familias de origen judío, como la muy distinguida de Gomes-Casseres, proveniente de Curazao.

Entre 1909 y 1914 funcionó al sur de Turbo, en Urabá, el Consorcio Albingia, de alemanes, con el fin de desarrollar una zona bananera que compitiera con el enclave de la United Fruit Company en Santa Marta. Construyeron muelles, canales y línea férrea hasta cuando la Primera Guerra Mundial les hizo desistir.

Mientras tanto, en simbiosis con los enclaves, desde 1849 se desarrolló, también en la región sinuana, la gran hacienda de Berástegui. Fue de sortílegos colombianos —de la familia de don Manuel Burgos, poderoso jefe conservador, uno de los cinco hijos del cura de Ciénaga de Oro, José María Berástegui, el más poderoso de los brujos regionales—, pero su desarrollo quedó supeditado en gran medida a intereses capitalistas extranjeros, así en la producción de azúcar como en la eventual búsqueda de petróleo. Allí hubo de todo: opulencia y miseria; acumulación y explotación; injusticias y aberraciones; el cepo junto a un Cristo y una fábrica de “ron burguero”. También allí se cumplió inexorable la “empautada” ley de los tres pasos, que sólo diablos y hacendados aprobaban, hasta cubrir 12.000 hectáreas (con Coco, La Ceibita, El Cedro, Rosavieja, El Tajo) de la mejor tierra del Sinú. Artel describió aquella experiencia:

¡Qué hermoso es el latifundio
en su cruel inmensidad!
Por el placer que a unos causa
los dolores que a otros da.

cial. La acumulación concreta de capital se hizo en Europa y los Estados Unidos al vender los productos sinuanos y sabaneros en el mercado internacional, creando factores de riqueza y desarrollo allí, mientras en el Sinú y en las sabanas (como en Urabá) se fomentó la escasez, el subdesarrollo, la desigualdad y la dependencia.⁶

La única hacienda de colombianos que se equiparó con los enclaves extranjeros del Sinú fue la de Berástegui en Ciénaga de Oro, al impulsarla de manera moderna su propietario Manuel Burgos (de 1849 en adelante, luego por su hijo el general Francisco Burgos Rubio). Allí, en sus 12.000 hectáreas, se hicieron otras innovaciones técnicas importantes (el pasto pará, la máquina mantequera, el telégrafo, el dragado, un gran ingenio azucarero).⁷

Este capitalismo agrario incipiente se reforzó con la llegada al alto Sinú y San Jorge de la familia Ospina, antioqueña, que compró Marta Magdalena a los franceses en 1913, con lo cual anticipó una salida por ferrocarril de Medellín al mar. Los Ospinas inauguraron una práctica “toma” de toda esta región por muchas otras familias antioqueñas en-

⁶ Karl Marx, *El capital*, Buenos Aires, 1973, tomo I, pp. 546-547, 568 (libro 1, capítulos 24 y 25, sobre la ley de acumulación de capital); O. Fals Borda, “El secreto de la acumulación originaria del capital: una aproximación empírica”, *op. cit.*, pp. 163-170. Véanse las conocidas tesis de A. G. Frank sobre desarrollo del subdesarrollo.

⁷ Remberto Burgos, *Escritos del ayer*, Montería, 1983, pp. 50, 62, 141-142 (hacienda Berástegui). Manuel Burgos fue uno de los cinco hijos del cura de Ciénaga de Oro, José María Berástegui (1785-1862), anterior propietario de esta hacienda. Entre sus méritos se encuentra haber auspiciado, con otros, la ley antiesclavista de 1851 (*ibid.*, pp. 110-112). Véase R. B. Cunningham-Graham, *Cartagena and the Banks of the Sinú*, Londres, 1920, pp. 210-211 (relaciones patriarcales en Berástegui); Antolín Díaz, *Sinú: pasión y vida del trópico*, *op. cit.*, p. 86.

En efecto, por los corredores de columnas encaladas de la espléndida casona blanca pasaron ilustres visitantes en busca del poder. También a veces los ejércitos liberales que la incendiaron durante la Guerra de los Mil Días persiguiendo a su nuevo dueño, el general Francisco Burgos Rubio, hijo de don Manuel, y al ejército privado que armaba con los 300 peones permanentes de la hacienda.

Berástegui llegaba al Sinú por las riberas del caño de Bugre y por diversas ciénagas de donde se sacaba el pescado para alimentar la peonada. Trescientos trabajadores y otros más se dedicaban a cuidar 10.000 reses de ceba y 12.000 de cría, un trapiche de 80 toneladas con sus trenes jamaíquinos, 10.000 cántaros de miel, los alambiques Egrott del ron, siembras de tabaco, cacao y caucho para exportar a Alemania y Estados Unidos, cañaverales, plataneras y corozales, y dos grandes molinos de madera movidos por bueyes. En 1897 se construyó allí el primer gran ingenio azucarero de la costa, apoyado por teléfono interno, telégrafo, dragas y albarradas. No sorprende que, con tantos recursos, la familia Burgos hubiera edificado otro palacio para vivir cómodamente en el cercano pueblo de Ciénaga de Oro. Este pueblo, prácticamente, era otra propiedad familiar: allí no se movía nada sin la aprobación del general Francisco; era como un Estado dentro del Estado.

La misma situación político-económica se creó en el alto y medio Sinú y San Jorge por un compadre del general Burgos: el presidente antioqueño Pedro Nel Ospina, quien con miembros de su familia (ya enriquecida por el comercio y la minería) cedió al encanto del Sinú y a la tentación de buscar salida al mar por esas tierras y las del río Cauca, por donde se proyectaba construir el Ferrocarril Central de Bolívar. Decidió vincular su capital y poder a región tan promisoría, comprando a la Compagnie Française du Rio Sinú en 1913 la gran hacienda Marta Magdalena —ya en plena producción capitalista de ganado, cacao, caucho y maderas—, por donde debería pasar el proyectado ferrocarril. A ella añadieron Cañasflecha, Mataguineo y otras fincas más que subieron quizás el dominio familiar hasta 40.000 hectáreas.

Detrás de los Ospinas, con los mismos intereses y enamoramientos se vinieron los Vásquez (Túnez), Restrepo (La Guamo), Villegas (Montevideo), Salazar (Tarazá), Echavarría (Mundo Nuevo), Posada y Escobar (La Antioqueña), Vélez (Chimborazo), Villa (La Vorágine) y muchos otros que no sólo recibieron el influjo estimulante de la frontera sinuana sino que estamparon con su genio y figura al futuro departamento, pues llegaron a controlar las dos terceras partes del territorio.

Aún más: los antioqueños fueron determinantes para impulsar la idea de independizar el Sinú del resto del departamento de Bolívar, al apoyar

riquecidas por la minería y el comercio, tendencia geopolítica que culminó con la secesión de la región y la creación del departamento de Córdoba (héroe paisa de la Independencia), en 1951.⁸

Todas estas actividades de explotación de recursos naturales, más las comerciales provenientes de los enclaves, fueron desarrollando a Montería como centro de negocios, desplazando en la estructura del poder regional a la más antigua comunidad de Loricá y pueblos del bajo Sinú.

[B]

El “desarrollo” moderno de las sabanas y el Sinú, en parte de naturaleza dependiente del exterior, fue posible gracias a una sobreexplotación laboral de los campesinos. Aquí hubo un desarrollo diferencial. Muchos campesinos que llegaron al Sinú provenientes de las sabanas de Bolívar y de los resguardos indígenas sabaneros —expulsados por el crecimiento de las haciendas ganaderas y de su mercado y por el relativo retroceso de los bosques de tumba y quema—, persistieron en la práctica de la autonomía comunal y fundaron, como colonos libres, nuevos pueblos en la fron-

⁸ O. Fals Borda, “El secreto de la acumulación originaria del capital: una aproximación empírica”, *op. cit.*, pp. 155-163, basado en datos tomados directamente del Archivo Ospina, Medellín; O. Fals Borda, *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la costa atlántica*, *op. cit.*, pp. 42-43, 58; Joaquín Berrocal H., *La colonización antioqueña en el departamento de Córdoba*, Montería, 1980. Sobre el proyecto de Ferrocarril Central de Bolívar: Remberto Burgos, *Escritos del ayer*, *op. cit.*, pp. 325-329. Sobre antecedentes históricos y creación del departamento: Remberto Burgos Puche, *Creación y organización de Córdoba*, Montería, 1956; Rafael Yances Pinedo, *Memoria de Sandío*, Montería, 1968, pp. 13-26; Albio Martínez S., *Los símbolos en la historia del departamento de Córdoba*, Montería, 1984.

iniciativas secesionistas desde 1911 (del general Prisciliano Cabrales), 1929 (del general Francisco Burgos Rubio), 1939 (de la Junta Pro-Departamento del Sinú) y otras que culminaron en la Ley 9 de 1951 (18 de diciembre), por la cual se creó el departamento de Córdoba, con capital en Montería, en honor del héroe antioqueño de la independencia nacional. Los símbolos cívicos del nuevo departamento (himno, bandera, escudo) fueron también confeccionados por paisas; y hasta hábitos de comida y habla se antioqueñizaron rápidamente.

Esa inmensa porción de latifundios fértiles y boscosos estuvo, en general y de acuerdo con el concepto, vacía de producción por un buen tiempo. Había tal abundancia de tierras que las gentes se descuidaron de titularlas. Ni siquiera se hacían juicios de sucesión, de tal forma que proliferaron las mancomunidades. Circundando a Montería había por lo menos ocho de ellas: Negrete-Hamaca, Cabao, Ciénaga Chiquita, La Coroza, Jaraquiel, Águila, Varital y Obligado. Sólo se vendían “derechos de posesión” por almudes, fanegadas o partes de caballería, donde se soltaban libremente los animales de los herederos o comuneros.

Por allí también se establecieron muchos caseríos pobres y pueblos de casas de palma habitados por los pequeños campesinos, peones y mozos que atendían directamente aquellas fincas. Los trabajadores del Sinú estaban sujetos a duras formas de explotación de la tierra y de la mano de obra. Desgraciadamente, esas formas de explotación eran las mismas que, importadas de las sabanas, esperaban con sonrisa fría a quienes habían querido huir de ellas. Había el avance y el jornaleo abusivos (forma predominante de proletarización en el campo que podía llevar al peonaje por deuda y de por vida), el contrato o ajuste a destajo, el terraje en dinero (con obligación de trabajar varios días al mes, de manera adicional, en las haciendas), el concierto forzoso, la matrícula y las tiendas de raya, así como los “arreglos palabreaos” de arriendo por pasto pará o admirable, tierra por pasto y monte por yerba, cuyos negativos efectos para el labriego pobre ya hemos registrado. En las escrituras de venta de fincas aparecían los trabajadores con su valor, vendidos como bestias, como en los días de la esclavitud. Había sobreexplotación de la mano de obra, y así se acumuló en muy pocas familias la riqueza generada por todos.

[B]

Hubo excepciones. Un número de campesinos e indios inmigrantes de las sabanas lograron establecerse de manera independiente como colonos, tumbando monte y quemando a lo largo de ríos y arroyos, según la técnica

tera selvática del sur, como Puerto Escondido en la costa caribe, que se caracterizó por su independencia rebelde.⁹ Otros colonos se incorporaron a antiguos palenques, como Carate y Cintura, en la región de Ayapel, o a colonias del alto Sinú, como Callejas.¹⁰ De resto, tuvieron que acomodarse en los enclaves, mancomunidades y haciendas existentes, donde les esperaban (con excepción de la esclavitud formal) las mismas pautas de la técnica agrícola y la tenencia de la tierra de las que querían huir en las sabanas. Nos interesa ahora estudiar las principales formas de sobreexplotación y tenencia existentes. Eran las siguientes:¹¹

1. *Concierto remunerado*. Como hemos visto en los tomos anteriores, el concierto legal, limitado, basado en las Leyes de Indias, no tuvo estricta aplicación en la costa atlántica, donde se fue definiendo tempranamente como *jornaleo remunerado* para mozos y peones. Con el decaimiento de los resguardos indígenas durante el siglo XIX, este tipo de concierto (o “nuevo concierto” en regiones del interior del país) recibió impulso para cobijar toda clase de tareas así en el campo como en la ciudad. El jornal del concertado, sirviente, mozo o peón podía ir de cinco centavos diarios hasta cuatro pesos mensuales, según el arreglo. En general, el jornal del concertado rural era un 30 por ciento más bajo que el del trabajador libre, porque aquél recibía frecuente-

⁹ Pablo J. Bustillo, *Memoria del secretario de gobierno al gobernador de Bolívar* [Eduardo B. Gerlein], Cartagena, 1896, pp. 27-28.

¹⁰ Víctor Negrete, *Orígenes de las luchas agrarias en Córdoba*, op. cit., pp. 46-47, 113. Sobre las mancomunidades de la región de Montería (Cabao, la Coroja, Negrete y Hamaca, Jaraquiel y otras) pueden verse muchas escrituras de 1904 a 1906 en la Notaría Primera de Montería.

¹¹ Véase O. Fals Borda, *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, 1982, capítulo 7.

tradicional, para formar explotaciones de comida (maíz, yuca, ñame, plátano, arroz) en los intersticios dejados por los enclaves y latifundios. Eran la resistente vanguardia de la pequeña producción. Otros colonos avanzaron por la costa caribe, donde fundaron pueblos como Puerto Escondido, que llegó a funcionar como “república independiente”, con liderazgo propio y plena autonomía, lo cual puso a las autoridades cartageneras en aprietos durante el decenio de 1890. Se introdujeron del mismo modo en restos de palenques de negros como Carate y Cintura en la región de Ayapel, donde también proliferó la pequeña explotación individual en comunidades autónomas. Y cuando se acabaron las compañías francesas y americanas, se quedaron por allí los trabajadores de Chimá, San Andrés de Sotavento y otros pueblos de sabanas que buscaban raicilla y caucho, e iniciaron la colonia de Callejas o Pirú en el alto Sinú.

Es obvio que ni los criollos ni los extranjeros propietarios fueron generosos en el tratamiento de los trabajadores del Sinú, aunque desplegaron abiertas actitudes paternalistas. Al general Burgos, por ejemplo, se le estimaba mucho a nivel veredal, según testimonio recogido por Antolín Díaz, y de seguro don Francisco tuvo centenares de compadres y ahijados (rechazó la compra de doncellas). Pero en muchas partes los colonos pobres llegaron a “temerles más a los hombres que a las fieras del monte”. Se sabe que, como Berástegui, en la plantación francesa de Tukurá, en el alto Sinú, los administradores Pelliccio también tenían cepos. Y fue el maltrato, junto con el abuso machista de la matrícula al querer extenderla al uso sexual de la mujer, el fulminante que hizo estallar en 1908 a Manuel Hernández (*El Boche*) en la hacienda Misiguay, que habían heredado Antonino y Alejandro Lacharme al morir su padre, Alberto, en 1892.

Hernández era un negro sabanero de San Jacinto, el pueblo hamaquero de pequeños campesinos fundado por De la Torre en 1776. Estimulado por compañeros retornantes que habían salido antes de San Jacinto para el promisorio Sinú, Hernández llegó a Montería en 1898 con su mujer Gabriela, una trigueña de Chinú que cantaba décimas y bullerengues, cuyo amor se había ganado a punta de polvitos de pájara macuá. Los reclutó Nisperusa, un capataz de Misiguay. Manuel era joven, fuerte y atractivo, con cualidades natas de liderazgo. En la hacienda se desempeñó como machetero y corralero a jornal con matrícula, y Graciela fue lavandera y cocinera de la casa. Vieron, no obstante, que sus cuentas aumentaban en vez de disminuir con su trabajo, así en la tienda de raya como en los libros de la hacienda; y que había excesos en el trato de los capataces para con los matriculados, que en la práctica vivían como esclavos, sujetos a la voluntad de los “blancos”, sometidos de por vida y con posibilidades de que

mente algunas prebendas como el “derecho de patio” para tener animales propios en tierra de hacienda, además de vivienda y/o comida.

2. *Concierto forzoso*. El fin de la esclavitud hizo nacer otro concierto que resultó forzoso, aunque teóricamente pudiera verse como una forma de trabajo libre. La ley del 21 de julio de 1821, que dispuso la libertad de vientres (los hijos de esclavos nacidos a partir de esa ley quedaban libres), ordenó también que los libertos permanecieran bajo la tutela de los amos de sus madres y sirviéndoles hasta que cumplieran 18 años para indemnizarlos de los gastos de alimentación y vestuario. Así se disimuló la continuación de la esclavitud y se creó lo que se llamó “concierto forzoso de manumisos”.

Esta forma de trabajo no afectó para nada la tenencia de la tierra en las haciendas y estancias costeñas. Más tarde se estableció, por la ley del 29 de mayo de 1842, que los libertos entre los 18 y 25 años de edad quedaran en poder de los amos para “educarlos e instruirlos” en algún arte u ocupación. Ello condujo en la costa a la modalidad de la *matrícula*.

3. *Matrícula*. Para formalizar el concierto forzoso, especialmente el de los libertos adultos, se pedía el consentimiento de éstos y se celebraba un contrato entre las partes, o *matrícula*, ante los alcaldes. Los amos se comprometían a proporcionar a sus concertados, sirvientes o matriculados, los alimentos, el cuidado durante enfermedades, varias mudas de ropa al año y un pequeño jornal de diez a veinte centavos diarios (a veces por adelantado), a cambio del servicio en la tierra o en la casa. Ya no hubo limitación de edad.

los hijos también resultaran, por tan negativa herencia, debiéndoles dinero y trabajo a los propietarios de la tierra.

Hernández protestó varias veces, por lo que fue encephado. Trató de organizar alguna acción entre los compañeros. La copa rebosó durante la primera corraleja que se hizo en Montería, en enero de 1908, reminisciente de la de Sincelejo, evento organizado por los ganaderos principales del Sinú medio (Adriano Vega, Eusebio Pineda y el general Ignacio Cabrales). Allí toreó Hernández hasta bien entrada la noche, cuando un compañero de faenas le ayudó a iluminar el ruedo con palmas y hachones encendidos. Pero también allí, según algunas versiones, Alejandro Lacharme anduvo buscando jalones sin poder con las angarillas, y “molestó” a Gabriela para acostarse con ella. De vuelta en Misiguay, el aprestigiado y valiente Hernández, además de estar celoso, se convirtió en luchador contra la matrícula. Hizo reuniones secretas con la gente durante ocho meses para alimentar la resistencia.

El 5 de octubre de 1908 trinoó el yacabó su agorero canto, y se desató la tempestad. Compaegoyo recuerda esos graves hechos de la siguiente manera:

El campesino trovero
empezó a soltar amarras,
y este pueblo con sus garras
fue reventando linderos.
Linderos ensangrentados
con un afán extranjero.
Una chispa fue el principio.
Y esta chispa hizo del Boche
la antorcha que ardió en la noche
para mostrar la vergüenza
que impone el explotador.
El criollaje resentido
hizo suyo ese martirio.

Una especie de tumulto con varios muertos tuvo lugar aquel día en Misiguay. Advertido el “musiú” Alejandro, éste se trasladó a la hacienda, donde halló a gente emboscada en los alrededores y a Hernández blandiendo enardecido un afilado machete. Ambos hombres se enfrentaron en el corredor de la casona. Al fallar el tiro de la escopeta del francés, el negro le descuajó una mano, luego la cabeza. Prendió fuego al lugar y huyó a la cercana ciénaga, donde esperaba esconderse como la hicotea en los “firmes” de taruya y recibir en últimas el apoyo a dentelladas de las babillas y crótalos del monte.

La aplicación y desarrollo concretos de estas leyes en el antiguo departamento de Bolívar se expresaron en la Ordenanza 54 de 1892 (ampliada por la N° 49 de 1898) y por el Decreto 34 de 1908 (20 de noviembre) dictado por el gobernador José Torralvo durante la fugaz vida del departamento de Sincelejo (1907-1910). En la práctica estos arreglos fueron sobreexplotadores, y quedó consagrado un abusivo sistema casi ilimitado de castigos y peonazgo por deuda, que los campesinos identificaron como un “nuevo esclavismo” (véase más adelante). Ello produjo reacciones aisladas de resistencia, como la del sabanero Manuel Hernández (*El Boche*) en las matanzas de la hacienda Misiguay en 1908, más tarde con organizaciones populares de lucha.¹²

4. *Terraje con obligaciones (arriendos)*. El terraje simple colonial era el pago de un canon de arrendamiento o suma de dinero por el uso de un terreno, sin más obligaciones, que se aplicaba especialmente entre campesinos blancos o de origen español, como los que llegaron a la Sierra Flor y al Sinú medio entre Cotocá Arriba, Carrillo y San Pelayo.¹³ Durante el siglo XIX surgieron modalidades nuevas de terraje que exigían no sólo el pago en dinero o en especie sino en obligaciones adicionales, tales como días de trabajo, la prohibición de sembrar determinadas plantas o efectuar ciertos cultivos, la venta obligatoria de la cosecha al patrón y la compra obligatoria en la “tienda de raya” de éste.

¹² Centro Popular de Estudios, *El Boche*, Montería, 1973. Véanse relatos de Antolín Díaz, *Sinú, pasión y vida del trópico*, op. cit., pp. 62-66; Jaime Exbrayat, *Historia de Montería*, op. cit., pp. 107-126, 178-180; José Valencia Molina, *La pesadilla del Boche*, Montería, 1962; Carlos Velasco Puche, *La bruja de Tucurá*, Montería, 1963, dice que *El Boche* se llamaba Jacinto y provenía de Sampués.

¹³ Gabriel Porras Troconis, *El castellano viejo en América*, Cartagena, 1961, pp. 10-25, tiene una descripción etnográfica de estas comunidades blancas.

Fueron a cazarlo Nisperusa y gentes de otras haciendas. No pudieron. Los mohanés del Sinú favorecieron a Hernández y su causa. Y fue difícil encontrarlo y despacharlo. Así, después de mucho esfuerzo, sólo pudieron abatir al negro jacintero con una escopeta de cazar tigres armada de una bala mordida en cruz. “Así no se mata a un hombre bueno”, fueron las últimas palabras de El Boche, a quien bautizaron como tal los franceses propietarios para identificarlo con sus odiados enemigos tradicionales de la Alemania imperial. El Boche murió con el brazo en alto todavía blandiendo el machete, y así, sin poderlo enderezar, fue enterrado en una playa del Sinú, frente a Montería, donde después se hizo un profundo cantil. Allí deben reposar todavía sus legendarios huesos.

La lucha contra la matrícula en las riberas y pantanos del Sinú recibía de esta forma un dramático baño de sangre que quedaría bien grabado en la memoria de las gentes sinuanas como otro de sus mitos. Semejantes arreglos tenenciales por el uso de la tierra no podían durar mucho más y, en efecto, en el decenio siguiente, con los trabajadores debidamente organizados y animados por una ideología socialista, la matrícula fue abolida legalmente y también en la práctica.

* * *

Si estas migraciones hacia el Sinú culminaron en la sangrienta tragedia de Misiguay y en la “subversión” creadora de Puerto Escondido, Callejas, Carate y Cintura, hubo otra que, por lo menos al principio, se desarrolló con paz, prosperidad, alegría y hasta con magia. Ello tuvo lugar en las comunidades de pequeños y medianos agricultores —en su mayoría de origen blanco— que todavía ocupan las riberas del brazo de Aguasblancas del río Sinú, entre Cotocá Arriba, Carrillo y San Pelayo, al oeste y sur de la Ciénaga Grande de Lorica, en una cadena de pequeños y lindos caseríos: Cotorra, El Carito, El Bongo, Basura, Sabananueva y Boca de López, todos comunicados entre sí por caños forrados de miosotis y ciénagas que casi nunca se secaban.

No fue mucha la inmigración sabanera por aquí, pero tuvo notables efectos no sólo en la explotación agrícola y pecuaria (apertura de caminos, construcción de estanques, tierra por pastos, embalse por el río, cuido del ganado menor), sino también en la actividad extraeconómica. Porque quienes la realizaron llevaron consigo y comunicaron a los sinuanos aquel código paralelo de labor y diversión que había nacido en la Sierra Flor, elaborando aspectos dramáticos nuevos de la cultura campesina como soportes de la vida cotidiana.

Los arreglos del terraje eran muy variados: cien puños de arroz por hectárea cultivada en las bocas del Sinú (después, por su equivalente en dinero); cuatro bultos de arroz trillado (a palo) por cabuya sembrada, en las vegas entre los ríos Cauca y San Jorge; 1.200 tusas de maíz por cabuya sembrada en Majagual; un peso oro por cabuya de roza (a veces con casa) en Ure, etc.¹⁴

5. *Aparcería (compañías)*. En la época colonial la aparcería era una compañía entre el dueño de la tierra y un trabajador de ella, cuyo resultado se dividía según los elementos o implementos contribuidos y por igual luego de deducir gastos. En las sabanas y en el Sinú son millares las combinaciones posibles entre recursos financieros, uso de equipos, semillas y mano de obra, que varían según producto, lugar y época, y también con relación al cuidado del ganado mayor y menor y multiplicación de aves. (No debe confundirse esta forma con el “arriendo en especie” o terraje para el tabaco, todavía vigente en las sabanas, aunque los campesinos tabacaleros se refieran a este arreglo como de “aparcería”, sin que lo sea, técnicamente hablando).

6. *Avance y peonaje por deuda*. El peonaje por deuda era uno de los más despiadados mecanismos de descomposición del campesinado, que podía afectar todas las relaciones de producción conocidas, especialmente las que obligaban al mozo o peón a pagar en trabajo o en especie la renta de la tierra. Todavía se practica en nuestra región. Durante el siglo XIX llegó a su clímax de destrucción en la costa atlántica

¹⁴ Véanse tomos anteriores de esta serie. Para el caso del Sinú: Centro Popular de Estudios, *Tinajones: un pueblo en lucha por la tierra*, Montería, 1973.

[C]

Fue allí, en esos caseríos eslabonados por la naturaleza tropical y el jolgorio, donde se desarrolló a plenitud el antiguo bunde colonial o fandango. (No tiene nada que ver con el baile español). Instituido como baile y espectáculo colectivo por los sabaneros, y en otras partes de la costa, el fandango y las bandas de viento impulsadas por los tabacaleros de El Carmen y Ovejas desde mediados del siglo XIX, se arraigaron también en el Sinú, donde hallaron compositores geniales, cantadoras, copleiros, decimeros y bailadoras que impusieron su estilo en el arte. Al alternar la música con el trabajo agrícola tejiendo entre sí ambas actividades y enriqueciéndolas, estas personas se recuerdan y admiran todavía entre los más grandes personeros del pueblo costeño.

La señora Juana Conde, de El Bongo-Basura, hija de cantadora y decimera, tuvo el privilegio de vivir ese ambiente de embrujadora pasión tropical durante su adolescencia, antes de trasladarse primero a Boca de López y después a Bongamella, al otro lado del río, donde ya la hemos encontrado hablando de las cetos. Aquí su marido, el campesino Domingo Galeano, entró por la trocha maderera de la Casa Americana que iba de La Madera a Palonegro, y hacia 1905 abrió nuevas fincas a punta de tumba y quema junto con Patricio Doria y José María Segura. Contaron con ayuda de indios de Tuchín y parientes pobres de El Bongo. La niña Juana, como su nieto José Latiniano Sánchez (*Joché*) y la propia tradición local, sostiene que toda la ribera oriental (derecha) del Sinú de Aguasblancas, por lo menos entre Sabananueva y Majagua, era parte de unas caballerías confirmadas por el rey de España a tres blancos: un Galeano, un Sánchez y un Doria, que quizás bordeaban las viejas estancias de Francisco Velásquez. Los descendientes de estos tres blancos —todos emparentados entre sí, casándose primos con primas, como todavía lo hacen, hasta en la iglesia— retuvieron y usufructuaron de esa propiedad por muchos años en mancomún.

En una de esas fincas orientales, habitada por un agricultor llamado Antonio López, se abrió una corriente del río que pegó con el caño de Basura. De allí el nombre de Boca de López para el tranquilo caserío de casas viejas de madera empalmada y jardines cultivados de crotos, bonches y jazmines que se abren a bien barridos patios llenos de plátano, cacao, coco, guanábana, corozo, mango y totumo. Además de la barbacoa de las hortalizas y del chiquero de los cerdos que no cesan de hacer competencia a gallinas y morrocayos por los desechos de la abundante comida familiar.

mediante el uso de “avances” en dinero por trabajo en el futuro, que se basaban en la ignorancia e ingenuidad de los trabajadores. Los *avances* eran (y son) anticipos de pagos en efectivo de los patronos a sus trabajadores para asegurar sus servicios por dos o más meses, o para asegurar el cumplimiento de condiciones “ajustadas” o “palabreadas”. Como los trabajadores quedaban a merced del patrón, había peligro constante de que éste abusara de la relación con cuentas falsas (*chimbas*) en sus tiendas de raya, o impusiera la explotación con cepos, látigos y las autoridades. Fácilmente, con un error, con una enfermedad, con la huella de sus dedos sobre un documento, podía el peón caer en la trampa de la deuda que lo obligaba al trabajo de por vida a él y, a veces, a sus descendientes.

La *tienda de raya* era el monopolio establecido por un hacendado en sus tierras para obligar a los trabajadores a comprarle los elementos necesarios, que aquél traía de un mercado principal y revendía a precios de usura. Esas tiendas podían servir también como punto de acopio y venta obligatoria de las cosechas y otros materiales producidos por los trabajadores, a precios acomodados muy por debajo del mercado.

7. *Ajustes o contratos*. El campesino acostumbraba hacer contratos o ajustes “palabreos” para organizar y emplear su fuerza de trabajo en tareas tales como tumbar *monte por yerba* (dejando el espacio tumbado y quemado ensemillado de pastos), o tierra por pasto, en la construcción de estanques o pozos, en la de casas y caminos, arriería, pastaje y tareas semejantes. Esta práctica sigue siendo muy extendida en la región. La modalidad de monte por pasto o yerba, aunque

Con el paso del tiempo y las herencias se fueron formando allí mismo granjas individuales más reducidas que se extendieron desde los barrancos del río hasta tierra firme adentro, a regular distancia, lo cual llevó al eventual desplazamiento productivo a las montañas de Bongamella, cuyas explotaciones (ganaderas) servían de complemento a los cultivos intensivos de la ribera oriental.

No parece que en estos seis felices caseríos del Sinú blanco hubiera habido nunca hambre, ni siquiera en tiempos de la langosta. El mismo río hubiera ofrecido en compensación su fabulosa riqueza de bocachicos, doradas, barbules, sábalos, bagres y babillas. De allí que una de las costumbres más extendidas fuera la del cambio comunal de platos de alimentos que un caserío hacía con otro para homenajearlo, especialmente el 6 de enero. Se llama *vito* (de *victo*, el clásico término del sustento diario, o *virtute*). Largas mesas adornadas de flores y repletas de la comida lugareña —sancocho de gallina o de pescado, arroz de coco, mote de queso, suero, patacones de plátano amarillo, postas de bagre, lomo de cacó, huevos de iguana, dulce de mongomongo— eran llevadas en andas por los vecinos de un sitio para depositarlas en la plaza del otro, donde mientras el pueblo homenajeadó comía, los visitantes cantaban y bailaban a su alrededor.

Había otras fiestas comunales, como las de pascuas y fin de año, en las que se fue creando o reforzando la atmósfera relajada, mamagallista y solidaria del clásico Sinú, donde hasta lo bélico se transformaba mágicamente en juego. Recién salidos de la Guerra de los Mil Días, estos caseríos campesinos (como en Purísima, Momil y en los barrios de ciertos pueblos —La Ceiba y Chuchurubí de Montería— se distinguieron mucho en esto) empezaron “píquerías” colectivas o “guerras de empuje y aguante” para tomarse la plaza o las banderas del otro. En una de esas ocasiones, en 1912, los de El Bongo hicieron una bandera propia cubierta a lado y lado de flores, billetes y joyas de oro y plata. La enarboló la costurera Viviana Rubio, quien con falda recogida montó a caballo y se dirigió sigilosamente a Cotorra para ocupar la plaza. Así lo hizo desplegando la bandera y lanzando vivas a El Bongo. Tomados por sorpresa, los cotorranos trataron de defender su “soberanía”. ¡Cójánla, cójánla!, gritaban mientras Viviana picaba espuelas a tiempo.

Envalentonados con esta “victoria”, los de El Bongo y los de El Carito se juntaron enseguida para marchar también sobre Basura, en la noche del 31 de diciembre. Hicieron una tarima en la que pusieron al año viejo y al nuevo encarnados por sendas personas, y marcharon con ellos y con la bandera tachonada de oro y plata, con velas en la mano. Exitosa la in-

permitía sembrar comida en el primer año, beneficiaba más al propietario al permitir que éste expandiera su propiedad indefinidamente a costa del trabajo y sudor del campesino cultivador en cada lote tumbado. Ello motivó que se talaran y quemaran casi todos los montes y bosques disponibles en el bajo y medio Sinú y en las sabanas en el término de unos 80 años, mediante la aplicación de la “ley de los tres pasos”. Ésta fue la modalidad práctica que llevó a los migrantes sabaneros más y más hacia el sur de la región, por los valles de los ríos Sinú y San Jorge, en busca de nuevos montes que quemar en la siempre lejana y aislada frontera agrícola.

8. *Trabajo subsidiario*. Éste era el trabajo comunal obligatorio que imponían las autoridades para mejoramiento de caminos, plazas, edificios públicos y otras labores, para las cuales los alcaldes hacían bandos y convocatorias periódicas.

Resumiendo: en las sabanas de Bolívar y en el Sinú, donde siempre ha existido un riquísimo potencial en recursos naturales, una inyección capitalista agraria nacional y extranjera se convirtió en incontrolable saqueo durante la segunda mitad del siglo XIX, especialmente por el tabaco y la expansión ganadera y por la creación de un mercado interno y de exportación de maderas y animales. Este “impulso” fue destructivo de hombres y recursos y produjo una sociedad desigual, pauperizada e injusta. El objetivo de los poderosos no pudo ser necesariamente llegar a este resultado que, en el fondo, constituiría apenas una victoria social pírrica. Pero en la práctica sobreexplotaron al trabajador, tomaron de sus tierras (comunales e individuales) y del fruto de su trabajo, y se apropiaron no sólo de la plusvalía sino del

vasión, los de Basura aceptaron su “derrota” de buen grado, y empezaron a bailar con los invasores, en el espectáculo de un “fandango cantao”.

Mire —me dice la niña Juana, acomodándose la pollera mientras Joche le trae un plato de deliciosa sopa de plátano maduro—, el fandango cantao se tocaba y bailaba en la calle frente a la casa de un amigo que repartiera ron o chicha, especialmente en época de Pascuas. Se iba con tambor macho y con una cantadora. Ésta, que debía tener buen pecho para entonar, se ponía al pie del tamborero mientras una pareja sola salía a bailar suelta y sin velas, dentro del círculo de la gente que palmoreaba al compás y a veces coreaba. Ahí llegaban mi cuñada Candelaria Bacunares (que de San Onofre se vino a la Porroca y Bongamella y vivió con mi hermano Toño Conde), Dominga Páez, Pacha Ronito, Ana Padilla, Bienvenida Madera (de El Carito) y mi mamá Espíritu Suárez, echándose piques unas con otras:

*¿En qué línea corre el viento?
¿Qué legua alumbra el sol?
¿Qué grueso tiene la tierra,
en argumento mayor?*

*Yo no quiero ningún vicio
porque todo vicio es malo,
con vicio no hay hombre honrado
aunque sea muy bonítico.*

O simplemente cantaban en coro con estribillos así: “Oé, ron café, sabroso para bebé”. Y con versos alusivos como éste:

*Cantando, muchachas,
cantando pa'llá,
ha llegado a Basura
el año nuevo a paseá.*

(Viene a ser como el mismo baile de tambora de origen negro, que me tocó bailar a la luz de la luna en una calle de San Martín de Loba con la ex alcaldesa y cumbiambera Aminta Marín, ¡cuando me salvé de “pagar las culebras” que en forma de pañuelos me pusieron en la nuca a cambio de ron! Es del mismo estilo del bullerengue, rito a la maternidad con sobijo de ovarios, senos y ombligo que bailan los negros en las viejas republiquetas de Puerto Escondido, Cristo Rey y Moñitos, donde también usan tablistas; o del chandé, andé y baile aporreao de otras comunidades costeñas).

Fue en Puerto Escondido precisamente —continuó la niña Juana—, donde hubo la mejor de las piquerías de Candelaria Bacunares, cuando se agarró con otra buena cantadora, la amasadora de bollos Claudina Causado. Comenzó así:

“salario normal”. En esto los hacendados y terratenientes casi no encontraron resistencia, y llegaron a descomponer buena parte de los estamentos campesinos y a desplazar o sustituir técnicas agrícolas, formas comunitarias de tenencia de la tierra y diversos valores tradicionales. La tendencia en nuestra región fue marcándose hacia el predominio del jornaleo (remunerado o endeudado) en el campo, es decir, hacia la proletarización rural, tendencia que produjo reacción en las gentes campesinas y voluntad para volver al modo clásico de producción parcelaria. En esta lucha siguen viviendo hasta hoy en sus numerosos aspectos, extendida ahora en toda el área desde las sabanas centrales de Bolívar hasta el alto Sinú y San Jorge.

En cuanto a la determinación de los puntos de partida de la acumulación capitalista en las regiones estudiadas, parece claro que se relacionan con el saqueo efectuado, es decir, con la libre explotación y exportación del tabaco y productos selváticos, la madera y el ganado en pie, como fue el caso de las compañías extranjeras y sus enclaves, y de terratenientes, ganaderos y comerciantes sabaneros y sinuanos (Támara, Torres, García, Herazo, Lozano, Romero, Burgos, Cabrales, Pérez, Pineda, etc.). El capital comercial se desarrolló simultáneamente con el agrario desde mediados del siglo XIX, y el capital financiero local ya pudo hacer su debut a comienzos del XX (Banco de Sabanas y Banco del Sinú, entre 1910 y 1916). A continuación volvieron a destacarse mecanismos de acumulación que provenían de la Colonia: el remate de la venta de licores en los departamentos y el contrabando.

En el alto Sinú, el período de 1844 a 1882 fue determinante porque antes no había explotación económica ni

*Candelaria Bacunares,
soy Claudina Causado.
Sobre lo mojado que llueva,
y llueva sobre lo mojado.*

A lo que acotejó la otra:

*Si acaso me equivocaré,
dispénsenme los oyentes.
En llegando a Colombia
hablo castellanamente.*

Con lo que los ánimos de ambas se fueron encrespando hasta que se jalaron el pelo y el alcalde tuvo que separarlas. Hubiera perdido la negra Candelaria, pues tenía el mal de Antón, con los dedos de manos y pies todos mochos, aunque así planchaba la ropa y podía coger el tabaco con una tijerita para fumarlo. Pero tenía garganta de sinsonte y buena memoria que le cultivó el gran poeta popular Antonio Polo, cuando le enseñó viejas décimas sobre los Moros, los Doce Pares, la Turquía, el rey Clarion, Fierabrás y don Roldán.

Este relato lo complementa Joche una vez que dejó quieto el lapicero:

A esas dos cantadoras les fue mejor que a la pelayera Lucía Ochoa, a quien se le presentó a piquerear una mujer parida que, al observarla bien, tenía espuelas. ¡Mierda, era una diabla! Un cura que vino corriendo la espantó con una taza de café que la diabla no pudo tomar. ¡Cómo sería!

Cuando podíamos, y como el trabajo en la tierra y en el río no era continuo—siguió relatando la niña Juana—, nos alcanzaba el tiempo para poner también un fandango no cantao que llamábamos *paseo*, no sólo porque se llevara caminando por las calles como en la costumbre del “alba” o “alborada” (para despertar con música y ron en las casas de los amigos), sino porque los bailadores eran más numerosos que en el cantao y se organizaban al tiempo unos tras otros en ruedas u olas dando vueltas en una plaza (no en corraleja), con velas, alrededor del conjunto de músicos. Éstos tocaban bombo a porrazo, guaches y dos clases de pitos de los indios: el de cabeza e cera y uno atravesado llamado *cumbia*. En Basura teníamos el mejor pitero, un machetero llamado José Victorio Julio, el *Mello Cumbia*.

(Viene a ser como el baile de cumbia, cuyos orígenes pueden remontarse al juego de montucuy y gaitas de los indios zenúes. Según los estudiosos, estos bailes son los precursores más probables de nuestro porro, que toma su forma musical actual con la transición de aquellos aires de pito a la banda de viento, en una expresión que así resulta triétnica).

El milagro ocurrió cuando el conjunto pitero del fandango dio paso en San Pelayo a la banda de instrumentos de viento, de manera similar a como pasó en El Carmen hacia 1850, cuando Agustín Mier cambió la gaita

ocupación social, excepto por la presencia reducida de algunas tribus indígenas y buscadores de copaiba y zarzaparrilla. Desde el núcleo de selva virgen, con mecanismos de reproducción simple, se fue atesorando una parte del dinero que más tarde se convirtió en capital; y los bienes anteriores que no habían tenido sino valor de uso fueron adquiriendo valor de cambio. Los enclaves madereros dan cuenta de la naturaleza internacional del capital resultante y de la importancia del intercambio y la circulación en el proceso acumulativo. Esta acumulación originaria se dio con explotación y violencia: el capital llegó “sudando sangre y fango por todos los poros” (Marx). Ello condicionó la época, como sigue condicionando todo el problemático desarrollo de la sociedad costeña.

¿Por qué se distanció económicamente la clase alta de la baja en el Sinú y en las sabanas, si ambas clases trabajaron duro y parejo en un medio tan abundante y rico en tierras y recursos naturales? Son muchos los factores explicativos, y todos se refieren a la sobreexplotación del hombre por el hombre y al indiscriminado saqueo que se efectuó: la educación diferencial; la falta de organización popular, la distracción de energías de cambio en frustrantes guerras civiles: la represión directa; el engaño y la mala fe; el abuso de la ignorancia, la honradez y la credulidad populares; el monopolio de exportación de productos por ricos y letrados, con el apoyo del capital extranjero; el control egoísta y acaparamiento de la tierra inmediata (incluyendo tierras públicas como ejidos, playones y ciénagas); y la erosión de los resguardos indígenas.

por el clarinete para interpretar las mismas melodías, dando nacimiento al *fandango tapao instrumental*, que después se llamó *porro sabanero*. Esta música de viento con vales, mazurkas, marchas militares y polkas clásicas —además del danzón cubano, cuyos restos de la cultura blanca quedan ceremoniosos como introducción y conclusión de los porros—, fue llevada primero durante el decenio de 1860 desde El Carmen, Corozal y las sabanas a través de Chinú, Purísima, Lórica, Sabanal y Ciénaga de Oro en los pulmones y dedos talentosos del clarinetista José de la Paz y Montes (portorriqueño), el violinista Bartolomé Torrente, el clarinetista Jesús María Sierra (sincelejano, como recordaremos, colega del maestro Enrique J. Arroyo de El Carmen), el maestro Guacharaco, el compositor loriquero José Dolores Zarante (después general), el gaitero Leonidas Paternina y otros artistas pobres de finales de siglo que llegaron jóvenes al Sinú o vivieron y trabajaron allí por el resto de sus días, embrujados, como todos sus antecesores, porque también aprendieron a conocerlo y saborearlo en seguida. Más tarde contribuyó a esta música la llegada del clarinetista negro José María Fortunato Sáez, sacristán y secretario de alcaldes, a quien ni la lepra logró doblegar en su dedicación artística.

¡Cuán grande fue la contribución de todos ellos a nuestra música popular! Enseñaron a docenas de jóvenes que se la pasaban practicando al aire libre en la plaza del pueblo y en los patios de las casas (primero con hojas de laurel, limón o espino, pegadas a los labios para hacerlas vibrar, o con un fotuto de papaya —de ahí la *papayera*) mientras descansaban de la agricultura y de la pesca o de la artesanía. O se la pasaban tocando y canceando merengues con los instrumentos de los mayores, muchas veces de oído y de memoria.

Pero la música solemne, clásica o de procesión religiosa o militar no fue suficiente. El porro tapao o sabanero resultó demasiado formal, estructurado y citadino, con partituras y pentagramas fijos a que el músico sinuano no quiso someterse para buscar mayor espontaneidad e improvisación. Según lo sabido hasta ahora, la primera banda que dio el salto de las mazurkas y vales a los porros, fandangos y mapalés flexibles y creadores (de ejecución “ripiada”, siempre abierta y cambiante, aunque dentro de los moldes temáticos —por eso no hay versiones únicas de esta música), la primera banda de ese estilo se inició en 1902 en San Pelayo detrás de la iglesia, debajo de un árbol de totumo. Dos trompetistas macheteros de Lórica la organizaron con instrumentos viejos “empatados con cera y alambre” (los nuevos no se recibieron de Pennsylvania sino en 1915, junto con un contrabando). Los músicos fueron en canoa a recibir el bautismo de fuego en un fandango en el Chuchurubí de la Conquistadora Baptista,

De allí la significación que para el pueblo campesino costeño tienen todavía la vida y la obra de dos de sus grandes personajes. Uno, Santo Domingo Vidal, de Chimá, un caso de *alienación positiva* como expresión funcional y manipulable de lo sobrenatural-humano. Este caso se añade a los de las imágenes sacras populares del río San Jorge. En nuestro contexto, Santo Domingo Vidal resalta como símbolo de la resistencia y creatividad populares en las sabanas y el Sinú ante el destructor saqueo capitalista y terrateniente de finales del siglo XIX. Y dos, Manuel Hernández, *El Boche*, campesino de San Jacinto y machetero de Misiguay, como *alternativa de acción directa* y reivindicación extrema ante la insolubilidad del problema de la tierra y la sobreexplotación laboral.¹⁵

[C]

La infraestructura económica representada en los arreglos tenenciales y laborales de las sabanas y el Sinú tuvo un intercambio dinámico con una superestructura social, política e ideológica de características muy especiales, que pueden explicarse en parte con el concepto de *costeñidad*. Ello tiene que ver con las peculiares relaciones mutuas que existen en la costa entre trabajo y diversión, cuyas expresiones más dramáticas en el campo de la expansión son la corraleja y el fandango, instituciones relacionadas con la gran ganadería y la pequeña agricultura, respectivamente, ambas enraizadas en la cultura popular.

¹⁵ Véase nota 13.

donde a la nueva banda la bautizaron la “Peor es ná”. Su primer director fue un sencillo carbonero de la isla de Barú, el moreno Manuel Zamora, a quien apropiadamente enterraron los pelayeros dentro de un bote covado en un árbol y con zafra cantada de muerto, al son de dos pilones para apisonar la tierra en el hueco, palmas y grito de guapirreo triste. Un pilandero cantaba:

*Al muerto cuando se muere
le cantan la mangona [la muerte]
y le echan la tierra encima
pa' que el gusano lo coma.*

Y el otro le contestaba:

*Del hueso en la calavera
la coyuntura se esgonza;
del oro en polvo en mi tierra
venden quintales por onzas.*

Los motores de la aventura artística popular de San Pelayo fueron Primo Paternina (1892-1973) (pequeño agricultor de yuca y ñame, hijo del gaitero Leonidas) y Pablo Garcés Pérez (1879-1963), campesino y pescador de San Antero que aprendió a tocar bombardino en Purísima con el maestro Zarante antes de vincularse al pueblo. Su primer genio fue Alejandro Ramírez Ayazo (1890-1967), guitarrista y clarinetista que pasó a vivir en San Pelayo desde 1906 (después fue tinterillo), a quien se debe el impulso al porro palitiao o pelayero y la invención de su arma secreta: el *bozá* (bozal). Éstos fueron los pilares culturales y humanos de la famosa Banda Arribana del Barrio Tomate (formalizada en 1919), madre de todas las demás que siguieron en la futura “capital del porro”, categoría confirmada el 26 de junio de 1977 cuando se iniciaron en San Pelayo los festivales regionales y nacionales de esa música.

Una vez, durante esos años formativos, los músicos “arribanos” recibieron una invitación de los colonos independientes de La Madera y Bongamella (Juana Conde, los Galeanos, Dorías y Seguras) para organizarles un fandango. Los músicos pasaron el río Sinú en canoas y prosiguieron en burros y mulas por la vieja trocha que bordeaba el caño del Bien Común, por donde bajaban los troncos de la montaña virgen. Era marzo y las lluvias pintaban. Un mayero (uno de los “pájaros virtuosos” del Sinú que comparten con el pis o chupafior, el carpintero, la torcaza, la albidora y el chauchau la devoción de los campesinos) vino a engarzarse en un

Trabajo y fiestas comunales, como actividades humanas necesarias, fueron moldeando con músicos cantores, bailarines y toreros a las generaciones formativas de Sincelajo y sus contornos. De allí se expandieron con los mismos elementos básicos hacia el sur sinuano, al paso con las sucesivas oleadas de emigrantes sabaneros.

No se trata de la mezcla simultánea de esas dos pautas básicas —exención o trabajo, y expansión o diversión— como lo exigiría la ética calvinista. Entre nosotros en la costa, estas pautas han constituido en cambio *estructuras paralelas de conducta*. Andan por canales autónomos que se cruzan sólo de vez en cuando. De lo que se trata es de que el hombre, por lo menos y en especial, sepa trabajar y sepa gozar cada cosa en su sitio y ocasión: “Cuando es pa’tabajá es a trabajá; cuando es pa’gozá es a gozá” (y “cuando es pa’peleá es a corré”). Si no hay necesidad de nada, o si así se siente, pues no se hace nada y se “deja” la actividad para más adelante. ¡Ya se verá!

De esta manera informal, dejada y sensible, con la consiguiente comprensión de la mujer compañera que se ha amoldado a tales pautas hasta ahora con el sacrificio de su propio aporte y de su propio goce, se ha ido construyendo una patria chica de evidentes encantos y ventajas que se añoran con sólo traspasar la Sierra Flor o las bocas de Cispata en busca de otros lares. De allí también la proliferación de los buenos poetas y escritores costeños.

La conformación de esta estructura paralela de conducta en la costa durante el ocaso del orden señorial, con la alegría bulliciosa y la suelta imaginación resultantes, no puede

roble de flores moradas y empezó a cantar al paso de la tropa. Alejandro Ramírez se detuvo: “Oigamos a ese mayero, que nos quiere decir algo más que anunciarnos el agua como lo hace cada año”, pensó.

El mensaje del mayero era sencillo y melodioso:



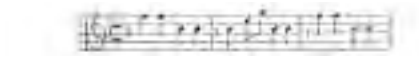
“Pongámosle música”, propuso, y empezó a imitar el canto del pájaro con el clarinete, tal como lo habría hecho un indio con la gaita cabeza’e cera. Y le añadió como contestación propia, mientras proseguía la marcha:



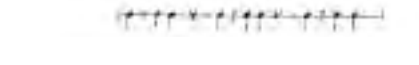
A los primeros e inseguros intentos del clarinete de Alejandro, Primo Paternina se sumó allí mismo con el cornetín reforzando la melodía con agudas notas:



En seguida ensayó Pablo Garcés el bombardino, oyendo los acordes especiales:



Y Saturnino el bombo:



Prosiguieron el camino hacia La Madera “sacando” el nuevo porro de “El pájaro del monte” paso a paso y conjuntamente, sumando y combinando los instrumentos como en diálogo y contrapunteo, sin que se pudiera decir quién fue el compositor, porque lo fueron todos en un singular acto de creación colectiva. Como fue la forma de componer todos los porros clásicos que conocemos y gozamos (regla que, por ignorarla con fines personalistas, llevó a un largo período de esterilidad en la composición de porros, roto sólo hace poco, en 1985, cuando se volvió a ella con el porro *El río Sinú*, producto colectivo de los maestros Miguel Emiro Naranjo,

explicarse como legado de ninguna de las razas-culturas involucradas en el proceso, tomadas cada una por separado. Todas venían de sufrir vivencias catastróficas: guerras, genocidio, esclavitud. La alegría vital del trabajador sabanero y sinuano —el desbordante genio específico de su pueblo— sólo es explicable por la amalgama predominante inicial de blanco e indio, después con el negro, en circunstancias locales de autonomía y libertad (De la Torre y las autoridades lo veían como “libertinaje”), y por esa química de genes, ideas y costumbres diferentes que hallaron cuna tolerante y amplio albergue en las comunidades mestizadas que desde entonces conformaron la población de la costa. Alquimia fecunda y cálida en ebullición permanente que signa el *ethos* de nuestra región e irradia su euforia al resto de la comunidad colombiana.

Típico de ese buen genio y de esa alquimia de alegría y tolerante actividad ha sido la transformación del impulso bélico o violento —tan destructivo en las irritables provincias del interior andino— en las piquerías o “guerras” comunales de empuje y aguante (según barrio, caserío o pueblo) expresadas en jolgorio, comida, fiesta e intercambios solidarios, todo con buen humor y “mamando gallo”. El Bongo-Basura se “tomaba” a Cotorra: el barrio de Chuchurubí en Montería “ocupaba” y “derrotaba” al de La Ceiba; el de Cascajal al de Remolino en Loricá; el de Pelusa al de Tomate en San Pelayo, y así en muchas otras partes.¹⁶

¹⁶ Véase Jaime Exbrayat, *Historia de Montería*, op. cit., pp. 227-243; Gabriel Porras Troconis, *El castellano viejo en América*, op. cit. Entrevistas con Juana Conde (Bongamella, 1985) y Edison Arteaga (Boca de López, 1985), especialmente sobre el origen y desarrollo del “Sinú blanco” entre Cotocá y San Pelayo, en el brazo de Aguasblancas. Recordemos el tratamiento que en la costa hemos hecho a la violencia.

Rubén López, Rafael Eduardo Sáez y los otros compañeros de la banda Diecinueve de Marzo de Laguneta, pequeña vereda de Ciénaga de Oro).

Sin embargo, poco antes de llegar al caserío, Ramírez sintió que algo no le cuadraba: el canto del mayero con el clarinete quedaba opacado por el retumbar del bombo y de los bajos que ejecutaba el porro como si fuera tapao. El motivo artístico de la inspiración exigía algo diferente. “Para el bombo un poco” ordenó a Saturnino, “o más bien golpéalo con el palito, no con la porra, y ensáyalo sobre el borde para que no haga tanto ruido. Recuerda que es un pajarito el que está cantando, no es un toro bufando. ¡Ponle bozal a la porra!”.

Así nació el bozal o *bozá* (después el pueblo lo fue cambiando al femenino *la bozá* o *la gustá*, tal como ocurre con frecuencia en el costeño), y con el bozá nació el porro palitiao o pelayero. Su invención resultó como una cascada musical que afectó los sentimientos más profundos de los bailaradores de fandango. Porque el buen bozá, que no dura sino 50 segundos, es en el porro como el beso en el amor. Abre la puerta para que el hombre, por una sola vez, rompa las reglas del baile y trate de tomar a la mujer por la cintura antes de que ésta, altanera, vuelva a alejarse del galán. Entonces se realiza un rito vivencial de identificación con el hechizo del río y de la montaña, cuando se siente como en la corraleja: “¡Ésta es mi tierra y ay del que se meta con ella!”. De allí el guapirreo consiguiente, que es el alarido que echa el costeño como erupción de su volcán interno, un grito de vida. Así también lo explica el Compaegoyo:

*¡Ay, mi madre! ¡Porque llevo en el alma
mil perros que me arrancan las entrañas!*

De esta misma forma colectiva fueron “sacándose” e improvisándose los porros palitiaos más cadenciosos —el *porrojondo* cuando se ejecuta con la debida majestad— que hoy se consideran clásicos: *El pilón*, *El ratón*, *El binde*, *El gavilán garrapatero*, *El conejo*, *El burro loco*, *Soy pelayero*, *El sapo*, *Lorenza*, *La mona Carolina*, *María Barilla*... A veces las melodías eran inéditas, como la de *El pájaro*. Otras veces eran tomadas directamente de viejos gaiteros o piteros, como la de *El sapo*, cuyo origen sabanero-indígena se puede remontar a Sincé y Mexión. En todo caso, los porros jondos reflejaban en la música el ambiente del campo y constituían expresión adecuada de los sentimientos de los campesinos triétnicos del Caribe. De allí la imitación de sonidos de balayes, pilones, bramidos, cantos de vaquería, serenos de lluvia, en los buenos porros. Tuvieron siempre el valor de lo autóctono. Como lo cantó Pablo Flórez Camargo en Ciénaga de Oro: “Mi

Las fiestas se animaban también con guapirreo y diversas clases de cantos: el de monte, el de vaquería, el de parranda, el de gallo, el puntillante y la décima.

Pero tales muestras de expansiva y pacífica actitud solidaria han estado condicionadas por la estratificación social que viene de los tiempos señoriales. Resultado de ello es la formación de dos culturas: una elitista y otra popular, cada cual en apoyo y estímulo a las actividades vitales de las respectivas clases. En nuestra región se observa, por ejemplo, para ilustrar la cultura elitista, la fundación de periódicos en Sincelejo, Lorica y Montería, y los conciertos y “jaranas de arpa” en Cartagena (de las que se escapaban en su juventud nuestro anticaudillo, el general Juan José Nieto y sus amigos para ir en cambio a los bundes de negros en Ternera).

Por otra parte, para alimentar la cultura popular se toleraron fiestas como el carnaval, y religiosas no ortodoxas, como la de San Simón de Ayuda en San Andrés de Sotavento, en las que se perciben supervivencias de los tiempos indígenas y otras prácticas referidas a la antigua esclavitud negra. Más prominentes han sido los fandangos de plaza pública y fiestas de toros en corraleja para las grandes masas con el fin de suministrar elementos de distracción natural (lúdicos) al “pueblo”. Se esperaba con tal expansión un constante o más satisfactorio rendimiento posterior en las labores del campo, la distensión de situaciones conflictivas o la sublimación de la miseria y la explotación rurales, mucho a la manera de los romanos: *Panem et circenses*. Aunque

porro me sabe a yuca harinosa asá, mojá en asiento de chicharrón. Me sabe a panela'e coco de Colomboy, me sabe a totuma de guarapo, a piña y limón. Mi porro me sabe a todo lo bueno de mi región”.

Para entonces se había organizado ya otra banda en San Pelayo: La Bajera, en el barrio de Pelusa (1925), con igual y meritorio recorrido que la de Tomate, y el espectáculo del fandango con el porro como fiesta popular llegó al máximo esplendor. Faltaban las sacerdotisas y mojanas que encarnaran esa música como representaciones vivas de la Madre Tierra y que estilizaran la expresión telúrica como danza suelta (no de parejas abrazadas) para impartir el gusto artístico que redondeara esa maravillosa expresión de la cultura campesina costeña. Tal fue la labor de María de los Ángeles Tapias, la Barilla, junto con otras grandes bailadoras sinuanas y sabaneras de la época.

* * *

La llamaban María o Mayo Barilla, pero en realidad su apellido más seguro era Tapias, por ser el de su madre Evangelina (Eva). Ésta, quien probablemente tuvo otros dos hijos, Félix y Manuela, con diferentes maridos (Sierra y Casarrubia, ambos blancos de raza), era una zamba gorda y alegre que se reía expansivamente “como chivo berreando”, de pelo negro apretado en el que enganchaba las monedas de su negocio de sancochería, y que hablaba con un dialecto “atravesado”, lo cual da a pensar que su lugar de origen pudo estar cerca de San Andrés-Mexión (donde tal dialecto ha existido) y en las sabanas, donde se encuentran otros miembros de la familia Tapias. Se recuerda el paso de Eva por Lorica, al compás con la gran ola de emigrantes sabaneros hacia el Sinú, de donde se trasladó a Ciénaga de Oro, después a Sabanal y Montería. Durante su permanencia en Ciénaga de Oro concibió y parió a María de los Ángeles, la futura gran bailadora y niña prodigio de la raza cósmica triétnica. Ello ocurrió en el año de 1887.

Eva y sus hijos entraron como matriculados al servicio de la familia Berrocal (quizás la más antigua o raizal de Montería), y por un tiempo trabajaron en la finca de Las Majaguas. Allí creció María. A los 16 años se la “sacó” un joven mujeriego, atrevido y “acañamado” que fue “el hombre que la perdió”, porque se supo echar el sobaquero para enamorar: era Perico Barilla, hijo de crianza de Vival Barilla y Cenobia Montesinos —probables descendientes del Fulano Barillas que primero colonizó el Sinú junto con Francisco Velásquez y la Conquistadora Baptista—, cuya familia de corraleros convivía en la misma finca. Hubo aborto, y Perico,

esta alienación negativa no siempre surtió el efecto deseado por las clases altas.¹⁷

¿Cuál de estas dos culturas ha sido dominante en la costa? La respuesta depende del cristal con que se mire. Similar a lo ocurrido con la historia, cuyos hechos (*datos-columnas*) pueden enfocarse, con diferentes efectos, desde el ángulo de la academia o desde niveles participativos, también así con la cultura. No parece fácil sostener en los casos costeños estudiados que las ideas dominantes de la época fueran las de la clase dominante (Marx). Había dos configuraciones separadas, con pocas convergencias. Y cuando se encontraron en expresiones masivas como la corraleja y el fandango, predominó la cultura popular en su salsa, porque las gentes de base la defendieron y enriquecieron con aportes propios, hasta tiempos más modernos, cuando se ha intentado desviarla, manipularla o corromperla.

Las *corralejas*, aunque vinculadas directamente a la gran ganadería y a la hacienda, constituyeron al principio una manifestación directa de la cultura popular a través de desplantes, saltos, coleo, tumbada y otros actos valientes y proezas de participantes humildes en el ruedo de los toros, y con muleta o manta, garrocha a caballo y banderillas. Las corralejas eran un canal de inventiva y expresión para la superación, lucidez y distinción individuales del pueblo en el gran contexto social del espectáculo. Así se adquiría fama, prestigio, buen nombre. Como rito comunal, llevaba a sus

¹⁷ O. Fals Borda, “La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la investigación-acción”, en Asociación Colombiana de Sociología, *La sociología en Colombia. Memoria del Tercer Congreso Nacional de Sociología*, Bogotá, 1980, pp. 170-171.

quien llegó a ser importante caporal de ganado por el Camino Padrero, abandonó pronto a la Mayo, pero ésta lo siguió queriendo por un buen tiempo y de él tomó el nombre Barilla, que prefirió, según dijo, porque era “un apellido más alegre y sonoro”. Este cambio fue refrendado por sus amigos y la gente en general, no sólo para María sino también para otros miembros de la familia en sucesivas generaciones que han llevado, como ella, la danza en la sangre: los “llama” el fandango.

Más tarde María tuvo otra importante aventura amorosa con Antonio Fuentes, machetero de Cereté y trabajador de la finca; y el 31 de diciembre de 1912 ella parió su primero y único hijo: Francisco Fuentes. Esta unión no duró mucho, “se dejaron” y, como se acostumbra en la costa, la abuela Eva se hizo cargo del nieto hasta su juventud. (Francisco se fue a trabajar eventualmente como carpintero y pequeño agricultor en Tres Palmas, donde hizo una estimable familia, y murió en 1959).

Con aquellas decepciones a cuestas, la Mayo y su madre se trasladaron a Montería, donde empezaron una agitada vida como sancocheras, lavanderas y aplanchadoras, que combinaban con bailes nocturnos de fandango, baile macho y cantao. Para el efecto María siguió trabajando con los Berrocal en la ciudad, encargándose de la ropa de la casa y del cuidado de las tres hijas de la familia; pero después le llegaron otros clientes “blancos”, como los Pinedas y los Pérez, atraídos por el primor de su trabajo. Arrendó una pieza de balsa en una casucha de palma en la calle del Chorro (calle 34 con carrera 5), que compartió con otras mujeres del mismo oficio e inclinación que los de ella, como Josefa González (*la Ojito*) y Claudina *la Catmana*. Después se mudó al Club Santa Ana y por la avenida Primera, más cerca del río (donde estuvo el hotel Panzenú), tomó una pieza que le alquiló la niña Trini Vega.

María Barilla era flaca y creció a mediana estatura, pero siempre la consideraron vistosa y elegante, aún más cuando se arreglaba para el baile. Tenía piel oscura (le decían *trigueña*, *negrita* o *india*), pelo negro ondulado que lo bañaba en cepa de plátano para darle brillo, de largo hasta la cintura, con el que le salían dos trenzas aseguradas por sendas peinetas grandes con tembleques de oro; después se lo cortó a la “papindó”, como era la moda de los años veinte. De ojos garzos, nalgas paradas, cuatro dientes frontales forrados en oro. Con voz medio ronca por la frecuencia de su canto al planchar, en el baile, y por las décimas que echaba. Muy escrupulosa así en el trato personal como en el vestido y el aseo, pues se cambiaba la ropa diariamente y durante los bailes varias veces en la noche. Aparte de adornos rojos y negros, prefería colores blancos, rosados o azulosos para los vestidos de tela de espejo que compraba en el Bazar Parisiense

actores a expresar en esas formas su amor al terruño. No había corrupción monetaria, ni endiosamiento del ganadero, ni el “perrateo” colectivo que hoy se observan.

Interceptadas desde los años sesenta por políticos y mercaderes de espectáculos, muchas juntas organizadoras han cedido ante las ofertas de financiar las festividades. Ello ha llevado a la crisis ética y política de las corralejas en el momento actual, crisis agudizada por la tragedia del 20 de enero de 1980 en Sincelejo, cuando varios palcos atiborrados de espectadores —mal contruidos los palcos para hacer mejor el negocio y por la politiquería— se vinieron abajo; y por los sucesivos descuartizamientos de toros en los mismos ruedos a manos de espontáneos y otros, como ocurrió en Montería en 1976 (casi lo mismo en Sincelejo en 1966, con amenazas a Domingo Fernández, dueño del encierro). Fueron impresionantes ritos de rencor y venganza contra ricos ganaderos. “La corraleja dejó de ser del pueblo y se convirtió en un espectáculo grotesco y sanguinario”.¹⁸

Por otra parte, el *fandango*, como espectáculo comunal de baile nocturno al aire libre, tiene dos variedades: el *cantao* (por parejas turnadas, acompañadas de tambor y palmas) y el *paseo* (en ruedas de parejas en secuencia con conjunto o banda, como en el baile de cumbia). Su historia es de fuerte raigambre campesina y pescadora, como un ritual de iden-

¹⁸ Roger Serpa E., “La corraleja”, en *La Revista*, N° 6, 1984, pp. 48-49; Blas Piña Salcedo, “Historia de las corralejas”, en *El Vespertino*, 24, 25, 26 y 28 de enero de 1980; José Luis Garcés G., “Corralejas y prostitución: perfecta simbiosis”, en *El Tiempo*, 2 de abril de 1978; Leopoldo Berdella de la Espriella, “La corraleja, coctel de la barbarie”, en *El Tiempo*, 4 de septiembre de 1977; Víctor Negrete, “¿Una sociología sobre la corraleja?”, en *Calor*, XI, N° 9, diciembre de 1971.

de la señora de Mebarak; las polleras las alisaba ella misma con bolitas de vela pegadas a la plancha calentada sobre brasas de carbón de palo. Para abrigarse el cuello se ponía un pañuelo rojo o negro que aseguraba con un broche por la parte de atrás. Llevaba zarcillos grandes que casi le rozaban el hombro, y una cadena larga con medallón que le rodeaba el pecho. No tomaba ron (parece que hacía buches o gárgaras con él al despertarse) y, aunque le gustaba la chicha, nunca se la vio borracha. Cuando amanecía emparrandada solía bañarse en el río y se tomaba una “caraqueña” (agua de panela con hielo y limón) antes de irse a acostar.

En cuanto al amor, “no fue perra de cualquier perro, era alegre pero no corrompida”. A partir de Perico tuvo maridos reservados sucesivos, de alguna posición social: Luis Pedroza, José Antonio (*Toño*) Sánchez, Joaquín o Nicolás Faillach, así como la amistad íntima de algunos músicos. Se le veía bailar mucho con Lucho, Jerónimo y Domingo Berrocal, con Manuel e Ignacio Cabrales, de preferencia con gentes del barrio de La Ceiba.

A María Barilla se le respetaba y veía como una señora trabajadora, no como prostituta ni como mujer de la calle. Para sus tiempos era mujer liberada, sin los prejuicios y mojigaterías de la sociedad. Tuvo actos de humanitarismo, comprensión social y espíritu público y nunca se negó a hacer un favor: se le conoció despojarse de sus ropas para vestir a otras personas, y gustaba de cuidar a los enfermos. Así también le retribuían con regalos de mangos, bagres y otras comidas y elementos.

Como lavandera profesional fue miembro de la Sociedad de Obreras Redención de la Mujer que presidía Juana Julia Guzmán (cuyo sello incluía una mujer planchando), a donde fue llevada por la secretaria de la misma, Agustina Medrano (frecuente compañera de baile en los fandango, pues Agustina era también muy alegre) y por la fiscal Ana Francisca (*Pacha*) Ferías, a quienes muchas veces ayudó con las ventas de carne en los puestos del mercado público. Allí también seguramente escuchó las prédicas del socialista italiano Vicente Adamo, el encargado del aseo del mercado, y no faltaría en las concentraciones que éste hizo para organizar por primera vez a las clases trabajadoras de Montería. Además, una prima de su segundo amor, Roselinda Barilla, fue del grupo fundador del Baluarte Rojo de Lomagrande, constituido en 1918.

De modo que María Barilla estuvo expuesta a las nuevas ideas socio-políticas y, según parece, respondió a ellas positivamente y con su empeño personal. Se recuerda, en efecto, el incidente que tuvo con el “patriarca” de Montería, Miguel R. Méndez, cuando éste llegó una vez al ambulante de Máximo Villa para bailar con ella en el fandango. La policía le abrió paso a Méndez y su séquito de coches. Ya frente a la Barilla, ésta le espetó

tificación vivencial con el ambiente del trópico, parecido al de la corraleja, en el que los participantes experimentan la más íntima e inmediata elación de la vida rústica. Tal es el sentido de sus movimientos y del grito del “guapirreo”, que con frecuencia le acompaña. Una personificación y símbolo importante de la diversión sinuana y del gran fandango es la bailadora María Barilla (1887-1940), humilde lavandera y planchadora de origen trirracial que actuó en Montería y pueblos cercanos con una nutrida corte de cantadoras y cantadores, copleros, decimeros y músicos campesinos de la raza cósmica que dieron forma y estilo a una bella, dinámica y productiva institución de música y danza: la del porro.

Los principales aires de la región han sido y siguen siendo el porro (tapao o sabanero, y palitiao o pelayero), la puya, el mapalé y el fandango (como paso propio de baile, no el español), ejecutados con instrumentos autóctonos (pitos traveseros y tambores) o con orquesta o banda de viento en la que el clarinete, la trompeta, el bombardino y el bombo se distinguen en diversas secciones (danzón, cuerpo y “bozá”). (La cumbia, también ejecutada en las sabanas y el Sinú, parece haber desarrollado sus características peculiares negroides y mestizas en la depresión momposina, especialmente entre El Banco y Plato).

Los instrumentos autóctonos se construyen con materiales de la región. Su ejecución dio origen a ritmos muy especiales (a veces en anticompás) y a melodías inspiradas en motivos de la vida común con cantos y sonidos de la naturaleza y el trabajo rústico. Las mujeres que saben bien, bailan estos aires a “pie sobao”, según el ritmo y el son, meneándose de la cintura para abajo, muy zaramullas y sere-

al “patriarca”: “Yo bailo con usted si baila la demás gente”. ¡Que viva María Barilla!, gritó la multitud mientras la aplaudía. Así logró ella expresar solidaridad con su clase social en aquellos tiempos de agudos conflictos políticos, y de esta manera fue perfilando su imagen como heroína cultural popular. Es curioso que los dos colores que prefería para adornarse —el rojo y el negro— eran precisamente los de las organizaciones socialistas y campesinas.

Por otra parte, el interés de María Barilla por la música y el baile creció en el ambiente despreocupado y alegre, tolerante y comprensivo de la Montería de principios de siglo, aquella alimentada por el dinero de la oficina de la Casa Americana, los grandes negocios ganaderos de Cabrales, Pinedas y Garcías, y el comercio de los siriolibaneses (*turcos*) que llegaron a torrentes. Empezaba a funcionar el gran Circo-Teatro Variedades a la vuelta de la esquina de la pieza de la Mayo, donde para mil espectadores se daba cine mudo acompañado de una banda pequeña que las malas lenguas bautizaron *Chiflajopo*, como también en Sincelejo en el Teatro Palatino con la banda Peleaperros.

Hacia la playa del río, y al lado del parque de las Cabalongas (que adornaría con un monumento a la bandera el futuro candidato local a la Presidencia de la República en los años treinta, el apuesto general y bacteriólogo Jorge Ramírez Arjona, el himno de cuyo movimiento se cantaba con la música de La Marsellesa), por la nueva avenida Veinte de Julio, había varios estanquillos ambulantes, de los cuales María prefería el de Emeterio Suárez, quizá por estar siempre repleto de bebidas frescas e instrumentos musicales. Emeterio prestaba estos instrumentos a los clientes para organizar parrandas casi diarias amenizadas con canto y danza al pie de una gran bonga vieja.

Un poco más allá quedaba el Salón Rojo, bailadero público con músicos y victrola que cerraba sus portones con alguna frecuencia para dar lugar al reservado “baile de la pluma”, prodigio de actuación de los jóvenes burgueses que debían desnudarse, colocarse una pluma de pavo en el ano y bailar vals, polkas, mazurkas y “pavos” sin que la pluma se les cayera (el castigo era pagar una tanda de ron). Monopolio de otras experimentadas mamasantas, el Salón Rojo y el baile de la pluma no fueron del interés especial de María Barilla, quien prefirió las parrandas en el ambulante de Emeterio, donde cantaba a veces, y las delicias del fandango y baile macho con sus porros y puyas, tal como se hacía a “pito con perma” en los kioscos de Abel Torres y Máximo Villa, y luego con la Banda Sinuana y la de Luis Pérez en el actual parque de Bolívar, con música y músicos traídos de San Pelayo.

nitás, llevando velas para alumbrarse. Los hombres danzan el porro abriendo los brazos, gesticulando, doblándose y dando círculos con sus sombreros vueltiaos, sin tocar a la mujer, pues una de las reglas es “no dejar brillar la hebilla” con el roce del otro cuerpo. Ésta es la oportunidad personal para lucirse, no sólo en el baile sino también en el aderezo, pues una se pone los mejores trajes (y más antes, las más finas joyas, peinetas, aretes, pulseras y broches, pues nadie robaba).

Aparte del montucuy zenú y del fandango colonial, que era como el “cantao” o el chandé o andé más sencillo que el espectáculo actual, los antecedentes de éste parecen encontrarse en las sabanas de Bolívar. Se difundió hacia el Sinú con los emigrantes sabaneros como *porro tapao* desde finales del siglo XIX. Con la genial introducción local del “bozá” con bombo y marcantes asordinados en el *porro palitiao* (innovación de Alejandro Ramírez y sus compañeros), el porro desarrolló su centro principal en San Pelayo. La mayor parte de estos músicos y cantadores provenía —y proviene aún— de la clase humilde de pequeños agricultores, pescadores y campesinos parcelarios independientes de la cultura anfibia. No pertenecían ni pertenecen a familias de grandes terratenientes ni a las de matriculados o concertados.¹⁹ Se

¹⁹ El porro tapao que es anterior al pelayero. (No es palitiao, como se consigna por error, como tampoco depende su nombre del tambor “porrito”, sino del porrazo que se da con la porra sobre el parche de la tambora o bombo del que depende su ritmo y el “amarre” del baile).

Sobre el fandango colonial (bunde) y la conocida e infructuosa prohibición de algunos obispos cartageneros de mediados del siglos XVIII, véase José P. Urueta y Eduardo G. de Piñeres, *Cartagena y sus cercanías*, Cartagena, 1912, pp. 460-461. Sobre el porro, primeras bandas y otros aspectos, José Dolores Zarante, *Reminiscencias históricas*, Lorica y Cartagena, 1933, pp. 381-399 (maestros De la Paz, Torrente y otros a partir de 1867 en Lorica, Chinú, Be-

Los principales fandangos monterianos eran el 20 de enero (*Dulce Nombre*, como en Sincelejo), el 30 de septiembre (San Gerónimo), el 11 de noviembre (Independencia de Cartagena) y del 16 de diciembre hasta enero (*Pascua Florida*). Apareció entonces junto a María Barilla, la Caimana y la Ojito, una pléyade de bailadoras especializadas en el porro, que se untaban manteca de lobo pollero en las caderas: la China Rivero, la Maleta, la Mataeplátano, la Tutancama, la Venáa, la Mapaná, la Cama de Oro, la Rula (por lo alta) y la Tresgolpes (por hacer “toco-toco” con los zapatos, pues era medio coja). Sólo tres —Ofelia Suárez en Carrillo, Pabla Romero en Montería y Pola Bertel en los fandangos de Santa Lucía en “los Cuatro Vientos” de Sincelejo— lograron llegar a la altura técnica de María Barilla. Todas configuraron entre ellas una eficaz sociedad de rebusques y apoyo mutuo. En especial, la Rula y la Tresgolpes fueron inseparables de la Barilla y la acompañaron en sus viajes, hasta el punto de sembrar dudas al respecto.

Los fandangos donde bailaban estas mujeres eran abiertos, en el sentido de que se realizaban en zonas u ocasiones independientes de la corraleja del toreo. (Más recientemente, con el “perrateo” de las fiestas ya señalado, los fandangos en corraleja se han prostituido y desordenado; allí no hubiera bailado María Barilla ni ninguna mujer de respeto). A los fandangos los llamaban “tristes” hasta cuando llegaba la Mayo y los músicos y bailadores se “prendían” en firme y tocaban el “porro jondo”. Como las fiestas se fueron extendiendo por la región, encadenándose unas con otras, especialmente entre noviembre y abril, María se dedicó por lo regular a asistir a todas y a bailar en los fandangos abiertos de los pueblos. Ésta fue su razón de ser, su impulso vital. Las mejores fiestas se realizaban con ella y sus amigas en el cercano y activo puerto de Los Garzones (8 de diciembre) y en Carrillo, sobre el brazo de Aguasblancas, al borde sur de aquellos seis caseríos especializados en piquerías y “guerras de aguante” que vimos atrás.

María Barilla llegó a Carrillo con sus dos compañeras en una barquetona’e puya impulsada por palancas y bogas, bordeando los barrancos —me cuenta eufórico el jarasco campesino y pescador Bienvenido Espitia, quien bailó con María en el fandango armado a la orilla del río el 25 de noviembre de 1920, durante la fiesta de Santa Catalina—. No habían acabado de llegar cuando decidieron meterse un baño en la playa, con ropas y todo. Las aguas estaban limpias y verdeoscuras. Un grupo de campesinos jóvenes, con botella de ron en el bolsillo de atrás del pantalón de drill (no teníamos plata para el algodón blanco de los ricos) las seguimos embobados como el hombre-caimán. Hasta cuando cayó la noche. Me bañé y arreglé bien de ropas y me fui a la placita del río. Yo era entonces todo un pollo.

fueron transmitiendo oralmente las melodías y las técnicas, así como los instrumentos, de padres a hijos y nietos en estirpes musicales que llegan hasta hoy.

Nadie en particular era dueño de esas melodías ni había compositores con regalías. La autoría aparece como factor sólo a partir de la comercialización moderna de la música, las grabaciones y el afán personal de lucro.

Los músicos del porro hicieron un uso parsimonioso del tiempo libre que les quedaba de las tareas agrícolas y pesqueras con las cuales entretejían su música, o usaron el subempleo y la desocupación de manera constructiva. Tampoco se desentendieron de movilizaciones necesarias

rástegui, San Antero, Sincé, Chimá, Corozal, Sincelejo y Purísima); Alberto Alzate P., *El músico de banda: aproximación a su realidad social*, Montería, 1980; William Fortich Díaz, “Las bandas de música y el porro”, en *M.S. Carrillo*, 27 de julio de 1984; Carlos Morón Díaz, “Orígenes del porro sinuano”, en *El Tiempo*, 5 de enero de 1975; Manuel Galván, “¡El porro no ha muerto, viva el porro pelayero!”, en *El Espectador*, 17 de octubre de 1982; Ciro Quiroz Otero, “El porro pelayero”, en *Coralibe*, N° 29, junio de 1981; Francisco Zumagué, “Del porro a las obras sinfónicas”, en *El Tiempo*, 2 de septiembre de 1977, y su brillante *Porro novo* orquestal. Otro músico distinguido es Adolfo Mejía, de Sincé, autor de una preciosa suite orquestal basada en nuestros aires populares (1940).

Entrevistas con Guillermo Valencia Salgado (*Compaegoyo*) en Mocarí y Montería, y Diógenes Galván Paternina (Puerto Escondido, 1982), quien sostiene que “de la gaita es que vienen los porros”; Pedro López (Ciénaga de Oro, 1982); Julio Paternina y Agustín Luna (San Pelayo, 1980) (cortesía del profesor William Fortich, Carrillo). Compaegoyo también sostiene que “el porro sinuano o pelayero es el aire musical que mejor expresa el sentimiento triétnico del hombre del Caribe”, al combinar musicalmente el danzón de los blancos, el ritmo del bombo de los negros y el bozá reminiscente de las melodías de los pitos de los indios (“El porro sinuano o pelayero”, en *M.S. Mocarí-Montería*, 7 de diciembre de 1982).

El semanario *El esfuerzo* (Montería) presenta algunas noticias sobre la banda Nuevo Oriente y el cine en el circo-teatro a partir de su N° 1 (27 de abril de 1919).

María entró a la plaza del fandango con una camisola de malebú blanca y con un bonche rojo en el pelo. Me encandiló con sus pulseras, aretes y una larga cadena de oro, tan larga que hubiera llegado a la punta del dedo grande del pie, pero que enrolló alrededor del pecho sosteniéndola con un broche.

Me miró con sus ojos garzos y quedé como derretido —recuerda Bienvenido—. Pero con la venta que hice de la yuca en esos días le ofrecí un guacharacazo de ron ñeque, que más estaba necesitando yo. No lo quiso. Aunque era alegre, María Barilla sólo aceptó limonada durante la noche, pues no le convenía tener mucho líquido en el estómago para bailar bien. En mi entusiasmo compré también una caja de velas grandes, me paré sobre ella para destriparla y le ofrecí a la Mayo tres paquetes de velas encendidas para hacer la araña. Amarró el manojo con mi pañuelo raboegallo y colocó la araña en la palma de la mano derecha aguantándola con tres dedos atrás y el pulgar por el frente. El moco de la esperma se le fue escurriendo por el antebrazo hasta quedar casi recubierto de la cera blanca.

Empezó a tocar la banda y fuimos a la rueda, yo detrás o a la izquierda. ¡Aéntro!, gritaba ella con gusto. A veces le eché viento con mi sombrero vueltiao, pues el so-foco subía con tantas velas prendidas. Era como una fogata de luceros y corazones. Esperando turno “barato” para bailar también con ella estaba una carrandanga de machos, algunos ya traguados y con ojo rojo de pájaro chirrinclona. Uno después de otro fueron entrando al paso majestuoso de María Barilla, quien nunca se detuvo durante las piezas. Iba suelta y firme, muy zaramulla, buscándole la caída al porro para entrar en el bozá, a veces levantando la pollera con el dedo del corazón de la mano izquierda hasta tocar el hombro. Yo hacía que la atarrayaba con mis brazos y el sombrero.

Al cabo de varias vueltas, ya caliente, la mujer pidió una rosca de pan dulce, se la colocó en la cabeza, y encima puso un pocillo lleno de café. ¡Ni una gota se salía! Las otras personas empezaron a apartarse con respeto y admiración. Como la Mayo sabía repartirse bien en el baile, nos abrieron ruedo y quedamos solos ella y yo. María Barilla se meneaba de la cintura para abajo; pero en los hombros iba como volando quieta. Creo que ya no ponía los pies sobre el suelo.

¡Juipijuiiii! Los machos acompañantes empezamos a clavar billetes con alfileres a la pollera y a la rosca de pan de la Mayo como homenajes, hasta cuando quedaron recubiertas de moñitos. ¡Qué verraquera de pasos! ¡Qué pasión loca poder acercarse a una diosa como ella! Era como si un espíritu saliera de la tierra y la envolviera con una sábana de gasas y polvo. Me sentí como toro que lame la vaca. Unos visitantes de El Caramelo [alto Sinú] que habían llegado para quemar billetes de la venta de la copaiba, improvisaron un verso:

*¡Qué fogaje nos da la seda
y el caliente de la raicilla!*

*¡Que viva María Barilla!
decimos los caramelos.*

A la tercera pieza, María corrió a una casa vecina para cambiarse la camisola que había sudado, así como las babuchas, y para recoger los cabos, velas y billetes de la rosca y la pollera. Esos cambios de ropa los hizo unas cuatro veces durante la no-

para luchar por la tierra (Montería, Cotorra). Debido al empeoramiento de la situación económica y al impacto de la agricultura comercial (especialmente del algodón), han proliferado las bandas en San Pelayo (10 con alrededor de 100 músicos) y en otros 12 pueblos cercanos como buen negocio para fiestas y “casetas” de toda la región y fuera de ella. Ha habido maestros (como Tito Guerra y Johnny Sáez) dedicados casi exclusivamente a la docencia musical, con impacto y difusión regionales, cuyos esfuerzos podrían institucionalizarse en escuelas sostenidas por el erario público, que mantuvieran viva la continuidad artística del pueblo.

La polémica se centra ahora en el futuro de estas dos expresiones de la cultura popular campesina —la corraleja y el fandango— en vista de que, a pesar de la fuerte defensa que les han hecho los grupos campesinos e indígenas, ellas han estado a punto de extinción o deformación grave por el impacto de la modernidad capitalista, el sistema de contratos o avances a los músicos (“pisarlos” con ron o con dinero), y el pago negociado entre manteros y ganaderos.

Se han “perrateado” tanto el fandango y la corraleja, especialmente en ciudades y pueblos grandes, que ahora “fandango es desorden, tiradera de conchas de naranja, cogedera de traseros, peloterías”, según la descripción de Leopoldo Berdella de la Espriella. Ya no se busca tocar música, danzar o torear por placer, por la elación vivencial, el prestigio o el buen nombre que vienen con la tarea bien hecha en plazas o calles, sino sólo por “la plata”. Por eso conviene adoptar ciertas medidas de autodefensa, como la

che, porque no paraba de bailar. Respondía perfectamente al embrujo del fandango, donde el que pisa la rueda ya no puede salir. Hacia la madrugada, la Rula y la Tresgolpes empezaron a molestarla para irse. No quiso seguir a ningún hombre ni acostarse con nadie. Pero no dejó de tumbar muchos corazones, entre ellos el mío, que quedó sangrando durante varias semanas.

El corazón de los músicos de banda también se derretía al paso de María Barilla. Tocaban mejor cuando ella bailaba. Un porro viejo palitiao que empieza con un florilegio de trompetas (sin los cuatro hasta ocho compases iniciales del danzón cubano que Ramírez intentó añadirle infructuosamente), porro compuesto probablemente por Paternina, Ramírez y Garcés, era el que ella prefería sobre todos los otros:



Cuando el enamoradizo Paternina le preguntó una vez (hacia 1918) en Mocarí: “Mayo, ¿qué quieres de mí?”, ella le contestó: “Toca mi porro, el que me gusta”. Y así quedó bautizado con su nombre. Hoy es “himno” del departamento de Córdoba y ha calado tan hondo que cuando se escucha en tierra extraña tiene la peculiaridad de poner la piel de gallina a los co-terráneos. (Algunos sostienen que el triunfo del boxeador Miguel Happy Lora en Miami por el título mundial de los gallos en agosto de 1985 se debió en buena parte a que se tocó *María Barilla* por los altoparlantes antes de la pelea). Por eso, en ese pueblo del Sinú de tanta raigambre indígena, queda todavía la memoria de aquel hecho:

*La fiesta de Mocarí
lo famosa que quedó...
Más famosa es María Barilla
que la fama'e Mocarí.*

El remolino fiestero, la persecución libidinosa y la pasión del trópico sinuano fueron venciendo a la Barilla. Se fue enflaqueciendo más sin darse cuenta de que los cambios frecuentes del fuego del fandango por la noche a la batea de lavandera y el calor de la plancha al día siguiente (o al contrario) iban minando sus fuerzas. Primero le salieron unas rosetas en el cuerpo, como de lázaro macho, y tuvo una complicación en la matriz. Después, le dio tuberculosis. La tos ya no la dejó bailar con la taza de café en la cabeza. Pero desatendiendo las órdenes de los médicos Caraballo y Marrugo que la atendían gratis, así siguió, hasta cuando en la noche del

profesionalización de las artes, sin perder la función tradicional que las justifica y les da vida.

Existe además el peligro de una “cultura masiva popular” creada últimamente por los grandes medios de comunicación (televisión, radio y prensa), que ha llevado a que el común de las gentes sea víctima de empresarios que no piensan sino en la ganancia, rebajando así el nivel cultural y empobreciendo o sustituyendo valiosos elementos de la cultura tradicional. En estas condiciones, nuestra cultura popular adquiere la tendencia a imitar patrones de culturas foráneas o elitistas que, en las actuales circunstancias, pueden llevar a tendencias demagógicas y totalitarias, con conciencias pasivas e imitadoras en el pueblo. Por ejemplo, el impacto de “envasados” en la televisión es fuerte y barre con los valores esenciales, la filosofía espontánea, el lenguaje, el sistema de creencias, las costumbres y el sentido común tradicional, así como con posibilidades de creación auténtica en artes y ciencias.

Desde este punto de vista, es observable también que algunos de esos valores populares se han elitizado o intelectualizado, sea por moda o por “snob”, como ha ocurrido precisamente con las músicas costeñas de porro, puya, vallenato y cumbia, y hasta con el indígena plato de babilla guisado o en revoltillo con huevos. De allí el rescate ideológico de María Barilla —como partícipe en las primeras actividades obreras de Montería, cuyo porro se considera “himno” de Córdoba— y la valoración de los decimeros, copleros y cantadores. Todos éstos son nuestra verdadera cultura, sobre la cual no caben ni las interesadas imitaciones ni las excusas vergonzantes de las elites. María Barilla y su

20 de enero de 1940, en el fandango de Montería, le dio un fuerte acceso de tos y vomitó sangre. Llevada en andas a su cama de cabecera con cortinas de halar que tenía en la pieza de la lavandería, los vecinos la atendieron con solicitud hasta cuando llegó Manuela, su hermana de madre. De nuevo alegre, se puso a planchar tan de seguido durante varios días que recayó, se pasmó y se consumió tiesecita hasta morir unos meses más tarde (¿julio?), de 53 años de edad.

María fue sepultada en el cementerio de la calle 29 en una tumba de parrilla con un poste de corazón, luego de un entierro encabezado por sus médicos. Sin sacerdote, porque no se pagó a éste el oficio, aunque el enterrador Miguel de León dio el pase oficial. Y fue sin banda, ¡qué vaina!, porque el maestro Cabezas, director de la Nuevo Oriente, estaba enfermo. Sólo pudo tocar en el velorio que presidieron una tía de María —la rezandera Jacinta Barilla— y Francisco Fuentes, el hijo de su segundo amor.

El pueblo del Sinú se había identificado ya con la heroína de la danza y se resintió con su desaparición. A partir de entonces la revivió en sus leyendas y en las cetras como una figura mítica. Su solo nombre alimenta su memoria. Muchos aseguran haberla visto de nuevo en las ruedas de fandango en partes distintas, porque se levantó de la tumba para seguir impulsando el arte. ¿Revoloteará todavía su alma errante en busca de porros por la montaña prohibida de los ceteados de Sierrachiquita en Sabaneta? ... María Barilla reforzó así los embrujos regionales y dio ejemplo de empeño, creatividad y resistencia al pueblo campesino y pesquero de la costa, sediento de expansión y de justicia de donde había surgido.

Pablo Flórez, el poeta de Ciénaga de Oro, recuerda así aquel día de la muerte, triste en los fastos de la región:

Hubo espantos en el Sinú,
en plazas, vereas y playones
herrió muy triste el cebú
y se marchitaron las flores.
El clarinete del negro Sáez
en el banquillo tembló,
se deslizó hasta el suelo, compae:
la flaca lo tropezó.
Bailaba como una pluma
en un remolino'e notas.
Maldita flaca montuna,
la muerte fue tu derrota.

corte han enriquecido nuestra cultura y brindado así, con su esfuerzo creador y su identificación con valores esenciales del pueblo trabajador, el necesario estímulo para articular e impulsar la necesaria lucha campesina por la justicia y por la tierra.²⁰

²⁰ Sobre las danzas sinuanas: Margarita E. Cantero Pérez y Carlos E. Díaz Bravo, “Aportes al estudio de las danzas tradicionales y del vestuario típico en Córdoba”, en *M.S. Carrillo*, 23 de junio de 1983; Leopoldo Berdella de la Espriella, “El fandango, embrujo que se acaba”, en *El Tiempo*, 16 de diciembre de 1979; Miguel de la Vega, “Orígenes del folklor de Córdoba”, en *Zócalo*, N° 4, 1984, pp. 19-24.

Sobre María Barilla: Trabajo de campo y *M.S.* de Albio Martínez, Roger Serpa y Alberto Hernández, Montería, 1985. Las entrevistas básicas se realizaron con los nietos de María en Tres Palmas y miembros de las familias Barilla y Berrocal en Montería y Ciénaga de Oro, además de Numa Pompilio Rodríguez, Bienvenido y Miguel Espitia, Elvia Paternina (San Pelayo), Dormelina Lagares (Carrillo), Elida Sossa (Los Garzones), Narcisa (*China*) Rivero (Montería), entre muchos otros. Agradezco también las grabaciones realizadas en años anteriores con diversos testigos por el profesor William Fortich.

Prefiero escribir Barilla (no Varilla) porque ésa parece ser la ortografía original, además de ser así como se vocaliza corrientemente en la costa, con B se consigna en las partidas de nacimiento y defunción del siglo XIX en el Archivo Parroquial de Montería, así como en el documento del siglo XVIII en el que se menciona al Fulano Barillas. Además, así aparece, con B, al reverso de la foto oficial que le tomaron a María el 18 de agosto de 1922 (cuando tenía 35 años), foto que se encuentra en poder de su nieta Gertrudis Fuentes Barilla en Tres Palmas.

III. LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

EL CONFLICTO, LA VIOLENCIA Y LA ESTRUCTURA SOCIAL COLOMBIANA¹

Es difícil ofrecer explicaciones sociológicas completas del intenso y complicado proceso de la violencia en Colombia, algunos de cuyos aspectos quedan descritos en las páginas precedentes. Dentro de las posibilidades actuales de la ciencia, sólo se pueden presentar hipótesis y aplicar conceptos en un determinado marco teórico, esperando nuevas técnicas y aportes que permitan establecer las cadenas de causalidad y efecto con mayor exactitud. En capítulos anteriores se presentan algunas ideas que llevarían a la concepción de teorías de alcance medio. En éste, por ser un primer intento de síntesis, se trata de hacer un planteamiento más general. Sabido es que en la sociología domina hoy la orientación estructural-funcional. Apliquemos, pues, en primer lugar esta teoría general y derivemos del esfuerzo alguna enseñanza. Busquemos luego coordinarla con las teorías del conflicto y de los valores sociales.

¹ Texto extraído de *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*, tomo I, Bogotá, Tercer Mundo, 1962, pp. 431-457.

ESTRUCTURA Y FUNCIÓN EN EL MARCO DE LA VIOLENCIA

En primer lugar, es indispensable definir los conceptos principales que habrán de guiar la presente interpretación. Someramente, se entiende que los hechos sociales pueden analizarse como “sistemas” cuando aquéllos se organizan y ordenan con base en expectativas comunes, formando redes estandarizadas de interacción; las instituciones son, por ejemplo, sistemas sociales, entendidas como conjuntos integrados de normas, valores y formas de conducta para alcanzar un fin determinado o satisfacer una necesidad.

Se dice que un sistema o institución tiene una “estructura” porque se compone de elementos observables, muchas veces mensurables, que se combinan entre sí. Estos elementos se analizan mediante la aplicación de dos filtros conceptuales de observación: el de la interacción y el del rasgo cultural. Por la interacción resaltan los estatus-roles —que son las posiciones ocupadas por las personas en los grupos y la conducta que va implícita en tales posiciones—, y las líneas de poder y autoridad, que incluyen procesos básicos como el conflicto y la acomodación. Por el rasgo cultural se determinan los complejos culturales, los valores sociales y las normas, las facilidades físicas, los símbolos implicados en la estructura y los objetivos o metas culturales de ella o del sistema social respectivo.²

Una estructura “funciona” cuando está organizada, es decir, cuando todas sus partes al interactuar contribuyen a alcanzar las metas del sistema o institución.³ Así ocurre, por ejemplo, cuan-

² Véase Charles P. Loomis, *Social Systems: Essays on their Persistence and Change*, Nueva York, 1960, p. 5.

³ La literatura científica sobre el funcionamiento es muy rica tanto en sociología como en antropología. En castellano puede consultarse el cuaderno N° 1, tomo X, titulado *Sobre la teoría general de la acción*, del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (1957), con un artículo de W. J. H. Sprott, y la “Declaración general” suscrita por T. Parsons, E. A. Shils, G. W. Allport, C. Kluckhohn, H. A. Murray, R. R. Sears, R. C. Sheldon, S. A. Stouffer y E. C. Tolman.

do los estatus-roles están claramente determinados y con ellos identificados a conciencia sus personeros. Cuando los elementos componentes de la estructura presentan características tales que el sistema no logra llenar su cometido, se dice que ella tiene una “disfunción”. La disfunción puede concretarse en varios elementos o en un elemento dado; puede señalarse, por ejemplo, el fenómeno de la deformación o confusión de roles que, como veremos, es característico de la “violencia” colombiana. (Se pone este término entre comillas para distinguirlo, como proceso, de la técnica de la violencia definida más adelante).

Tales funciones y disfunciones pueden ser manifiestas —si son intencionadas o conscientes—, o latentes —si su ejercicio se produce sin esfuerzo consciente, casi sin que las personas caigan en cuenta de ello.⁴ A este ejercicio de elementos en interacción, así sea de naturaleza funcional o disfuncional, se le llama “mecanismo” del sistema social.

Los sistemas sociales pueden superponerse, conectarse o multiplicarse para conformar diversos “niveles de integración”. Éstos por lo común van del nivel familiar y vecinal al regional y nacional. Los distintos niveles ejercen mutuas influencias siguiendo canales institucionales comunes (económicos, políticos, religiosos, etc.), articulándose de tal forma que en un momento dado pueden aparecer como uno solo. A tales canales se les denomina “vínculos sistémicos”.⁵ Estos vínculos parecen importantes en el estudio de la violencia.

FUNCIÓN Y DISFUNCIÓN EN LA VIOLENCIA

El proceso de la “violencia” en Colombia podría interpretarse como una impresionante acumulación de disfunciones en todas las instituciones fundamentales, como bien se detalla en el capítulo X. Pero el fenómeno, al observarse detenidamente, deja entrever

⁴ Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, 1957, pp. 50-55.

⁵ Charles P. Loomis, *Social Systems: Essays on their Persistence and Change*, op. cit., p. 32.

aspectos que aparentemente no prevé la definición aceptada de *disfunción* y que merecen alguna explicación.

Tomemos, por ejemplo, el caso de la institución política, que es para estos fines la más importante. Según los preceptos weberianos, la institución política tiene como fin el ejercicio del poder (o de la violencia legítima) que han organizado y aceptado las gentes en cuyo interés se gobierna. En el caso de Colombia se tiene un liderazgo “racional” (opuesto al “tradicional”, según Weber), sujeto a una Constitución, leyes y códigos que los gobernantes juran defender, cumplir y sostener. El principal estatus-rol es el del presidente de la república, de quien se derivan los actos oficiales. Otros estatus-roles, de interés para la presente discusión, se concretan en la subinstitución policiva, creada para defender la vida, honra y bienes de los gobernados, y en la jurídica, para aplicar las leyes y hacer justicia.

Es evidente que en Colombia las instituciones políticas no han cumplido exactamente los fines expresados, y sin embargo han sido eminentemente efectivas, sin perder las características políticas. Han sido funcionales en otro sentido: en la imposición de la voluntad de un grupo. Tanto el estatus-presidente como el estatus-policía se han combinado para ganar fines prácticos e inmediatos, que fueron alcanzados en muchas partes, pero que no eran los contemplados idealmente en la Constitución y en las leyes. Para explicar esta paradoja se haría necesario distinguir entre los “fines formales” de las instituciones, aquellos colectivamente aceptados como normas ideales, y los “fines derivados” que, con los mismos elementos, se acogen a normas reales; en este caso, a normas señaladas por un grupo formado por una minoría dominante. No puede aducirse que estos fines derivados sean latentes, puesto que los grupos afectados y actuantes los conocen bien, los comentan y hasta pueden detestarlos.

Implícita se encuentra aquí también una deformación de roles dentro de las instituciones. El policía ya no es guarda del orden sino un agente del desorden y del crimen. Mas no puede argumentarse que esta conducta no vaya involucrada en el nuevo rol del agente de policía, puesto que ésta en realidad se ha amoldado a

las normas impartidas por su grupo y por los grupos a él vinculados en otros ámbitos de integración, que exigen el desorden y el crimen. Estos grupos (a escala estatal, de los partidos nacionales y de la maquinaria política vecinal) han legitimado en el agente de policía un nuevo rol, un rol violento, distinto al contemplado en los códigos. Mal haría el agente que no respondiese a las consignas impartidas. Así el “chulavita” violento se institucionaliza y sanciona positivamente, dentro de la formal institución policiva. Y en cuanto al fenómeno de los jueces, cuya conducta consciente o inconscientemente lleva a la impunidad, es decir, a la denegación de la justicia a la que han jurado servir, debe releerse la descripción hecha en el capítulo XII. Es evidente que se hacen normativas muchas actitudes que serían disfuncionales desde el punto de vista ideal.

Extraño sería concluir que se institucionalice una disfunción, pero tal podría ser el caso. En realidad parece que existiera una definición defectuosa del fenómeno. No es suficiente decir que la disfunción ocurre simplemente cuando los elementos de una estructura no contribuyen para que ésta llene su cometido o, como escribe Merton, que es una “consecuencia observada que disminuye la adaptación o el ajuste de un sistema social”.⁶ Sería quizás más adecuado condicionar esta definición a los grupos de referencia del caso o a los niveles de integración y, en fin, a la vigencia y relatividad de las normas. En el caso colombiano, no habría disfunción sino en aquellas estructuras sociales que presenten divorcio entre los fines formales y los derivados, y específicamente por acción de grupos que logran deformar los estatus-roles sin salirse del marco institucional formal.

Tomemos otro ejemplo, dentro de la institución económica y específicamente la subinstitución de la tenencia de la tierra. El objeto de la institución económica, según los textos conocidos, es el de organizar, multiplicar o conservar parsimoniosamente los recursos escasos de que disponen las sociedades. Las normas vigentes sobre el particular exigen el respeto a la propiedad priva-

⁶ Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, op. cit., p. 51.

da y el derecho al usufructo de la tierra. Así existen, por ejemplo, los estatus-roles de propietario y arrendatario, con actividades claramente determinadas.

Pero ocurre que en Colombia, durante la “violencia”, el propietario, sin perder su condición de tal, muchas veces dejó de serlo en la práctica, mientras que los arrendatarios y mayordomos se convirtieron, sin llegar a ser propietarios, en verdaderos usufructuarios de la propiedad, más la de otros. Esta confusión y deformación de roles es una de las características del tipo de disfunción a que nos venimos refiriendo. La conducta de estas personas encontró legitimación y estímulo en grupos colocados en diversos niveles de integración, pero con vínculos sistémicos más o menos efectivos. Sus fines no eran los formales de buscar el lucro “democráticamente” o respetando el derecho de los demás; por el contrario, sus fines eran derivados hacia la acumulación descarada de riquezas y de poder en perjuicio de determinados grupos y personas, muchas veces por consignas impartidas, como la de la homogeneización y polaridad políticas, todo ello alcanzado dentro de los lineamientos formales de la institución económica.

Estos son casos intrainstitucionales de disfunción. Pero ésta ocurre también en las relaciones interinstitucionales y en los vínculos sistémicos de diversos niveles de integración. Así, a escala vecinal, el conflicto por la tierra llevó la ruina a miles de campesinos y la desorganización a otras tantas empresas agrícolas, creando desajustes en el sistema económico; pero estos desajustes hasta cierto punto fueron funcionales para el sistema político, porque se afianzó el poder local de grupos dominantes. A su vez, el afianzamiento de guerrilleros locales llevó al debilitamiento de jefaturas políticas regionales y aun nacionales, de tal forma que lo que aparecía como funcional a escala vecinal tenía visos disfuncionales en los partidos políticos que vieron disminuir su poder y su control sobre la situación en general.

Cabría meditar si estos fenómenos son peculiares de periodos violentos, si ocurren en cualquier tiempo, o si durante la violencia ellos tienen alguna intensificación o aceleración. La evidencia observada antes y después del período que nos interesa indica que

las instituciones fundamentales y los sistemas sociales en general presentan síntomas disfuncionales constantes. Antes había invasiones de tierras, reclamos de propietarios, alcaldadas, abusos de confianza de agentes de policía, enriquecimientos indebidos de funcionarios públicos, como hoy sigue habiendo. Lo cual llevaría a la conclusión de que los mecanismos disfuncionales son de ocurrencia común y que pueden ser atributos normales de los sistemas sociales.⁷ Pueden ser parte de la dinámica social y no necesariamente defectos, como la teoría corriente da a entender. Pueden hasta desempeñar una función latente: la de relieves la importancia de las normas ideales como parte del mecanismo de supervivencia del sistema social.

En conclusión, puede verse que el concepto de *disfunción*, para los casos estudiados, sólo queda claro:

1. Si se relaciona con un grupo social específico o de referencia en un determinado nivel de integración.
2. Si se condiciona a la disparidad entre los fines formales y los derivados de un sistema social.
3. Si se relaciona especialmente con normas sociales y con deformaciones de estatus-roles reconocidos.
4. Si toda esta combinación de elementos queda aún dentro del marco institucional o del sistema social básico.

En todo caso, la “violencia” en Colombia presenta como síntomas principales una alta incidencia de disfunción institucional y confusión y deformación de roles a varios niveles.

VÍNCULOS SISTÉMICOS

Los ejemplos anteriores ilustran el hecho de que durante la “violencia” hubo una vinculación entre los sistemas sociales de una

⁷ Véase Alvin L. Bertrand, “School Attendance and Attainment: Function and Dysfunction of School and Family Social Systems”, en *Social Forces*, vol. 40, N° 3, marzo de 1962, p. 233.

misma localidad y entre sistemas a distintos niveles de integración. Es muy elocuente que la “violencia” hubiese tenido por cuna las cámaras legislativas y los despachos oficiales en Bogotá, y que de nivel a nivel hubiese ido bajando hasta llegar al pueblo. En la parte segunda de este libro se aclaran detalles sobre el particular, aunque éste evidentemente es un tema que merece mayor desarrollo. Por ahora puede concluirse que los vínculos sistémicos se constituyeron, en el sistema nacional, en fáciles canales por donde viajaron las consignas, las actitudes y las comunicaciones de toda índole que modificaron la estructura de los valores del pueblo colombiano, condicionándolo para los actos violentos.

EL CONCEPTO DEL AGRIETAMIENTO ESTRUCTURAL

Hay otro concepto que surge del estudio estructural-funcional de la “violencia”, y es el del agrietamiento estructural. El impacto del proceso fue tal que provocó alineamientos y reorganizaciones visibles en todas las instituciones. Como queda dicho, un primer paso fue la deformación de estatus-roles dentro de las instituciones fundamentales, especialmente las políticas y económicas. Esta deformación llevó a relieves de forma manifiesta las diferencias latentes que existían entre las normas reales y las ideales en cada institución.

Al generalizarse este descubrimiento y saturarse de violencia el ámbito nacional, empezaron a afectarse sucesivamente las instituciones a varios niveles. El proceso pasó del ámbito nacional al regional, del regional al comunal, del comunal al vecinal, del vecinal al familiar, del familiar al diádico —y luego a su vez en sentido contrario—, provocando lo que no de otra manera pudiera describirse como un agrietamiento de las estructuras sociales. La “grieta” dejó al descubierto algunos puntos débiles de la estructura social colombiana (la impunidad —en las instituciones jurídicas—, la falta de tierras y la pobreza —en las instituciones económicas—, la rigidez y el fanatismo —en las instituciones religiosas—, la ignorancia —en las instituciones educativas), para admitir las disfunciones de que se habla en una sección anterior.

Algunos sociólogos y antropólogos han escrito sobre tales grietas o *cleavages*, pero casi sin definir las o circunscribirlas. En la última parte del capítulo se intenta describir el proceso histórico de formación de esa grieta estructural en Colombia, por la que se deslizó el conflicto. Quede, por ahora, definida como una realineación de estatus-roles dentro de sistemas que presentan altos índices de disfunción, inducida sobre todo por divergencias manifiestas entre las normas ideales y las normas reales de las instituciones fundamentales. Este fenómeno debe observarse en varios niveles de integración.

LA VIOLENCIA Y LA TEORÍA DEL CONFLICTO

En su afán por librarse de juicios de valor, los sociólogos parsonianos interpretan el proceso de imposición de valores excluyentes que es, en pocas palabras, un conflicto, como resultado de tensiones internas de los grupos y de presiones externas a ellos. Las tensiones, en este caso, parecerían ser eufemismos con que referirse a los problemas sociales que surgen del conflicto. En efecto, no podría aceptarse que el conflicto en sí mismo sea como una enfermedad, es decir, algo que debe ser reprobado por la sociedad por constituir una amenaza para su estabilidad; y aun así, tal es la tendencia de un buen número de textos y tratados;⁸ ni tampoco que el conflicto sea totalmente disfuncional, sino en determinadas condiciones. Ya Bateson ha introducido el concepto de “cismogénesis” para referirse a las tendencias de disyunción (simétricas o complementarias) que aparecen en los grupos de toda sociedad.⁹ Precisamente, cuando el conflicto social deja de ser latente y pasa a ser manifiesto en las masas en determinadas condiciones, empieza a adquirir las dimensiones de problema social (véase más adelante). ¿Cuáles son aquellas condiciones? Pueden variar según la cultura de los grupos y la naturaleza de

⁸ Véase una crítica al respecto en “Introducción” a Lewis F. Coser, *Funciones del conflicto social*, México, 1961.

⁹ Gregory Bateson, *Naven*, Stanford, 1958, pp. 171-197.

la organización social. En Colombia, como queda dicho, ellas fueron las creadas por la impunidad y otras fallas en la justicia, la deficiente distribución de la tierra, el analfabetismo, el individualismo o egocentrismo de las gentes, el etnocentrismo de las clases dirigentes (o “estratocentrismo”)¹⁰ y otras condiciones de igual o menor entidad. El problema se agudiza a medida que el conflicto estimula la anomia (el *anomie* de Durkheim) o desemboca en el empleo extremo e incontrolado de medios violentos, como fue el caso de Colombia. Pero según la evidencia observada, el conflicto o la oposición como tal parece ser un proceso tan neutral o “natural” como su contraparte, la cooperación. Son dos caras de la misma moneda que pueden describirse y explicarse, por un lado mediante los postulados de la teoría del conflicto, y por otro con los principios de la teoría de la integración social.

Sería improcedente profundizar aquí en otros aspectos de este problema sociológico, que nos llevaría seguramente al campo metafísico para discurrir sobre el ying y el yang, el bien y el mal, Dios y Satanás. Sólo cabría indicar que la sociedad no parece ser el resultado de la sustracción de las fuerzas positivas de interacción (cohesión) menos las negativas (conflicto), con obvio predominio de las primeras, sino el de la suma de tales fuerzas que en competencia e intercambio mutuo van saturando las relaciones y conformando las normas de los grupos. Lo que se ha dado en llamar genéricamente como “violencia” en Colombia, como se aclara a continuación, puede interpretarse como la manifestación de un tipo de conflicto, como un síntoma de una revolución social y política. Que ella tuvo visos siniestros; que sus actores se salieron de madre; que en su desarrollo hubo consecuencias imprevisibles, son temas interesantes e importantes que pueden ser tratados como problemas sociales, pero que en realidad por el momento serían subsidiarios.

El análisis sociológico moderno parte, por lo mismo, del punto neutro que toma el conflicto como un proceso natural básico en toda sociedad para interpretar los cambios que ella experimen-

¹⁰ Este concepto lo debo al profesor Andrew Pearse.

ta, posición en verdad clásica de la sociología que encontró sus primeros expositores en Simmel, Gumpłowicz, Oppenheimer, Mosca y Pareto. Hasta hoy las ideas de estos pioneros se han concretado — y hasta desvirtuado — en teorías y conceptos que en los medios académicos se reúnen en textos sobre “desorganización social”, textos que a su vez se basan en la estructura ya decantada de países avanzados europeos y norteamericanos y que sufren de anemia empírica en cuanto a la observación de procesos reales de desorganización y reorganización sociales.¹¹ Ha surgido así una concepción estática de la sociedad que ha llevado a varios sociólogos a conclusiones parciales y a errores tales como confundir los hechos estudiados con los valores sociales mismos.¹² La mayoría se ha reducido a analizar movimientos sociales locales, el impacto de determinadas catástrofes, los linchamientos, el suicidio, los crímenes aislados, las enfermedades mentales, los vicios y la pobreza, y algunos han ofrecido ambiciosas “teorías de la revolución”.¹³

Que sepamos, se han hecho muy pocos estudios detallados de lo que ocurre en grupos mayores que entran en conflicto, y menos aún de los que se ven envueltos en luchas prolongadas.¹⁴ Y son

¹¹ Véanse, por ejemplo, los capítulos respectivos de Robert E. L. Faris, *Social Disorganization*, Nueva York, 1955, caps. 13 y 14; y de Richard T. La Piere, *A Theory of Social Control*, Nueva York, 1954, cap. 18.

¹² Léase la crítica excelente de Don Martindale “Social Disorganization: The Conflict of Normative and Empirical Approaches”, en Howard Becker y Alvin Boskoff (eds.), *Modern Sociological Theory in Continuity and Change*, Nueva York, 1957, especialmente pp. 340-349.

¹³ Véase Pitirim A. Sorokin, *Social and Cultural Dynamics*, Nueva York, 1957, parte III; Crane C. Brinton, *The Anatomy of Revolution*, Nueva York, 1938, traducido como “Anatomía de la revolución”, en Lucio Mendieta y Núñez, *Teoría de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959. Véase un resumen de la teoría del conflicto en Jessie Bernard, *La sociología del conflicto*, México, UNAM, 1958.

¹⁴ Véanse algunos de ellos en *The Journal of Conflict Resolution*, vol. V, N° 1, marzo de 1961. Los antropólogos y los psicólogos tratan estos temas en sus monografías como formas de tensiones intergrupales e interpersonales. Véase, por ejemplo, de Bronislaw Malinowski, *Crimen y costumbres en la sociedad salvaje*, Barcelona, Ariel, 1956.

más raros todavía los estudios de la aplicación en gran escala de la técnica de la violencia, al desbocarse ésta y producir efectos inesperados. Todo lo cual lleva a concluir que la sociología del conflicto apenas si ha avanzado de la etapa en que la dejó Simmel, remozado recientemente por Coser.

Esbozadas así las bases generales del asunto, puede analizarse un poco más a fondo el caso del conflicto social en Colombia y su relación con la aplicación de los medios violentos.

Iniciada como una expresión de lucha política por el goce hegemónico del poder, la “violencia” tuvo el efecto de una bola de nieve corriendo cuesta abajo, agrandándose cada vez más con las masas flojas que la débil conformación de la pendiente iba soltando al paso del turbión. La dinámica desencadenada tuvo efectos imprevistos —imprevistos, porque quienes la empezaron actuaron con plena ignorancia de los elementos sociales con que jugaban en aquel momento aciago. Lo que se inició como una polémica dentro del juego democrático por el usufructo del poder se fue transformando en conflicto abierto y saturante, para pasar por sucesivas etapas que podrían concretarse así: una de conflicto dirigido o “telético”,¹⁵ y otra de conflicto pleno o de aniquilación, que pasamos a definir.

Nunca ha habido acuerdo en Colombia con relación a la concepción y la utilización del poder político y de las ventajas económicas. Los grupos o partidos enfrentados han concebido el poder como una herramienta para imponer sus respectivas utopías —utopías muchas veces excluyentes, como la que exigía por una parte la separación de la Iglesia y el Estado *versus* la que imponía un Estado clerical; la que avocaba absoluta libertad de enseñanza y pensamiento *versus* la que requería la enseñanza y el pensamiento controlados. Una vez definidas las incompatibilidades de estos valores y descubierto que la única vía de imponerlos era por el Estado, quedaron sentadas las bases para el conflicto interpartidista. Con base en la evidencia colombiana, el conflicto

¹⁵ Hemos acuñado este término derivándolo de *telesis*, que significa una dirección inteligente de fuerzas naturales y sociales llevadas hacia fines o metas deseadas.

puede entonces definirse como un proceso social que se desarrolla cuando dos o más partes tratan de imponer valores excluyentes dentro de una escasez de posiciones y recursos, con el fin de influir en la conducta de los grupos y determinar así la dirección del cambio social en esos grupos.¹⁶

La imposición de tales valores excluyentes puede ser muy sutil o muy abierta, dependiendo de las circunstancias. Existe, no obstante, una técnica dentro del proceso del conflicto, que es la violencia misma, definida como el empleo de formas de coerción física para alcanzar objetos personales o de grupo.

Cuando el conflicto emplea la técnica de la violencia con miras a llegar a una meta racional, o cuando apela a un bien común superior, real o ficticio, para los grupos encontrados, está en la etapa telética. Ésta ocurrió en Colombia, con interludios excepcionales, entre 1930 y 1932 y entre 1948 y 1950, cuando los partidos en el poder reclamaban para sí el derecho a imponer sus ideas para conformar a Colombia mejor, en su opinión. Es quizás esta etapa la que ocurre en muchas partes para dirimir cuestiones, sin necesidad de pasar a la siguiente, que es más destructiva y caótica.

Se ha observado que la violencia o la amenaza de violencia usada con medida y dirección es elemento importante en ciertos tipos de transformación social; aun los primitivos cristianos y los cruzados la emplearon para alcanzar un bien común superior. Empero, en el caso colombiano las formas de coerción física se han aplicado en exceso, perdiéndose la filosofía superior de la acción y la ideología del conflicto. Así se conformaron en gran escala actitudes y actos individuales y grupales de agresión, oposición y destrucción como el odio, la venganza, los celos, la intimidación, el robo, el incendio y el homicidio, muchos justificados o excusados por el Estado, los partidos o grupos dirigentes, por lo que algunos observadores llamaron a tal proceso “la crisis moral del país”. Es esto lo que puede denominarse *conflicto pleno o de aniquilación*, que tuvo su clímax en Colombia entre 1950 y 1953

¹⁶ Véase Raymond W. Mack y Richard C. Snyder, “The Analysis of Social Conflict”, en *The Journal of Conflict Resolution*, vol. I, N° 2, junio de 1957, pp. 218-219.

y entre 1956 y 1958. Este tipo de conflicto es lo que en Colombia se ha denominado genéricamente “violencia”, y que como puede verse es técnicamente distinta de la violencia clásica; ésta es sólo una forma o un instrumento del conflicto. También es distinta del conflicto bélico, donde la violencia se institucionaliza y sanciona positivamente, reglamentando el desempeño de las personas y grupos enfrentados formalmente. Puede señalarse igualmente que la verdadera revolución social se frustró en Colombia por haber pasado el conflicto incontrolado a la etapa plena, agitando las pasiones primarias sin inflamar el intelecto y la razón.¹⁷

El conflicto pleno es informe (en lo que se distingue del bélico) y parece que se amoldara dentro del esquema darwiniano de la lucha por la existencia; pero tiene propósitos que pueden ser manifiestos o latentes; de allí la confusión que produce su estudio. Así, un grupo puede organizarse para vengar cruelmente a sus muertos en nombre de un partido político, matando los de color político contrario, pero en realidad también para apropiarse de los bienes de las víctimas; u otro se proclama defensor de la fe para expulsar o matar miembros de otras sectas, pero en realidad para defender intereses creados locales; y así casi *ad infinitum*, según los antecedentes de cada vecindario o comunidad, y sin un plan armónico o conjunto. El conflicto pleno produjo esta clase de conducta desviada y criminal en Colombia, basado en disyuntivas teleológicas de grupo que dieron la sensación de caos, crueldad, sevicia y de una completa descomposición social. Tuvo pábulo en la quiebra de las instituciones fundamentales, que por lo visto se encontraron incapaces de responder a las necesidades del cambio y de canalizar la nueva conformación de normas; o que fueron obstaculizadas mediante consignas impartidas por personas de poder localizadas en los diversos niveles de integración.

¹⁷ Apropiado es conectar esta hipótesis con la teoría de las frustraciones colectivas en Colombia presentada por el profesor Luis López de Mesa en su libro *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, Bogotá, 1955.

LA VIOLENCIA Y LA TEORÍA DE LOS VALORES

Los desajustes y reajustes demográficos, psicológicos y económicos efectuados durante las dos etapas del conflicto resultaron de gran entidad, como lo atestigua el presente libro. No obstante, si ellos fueron buenos o malos, no lo puede decir el científico, ya que estos conceptos son subjetivos y pueden variar según la perspectiva temporal. Por ejemplo, es probable que la aceleración del proceso de urbanización producida por la violencia, hoy visto mal por algunos, beneficie a la larga al país por compelerlo a modificar la estructura de la propiedad agraria y entrar más de lleno a la era industrial moderna. Mas ello no será posible determinarlo sino con el paso del tiempo y con el cambio de la idea de “beneficio” que adopte el pueblo colombiano, al institucionalizar y hacer normativa la transformación efectuada. Desde otro punto de vista, los aspectos de tanatomanía pueden considerarse con relación a normas más permanentes y absolutas dentro de la cultura cristiana occidental, para proscribirlas con indignación y espanto.

De todos modos, es indispensable dejar en claro la posición que adopta el sociólogo desde el punto de vista de los valores sociales, que también son hechos verificables en la comunidad y en el tiempo. Parecería inocuo declarar simplemente, como lo harían los seguidores de la escuela funcionalista de Gluckman y Turner, que el proceso de la violencia fue funcional a escala nacional porque no logró destruir la integración en este último nivel y antes provocó un nuevo tipo de integración social. Aunque ello fuera cierto, tal declaración no ayudaría a explicar el fenómeno. El hecho es que en Colombia el proceso fue pleno, con diferentes características en distintos niveles de integración, desde la realineación de intereses de grupo en el ámbito nacional hasta la completa extinción de vecindarios rurales.¹⁸

¹⁸ M. Gluckman, *Custom and Conflict in Africa*, Glencoe, 1955; V. W. Turner, *Schism and Continuity in an African Society*, Manchester, 1959. Véanse los niveles estructurales que propone Robert E. Le Vine en “Anthropology and the Study of Conflict”, en *Journal of Conflict Resolution*, vol. V, N° 1, mayo de 1961, pp. 4-5. El concepto de “conflicto pleno”, que incluye varios niveles de integración,

Hubo un momento cuando aun a escala nacional empezó a ocurrir una impresionante desintegración social. Los mapas del capítulo II demuestran hasta qué punto se extendió la “violencia” en 1951 y 1952, creando muchos bolsos de guerrilleros, comandos autónomos y “republiquetas” muy semejantes a las de Bolivia del tiempo de René Moreno, algunas de las cuales todavía subsisten en Colombia. En esas republiquetas no se ha creado una conciencia local de nación; antes subsiste la de pertenecer a una entidad mayor que es Colombia; pero no reconocen al Estado colombiano, divorciándolo de su idea simbólica de “patria”. Lo real para ellas es la “patria chica”, el terruño o la propiedad de los padres y abuelos que hay que defender a todo trance. Una nación tan débilmente integrada por símbolos y normas ideales no podía resistir organizada, y parece que en Colombia el más amplio nivel de integración estuvo casi completamente resquebrajado. Pero el colapso total no ocurrió (faltó la revuelta urbana), aunque todo el período se caracteriza por una intensa fuga de la inteligencia colombiana y de otros grupos humanos en busca de ambientes más propicios para la vida y el trabajo. El Gobierno trató de recuperar el sentido de la nacionalidad embarcándose en la Guerra de Corea y creando un enemigo común que ayudase a solidificar la estructura interna del país; pero el enemigo estuvo muy lejano y era muy exótico.

Cabe preguntarse, entonces, cuáles deben ser las actitudes del observador ante todo este complejo fenómeno de integración y desintegración, de causas y efectos del conflicto, como base para una interpretación objetiva. En primer lugar, desde el punto de vista de la gran masa del pueblo colombiano, todo el proceso de la “violencia” constituye un problema social, es decir, una situación conscientemente preocupante que requiere ajuste o remedio mediante la acción colectiva, para restituir o conformar determi-

es más amplio que el de “pervasive” que presentan, sólo para el nivel comunal y microgrupal, Bernard J. Siegel y Alan R. Beals, “Pervasive Factionalism”, en *American Anthropologist*, vol. 62, N° 3, junio de 1960, pp. 398-400.

nados valores sociales.¹⁹ Es excepcional el colombiano que no haga una condenación de la violencia como algo demoníaco; el papel de aquellos grupos que han aprovechado egoístamente la violencia tiene para él, por lo mismo, visos negativos y monstruosos. Repetidas veces se ha declarado a la violencia como enemiga de la nacionalidad. Los gobernados así parecen sentirlo y los gobernantes lo han expresado en diversos términos. Tomemos, por ejemplo, las siguientes palabras del presidente Alberto Lleras pronunciadas en su discurso de posesión del 7 de agosto de 1958:

No hay en la historia entera de la República años más duros ni experiencias más dramáticas. Descendimos, brutal y súbitamente, a extremos inauditos. Vimos con estupor cómo había una reserva de barbarie en nuestras gentes que desafiaban siglos enteros de predicación cristiana, de orden civil, de convivencia avanzada. Han muerto en esta guerra irregular más compatriotas nuestros que en las indispensables batallas de la Independencia o en aquellas otras que formaron la República a golpes de infortunio. La gente más humilde padeció martirio. Pero más grave aún, sobre tanta crueldad inútil apareció en las esferas más altas la especulación, el aprovechamiento indebido de los fondos públicos, el cinismo, la impetuosa sed de riqueza y una impenetrable indiferencia por la ley de Dios, no menos vejada y desconocida que la de los hombres. Para reducir la violencia y reprimirla es preciso que la nación entera, sin reservas, se dedique a este trabajo supremo, no con la cándida esperanza de que cada iniciativa o cada acción aislada produzca el milagro de la paz, sino acondicionándose para una larga empresa que puede requerir la alteración de la mayor parte de nuestros hábitos, de nuestros conceptos y de nuestra capacidad para resistir duras pruebas.

Según la teoría, no existen problemas sociales sin la correspondiente serie de valores en cuarentena o en transición. En el

¹⁹ Francis E. Merrill, "The Study of Social Problems", en John E. Nordskog, Edward C. McDonagh y Melvin J. Vincent, *Analyzing Social Problems*, Nueva York, 1956, p. 9.

caso de la “violencia”, existe un cúmulo impresionante de valores a los que abierta o solapadamente se reta o desconoce. Sería casi interminable enumerarlos, aunque en la segunda parte de este libro se delinearán con relativa facilidad. En términos generales puede aducirse que mediante el desarrollo del proceso de lucha y la aplicación de la violencia fueron desquiciándose creencias, normas y actitudes del temple tradicional y bucólico de la cultura cristiana-occidental que los sociólogos reúnen bajo la rúbrica de “sacros”. Mucho de lo admirado y respetado, de lo venerado y establecido cayó por tierra bajo el sople de la violencia.

La “violencia” parece haberse ensañado en aquellos grupos humanos que por sus contactos o por sus orígenes migratorios habían empezado a aspirar a una condición mejor. El sentido de insatisfacción en el pueblo fue combustible rápido que consumió el fuego del conflicto. Sólo así podría explicarse, por ejemplo, por qué no hubo violencia en el área cultural del departamento de Nariño, siendo que varios emisarios de los grupos en conflicto llegaron allá con consignas de empezarla. Los nariñenses, quizás, no han llegado aún a la etapa de insatisfacción saturante con las condiciones existentes, como ha sido el caso en otras regiones, y por ello hubo allí menos combustible para la violencia. Pero, por supuesto, otras causas como la incidencia de la economía feudal o de autoconsumo en el departamento, deberán investigarse.

Desde otro punto de vista, tampoco ocurrió la violencia en buena parte del área cultural del litoral atlántico. Para este caso podría ofrecerse una hipótesis alternativa: la falta de la intolerancia. Los factores que impidieron al costeño caer víctima de la violencia están imbuidos en su cultura y personalidad. Tiene valores sociales predominantes distintos a los políticos y agrarios, que fueron básicos en el conflicto. La revolución industrial y comercial de Barranquilla parece que le abrió horizontes muy amplios, alejados del mundillo cerrado y fanático de las comunidades andinas.

Como la vida no puede desarrollarse en el vacío, los grupos afectados por la violencia fueron produciendo y moldeando a la vez una nueva escala de valores para tomar el lugar de aquellos

destruidos. Qué tipo de escala, es todavía muy difícil determinarlo, porque parece variar según grupos y niveles. No parece ser un salto al polo opuesto de la “secularidad”. Es más bien un *ensemble* de valores encontrados y yuxtapuestos, de sincretismos y hasta de contradicciones e indecisiones que en veces han estimulado la anomia en grupos y el suicidio en las personas. Si en este caso pudiera aventurarse una innovación tipológica, quizás la nueva escala de valores pudiera describirse como “anómica”, como reflejo de la inseguridad de la transición, posiblemente como síntoma de una etapa aún indeterminada por la que han debido pasar los países más desarrollados.²⁰

La observación de este fenómeno lleva a concluir que la etapa anómica por la que pasa el pueblo colombiano es una situación que no permite el desempeño integral de las potencialidades de las comunidades como éstas se perfilaban al comienzo del proceso; pero que simultáneamente se están conformando nuevas bases para las instituciones fundamentales. Relativamente, por lo tanto, se puede considerar esta etapa anómica como una transición que requiere atención y empeño para producir algo “mejor”. La definición de “mejor” refleja los valores de la comunidad y que, como dijimos, pueden también determinarse. Lo “mejor” en este caso se refiere a la conformación de una estructura social nueva basada en la aplicación real de ideales conocidos, como el de la justicia, el respeto por la vida y el estímulo al impulso creador. Éste es un conjunto de valores que bien podría convertirse en una plataforma política.

Queda, entonces, por esbozar un resumen socio-histórico que compendie algunas de las ideas y de los conceptos hasta aquí discutidos. Para ello se utiliza el del agrietamiento estructural, concebido como una hipótesis general.

²⁰ Compárese esta hipótesis con la presentada por Alvin Boskoff, “Social Indecision: A Dysfunctional Locus of Transitional Society”, en *Social Forces*, vol. 37, N° 4, mayo de 1959, pp. 305-311.

LA VIOLENCIA Y EL AGRIETAMIENTO ESTRUCTURAL

Durante casi toda su historia, Colombia estuvo sujeta al tipo de estructura social que los especialistas han denominado “cerrada”, es decir, basada en diferencias de grupo o de familia prácticamente hereditarias. Ella encontraba su principal sostén en instituciones señoriales emergentes de la posesión y el usufructo de la tierra, que eran a la vez aristocráticas en lo político. La vida social giraba alrededor de valores, creencias y actitudes clasificables dentro del “orden campesino” de Redfield, prácticamente intocables e imperturbadas. Pero como el país no podía ser una ínsula, aunque con retardo fue recibiendo el impacto de la revolución industrial y secular de los siglos XVIII y XIX, éste empezó a sentirse en el primer lustro de 1920 y a acelerar los procesos sociales durante el cambio de régimen político en 1930, cuando las áreas urbanas se diferenciaron progresivamente de las rurales, dejándolas atrás y conformando su propia y muy diferente escala de valores.

Los contrastes entre la ciudad y el campo se agudizaron por las diferencias económicas y por la defectuosa distribución de la riqueza producida por el auge industrial. Un primer intento de modificar la situación, especialmente la agraria, fue la “revolución en marcha” de Alfonso López Pumarejo, con sus importantes innovaciones políticas, económicas y religiosas. Pero estas innovaciones, efectuadas bajo el impulso de la hegemonía liberal, empezaron a subrayar el conflicto con el Partido Conservador, que tenía ideas muy distintas sobre tales soluciones. Además, aquellos cambios retaron temores y tabúes, provocando así los anatemas y las protestas de intereses creados que empezaron a resistir y a agudizar el conflicto. Pronto adquirió éste su característica de problema social, al ocurrir desplazamientos de aparceros por la fuerza, invasiones de tierras, persecuciones políticas y otros eventos similares, que fueron agrietando la estructura en sentido vertical.

El empeño de los regímenes liberales por transformar el país fue tal que empezó a crear en serio, por primera vez, una masa popular encabezada por Jorge Eliécer Gaitán. La presión de

las gentes alcanzó a quebrar la elite u “oligarquía” tradicional del partido, cuyo poder pasó a aquel cuasi-carismático líder. La fuerza de Gaitán residía especialmente en los obreros y grupos urbanos, pero no dejó de arrastrar a los campesinos, sin distinción de partidos, aunque éstos no parece que hubieran absorbido todo el sentido del movimiento de Gaitán. De todos modos se observó un esbozo de conciencia de clases. Hacia 1946 una especie de revolución en las actitudes estuvo progresivamente en gestación, buscando dejar atrás el país señorial que era Colombia. Pero el proceso se cortó bruscamente con el asesinato de Gaitán en 1948.

La muerte de Gaitán cristalizó inmediatamente cuanto impulso revolucionario su movimiento llevaba —que por los resultados se observó no era poco—, hasta el punto de que se logró en un momento dado dominar a toda la nación. Pero parece que ni las masas ni los líderes que sobrevivieron a Gaitán estaban aún suficientemente listos, produciéndose a continuación de la sorpresa del asesinato una desorientación política. De ésta indudablemente son responsables los dirigentes que no supieron o no quisieron entender el lenguaje que con letras de fuego y sangre había dejado escrito el pueblo sobre la pared de las instituciones. El rígido sistema social vigente impidió que el movimiento gaitanista quedara institucionalizado de derecho en reconocimiento de los hechos (la toma del poder en muchos sitios el 9 y el 10 de abril de 1948). Algunas clases dirigentes y las “oligarquías” de ambos partidos tradicionales, coaligadas por la seria amenaza a sus intereses, tomaron entonces las riendas del Estado para efectuar la contrarrevolución. La consecuencia en las masas fue previsible: al frustrarse los cambios estructurales esperados, muchos de ellos prometidos por Gaitán, se multiplicaron las posibilidades del conflicto entre los grupos afectados en todos los niveles de integración, abriendo así la puerta para una quiebra de consideración.

“El conflicto tiende a ser disfuncional para una estructura social en la que no hay tolerancia e institucionalización del conflicto, o en la que las hay pero de una manera insuficiente”, dice Coser

en su tratado *Funciones del conflicto social*.²¹ Esta hipótesis parece hallar confirmación en el caso colombiano. Atacada la base del consenso valorativo del sistema social más amplio e influyente que era la nación, quedó amenazado el equilibrio de ésta. Sin embargo, el conflicto subsiguiente no fue la mayor amenaza para el equilibrio y solidez de aquella estructura: fue la intolerancia y la rigidez misma de ella su mayor peligro, puesto que permitió la acumulación y canalización de los sentimientos de agresión u hostilidad del individuo colombiano hacia las líneas verticales de ruptura que ya se habían dibujado. Esas grietas estructurales (que pueden ser distintas en otros países y culturas), en Colombia ostensiblemente eran políticas, económicas y religiosas; por ellas se advertían la disfunción institucional, las disparidades entre las normas ideales y las reales que regían las instituciones fundamentales y los cambios en la concepción de la línea de poder de los intereses creados, que vieron así su predominio en cuarentena. Por esas grietas se canalizó la acción del conflicto, hasta constituirse en “violencia”.

La primera etapa del conflicto, que utilizó la violencia telética, fue de índole política y económica, con la intención de imponer desde el Estado (visto como arma única y como botín burocrático excluyente e incompatible) ciertas pautas de conducta y filosofía de la acción que se consideraban por una de las partes como esenciales para la salud del país, pero incompatibles con las de la otra parte, ésta ya frustrada en su afán de transformarlo de acuerdo con su propia filosofía. De allí las consignas que se impartieron desde los cenáculos y círculos urbanos de intereses para desterrar de los comicios a los oponentes e imponer sobre Colombia la hegemonía de grupos políticos, y especialmente la voluntad de la fracción conservadora sobre las masas liberales. El instrumento principal fue la Policía, como se documenta amplia-

²¹ Lewis F. Coser, *Funciones del conflicto social*, op. cit., p. 180. Compárese esta tesis con las ideas sobre los “márgenes de cambio” que dejan las instituciones en sociedades “progresistas”, esbozadas por Charles H. Cooley (*Social Organization*, Nueva York, 1910, p. 328). En realidad sería más correcto para Coser decir: “El conflicto tiende a provocar más disfunciones en una estructura social...”, etc.

mente en este estudio, así institucionalizando su labor disolvente por un período más o menos largo de tiempo. Sin detenerse en mientes, la Policía convirtió el conflicto telético en conflicto pleno, demostrando con claridad, en los sitios maduros para ello, no sólo la falta de tolerancia institucional sino también la intransigencia personal y lo débil de los fundamentos éticos del pueblo colombiano. Relievante fue, en este sentido, la tenebrosa “crisis de la justicia” que echó por tierra leyes y códigos, fomentó la impunidad y la deformación del rol de juez e hizo proliferar prácticas aberrantes en las instituciones jurídicas.

Los autores intelectuales de este proceso, así como otros miembros de las clases dirigentes políticas tradicionales de ciudad, poco sufrieron en carne viva la violencia que muchas veces conscientemente impulsaron y explotaron. En cambio sus ejecutores, casi todos campesinos por nacimiento y extracción, víctimas de la intolerancia institucional y personal, se brutalizaron obnubilándose en la perspectiva de su misión. Los elementos violentos quedaron sin control y oprimieron a las comunidades, muchas de las cuales reaccionaron a veces como turbas bajo estímulos primarios, cayendo víctimas del proceso circular característico en fenómenos de conducta colectiva; otras se acomodaron a la tensa situación bajo el imperio del miedo; y otras respondieron con igual furia y sadismo.

Pero la confusión de los primeros instantes dio pronto paso a la organización de los grupos perseguidos dentro del nuevo medio geográfico a que los impulsaban los contrarios. Esa nueva organización incluyó elementos básicos de control social, tales como asambleas, juicios y colonias penales de guerrilleros. La “violencia” no fue caótica sino en cortos momentos, aunque el conflicto mismo fuera informe. El elemento humano en conflicto demostró una tendencia básica a organizarse aun en situaciones extremas, a promulgar y obedecer normas de conducta, a fijar metas, a enaltecer sus propios valores expresados hasta en la música y la copla, y muchas veces demostrando una moral más alta que las adiestradas tropas del Gobierno. Ello añadió vitalidad al conflicto y la perpetuación de éste produjo el efecto del *boomerang*

para quienes la habían iniciado; en realidad los autores resultaron víctimas de su propio invento, al crear situaciones de hecho que requirieron más violencia.

Una vez abierta la brecha política, la misma dinámica del proceso llevó al desplome de la resquebrajada institución económica, especialmente de la tenencia y usufructo de la tierra en las áreas afectadas. En primer lugar, ocurrieron despojos de propiedades a mano fuerte, lo cual produjo desplazamientos demográficos y polarizaciones políticas por sectores geográficos. Otros despojos tuvieron lugar en forma disimulada, con documentos privados impuestos a los aterrados vecinos, o llenando aun todas las formalidades legales, aunque como un matrimonio a la fuerza. En segundo lugar, aparecieron compras por menos precio efectuadas por terceros que llegaron, como de intento, a los sitios de violencia. Proliferó también la subinstitución de los “componeedores” o intermediarios que por jugosas comisiones sacaban del aprieto de la transacción comercial a quienes querían vender propiedades para salvar sus vidas. Y como consecuencia inevitable, muchas regiones antes feraces y laboradas quedaron como tierra de nadie, desocupadas totalmente y sin ninguna explotación económica.

En muchas partes la “violencia” dejó su antifaz político y tomó un cariz eminentemente económico; Caldas es un buen ejemplo de este caso, con su recurrencia anual de violencia coordinada con las cosechas de café. El aspecto económico llegó a ser tan importante que muchas personas preferían, por ejemplo, que no se lograra el restablecimiento pleno del orden jurídico para no perder las propiedades o las ventajas adquiridas por medios ilícitos durante la época bélica. Muchas fortunas se hicieron durante esa época y mucho poder se ganó por tales medios. La aplicación de “composiciones” a estos casos, como hacían sabiamente los españoles durante la Colonia, sería una tarea prácticamente imposible y además peligrosa.

Finalmente, debe tomarse nota de la profundización de la grieta religiosa, que produjo un fenómeno peculiar dentro de la estructura de valores. Formalmente, la Iglesia católica ha sido en

todo tiempo uno de los elementos unificadores de la nacionalidad (pues Colombia es uno de los países más católicos del mundo), y esto ha sido citado por numerosos observadores para relieves las grandes posibilidades de acción positiva que ha tenido y tiene la Iglesia. No obstante, como lo demuestra este estudio, la falla estructural religiosa provino precisamente de las tradicionales conexiones que con los partidos políticos han tenido algunos ministros y personeros de la Iglesia colombiana, por lo cual ella ha sido víctima de los conflictos entre caudillos y gamonales del pueblo; además, la falla se agrandó por el formalismo religioso que dejó a las gentes frente a lo superficial en la religión, y por el anticlericalismo, factor que también ha dividido a los colombianos desde los días de la Independencia.

El conflicto, ya con su propia dinámica, provocó entonces la multiplicación de problemas en todos los órdenes, desde el colectivo hasta el personal, mas principalmente manifestados en disfunciones dentro de las rígidas instituciones antes mencionadas. Esta situación fue soportada especialmente por la zona andina y llanera del país hasta 1958. Los rescoldos aún hoy están vivos. La cadena de vendettas, la sangre derramada y el honor manchado de las familias víctimas permiten predecir reacciones similares por una generación; es decir, que dejando la dinámica en esta forma desatada, y sin aplicar soluciones de fondo, Colombia seguiría víctima de la violencia por otros 20 años, por lo menos. ¿Podrá soportarlo el cuerpo nacional?

EPÍLOGO

POSIBLES PERSPECTIVAS

A pesar de todo, la lucha y los sufrimientos han ido conformando un país nuevo de características aún indeterminadas, pero que está dejando atrás la escala de valores “sacro-tradicionales” y la estructura “cerrada” de la Colonia. La aceleración de los contactos entre el campo y la ciudad, las invasiones locales de extragrupos y las migraciones internas (sin mencionar los procesos inducidos

por el contacto cultural y la transculturación) han puesto quizás las bases para una nación más integrada, una vez superado el peligro de disolución.

Algunos síntomas de la nueva alineación producida por la “violencia” son los siguientes: la institucionalización de los grupos gobernantes en la alianza del Frente Nacional; el “izquierdismo” de buena parte del Partido Conservador y la morigeración del Partido Liberal para encontrarse a medio camino y evitar mayores conflictos ideológicos; las campañas positivas de la Iglesia dentro del campo social y económico que la han colocado a la vanguardia con relación a otras instituciones sociales del país; el afán de reparar grietas estructurales mancomunadamente, como la de la institución agrícola y la de la educación nacional, al impulsar programas de reforma agraria, y otros escolares y comunales para las masas, campañas que, si se ejecutan bien, deberán acelerar los procesos de movilidad social vertical que son sintomáticos de una nación democrática moderna; actos constructivos como los que está llevando a cabo el Ejército Nacional para la recuperación económica y social de los Llanos Orientales y sus campañas educativas para la tropa; el importante esfuerzo hecho por el Gobierno Nacional para tecnificar la administración pública y establecer de veras la carrera de servidor público; el intento de racionalizar por proyectos y programas el presupuesto nacional; y otros que sería prolijo enumerar.

Como se detalla en el capítulo XI, todo indica que el pueblo ha despertado definitivamente en casi todas partes después de sufrir el impacto de la violencia, que tiene mejor medida de sus necesidades, y que ha alcanzado una idea más apropiada de la nación. Es posible que tenga una conciencia revolucionaria. Pero faltan aún los dirigentes de nuevo cuño, con suficiente carisma, que concreten el perentorio afán nacional de ver una transformación real en las estructuras del país. Su aparición permitiría enfocar en un orden nuevo —quizás más tolerante y “abierto” y por lo mismo con menores posibilidades de un agrietamiento estructural o de otra “violencia” frustrante y fútil— las bases del nuevo conflicto que en sus cauces cismogenéticos normales ya

se está gestando. Son los mismos temas de antes de la “violencia”, pero en otro contexto. Así es la dinámica de la sociedad y tal el sino de los grupos humanos que si no cambiaran, muertos estarían.

INTRODUCCIÓN A LA VIOLENCIA EN COLOMBIA, TOMO II¹

*Yo soy el Señor de cielo y tierra que visitó la maldad
de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre
los cuartos, de los que me aborrecen.*

La Biblia

Dieciocho meses han pasado desde la publicación del primer tomo de la serie *La violencia en Colombia*, iniciada por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional en un esfuerzo por explicar hechos de importancia nacional y para seguir creando una escuela sociológica sembrada en las realidades colombianas. Ha sido un período de intensa discusión y examen del problema planteado, con diversos intentos prácticos para combatir el flagelo nacional.

Las incidencias de estos meses nos destacan varios hechos de alguna importancia. En primer lugar, que es indudable en el país el afán perentorio de alcanzar las soluciones adecuadas para el problema de la violencia. Con mayores luces aportadas sobre el

¹ Texto extraído de *La violencia en Colombia*, tomo II, Madrid, Taurus, 2008.

asunto por diversas publicaciones, entre ellas la de la Facultad de Sociología, con mayor experiencia en el manejo de la política preventiva y represiva y de la guerra de guerrillas por parte del gobierno, y por ajustes y adaptaciones autónomas a que la sociedad ha debido llegar por sí sola en el curso del tiempo, se ha registrado una disminución de la incidencia de hechos violentos específicos, con relación a 1957, llegando el proceso otra vez a una etapa de equilibrio, la tercera tregua en su historia, que ojalá sea la final y permanente.

Pero aunque se tienda a ser optimista y se haya proclamado que Colombia está a punto de terminar con la Violencia (tales expresiones públicas parecen ser un rito anual), la realidad es que ésta ha tenido —y seguirá teniendo por un tiempo— nuevos brotes en los antiguos sitios castigados y en algunos antes no afectados, con las inevitables y dolorosas consecuencias en cuanto a la economía, el desarrollo social, la tranquilidad y el progreso nacionales. Los mapas incluidos en este volumen son ilustrativos de la situación a que se hace referencia. Hay que tomar nota de estos hechos y no subestimarlos porque, como con el cáncer, un solo caso redivivo de la Violencia real que ha afectado al país puede contagiar al resto del cuerpo aparentemente sano. Se sabe que en algunas partes hay expresiones seudorrevolucionarias e idealistas, y anarquistas a veces ante el robo, la exacción, la venganza sangüinaria.

Pero la violencia abierta, cuyo retroceso puede quedar registrado en las estadísticas oficiales, va dando paso a otra más sutil y peligrosa, por ser subterránea. En muchas regiones donde parece muerta, la violencia sigue viva en forma latente, lista a expresarse por cualquier motivo, como las brasas que al revolverse llegan a encenderse. Esta modalidad es peligrosa, por sus imprevisibles expresiones: en efecto, bien puede observarse en la muerte por equivocación de adolescentes disfrazados de bandoleros que habían asistido a una fiesta en Bucaramanga; en la histeria que provocan en ciertos pueblos hasta los rumores infundados sobre proximidad de bandas armadas; en los relatos que empiezan a tejerse sobre antisociales que bajan a las localidades y se mezclan

libremente con los ciudadanos; y sobre todo en la certeza parecida a la espada colgante de Damocles de que cualquier acto imprudente o muerte de personas estratégicas en el pueblo podría desencadenar de nuevo toda la tragedia inicial.

En muchas regiones rurales existe una paz insegura, la paz del silencio cómplice, que se mantiene como cobra hipnotizando al campesino temeroso de variar el *statu quo*, temeroso, porque piensa que al hacerlo no irá hacia adelante, hacia la renovación revolucionaria o hacia el bienestar que ansía, sino que va a retroceder a los días de masacre y sufrimiento. Y todavía, aunque quisiera olvidar el pasado, no puede hacerlo, porque el ambiente mismo lleva a rememorarlos en ritos masoquistas. El campesino se anonada entonces, perdiendo su risueña filosofía de la vida y su confianza en instituciones básicas como la Iglesia y el Estado o los partidos, y en los personeros tradicionales de ellas. A falta de liderazgo raizal que sea genuinamente altruista y servicial y que no le tema al sacrificio por la colectividad, el afán de cambio que subsiste va tomando entonces el camino contraproducente de la apatía política, que casi siempre es como la primera escena tensa de un drama agitado. Como muerto en vida, el campesino fustigado por la violencia latente al mismo tiempo va acumulando las frustraciones y decepciones implícitas en el proceso, proceso que teóricamente debe llegar a la saturación.

Puede estarse gestando así una nueva violencia, la del estallido de los oprimidos y de los indigentes a quienes no se les hace justicia. Son los que han perdido la fe en las instituciones, y que como no la tienen, al estallar no podrán encontrar un cauce normal que les contenga. Ha quedado de esta forma vivo el rescoldo y abiertas las úlceras, bajo una capa traicionera de cenizas en apariencia apagadas. La potencialidad de la agresividad permanece constante, detrás del antifaz de morosidad y abulia.

La situación parece acercarse cada vez más a la que por varios siglos ha diezmado los campos de Sicilia, o a la que ha hecho esporádica irrupción en partes de España, Brasil y Grecia. A veces se oye el rumor asordinado de clandestinas preparaciones bélicas. Ello es entendible, porque no se han corregido aún los defectos

básicos de la estructura social nacional que según el tomo I son causa de la violencia, y que al subsistir la alimentan.

En el presente volumen, el lector hallará nuevos argumentos que deberán hacerlo meditar sobre por qué continúa el fenómeno. En primer lugar, el doctor Eduardo Umaña pone el dedo sobre la llaga de nuestra juventud abandonada, especialmente la que es oriunda de las áreas azotadas. Es obvio que en sucesivas generaciones se han venido incubando tendencias y actitudes que llevan a repetir el ciclo violento, así sea por *vendettas* familiares, políticas, religiosas o económicas, o por simple sevicia o robo. Pero la solución se posterga o va tan lentamente, que la justicia “del Señor de cielo y tierra” se cumple al reducirse los recursos dedicados a “curar” nuestra niñez y juventud, víctimas de una situación que crearon sus padres.

Nos enseña también el doctor Umaña que los grupos en armas no anduvieron caóticamente, sino que produjeron sus propias normas, expidiendo estatutos que son altamente interesantes por haber surgido de la colectividad en respuesta a necesidades reales y basados muchas veces en instituciones autónomas. Inmensa lección de derecho vivo que merece la atención del mundo docto europeizante y semiartificial de las ciudades y de los centros universitarios.

De igual forma se destacan los argumentos ofrecidos por monseñor Germán Guzmán Campos, cuya historia llega hasta 1962. Nos presenta él nuevamente la compleja etiología del fenómeno, ampliando su información con datos culturales del mayor valor y ofreciendo algunas recomendaciones sobre terapéutica. Hay mucho que meditar sobre lo escrito por el eminente sacerdote; y mucho que salvar para que veamos disminuir la tragedia de nuestro pueblo campesino.

Durante estos 18 meses, mediante la publicación del primer tomo, se realizó también un importante sondeo de la opinión directiva nacional, especialmente la periodística, que bien merece un somero análisis, pues ayuda a explicar la sintomatología del país y a ampliar el enfoque de los capítulos incluidos en el presente volumen. Este análisis de la reacción producida por el libro,

anticipado y prometido precisamente en el prólogo del primer tomo, cae dentro del campo aún poco trillado de la sociología del conocimiento, a cuyos principios me remito.

Ante todo es pertinente recordar que uno de los fines principales del primer tomo de esta serie fue el de dar una campanada de alerta con relación a la violencia, para que una vez advertida la dinámica de la misma y sus dramáticas consecuencias, se produjera por lo menos una plataforma de acción para combatirla con armas más efectivas y racionales que las empleadas hasta entonces. Se esperaba que los dirigentes nacionales y los políticos de todos los partidos aceptaran la cuota de responsabilidad que en el libro se destaca como de todos los colombianos, sea por acción o por omisión, y sin distinguos de partido, de grupo o de institución.

Sin embargo, y de manera inesperada para los autores, la principal reacción al libro tuvo definidos lineamientos de partido y de intereses particulares o de grupo. El libro, que no fue escrito contra el Partido Conservador ni en defensa del Liberal, se interpretó parcialmente por algunos de sus personeros, perdiéndose así la perspectiva patriótica que se buscaba para erradicar la violencia. Otros, dejándose llevar por la polémica, también perdieron la generosa visión de la patria que se necesita para reconstruirla. De esta forma, al embotarse la razón y pensarse más en cuanto grupo o partido, se olvidó al país, y el problema común de la violencia no recibió la atención que merecía.

Pudo observarse claramente que en algunas fracciones políticas colombianas priman todavía valores tradicionales que tienden a echar por la borda la objetividad necesaria para examinar críticamente los problemas nacionales. Existe una tendencia emotiva que impide llegar al fondo de las cuestiones, tendencia que bien puede explicar no pocas de las fallas históricas y frustraciones nacionales de que hablara el profesor Luis López de Mesa. Por ello, en las escaramuzas que siguieron a la publicación del libro sobresale el afán de imputar a bandos opuestos la culpa de lo ocurrido, sin proceder a efectuar la necesaria autocrítica que, entre otras cosas, solicitaba el tomo. Las actitudes constructivas que quizás ingenuamente se esperaban con el libro, al actuar éste como una

vacuna contra la violencia, no se produjeron. Pero es interesante —y hasta cierto punto es motivo de esperanza— verificar que el consenso sobre lo horripilante y trágico de la violencia desatada en Colombia es tal, que ahora ningún grupo quiere que se le achaque la responsabilidad de haberla propiciado o comenzado.

No obstante, el libro alcanzó algunos resultados positivos que deben registrarse. En primer lugar, indudablemente, logró despertar la opinión pública como quizás ninguna otra publicación lo ha hecho en décadas recientes. Se oyó por un tiempo la “campanada de alerta” y muchas personas impresionadas por las descripciones del libro decidieron alistarse conscientemente en la campaña nacional contra la violencia, ofrecieron recursos, surgieron medicinas, animaron la resistencia a los desmanes y volvieron por los fueros del sufrido país. En segundo lugar, como se demostró en las sesiones del Senado al discutirse lo pertinente, el libro fue elemento clarificador de etapas históricas confusas, hecho que si no es bien apreciado hoy, lo será doblemente por las generaciones futuras. Y por último, la publicación fue de tal forma documentada y sugerente, que parece haber servido al Estado para concebir y ejecutar nuevos y más racionales planes, como el de desarrollo de comunidades y acciones educativas, cívicas, militares y particulares, que si se siguen aplicando con persistencia y técnica pueden ofrecer nuevas posibilidades de alivio para el problema de la violencia en algunas áreas.

Desgraciadamente, una vez amainada la tormenta político-literaria, luego de haberse proclamado otra vez lo demoníaco de la violencia, el país pareció volver a su nerviosa indiferencia respecto al más grave problema. Aunque en aparente retirada, la violencia sigue siendo cosa común, a la que los colombianos habremos de acostumbrarnos, creando personas abúlicas y muertos en vida en las regiones donde reina; y gentes egoístas, apáticas y miopes en las ciudades donde se creen lejos del flagelo.

Cuánto le cuesta a Colombia diariamente esta situación, es difícil de calcular. Lo más triste es verificar no sólo el despilfarro de la inteligencia y del esfuerzo campesino tan evidente en toda época, sino la forma como la situación le va quitando al elemen-

to rústico su intrínseca vitalidad para frustrarlo, enmohecer sus talentos y convertir en entes sin espíritu a este principal recurso del país. Y económicamente se siguen acumulando grandes pérdidas. Por eso es fácil concluir que no podrá crearse en Colombia un verdadero país —un país que se respete y que merezca el respeto de los demás—² mientras en él no se promueva y defienda la dignidad y la integridad del hombre, y mientras más valga el bienestar de un toro importado que la vida de un campesino o de un obrero.

I

La sociología del conocimiento, rica como es en teoría y en brillantes ensayos analíticos, apenas empieza a traducirse a estudios concretos que nos ilustren sobre la forma como se crea y preserva la cultura en cuanto a su dinámica propia. Una técnica conocida es la del análisis del contenido de publicaciones, que se basa en la incidencia de temas y subtemas, el empleo de conceptos, palabras y términos, la formación de imágenes públicas y la utilización de estereotipos dentro de la sociedad de masas. Algunos quieren contar con una buena serie de datos o respuestas para tratarlos estadísticamente y aplicarles los cálculos de correlación por rangos, pues las respuestas son susceptibles de clasificarse según su intensidad emotiva o afectiva y según su grado de intelectuali-

² El diario *The New York Times* del 9 de septiembre de 1963 presentó un detenido comentario sobre la violencia en Colombia que terminaba expresando la preocupación general de la comunidad de naciones por ese fenómeno y sugiriendo la conveniencia de apelar a la asistencia de organismos hemisféricos para combatirlo, aparentemente en vista al hecho de que los propios colombianos no habíamos podido hacerlo con éxito en 12 años. *El Tiempo* respondió cortésmente, aunque algo herido, que ello era asunto de la soberanía nacional (12 de septiembre de 1963).

No sería conveniente que el mundo —conocedor evidente del problema colombiano de la violencia— observara que el país no se preocupa por resolverlo. Como estudiarlo es una actitud positiva que indica afán patriótico de superación, los análisis serios de la violencia ayudan a formar una imagen internacional positiva de Colombia, y aunque parezca paradójico, favorable. Mostrar despreocupación por la violencia sí sería fatal para el prestigio moral y democrático del país.

dad, o por frecuencias. Otros utilizarían los datos (o comentarios) para obtener de ellos las especificaciones de la imagen provocada por el estímulo de una publicación.

Nuevas técnicas de análisis de contenido seguramente se están diseñando. Pero que sepamos, a muy pocas se les ha dado el enfoque histórico que en nuestra opinión es esencial para entender los procesos del conocimiento dentro del contexto sociológico. Este enfoque complementario se hace aún más indispensable cuando se trata de libros que, debido al impacto que han tenido sobre la sociedad o sobre el público interesado, pueden considerarse como trascendentes. De esta forma se desliga la encuesta de un ejercicio que tiene visos de ser meramente intelectual, o purista, para entender la conducta real de los grupos que se han estimulado por una publicación.

Para medir la trascendencia de un libro se cuenta con una serie de hipótesis presentadas por sociólogos como Daniel Lerner, en uno de cuyos ensayos sostiene lo siguiente:

La publicación de un libro hace una exigencia sobre el discurrir de la atención pública. Un libro importante es un reto a las reacciones normales de su público. Si el reto se siente ampliamente, puede hasta provocar una crisis. Por lo mismo, una prueba de su importancia es la calidad, amplitud y variedad de la reacción que un libro provoca en la vida afectiva de su público. En este sentido, la importancia dura hasta que los conflictos de interpretación y evaluación se desarrollen públicamente. La fase de la crítica puede coincidir con la aparición del libro, puede persistir por siglos o puede fluctuar según época o localidad.³

Es evidente que hay diversas formas de discernir si un libro es o no importante, y algunas de ellas, indicativas de la reacción pública, son bastante claras. Conocidos son los diversos *índices*

³ Daniel Lerner, "The American Soldier and the Public", en Robert K. Merton y Paul F. Lazarsfeld (eds.), *Continuities in Social Research*, Glencoe, The Free Press, 1950, p. 212.

de la Iglesia católica que hacen un examen pospublicatorio con el fin de defender la doctrina oficial de los embates contenidos en obras que ella y sus fieles así consideran significativas. Hay exámenes prepublicatorios en diversos sitios, como en la Unión Soviética. Y ocurren gestos dramáticos de reacción pública (e institucional) ante distintas publicaciones, como las famosas piras de libros ejecutadas por los nazis.

Cuando la expresión institucional respecto a libros no se canaliza de otras formas, encuentra escape en controversias públicas que pueden ser ardientes. Las polémicas de este tipo fueron frecuentes en Europa, hasta el punto de provocar choques personales y crisis políticas. Hoy, quizás desgraciadamente, en los países avanzados casi se han reducido a afelpadas reseñas, publicadas en revistas o periódicos, donde muchas veces priman intereses creados y *cliques* de intelectuales que aplican el mutuo “incensario”, lo que a la larga puede ser emasculante.

Básicamente, un libro trascendente es aquel que por lo que dice obliga al lector a rememorar los hechos conexos en que éste intervino, a reconsiderar las identificaciones y actitudes presentes en el momento de leer y a replantear las expectativas que el lector abriga para su futuro. Un libro de este tipo puede llevar a situaciones personales e interpersonales dramáticas, sea de aceptación o de rechazo su actitud básica hacia el mismo. El lector receptivo debe reenfocar su posición a la luz del universo del discurso; y el rechazante puede empezar a construir racionalizaciones para defender de manera más efectiva su primitiva e inmutable —o aparentemente inmutable— posición. En cualquier caso, según Lerner,

[...] el libro importante presenta a su lector significativo (o sea el que siente la importancia del mismo), una imagen pública sobre la cual debe proyectar su propia imagen personal. Se le estimula a situarse respecto a los recuerdos, identidades y requerimientos que el libro evoca. Por ello el libro importante opera como un es-

tímulo a la vida afectiva de su público y no sólo como fuente de datos para ilustrarlo.⁴

Estas hipótesis, complementadas con el enfoque histórico, pueden ayudarnos a entender lo ocurrido con el primer tomo de la serie, *La violencia en Colombia*, que apareció en Bogotá en julio de 1962. La reacción pública hacia este libro fue de tal naturaleza que bien merece preservarse como documento sociológico. No será posible hacer un análisis de contenido de las críticas publicadas, en el sentido empírico, excepto en cuanto a la tendencia a agruparse en temas o símbolos temáticos y para clasificar tipológicamente las reacciones con base en autoimágenes y réplicas. Para ello utilizaremos los criterios que nos ofrece el marco conceptual de Lerner, aunque con algunas modificaciones sugeridas por el propio material.

Tampoco se pretende realizar un estudio exhaustivo de las implicaciones sociológicas que surgen a cada paso del análisis de los datos contenidos en esta “Introducción”; para ello se necesita de mayores recursos que los que el autor ha tenido a la mano, y que espera poseer en mejores circunstancias, en el inmediato futuro.

De todos modos, en mi calidad de investigador, experimento naturalmente las dificultades de quien al observar participa de lo observado, y es evidente que ello puede llevar a peligros de juicios de valor, no obstante que se facilite al alcanzar mayor profundidad en el conocimiento del fenómeno. En este caso, he tratado de determinar las divergencias entre la intención del estudio sociológico y la reacción que produjo, divergencias que tienen gran interés científico y que sólo los autores podrían determinar con alguna exactitud. Por esa razón, además de la autocrítica, se tomaron medidas adicionales para asegurar un recuento y un análisis lo más sereno posible. Siguiendo lo enseñado por metodólogos conocidos, la falta de objetividad del participante se puede controlar mediante la observación de otros científicos sociales que someten el diseño y el informe final a crítica o revisión. Este

⁴ *Ibid.*, p. 213.

principio metodológico se ha cumplido en el presente caso, y a todos los colegas y amigos que tomaron parte en el esfuerzo va nuestra sincera gratitud.

Tomaremos como material básico de análisis las reseñas y comentarios al libro publicados en periódicos y revistas no especializados, que expresan puntos de vista políticos y religiosos o aplicados en un sentido general. Se emplean estos comentarios, así sean ellos emotivos, porque aparentemente lo que una persona siente por un libro puede influenciar en lo que opina sobre él. En todo caso, consideraremos el libro sobre *La violencia* como un estímulo frente al cual se expresan grupos y personas de manera especial, dejando delineadas sus actitudes y valores sobre la imagen pública creada por el libro. Para entender mejor esta reacción se hace primero un relato de los incidentes ocurridos y de la secuencia histórica implicada.

Estudiando el proceso pospublicitario desde el punto de vista narrativo, se podrían distinguir las siguientes etapas en la reacción sociopolítica que produjo la publicación del libro: a) una inicial de ponderación y expectativa, que va desde la aparición de la obra, en julio de 1962, hasta el mes de agosto del mismo año; b) el clímax de la reacción, ocurrido en septiembre y octubre con la campaña de descrédito; c) el anticlímax, en noviembre y diciembre, concretado en los debates secretos que tuvo el Senado de la República sobre el particular; y d) la etapa de asimilación y crítica más intelectual o “cerebral”, caracterizada por una mayor serenidad y por la aparición de otros estudios documentados y reseñas varias sobre la violencia, que empezó a fines de diciembre de 1962.

En esta “Introducción” se tratan sólo las tres primeras etapas, porque la cuarta no ha avanzado lo suficiente para hacer un análisis sistemático. El presente tratamiento especifica muchas veces la afiliación política de los actores, no por alguna razón sectaria (podría hablarse de los partidos A, B, C, etc.), sino porque pareció esencial para mejor entender el contexto histórico y para información de estudiosos nacionales y extranjeros poco enterados de

tales detalles. La “Introducción” termina con un ensayo de análisis tipológico de la respuesta provocada por el estímulo del libro.

II

La primera reacción al libro *La violencia en Colombia* se distinguió por el hecho de que diversos personeros de los partidos aceptaran la idea de la responsabilidad conjunta por el fenómeno estudiado. Pero pronto se interrumpió el diálogo y la introspección, precisamente por las razones políticas corrientes.

ACEPTACIÓN INICIAL DE LA RESPONSABILIDAD CONJUNTA

Correspondió al columnista liberal de *El Espectador*, doctor Fabio Lozano Simonelli, la primera presentación pública del libro *La violencia en Colombia*, el 12 de julio de 1962, presentación cuyos términos elogiosos fueron reiterados en subsiguientes escritos.⁵ Es pertinente destacar cómo Lozano Simonelli entendió el mensaje central de la obra:

El libro [...] no parte de una división entre buenos y malos [...] Todo análisis de la violencia que no enjuicie a la totalidad de la sociedad colombiana, sufre de una radical e incurable equivocación. Por años se ha comprobado que esos análisis de muy poco sirvieron. En el libro de monseñor Guzmán hay un acusado: la sociedad colombiana [...] La primera consecuencia y la más útil del libro [...] debe ser que cada cual asuma su cuota de responsabilidad en la violencia, antes que empeñarse en endilgarle la suya a otros.

Este tema básico del libro vuelve a ser presentado en diversas formas, incluso en declaraciones del importante dirigente conservador, doctor Belisario Betancur, quien al referirse a la obra dijo:

⁵ *El Espectador*, 31 de julio de 1962, 6, 21, 23 y 28 de agosto de 1962.

El problema [de la violencia] hay que mirarlo con verismo y con objetividad, sin deformaciones de orden político, con sentido patriótico y con el rigor científico con que lo hacen los analistas de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional [...] Debo reconocer con pesadumbre que la violencia es más aterradora hoy que antes, y no propiamente por culpa de tal o cual sector o funcionario, sino por culpa de la totalidad nacional.⁶

El Tiempo, al editorializar sobre lo mismo, el 26 de julio, entendió en forma similar el mensaje central del libro: los autores “asumen una posición que bien podría resumirse en aquello, bien conocido, de ‘todos en él pusisteis vuestras manos’. Una conclusión que no debe mover a tardíos rubores, ni a nuevas re- criminationes, ni a farisaicos intentos exculpatorios”. El doctor Gonzalo Canal Ramírez también lo entendió así,⁷ y procedió a editar un número especial de *El Minuto de Dios*, cuyo principal titular rezaba: “Todos los colombianos, por acción o por omisión, somos responsables de estas víctimas”.⁸ El procurador general de la Nación, doctor Andrés Holguín, conservador, adoptó como suyas algunas tesis centrales del libro, concluyendo que “es precisamente la estructura social y económica actual la que engendra esa violencia”.⁹ Y el doctor Gerardo Tamayo Peña, igualmente conservador, admitía que el libro es objetivo, y proponía que ningún colombiano podría leerlo “sin experimentar un profundo estremecimiento de vergüenza, de frustración, de cólera y de amargura, [pues] no hay un solo colombiano que directa o indirectamente haya podido permanecer al margen de la perturbación causada por la violencia”.¹⁰

⁶ *El Espectador*, 15 de julio de 1962.

⁷ *El Tiempo*, 29 de julio de 1962.

⁸ *El Minuto de Dios*, 28 de julio de 1962.

⁹ *El Espectador*, 23 de agosto de 1962; *Informe rendido al presidente de la República*, Bogotá, Gráficas del Fondo de la Penitenciaría Central La Picota, agosto de 1962.

¹⁰ *El Espectador*, “Suplemento Literario”, 19 de agosto de 1962.

Mientras tanto, periódicos de tan diversas tendencias como *El Espectador*, *La Nueva Prensa* y *Sucesos*, en sus ediciones del 15 y 21 de julio, y del 15 de agosto, respectivamente, reproducían largos apartes de la obra para información del público que esperaba la salida de la segunda edición. Los mil ejemplares numerados de la primera se habían repartido exclusivamente entre altos dirigentes e instituciones nacionales; pero el interés y la expectativa causados por la publicación fueron tales que los propietarios de ejemplares del libro hubieron de idear un sistema de turnos de lectura entre sus amigos y familiares. Por esta demanda y por la falta de copias para satisfacer la curiosidad colectiva, empezaron a circular rumores —infundados— de que la primera edición había sido recogida y de que el Gobierno había prohibido su circulación.

INTERRUPCIÓN DEL DIÁLOGO

Pareció por un momento que el mensaje central del libro sobre la culpabilidad de toda la sociedad colombiana había sido comprendido y apreciado. Como vemos, personeros importantes de los partidos así lo habían declarado. Entre el 21 y el 31 de julio se desarrolló un agitado debate sobre la violencia en la Cámara de Representantes, motivado por asesinatos sucesivos en provincia de los representantes Óscar Tobón Botero, conservador, y Melquisedec Quintero, liberal. Con este debate se empezó a olvidar la responsabilidad conjunta, y tanto liberales como conservadores, al subir de tono la discusión, comenzaron a usar el libro como arma para apabullar a los contrarios. Especialmente, en la sesión del 25 de julio, al exponer sus puntos de vista el representante conservador, doctor Gustavo Salazar García, fue interpelado por el representante liberal (MRL), doctor Ciro Ríos Nieto, para leerle apartes del libro en que se menciona el nombre del primero con relación a hechos violentos en el Valle del Cauca. A ello respondió el doctor Salazar que “es una mentira más que se escribe contra el Partido Conservador”, añadiendo una explicación laudatoria del epíteto “pájaro”, pues “éste se ha aplicado

‘a grandes conservadores’, y por lo mismo es honroso”.¹¹ En la sesión siguiente, el mismo doctor Salazar se refirió directamente al libro y sus autores, diciendo que éstos “se ganan la vida en forma más indigna que unas cortesanas”.¹² Simultáneamente, en el Senado, el doctor Álvaro Gómez Hurtado, conservador, sostuvo que el libro era “un relato mañoso y acomodaticio, respaldado por unos documentos secretos”,¹³ y prodigó denuestos a los autores. A la defensa de éstos (y del Partido Liberal, que también salió mal parado) acudieron los senadores liberales Augusto Espinosa Valderrama y Alfonso López Michelsen.¹⁴

Hubo algunas voces de cautela. Don Manuel Castellanos, por ejemplo, sentó su protesta por la frase del doctor Salazar García en el sentido de que “es un honor ser ‘pájaro’”.¹⁵ El doctor Mariano Ospina Pérez, ex presidente de la República, terció con fuerza en el problema para evitar que se abriera un nuevo período de recriminaciones, aduciendo que

[...] no es el momento de entrar [...] en un análisis que es con frecuencia tendencioso y no bien encaminado, de los orígenes y las responsabilidades de la violencia, porque ese mismo debate dificulta la tarea pacificadora [...] La historia recogerá los hechos de los hombres y emitirá a su debido tiempo su veredicto justiciero, cuando se hayan apaciguado las pasiones y los odios.

Además, recordó que

[...] tratar de acumular exclusivamente sobre los demás todos los errores, inclusive los nuestros y nuestras propias frustraciones no es tarea patriótica ni ayuda en nada al país. Mucho más honrado,

¹¹ *Anales del Congreso*, 26 de julio de 1962, p. 584; 13 de agosto de 1962, p. 750.

¹² *Ibid.*, 31 de julio de 1962, p. 597; 24 de agosto de 1962, p. 859.

¹³ *El Siglo*, 1 de agosto de 1962.

¹⁴ *Anales del Congreso*, 5 de septiembre, p. 995; 23 de agosto, pp. 836-837; *El Tiempo*, 1 de agosto de 1962.

¹⁵ *El Tiempo*, 30 de julio de 1962.

varonil y constructivo es aceptar que todos nos hemos equivocado, unos más y otros menos, y mostrar un valeroso empeño de rectificación y de apaciguamiento de las pasiones para poder remediar así todos los males que le hemos hecho a la patria.¹⁶

Estas palabras tendían a volver a los cauces iniciales la consideración seria de la violencia postulada por el libro cuando apareció. Pero, poco después, una nueva tónica se demostraba en un editorial de *El Siglo* que ya llevaba como título “Un libro sectario”.¹⁷ Tomada como bandera política, la tesis de que el libro era un “insulto a la dignidad histórica” del Partido Conservador por reducir el estudio de la violencia principalmente al período entre 1948 y 1957, cuando gobernó ese partido, pudo haber servido para aquilatar la lealtad partidista ya en vías de reconstrucción.¹⁸

De forma similar se fue desvirtuando el debate sereno y se interrumpió el diálogo, al aparecer otras protestas, como la de *Sucesos*, revista que se quejó porque el libro utilizó como una de sus fuentes una monografía del doctor Roberto Urdaneta Arbeláez,¹⁹ y al producirse acusaciones a “los latifundistas”, “los fascistas”, etc.²⁰ Fueron actitudes que luego se multiplicaron en la prensa, y que la llevaron sutil e inevitablemente a uno de los debates más agitados e intensos de la historia del país, tan intenso que, como se detalla más adelante, los mismos periódicos hubieron de convocar un congreso nacional para considerar sus efectos.

III

El editorial del 26 de agosto del diario *El Siglo* ya anticipaba algunos de los temas básicos que se repetirían en los dos meses

¹⁶ *La República*, 5 de agosto de 1962.

¹⁷ *El Siglo*, 26 de agosto de 1962.

¹⁸ Meses después, las tres fracciones en que se dividía el conservatismo colombiano se unieron formalmente.

¹⁹ *Sucesos*, 15 de agosto de 1962.

²⁰ *Batalla del Pueblo*, 6-12 de agosto de 1962.

siguientes; pero su principal efecto, como se dijo, fue marcar una nueva posición frente al libro. Como preludio de una gran ofensiva, saturó por un tiempo la prensa del país, llevando a definiciones y actitudes que reflejaron las autoimágenes provocadas por la imagen pública creada por el libro.

El periódico *El Espectador* sostuvo que aquella gran ofensiva fue “dirigida por el ex presidente doctor Laureano Gómez en persona”.²¹ Ella tuvo diversas expresiones e incidencias.

EL ATAQUE AL LIBRO Y A SUS AUTORES

La polémica, que apenas se dibujaba, subió dramáticamente de punto el 6 de septiembre, cuando, irritado por afirmaciones de algunos representantes, el ministro de Guerra, general Alberto Ruiz Novoa, declaró en la Cámara:

Todos sabemos que no fueron las Fuerzas Armadas las que dijeron a los campesinos que se fueran a matar unos contra otros para ganar las elecciones. Sí sabemos que no fueron las Fuerzas Armadas las que dijeron a los campesinos que asesinaran a los hombres, a las mujeres y a los niños para acabar hasta con la semilla de sus adversarios políticos, sino los representantes y los senadores, los políticos colombianos.²²

Tal declaración produjo en el recinto un revuelo de grandes proporciones que obligó al ministro a dar explicaciones minutos después. Quedó, de todos modos, como un testimonio que acogió buena parte de la prensa del país.

Poco después la reina nacional de belleza, doña Olga Lucía Botero, hizo pública su intención de entrevistarse con jefes bandoleros para obtener su entrega, sugiriendo que para tal misión utilizaría como acompañante a monseñor Germán Guzmán. Tanto la prensa liberal como la conservadora se opusieron al proyecto

²¹ *El Espectador*, 2 de octubre de 1962.

²² *El Tiempo*, 7 de septiembre de 1962.

con tal empeño que la reina hubo de desistir. A este respecto *El Siglo* editorializó el 13 de septiembre insinuando que monseñor Guzmán podía estar en connivencia con los bandoleros, puesto que su amistad con éstos se había “prolongado mucho después de que las disposiciones extraordinarias en las cuales se basó la campaña de ‘rehabilitación’ fenecieron”. Y el 28 de septiembre insinuó que el mismo monseñor era “capellán de los bandoleros”.

Monseñor Guzmán trató entonces de poner las cosas en su propia perspectiva y de reanudar el diálogo, mediante una conferencia que dictó en el Centro Comunal del barrio Quiroga el 15 de septiembre. El autor principal del libro invitó a conservar la serenidad y a meditar sobre los mejores sistemas para eliminar la violencia, y destacó que la intención de los autores del libro nunca fue sectaria ni dirigida a empañar la obra del Ejército ni de ningún partido político en particular. Dijo también:

Es posible que los autores nos hayamos equivocado en cuanto a la descripción y la interpretación del fenómeno de la violencia, puesto que no somos omniscientes. Y siendo como es esta obra apenas un primer planteamiento del tema, esperamos que los exponentes autorizados de diversas disciplinas produzcan nuevos datos, empleen otras técnicas y presenten evidencias que corroboren o desvirtúen lo sostenido en el libro, [cuyo objetivo es] aumentar el conocimiento del fenómeno, meta de la ciencia sociológica [...] Pero la discusión no debe descender al plano personal. No debería pesar en el ánimo del lector que los autores sean católicos, protestantes, liberales o conservadores, sino lo siguiente: ¿han dicho la verdad?²³

Las referencias personales a los autores por parte de la prensa se habían mantenido hasta entonces en un plano neutral y a veces en son de broma, como el juego que con el apellido catalán “Fals” para convertirlo en “Falso” hiciera “Marcial”.²⁴ Pero con el correr de los días y la exacerbación de los ánimos, y posiblemente debido

²³ *El Tiempo*, 16 de septiembre de 1962.

²⁴ *El Siglo*, 11 de agosto de 1962.

a que los autores no respondieron, la agresión verbal fue en aumento. Monseñor Guzmán fue calificado de “sacerdote renegado”,²⁵ “ex párroco de pueblo tolimense”,²⁶ “clérigo suelto”,²⁷ “párroco en receso”,²⁸ y “Monstruo Guzmán”.²⁹ A Eduardo Umaña Luna le llamaron “abogado liberal incompetente”,³⁰ “librepensador extremista”³¹ y “abogado volteriano y enciclopedista”.³²

En cuanto al tercer coautor, Orlando Fals Borda, algunos periódicos echaron mano de su religión para descubrir “la mano protestante” en el “mal uso de las fuentes”, especialmente en el empleo de declaraciones de bandoleros y guerrilleros.³³ *La República* manifestó que “es muy extraño el maridaje entre un sacerdote católico [...] y un sociólogo protestante [...] Al menos en Colombia no estamos acostumbrados a estas asociaciones”,³⁴ y volvió a recalcar su extrañeza el 26 de septiembre, cuando uno de sus columnistas, don Benigno Acosta Polo, sostuvo que había descubierto traiciones “del subconsciente” del autor cuando éste habla sobre la “égida” de los guerrilleros y el uso de la tercera persona plural en vez de la primera persona plural para referirse al peligro de la violencia, lo cual lo haría un traidor a la patria. El tema de que la psiquis de Fals Borda se proyecta sobre el libro al tratar el asunto religioso desfigurando la realidad, vuelve a presentarse en el estudio del padre Miguel Ángel González, de la Compañía de Jesús, a que se hace referencia más adelante. La implicación de que un protestante no es competente para estudiar las realidades del país es llevada a su más clara expresión en

²⁵ *El Siglo*, 15 de septiembre de 1962.

²⁶ *La República*, 23 de septiembre de 1962.

²⁷ *Ibid.*, 24 de septiembre de 1962.

²⁸ *El Siglo*, 25 de septiembre de 1962.

²⁹ *Ibid.*, 4 de octubre de 1962.

³⁰ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

³¹ *El Siglo*, 28 de septiembre de 1962.

³² *La Patria*, Manizales, 27 de septiembre de 1962.

³³ *El Siglo*, 20 de septiembre de 1962.

³⁴ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

el semanario *Día del Señor*, de los padres claretianos de la iglesia del Voto Nacional, al referirse al libro.³⁵ Y la culminación llegó el 5 de octubre de 1962, al insinuar *El Siglo* que no deberían admitirse decanos protestantes en la Universidad Nacional. A esta campaña contestó Lozano Simonelli en *El Espectador* recordando que 1962 era el año del Concilio Ecuménico y que seguramente el pontífice Juan XXIII no daría su aprobación a las expresiones publicadas.³⁶

La conclusión a que llevaba tal descripción de los autores, dentro del contexto de los comentarios, era que carecían de título para escribir. Así lo expresó el editorial de *El Siglo* del 15 de septiembre, titulado “Los apologistas de la violencia”, que dice, entre otras cosas,

Cualquier obra científica [...] debe estar presidida por una imparcialidad absoluta, altura y nobleza de propósitos y la indispensable preparación de los autores [...] hemos buscado en vano estas cualidades en el escritorio de monseñor Germán Guzmán, Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda, para encontrarle, en cambio, abundantes características de panfleto. [Y concluye:] Los fines partidistas de quienes escribieron *La violencia en Colombia*, un sociólogo protestante, un abogado liberal y un cura párroco católico, le quitan toda respetabilidad a la obra.

A estas palabras contestó *El Espectador* condenando los “desapacibles conceptos” de *El Siglo* y observando que

[...] no abunda *El Siglo* en razones científicas para demostrar el carácter anticientífico que le reprocha al libro, lo cual hace difícil la refutación de sus argumentos; [pero] cualquier lector de la obra advierte desde el primer momento su imparcialidad. En ella no se intenta una visión maniqueísta de la violencia en Colombia, sino que se le da, hasta donde lo permite el acopio de documentos en

³⁵ *Día del Señor*, 17 de febrero de 1963.

³⁶ *El Espectador*, 28 de septiembre de 1962.

manos de sus autores, a cada cual lo suyo, cualquiera que fuese su condición política, social o económica.³⁷

Acrecentó la opinión adversa al libro el descubrimiento de que no llevara visible el imprimátur de la curia. Fue el padre González quien primero lo hizo ver,³⁸ dando a entender que, por faltarle, el libro desorientaba en cuando al beneplácito del señor obispo de Ibagué, prelado ordinario del autor principal, que por petición del presidente de la República, doctor Alberto Lleras, había en efecto concedido en junio de 1961 las debidas licencias y permisos a monseñor Guzmán. Tal descubrimiento dio la base a editoriales de *La República*.³⁹ Al citar el canon 1.386, *El Siglo* anticipaba que el imprimátur nunca podría concedérsele al libro, “porque la Iglesia no va a comprometerse con las afirmaciones del autor principal, que incorpora citas como las referentes a *Caporal*, un niño bandolero”. Y además que habría una “severa amonestación” del ordinario por tan grave violación del derecho canónico. Al día siguiente publicó la prensa un comunicado del eminentísimo señor cardenal Luis Concha Córdoba, arzobispo de Bogotá, fechado el 27 de septiembre, que decía así:

El cardenal arzobispo de Bogotá declara:

1° Monseñor Germán Guzmán, autor principal del libro *La violencia en Colombia*, no solicitó de la autoridad eclesiástica la licencia para imprimirlo, como lo manda el canon 1.386 del *Código de derecho canónico*.

2° Los conceptos contenidos en ese libro son de la exclusiva responsabilidad de los autores de la obra.

El domingo 23 de septiembre apareció simultáneamente en todos los periódicos conservadores del país la reproducción del

³⁷ *El Espectador*, 17 de septiembre de 1962.

³⁸ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

³⁹ *La República*, 28 de septiembre de 1962.

estudio titulado, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, escrito por el reverendo padre Miguel Ángel González⁴⁰ y tomado del último número (aparecido un día antes) de la *Revista Javeriana*.⁴¹ Aquella coordinación publicitaria fue dirigida por el Centro de Estudios Colombianos, organización de economistas y estudiosos jóvenes del Partido Conservador, entonces bajo la presidencia del doctor Gilberto Arango Londoño.⁴² El esfuerzo estuvo destinado a mostrar especialmente las faltas históricas, sociológicas, estadísticas y morales del libro de la violencia, para postular la falta de autoridad científica del mismo, la “mala fe” de los autores, la inoportunidad de la publicación y la divergencia en cuanto a la causalidad y antecedentes de la violencia, temas simbólicos que se analizan en la última parte de esta “Introducción”.

Según *El Espectador*, tal estudio había sido preparado “por un grupo de laureanistas”,⁴³ pero en realidad fue el fruto de un equipo más complejo. El texto fue distribuido además en forma de “separatas” por todo el país, a la entrada de universidades y de algunas iglesias y en las librerías donde se empezaba a vender *La violencia en Colombia*. Esta distribución se constituyó en acicate para leer la obra criticada; rápidamente el libro sobre la violencia se fue convirtiendo en un *best seller*.

Con base en el estudio del padre González, los periódicos conservadores procedieron a acentuar el fuego contra el libro, produciendo comentarios y editoriales casi diariamente hasta principios de octubre. Los términos empleados fueron fuertes, a veces insultantes, pero todos concebidos dentro del marco de los cuatro temas ya señalados. Esta expresión simbólica también se analiza someramente más adelante.

⁴⁰ El padre González es economista graduado de la Universidad de la Sorbona de París.

⁴¹ “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, en *Revista Javeriana*, tomo LVIII, N° 288, septiembre de 1962, pp. 296-319.

⁴² *Magazine de Occidente*, Cali, 23 de septiembre de 1962.

⁴³ *El Espectador*, 28 de septiembre de 1962.

Mientras los autores guardaban silencio durante la inmensa tempestad periodística, grupos políticos se unían no sólo en defensa del libro, sino para protestar por el tono en que la polémica se había adelantado. En particular *El Tiempo* y *El Espectador* editorializaron simultáneamente el 26 de septiembre, el último señalando que

[...] la forma despectiva e injuriosa en que los autores son tratados por algunos comentadores de su libro, podría formar un nuevo capítulo de la obra. Al leerlos hemos pensado con preocupación patriótica que el esfuerzo nacional para librarnos de la violencia deberá comenzar por la renuncia individual y colectiva a las imposiciones que parecen irresistibles de un sectarismo que en realidad no ha muerto y que se diría agazapado en las páginas de algunos diarios.⁴⁴

Enrique Santos (*Calibán*) y Juan Lozano salieron luego a la defensa. *La Voz de la Democracia* tomó nota de que “con la publicación del libro de monseñor Guzmán sobre la violencia, la reacción se ha sentido sacudida como por un terremoto”.⁴⁵ *La Nueva Prensa* destacaba que el libro, por ser objetivo, no se compaginaba con el Frente Nacional “que se hizo para olvidar”; de allí que fuese “un libro incómodo”.⁴⁶ *La Batalla del Pueblo*, en la segunda quincena de octubre, repitió temas del libro, que interpretó como un esfuerzo para llegar al corazón del pueblo.

Una respuesta (ya mencionada) a las críticas fue la de Guillermo García Niño, aparecida en *El Espectador* del 7 de octubre, que hacía ver los principales defectos de aquéllas y asumía la defensa del libro y sus autores. Otra expresión importante fue la publicación en *El Tiempo* del artículo del profesor Luis López

⁴⁴ *El Espectador*, 26 de septiembre de 1962.

⁴⁵ *La Voz de la Democracia*, 7 y 11 de octubre de 1962.

⁴⁶ *La Nueva Prensa*, 6 de octubre de 1962.

de Mesa, titulado “Un historial de la violencia”,⁴⁷ que suministró aún mayores datos sobre el proceso de la misma, especialmente sobre la responsabilidad de las clases gobernantes. Las interpretaciones ofrecidas por el profesor desviaron la agresión primaria de los periódicos conservadores hacia éste. Se le llamó “sectario”, “santón culterano”, “falseador de la realidad histórica”, “viejo maniqueísta”, “biólogo de la evolución de la sardina”, “de actitud poco gallarda y valerosa”, y se combatieron sus opiniones sobre el hominalismo liberal y el preceptismo conservador.⁴⁸

Con el “Historial” de López de Mesa y el artículo de García Niño declinó su curva la campaña desatada. Sin otros resultados que la agitación periodística, la atención de los críticos se desvió nuevamente para hallar un carnero emisario en los propietarios de Tercer Mundo, entidad que había financiado la segunda edición del libro en septiembre. Ocurrió, no obstante, que uno de los accionistas de Tercer Mundo era el doctor Belisario Betancur, ya citado, y entonces ministro de Trabajo. Según los periódicos, se ejerció presión por un grupo político para que el doctor Betancur explicara su posición respecto al libro, explicación que satisfizo al doctor Laureano Gómez, pero que llevó al doctor Betancur a presentar su renuncia como ministro del Trabajo.⁴⁹ Esto produjo una amenaza de crisis en el gabinete, ya que se dijo que su compañero, el doctor Alfredo Araújo Grau, ministro de Comunicaciones, también renunciaría. Pero a última hora, el grupo laureanista decidió confirmar su respaldo a Betancur y Araújo. Tercer Mundo produjo un comunicado aclaratorio y el incidente se dio por terminado.

EL ARMISTICIO PERIODÍSTICO

Una vez desatada la campaña de la prensa conservadora, y antes de que pudiera adelantarse más la contraofensiva de la prensa li-

⁴⁷ *El Tiempo* 30 de septiembre de 1962.

⁴⁸ *El Siglo*, 1 de octubre de 1962; *La República*, 3 de octubre de 1962.

⁴⁹ *El Espectador*, 2 y 3 de octubre de 1962.

beral respecto al libro, en vista de la tendencia a la polarización y a la exacerbación de los ánimos, y en búsqueda de la preservación de la paz nacional, los directores de *El Tiempo* y *La República*, doctores Roberto García Peña y Silvio Villegas, respectivamente, decidieron convocar una asamblea nacional de directores de periódicos para el 4 de octubre en Bogotá. A ella concurrieron los directores de 38 periódicos liberales y conservadores de todo el país, quienes, con excepción del de *Tribuna*, de Ibagué, firmaron una declaración por la cual se comprometían, entre otras cosas, a “evitar toda polémica sobre las responsabilidades que en la violencia hayan tenido los partidos políticos, dejándole el necesario juicio histórico a una generación menos angustiada y comprometida”, y además, a “llevar el problema de la violencia, y la necesidad de extirparla, al primer plano de la atención pública”. Específicamente se reduciría “al mínimo la publicación de fotografías sobre episodios o hechos de violencia”, se calificaría “a los autores de la violencia simplemente de malhechores y asesinos”, y no se les asignaría “ningún título político a los victimarios ni a las víctimas”.⁵⁰

Por su parte, el director de *Tribuna*, don Flavio de Castro, declaró que

Tribuna no necesita aprobar declaración alguna para que sus lectores y el gobierno sepan que condena la violencia [...] *Tribuna* no cree que la violencia y el crimen y la inseguridad y el desorden se acaben [...] si la prensa deja de mencionar esos fenómenos o si los menciona con mayor despliegue [...] y sale a decir, sincronizadamente, alabanzas a la paz y a la democracia [...] Mientras fuera de los lingotes, de las columnas, de las ediciones, de los palacios de gobierno y de los clubes, la realidad es bien conocida y nada se hace por transformar la vida del hombre colombiano.⁵¹

⁵⁰ *La República*, 5 de octubre de 1962.

⁵¹ *La Nueva Prensa*, 13-19 de octubre de 1962.

Este compromiso fue roto muy pronto. Los numerosos asaltos en Boyacá, Santander, Tolima y Caldas, la muerte de *Chispas*, la invasión de Cundinamarca por bandas de antisociales, no sólo demostraron la palpitante vitalidad del fenómeno de la violencia, aun en 1962 y 1963, sino que dieron cauce al propósito consciente de desviar la atención colectiva que se había dirigido al libro.

Así se alcanzó la meta de terminar —aunque momentáneamente— la tremenda guerra periodística que se armó con la publicación de *La violencia en Colombia*.

IV

La insegura calma de los últimos días de octubre se vio de improviso cortada por la noticia, desplegada en grandes titulares por la prensa, de que el Senado de la República se había reunido en sesión secreta por cuatro horas, la noche del 31. Razón principal: al senador conservador doctor Darío Marín Vanegas había llegado la copia de un concepto confidencial o “análisis de situación” sobre el impacto nacional del libro *La violencia en Colombia*, escrito el 8 de agosto por el coronel Álvaro Valencia Tovar, ministro de Guerra, entonces comandante general del Ejército.⁵²

El informe del coronel Valencia Tobar analiza el impacto del libro en el país y las implicaciones de ese impacto en la labor de las Fuerzas Armadas, y recomienda algunos pasos que en su opinión son necesarios para corregir la imagen pública del Ejército y mejorar su eficiencia en el combate a la violencia y los violentos.

DEBATE SOBRE EL INFORME DEL CORONEL VALENCIA, PRIMER CICLO

El informe del coronel contenía conceptos favorables al libro, lo cual, según el senador Marín, y en concordancia con la campaña

⁵² El coronel Valencia Tovar, comandante de la Escuela de Infantería en Bogotá, fue también comandante del Batallón Colombia que luchó en Corea, y pacificador del Vichada, pues dominó una revuelta en esa región.

ejecutada por su grupo político un mes antes, hacía del informe también un documento sectario y un ataque al Partido Conservador. El mismo senador adujo que el informe discriminaba políticamente a la oficialidad del Ejército, y consideró peligrosa e inconveniente la sugerencia que hacía el coronel en el sentido de que el libro “debe ser considerado como un texto de estudio” por el mismo Ejército, para “penetrar a través de este análisis cuanto sea preciso en los desaciertos, errores y limitaciones de la conducción militar del problema de la violencia pasado” y llegar a considerar como una “necesidad impuesta por la obligación moral de los mandos actuales ante sí mismos, ante sus subalternos, ante la institución y ante Colombia, de evitar que toda esa barbarie pueda ocurrir nuevamente cuando circunstancias similares lleguen a propiciar otro deslizamiento hacia el abismo”.

Según los periódicos, las cuatro horas de discusión fueron copadas por el senador Marín para atacar el libro sobre la violencia y leer críticamente el informe del coronel Valencia Tovar. Una vez terminada la sesión, los senadores conservadores de todas las tendencias se reunieron privadamente y acordaron nombrar una comisión para que llevara la queja del grupo al presidente de la República, doctor Guillermo León Valencia, y para solicitarle el retiro del coronel. La comisión quedó integrada por los doctores Álvaro Gómez Hurtado, Darío Marín, Evaristo Sourdis, Lucio Pabón Núñez, Gustavo Cortés, Aurelio Caycedo Ayerbe, Luis Granada Mejía y Cástor Jaramillo Arrubla.⁵³ El señor presidente los recibió al día siguiente, los escuchó y prometió investigar la situación más a fondo. Bogotá se sacudió en esos días ante el temor de un golpe de Estado.

Unos días más tarde, el presidente hizo un llamamiento al Parlamento para que no discutiera el problema de la discriminación política en las Fuerzas Armadas, y el comandante de éstas, general Gabriel Rebéz Pizarro, expidió una perentoria circular a las comandancias en la que insistía en que éstas “se mantendrán apartadas de toda influencia partidista”. En la sesión del 6 de no-

⁵³ *El Siglo*, 4 de noviembre de 1962.

viembre, el general Ruiz Novoa suministró explicaciones sobre los diversos aspectos tratados el miércoles anterior por el senador Marín y se pronunció en contra de algunos aspectos del libro *La violencia en Colombia*. Según *El Siglo*,⁵⁴ Ruiz Novoa consideraba a la obra “en parte equivocada, parcial, calumniosa y producto de relatos novelescos”; declaró que él no estaba conspirando ni preparando un golpe de Estado, y que quedaba en manos del presidente de la República la decisión sobre el informe del coronel Álvaro Valencia Tovar. El presidente volvió a recibir la comisión especial del conservatismo, mientras los senadores liberales a su vez se reunían para acordar su estrategia. Pero después de lo dicho por el ministro de Guerra, el senador Marín procedió a cancelar el debate. “Mi debate fue defensa de las Fuerzas Armadas”, dijo aquella noche.⁵⁵ El senador Sourdis le comentó: “Tú le has dado al Partido [Conservador] una lección de mística”. Y el senador Cástor Jaramillo Arrubla: “Darío, ¡qué gran favor le ha hecho al presidente Valencia y a las Fuerzas Armadas!”.⁵⁶

Pero desde el otro lado de la barrera, los hechos se recibían de distinta forma. *El Tiempo* enfatizó que el ministro de Guerra no había condenado el libro, que es el “único de veras serio que se ha escrito sobre el atroz drama colombiano”,⁵⁷ en editorial que provocó la reacción de *El Siglo*.⁵⁸ Lozano Simonelli, en *El Espectador*, protestó porque *in absentia* se había colocado “en situación de reos” a los autores del estudio en el Senado, acto inusitado e injusto.⁵⁹ *La Nueva Prensa* interpretó los hechos de esta forma:

El Ejército de Colombia está tomando conciencia de sí mismo [lo que] le impide obedecer las órdenes de los directorios políticos, acostumbrados desde 1948 hasta 1953 a manejarlo a su antojo, con

⁵⁴ *El Siglo*, 7 de noviembre de 1962.

⁵⁵ *El Siglo*, 8 de noviembre de 1962.

⁵⁶ *El Siglo*, 11 de noviembre de 1962.

⁵⁷ *El Tiempo*, 8 de noviembre de 1962.

⁵⁸ *El Siglo*, 9 de noviembre de 1962.

⁵⁹ *El Espectador*, 8 de noviembre de 1962.

el pretexto de que el militar debe obedecer cuanto ordene el poder civil. [Esa actitud] ha puesto fuera de sí a la casta política, y en este caso específico, a la representación conservadora. Tres meses después de “volver al poder”, los antiguos jefes conservadores —los mismos que ordenaron la iniciación de la violencia que habría de avergonzar y humillar a nuestro Ejército— se han dado cuenta de que pueden repetir la experiencia del pasado. [...] El Ejército [...] no va a seguir haciendo el juego de unos cuantos politicastros. No quiere ser la guardia pretoriana de nadie.⁶⁰

En forma semejante escribió Gilberto Vieira, jefe comunista:

El incidente es sólo un síntoma que pone en evidencia un nuevo proceso de diferenciación en el Ejército [...] Lo que se debate en público y en secreto es el papel del Ejército en la crisis de la estructura tradicional del país, su función ante los problemas llamados de la violencia. Las consecuencias del sonado incidente harán reflexionar a muchos oficiales [...] sobre la tragedia en que viven, obligados a cumplir funciones oficiales, actuando como brazo armado de los monopolios y de los grandes latifundistas.⁶¹

Y también Álvaro Uribe en *La Calle*, quien pidió: “Queremos un Ejército independiente, que no sea instrumento de partido, ni instrumento de una clase social opresora”.

A los ataques personales (“oficial envenenado”, etc.) al coronel Valencia Tovar, respondieron de muchos sectores, especialmente los compañeros militares del coronel y sus antiguos subalternos. Se destacaron los escritos de Pedro Pérez Sotomayor y Guillermo Poveda Malagón. El primero señalaba que el coronel actuó en cumplimiento de una orden superior, y como tal debía ser respetado el informe.⁶² El segundo, que se declaraba conservador, confesaba que en la época en que estuvo en el Ejército,

⁶⁰ *La Nueva Prensa*, 3-9 de noviembre de 1962.

⁶¹ *La Voz de la Democracia*, 15 de noviembre de 1962.

⁶² *El Tiempo*, 9 de noviembre de 1962.

[...] sí se hacía política. En mi colegio sólo era necesario estar inscrito en la lista de liberales, que de antemano elaboramos, para no ser llamado al servicio militar [...] Es falso que él [coronel Valencia Tovar] sea político. Lo que ocurre es que no estamos acostumbrados a aceptar que un militar sea intelectual, que opine sobre obras culturales, sociales o históricas [...] Sus conceptos sobre *La violencia en Colombia* [...] reconozcámoslo todos, conservadores y liberales [...] no son otra cosa que la verdad.

Y finaliza así: “Imaginemos un cuadro tan ignominioso que se convierta en cómico: ¡Lucio Pabón Núñez (no necesita presentación), acusando al coronel Álvaro Valencia Tovar! ¡Falta que El Borugo acuse a monseñor De Brigard!”.⁶³

LA DECLARACIÓN DE LA REVISTA DE LA POLICÍA

Mientras tanto, el jefe del Estado Mayor de la Policía, coronel Bernardo Camacho Leyva, reprodujo en la *Revista de la Policía* el estudio del padre González y lo comentó editorialmente.⁶⁴ El editorial es un corto estudio adverso al libro *La violencia en Colombia*, que volvió a agitar la opinión cuando *El Siglo* lo reprodujo el 26 de noviembre.

Escribía el coronel que el libro es “un pretendido estudio sociológico” que “síndica a las Fuerzas Armadas, Ejército y Policía, como los iniciadores de la violencia y sus principales impulsores y sostenedores”, pero que no tiene autoridad histórica por haber

[...] tenido como fundamento el archivo de uno de los autores formado a base de entrevistas personales y documentos recibidos de quienes, en su sentir, padecieron inocentemente la violencia, todo secundado con citas de libros no precisamente imparciales y de algún documento oficial que pueda acusar a las Fuerzas Armadas.

⁶³ *La Nueva Prensa*, N° 80-81, noviembre de 1962.

⁶⁴ *Revista de la Policía*, N° 95, septiembre-octubre de 1962.

Protesta porque se toman en cuenta las declaraciones de las víctimas de la violencia y porque no se analizaron “los crímenes contra las Fuerzas Armadas con la misma minuciosidad con que se analizaron las afirmaciones de persecución que hacen los criminales”. Considera que el estudio del padre González es científico, y reproduce *verbatim* la definición de “ciencia” que éste usa.⁶⁵ Finalmente el coronel sienta su “más airada protesta por las injustas afirmaciones que contra el Ejército y la Policía hacen los autores del libro *La violencia en Colombia*”, y por la inoportunidad de su publicación.

La declaración del coronel Camacho Leyva produjo una admonición también pública. El comentarista doctor Antonio Pannesso Robledo (*Pangloss*), escribió:

No parece conveniente ni discreto que tome parte en la *litis* [sobre el libro] la propia Policía Nacional [...] sintiéndose aludida como si los reproches que se hace a la institución de hace unos años se pudieran aplicar a la que ahora dirige el general Saulo Gil Ramírez. No queremos creer que los actuales directores de la Policía Nacional se solidarizan con los actos de quienes dirigían las Fuerzas Armadas. Deben mantenerse al margen de una disputa que tiene todas las características de una discrepancia puramente política, en la cual los hechos objetivos y los métodos científicos sociológicos han sido olvidados por los polemistas para reducir un trabajo serio —por discutible que sea, pero serio— a la categoría de una minúscula pelea sectaria. El alto oficial de la Policía que toma parte en la cuestión lo hace inclinándose precisamente hacia uno de los dos lados, [...] con lo cual no gana nada su causa y pierde mucho la imparcialidad de la Policía.⁶⁶

⁶⁵ Véase la última parte de esta “Introducción”.

⁶⁶ *El Espectador*, 28 de noviembre de 1962. En verdad, al respecto podría recordarse que el doctor Laureano Gómez, junto con el doctor Alberto Lleras, en la Declaración de Benidorm habían puntualizado que “siguen en urgencia la execración y repudio de la violencia ejercitada por armas y elementos oficiales”. Además, en el estudio titulado *Criminalidad 1959*, publicado y auspiciado por el Estado Mayor de la Policía Nacional, se había hecho constar lo siguiente: “El

A raíz de la entrega al senador Marín del informe confidencial del coronel Valencia Tovar, se ordenó la investigación pertinente por el ministro de Guerra y el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, general Manuel Prada Fonseca. Durante el curso de ella se entregó un exhorto al senador Marín que lo conminaba a declarar cómo obtuvo el documento secreto y le pedía la devolución del mismo.

El senador llevó inmediatamente el asunto a la corporación, donde pronunció el 12 de diciembre un discurso en el que sostuvo que el exhorto era ilegal y un “irrespeto al Congreso de Colombia”. Acusó al ministro Ruiz Novoa de encubrimiento y complicidad con el coronel Valencia y a este último de delincuente afanado en buscar publicidad,⁶⁷ porque la investigación ordenada por el ministro para establecer la persona que sustrajo el informe “era con el objeto de dar de baja a numerosos oficiales honestos y leales [siendo que] quien distribuyó el informe [...] era el propio Valencia Tovar”.⁶⁸ Durante el curso de la acalorada discusión el general y el senador llegaron a desafiarse a duelo, pues el primero aceptaba “cualquier clase de lecciones, pero no lecciones de valor”, duelo que se evitó por intervención del senador Diego Luis Córdoba. El senador Marín, recordando un ejemplo francés, pidió que se les prohibiera a los militares la lectura del libro *La violencia en Colombia* —exigencia que fue rechazada de plano por el ministro de Guerra—, y protestó el senador porque “en las propias dependencias del Ministerio de Guerra se está distribuyendo el libro que infama y calumnia a la institución”.

empleo de la policía como fuerza de choque para garantizar triunfos electorales y respaldar autoridades sectarias, fue, a nuestro criterio, la causa mayor de la violencia” (*Criminalidad 1959*, Bogotá, Estado Mayor de la Policía Nacional, 1959, pp. 30-31).

⁶⁷ *Anales del Congreso*, 20 de diciembre de 1962, pp. 2.621-2.625.

⁶⁸ *El Siglo*, 13 de diciembre de 1962; *Anales del Congreso*, 20 de diciembre de 1962, p. 2.622.

En la sesión del día siguiente, el general Ruiz Novoa hizo una defensa del Ejército y del coronel Valencia Tovar, en la que lamentaba la interferencia política en las Fuerzas Armadas, cuya experiencia pasada ha servido como escarmiento.⁶⁹ Declaró que “no vamos a estar al servicio de quienes quieran poner las Fuerzas Armadas al servicio de intereses partidistas, por legítimos que sean”, pues ellas son para todos los colombianos. Hizo una especie de recuento de los posibles motivos del senador Marín para reanudar el debate sobre el informe del coronel Valencia Tovar, y concluía que el senador en realidad estaba “resentido con el Ejército” porque éste ya no se prestaba a los fines políticos que aquél perseguía. Citó y leyó al respecto un documento de orden público suscrito por el teniente que afirmaba que el senador Marín el 31 de enero de 1960 había sido encontrado en Barbosa (Santander) en una casa con un grupo de violentos y que había tratado de obtener luego la libertad de uno de los bandoleros apresados entonces, diciendo al capitán comandante: “Hágame el favor de soltarme al muchachito, que es inocente y no debe nada. Y además lo necesito para la campaña de inscripción de candidatos que estamos haciendo”. El capitán se negó a soltar al bandolero. El ministro informó a continuación con datos específicos que aquel preso estaba en efecto sindicado de homicidio, robo y asociación para delinquir.⁷⁰

La lectura del documento causó gran sensación en el Senado. El senador Marín explicó que la captura de su protegido se había realizado durante una concentración política y que en efecto él había hecho tal diligencia, pero sólo por el temor de que el joven sufriera vejámenes en los cuarteles del batallón; y protestó porque con la amenaza a duelo el ministro había tratado de “instaurar la violencia en el sagrado recinto del Senado”.⁷¹

Mientras la prensa de todas las tendencias publicaba editoriales y comentarios pertinentes, se puso fin a esta última escara-

⁶⁹ *Anales del Congreso*, 24 de enero de 1963, pp. 112-116.

⁷⁰ *Anales del Congreso*, 24 de enero de 1963, p. 115.

⁷¹ *Anales del Congreso*, 14 de diciembre de 1962, p. 2508; 20 de diciembre, p. 2.625.

muza. Unos trataron de disminuir la importancia del episodio de Barbosa, y otros, como *Calibán*, clamaron que “el tipo de político [del senador Marín] deba desaparecer porque es mengua de la democracia”.⁷²

Luego, el 19 de diciembre, *El Espectador* publicó el texto completo del informe del coronel Valencia, donde confesaba que “este documento llegó a nuestras manos por caminos no digamos más lícitos, sino menos ocultos que los que lo llevaron a las del señor senador Darío Marín Vanegas”. La publicación produjo una nueva ola de declaraciones, editoriales y comentarios. Un grupo de jóvenes conservadores volvió a protestar porque el informe “implica acusaciones que este partido no puede aceptar, máxime cuando este partido ha cumplido fielmente sus obligaciones, respetando derechos del Partido Liberal [...] El Partido Conservador no tolera ni permite ultrajes de su dignidad histórica”.⁷³ Algunos parlamentarios conservadores declararon que el informe de Valencia Tovar era “la proclama del jefe liberal del ejército colombiano”, y que es “un documento apasionado y parcial con el cual hacen su ingreso a la política colombiana las Fuerzas Armadas”.⁷⁴ El ex presidente doctor Roberto Urdaneta Arbeláez dijo que existía

[...] una campaña, posiblemente premeditada, que busca tergiversar la historia e incriminar al Partido Conservador de todo lo malo que le haya ocurrido al país: bancarrota, violencia, etc. No podemos permitir que las generaciones venideras lleguen a la convicción de que los gobiernos del Partido Conservador y sus dirigentes son culpables de todos los males de la república, porque si ello ocurre, perdemos el derecho a intervenir en la dirección de los destinos del país.⁷⁵

⁷² *El Tiempo*, 15 de diciembre de 1962.

⁷³ *El Siglo*, 20 de diciembre de 1962.

⁷⁴ *El Siglo*, 21 de diciembre de 1962.

⁷⁵ *La República*, 21 de diciembre de 1962.

La Patria de Manizales señaló que el coronel Valencia en su informe no daba ninguna muestra de “erudición en materias sociológicas”, no ofrecía objetividad, ni comentario táctico, ni observaciones de valor alguno.⁷⁶ El coronel sólo hizo “un ensayo de bachiller en busca de prestigio parroquial”, y al hacerlo le faltó tacto y versación. Descubría que el coronel “adquirió compromisos en el orden político y en el orden moral, porque enjuiciaba y cubre con el lodo de la vergüenza a sus subalternos, a sus compañeros de grado y a sus superiores de más alta jerarquía”. Y *La República* encontraba “extraño” el informe del coronel, por cuanto “el consabido libro sobre la violencia es ante todo una fuerte recriminación, en muchos aspectos calumniosa, contra las Fuerzas Armadas” y porque no le daba importancia al 9 de abril.⁷⁷

Por su parte, *El Diario de Medellín* recalcó la objetividad del informe del coronel, y su justificación en el esfuerzo de crear un Ejército verdaderamente técnico y autónomo.⁷⁸ *El Espectador* editorializó sobre el “documento ejemplar”, destacando “su veracidad y el valor de su autor al decir la verdad, y su patriotismo, discreción y dignidad, al prestar tan eminente servicio al país y al Ejército”.⁷⁹ Y para ponerle punto final al debate, el *Bachiller Cleofás Pérez* escribió en *El Tiempo* que fue voluntad de los liberales y de la mayoría del conservatismo unionista clausurar aquel debate parlamentario, por parecerles perjudicial y violatorio del programa de la gran coalición que recomendaba no perturbar con la política el funcionamiento de las instituciones armadas.⁸⁰

De esta forma se cerró el último incidente público del año con relación al libro *La violencia en Colombia*.

⁷⁶ *La Patria*, 21 de diciembre de 1962.

⁷⁷ *La República*, 19 de diciembre de 1962.

⁷⁸ *El Diario de Medellín*, 20 de diciembre de 1962.

⁷⁹ *El Espectador*, 21 de diciembre de 1962.

⁸⁰ *El Tiempo*, 24 de diciembre de 1962.

Por lo que va relatado puede deducirse el impacto causado por la publicación del libro *La violencia en Colombia*. Aplicando la hipótesis de Lerner, bien puede concluirse que ésta fue una publicación trascendente, pues la reacción que provocó fue amplia, variada e intensa. El libro llevó a sus lectores a ponderar sus recuerdos, a situarse en el presente en relación con la violencia y a definir sus expectativas. Para algunos ésta fue una tarea dramática y dolorosa que los llevó a rechazar las tesis del libro y racionalizar su posición antigua para defenderse. Para otros, el libro fue simplemente estimulante. A todos se les indujo a situarse respecto a los hechos ocurridos, las identificaciones y las demandas que el libro evoca, proyectando el ego o la imagen personal sobre la imagen pública creada por el libro mismo.

ACTITUDES Y ROLES EN LA REACCIÓN PÚBLICA

Importante para entender la reacción pública ante el libro de la violencia es formar un marco teórico adecuado, en el que intervengan los conceptos de *actitud* y *rol* conocidos en la sociología. Siguiendo el liderato de Lerner, con las modificaciones indicadas, es útil definir dos criterios:

1. Cómo se *estatifica* el reseñador o comentador, es decir, si con relación al libro y sus autores se considera superior, inferior o neutral.
2. Cómo se *polariza* el reseñador o comentador, es decir, si se considera amistoso, hostil o neutral hacia el libro y sus autores.⁸¹

Eliminando —por no producir información significativa— la polarización neutral, es posible formar un cuadro de categorías binómicas de actitudes (A) y roles (R) con las calidades restantes, así:

⁸¹ Daniel Lerner, "The American Soldier and the Public", *op. cit.*, pp. 222, 225.

Calidades de estratificación	Calidades de polarización	
	Amistoso	Hostil
Superioridad	(R) Paternal (A) Benedictoria	Sáulico Imprecatoria
Neutralidad	(R) Fraternal (A) Misionera	Rival Nihilista
Inferioridad	(R) Filial (A) Pietista	Infantil Escapista

Así surgen seis categorías binómicas al combinar los dos ejes (columnas con renglones), a saber: a) amistoso con aire de superioridad; b) hostil con aire de superioridad; c) amistoso con aire de neutralidad; d) hostil con aire de neutralidad; e) amistoso con sensación de inferioridad, y f) hostil con sensación de inferioridad. Aplicaremos cada una de estas categorías a las respuestas y réplicas estimuladas por el libro y a las autoimágenes producidas por el mismo.

ESTRATO DE SUPERIORIDAD

a) *Amistoso*. En esta categoría encontramos que se combinan el rol paternal con la actitud benedictoria. “El rol paternal les cabe bien a aquellos cuya autoimagen es suficientemente estable y grande como para poder considerar los elementos jóvenes que surgen más como promesa que como una amenaza”.⁸²

La actitud benedictoria se encuentra en intelectuales o historiadores independientes de gran reputación que no se dejan dominar por los procedimientos que predominan en su respectiva profesión y ven con buenos ojos algunas innovaciones.

⁸² *Ibid.*, p. 225.

Es fácil colocar en esta categoría la reseña “Historial de la violencia” del conocido sociólogo e historiador profesor Luis López de Mesa, que empieza precisamente compulsando de modo paternal las características tipográficas y sintácticas del libro reseñado. Con un amplio prestigio nacional e internacional, el profesor López de Mesa no se considera amenazado por nuevos elementos, lo cual le permite adoptar una actitud benedictoria respecto a lo que éstos intentan hacer. Además, es capaz de ofrecer nuevos datos y evidencias para adelantar aún más el análisis de la violencia que él mismo considera incompleto en el libro, atrayéndose así parte de las iras que se habían desatado en contra de los autores, pero que lo dejan sin cuidado.

b) *Hostil*. El neologismo *sáulico* (del rey Saúl) se refiere a aquel rol parecido al de un padre celoso que se vuelve enemigo de su prole porque empieza a ver en ella una amenaza a la autoimagen del padre, antes poderoso y dominante. La actitud respectiva es imprecatoria porque se desea desterrar o eliminar de la casa común a la prole amenazante y así se expresa de forma tonante.

Fácil es también situar en esta categoría un buen número de los comentarios publicados en la prensa bogotana, y que podrían agruparse bajo el tema de la “mala fe de los autores”, además de que aquí también cabrían algunos de los epítetos a éstos lanzados y conceptos como los expresados en el Senado de la República (“documentos mañosos”, “cortesanas”, etc.); otros son definidamente de la última categoría, la de hostilidad con sensación de inferioridad.

La mala fe (o el “veneno”) de los autores, según *El Siglo* del 26 de agosto (basado en las insinuaciones del padre González),⁸³ radica en que con la “impresión de imparcial autoridad y cristianismo” encubren un ataque al Partido Conservador. “Instintivamente” el editorialista abre el libro en una página, donde encuentra “un concepto analítico de fondo” sobre la violencia en 1949, y lo considera sectario. *La República* sostiene que el libro

⁸³ Miguel Ángel González, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, *op. cit.*, pp. 296-297.

da visos científicos a acusaciones que nutrieron el sectarismo; que deforma hechos e ignora otros.⁸⁴ La mala fe se demuestra también por el reemplazo de la palabra “bandoleros” por “pueblo, ruralía, campesinos”.⁸⁵ Un columnista de *La República* advierte mala fe porque el autor del prólogo del libro anticipó la crítica adversa al decir que se iban a herir intereses creados; pero luego continuó: “Los únicos intereses creados aquí son los de los cohonestadores y aprovechadores de la violencia, que no tienen por qué sentirse ofendidos, sino todo lo contrario”.⁸⁶

Y hubo mala fe, según ellos, en los editores de la segunda edición, quienes se las ingeniarón para que en la carátula apareciera el nombre de *El Siglo* a fin de hacer creer que este diario patrocinaba dicha reimpresión.⁸⁷ La aclaración apareció en primera página, “en vista de las numerosas llamadas telefónicas” que se hicieron a aquel diario. (Como se sabe, la carátula en cuestión contiene facsímiles de noticias sobre la violencia que aparecieron en todos los periódicos de la capital; ella fue diseñada por un artista sin ninguna intención ulterior).

Típica de esta categoría es la reacción producida por el hecho de que el autor principal, un sacerdote católico, no hubiera seguido el canon 1.386 y obtenido un imprimátur. Y que se le endilgaran epítetos como el de “sacerdote renegado”, “clérigo suelto” y “párroco en receso”. La amenaza al padre omnipotente también se traduce en expresiones como la de que en Colombia “no se acostumbra el maridaje entre católicos y protestantes”. El deseo de eliminar a la prole amenazante aparece en la desautorización que por su religión se hace a uno de los autores y en la insinuación de que se le destituya de una decanatura en la universidad. El incidente del concepto del coronel Valencia también fue pródigo en actitudes imprecatorias de personas amenazadas que emplearon el papel sáulico.

⁸⁴ *La República*, 23 y 24 de septiembre de 1962.

⁸⁵ *El Siglo*, 25 de septiembre de 1962.

⁸⁶ *La República*, 26 de septiembre de 1962.

⁸⁷ *El Siglo*, 29 de septiembre de 1962.

a) *Amistoso*. Los científicos sociales y profesionales afines encuentran apropiado el papel fraternal ante el libro y los autores; también las personas que, por una u otra circunstancia (su educación y experiencia, por ejemplo), se interesan en los planteamientos científicos y los respetan en la medida de su objetividad. Este rol les lleva muchas veces a la actitud misionera, expresada en el deseo de hacer conocer las nuevas verdades y de llevar la luz alcanzada a personas que no la hubieran visto todavía.

Los comentarios de Fabio Lozano Simonelli y de Guillermo García Niño, entre otros, pertenecen a esta categoría. En ellos exuda el respeto por la ciencia social. También es aquí clasificable el concepto del coronel Valencia, aún más si se recuerda que recomendó la lectura del libro y su adopción como texto para la oficialidad superior, todo en mérito a la objetividad de la publicación.

De interés es también la actitud tomada por diversos comentaristas ante la tesis de que el estudio de la violencia es inoportuno y antipatriótico. Para éstos la política del “olvido” en el Frente Nacional es peligrosa, porque el Frente se hizo, entre otras cosas, para terminar la violencia. Y para hacerlo, como es obvio, debería encararla y desmenuzarla analíticamente, como un médico haría con una enfermedad o un cuerpo doliente. Según ellos, la posición del “olvido” lleva implícita la condonación de muchos crímenes y responsabilidades, hechos inadmisibles en un país progresista, cristiano y democrático que precisamente empieza a adquirir una aguda conciencia histórica. Escritores como Lozano Simonelli trataron de deslindar este proceso profiláctico y renovador, del ánimo pendenciero que acudía quisquillosamente a la “dignidad histórica” de los partidos. En efecto, Lozano escribió:

No parece cuerdo que la dignidad histórica del Partido Conservador, ni ninguna otra dignidad, pueda fundarse en negar errores del pasado. Con un propósito expreso de rectificación se hicieron los pactos de Benidorm y Sitges, que firmó el doctor Laureano Gómez,

y el del 20 de marzo, que firmaron los doctores Mariano Ospina Pérez y Guillermo León Valencia.⁸⁸

Muy pertinente es el siguiente aparte de Gonzalo Canal Ramírez, que vuelve a repetir el tema básico del libro *La violencia en Colombia*:

Lo mejor que el país puede hacer, en materia de soluciones para la violencia, es reconocer sinceramente los errores que todos hemos cometido en este campo [En esta materia] no podemos engañar a nadie sin engañarnos a nosotros mismos [...] ¿Quién podrá negar que sobre la violencia han incidido todos los intereses del país, desde los políticos y económicos hasta algunos falsamente religiosos? Pero una cosa es la recriminación retrospectiva, un imposible por ahora, en juicio de responsabilidades (la sociedad colombiana, en últimas, es la responsable) y otra un examen de conciencia sobre el fenómeno. Este sí necesario socialmente, porque la violencia no se aliviará si los colombianos no formamos una conciencia sobre ella.⁸⁹

Esta tesis fue sostenida también por *El Diario de Medellín*.⁹⁰ Y Armando Gómez Latorre añadió después:

[El libro sobre la violencia] se escribió porque es imposible curar al país de tan grave mal si no se conoce su historia clínica, la intimidad del proceso, la esencia de la tragedia y la consistencia del cuerpo social que debe recibir el tratamiento.⁹¹

Así tradujo su actitud amistosa frente al libro de la violencia.

b) *Hostil*. El papel del rival aparece con mayor frecuencia entre científicos sociales o intelectuales que no se convencer de los méritos de la publicación y comunican que prefieren otros

⁸⁸ *El Espectador*, 22 de diciembre de 1962.

⁸⁹ *El Tiempo*, 9 de noviembre de 1962.

⁹⁰ *El Diario de Medellín*, 20 de diciembre de 1962.

⁹¹ *El Tiempo*, 19 de mayo de 1963.

tipos de investigación, otras maneras de enfocar los problemas u otras hipótesis de trabajo. Cuando esta preferencia se expresa sin ofrecer alternativas concretas, resulta una actitud nihilista.

Juan Lozano y Lozano ofrece un caso interesante de hostilidad neutral. Para él el libro de la violencia no es sino un escape “para los bobos”,⁹² considera que todo lo dicho en el libro ya se sabía —y en mejor forma expresado— y para el uso de la sociología, que considera “ciencia melancólica”, no ofrece alternativas.

El sentimiento expresado en esta categoría puede resumirse en otro tema que se agitó durante la polémica sobre el libro, el de la causalidad de la violencia y la fecha de su iniciación. Para ello, varios científicos sociales e historiadores presentaron diversas teorías, todas las cuales demuestran nuevas maneras de enfocar el tema y tratar de debilitar, por extensión, el argumento presentado en el libro criticado. Helas aquí:

- La teoría de los pijaos: la agresividad de estos indios durante la época de la conquista española ha sobrevivido hasta hoy, y lo prueba el hecho de que la violencia es más intensa en las áreas que aquellos indios habitaban (José Francisco Socarrás).⁹³
- La teoría de la “guerra a muerte” y las guerras civiles: aquella consigna dada durante las gestas emancipadoras fue el comienzo de la violencia, una de cuyas expresiones es la contienda civil; antes sólo había la *pax hispana* (Jorge E. Gutiérrez Anzola.).⁹⁴
- La teoría de los comunistas: sólo éstos tienen la culpa de la violencia, que obedece a consignas foráneas (Alonso Moncada).⁹⁵

⁹² *El Tiempo*, 1 de agosto de 1962.

⁹³ Conferencia dictada en Medellín, reproducida y comentada en *El Tiempo*, 23 de septiembre de 1962, pp. 1 y 3.

⁹⁴ Jorge Enrique Gutiérrez Anzola, *Violencia y justicia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1962.

⁹⁵ Conferencias públicas dictadas en Bogotá y documentación aparecida luego en su libro *Un aspecto de la violencia*, Bogotá, Promotora Colombiana de Ediciones y Revistas, 1965. Las mismas tesis fueron repetidas por el reverendo padre Vicente Andrade Valderrama, s.j., en su artículo “El comunismo, principal responsable de la violencia en Colombia”, en *Revista Javeriana*, tomo L, No. 299, octubre de 1965, pp. 299-303.

- La “teoría Gorgona”: la agresividad es innata y se combate con sus mismas armas: de allí que para terminar con la violencia se haga necesario adiestrar a reclusos escogidos del presidio de la isla Gorgona para que actúen como contraguerrillas en las áreas afectadas (Horacio Gómez Aristizábal).⁹⁶

- La teoría de la normalidad: que la violencia es acaecer normal, pues aparece en otros pueblos y en toda época (Roberto Urdaneta Arbeláez).⁹⁷

Otro tema también es pertinente aquí: el de la inoportunidad de la publicación del libro. En este caso no se imputa necesariamente que no se deba estudiar la violencia, y por ello no se adoptan actitudes de superioridad ni de inferioridad. Sólo se adopta la actitud escapista nihilista que exige, “ahora no, sino después”, aunque sin sugerir los caminos para entender mejor el fenómeno estudiado.

Casi desde la aparición del libro, se dejaron oír algunas voces de desaprobación, por considerar que con él se agitaba la opinión y se reanudaban polémicas que harían peligrar el Frente Nacional. El propio ministro de Gobierno, doctor Fernando Londoño y Londoño, sostuvo en el Congreso que el Frente Nacional se había hecho para no volver a hablar de la violencia,⁹⁸ tesis repetida por el ex presidente doctor Ospina Pérez, quien añadía que no se debían analizar los orígenes y responsabilidades de la misma.⁹⁹

Al desarrollarse la polémica se afirmaron aquellos conceptos con declaraciones como que “la historia no tiene que ver con nuestros odios y con nuestras esperanzas”,¹⁰⁰ “no es tiempo de realizar [este debate] porque muchos de los actores están vivos e

⁹⁶ Horacio Gómez Aristizábal, *Teoría Gorgona: causación de la violencia y estructuración de un sistema para erradicarla*, Bogotá, Iqueima, 1962.

⁹⁷ *La República*, 2 de diciembre de 1962.

⁹⁸ *Anales del Congreso*, 21 de julio de 1962, p. 599.

⁹⁹ *La República*, 5 de agosto de 1962.

¹⁰⁰ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

interesados en defenderse de las acusaciones”;¹⁰¹ que estas polémicas no le sirven al Frente Nacional, y “un estudio a fondo sólo sirve para exaltar los ánimos”.¹⁰² Una exhortación del señor cardenal arzobispo de Bogotá, en el sentido de que opinaba no ser ésta la “hora de recriminaciones ni es éste el momento de hacer la historia de los luctuosos acontecimientos que hemos vivido”,¹⁰³ se interpretó como condenatoria del libro. Y el padre González terminaba su crítica lamentando la aparición de la obra, porque ésta es “una incitación al resentimiento, a la cólera, a la renovación de las pasadas recriminaciones, al sectarismo político”.¹⁰⁴ Estas opiniones fueron llevando poco a poco a la declaración de directores de periódicos ya comentada, y que confirma las características de la categoría que discutimos.

ESTRATO DE INFERIORIDAD

a) *Amistoso*. La actitud pietista lleva a un sentido de admiración por los elementos simbólicos de la ciencia social, especialmente por sus estadísticas, medidas y conceptos, lo cual va implícito en el rol filial. Éste se justifica por el sentido de pertenencia al conjunto de científicos sociales que en el momento son personeros y que pueden representar, para el reseñador, un grupo de referencia.

Algo de esto puede encontrarse en el comentario de *El Espectador* del 7 de octubre de 1962. Pero mucho más claramente se aprecia en el del 19 de agosto, en el mismo periódico. La utilización de los conceptos sociológicos, los méritos que recalcan los comentaristas en la ciencia social y la fe en su utilidad se traducen en varios sitios de esas reseñas.

¹⁰¹ *El Colombiano*, Medellín, 28 de septiembre de 1962.

¹⁰² *La República*, 24 y 27 de septiembre de 1962.

¹⁰³ *El Siglo*, 3 de octubre de 1962.

¹⁰⁴ Miguel Ángel González, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, *op. cit.*, p. 319.

b) *Hostil*. El rol infantil se basa en el afán de hacer aparecer la ignorancia como sabiduría, mediante la utilización de estereotipos. Por la actitud escapista que le acompaña, se llega al expediente de apelar a autoridades que deben saber más, lo cual elimina la necesidad de hacer críticas específicas al libro, afiliando al comentarista con la autoridad superior que invoca; esto es útil para mantener incólume la imagen personal frente al reto que aquél quiere contestar, pero que no sabe cómo hacerlo.¹⁰⁵

Los adeptos a la hostilidad con sensación de inferioridad tienden a reunir sus defensas alrededor de frases de cliché y estereotipos que se justifican en las sociedades de masas y por los medios masivos de comunicación. Exigen la aplicación práctica del conocimiento o abogan por su sanción moral; ello porque tales comentaristas tienen autoimágenes profesionales o vocacionales que no incluyen una metodología sistemática o explícita y buscan siempre lo que es de utilidad o conveniencia práctica.¹⁰⁶

Los materiales analizados indican la presencia de esta categoría en muchos de los comentaristas periodísticos y en otros estudios incluidos en revistas. En efecto, típico de estas actitudes son las crónicas en que se alude a la sociología como “argot fingido”, “vocablos vanos”, “acumulación de fruslerías”.¹⁰⁷ Esto lo basan los comentaristas en el hecho de que el padre González consideró en su estudio como “desórdenes de lenguaje” los conceptos elementales o básicos de sociología que aparecen en el libro de la violencia, especialmente en el último capítulo. Confirma el marco del estrato de inferioridad la apelación a Pitirim Sorokin que como a autoridad superior hace el padre González repetidas veces, aunque sólo del libro *Achaques y manías*. En la misma categoría se clasifica la reacción que produjo el “Historial” de López de Mesa y los insultos del tipo “Monstruo Guzmán”, “biólogo de la sardina”, “viejo maniqueísta” y “oficial envenenado”.

¹⁰⁵ Véase Daniel Lerner, “The American Soldier and the Public”, *op. cit.*, p. 229.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 223, 243-245.

¹⁰⁷ *El Siglo*, 25 de septiembre de 1962.

Pertinente para estudiar este tipo de hostilidad infantil-esca-pista con sensación de inferioridad es la forma como los comentaristas manejan el concepto de *ciencia*. Para ello parten de una definición ofrecida por el reseñador de la *Revista Javeriana*, que refleja el afán moralista y utilitario. Dice así: “Una investigación sociológica, para que sea verdadera, además de ser auténticamente científica, debe ser ante todo moralmente justa, útil para un fin honesto y constructiva en relación al bien particular o al bien común de la sociedad”.¹⁰⁸ De esta forma, el editorial de *El Siglo* del 20 de septiembre estipula dos razones principales para considerar que el libro sobre la violencia no es científico, sino sec-tario: a) porque en su prólogo se agradece a los bandoleros por no haber matado a los investigadores; y b) porque en el capítulo final el arsenal de vocablos técnicos se usa para imputar todos los crímenes al conservatismo, el Ejército, la Policía y el Gobierno.¹⁰⁹ Y días después se expresa así: “El mérito de toda obra científica se juzga por su finalidad y resultados. El esfuerzo y dificultades de sus autores no agrega nada al valor objetivo; es necesario que sea buena, útil y resultará laudable si produce efectos benéficos”.¹¹⁰

El afán de demostrar falta de ciencia en el libro llevó a algunos comentaristas a citarlo fuera de contexto, a quitar o poner comillas a su acomodo y a mutilar palabras esenciales (como el prefijo “auto” de “autoconstituyen”).¹¹¹ Así, se trata de probar además que los autores comparten expresiones tomadas de libros diferentes y aun decires de bandoleros.¹¹² Hay otros argumentos: que la valoración de los criminales “no puede hacerse pasar por sociología”,¹¹³ que no hay “voluntad de encontrar la verdad” si-

¹⁰⁸ Miguel Ángel González, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, *op. cit.*, pp. 318-319.

¹⁰⁹ *El Siglo*, 20 de septiembre de 1962.

¹¹⁰ *El Siglo*, 25 de septiembre de 1962.

¹¹¹ Véase Miguel Ángel González, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, *op. cit.*, p. 301.

¹¹² *La Patria*, 23 de septiembre de 1962; *El Siglo*, 28 de septiembre de 1962.

¹¹³ *La República*, 23 de septiembre de 1962.

no, por el contrario, de implantar la mentira por las “premisas falsas de que se partió”;¹¹⁴ que se emplean fuentes “sin crítica alguna”, especialmente lo afirmado por bandoleros; que se usan novelas sectarias, quejas de víctimas, volantes anónimos, etc.; que se acude al “archivo personal” del autor principal.¹¹⁵ Sobre estas fuentes, *La República*, siguiendo al padre González, insiste en que no son autorizadas la revista *Semana*, *El Tiempo*, *El Espectador*, discursos y mensajes liberales o del Comité Central Comunista, “ni el archivo de un sacerdote excomulgado” (el padre Fidel Blandón), ni las declaraciones de los criminales y de las víctimas de la violencia, olvidando que el libro tiene también citas de obras del bando opuesto.¹¹⁶ Al archivo de monseñor Guzmán (una valiosa colección de documentos recogidos a través de muchos años, y tal vez de lo más completo sobre el tema en Colombia) lo declaran arbitrariamente inexistente o como una excusa para autocitarse, lo cual sería “corte de *obscurum per obscurius*”.

Una campaña de este tipo debía llevar a desacreditar la profesión y las escuelas sociológicas. Y así ocurrió, en efecto. Ya se ha visto la opinión de algunos comentaristas al respecto. En adelante, la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional sería “una amenaza que ayuda al sectarismo y a la deformación de la verdad”;¹¹⁷ “la sociología y los sociólogos le van a crear al país un problema de orden público” con ocasión del Primer Congreso Nacional de Sociología, que para entonces lo anunciaba la asociación colombiana del ramo;¹¹⁸ la sociología se ha convertido en “expediente cómodo del liberalismo contra los conservadores”;¹¹⁹ y el libro sobre la violencia es “otra ráfaga del eterno olimpo liberal”.¹²⁰ Curioso es ver, sin embargo, que

¹¹⁴ *El Siglo*, 20 de septiembre de 1962.

¹¹⁵ *Ibid.*

¹¹⁶ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

¹¹⁷ *El Siglo*, 2 de octubre de 1962.

¹¹⁸ *Ibid.*

¹¹⁹ *Ibid.*

¹²⁰ *El Siglo*, 26 de agosto de 1962.

al coronel Valencia se le echa en cara precisamente su falta de “erudición en materias sociológicas” para destruir su concepto.

Puede verse cómo se confirman en este caso las categorías expuestas. Al moverse la discusión al campo de símbolos doctrinales, se salta al uso del cliché. Las reseñas hostiles de este tipo infantil-escapista indican que la imagen personal producida por el libro de la violencia se encuentra agredida por un estímulo nuevo e inopinado, el de la ciencia social, personificado en los autores y en la facultad respectiva. En actitud defensiva, los reseñadores tienden entonces a emplear estereotipos, como el de “desórdenes de lenguaje”. Pero resalta otra actitud: la de defender el ego apelando al prestigio de otro. En este caso los nombres invocados refuerzan el ego estropeado y revelan no sólo su nivel de información sino su nivel de aspiración.

ACTITUDES Y ESTRUCTURAS

Aunque las categorías binómicas aquí estudiadas puedan ser de vigencia universal en las condiciones estipuladas, es interesante relacionar la determinación e incidencia de ellas con la estructura social de nuestro país. Las actitudes y los roles resultantes de la prueba efectuada llevan a una conclusión general: que la reacción eminentemente emotiva ante la publicación del libro de la violencia estuvo dirigida a preservar sistemas particulares y estructuras existentes por el solo hecho de su existencia, así fueran ellas obsoletas, discutibles o inconvenientes para el país en general. En este caso se tendió a pensar más en razón del grupo o del interés específico que en la del beneficio colectivo representado en la consciente represión de la violencia como enfermedad nacional. Se puede llegar a otra conclusión: que el libro, al no producir todo el efecto esperado por los autores en cuanto a la profilaxis y prevención de la violencia, se tornó en una herramienta de sondeo de la opinión pública y de la conformación de actitudes de la clase dirigente nacional. Y logró descubrir algo parecido a una estructura bifuncional: por una parte, el aspecto manifiesto de la política de convivencia de los partidos, que lleva a adoptar pos-

turas de paz y a manifestar propósitos de acuerdo y armonía en pro de la patria; y por otra, el aspecto latente de la organización partidista tradicional, donde sigue primando el sectarismo hispido, listo a expresarse en forma violenta o agresiva.

El análisis tiende a demostrar que en las élites intelectuales y dirigentes existe un entendimiento tácito, un *gentlemen's agreement* que evita la confrontación y promueve el olvido —así sea artificial— de la violencia; pero que tiene como resultado, no la terminación del flagelo, sino la represión subconsciente de su realidad, o la desviación de ésta hacia otras formas de expresar manifestamente la agresividad, y a veces hacia alguna sublimación. Esta paz precaria es posible por la acomodación política y social del momento, pero como en toda condición de equilibrio inestable, resulta difícil de mantener. Por lo mismo, la violencia se encuentra tan latente en estos medios privilegiados como en los medios campesinos, aunque los instrumentos de expresión sean distintos.

Pruébelo, si no, el caso de la publicación de *La violencia en Colombia*. Producida en momentos de tránsito gubernamental, tuvo como efecto visible sacudir por sus cimientos la enclenque tranquilidad en que estaba sumida la sociedad colombiana. Ante el reto del libro se abrieron diversos cauces para expresar la agresividad reprimida, o la violencia y el sectarismo latentes, efectos que demostraron la fuerza de la enfermedad que padece el país, aún en las clases intelectuales y dirigentes, donde su algidez no debería ser tan primaria. La agresión fue progresando sucesivamente, por etapas, buscando diversos canales de expresión. Parte de ella al principio se dirigió al libro mismo, como primera meta y la más obvia; luego a los autores y a los defensores del libro, una vez que se consumió la primera etapa; finalizado el combustible de la segunda, o encontrado diques suficientes, la agresión tomó nuevo curso, dirigiéndose entonces a atacar la ciencia sociológica y, como última meta, a la facultad y a la asociación que la representan en Colombia. Todo esto —más otros ejemplos de interés— indica la vigencia actual de la violencia y el sectarismo en las urbes y medios directivos, y que tanto la una

como el otro han entrado en una peligrosa etapa latente que lleva la semilla de futuros problemas sociales. Porque no se prefiere reconocer conscientemente su existencia —síntoma mucho más saludable—, sino que se recurre a negarla verbal y mentalmente, racionalizando quizás así la inercia culpable de no poder actuar eficazmente en la solución de los problemas básicos de estructura que están en la raíz del fenómeno. Pues mientras no se resuelvan tales problemas, seguirá la violencia en sus múltiples formas.¹²¹

En este estilo, ante el impacto del libro, se escurren las inteligencias hacia las categorías tradicionales, así sea para defenderlas *à outrance* como para racionalizar las actuaciones de los personeros grupales, coadyuvando así en la formación o preservación de los mitos políticos. Más involucradas como están a otras partes de la estructura social, aquellas actuaciones llevan implícitos aspectos religiosos y económicos importantes que enfatizan el tradicionalismo y que destacan elementos primarios del tipo de “sociedad folk” que en nuestro medio va quedando rezagada. En últimas, el libro de la violencia fue un claro detector de elementos de consistencia adamantina en la estructura social que van provocando lo que William Ogburn ha identificado como “retardo cultural”, es decir, el desajuste que ocurre cuando instituciones sociales conexas van cambiando de funciones y estructuras a velocidades distintas, por encontrar diversas resistencias. Partes de la estructura social nacional han avanzado acordes con presiones ejercidas por fuerzas externas que han transformado ya muchos países; otras partes de la estructura se han quedado inarmónicamente atrás, como eran en el siglo XIX. La reacción pública hacia el libro destacó precisamente aquella porción política tradicional (multipartidista) que condiciona la existencia de las estructuras nacionales a sus determinadas filosofías y metas, filosofías y metas que en la práctica han quedado cortas ante lo que realmente aspira el país. Esto confirma que en Colombia todavía estamos lejos de llegar a un consenso adecuado sobre lo que debe ser el país o sobre su propósito nacional, signo de su madurez social,

¹²¹ Al respecto véase el último capítulo del tomo I de *La violencia en Colombia*.

política y económica dentro del actual contexto de transformación mundial.

Esta sobrevivencia de actitudes políticas tradicionales es incongruente con la realidad del cambio socioeconómico parcialmente alcanzado. El país puede estar sufriendo las consecuencias de este “retardo cultural”: la persistencia de la violencia, el sectarismo y la agresión, en efecto, son síntomas elocuentes. Aquel tipo de resistencia al cambio impide, por ejemplo, que ni aun por las campañas cívicas y políticas se logren determinar las raíces concretas de la violencia en cada lugar y se proceda a extirparlas. Y en cambio, el tradicionalismo de esta clase, con los intereses creados, lleva a adoptar posiciones polémicas por las cuales se trata de demostrar que ninguno tuvo la culpa de nada, recurriendo a cortinas de humo para atenuar los perfiles de la evidencia. La “dignidad de los partidos” se vuelve así un tótem que tiende a preservar por subterfugios dialécticos determinadas partes de la estructura tradicional, y especialmente de la institución política, que es precisamente una de las más retardadas con relación a las instituciones que, como las económicas, se han transformado en nuestro medio.

Sólo dentro de este contexto de inercia y retardo cultural se puede entender en toda su lógica por qué las actitudes pietistas se hubieran extremado a veces. E igualmente, por la existencia de la estructura bifuncional arriba mencionada, con sus aspectos manifiestos y latentes, es entendible que se hubiera echado por la borda mucho de la objetividad para el examen del problema de la violencia pedida por el mismo libro, evitando la autocritica que, a fin de cuentas, debía ser el mejor de los síntomas que indicara la curación de las llagas de nuestro cuerpo social y nuestra mayoría de edad como nación moderna.

VI

Son muchas las personas que han colaborado para que la presente edición del segundo tomo de *La violencia en Colombia* sea una realidad. Sería largo enumerarlas, y aunque no las mencionemos

específicamente, deberán saber que cuentan con el perenne agradecimiento de los autores. Esperamos que nuestro esfuerzo sea de utilidad para el país, hoy más que nunca necesitado de entender lo que sufre y de dejar atrás definitivamente el lastre de la violencia.

No nos abriga ninguna duda de que el país podrá superar esta etapa de confusión e ignominia. Tarde o temprano el sol de la nueva Colombia calentará nuestros huesos. A la pujante generación que debe redimirnos, la que corregirá la bíblica profecía, dedicamos con esperanza la presente obra.

Bogotá, diciembre de 1963

IV. CIENCIA Y PRAXIS

LA CRISIS, EL COMPROMISO Y LA CIENCIA¹

Ya varias veces se ha mencionado el concepto de “compromiso”, al relacionarlo con las ideas de liberación, crisis y ciencia propia.

No es posible hablar de ciencia propia y colonialismo intelectual sin hacer un planteamiento más o menos a fondo de todos estos conceptos, más aún porque algunos de ellos, como el de compromiso, están sujetos a confusiones interesadas.

* * *

Hay muchos indicadores que muestran que la América Latina ha venido pasando por una situación de crisis desde hace algún tiempo, muy probablemente desde fines de la Segunda Guerra Mundial, pero de manera más visible al finalizar la década de 1950. Los estudios técnicos así lo señalan, no sólo en el campo de la sociología sino también en el de las otras ciencias sociales, políticas y económicas.

La crisis que nos afecta es una fase crucial de nuestra historia que lleva al cambio de las estructuras tradicionales de la sociedad

¹ Texto extraído de *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, Nuestro Tiempo, 1970. Aprovechando la coyuntura del IX Congreso Latinoamericano de Sociología, antes de que se hiciera público el Informe Rockefeller, Fals Borda escribió este ensayo, que trata de aclarar lo que se debe entender por *compromisos* y cómo esta idea se relaciona con las de *crisis*, *ciencia rebelde* y *política nueva*.

latinoamericana. Es crisis porque las estructuras mismas han llegado a plantearse contradicciones o a sufrir incongruencias de tal entidad que no se pueden resolver sin modificar esencialmente sus propias formas y contenidos.² La sociedad sufre así un proceso irreversible de desorganización interna que crea cuerpos y anticuerpos, expresado en valores, normas, grupos, instituciones y técnicas en conflicto. Según algunas interpretaciones teóricas, este conflicto debe ir refractando y agotando el orden social existente para formar finalmente un nuevo tipo de colectividad.

Este proceso decisivo tiene alcance universal y llega a saturar todos los niveles de la sociedad hasta tocar al individuo en sus grupos. Por eso los científicos sociales, como todas las demás personas, participan del conflicto e inevitablemente reflejan y expresan las disyuntivas, paradojas, complejidades y dificultades de la crisis. Es inoperante preguntarse si en esas circunstancias los científicos actúan como tales o como simples ciudadanos, o si son neutrales o no. No es posible hacer tal diferencia. Este tema de la objetividad y la neutralidad valorativa, ya tan zarandeado, no vale la pena volver a tratarlo. Aquellos que todavía dudan pueden acudir a innumerables fuentes, en todos los idiomas: ya es un asunto de cultura general y de conocimiento histórico.

Aun tomando en cuenta esa participación involuntaria en las crisis que, como decía Hans Freyer, lleva a la sociología a ser una autoconciencia científica de la sociedad —su redomada expresión intelectual—, queda por resolver si los sociólogos, junto a otros grupos participantes, lograrán ilustrar y orientar aquel proceso decisivo e irreversible. Este problema práctico de la orientación e ilustración del cambio social, que va más allá del planteamiento teórico mismo para situarse en el de la ideología y en el de los métodos,³ es de la más crítica importancia, porque de su resolu-

² L. A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, pp. 44-61 y 215-218.

³ Al hablar de la ideología en la ciencia nos referimos a la modalidad que el juego de ideas toma como “representación del proceso de producción de conocimientos”, que va ligado a “las interpretaciones sobre la naturaleza de la sociología y sus características”, como lo indica Eliseo Verón en su estudio “Ideología y

ción dependerán la justificación y existencia de las ciencias sociales tanto en la actual época de crisis como en la etapa posterior de reconstrucción social.

Por lo mismo, sobre estos aspectos prácticos de orientación científica quisiera dirigir la atención. Otros colegas están presentando, por fortuna, síntesis teóricas e interpretaciones específicas de la crisis, tarea que también se necesita. Esta división del trabajo es tanto más necesaria cuanto que en nuestros países subdesarrollados se acumulan en tasa geométrica los problemas por resolver, ya que tenemos por delante no sólo el deber de diseñar nuestras propias técnicas de investigación y manejo sino de estar al día con lo que ocurre en países avanzados, para controlar sus implicaciones en nuestro medio.

VISIÓN DE LA CRISIS

No obstante, para sentar las bases del examen ideológico y de las tesis metodológicas que siguen es inevitable entrar un poco en lo sustantivo del tema. Lo que sigue resume puntos de vista expresados por muchos colegas autorizados, en obras publicadas (citados en éste y en otros trabajos de la sección 6 del congreso), y responde a observaciones y experiencias directas. No es, pues, una expresión pontifical ni una mera intuición. Por el contrario, debe tomarse como una autocrítica, ya que de todo ello ha sido a la vez actor y víctima.

Para comenzar, puede sugerirse que la crisis latinoamericana, en el momento actual, se alimenta de una mayor conciencia colectiva de determinados tipos de problemas políticos que no pueden resolverse sin implicar transformaciones profundas. Hay por lo menos dos tipos de problemas políticos que parecen estar en el meollo de la cuestión. Ellos son:

producción de conocimientos sociológicos en América Latina”, en *América Latina*, año II, N° 4, octubre-diciembre de 1968, pp. 23-30. Por lo tanto, no deben confundirse los conceptos teóricos, ni los sistemas de valores, con la ideología así entendida, aunque todos, incluso la ideología, forman parte del cuerpo de la ciencia e intervienen simbióticamente en la acumulación del conocimiento.

1. Las limitaciones del reformismo (o desarrollismo) y sus campañas, que, aunque bien intencionadas a veces, no han inducido sino cambios marginales en la sociedad. Como ésta, a pesar de todo, se sigue desorganizando, la crisis exige ahora soluciones más integrales y significativas de tipo estructural.

2. La revelación de los mecanismos propios de una dominación bastarda y de una inicua explotación, lo que lleva a concebir la posibilidad de cortar los vínculos coloniales internos y externos en que ellas se basan, suscitando el enfrentamiento en unos, y en otros la represión violenta.

Esto quiere decir que, en la actual etapa de la crisis, estaríamos ante un movimiento colectivo prerrevolucionario de protesta y resistencia, tanto a la marginalidad producida por las políticas de paliativos cuanto al colonialismo opresor de tipo herodiano, que hasta hoy han caracterizado y condicionado el subdesarrollo latinoamericano, esto es, el atraso, la pobreza y la dependencia del área. Puede colegirse de ahí que la crisis que nos afecta no sería resuelta sino cuando se lograran las transformaciones fundamentales exigidas, así en el plano interno con una subversión total, como en el plano externo con un rompimiento de los actuales vínculos de dominación y explotación, para llegar a construir una sociedad más satisfactoria, capaz de autodeterminarse y de autorrealizarse.

La sociología latinoamericana está en capacidad de contribuir a esta revelación de los mecanismos políticos, al enfocar y desmenuzar las condiciones objetivas de la crisis e inducir la racionalidad en los respectivos procesos. Además, ella puede también demostrar, con los trabajos existentes y los futuros, que las dos tesis expuestas se adecuan a la realidad. Ello se puede constatar con la investigación y con la aplicación práctica. En efecto, muchas personas han venido adelantando estudios y trabajos, en todas partes, para entender mejor la problemática de la crisis y acercarse al pueblo que la sufre directamente. Resulta de ahí una cadena de frustraciones no sólo para el observador sino para el pueblo mismo, producidas por factores estructurales. Pero esta

experiencia negativa no torna pasivos a sus sujetos, sino que origina en ellos una corriente soterrada de resistencia y esperanza. Muchas veces se engaña a las masas haciéndoles promesas que no se cumplen, para pacificarlas; pero, por el proceso de las contradicciones de los sistemas vigentes, insensiblemente se va llegando a un nivel de saturación y presión semejante al que precede a una explosión. Así, hasta los paliativos se dinamizan y pueden convertirse en catapultas de acción. Pero este ciclo de cambio social dirigido y controlado, de naturaleza marginal y frustrante, parece llegar a su fin.

Es evidente, por lo mismo, que la crisis latinoamericana es un asunto cualitativo y no meramente cuantitativo. Lo cualitativo empezó a desbordar lo cuantitativo, en el sentido de que las campañas oficiales de desarrollo económico y social, los planes de fomento de la inversión, la teoría del “despegue” y los mitos de la inyección de capitales no han satisfecho ni a sus propios campeones. El cerrado bastión de las cifras y de los dólares no ha permitido ver los valores sociales que se derivan de los imperativos históricos. Por eso tales esfuerzos reformistas no han provocado sino las modificaciones superficiales señaladas, deformando a la sociedad, aumentando la distancia entre los grupos y creando una barbarie técnica moderna.

Éste es un desarrollo social inútil que hace sufrir en balde al pueblo, porque no dinamiza suficientemente los factores últimos de la transformación. En esencia, éstos no son de índole material sino que llegan al dominio de lo moral y espiritual. Para ganar la autodeterminación política y la autorrealización intelectual que permitan a nuestra región articularse como un todo ante el mundo se necesita formar un hombre latinoamericano nuevo.

Era más fácil para nuestros abuelos organizar revoluciones, porque no existían entonces tantas vinculaciones restrictivas de todo orden con países de fuera del área como hoy, que impiden un enfrentamiento radical conjunto. Pero parece evidente que hay que hacer un reto al mundo desarrollado, si queremos realmente soltar las amarras. Este reto puede hacerse en varios sentidos, pero primordialmente buscando acelerar el proceso de ajustes y

desajustes internos que en ese mundo de los privilegiados se ha desencadenado últimamente, y de cuyo acontecer vienen llenos los diarios. La maquinaria imperialista es demasiado fuerte para que no pueda resistir los ataques externos, aquellos que provienen de su periferia; pero es vulnerable desde el interior. De ahí que la crisis latinoamericana, si se maneja bien, pueda ser un catalítico más en la crisis interna del mundo occidental avanzado que parece perfilarse. Quizá no sea muy ilusorio esperar que las relaciones y los factores de poder varíen sustancialmente en esos países, para permitir la formación de un mundo distinto, mucho más justo y menos cruel que el que hemos conocido hasta ahora.

La sociología, respondiendo a esta crisis, entra ella misma en crisis. Plantea entonces las implicaciones que la situación tiene, así para la teoría como para los métodos clásicos de observación e inferencia. Como veremos más adelante, la sociología, al sufrir la crisis, se reorienta hacia las urgencias actuales de la sociedad. Sin ánimo de abusar de los adjetivos, parecería que la sociología latinoamericana, al reorientarse en estos momentos, fuera dejando poco a poco su servilismo intelectual —que la ha llevado a la adopción casi ciega de los modelos teóricos y conceptos desadaptados a nuestro medio, pero que tienen sus referentes en Europa y los Estados Unidos—, para tratar de “andar sola” y ensayar su propia interpretación de nuestras realidades. Al mismo tiempo, casi sin notarlo, va adquiriendo una dimensión política central para desentrañar el sentido de la crisis, convirtiéndose en ciencia estratégica para el presente y clave para el porvenir del área.

Si esto es así, entonces la ciencia social verá el surgimiento de un nuevo e interesante conjunto de teorías y conceptos contruidos alrededor del proceso político liberador, en respuesta a la superación de la actual crisis —porque para cambiar el mundo es necesario comprenderlo. Esta “sociología de la liberación” sería un acto de creación científica que satisfaría al mismo tiempo los requisitos del método y de la acumulación del conocimiento científico, aportando tanto a las tareas concretas y prácticas de la lucha inevitable como a las de la reestructuración de la sociedad latinoamericana en esa nueva y superior etapa. Teoría y práctica,

idea y acción se verían así sintetizadas —o en fructuoso intercambio— durante este período de dinamismo creador.

ESBOZO HISTÓRICO DE LA “SOCIOLOGÍA COMPROMETIDA”

Como dije antes, estas ideas no son nuevas. Constituyen, hasta cierto punto, una convergencia en los trabajos y preocupaciones de diversos colegas de varios países latinoamericanos, cuyo esfuerzo vale la pena ahora colocar en perspectiva, desde el punto de vista de la estructura de su pensamiento ante la crisis misma de la sociología.

Juzgando por las fuentes publicadas pueden distinguirse varias etapas en el desarrollo de este proceso de crisis y protesta intelectual. La primera es la de la incubación del movimiento. Se recordará que durante la década de 1950 se establecieron departamentos universitarios de sociología que protocolizaron el paso de la sociología filosófico-literaria a la empírica (especialmente en Argentina, Venezuela y Colombia), y establecieron institutos de investigación como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile, y el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, en Rio de Janeiro. Estos departamentos y centros se inspiraron en modelos teóricos y conceptos que tendieron a sistematizar el conocimiento e incorporarlo a la corriente intelectual de Europa y Estados Unidos, donde se habían educado sus principales promotores. Pero pronto se descubrió que ese intento, aunque positivo en varios sentidos, impedía el estudio de algunos temas fundamentales propios de la región, así como la conformación de un pensamiento autónomo sobre la problemática latinoamericana. Este descubrimiento fue relativamente rápido, porque a comienzos de la década de 1960 ya se registraron algunas expresiones articuladas de la protesta intelectual, en respuesta a los crecientes problemas del hemisferio.⁴ No menos pertinente había sido el ejemplo de economistas

⁴ Por supuesto, ya habían aparecido obras preocupadas por el proceso general del cambio social y económico, como las del grupo del Instituto Superior de Estu-

latinoamericanos que acababan de adoptar una posición crítica respecto de su propia disciplina.⁵ Otros pensadores, como Alberto Guerreiro Ramos y Sergio Bagú, habían añadido contribuciones iconoclastas de gran interés.⁶ Guerreiro Ramos, en especial, hizo disquisiciones completas sobre la “ley de compromiso del investigador”, la heteronomía y autonomía científicas, la “sociología consular” y otros conceptos hoy corrientes que en aquella época eran heréticos, lo cual hace de él un verdadero pionero de la “sociología comprometida”.

Así, de la incubación se pasa a una primera articulación de la nueva posición, todavía indecisa, que es más que todo un reflejo de lo que ocurre en otras disciplinas y en otros lugares. Un momento clave en esta transición parece haber sido la organización del seminario sobre *Resistências a mudança* en el Centro de Rio de Janeiro, en 1959, entonces bajo la dirección de Luiz A. Costa Pinto, otro de los grandes promotores de la “sociología comprometida”. Convocado durante los tiempos prerrevolucionarios de Brasil, y luego del impacto de la Revolución Cubana, dio ocasión a sus participantes para expresar una crítica más firme a la función de la sociología y de otras ciencias sociales en aquel momento histórico. El volumen con los estudios presentados en ese seminario, publicado en 1960, tuvo una amplia resonancia y abrió la puerta a aventuras de mayor aliento en el nuevo campo de la sociología y de la autocrítica científica, que tan oportuna y tempranamente hacían su irrupción en nuestro medio.⁷

dios Brasileiros (ISEB), entre otras: Hélio Jaguaribe, *O nacionalismo na atualidade brasileira*, Rio de Janeiro, 1958; Álvaro Vieira Pinto, *Ideologia e desenvolvimento nacional*, Rio de Janeiro, 1960; y Cândido Mendes de Almeida, *Perspectiva atual da América Latina*, Rio de Janeiro, 1960.

⁵ Principalmente Celso Furtado, Jorge Ahumada, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel y Juan F. Noyola.

⁶ Alberto Guerreiro Ramos, *La reducción sociológica*, México, UNAM, 1959; Sergio Bagú, *Acusación y defensa del intelectual*, Buenos Aires, Perrot, 1959.

⁷ Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais: *Resistências a mudança*, Rio de Janeiro, Ediôra Lioro, 1960. En esta reunión se hicieron presentes, entre otros extranjeros al área, C. Wright Mills y Jacques Lambert, cuyas obras siguieron ejerciendo alguna influencia en este movimiento.

En 1961 aparecen algunas observaciones críticas dirigidas a la aplicación del método científico y a la orientación de la sociología, notablemente la de Octavio Ianni.⁸

Un evento internacional de gran trascendencia fueron las Jornadas Latinoamericanas y Argentinas de Sociología, realizadas en septiembre de 1961 en Buenos Aires. Allí, entre otros trabajos meritorios, se registra la ponencia de Camilo Torres, entonces profesor de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, titulada “El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana”, que es un planteamiento franco sobre la incidencia de los valores en los enfoques metodológicos.⁹

La nueva senda se abre en los años siguientes, pasando a una etapa más decisiva del movimiento, cuando éste adquiere mayor seguridad y hace sus primeros intentos firmes de autonomía intelectual. Así, en 1963 aparecen dos obras capitales en que se plantea con mayor precisión el nuevo papel del sociólogo —y del intelectual— ante el desarrollo de la región y sus problemas: la de Luiz A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*,¹⁰

⁸ Octavio Ianni, “Estudo de comunidade e conhecimento científico”, en *Revista de Antropologia*, vol. 9, N° 1-2, 1961, pp. 109-119. De este mismo autor se registran luego, dentro de este campo, “Sociologia da sociologia na América Latina”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 4, N° 1, junio de 1966, pp. 154-182, y “Sociology in Latin America”, en M. Diégues Junior y B. Wood, eds., *Social Science in Latin America*, Nueva York, Columbia University Press, 1967, pp. 191-216.

⁹ Camilo Torres, “El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana”, Bogotá, Facultad de Sociología, Lecturas Adicionales, 1961; reproducido ahora en diversas recopilaciones.

¹⁰ L. A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, Buenos Aires, Eudeba, 1963. La obra de este autor, en la dirección del “compromiso”, viene de muy atrás. El primer capítulo del libro comentado fue una conferencia pronunciada en la Universidad de Brasil el 15 de mayo de 1947 y publicada en la revista *Sociologia*, de São Paulo, meses después, con alguna oposición. Los trabajos subsiguientes de L. A. Costa Pinto se fueron enfocando en el mismo sentido: *O negro no Rio de Janeiro* (Rio de Janeiro, 1953), *As Ciências sociais no Brasil* (Rio de Janeiro, CAPES, 1955), “Sociología y cambio social: quince años después”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, N° 12, julio-diciembre de 1961.

y la de Florestán Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*.¹¹

La obra de Costa Pinto, en especial, trata del concepto sociológico de *crisis*, del que parten algunos de los planteamientos del presente estudio. En esos años estas obras representaban una posición corajuda y algo insular. Pero estos libros se distribuyeron por toda América Latina, sembrando justificadas inquietudes.¹²

Sería a través de tales publicaciones o de manera independiente —pero que demuestra la vigencia y amplitud del movimiento de transformación latinoamericana— que la misma protesta volvería a aflorar en el contexto intelectual en Colombia y Argentina entre 1964 y 1965, países ambos que a la sazón entraban en crisis políticas agudas. La organización del VII Congreso Latinoamericano de Sociología en Bogotá dio mayor impulso al movimiento intelectual de protesta, al estimular un pensamiento propio sobre la problemática regional, expresado en muchos de los estudios allí discutidos.¹³ Poco después, la nueva *Revista Latinoamericana de Sociología*, de Buenos Aires, se convirtió en portavoz de las nuevas ideas al publicar trabajos que expresaban las inquietudes corrientes, entre otros las de Jorge Graciarena¹⁴ y Torcuato S. di

Sin embargo, el impacto firme en el ámbito continental lo da la obra citada en el texto.

¹¹ Florestán Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1963.

¹² Debe tomarse nota también de los comentarios pertinentes de José Medina Echeverría en *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, París, Unesco, 1963, vol. 2, pp. 46 y ss.

¹³ Varios trabajos e intervenciones (como en el acto de clausura) reflejaron el ambiente y las expectativas que reinaron durante este congreso. Hubo una invitación a seguir ensayando la vía autónoma de desarrollo científico en la sociología latinoamericana. El efecto del congreso en Colombia protocolizó la tendencia marcada ya con la publicación de *La violencia en Colombia* (1962-1964), tendencia que siguió el recién creado Programa Posgraduado de Sociología del Desarrollo con los colegas latinoamericanos incorporados a la facultad: Guillermo Briones, Jorge Graciarena, Luis Ratinoff.

¹⁴ Jorge Graciarena, “Algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 1, N° 2, julio de 1965, pp. 231-242.

Tella.¹⁵ Juan F. Marsal, en su estudio “Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social”, ofrece entonces otra importante contribución en este campo.¹⁶ Así, simultáneamente se organiza en Londres un seminario sobre “Obstáculos al cambio”, del cual fue coordinador Claudio Veliz, en el que se logró cristalizar más el pensamiento común de los participantes latinoamericanos ante la crisis del área y la de sus respectivas disciplinas;¹⁷ y otro en Buenos Aires, del que resultó el volumen *Del sociólogo y su compromiso*, editado por Juan Carlos Agulla y otros.¹⁸

También se registran las importantes aportaciones de Rodolfo Stavenhagen,¹⁹ Pablo González Casanova,²⁰ Manuel Maldonado Denis,²¹ Eliseo Verón,²² Theotonio dos Santos²³ y Aldo Solari.²⁴

¹⁵ Torcuato S. di Tella, “La sociología en América Latina”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 3, N° 1, marzo de 1967.

¹⁶ Juan F. Marsal, “Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social”, en *Desarrollo Económico*, vol. 6, N° 22-23, julio-diciembre de 1966. Véase también su análisis de teorías contenido en *Cambio social en América Latina*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1967.

¹⁷ Claudio Veliz (ed.), *Obstacles to Change in Latin America*, Londres, Oxford University Press, 1965.

¹⁸ Juan Carlos Agulla *et al.*, *Del sociólogo y su compromiso*, Buenos Aires, Libera, 1966.

¹⁹ Rodolfo Stavenhagen, “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, en *Desarrollo Indoamericano*, vol. 1, N° 4, 1966, pp. 23-27.

²⁰ Pablo González Casanova, “La nouvelle sociologie et la crise de l'Amérique Latine”, en *L'homme et la société*, N° 6, octubre-noviembre de 1967, pp. 27-47; y su libro, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, México, UNAM, 1967.

²¹ Manuel Maldonado Denis, “Sobre el uso y abuso de las ciencias sociales”, en *Ciencias Sociales*, vol. 4, N° 1, junio de 1968.

²² Eliseo Verón, “Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina”, *op. cit.*, pp. 19-48; y su libro *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.

²³ Theotonio dos Santos, “La crisis de la teoría del desarrollo”, en *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile*, N° 3, 1968 (existe versión en francés: “La crise de la théorie du développement”, en *L'Homme et la Société*, N° 12, abril-junio de 1969, pp. 43-68).

²⁴ Aldo Solari, “Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales”, en *Aportes*, N° 13, julio de 1969,

La de Solari señala algunas debilidades y peligros de la tendencia estudiada y se refiere, en parte, a un estudio del presente autor sobre el mismo tema.²⁵ En otros países, como Chile, Paraguay, Uruguay, Venezuela y Perú, hay expresiones varias de esta nueva sociología, no sólo en el plano intelectual y del conocimiento como se viene describiendo, sino en el resultado de diversas investigaciones. La tendencia ha sido registrada también últimamente en Cuba.

Como la crisis misma, este movimiento intelectual de revisión y autonomía no tiene trazas de detenerse. Por el contrario, se ha extendido a otras ciencias sociales como la antropología, la historia y la ciencia política.²⁶ Se constituyó, además, en tema central de la última asamblea del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en Santiago de Chile (octubre de 1969), donde figuraron como ponentes Juan F. Marsal, Miguel Wionczek y Marcos Kaplan.²⁷ Llega así a cierta culminación este movimien-

pp. 6-24; "La crise sociale, obstacle à l'institutionnalisation de la sociologie en Amérique Latine", en *Revue Internationale des Sciences Sociales*, vol. 21, N° 3, 1969, pp. 478-489.

²⁵ O. Fals Borda, "Ciencias y compromiso", en *Aportes*, N° 8, abril de 1968, pp. 117-128. Trabajos anteriores pertinentes del mismo autor: "Nuevos rumbos y consignas para la sociología en Colombia", Bogotá, Facultad de Sociología, Lectura Adicional N° 179, octubre de 1965; y su ponencia en el Congreso Mundial de Sociología en Evian (Francia), sobre "Sociología subversiva", reproducida en *Kölner Zeitschrift für Soziologie*, año 18, N° 4, 1966, pp. 702-710.

²⁶ Para fines comparativos, en otras ciencias: *Social Research*, vol. 35, N° 4, invierno de 1968; *Current Anthropology*, vol. 9, N° 5, diciembre de 1968; números recientes de *Catalyst* y del *Berkeley Journal of Sociology*; Ruy Mauro Marini, "La crisis de la sociología latinoamericana", en *La Gaceta* (del Fondo de Cultura Económica), junio de 1968; "Necesidad de nuevos enfoques en la enseñanza e investigación en ciencia económica en América Latina" (documento firmado por un centenar de economistas de 17 países, reproducido en varias publicaciones); "Declaración de antropólogos mexicanos", publicada en *América Indígena*, vol. 25-2, 1969; etc.

²⁷ Para la Asamblea de CLACSO: Juan F. Marsal, "Sobre la investigación social institucional en las actuales circunstancias de América Latina"; Miguel S. Wionczek, "Los problemas de la investigación sobre el desarrollo económico-social en América Latina"; Marcos Kaplan, "La ciencia política latinoamericana en la encrucijada". Todos mimeografiados.

to, confirmada por los aportes para el presente congreso y por la creación de su sección especial sobre “La crisis latinoamericana”.

En esta ocasión tan propicia conviene seguir delimitando el área de discusión y señalando aspectos centrales. Con base en la división del trabajo ya señalada, por nuestra parte enfocaremos algunos problemas prácticos de la orientación científica en épocas de crisis, bajo los siguientes aspectos:

1. Algunas normas y métodos apropiados para el estudio en situación de crisis.
2. La tendencia a convertir a la sociología, en tales circunstancias, en una ciencia política.
3. La consecuente definición del “compromiso” del sociólogo.
4. Las dificultades de este “compromiso” para la acumulación sistemática del conocimiento sociológico.

Discutiremos cada uno de estos problemas a continuación.

NORMAS Y MÉTODOS

Es humano y natural que en época de crisis se quiera refugiarse en instituciones más o menos estables de las que puedan derivarse normas claras, o “reglas del juego”, tanto para la disciplina como para la conducta de sus practicantes. Sin embargo, esta tendencia eminentemente escapista —y algo acomodada y floja— debe controlarse en épocas críticas, precisamente porque tiende a fosilizar la acción y a rutinizar el estudio en momentos en que éstos requieren de la mayor libertad y agilidad. Evidentemente, no se trata de abolir las reglas del juego, sino de advertir sus limitaciones cuando tienden a convertirse en cadenas del pensamiento, impidiendo la continuidad de éste y el proceso de acumulación del conocimiento o su formalización, que distingue a toda ciencia.

En efecto, es observable que la crítica científica y la crítica de la crítica —de las cuales se esperan las normas propias de nuestra disciplina— no ayudan a resolver el problema de la ideología que tiene cada investigador, siendo que éste es un asunto básico en

momentos de crisis. No es prometedora esa guía, ni aun cuando el criterio que se usa para tal fin es el de seguir las reglas que impone la comunidad de científicos, especialmente si esta comunidad es numerosa y variada. Si por los frutos se puede conocer, la experiencia norteamericana y europea con sus respectivas comunidades científicas, tan numerosas y variadas, no ha sido suficiente para obviar el problema de la ideología de sus miembros; antes al contrario, tal institucionalización ha producido en esos casos un nivelamiento hacia lo superficial o secundario. Para el caso latinoamericano de los últimos años, Verón observa que “el funcionamiento de un proceso autocorrectivo dentro de los mecanismos de la comunicación científica”, en sociología, no fue nada eficiente; produjo, en cambio, el *reforzamiento* de la orientación ideológica dominante (el funcionalismo).²⁸ Este nivelamiento lleva a un esfuerzo de los valores tradicionales, así de la sociedad como de la imagen “estereotipada” de la ciencia que esa sociedad transmite. Muy conocidos son los peligros del mutuo “incensario” y el cruce de ideas dentro de tales grupos de intelectuales que llevan a la mediocridad y la esterilidad científica. Por eso no se supera necesariamente el sociocentrismo —o el etnocentrismo— cuando se establece o amplía la comunidad de científicos, sino que se puede reforzar aquella negativa actitud, disminuyendo las posibilidades de renovación y de reorientación de la ciencia. Así se consagran, más bien, los valores tradicionales de los adeptos, que pueden quedar incongruentes con los de la sociedad mayor en un momento dado. Es lo ocurrido en las venerables academias de élites intelectuales tradicionales (historiadores, lingüistas, jurisperitos, periodistas), sin contar con otras capillas de reciente constitución, como las de los economistas ortodoxos. En otras palabras, para creer a los críticos, éstos deberían también reflejar y estar conscientes de los problemas reales de la sociedad, aunque no llegaran a organizarse.

²⁸ Eliseo Verón, “Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina”, *op. cit.*, p. 26.

Las normas generales que mejor podrían guiar el trabajo científico en épocas de crisis (las de una nueva ciencia rebelde) parecen ser aquellas que resultan de la experiencia misma de la aplicación del método a los procesos sociales, observando las actitudes de responsabilidad y honradez que deben distinguir a todo científico. La mejor manera de saber si se va por la mejor dirección —y saber, por lo mismo, si se está siendo objetivo o no— es la de producir hechos y hacer que las ideas se traduzcan a la práctica: que los estudios demuestren, ante todo, sus méritos y su objetividad por el rigor con que han sido concebidos y elaborados, y por su eficacia en la reconstrucción de la sociedad, y que la teoría se deje guiar por la realidad para que pueda enriquecerse. Así se iría formando, en efecto, una ciencia proyectiva y futurista, adaptada a la comprensión y superación de la crisis existente y que a ella afecta, en la que podrían entrar en juego algunas profecías autorrealizables.²⁹

Esto es así porque los datos del análisis y los hechos pueden ir cambiando las situaciones reales en que se involucran, de forma tal que las hipótesis se vuelven correctas. La idea de que tales hipótesis puedan validarse “sólo por sus propios canales de verificación y no por la acción política inmediata”³⁰ peca de *misplaced concreteness*, es decir, de confundir la naturaleza de la evidencia. Ello puede ser cierto en el campo de las ciencias naturales, pero no en el de las sociales, porque implica cierta plasticidad e inercia de los elementos naturales que los hechos sociales, obviamente, no tienen. En efecto, es elemental que éstos constituyan sistemas abiertos de naturaleza volitiva y reflexiva. Esto induce a buscar canales de verificación sin salir del marco real de la acción social, política o económica. Por ejemplo, la hipótesis de que las anti-

²⁹ Véase Marcos Kaplan, “La ciencia política latinoamericana en la encrucijada”, *op. cit.*, pp. 10-40. Esta idea originalmente es mertoniana. Pero la han suscrito muchos otros científicos, notablemente Barrington Moore. Véase también, de José Honorio Rodrigues, *Vida e historia*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1966.

³⁰ Juan F. Marsal, “Sobre la investigación social institucional en las actuales circunstancias de América Latina”, *op. cit.*, p. 12.

elites tienen tendencia a la claudicación podría confirmarse dentro del proceso social e histórico inmediato y, en efecto, anticipa esa posibilidad de acción. También puede verificarse a través del examen de una distribución de variables que, en todo caso, estarían condicionadas por la dimensión tiempo, y que marcarían cierta tendencia proyectiva hacia el futuro: viene a ser como la antigua idea de la predicción, pero puesta en nivel más dinámico y, si se quiere, más realista. Una técnica interpretativa distinta nos llevaría a un plano de determinismo científicista en el que la ciencia aparece como un ente aparte con volición y leyes propias, desconectadas en la realidad social, como han intentado hacerlo, por ejemplo, algunos demógrafos con el concepto de “*optimum* de población”. O llevaría también a aplicar normas naturalistas o exactas improcedentes, lo que es otro error, como bien se sabe desde los sermones de Sorokin sobre “Achaques y manías”.

Pero el hecho de reconocer esta distinción entre lo natural y lo social no implica subrayar menos el rigorismo. Puede llegarse a la formalización de la ciencia social en sus propios términos, y con mayor seguridad, sin seguir aquella vía imitativa un tanto ridícula (que sólo desprecios y burlas nos ha traído de los científicos exactos), adoptando reglas de juego basadas en la experiencia pasada y en la acción proyectiva, sin salir del ámbito de lo social. Ahí radica, precisamente, el mérito que han tenido “profetas” sociológicos como Rousseau, Malthus y Marx, cuyas obras, hasta cierto punto, condicionaron la sociedad futura al emitir hipótesis y hacer proyecciones que se constituyeron en factores activos de cambio social. Es lo mismo que en nuestros días están haciendo estudiosos como André Gorz y Herbert Marcuse, visionarios del marxismo humanista, cuyas ideas (hoy vistas a veces como ilusas) pueden en un momento dado catalizar la acción y transformar las sociedades del Viejo Mundo y del Nuevo, tornando así en verdaderas sus hipótesis. Esta tendencia proyectiva o futurista en la ciencia social, que va confirmando o desvirtuando conceptos en la realidad de la vida, es muy conveniente tenerla en cuenta en épocas de crisis, por lo menos porque muestra ciertos parámetros posibles.

Algunos de los métodos requeridos para esta tarea de análisis y proyección son conocidos, otros muy poco ensayados. Una regla general puede ser aquella derivada del marxismo: la de afirmarse en la realidad ambiente vinculando el pensamiento con la acción. Así, por ejemplo, podrían concebirse las siguientes técnicas graduadas para trabajos de encuesta en el terreno:

1. *La observación-participación*, el grado más bajo, que tiene defensores muy ortodoxos y una tradición respetable. Aquí la actitud del científico es eminentemente “simpática” en el sentido de Cooley, es decir, se vuelve sensible a la personalidad de la gente y puede lograr una descripción fiel y piadosa de la comunidad estudiada.

2. *La observación-intervención*, también ya utilizada, aunque mucho menos, por sociólogos y antropólogos (en Perú, Bolivia, El Salvador y Colombia) que implica experimentar con elementos culturales dentro de una situación para observar los efectos de los cambios inducidos dentro de cierto margen. Aquí la actitud del científico sería eminentemente empática, es decir, tiene visos de participación vicaria con la gente estudiada, pero todavía condicionada por un involucrimiento parcial con ella. Está en grado más adelante que la anterior.

3. *La observación-inserción*, vista como una técnica muy apropiada en épocas de crisis, que implica no sólo combinar las dos anteriores sino ir más allá para ganar una visión interior completa de las situaciones y los procesos estudiados, y con miras a la acción presente y futura. Esto implica que el científico se involucre como agente dentro del proceso que estudia, porque ha tomado una posición en favor de determinadas alternativas, aprendiendo así no sólo de la observación que hace sino del trabajo mismo que ejecuta con los sujetos con quienes se identifica. Emplearía así lo que Dilthey llamó la “comprensión total” (*verstehende Erfassen*), para ganar las metas del cambio propuesto y el entendimiento científico del proceso respectivo.³¹

³¹ Debo a Marcos Kaplan la idea de “inserción” como la presenta en su trabajo “La ciencia política latinoamericana en la encrucijada”, *op. cit.*, p. 40.

Como no se ha delimitado bien este campo de los métodos, estudios de casos con entrevistas no estructuradas, de preguntas abiertas y con sondeos en profundidad, con marcos flexibles bien diseñados, todos ellos parecerían fundamentales. El método de investigación histórica es necesario: la búsqueda de datos históricos y documentales y el trabajo en archivos deben complementar el corte seccional con la perspectiva diacrónica.

En general, se buscaría lo cualitativo y el sentido de las cosas y los procesos, con una visión global e histórica, pero sin rechazar lo mensurable ni despreciar lo sectorial. No se trata de volver atrás, a la sociología elemental de hace 20 años (en lo que tiene razón González Casanova),³² ni tampoco al ensayismo sin rigor de tiempos pasados. Se busca seguir adelante en las técnicas, construyendo sobre lo ya alcanzado, que en muchas partes no es despreciable. Que las cifras y las series tengan sentido y trasciendan al conjunto; que los microestudios adquieran la perspectiva temporal y se coloquen en un marco general; que las técnicas no se vuelvan un mero pasatiempo o ejercicio intelectual; que el diario de campo vuelva a ser herramienta básica del sociólogo, que demuestre cómo el mejor equipo que pueda tener un investigador es su mente observadora y no el computador.

En lo que se refiere a la cuantificación misma, quizá valdría la pena desarrollar técnicas proyectivas de análisis semejantes a algunas establecidas en otras ciencias, como la de “aceleración de sistemas” en psicología industrial, y el “análisis de paso” (*path*) de los matemáticos. Estas técnicas, así como la del *panel*, se han ensayado con relativo buen éxito en países avanzados. Aquí habría que alimentar esos modelos con variables y atributos críticos, con presuposiciones muy diferentes enraizadas en nuestros problemas, con el fin de evitar los peligros de reducida trascendencia que ya se observan en esas técnicas. En similares condiciones, valdría la pena seguir ensayando con modelos de simulación y con la cibernética, como se ha hecho en Venezuela, y con la pro-

³² Pablo González Casanova, “La nouvelle sociologie et la crise de l’Amérique Latine”, *op. cit.*, p. 44.

babilística de la “teoría de los juegos”. Valdría la pena, también, volver a preguntarnos sobre las diferencias entre “tiempo social” y “tiempo cronológico”, plantear las posibilidades de “correlaciones diacrónicas”, hablar de “trayectorias” hacia el futuro y del punto en que los cambios cuantitativos producen una transición cualitativa, como lo hace Galtung en un reciente artículo.³³

Finalmente, una observación sobre la comunicación de las ideas que puede tener vigencia no sólo en época de crisis sino quizá en todo momento. La sociología ha tenido cierta tendencia a usar eufemismos y barbarismos innecesarios que, como es de esperarse, disfrazan la realidad. Sin perjudicar, por supuesto, el proceso de conceptualización (nemotecnia) que distingue a toda ciencia, el nuevo estilo debe ser preciso y claro, y las técnicas deberían simplificarse al presentarlas al público. Este público incluye también a los planificadores y políticos, hecho que con frecuencia se olvida y que tiende a crear una ciencia de “recinto cerrado” en momentos en que más se necesita en la propia sociedad.³⁴

No cabe así pensar que la sociología producida con estas preocupaciones intelectuales y técnicas pueda ser mejor o peor que aquella que defienden los puristas y los científicos que se dicen neutrales. Por el contrario, juzgando por lo acontecido en épocas anteriores de similares encrucijadas decisivas en la historia de la ciencia, puede asegurarse que los trabajos producidos en estas circunstancias, con plena conciencia de la crisis y deseos de superarla en el sentido del cambio real y profundo, son los que justifican y aseguran la existencia de la sociología en tales épocas. Veremos más adelante, al discutir los aspectos políticos, cómo muchos de los nombres más respetados de la sociología están vinculados a

³³ Johan Galtung, “Correlación diacrónica, análisis de procesos y análisis causal”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 5, N° 1, marzo de 1969, pp. 94-121. No deben confundirse estas proyecciones con los simples cálculos de tendencias que se usan sobre todo en la demografía. Éstos son modelos más dinámicos y de muchas variables.

³⁴ Pablo González Casanova, “La nouvelle sociologie et la crise de l’Amérique Latine”, *op. cit.*, pp. 42-43; Miguel S. Wionczek, “Los problemas de la investigación sobre el desarrollo económico-social en América Latina”, *op. cit.*, p. 8.

este tipo de ciencia que responde a las crisis. Por lo tanto, aquellos que siguen esta tendencia bien pueden mantener la frente en alto. Pero esta justificación científica debe provenir del trabajo arduo y constante y del contacto fiel y estrecho con la realidad. Esta tarea se delinea más claramente en épocas críticas que en etapas “normales” del devenir histórico. Es una tarea indispensable si queremos asegurar la continuidad de nuestra ciencia y la creación de una nueva y mejor sociedad.

SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

Es posible derivar diferencias de presentación y forma entre la “sociología científica” y el “género literario” del ensayo político, como a veces se ha hecho. Pero, en el fondo, tales diferencias parecen espurias. Cabe preguntarnos si en verdad puede concebirse una sociología sin política, esto es, sin que atañe o afecte de una u otra forma los intereses de la colectividad. Intrínsecamente, ella es una ciencia política, y la llamada “ciencia política”, bien hecha, es sociología científica. Pero lo mismo puede decirse de otras disciplinas sociales. En momentos críticos, más que en otros, se acumulan problemas y decisiones en una escala global tal que ninguna ciencia por separado logra articular respuestas satisfactorias. Aparece así una urgencia de sintetizar y combinar ciencias, lo que lleva al trabajo interdisciplinario. La crisis parece exigir una “ciencia integral del hombre”, sin distinguir fronteras artificiales o acomodaticias entre disciplinas afines.³⁵

³⁵ Este punto de vista es ampliamente reconocido, aunque no se haya llevado a la práctica en universidades y centros sino en escala muy limitada. Véanse, entre otros, los planteamientos de L. A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, op. cit.; Pablo González Casanova, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, op. cit.; Miguel S. Wionczek, “Los problemas de la investigación sobre el desarrollo económico-social en América Latina”, op. cit., pp. 2-3, 9. Según Jean Labbens, este esfuerzo integrador es un fenómeno original de América Latina, sin equivalentes en Europa ni en los Estados Unidos, del que puede resultar una nueva teoría del cambio social, y hasta una sociología rejuvenecida. Véase “Les rôles du sociologue et le

Esto puede ser cierto en todo momento por la índole misma de los problemas que se estudian, pero se refuerza e intensifica en épocas de crisis colectiva. El caso concreto de la sociología y la ciencia política lo ilustra plenamente, y también el de la ciencia económica.

Las obras sociológicas de mayor influencia que se han concebido con la suerte de la *polis* en mente han tenido siempre un definido impacto político. Pero, al mismo tiempo, han promovido escuelas de pensamiento social e introducido importantes teorías y conceptos. Según Myrdal,

[...] las principales orientaciones nuevas en teoría económica, aquellas conectadas con nombres como los de Adam Smith, Malthus, Ricardo, List, Marx, John Stuart Mill, Walras, Wicksell y Keynes, eran todas respuestas al cambio de condiciones y posibilidades políticas [y] estuvieron conscientes del subfondo político de sus obras.³⁶

Esto, que parece obvio, debe repetirse porque se olvida con frecuencia. Lo mismo, aunque en otro sentido, puede aducirse de aquellos intelectuales aparentemente menos preocupados por la política, como los sociólogos “científicos” o “puros” de la escuela empírica, que han respondido a su manera a las necesidades políticas de sus sociedades, saturando sus obras de racionalizaciones y mediciones de los sistemas vigentes.³⁷ Han llegado hasta a servir (consciente o inconscientemente) a Estados beligerantes a través de investigaciones sobre la “contrainsurgencia”, concepto que puede llegar a ser científico en sí mismo.

développement de la sociologie en Amérique Latine”, en *Revue Internationale des Sciences Sociales*, vol. 21, N° 3, 1969, pp. 460-464.

³⁶ Gunnar Myrdal, *Var Truede Verden*, Oslo, Pax, 1965, traducido y citado por Guttorm Gjessing, “The Social Responsibility of the Social Scientist”, en *Current Anthropology*, diciembre de 1968, p. 398.

³⁷ Véase André Gunder Frank, “Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología”, en *Pensamiento Crítico*, N° 23, 1968, pp. 152-196; también publicado en *Desarrollo Indoamericano*, N° 10, mayo de 1969, pp. 30-43; y su “Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista”, en *Ruedo Ibérico*, N° 15, octubre-noviembre de 1967, pp. 78-82.

En la práctica parece ocurrir que los sociólogos de esta escuela “científica”, como muchos otros científicos políticos, no han sabido estudiar el fenómeno revolucionario de nuestros días y han hecho un parcial análisis del mismo, fomentando ideas erróneas sobre el socialismo y otros movimientos iconoclastas, deformaciones que sólo ahora empiezan a corregirse. Es fácil ver cómo el solo hecho de enfocar la sociedad y sus realidades —especialmente las conflictivas y problemáticas— ya concede al estudio sociológico una dimensión política, si no activa por lo menos latente, y lo convierte, si se quiere, en un ensayo político. Pero esta visión política no niega, ni muchos menos, el quehacer científico-social.

Por eso la diferencia que se quiere hacer entre sociología científica y ensayo político no existe en el fondo. Esta diferencia un poco falaz se deriva del vacío conceptual y teórico producido en la sociología desde fines del siglo XIX, que pretendió llenar la escuela empírica, cuantitativa y sincrónica de este siglo, dominante hasta ahora, la que se considera como “científica” y “neutra”. La potencialidad política de la sociología, tan evidente en el siglo XIX, vino a considerarse algo anticientífico e indeseable, que había que combatir. En este cambio de enfoque tuvo que ver la búsqueda de la objetividad *à la science naturelle*, y la acumulación fáctica que obsesionó en especial a los pensadores norteamericanos, una tarea que, como ya hemos visto, es y será fútil como tal. Como se sabe ya ampliamente, lo que produjeron aquellos pioneros anglosajones fue una sociología que desembocó en modelos de equilibrio estructural cuyo efecto político fue el mantenimiento del *statu quo*. En cambio, los grandes fundadores de nuestra disciplina en el siglo XIX, aun aquellos que la cultivaron en América Latina, siguieron una vertiente diferente: la de la historia y los procesos sociales. Su visión era diacrónica y su modelo resultó ser el del conflicto social. Ni qué decir que también ellos tuvieron profundo efecto en la política; pero también de ellos y de su síntesis sociológica y política se deriva buena parte de la teoría y de los conceptos vigentes hoy en nuestra ciencia y que emplean hasta los sociólogos “científicos” y “neutros”.

En consecuencia, la alternativa que se presenta a los sociólogos de hoy es si van a seguir preferentemente los marcos de referencia del equilibrio estructural y la acumulación fáctica de rutina, con su tendencia a temas sin trascendencia y con las consecuencias políticas sabidas, o los del desequilibrio y el conflicto, que parecerían estar más a tono con nuestros tiempos críticos y de cuya aplicación también se esperarían, como antes, efectos tanto en lo político como en el enriquecimiento de la ciencia.

La temática reflejaría inmediatamente esta disyuntiva, porque los problemas que se presentan son grandes y complejos. Para pasar por encima del vacío conceptual de este siglo habría que acudir a muchos temas de los sociólogos del siglo XIX y retomar de ellos el hilo investigativo que el empirismo y la microsociología mal entendida dejaron trunco. Así por ejemplo, en el caso colombiano, para el estudio de la pobreza actual habría que tomar como punto de partida a Miguel Samper (cuya obra fundamental sobre este tema es de 1880) y no a ninguno del siglo XX. El tema mismo de la pobreza, bien entendido, ya tiene una dimensión política, y ésta es inseparable de la sociología de la pobreza. Como no podría evitarse su estudio si se quiere superar la crisis latinoamericana, esta decisión es al mismo tiempo política y científica. Lo mismo habría de decirse de otros pioneros, como Esteban Echeverría, Sarmiento, Lastarria, Saco, Martí, Juárez, Silvio Romero, José Bonifacio, así como de conceptos centrales como “explotación”, “imperialismo”, “violencia”, “poder”, “liberación”, “democracia” y “caudillismo”; todos temas del siglo XIX, que al mismo tiempo son sociología y política y que se encuentran en la esencia misma de la problemática actual.³⁸ No son menos que otros grandes temas por estudiar, como el neocolonialismo, la contrarrevolución y la dependencia.

Por eso, cuando afrontan los grandes problemas como deberían hacerlo, los estudios de sociología son también una forma de

³⁸ Véase cómo este nuevo tipo de sociología comprometida va produciendo obras importantes, como los recientes libros de Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1969, y Theotonio dos Santos, *Socialismo o fascismo: dilema latinoamericano*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1969.

acción política, ya que la una va inextricablemente mezclada con la otra, aún más en épocas de crisis. Mientras más conciencia se haga sobre ello, mayor control tendremos los científicos sociales sobre el resultado de nuestras indagaciones y el efecto de nuestras enseñanzas, sin esperar por eso que lleguemos a ser “filósofos-reyes”. Concediendo que esta actividad sea crucial en toda época, una política sociológica, análoga a la ya existente política económica, sería el menor de los males, como lo reconoce Hans-Jürgen Krysmanki en su estudio sobre la sociología en Colombia.³⁹

DEFINICIÓN DEL COMPROMISO

Tales dilemas se agudizan al estudiar el problema del compromiso como un hecho social en sí mismo. Debe decirse, ante todo, que no se ha pretendido crear una nueva escuela sociológica “comprometida”, comparable a otras que, justificadamente o no, hubieran precedido a este movimiento. Ello negaría la existencia misma de la sociología, por cuanto ésta es una ciencia con un cuerpo propio de conocimientos, que se alimenta de lo que a ella le traen sus cultores, sean comprometidos o no. Pero, evidentemente, existe confusión respecto de la naturaleza del compromiso de que tanto se habla. Vale la pena aclararlo, aun a riesgo de parecer elemental.

Hay aquí, desde su origen, un grave problema semántico que debe resolverse, semejante al de otros conceptos ambiguos de nuestra lengua (como *subversión*, *política*, *igualdad*) que reflejan nuestro acondicionamiento cultural y la socialización incongruente con el cambio a que nos hemos visto sometidos desde la niñez. Los franceses tienen la ventaja de emplear dos palabras que dra-

³⁹ H.-J. Krysmanski, *Soziologische Politik in Kolumbien*, Dortmund, Cosal, 1967. Véase su traducción al español en la revista *Eco*, N° 100, agosto de 1968, pp. 404-433, y N° 101, noviembre de 1968. Admito esta mezcla en mi propia obra *Subversión y cambio social* (Bogotá, Tercer Mundo, 1968), pero parece generalmente aceptado que los conceptos (nuevos y viejos) allí introducidos son, en todo caso, sociológicos. Véase Aldo Solari, “Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales”, *op. cit.*, pp. 22-23.

matizan las diferencias que en el español quedan cobijadas por una sola: *engagement* y *compromis*. La idea sartriana de *engagement*, como se sabe, es la que más se acerca al concepto de “compromiso” que queremos definir para la sociología de la crisis: es la acción o la actitud del intelectual que, al tomar conciencia de su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo, renuncia a una posición de simple espectador y coloca su pensamiento o su arte al servicio de una causa. En tiempo de crisis social esta causa es, por definición, la transformación significativa del pueblo que permita sortear la crisis decisivamente, creando una sociedad superior a la existente. Por lo tanto, haciendo por ahora abstracción de los medios (lo que plantea un problema sociológico distinto, más complejo y menos delimitado aún), el compromiso con esta causa de la transformación fundamental es la acción válida, el *engagementi consequente*. Es el “compromiso-acción” que justifica a los activistas y a la ciencia social en un momento histórico como el actual.⁴⁰

El otro compromiso, el *compromis* francés, implica transigir, hacer concesiones, arreglos, arbitrajes, entregas o claudicaciones. Es el “compromiso-pacto” que anima consciente o inconscientemente a los que se creen neutrales en situaciones críticas, y a todos aquellos que abren sus flancos a procesos de captación.

Naturalmente, habrá tantas modalidades de compromiso-acción cuantas decisiones personales se tomen sobre el particular. Por ello, para saber si la decisión es válida y consecuente, se hace necesario buscar criterios definidos, como aquellos ofrecidos por la definición sartriana de *engagement*. Demos un paso más en esta dirección. Lo que sigue no debe interpretarse como una posición insular. Representa el consenso basado en la experiencia de los últimos tiempos de un buen número de sociólogos con quienes he trabajado o mantenido correspondencia sobre el particular.

⁴⁰ Jean-Paul Sartre, *Questionnes de méthodes*, París, Gallimard, 1960, pp. 26-31 especialmente. La idea de *engagement* fue presentada con fuerza en la década de 1930 por Paul Nizan, *Les chiens de garde*, París, François Maspero, 1968, pp. 37-45, quien se basó, en parte, en Lenin y su repulsa a la etiqueta de los “sin partido”.

En vista de la falta de un cartabón de este tipo en la literatura disponible, he optado por presentar estos puntos de vista como base de discusión, sin ningún ánimo proselitista. La articulación de las ideas es de mi sola responsabilidad.

El compromiso-acción es, esencialmente, una actitud personal del científico ante las realidades de la crisis social, económica y política en que se encuentra, lo que implica en su mente la convergencia de dos planos: el de la conciencia de los problemas que observa y el del conocimiento de la teoría y los conceptos aplicables a esos problemas. El punto de convergencia sobrepasa el nivel de la producción práctica de conocimientos para tocar el nivel de la interpretación de la comunicación social, quedando así dentro de la dimensión ideológica de la ciencia que ha aprendido.⁴¹ Sabido es que estos dos niveles no son paralelos ni independientes: son dimensiones simbióticas de un mismo conjunto científico, que ejercen mutuos efectos en el proceso de sistematización y avance del conocimiento. Por eso el compromiso-acción, aunque ideológico, no queda por fuera de los procesos científicos; antes por el contrario, como veremos más adelante, los enriquece y estimula.

Una vez adoptada esta actitud, el compromiso-acción lleva al científico a tomar una serie de decisiones que condicionan su orientación profesional y su producción técnica. Estas decisiones tienen las siguientes consecuencias en la acción, de donde se puede juzgar el tipo y la calidad del compromiso adoptado:

1. En la *elección*, por el científico, de *los temas* o asuntos por investigar y las *prioridades* que a éstos concede, así como los enfoques y formas de manejar los datos resultantes. Algunos criterios para ello se verán más adelante.

2. En las posibilidades de *creación y originalidad* que se abren con su decisión. Cuando se tiene la actitud de compromiso con una rebelión o insurgencia de significación que se considera necesaria, estas posibilidades aumentan porque se rompen los moldes

⁴¹ Véase Eliseo Verón, "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina", *op. cit.*, p. 29.

antiguos, así en la sociedad como en la ciencia, el arte y la cultura. (Ésta es, precisamente, la posibilidad que se les ofrece a los latinoamericanos de seguir un curso investigativo propio, dejando de imitar lo hecho o propuesto en países avanzados y desarrollados, para elaborar un pensamiento autónomo, sin caer necesariamente en la xenofobia. Es una de las grandes lecciones de la Revolución Cubana, como lo fue de la Mexicana en su primera época. La ciencia del trópico y del subtrópico, por ejemplo, está todavía por hacerse. ¿No hay en esto cierto reto a la creatividad de los latinoamericanos?).

3. En la *determinación de aquellos grupos clave* que merecían ser servidos por la ciencia, y en la *identificación con ellos*, para convertirlos así en grupos de referencia del científico, a quienes éste destinaría de preferencia sus aportes. Los grupos clave aplicarían y llevarían a sus resultados lógicos el conocimiento que se les entregara, y serían fuentes de demanda y de apoyo. Esta asistencia mutua permitiría una mayor efectividad y un menor margen de error en la acción de tales grupos.⁴²

Los primeros dos tipos de consecuencia son ampliamente reconocidos y existen muchas referencias al respecto en la literatura. El tercero tiene pertinencia más inmediata en lo que se viene discutiendo, y a él debemos prestarle alguna atención.

Siendo que el hecho de tomar un compromiso es asunto propio de cada investigador, cuestionarse uno mismo sobre sus grupos de referencia —saberse ubicar socialmente, como diría Marx— brinda un buen punto de partida. Para definir los criterios de un compromiso-acción pertinente en nuestra época de crisis, y para saber quiénes merecen recibir la asistencia de nuestra ciencia entre la plétora de grupos, movimientos o partidos posibles, por lo menos las siguientes preguntas deben ser absueltas por el hombre de ciencia:

⁴² Véase Pablo González Casanova, "La nouvelle sociologie et la crise de l'Amérique Latine", *op. cit.*, p. 42; Marcos Kaplan, "La ciencia política latinoamericana en la encrucijada", *op. cit.*, p. 49.

1. Sobre el *previo compromiso* (pacto): ¿con qué grupos ha estado comprometido hasta ahora? ¿A quiénes ha servido consciente o inconscientemente? ¿Cómo se reflejan en sus obras los intereses de clase, económicos, políticos o religiosos de los grupos a los que ha pertenecido?

2. Sobre la *objetividad*: ¿cuáles son los grupos que no temerían que se hiciese una estimación realista del estado de la sociedad y que, por lo mismo, brindarían todo su apoyo a la objetividad de la ciencia?

3. Sobre el *ideal de servicio*: tomando en cuenta la tradición humanista de las ciencias sociales, ¿cuáles son los grupos, movimientos o partidos políticos que buscan servir realmente al conjunto de la sociedad, sin pensar en sí mismos sino en el beneficio real de las gentes marginadas que hasta ahora han sido víctimas de la historia y de las instituciones? ¿Cuáles son los grupos que, en cambio, se benefician de las contradicciones, inconsistencias e incongruencias reinantes?

El hecho de no haber podido articular antes estos criterios con claridad es causa de las ambigüedades que se observan en diversas obras sociológicas del género.⁴³ En este territorio sin demarcar tan lleno de fieras y tremedales, sólo la experiencia enseña. Así, es interesante constatar cómo diferentes sociólogos han visto la necesidad de reubicarse, ante la magnitud de los hechos que analizan y que les envuelven al mismo tiempo. Esto puede seguir ocurriendo, aunque lleve a la pérdida de posiciones burocráticas

⁴³ Mi primer libro sobre la subversión es un caso claro de ambigüedad, y en ello se justifica la crítica de Aldo Solari ("Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales", *op. cit.*, pp. 18-19). Fue escrito antes de haberme ubicado socialmente, lo que produjo un desenfoque al identificar grupos clave. Este defecto he intentado corregirlo en posteriores ediciones, incluyendo la inglesa (*Subversión and Social Change in Colombia*, Nueva York-Londres, Columbia University Press, 1969). Véase mi otro opúsculo, *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968.

o amenazas a las instituciones sociológicas que no se sometan a la pauta establecida.⁴⁴

Especificar la naturaleza de esta transición personal, a veces dolorosa, puede ser útil e ilustrativo. Por ejemplo, el intento de identificar grupos clave en Colombia tuvo efectos tanto en la interpretación sociológica como en la política nacional. Ésta fue una experiencia interesante desde el punto de vista científico, porque quedó claro que la noción de *compromiso* no es un simple ejercicio académico, sino que se aquilata, confirma o desvirtúa con la acción. Como se dijo antes (en la sección sobre normas), son los hechos los que en última instancia van indicando la consistencia de la realidad, hasta el punto de que por ahí —por los hechos y las pruebas demostradas en la acción— podríamos saber si estamos o no llegando a los criterios finales de la objetividad en la ciencia.

Parecería una tarea urgente de la sociología latinoamericana brindar pautas para determinar y conocer bien los grupos clave o estratégicos que quieren reconstruir nuestra sociedad y que merecerían, por eso, no sólo ser grupos de referencia para los científicos sino también ser servidos por la ciencia. Porque con ellos sería luego el compromiso. Esta urgencia nos lleva más allá de la sociología de los sociólogos para hacer la sociología de los políticos. En ello hay que ser realistas y admitir las dificultades teóricas y prácticas de la tarea. Si aplicamos el criterio del ideal de servicio postulado antes, esta regla podría permitirnos identificar determinadas agrupaciones que tienen como fin organizar genuinos movimientos de redención popular, y que están listas a responder de lleno al descontento y las aspiraciones de las gentes. Pero podríamos encontrar que los militantes están a veces obsesionados por consignas irreales, o dominados por sus emociones, y que en la práctica no aprecian totalmente el aporte científico cuando éste contradice sus simplificaciones o prejuicios.

⁴⁴ El último caso importante puede ser el de Alain Touraine, cuyo libro *Sociologie de l'action* (París, Seuil, 1966, p. 15) ya manifiesta sus dudas, que luego encuentran cauce apropiado en su último estudio sobre *Le mouvement de mai, ou le communisme utopique* (París, Seuil, 1968), otro magnífico ejemplo de sociología *engagée*.

cios. La política puede ser ululante y acomodaticia, y llevar en consecuencia a dilemas tácticos que inducen la disensión en las propias filas del grupo.

Pero la ululancia, la emotividad y la falta de consistencia pueden ser combatidas, así en el plano científico como en el orden político. En lo científico, competiría al sociólogo ilustrar la situación como es, suministrar datos y participar como observador-inserto en la aplicación de la política derivada de esos datos. Sería esencial entonces que la influencia y el ejemplo del sociólogo logran racionalizar la acción de los grupos clave, para que llegaran a ser más eficaces y menos erráticos, de modo que pudieran articular con seriedad sus ideales y transformar su emotividad en mística. El sociólogo no fomentaría el dogmatismo, sino que resistiría las mitologías de los medios políticos, oponiéndose a los macartismos y mostrando la vía de la evidencia y de los hechos, así sea ésta una tarea dura y mal agradecida.

Con la identificación de tales grupos clave en países en etapas prerrevolucionarias no sólo se resolvería el problema práctico y concreto del compromiso, sino que también se ayudaría a iluminar el panorama general, hoy tan oscuro, para hacer más fácil la tarea del cambio político y social necesario. Así, también la sociología dejaría de ser la ciencia del *postmortem*, que llega a examinar los volcanes cuando ya se han apagado, para ensayar nuevas y más responsables técnicas proyectivas.

EL COMPROMISO Y LA ACUMULACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Veamos ahora si el compromiso-acción, como expresión ideológica, es o no perjudicial para la ciencia cuando se inclina hacia grupos políticos insurgentes o iconoclastas, especialmente si impide o favorece la acumulación sistemática del conocimiento en tales circunstancias.

En primer lugar, como ideología, es evidente que el compromiso-acción no produce en sí mismo una acumulación de conocimientos, porque lo que maneja son intuiciones, concepciones o ideales (mensajes de comunicación social, según Verón) que

pueden excluirse o suplantarse mutuamente. En cambio, como hemos visto en el nivel de la actividad de producción de conocimientos con el que está ligado, ayuda a la identificación de grupos clave, “ideas-guías” y temas importantes, y puede llevar a la creatividad en la ciencia.

Pero el compromiso-acción no cumple estas importantes funciones en un vacío mental y conceptual, sino que tiene su fuente y su base en la percepción de un conjunto de fenómenos ya observados y de hechos registrados en el presente y en la historia: es decir, el compromiso-acción tiene una función analítica seria. Aún más: exige trabajo arduo y responsable en el proceso de análisis. La percepción y la observación en que se basa se hacen aplicando las reglas de la inferencia lógica, sin distorsionarlas, de tal forma que subsista la posibilidad del cambio en las ideas y en la visión personal por el impacto de los hechos y de la evidencia investigativa. Obviamente, es deshonesto, estéril y contraproducente desvirtuar la evidencia para que armonice con la ideología o con un mito, para servir al interés que se ha escogido (aunque se han visto casos en que el rigor de las pruebas disminuye o aumenta según la atracción ideológica de la proposición que se discute). Tampoco es conveniente descartar el conocimiento serio obtenido por diversas escuelas o en etapas anteriores, o considerarlo como de “segunda clase” por venir de otras vertientes, países o corrientes intelectuales. Eso sería un despilfarro trágico del recurso humano. El aislamiento completo de lo que discurre en otras escuelas y en países avanzados llevaría a un atraso que nunca lograría llenarse, además de que se perderían contactos con grupos afines en tales países y escuelas, que podrían constituirse en actuales o eventuales aliados para el esfuerzo del cambio.

Ahora bien, aun reconociendo las diferencias lógicas de nivel que existen entre el compromiso ideológico y el proceso acumulativo de inferencias, ocurre que éste no avanzaría sin la ayuda catalítica del primero. Como se ha observado en varios países y para otras ciencias más avanzadas que la nuestra, el conocimiento científico puede irse acumulando *ad infinitum*, ritualmente, sin que la ciencia avance, produciendo en cambio confirmaciones

y reconfirmaciones de hipótesis o acumulación de meros datos, pasando incluso al clisé y lo insulso e impidiendo síntesis comprensivas. Hasta se puede llegar a saber mucho de un problema sin necesariamente enriquecer la concepción del mismo ni llegar a la decisión de resolverlo; si así fuera, gran parte de los problemas que existen en América Latina ya estarían resueltos. Así, como puede fácilmente observarse, los científicos de determinadas épocas, tan diligentes en inferir hechos, confirmar leyes y acumular datos y evidencias, se van saturando y hasta aburriendo del conocimiento adquirido —o fatigándose ante la indecisión en que se atascan sus planteamientos—, y llegan al reconocimiento de una necesidad de cambio, de una síntesis apropiada, de un mayor ejercicio de la imaginación creadora, o de una reorientación científica. Éste parece ser el caso actual de la América Latina, donde se ha llegado a una gran acumulación de datos con proliferación de reuniones, declaraciones y consensos que piden ya, a gritos, la implementación de las tesis o su definido descarte. (En realidad es tal la acumulación de palabras e ideas, que parecería conveniente declarar una moratoria de seminarios, conferencias y simposios, hasta tanto no se realice una mayor confrontación con la realidad, para enriquecer la expresión con la práctica y la teoría con la acción).

El mecanismo que lleva a la ciencia a estas etapas reiteradas de producción (y de protesta) intelectual no se encuentra en el proceso ritual o mecánico de acumulación del conocimiento, sino en aquel otro nivel de comunicación social con el que ella está simbióticamente conectada. Este mecanismo es ideológico y va implícito en el compromiso de renovación, creatividad y acción que los científicos asumen en un momento dado frente a la problemática de su ciencia y su sociedad. Va también implícito en el empeño de entender la sociedad como un todo (lo que no es obtener un simple dato cultural), de subir a las alturas para ver los conjuntos, como aconsejaba Max Weber. La reorientación resultante permite que se reanude la acumulación del conocimiento yendo en otra dirección que se considera más adecuada, o hacia una etapa superior de técnica y teoría, redondeando el sentido

de los hechos y enriqueciendo la visión de las cosas. Lleva así a una nueva justificación de la tarea científica.

Estas ideas, por supuesto, son muy conocidas, y la literatura sobre la sociología del conocimiento ha venido enriqueciendo más y más. Schumpeter, por ejemplo, colocado hace 20 años ante una crisis intelectual semejante a la nuestra entre los economistas, logró identificar el compromiso-acción con “una visión o intuición del investigador”, claramente ideológica, que surge del “trabajo científico de nuestros predecesores o contemporáneos, o bien de las ideas que flotan a nuestro alrededor en la mente pública”.⁴⁵ Esta visión se puede rastrear en la historia económica con sus premisas ideológicas, porque “la pauta del pensamiento científico en una época dada va condicionada socialmente”. De ahí que tales premisas se presenten por etapas para ir conformando el cuerpo de la ciencia. Ninguna ideología económica dura eternamente —pues se van “agostando” una tras otra—, y la disciplina va saliendo de la una para llegar a la otra, según los cambios en las pautas sociales. Concluye Schumpeter:

Siempre tendremos con nosotros alguna ideología, pero esto no es una desgracia. El acto cognoscitivo que es la fuente de nuestras ideologías es también el requisito previo de nuestro trabajo científico. Sin él no es posible ningún nuevo punto de partida en ninguna ciencia. Por su intermedio adquirimos material nuevo para nuestros esfuerzos científicos, y algo que formular, que defender, que atacar. Nuestra provisión de hechos e instrumentos crece y se rejuvenece en el proceso. Y así, si bien avanzamos lentamente a causa de nuestras ideologías, sin ellas podríamos no avanzar en absoluto.⁴⁶

El problema de la reorientación acumulativa de la ciencia a causa de los “cambios en las pautas sociales”, dejado un poco en el aire por Schumpeter, queda más concretamente dilucidado

⁴⁵ Joseph Schumpeter, “Science and Ideology”, en *American Economic Review*, N° 2, vol. 39, marzo de 1949, pp. 345-359; traducido como *Ciencia e ideología*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. 20.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 40-41.

por Myrdal. En apoyo a lo anteriormente citado sobre el involucrimiento político de los grandes economistas —y es algo en lo cual muchos otros científicos sociales concuerdan con él—, este autor aplica la tesis a la etapa actual:

Ahora el liderazgo ha pasado a economistas que dirigen su atención a los problemas dinámicos del desarrollo y su planteamiento. Lo más importante que debemos destacar es que esta nueva dirección de nuestro trabajo científico no resulta de la autónoma reorientación de las ciencias sociales, sino es consecuencia de trascendentales cambios políticos.⁴⁷

Y así se completa el círculo de nuestra argumentación. El compromiso-acción es ideológico e implica una visión dentro de la ciencia. Esta visión está condicionada por pautas sociales y por trascendentales cambios políticos que llevan a los científicos a una evaluación de su disciplina y a una reorientación de la misma. De este proceso van resultando no sólo la acumulación del conocimiento científico sino también su enriquecimiento, su renovación, su revitalización.

Éstas son las coyunturas que se presentan hoy a los científicos sociales ante la crisis de América Latina, para justificar su tarea y la existencia misma de la ciencia. Son una prueba de decisión, de laboriosidad y de creatividad en la presente etapa histórica. Son una prueba que lleva a combinar el rigor científico con la participación en el proceso histórico, para lograr una postura intelectual autónoma, aunque ella pueda acarrear persecuciones e incomprensiones momentáneas. Quizá de estos empeños resulte no sólo una ciencia social más respetable, firme y propia nuestra, con una más clara definición de la crisis latinoamericana, sino también una política eficaz de cambio que lleve a una sociedad superior a la existente. Tal es la responsabilidad de los hombres de ciencia, y tal el *engagement* que adquirimos ante el mundo y ante la historia.

⁴⁷ Gunnar Myrdal, *Var Truede Verden*, Oslo, Pax, 1965, p. 398.

CÓMO INVESTIGAR LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA¹

Son relativamente pocas las ocasiones de confrontar directamente, en el curso de la vida, procesos fundamentales de transformación social. Es nuestro privilegio, como generación, la de vivir este proceso hoy día, y hacerlo con las ventajas y desventajas que ofrece el desarrollo contemporáneo. Es también nuestra responsabilidad, como pertenecientes a una comunidad de científicos, saber interpretar esta transformación y derivar datos adecuados para entenderla con el objeto de ayudar a construir el futuro.

Cómo combinar precisamente lo vivencial con lo racional en estos procesos de cambio radical, constituye la esencia del problema que tenemos entre manos. Y éste, en el fondo, es un problema ontológico y de concepciones generales del que no podemos excusarnos. En especial, ¿qué exigencias nos ha hecho y nos hace la realidad del cambio en cuanto a nuestro papel como científicos y en cuanto a nuestra concepción y utilización de la ciencia? Porque, al vivir, no lo hacemos sólo como hombres, sino como seres preparados para el estudio y la crítica de la sociedad y el mundo.

Nuestras herramientas especiales de trabajo han sido y son mayormente los marcos de referencia y las técnicas con las que

¹ Texto extraído de "Introducción" al libro *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla*, Bogotá, Tercer Mundo, 1979, pp. 11-57 (2ª edición, 1983; 3ª edición, 1986).

sucesivas generaciones de científicos han intentado interpretar la realidad. Pero bien sabemos que estas herramientas de trabajo no tienen vida propia, sino que toman el sentido que les demos, con sus respectivos efectos en variados campos de la vida y del conocimiento. De allí que no podamos desconocer el impacto social, político y económico de nuestros trabajos, y que, en consecuencia, debamos saber escoger, para nuestros fines, aquello que sea armónico con nuestra visión de la responsabilidad social. Así mismo se satisface también nuestra vivencia.

Estos problemas filosóficos, de concepción del trabajo y de articulación teórica, se han sentido de manera constante y, a veces, angustiosa, en la experiencia colombiana que un número de investigadores sociales hemos vivido y tratado de racionalizar en los últimos años (1970-1976). El que sólo ahora se pueda articularlos con alguna especificidad es, en sí mismo, parte del proceso vivencial-racional que hemos recorrido. Ello no es demostración alguna de que hayan quedado resueltos o superados los problemas descritos; pero, consecuentes con nuestras ideas, queremos compartir estas preliminares reflexiones —que son también un balance de nuestra experiencia— en aras de una discusión que se nos sigue haciendo necesaria e inevitable. Es ya una discusión a escala mundial, porque las preocupaciones aquí esbozadas sobre el caso colombiano se multiplican casi dondequiera que se ha intentado, desde hace varias décadas, promoviendo conscientemente cambios revolucionarios, para verlos luego frustrados o tomando direcciones inesperadas o contrarias. Se trata, pues, de un problema teórico-práctico de suma gravedad y urgencia.

No es indispensable detallar la naturaleza de la experiencia colombiana de “investigación-acción” (“estudio-acción”), que es tema de la parte específica de este trabajo, ya que ha sido motivo de varias publicaciones y amplia controversia nacional e internacional.² Para fines del presente estudio, baste con señalar, a grandes rasgos, las siguientes características pertinentes:

² Varias instituciones colombianas realizaron experiencias de investigación-acción desde 1970, pero la más conocida, por diversas razones, fue la Fundación Rosca

1. El esfuerzo de investigación-acción se dirigió a comprender la situación histórica y social de grupos obreros, campesinos e indígenas colombianos, sujetos al impacto de la expansión capitalista, es decir, al sector más explotado y atrasado de nuestra sociedad.

2. Este trabajo implicó adelantar experimentos muy preliminares, o sondeos, sobre cómo vincular la comprensión histórico-social y los estudios resultantes, a la práctica de organizaciones locales y nacionales conscientes (gremiales y/o políticas) dentro del contexto de la lucha de clases del país.

3. Tales experimentos o sondeos se realizaron en Colombia en cinco regiones rurales y costaneras, y en dos ciudades, con personas que incluían tanto profesionales o intelectuales comprometidos en esta línea de estudio-acción como cuadros del ámbito local, especialmente de gremios.

4. Desde su iniciación, el trabajo fue independiente de cualquier partido o grupo político, aunque durante el curso del mismo se realizaron diversas formas de contacto e intercambio con aquellos organismos políticos que compartían el interés por la metodología ensayada.

Además, con esta experiencia se trató de responder, en la práctica, a la inquietud que el autor había hecho en años anteriores (desde 1967) sobre el “compromiso” de los científicos colombianos (y de los intelectuales en general) ante las exigencias de la realidad del cambio social.

Aunque estos ensayos de investigación-acción no fueron siempre coherentes y padecieron de inevitables errores, destacaron

de Investigación y Acción Social (1970-1976), a la cual perteneció el presente autor. Entre sus publicaciones más influyentes o difundidas: Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*, Bogotá, 1972; *Cuestiones de metodología aplicada a las ciencias sociales*, Bogotá, 1974; *La verdad es revolucionaria*, Bogotá, 1974 y “La Rosca de investigación se retira de *Alternativa del Pueblo*”, en *Alternativa del Pueblo*, N° 28, 17 de marzo-30 de abril, Bogotá, 1975. Debe distinguirse la “investigación-acción” de la “investigación militante”, que es aquella realizada por cuadros científicos dentro de marcos partidistas y sujetos a las pautas y necesidades de su respectiva organización.

pautas que merecen recogerse y analizarse. Generaron fracasos y altibajos, incomprensiones y persecuciones, estímulos y polémicas. Por lo mismo conviene evaluar la experiencia resultante para medir lo que representa dentro del proceso de transformación radical, que es el sino de nuestra generación y también de las que siguen. Porque tratar de vincular el conocimiento y la acción —la teoría y la práctica—, como en el castigo de Sísifo, es un esfuerzo permanente e inacabado de comprensión, revisión y superación sobre una cuesta sin fin, difícil y llena de tropiezos. Es la cuesta que el hombre ha venido transitando desde que el mundo es mundo.

Para evitar discusiones innecesarias, conviene establecer desde el principio las bases gnoseológicas del presente trabajo, que pueden resumirse de la siguiente manera:

1. El problema de la relación entre el pensar y el ser —la sensación y lo físico— se resuelve por la observación de lo material que es externo a nosotros e independiente de nuestra conciencia; y lo material incluye no sólo lo constatable de la naturaleza sino también las condiciones fundamentales, primarias, de la existencia humana.

2. El problema de la formación y reducción del conocimiento no se resuelve diferenciando los fenómenos de las cosas-en-sí, sino planteando la diferencia entre lo que es conocido y lo que todavía no se conoce. Todo conocimiento es inacabado y variable y queda sujeto, por lo mismo, al razonamiento dialéctico; nace de la ignorancia, en un esfuerzo por reducirla y llegar a ser más completo y exacto.

3. El problema de la relación entre el pensar y el actuar se resuelve reconociendo una actividad real de las cosas a la cual sólo se adviene por la práctica que, en este sentido, es anterior a la reflexión; allí se demuestra la verdad objetiva, que es la materia en movimiento.

4. El problema de la relación entre forma y contenido se resuelve planteando la posibilidad de superar su indiferencia por la práctica y no sólo por el comportamiento intuitivo o contempla-

tivo; toda cosa se da como un complejo inextricable de forma y contenido; de allí que la teoría no pueda separarse de la práctica, ni el sujeto del objeto.

CIENCIA Y REALIDAD

Aunque fue en 1970 cuando se concibieron formalmente los trabajos de campo entre obreros, campesinos e indígenas colombianos en la modalidad de la investigación-acción, ya desde antes se venían experimentando dificultades teóricas y metodológicas: no satisfacían los marcos de referencia ni las categorías vigentes en los paradigmas normales de la sociología que se habían recibido de Europa y Estados Unidos. Muchos los hallábamos en buena parte inaplicables a la realidad existente, viciados ideológicamente por defender los intereses de la burguesía dominante, y demasiado especializados o parcelados para entender la globalidad de los fenómenos que se encontraban a diario.³

Sin entrar a discutir las razones de este rechazo —que son motivo de otros ensayos y que, en general, se conocen ya bastante en la literatura científica reciente—⁴ la experiencia acumulada en los últimos años indica que había causas profundas del mismo relacionadas con los conceptos de *ciencia y realidad* que se estaban manejando y que, en ese momento inicial, no se alcanzaban a ver todavía en toda su magnitud y trascendencia. Estudiaremos ahora algunas de estas implicaciones.

³ Véase O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Bogotá, 1976. Sobre los paradigmas de la ciencia hemos seguido las teorías de T. Kuhn (*The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, 1970, pp. 23, 187-281), especialmente en cuanto tienen que ver con la formación del conocimiento y la instauración de nuevos paradigmas (“ciencia extraordinaria”).

⁴ A. Solari, R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, 1976; R. Cortés, *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, 1970; A. Quijano, “Alternativas de las ciencias sociales en América Latina”, en *Desarrollo Indoamericano*, año 6, N° 21, octubre de 1973, pp. 45-48; J. Graciarena, ¿*Observers or participants?*, IX Congreso Mundial de Sociología, Toronto, 1974, y T. Bottomore, *Crisis and Contention in Sociology*, Londres, 1975.

Recordemos una vez más cómo se había insistido en los textos y en las aulas que la sociología podría ser ciencia natural positiva, pautada al estilo de las ciencias exactas, en la que se debían cumplir las reglas generales del método científico de investigación. Estas reglas son las que en su día le había transferido Durkheim de las ciencias experimentales, y que había popularizado Pearson (y más recientemente Popper) dentro de esquemas fijos de acumulación científica, validez, confiabilidad, inducción y deducción.⁵ En esencia, se creía que el mismo concepto de *causalidad* podría aplicarse así en las ciencias naturales como en las sociales, es decir, que había causas reales análogas tanto en una como en otras y que éstas podían descubrirse de manera independiente por observadores idóneos, aun de manera experimental o controlada.

El trabajo de campo realizado en las regiones escogidas, especialmente en la primera etapa, reflejó esta orientación positivista, que se expresó de manera consciente —en cuanto a la aplicación de algunas técnicas formales— y también inconscientemente, porque los procedimientos salían desde su origen condicionados por el paradigma positivista sin caer en cuenta de sus posibles consecuencias deformantes para el análisis.⁶

Las principales perplejidades que fueron rompiendo el paradigma normal conocido surgieron del estudio de los movimientos sociales. Éstos, según los cánones positivistas, pueden ser respuestas a impulsos aplicados en determinados sectores del sistema social; o son efecto de situaciones patológicas susceptibles de mejoramiento en sus fuentes, que pueden ser individuales o grupales. Así se justificaban teóricamente campañas de reforma

⁵ E. Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, Burdeos, 1895; K. Pearson, *The Grammar of Science*, Londres, 1892 y K. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, 1959.

⁶ En efecto, como señala Lukács, había desde la fuente cierto acondicionamiento producido por el ideal cognoscitivo de las ciencias naturales que, al aplicarse al desarrollo social, se convertía en un arma ideológica de la burguesía. Véase G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, 1975.

social propiciadas por la burguesía dominante, como la acción comunal, la defensa civil, la beneficencia y el reparto de tierras en granjas familiares, todo dentro del contexto político-social existente.

Pero el estudio más profundo e independiente de los problemas económicos y sociales dejaba traslucir una red de causas y efectos sólo explicable a través de análisis estructurales que se salían de las pautas mecanicistas y organicistas acostumbradas, esto es, del paradigma vigente. No podían aplicarse allí los mismos principios causales de las ciencias naturales, evidentemente, porque la materia prima que se manejaba pertenece a una categoría ontológica distinta, que tiene cualidades propias.⁷ Se confrontaban hechos y procesos de concatenación circular o espiral, en sistemas abiertos que iban alimentando su propio desenvolvimiento y su propia dinámica, muchas veces como profecías que imponían mecanismos para su propia confirmación, en formas de causación no encontradas en la naturaleza, donde predominan sistemas cerrados y donde el principio de la acción y reacción es más simple y directo.⁸ En todo caso, se vislumbraba un universo de acción vinculado a las causas que el paradigma vigente no anticipaba de modo conveniente, o que, más correctamente, dejaba en la penumbra del conocimiento.

Esta penumbra era, precisamente, lo más interesante para el trabajo, y exigía que se le dirigiera la atención. Al hacerse así, lo

⁷ Un principio tan obvio como fácil de olvidar, a pesar de las razones claras y elementales expuestas por epistemólogos como Rickert, cuando habla de una “oposición material (real)” entre naturaleza y cultura, para explicar la vieja distinción entre “ciencia de la naturaleza” y “ciencia del espíritu”, lo cual le llevó a reconocer una “oposición formal” entre el método naturalista y el método histórico que él consideraba propio de la ciencia cultural (H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, 1943, pp. 46-47). Véanse las reservas que hace al respecto L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, Bogotá, 1976, pp. 37-38.

⁸ Esta tesis se había venido enfatizando ya en algunas escuelas, y desde Marx, para el estudio de la sociedad humana y de la cultura; recuérdese cómo Karl Marx, en el “Prefacio” a la primera edición de *El capital*, al compararse con los físicos, subraya que la sociedad no es un “cristal fijo” sino una entidad que hay que ir “entendiendo continuamente en el proceso de transformación”. Véase también su Carta a Mikhailovsky sobre el método histórico de investigación (1877).

que pareció dibujarse en ella fue un reflejo del principio hegeliano: “El viviente no deja que la causa alcance su efecto”.⁹ De modo que a las anteriores dimensiones conocidas de multicausalidad, circularidad y autoconfirmación en lo social se añadía, entonces, otro elemento de volición que llevaba a tomar en cuenta lo fortuito o lo aleatorio en el hombre, especialmente en situaciones de coyuntura como las que se experimentaban en las regiones escogidas para la experimentación activa.

No se trata aquí de un azar ciego y mecánico sujeto a reglas matemáticas en un universo homogéneo, como se aplica en las ciencias exactas; sino de un elemento aleatorio humano condicionado por tendencias anteriores o limitado a cierta viabilidad dentro de opciones de acción. Como en lo social el antecedente inmediato de la acción es volitivo, la acción no va determinada en sentido único, sino que tiene una determinación múltiple dentro del proceso o marco en el cual adquiere sentido.¹⁰ La determinación múltiple, con ese abanico de opciones dentro de una coyuntura (posibilidades que se cierran al abrirse otras), explicaría por qué la historia no se repite, por qué sus procesos no son inevitables, excepto quizás en formas muy largas y lentas. Dentro de una tendencia histórica o proceso de mediano o corto plazo, todo es posible: la determinación múltiple y la volición hacen que ocurran vaivenes, como los avances, saltos y retrocesos que se observaban en la realidad de las regiones. De allí la incidencia de protagonistas concretos y los giros singulares que éstos imponían en las campañas de los grupos regionales de base. Así se entendía también la naturaleza última de la relación entre lo táctico y lo estratégico —la construcción consciente de la historia hacia el futuro—, problema que surgía en el trabajo de campo de ma-

⁹ F. Hegel, 1974, II, pp. 497-498.

¹⁰ Tal es el “principio del impulso” A-B adaptado por Lenin al discutir las tesis de J. Petzoldt, para explicar las diferentes opciones D.C.F., que pueden tomarse en la realidad, lo que se explicaría distinguiendo entre “lo fortuito y lo necesario” en la acción social: V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Madrid, 1974, pp. 152-164. (Agradezco a René Zavaleta haber llamado mi atención sobre este aspecto del planteamiento leninista).

nera cotidiana, pero sin poderlo entender bien, y mucho menos manejar, en todas sus implicaciones.

Toda esta problemática de la causalidad fue llevando a cuestionar la orientación del trabajo regional y las herramientas analíticas disponibles. Hasta allí se había procedido de manera rutinaria. La experiencia fue indicando que la validación de los efectos del trabajo sólo podía hacerse, de manera definitiva, mediante el criterio de la acción concreta, esto es, que la causa última tenía una dimensión teórico-práctica. Lo aleatorio de la acción social que se veía día a día quedaba al fin y al cabo sujeto al marco de la praxis, como explicaremos más adelante.

SOBRE LA CONSTATACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Otro resquebrajamiento del paradigma normal se produjo con la transferencia de la noción sobre constatación científica de las ciencias naturales a las sociales.

Un primer aspecto fue el de la observación experimental. A diferencia del observador naturalista, se sabe que en las disciplinas sociales el observador forma parte del universo por observar. Esta condición especial había sido oscurecida por los cánones positivistas sobre la “objetividad” y la “neutralidad” en la ciencia, con la consecuencia de que algunas técnicas de campo como la “observación participante” y la “observación por experimentación” (muy conocida entre antropólogos) tendían a conservar las diferencias entre el observador y lo observado. Además, tales técnicas “neutrales” dejaban a las comunidades estudiadas como víctimas de la explotación científica.¹¹

Como una posible alternativa, desde antes se había propuesto la “inserción en el proceso social”. En este caso se exigía del in-

¹¹ En esta misma categoría situamos los intentos de la “antropología de la acción” propuesta en la década de 1960 por Sol Tax, y, en parte, los ensayos de “etnometodología” realizados por H. Garfinkel, aunque de éste son dignas de recogerse las premisas prácticas que retan o condicionan la “ciencia normal” de su época. Véase el interesante artículo de P. Freund y M. Abrams, *Ethnomethodology and Marxism Theory and Society*, vol. 3, N° 3, 1976, pp. 377-393.

vestigador su plena identificación con los grupos con los cuales entraba en contacto, no sólo para obtener información fidedigna, sino para contribuir al logro de las metas de cambio de esos grupos. Se diferenciaba así esta técnica de las anteriores en que se reconocía a las masas populares un papel protagonista, con la consiguiente disminución del papel del intelectual-observador como monopolizador o contralor de la información científica.¹²

En segundo lugar, aunque el propósito del trabajo investigativo era obtener y entender mejor la ciencia y el conocimiento a través del contacto primario con los grupos populares de base, como fuente promisoría, los resultados de esta variación en el paradigma resultaron decepcionantes. La inserción del investigador en el proceso social implicó la subordinación de aquél a la práctica política condicionada por intereses inmediatos, y el conocimiento alcanzado fue más de perfeccionamiento y confirmación de éste que de innovación o descubrimiento. Aunque, como veremos más adelante, el sentido común o saber popular es valioso y necesario como fundamento de la acción social, no se vio cómo podía articularse éste al conocimiento científico verificable que se buscaba, para orientar las campañas de defensa de los propios intereses populares.

Finalmente se advirtió que el conocimiento científico verificable resultaba más bien de las abstracciones que se hacían en seminarios cerrados y de las discusiones que se sostenían entre colegas del mismo nivel intelectual, así como del propio estudio de la literatura crítica. En esto no se descubrió nada nuevo, aunque las expectativas iniciales sobre las posibilidades de derivar conocimiento científico directamente del contacto con las bases habían sido grandes. Volveremos a este tema cuando tratemos las “categorías mediadoras específicas” y el papel de los grupos populares de referencia.

¹² Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, 1968, tomo III, p. 119.

La práctica permitió constatar también que el investigador consecuente puede ser al mismo tiempo sujeto y objeto de su propia investigación y experimentar directamente el efecto de sus trabajos (véase la parte final de este estudio); pero tiene que enfatizar uno u otro papel dentro del proceso, en una secuencia de ritmos en el tiempo y el espacio que incluyen acercarse y distanciarse por turnos de las bases, acción y reflexión.¹³ Al buscar la realidad en el terreno, lo que le salva de quedar por fuera del proceso es su compromiso con las masas organizadas, es decir, su inserción personal. Las masas, como sujetos activos, son entonces las que justifican la presencia del investigador y su contribución a las tareas concretas, así en la etapa activa como en la reflexiva.

No podía, pues, haber lugar en este trabajo a la experimentación social tradicional para hacer ciencia e interpretar la realidad, en tales condiciones, sino al involucramiento personal y la inserción por ritmos. Las técnicas quedaban subordinadas a las lealtades a los grupos actuantes y a las necesidades del proceso: resultó importante tener conciencia de “para quién” se trabajaba. Así, no se rechazaron técnicas empíricas de investigación usualmente cobijadas por la escuela clásica, como la encuesta, el cuestionario o la entrevista, por ser positivistas (sólo los grupos extremistas confundieron erróneamente el empirismo con el positivismo); sino que recibieron un nuevo sentido dentro del contexto de la inserción con los grupos actuantes. Por ejemplo, no podía haber lugar a la distinción tajante entre entrevistador y entrevistado que dictaminan los textos ortodoxos de metodología: había que transformar la entrevista en una experiencia de participación y consenso entre el dador y el receptor de la información, en la cual ambos se identificaran en cuanto a la necesidad y fines com-

¹³ “Practicar, conocer, practicar otra vez y conocer de nuevo. Esta forma se repite en infinitos ciclos y, con cada ciclo, el contenido de la práctica y del conocimiento se eleva a un nivel más alto. Ésta es la teoría materialista dialéctica del conocimiento [...] y de la unidad sobre el saber y el hacer” (Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, op. cit., tomo I, p. 331).

partidos de esa experiencia. Por eso, en el texto mimeografiado que se preparó en 1974 (“Cuestiones de metodología...”, ya citado), se dedica un capítulo a las técnicas empíricas de medición estadística, conteo, análisis y organización del material, que se juzgaron necesarias para comprender la realidad en los ámbitos local y regional.

Este esfuerzo de participación en el estudio puede denominarse *empírico* en el buen sentido, esto es, busca ajustar herramientas analíticas a las necesidades reales de las bases y no a las de los investigadores.¹⁴ Así, obviamente las técnicas desarrolladas por las ciencias sociales tradicionales no todas resultan de rechazar (como algunos pretendieron), sino que pueden utilizarse, perfeccionarse y convertirse en armas de politización y educación de las masas. Que esto es posible, la experiencia colombiana en inserción (y en “autoinvestigación”, como veremos más adelante) también tiende a demostrarlo. Pero hay que poner en su contexto conformista, y reconocer sus limitaciones, a aquellas técnicas empíricas derivadas del paradigma normal que cosifican la relación social, creando un perfecto divorcio entre sujeto y objeto de investigación, es decir, manteniendo la asimetría en las relaciones entre entrevistador y entrevistado (como en las encuestas de opinión). Más aún: se admite ya que deben rechazarse tales técnicas, cuando estos ejercicios se convierten en armas ideológicas a favor de las clases dominantes, y en formas de represión y control de las clases pobres y explotadas, como sigue ocurriendo con frecuencia.

SOBRE LA REALIDAD OBJETIVA

Las pautas positivistas habían exigido “cortes seccionales” como aproximaciones a la realidad, de nuevo en ilógica imitación de las

¹⁴ No hay que dejarse confundir en cuanto al “empirismo” ciego. Este problema fue aclarado por el mismo Marx en 1880, con su “Encuesta obrera”. Por ejemplo, los cuestionarios adecuados pueden ser, al mismo tiempo, elementos de politización y de creación de conciencia de clase, como pudo hacerlo Marx en el fraseo de sus preguntas. Véase T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Londres, 1968, pp. 210-218.

técnicas de muestreo muy desarrolladas en las ciencias exactas. Así se derivaban “hechos” mensurables con los cuales se reconstruía mentalmente, pedazo a pedazo, el mosaico de la sociedad.

Sin negar la importancia de la mensura en lo social cuando ésta se justifica, en el terreno pudo verse cómo estos “hechos” quedaban amputados de su dimensión temporal y procesal. Pero esta dimensión temporal era parte fundamental de la propia realidad de los “hechos” observados. Era su porción dinámica, viva, la que precisamente debía comandar el mayor interés, porque corría ante los ojos de los investigadores la realidad objetiva de materia y movimiento que buscan los científicos como causa final de las cosas.¹⁵

La realidad objetiva aparecía como “cosas en sí” que se movían en la dimensión espacio-tiempo y que venían de un pasado histórico condicionante. Se convertían en “cosas para nosotros” al llegar al nivel del entendimiento de los grupos concretos, tales como los de la base en las regiones. Así ocurrió con conceptos generales conocidos, como *explotación, organización e imperialismo*, por ejemplo, que, entendidos empíricamente o como sensaciones individuales por campesinos e indígenas, pasaban a ser reconocidos racionalmente y articulados ideológica y científicamente, por primera vez por ellos, en su contexto estructural real. Uno de los dirigentes campesinos que plasmaron formalmente su ideología, logró explicar en términos de “lucha inconsciente de clase” determinadas pautas tradicionales de la conducta de los terrajeros, clase a la que pertenecía. Y el recuerdo de la organización campesina que se había dado en una región hacía casi medio siglo resurgió como “cosa para nosotros” una vez que se tradujo

¹⁵ Éste es un postulado tan antiguo como el mismo conocimiento humano, primero articulado por la filosofía griega y revivido por Descartes. Hoy lo confirman muchos pensadores y científicos naturales. La misma tesis fue replanteada por Engels como la “ley del movimiento”, cuya ciencia es la dialéctica en el desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento (véase F. Engels, *Anti-Dühring*, Chicago, 1935, pp. 144-145; V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., pp. 166-166, 251). Estos principios derivan más de Aristóteles que de Newton, pero no son por ello menos vigentes o actuales.

al contexto de las confrontaciones actuales y los viejos luchadores fueron resituados en el proceso histórico vivo.

Esta transformación de “cosas en sí” en “cosas para nosotros”, según Lenin, “es precisamente el conocimiento”.¹⁶ El nivel de conocimiento de la realidad objetiva en las regiones donde se trabajó subió algo, gracias a esta transformación. No subió más porque este esfuerzo de búsqueda y creación de conocimiento quedó frustrado, en parte, por la utilización consciente o inconsciente del aparato conceptual del paradigma vigente. De allí que todo el sentido de la implicación de aquella transformación de “cosas en sí” en “cosas para nosotros” para entender la realidad objetiva, sólo vino a esclarecerse cuando se cuestionaron así mismo las ideas tradicionales que había sobre la vigencia de leyes, la función de conceptos y el uso de definiciones en la ciencia. Aquel principio de aleatoriedad condicionada con el cual reexaminamos los procesos causales no fue poco para transformar ideas fijas sobre lo heurístico y el armazón conceptual de la ciencia social, como veremos en seguida.

SOBRE LOS CONCEPTOS

Con frecuencia tendemos a absolutizar las leyes y los conceptos, y a convertir las definiciones en dogmas, esto es, a hacer de la teoría un “fetiche” como objeto de culto supersticioso y excesivo. Así ocurrió en las experiencias descritas, con el resultado de que se oscurecía o deformaba la realidad. No fueron pocos los casos en los cuales los investigadores, por falta de claridad en los marcos de referencia y rigidez conceptual y de métodos, querían ver en el terreno, como con vida propia, leyes tales como la de la “reproducción ampliada en la expansión capitalista” y la de la “correspondencia entre estructura y superestructura”, o aplicar

¹⁶ V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., pp. 110, 111, 179. Lukács recuerda que estas categorías kantianas, al ser tomadas por Hegel, no se contraponen sino que son “correlatos necesarios”; en lo que coloca en su propio contexto lo que, basado en Engels, sostiene Lenin. Véase G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 179; F. Hegel, II, pp. 464, 479, sobre la realidad.

fácilmente conceptos complejos como *autogestión* y *colonialismo*, o confirmar definiciones amplias como las de *sector medio*, *latifundio* y *dependencia*, para hallar que, naturalmente, salieron mediatizadas, incompletas, deformes y, a veces, contradichas en la práctica. En el caso de las definiciones, muchas resultaron tautológicas, es decir, imposibles de concebir sin sus componentes reales dados, con lo cual poco se ganó en poder de análisis.¹⁷

Esta mala situación teórica se empeoró por el efecto obsesivo de los eslóganes y las doctrinas prefabricadas, con su propio juego de leyes, conceptos y definiciones absolutas, que como fetiches saltaban también en los movimientos populares y políticos en las regiones estudiadas. Resultaba demasiado fácil adoptar interpretaciones de otras épocas, formaciones sociales y coyunturas políticas distintas a las que en realidad se encontraban. Y esto a la larga no podía ser positivo para ganar conocimiento ni para una acción política eficaz, lo cual es ampliamente aceptado.¹⁸

Pero no estamos constatando aquí nada nuevo: en efecto, los conceptos, las definiciones y las leyes, aunque necesarios para ligar la realidad observada con la articulación intelectual, es decir, para fundamentar las representaciones de la realidad, tienen un valor limitado y circunscrito a contextos determinados para explicar eventos y procesos. Decía Rickert: “De los conceptos no podemos recoger y sacar más que lo que hemos puesto en ellos”¹⁹

¹⁷ Es posible que éste sea un defecto intrínseco de toda definición, que la hace incorregible cuando cambian los marcos de referencia; en este caso, todo debe caer junto con las definiciones. Véase lo ocurrido en las ciencias físicas (T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, *op. cit.*, pp. 183-184). Hegel había señalado cómo la definición “reduce la riqueza de las múltiples determinaciones de la existencia intuita a los momentos más simples”, así como otros limitantes que con frecuencia se olvidan (F. Hegel, II, pp. 700-701).

¹⁸ Véase el análisis convergente que de este problema de la falta de coincidencia entre agrupaciones políticas radicales y la visión científica global del desarrollo presenta C. Moura en *Sociología de la praxis*, México, 1976. La fetichización es evidente cuando los grupos o partidos políticos empiezan a buscar a todo trance el “Palacio de Invierno” en los contextos locales, sacrificándolos a fines meramente tácticos, etc.

¹⁹ H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, 1943, pp. 69, 200; F. Hegel, II, pp. 516, 700.

y, con ellos, “no podemos hacer otra cosa que echar puentes sobre el río caudaloso de la realidad, por diminutos que sean los ojos de esos puentes”.²⁰ Marx ya había sugerido que cada período histórico puede tener sus propias leyes,²¹ y Lenin había escrito que “la ley no es más que una verdad aproximada” constituida por verdades relativas.²² La dogmatización debía quedar así proscrita de sus obras y de las de sus seguidores más consecuentes.

Así como no resultó conveniente esperar a trabajar con conceptos estables o permanentes que dieran siempre una descripción “correcta, completa y objetiva” de los hechos, hubo de buscarse soluciones teóricas alternas que permitiesen aproximarse mejor a la realidad para entenderla y transformarla. La respuesta más adecuada la ofreció el método dialéctico aplicado en pasos alternos y complementarios, así: a) propiciando un intercambio entre conceptos conocidos, o preconceptos, y los hechos (o sus percepciones) con observaciones adecuadas en el medio social; b) siguiendo con la acción a nivel de base para constatar en la

²⁰ T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., p. 149, muestra el peso del aparato conceptual y del vocabulario en la reformulación de relaciones dentro de nuevos paradigmas, con su consecuente aplicación a la realidad. Y otro autor crítico nos recuerda que “los conceptos, al igual que las percepciones, son ambiguos y dependen de las anteriores experiencias de la persona, de su educación, de las condiciones generales del medio”, así como del vocabulario y del “idioma observacional” (P. Feyerabend, *Contra el método*, Barcelona, 1974, pp. 66, 619, 125-126).

²¹ Karl Marx, palabras finales a la segunda edición alemana de *El capital*, 1973; y “Prefacio” a la primera edición alemana de *El capital*, parte final, 1867. Hay que subrayar que el propósito de Marx era “descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad moderna”, en sus propias palabras, y no una ley general o eterna.

²² “Cada fase del desarrollo de la ciencia añade nuevos granos a esta suma de verdad absoluta; pero los límites de la verdad de cada tesis científica son relativos, tan pronto ampliados como restringidos por el progreso ulterior de los conocimientos” (V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., pp. 126-127). Sin embargo, Lenin (inspirado en Engels) no dejó de sostener la existencia de “leyes objetivas” en la naturaleza, como la de las estaciones, pero éstas son más bien procesos causales o necesidades naturales. Las tesis sobre la verdad absoluta y relativa fueron también adoptadas por Mao Tse-tung en *Sobre la práctica*, Pekín, 1968, p. 330.

realidad del medio lo que se quería conceptualizar; c) retornando a reflexionar sobre este conjunto experimental para deducir conceptos más adecuados u obtener mejores luces sobre viejos conceptos o teorías que así se adaptaron al contexto real; y d) volviendo a comenzar el ciclo de investigación para culminarlo en la acción.

Estos pasos y ritmos podían ejecutarse *ad infinitum*, como lo veremos otra vez en la sección dedicada a la praxis y el conocimiento.²³

Se sabe que esta forma de trabajar dialécticamente puede evitar que las categorías nuevas se vayan acomodando a formas viejas de pensamiento, lo cual es indispensable en la creación de nuevos paradigmas.²⁴ Es lo que ocurre hasta en las ciencias naturales, pues allí también los datos van surgiendo condicionados al medio social en que se forman. Se apela entonces a planteamientos *ad hoc* que tratan de explicar las áreas no cubiertas por los paradigmas existentes o que dirigen la atención a las porciones oscuras de las explicaciones teóricas vigentes, que en muchos casos pueden ser extensas y significativas.²⁵ En los casos colombianos, muchos de estos planteamientos *ad hoc* se derivaron de un análisis preliminar del materialismo histórico —como veremos en seguida—, pero tratando de no dejarse esclavizar por sus conceptos más específicos o por sus definiciones más corrientes, aunque hubo el peligro de que algunos vieran allí un fatal “revisionismo”.

SOBRE LA CIENCIA SOCIAL CRÍTICA

En este limitado esfuerzo por adquirir conocimiento válido y útil a la vez, surgió finalmente otro factor que no era nuevo, sino reiterativo: la dimensión del “hecho” como proceso histórico, que la realidad es un “complejo de procesos”. Reconfirmamos por

²³ F. Hegel, I, p. 50.

²⁴ P. Feyerabend, *Contra el método*, op. cit., pp. 38-40.

²⁵ T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., pp. 13, 83, 152, 153, 172; J. Bernal, *Historia social de la ciencia*, Barcelona, 1976: I, 415, 417, 424, 427).

enésima vez que, en lo social, no puede haber realidad sin historia: los “hechos” deben completarse con “tendencias”, aunque éstas sean categorías distintas en la lógica.²⁶

Como era de esperarse, las tendencias o procesos aparecían simplemente como actos sucesivos válidos para contextos inmediatos, que podían eslabonarse unos a otros para dar dirección a un cambio y sentido a una transformación social de mayor alcance. Había tendencia en las tomas de tierras, por ejemplo, hacia un desafío a fondo de la estructura latifundista tradicional; y este desafío podía llevar, a su vez, a trastocar los basamentos del poder político local y regional. Siendo que estas tendencias venían del pasado (aunque, evidentemente, otras se iniciaron en estos años de experiencia), su comprensión no era posible sin adentrarse en la historia, y mucho menos se sentía nadie capacitado para proyectarlas al futuro sin entender lo que venía del ayer mediano e inmediato.

La adición definitiva de la historia en este esquema para comprender la realidad objetiva (una convicción que, en verdad, venía de mucho antes, desde los primeros estudios de Saucó en 1955 y Boyacá en 1957), terminó por romper el paradigma normal y la vigencia de la sociología positivista y académica. Ya no parecía posible transformar esta sociología académica, desde su interior, en instrumento revolucionario. La conocida en Colombia se había concebido en términos de los intereses conservadores de clase y de poder social y político de la burguesía dominante: ésta no podía suicidarse intelectualmente con su propio instrumento. En las regiones estudiadas se sentía la necesidad de contar con una sociología que fuese ante todo una ciencia social inspirada en los intereses de las clases trabajadoras y explotadas; se necesitaba de una “ciencia popular”, como se definió al comienzo del trabajo,

²⁶ Plantear los “hechos” puros o simplemente empíricos es cosificar la realidad y abandonar el método dialéctico, sostiene G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 236-239. Lo correcto es tratarlos como lo hace Rosa Luxemburgo en *¿Reforma social o revolución?*, donde las tendencias se convierten en hechos, pues éstos en sí mismos “constan de procesos” (K. Marx, *El capital*; *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, 1971, III, I, p. 316).

que fuera de mayor utilidad en el análisis de las luchas de clases que se advertían en el terreno, así como en la acción política y proyección futura de las clases trabajadoras como actores en la historia (más adelante volveremos a este punto fundamental).

En esta nueva ciencia social del pueblo y para el pueblo trabajador había necesidad de integrar diversas disciplinas: no era con la sociología sola, ni ésta como fundamento general. Era el materialismo histórico, como filosofía de la historia, el que brindaba el punto culminante de la unificación, como se había demostrado en otras épocas y latitudes, por muchos estudiosos competentes.²⁷ Con el materialismo histórico, como decía Lukács, se estaba ya en capacidad de “revelar la esencia del orden social capitalista y atravesar con los fríos rayos de la ciencia los velos puestos por la burguesía para encubrir la situación de la lucha de clases, la situación real”: podía ser al mismo tiempo guía científica e instrumento de lucha.²⁸

Las otras disciplinas que en este plano podían integrarse a la sociología y a la historia, eran la economía, la geografía, la psicología, la antropología, la ciencia política y el derecho, hasta llegar a redondear algo que se acerca a lo que se denominaba *economía política* en el siglo XIX; pero con los elementos de “teoría crítica” que Marx y Engels, como figuras cumbres, les añadieron en sus obras y en su propia acción política, elementos que retomaron otros científicos sociales, entre ellos algunos miembros de la Escuela de Frankfurt en las décadas de 1950 y 1960, así como marxistas de diversas nacionalidades desde hacía varias décadas. Se esbozaba así una “ciencia social crítica” que no era nueva, pero

²⁷ Siguiendo a Rickert y otros, no consideramos al materialismo histórico como ciencia al mismo nivel de las otras, sino como filosofía de la historia, en lo cual creemos que somos fieles a los propósitos de Marx, quien, como se sabe, sólo habló de los “fundamentos materialistas” de su método de investigación (en realidad la designación no es de Marx sino de Engels), (F. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, op. cit.). Véase también T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, op. cit., pp. 35-36.

²⁸ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 91.

cuya necesidad actual llevaba a aplicarla con mayor intensidad y dedicación.²⁹

No se logró en un primer momento, por los limitados grupos comprometidos en estos experimentos, articular coherentemente el paradigma alterno de la ciencia social crítica; pero pudieron barruntar aproximadamente por dónde podía andar el nuevo esfuerzo investigativo regional, basándose en experiencias e informaciones anteriores pertinentes de Colombia y otros países. A medida que se avanzaba, se vio que el reto para tales grupos era francamente epistemológico, puesto que habían de entenderse a fondo las implicaciones teórico-prácticas y filosóficas de lo que se había llamado, con cierto entusiasmo ingenuo, *investigación-acción*. Estas implicaciones y sus consecuencias son objeto de análisis en las secciones que siguen.

LA PRAXIS Y EL CONOCIMIENTO

El rechazo del positivismo y de las técnicas “objetivas” de investigación inspiradas en el modelo conocido de la integración y el equilibrio social no podía dejar la orientación de los nuevos trabajos regionales en el vacío; esto hubiera equivalido a rechazar la ciencia misma. Había, pues, que sustituir la estructura científica inicial de los trabajos por otra más adecuada a las necesidades reales y a la naturaleza de las tareas investigativas concretas en esas regiones.

En la sección anterior se dieron indicaciones de cómo se fue formando un paradigma científico alterno en el campo de la metodología y en la concepción de la realidad. La adopción del ma-

²⁹ Véase A. Solari, R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, op. cit., pp. 66-67. Los autores señalan con justeza la “pobreza de la discusión epistemológica en América Latina” y la poca atención que prestamos a los aportes de la Escuela de Frankfurt, especialmente en los años que tuvimos la polémica sobre *ciencia, crisis y compromiso* (1968-1970). En efecto, sólo se leía a Marcuse, mientras que otras obras pertinentes, como las de Horkheimer y Habermas, sólo se conocieron en inglés o español después de 1970.

terialismo histórico como guía científica e instrumento de lucha fue un paso en esta dirección.

Pero la idea central alrededor de la cual cristalizó lo que pudiera considerarse como base del paradigma alternativo fue la posibilidad de crear y poseer conocimiento científico en la propia acción de las masas trabajadoras: que la investigación social y la acción política, con ella, pueden sintetizarse e influirse mutuamente para aumentar tanto el nivel de eficacia de la acción como el entendimiento de la realidad.³⁰ Tomando en cuenta que “el criterio de la corrección del pensamiento es, por supuesto, la realidad”, el último criterio de validez del conocimiento científico venía a ser, entonces, la praxis, entendida como una unidad dialéctica formada por la teoría y la práctica, en la cual la práctica es cíclicamente determinante.³¹

El descubrimiento de la praxis como elemento definitorio de la validez del trabajo regional no era, de ninguna manera, la base de un nuevo paradigma general en las ciencias sociales nacionales, puesto que ese descubrimiento, como ya se dijo, venía de muy atrás y, en efecto, se había aplicado en diversos contextos, dentro y fuera del país. El “nuevo” paradigma era viejo según otros criterios; lo que faltaba en este caso era conocerlo mejor y abrirle posibilidades adicionales de aplicación en medios y organizaciones sociales y políticas diversas, donde indudablemente se justificaba su adopción.³²

³⁰ O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, op. cit., pp. 55, 58, 66, 67, 73, 74; Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*, op. cit., pp. 44-50; R. Stavenhagen, “Decolonizing Applied Social Sciences”, en *Human Organization*, vol. 30, N° 4, 1971, p. 339; H. Moser, *Anspruch und Selbstverständnis der Aktionsforschung: Zeitschrift für Pädagogik*, vol. 22, N° 3, 1976, pp. 357-368. Véase también la discusión sobre los títulos que puede tener la investigación-acción como nuevo paradigma, presentada por Moser.

³¹ “El punto de vista de la vida, de la práctica, debe ser el punto de vista primero y fundamental de la teoría del conocimiento” (V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., p. 133). La cita sobre la realidad proviene de G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 261.

³² Dentro de las izquierdas colombianas, sólo el Partido Comunista ha tenido una política fija de investigación socioeconómica relacionada parcialmente con sus

El punto de partida de esta discusión no fue la primigenia definición aristotélica de *praxis* como acción o ejercicio para alcanzar la bondad y la justicia en la formación del carácter, sino la que la define como acción política para cambiar estructuralmente la sociedad. Su fuente es el descubrimiento que hizo Hegel de que la actividad como trabajo es la forma original de la praxis humana —que el hombre es resultado de su propio trabajo—, descubrimiento que luego elaboró Marx como “acción instrumental”, es decir, como la actividad productiva que regula el intercambio material de la especie humana con su medio ambiente natural.³³ El principio de la praxis original, llevado al campo del conocimiento como relaciones entre teoría y práctica, cristaliza en ocho de las once *Tesis sobre Feuerbach* (1888), especialmente en la segunda y la undécima. Estas *Tesis* de Marx pueden considerarse, a nivel filosófico, como la primera articulación formal del paradigma de la ciencia social crítica: la comprometida con la acción para transformar el mundo, en contraposición al paradigma positivista que interpreta la praxis como simple manipulación tecnológica y control racional de los procesos naturales y sociales.³⁴

trabajos; publica *Estudios marxistas* con textos de sus investigadores-militantes. Agrupaciones socialistas empiezan a hacer lo mismo. Y ha habido estudios pertinentes anteriores de marxistas, como Luis E. Nieto Arteta, Ignacio Torres Giraldo y otros.

En este sentido, se ha olvidado con frecuencia que las vinculaciones entre la teoría y la práctica son evidentes para quienes han desarrollado la ciencia y la técnica modernas como bagaje de la burguesía dominante o para la defensa del *statu quo*. Su gama corre desde la izquierda hasta la derecha política: véase H. Moser, *Anspruch und Selbstverstaendnis der Aktionsforschung: Zeitschrift für Paedagogik*, op. cit., p. 366 y sus referencias (P. A. Clark, *Action Research and Organizational Change*, Londres, 1972). Norman Birnbaum recuerda el “Moy-nihan Report” sobre desarrollismo como un caso de “investigación activa” de este tipo (N. Birnbaum, *Hacia una sociología crítica*, Barcelona, 1974, p. 209).

³³ F. Hegel II, pp. 622, 667-663, 614-680, establece la relación entre la teleología del hombre y la autofinalidad de la naturaleza que el hombre utiliza en su trabajo. Véase E. Mandel, *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, París, 1972, p. 1947.

³⁴ También, “human engineering” a la Kurt Lewin, o la “ciencia aplicada”, como se ha entendido normalmente. Véase J. Habermas, *Theory and Practice*, Boston, 1974, pp. 263-267, sobre “el aislamiento positivista de la razón y de la decisión”.

En el contexto concreto del trabajo regional aquí examinado, lo que se llamó *teoría* envolvía preconceptos, ideas preliminares o informaciones externas (exógenas) relacionadas a “cosas en sí”, procesos, hechos o tendencias que se observaban en la realidad, como viene explicado; y *práctica* quería decir la aplicación de principios o de información derivada de la observación, aplicación realizada primordialmente por los grupos de base, como actores y controladores del proceso, con quienes los investigadores compartían la información y hacían el trabajo de campo. Estos pasos se podían dar en forma simultánea, o siguiendo el ritmo reflexión-acción con acercamientos y distanciamientos de la base, como quedó explicado en la sección anterior. La idea era propiciar un intercambio entre conceptos y hechos, observaciones adecuadas, acción concreta o práctica pertinente para determinar la validez de lo observado, vuelta a la reflexión según los resultados de la práctica, y producción de preconceptos o planteamientos *ad hoc* a un nuevo nivel, con lo cual podía reiniciarse indefinidamente el ciclo rítmico de la investigación-acción.

Aunque no pudieron aplicarse estos principios en toda su extensión por razones diversas (véase más adelante), esta modalidad experimental de trabajo produjo buenos avances tanto en la acumulación del conocimiento científico de la realidad regional como en la acción política y organizativa (coyuntural) de los grupos de base interesados. Se afianzó así la certeza del principio de la praxis para determinar la validez de los trabajos locales, y

Una de las primeras discusiones sobre las *Tesis* como clave de la obra de Marx, y su traducción a una “filosofía de la práctica” (praxis), es la de Gentile (1899), citado por T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, *op. cit.* Cabe señalar aquí que existe, efectivamente, una “filosofía de la praxis” relativamente desarrollada por Lenin, Gramsci, Lukács y otros, pero que no ha avanzado mucho más allá de las *Tesis sobre Feuerbach* como criterio de orientación o validación; mientras que no hay como tal una “metodología de la praxis”, a menos que ésta se traduzca, como intentamos hacerlo aquí, a elementos de la investigación activa con la orientación del materialismo histórico. Es decir, no alcanzamos a advertir en la idea de praxis ningún elemento que permita convertirla, en sí misma, en una categoría analítica.

las posibilidades de desarrollar allí el paradigma alternativo de la ciencia social crítica. Varios ejemplos podrán ilustrar este aserto.

1. La hipótesis del “arma cultural” como elemento movilizador de masas había sido expuesta y aplicada por las organizaciones revolucionarias vietnamitas (entre otras).³⁵ En Colombia, esta hipótesis no había sido ensayada en firme ni en grande, en parte por considerar —erróneamente, en nuestra opinión— que el “frente cultural”, con sus expresiones costumbristas, artísticas e intelectuales, debía tener una baja prioridad en la lucha contra el imperialismo y la burguesía. Con la información preliminar sobre la experiencia vietnamita se decidió estimular el “frente cultural” en una región donde la música popular tiene grande arraigo. A raíz de estos ensayos se obtuvo la formación de conjuntos que cambiaron la música romántica tradicional para darle un contenido de protesta revolucionaria, lo cual sirvió para la movilización y politización de masas campesinas en esa región. Al mismo tiempo, en el campo del conocimiento, se logró un mayor entendimiento del origen, sentido e historia real de esa música como la concibe el pueblo que la canta e interpreta, y no la burguesía que la baila; y se rompieron algunos esquemas clásicos de la historia cultural nacional sostenidos por intelectuales y artistas de la burguesía.

2. La hipótesis de la “recuperación crítica de la historia” lleva a examinar el desarrollo de las luchas de clase del pasado para rescatar de ellas, con fines actuales, aquellos elementos que hubieran sido útiles para la clase trabajadora en sus confrontaciones con la clase dominante. El período crítico de 1918 a 1929, cuando surgieron los primeros sindicatos en Colombia, era casi un misterio para los historiadores colombianos, así como para las organizaciones políticas. Este misterio no empezó a revelarse sino cuando uno de los principales dirigentes de esa época, Juana Julia Guzmán, ya octogenaria, constató el resurgimiento de la lucha campesina en 1972 y se reincorporó a ella. Antes se había resistido a dar ninguna información a los historiadores burgueses

³⁵ W. Burchett, *El triunfo del Vietnam*, Buenos Aires, 1969.

y liberales que se le habían aproximado con ese fin. Con la incorporación de Juana Julia al movimiento campesino se obtuvieron los primeros datos fidedignos sobre el papel del anarcosindicalismo en los primeros sindicatos colombianos y el origen del Partido Socialista del país, datos que fueron publicados en un folleto ilustrado que, por un tiempo, era la única fuente citable sobre este importante desarrollo político en Colombia. Simultáneamente, la recuperación de ese período de luchas y de uno de sus viejos dirigentes dio continuidad histórica y mayor impulso ideológico y organizativo al movimiento regional de “usuarios campesinos” entre 1972 y 1974, para llevarlo a una posición de avanzada que le fue reconocida en todo el país.

3. La teoría de la “lucha y violencia de clases” como una constante histórica, ampliamente conocida, se confrontó en una región colombiana con similares resultados pedagógicos y políticos. Con ella en mente se descubrió que, a principios del siglo XX, una diócesis había usurpado las tierras de un resguardo indígena para hacer allí un seminario. La investigación histórica de archivo y notaría sobre este tema —como la local en el terreno— llevó no sólo a confirmar la teoría y enriquecer el conocimiento de la región y su historia desde el punto de vista de la lucha de clases, sino a proveer al movimiento indígena de las armas formales y del conocimiento ideológico y político necesarios para enfrentarse al obispo y recuperar a la fuerza la tierra, en una gran victoria popular.

En cada uno de estos casos se determinó la validez del conocimiento por los resultados objetivos de la práctica social y política, y no mediante apreciaciones subjetivas.³⁶ Así lo aleatorio quedó circunscrito por la acción concreta y el conocimiento pertinente, es decir, hubo cierto control de desemboque de coyunturas que no hubiera sido posible de otra forma. Estos casos tenían referentes teóricos anteriores o exógenos, algunos de ellos basados en experiencias y reflexiones específicas de otras partes, lo cual

³⁶ Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, op. cit., p. 319.

no invalida la posibilidad de crear conocimiento absolutamente original, de esta misma forma. De todos modos, es demostrable que en esos casos se obtuvo, y se creó, conocimiento científico en la propia acción de masas, pasando éste a ser patrimonio general de los grupos de base y particular de la ciencia social crítica. Al mismo tiempo, se alimentó la lucha popular con ese mismo conocimiento, y recibió así un impulso importante dentro de las opciones ofrecidas por las coyunturas. De allí que pueda sostenerse otra vez que la praxis tiene fuerza definitoria, y que vincular en nuestro medio la teoría a la práctica en el ámbito del cambio radical o revolucionario no es ni tan difícil ni tan complejo como parece.³⁷

Queda, sin embargo, un interrogante por resolver a este respecto: el del papel de la organización de base en la obtención y utilización del conocimiento y en la ejecución de la praxis. Sin esa organización no se habría ido tan lejos, ni se habrían obtenido los datos con la profundización necesaria, ni éstos habrían tenido la trascendencia y utilidad política que alcanzaron. Pero esto también dependía del tipo de organización y de la naturaleza de las relaciones establecidas entre los investigadores y las bases, lo cual es el tema de la sección que sigue.

³⁷ No parece necesario elaborar más este punto. Para el efecto consúltense las observaciones convergentes que al respecto hacen T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., pp. 52, 141 y 147 (la distinción artificial entre hecho y teoría), 33-34 (la acción simultánea de la experimentación y la formación de la teoría); J. Habermas, *Theory and Practice*, op. cit., pp. 78-79 (la filosofía de la historia como guía de la praxis y el sentido político de ésta); G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 21-22 (punto de partida de la práctica), 263, 347 (de teoría de la práctica a teoría práctica); J. G. Fichte, *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, Madrid, 1913, I, p. 79 (sobre la práctica y la reflexión); A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de Cuadernos de la cárcel), Bogotá, s.f., pp. 72-74 (sobre el nexo entre teoría y práctica, sus relaciones con el sentido común y el papel de la comunidad científica); L. Althusser, *Réponse à John Lewis*, París, 1973, p. 36 (prioridad de la práctica sobre la teoría y del ser sobre el pensar); y otros.

SABER POPULAR Y ACCIÓN POLÍTICA

Si se admite que la praxis de validación, como la concebimos aquí, es ante todo política, la problemática de la investigación-acción lleva necesariamente a calificar las relaciones entre los investigadores y las bases populares o sus organismos con los cuales se desarrolla la labor política. Éste es un aspecto fundamental del método de investigación, porque, como queda dicho, el propósito de éste es producir conocimiento que tenga relevancia para la práctica social y política: no se estudia nada porque sí. Siendo que la acción concreta se realiza a nivel de base, es necesario entender las formas como aquélla se nutre de la investigación, y los mecanismos mediante los cuales el estudio a su vez se perfecciona y profundiza por el contacto con la base.

En la investigación-acción es fundamental conocer y apreciar el papel que juega la sabiduría popular, el sentido común y la cultura del pueblo, para obtener y crear conocimientos científicos, por una parte; y reconocer el papel de los partidos y otros organismos políticos o gremiales, como contralores y receptores del trabajo investigativo y como protagonistas históricos, por otra. A estos aspectos fundamentales se dedica, necesariamente, el resto del trabajo, más aún tomando en cuenta que son tópicos relativamente poco tratados en la literatura crítica. Pueden analizarse ordenadamente de la siguiente manera:

1. Estudiando las relaciones recíprocas entre sentido común, ciencia, comunicación y acción política.
2. Examinando la interpretación de la realidad desde el punto de vista proletario, según “categorías mediadoras específicas”.
3. Estudiando cómo se combinan sujeto y objeto en la práctica de la investigación, reconociendo las consecuencias políticas de esta combinación.

Analizaremos cada uno de estos tres problemas, en lo que toca a la experiencia colombiana objeto del presente estudio.

Algunas de las investigaciones regionales emprendidas se inspiraron inicialmente en una concepción casi romántica de “pueblo”, hasta el punto de inclinarse a ver en las opiniones y actitudes de éste toda la verdad revolucionaria. Esta tendencia obviamente errónea, de creer que “las masas nunca se equivocan”, provenía de escuelas políticas en que se había enfatizado la identificación personal del estudiantado y de los intelectuales con las masas, demandando demostraciones palpables del compromiso, tales como callos en las manos, y una forma de vida franciscana a tono con la pobreza de los tugurios y caseríos rurales en que se hacía el trabajo. En la práctica este “masoquismo populista” no llevó a ninguna parte: no era ésta la mejor forma de vincularse con las masas trabajadoras, por no ser intelectual ni humanamente honesta, y por pecar de un objetivismo extremo que, en el fondo, corresponde a la intelectualidad pequeñoburguesa.³⁸

Pero, evidentemente, como reacción al intelectualismo académico del que venían muchos investigadores, se quiso probar la potencialidad científica de la vinculación con las bases, creando grupos de referencia constituidos por campesinos, obreros e indígenas.³⁹ La meta era reducir la distancia entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, para que los obreros, campesinos e indígenas no siguieran subyugados espiritualmente a los intelectuales. Se quería estimular sus cuadros más avanzados para que asumieran por lo menos algunas tareas investigativas y analíticas que se consideraban monopolio de los técnicos y de los burócratas.

Como no había plena claridad en cuanto a la orientación ideológica de los trabajos —excepto una idea muy general y algo ingenua de compartir la búsqueda de la conciencia proletaria con

³⁸ E. Mandel, *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, op. cit., pp. 51-61.

³⁹ O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, op. cit., pp. 58-61; A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de Cuadernos de la cárcel), op. cit., p. 81.

las bases—, pronto surgió el celo partidista para hacer ver que este tipo de trabajo de “intelectuales independientes” era “voluntarista”, por relegar a segundo plano a los activistas y a los cuadros políticos organizados (investigadores-militantes). Estas dificultades políticas impidieron la realización plena de aquellos principios metodológicos, en estos casos.

La primera inspiración de este tipo de trabajo —quizás no muy bien interpretada— iba en otra dirección que no era la de hacer competencia a los partidos o a sus cuadros: era la de la experiencia pedagógico-política directa con las clases trabajadoras. Su origen era Gramsci y su tesis de que es necesario “destruir el prejuicio de que la filosofía es algo sumamente difícil por tratarse de una actividad propia de determinada categoría especializada de letrados”.⁴⁰ Por el contrario, se creía, con él, que existe una “filosofía espontánea” contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias o folklore que, aunque incoherente y dispersa, tiene valor para articular la praxis a nivel popular. Gramsci señalaba como una debilidad mayor de las izquierdas el “no haber sabido crear la unidad ideológica entre los de arriba y los de abajo (como se había hecho en la Iglesia católica), entre los sencillos y los intelectuales”, punto de vista de gran importancia para romper con la tradición académica e implementar el compromiso de los intelectuales. Además, para el mismo autor, “toda filosofía tiende a convertirse en el sentido común de un ambiente así mismo restringido (el de todos los intelectuales)”, lo cual vino a relativizar el problema y a reforzar la decisión de aquellos grupos de investigadores de vincularse a las bases en las regiones.⁴¹

⁴⁰ “Todos los hombres son filósofos” (A. Gramsci, *La formación de los intelectuales —de Cuadernos de la cárcel—*, op. cit., p. 61).

⁴¹ Véase A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), op. cit., pp. 69-70. En cambio, para Fichte la “filosofía popular” está llena de errores porque no logra “presentar la prueba de las cosas como hechos” y no puede “llegar a comunicarla” (J. G. Fichte, *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, II, op. cit., p. 46).

Por supuesto, ni Gramsci ni los investigadores aludidos trataban de introducir una ciencia nueva en la vida individual de las masas. Querían dar utilidad crítica a la actividad ya existente, haciendo que la “filosofía de los intelectuales” tomara en cuenta con mayor fidelidad las realidades encontradas y fuera como la culminación del progreso del sentido común; porque como lo sostiene el mismo Gramsci, el sentido común implica un principio de causalidad serio, que se desarrolla quizás de una manera más exacta e inmediata que la ofrecida por juicios filosóficos profundos o por observaciones técnicas sofisticadas. En esto se registran casos anteriores importantes, basados en la transformación de experiencias cotidianas en conocimiento filosófico o científico: el de Kant, por ejemplo, cuyas interpretaciones newtonianas en su *Crítica de la razón pura* van selladas por una racionalidad que no era otra cosa que el sentido común de su época;⁴² o el de Galileo, cuya “teoría del ímpetu” expresada en sus primeros escritos sobre la mecánica (*De motu*) era la expresión de la opinión común sobre el movimiento, a partir del siglo XV.⁴³

Veamos cómo se tradujo el principio del sentido común a la realidad del trabajo de campo regional en Colombia, recordando nuevamente la naturaleza experimental y preliminar de esas labores.

Primeramente había que tomar en cuenta el saber y la opinión experimentada de los cuadros y de otras personas informadas de las regiones y localidades. Esto se refería ante todo a los problemas socio-económicos regionales y sus prioridades, en lo cual la confianza de los investigadores fue retribuida con creces. La riqueza factual de la experiencia campesina se reflejó en la orga-

⁴² C. Wright Mills, *De hombres sociales y movimientos políticos*, México, 1969, p. 111.

⁴³ P. Feyerabend, *Contra el método*, op. cit., pp. 63, 189. Al político norteamericano Adlai Stevenson se le atribuye el siguiente pensamiento: “En la gente sencilla hay visión y propósito. Muchas cosas se revelan a los humildes que se esconden a los grandes. Espero recordar las grandes verdades que son tan obvias (entre los sencillos) cuanto que en otras partes se oscurecen” (*Time*, 24 de enero de 1977, p. 17).

nización de acciones concretas, como las tomas de tierras; en la interpretación de la agricultura como técnica y como forma de vida; sobre la adopción de costumbres y prácticas nuevas en el medio tradicional; y sobre la utilización de la botánica, la herbolología, la música y el drama en el contexto regional específico. En estas actividades, como en otras, se registraron muchos más éxitos que fracasos, lo cual confirmó la secular convicción sobre las posibilidades intelectuales y creadoras del pueblo.

Luego, había que llegar con ideas e informaciones a las bases e ilustrar o modificar el sentido común para convertirlo en “buen sentido” (Gramsci). Este problema enfocaba la tesis más general del destino del conocimiento.

Por lo que viene explicado, la investigación activa no se contenta con acumular datos como ejercicio epistemológico, que lleve como tal a descubrir leyes o principios de una ciencia pura, ni hacer tesis o disertaciones doctorales, porque sí. Ni tampoco investiga para propiciar reformas, por más necesarias que parezcan, o para el mantenimiento del *statu quo*. En la investigación activa se trabaja para armar ideológica e intelectualmente a las clases explotadas de la sociedad, para que asuman conscientemente su papel como actores de la historia. Éste es el destino final del conocimiento, el que valida la praxis y cumple el compromiso revolucionario.

Como mucha de la información se originaba en el terreno, con las bases, el asunto planteaba la devolución de ese conocimiento a las bases. Esta devolución no podía darse de cualquier manera: debía ser sistemática y ordenada, aunque sin arrogancia. En esto se trató de seguir el conocido principio maoísta, “de las masas, a las masas”. También se prestó atención a la experiencia vietnamita sobre la utilización de la cultura popular para fines revolucionarios.⁴⁴

El principio de la “devolución sistemática” fue uno de los que más energías desató y más polémicas suscitó, quizás por tocar con

⁴⁴ Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, 1968, III, p. 119.

elementos obvios que muchas organizaciones gremiales y políticas habían relegado a segundo plano, no obstante su importancia. Porque asegurar la comprensión de lo que uno hace, dice o escribe, puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso en un movimiento político o social. Hasta un filósofo ilustrado como Fichte se preocupó por la comunicación de sus ideas, y no tuvo reparos en “traducir” algunos de sus complicados tratados, para “obligar a comprender al lector”, como él mismo dijo, con una “exposición clara como la luz del sol, al alcance del gran público” (1801).

El esfuerzo de comunicarse implica, por lo menos, reconocer las posibilidades de comprensión de nuevas ideas por las bases. Si no todos los hombres son filósofos formales, por lo menos los espontáneos abundan, decía Gramsci. En los casos colombianos, el problema radicaba en cómo llegar a las bases, no con simple información periodística o educacional (con lo que podían ya estar suficientemente bombardeadas) sino con conocimiento científico de la realidad que les creara conciencia de clase revolucionaria y disolviera la alienación que les impedía entender la realidad y articular su lucha y defensa colectiva.⁴⁵

Se ensayaron, en consecuencia, actividades diseñadas a romper, aunque fuera parcialmente, la barrera cultural con las bases campesinas, obreras e indígenas. Se trató de ajustar aquellos principios y técnicas de comunicación a la situación colombiana, reconociendo que el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base era bastante deficiente. Se aplicó, pues, la regla ya señalada, de comenzar trabajos a nivel de la conciencia política de las bases, para llevarlas sucesivamente al “buen sentido” y a la conciencia revolucionaria de clase. Esta ingente tarea hubo de quedar inconclusa en los ámbitos nacional y regional por diferentes causas, algunas de las cuales se especifican más adelante, la más importante de las cuales fue el hecho de que

⁴⁵ Véase E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, México, 1974, pp. 61-69. Este conocimiento científico, evidentemente, es el producido por los investigadores activos y los militantes comprometidos con las bases, según principios metodológicos expuestos en este estudio.

los investigadores activos, como tales, no podían asumir ningún papel como vanguardia política, aunque hubiese, en efecto, un vacío en este campo.

No obstante, la experiencia pedagógico-política pudo desarrollarse en algunos aspectos:

- En primer lugar, ante el creciente reconocimiento de la importancia de hacer estudios para racionalizar y hacer más eficaz la acción de los organismos gremiales y políticos, se impulsaron estudios históricos y socio-económicos regionales (costa atlántica, litoral pacífico, Cauca, Antioquia, Valle del Cauca). Así se cubrieron temas como el origen del latifundio, la formación de las clases campesinas, historias de comunidades, historias de movimientos populares, la situación actual de la educación primaria, factores de represión y violencia estatal, etc.

- Estos estudios se plantearon en consulta con las bases (sus cuadros más avanzados ante todo), tomando en cuenta lo ya dicho sobre la experiencia popular, la determinación de prioridades y metas de los grupos de base, y el control de la información. Así se publicaron, con el acuerdo de las bases y buscando simplicidad de expresión, libros como la *Historia de la cuestión agraria en Colombia* (1975); *Modos de producción y formaciones sociales en la costa atlántica* (1974); *La cuestión indígena en Colombia*, por Ignacio Torres Giraldo (1975); *María Cano, mujer rebelde*, por Ignacio Torres Giraldo (1973); *En defensa de mi raza*, por Manuel Quintín Lame (1972); *Por ahí es la cosa* (1972), y otros similares.

- En segundo lugar, con ayuda de los cuadros más avanzados del ámbito local, se prepararon y publicaron textos ilustrados, también de fácil comprensión y lectura, derivados del mismo trabajo de campo (*Lomagrande, Tinajones, Felicita Campos, El Boche*, etc.). Así, las bases eran prácticamente las primeras en conocer los resultados de las investigaciones emprendidas. Para mantener este impulso, se fueron transmitiendo al personal de cuadros, mediante manuales y cursillos, las técnicas y el conocimiento necesarios. A los impresos se añadieron luego materiales audiovisuales, películas de cortometraje (*Mar y pueblo, La hora del*

bachero, etc.), filminas, transparencias y, por último, grabaciones educativas y el empleo de conjuntos musicales y dramáticos de las propias localidades.

- En tercer lugar, se creó en 1974 una revista nacional de crítica política y oposición, *Alternativa*, para ampliar el contacto con las bases e incluir en éstas a porciones de la pequeña burguesía y clase media colombiana. El fenomenal éxito de esta revista, que llegó a ser, en cinco meses, la segunda en circulación del país, con 52.000 ejemplares, indicó que se iba por buen camino, por lo menos en la tarea de politizar a los sectores medios. En este intento colaboraron importantes agrupaciones de izquierda. Pero el afán de enfatizar el contacto con los grupos de base campesinos, obreros e indígenas a expensas de los medios, llevó a una sonada crisis pública nacional que no fue nada positiva para las causas que los diversos grupos participantes apoyaban, con la división sucesiva de la revista y su temporal suspensión.⁴⁶ Así, la comunicación con las bases en el campo periodístico ayudó poco a superar la alienación y la ignorancia de nadie para llegar al “buen sentido” y la conciencia revolucionaria de clase, debido al “canibalismo” desatado y a la confusión sobre los fines de la revista con relación a los intereses de los grupos responsables.

- En cuarto lugar, mediante cursillos especiales y el texto vulgarizado *Cuestiones de metodología* (1974), se fueron dando a los cuadros más aptos, técnicas simples de investigación social y económica, puestas a su alcance, para permitirles realizar y continuar indefinidamente sus propios estudios con un mínimo de sistematización y análisis, sin tener que acudir a asesoría o ayuda externa: esto es, se quiso estimular la “autoinvestigación” de la

⁴⁶ El presente autor fue de opinión de organizar dos revistas, una como venía y otra para las bases, en lo que contó con el acuerdo del escritor García Márquez, vocero de la contraparte; pero este arreglo fue rechazado por el nuevo grupo editorial de Bogotá, que había asumido, equivocadamente, una actitud triunfalista. La fórmula intermedia de *Alternativa del Pueblo* falló muy pronto, a los seis meses. La otra *Alternativa* (del grupo García Márquez), suspendió temporalmente en diciembre de 1976, luego de un recorrido meritorio como crítico de la sociedad y del Estado colombiano. Reanudó la publicación en abril de 1977.

comunidad y resolver, en parte, el problema del control de los trabajos y el “para quién” de la investigación.

- Finalmente, como ya se sugirió, para todos los proyectos y niveles se trató de adoptar un lenguaje directo, claro y sencillo para la comunicación de resultados. Esto obligó a revisar conceptos y definiciones, como quedó también explicado, y a combatir el estiramiento científico-académico y la verborragia especializada, lo cual llevó a diseñar formas nuevas de publicación y producción intelectual más abiertas y menos esotéricas y “descrestadoras”.

En cuanto a los grupos de referencia populares que al principio se habían postulado como alternativas de los académicos e intelectuales, éstos se conformaron por cuadros dirigentes experimentados y de cierta capacidad analítica. Pero su influencia resultó ser más práctica que teórica, más política que científica. Aunque fueron bastante útiles, la discusión estrictamente científica hubo de seguirse realizando entre profesionales identificados con el trabajo investigativo que se estaba adelantando, a quienes se llevaban las impresiones —el sentido común— de las bases.

A pesar de las grandes dificultades encontradas, estas actividades tuvieron a veces desarrollos que, en algunos aspectos, fueron asombrosos. Las dificultades e incomprensiones en su realización fueron ante todo de naturaleza política, y podían haberse previsto al recordar los cargos hechos antes sobre “voluntarismo”. Pero la principal dificultad en el manejo e interpretación de estos elementos de educación, comunicación y politización parece que estribó en olvidar parcialmente el proceso dialéctico que la praxis implica, para llevar a las bases populares principios ideológicos y conocimientos ordenadores de su propia experiencia que les permitieran avanzar en la transformación de su mundo.⁴⁷

⁴⁷ De aquí el conocido debate sobre la “inyección ideológica” desde fuera de las bases populares, que resolvió Lenin adoptando la política de intelectuales y cuadros de partido, siguiendo los lineamientos de Marx y Engels sobre la teoría de las clases sociales; V. I. Lenin, *Obras escogidas*, México, 1944, I, p. 121. Véase C. Moura, *Sociología de la praxis*, op. cit., pp. 106-108. Esta política, no obstante, puede enriquecerse con el “diálogo” que sobrepasa las diferencias entre sujeto

En otras palabras, las bases envueltas en estos trabajos avanzaron ideológicamente, pero no suficientemente, porque la filosofía y el conocimiento resultantes de la investigación activa no se tradujeron, a ese nivel, en un sentido común más ilustrado, ordenado y coherente, en un “buen sentido”, que llevara a un nivel de acción política superior al existente. Se logró información para las bases, se obtuvieron datos científicos, se hicieron publicaciones y se impulsaron movimientos; pero el trabajo no cristalizó en organismos superiores o en tareas más ambiciosas de transformación social.

Esta tarea superior fue imposible hacerla a los grupos que ejecutaron la investigación-acción, porque implicaba recursos de organización política y permanencia institucional que no tenían: desde el principio habían quedado sueltos, como cuadros espontáneos. Tampoco fue posible articular firmemente esta tarea con partidos revolucionarios existentes, aunque hubo varios intentos positivos, a causa de desconfianzas mutuas que luego se demostraron irracionales.

Aun así, lo poco que se hizo en este campo pedagógico-político resaltó la importancia de entrar al aparato de convicciones de las bases y de sus dirigentes para disponerlos a actuar, y actuar con eficacia: parecía ser una manera pertinente de convertir la “psicología de clase” que se encontraba, en conciencia de clase; ayudar a transmutar la “clase en sí” en “clase para sí”.⁴⁸ Que sepamos, no se ha advertido aún otra forma mejor de convertir el sentido común en conocimiento científico, ni darle los elementos dinámicos necesarios para su propia superación política. En este campo, el reto continúa; pero este reto es, mucho más, para los partidos revolucionarios de izquierda como tales que para los intelectuales comprometidos.⁴⁹

y objeto e impide la imposición unilateral, de arriba abajo, del nuevo conocimiento o de la nueva ideología.

⁴⁸ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 55, 83, 223, 225; P. Feyerabend, *Contra el método*, op. cit., p. 82.

⁴⁹ Una posibilidad es estudiar a fondo la interpretación fisiocrática del sentido común como “opinión pública”, formada ésta por una reflexión colectiva guiada

SOBRE LA CIENCIA DEL PROLETARIADO

Cuando se iniciaron los experimentos de investigación-acción, en 1970 (como dijimos en la primera sección de este estudio), al rechazar la tradición sociológica positivista y académica se empezó a distinguir entre “ciencia burguesa” y “ciencia del proletariado” a la manera crítica acostumbrada por los intelectuales de izquierda. Era evidente que la interpretación dominante de la realidad y del mundo en Colombia —con su propia ciencia e ideología— era y sigue siendo la de la burguesía, dominio que, desde finales del siglo XVIII, viene combinando con el triunfo de los movimientos políticos liberales que la revolución industrial hizo posible. Esta observación elemental había enseñado objetivamente que tales interpretaciones de la realidad y del mundo vienen condicionadas por procesos impulsados por intereses de clase, esto es, por fuerzas históricas motoras que impulsan los acontecimientos en la realidad. Así como la burguesía hizo su revolución —incluyendo su ciencia como elemento coadyuvante—, podía deducirse que es posible configurar una contrasociedad en la cual la clase social determinante sea aquella opuesta a la dominante, en este caso, y por definición, el proletariado. Es, entonces, fácil concluir que el proletariado como clase también puede desarrollar e imponer su propio sistema de interpretación de la realidad, es decir, su propia ciencia.

Por las experiencias revolucionarias exitosas (la cubana, la china, la soviética, la vietnamita y otras) se sabía que esta ciencia ha de ser concebida para entender las contradicciones del capitalismo y actuar sobre ellas, con elementos ideológicos capacitados para superar a éste. No se conoce hasta hoy otra concepción adecuada para estos fines que la propuesta con base en el materialismo histórico, cuyo desarrollo consecuente, sostenemos, ha sido y es la ciencia crítica. Porque el materialismo histórico, como filosofía de la historia, permite combinar el conocimiento con la acción:

por filósofos idóneos, y como una aplicación concreta de la praxis (control político y acción social); véase J. Habermas, *Theory and Practice*, *op. cit.*, pp. 74-81.

él mismo es acción. Al actual proletariado le corresponde, por lo tanto, adelantar la lucha en la cual coinciden la teoría y la práctica, tesis que ya aceptamos como válida cuando estudiamos el concepto de praxis.⁵⁰

Cómo definir y determinar este proletariado como actor de la historia, incluyendo en él a los propios intelectuales que hubiesen adoptado la ideología proletaria, fue problema constante en el trabajo. Pero no se logró resolverlo. Había grupos en el campo y en la ciudad que eran, evidentemente, proletarios objetivos, y con ellos se estableció un contacto muy íntimo. De ellos se quiso reconocer y respetar su sabiduría popular y sentido común, para ver si, por allí, se podía desarrollar su propia ciencia; pero esto no dio resultados palpables. Había, evidentemente, una interpretación campesina y obrera de la historia y de la sociedad, como ésta salía de la propia entraña del pueblo trabajador, del recuerdo de sus ancianos informantes, de su tradición oral y de sus propios baúles-archivos: era una interpretación distinta de la burguesa consignada en los textos conocidos de historia. Hubo casos estimulantes en que se logró que diversos cuadros campesinos plasmaran por escrito sus concepciones ideológicas nuevas; estos escritos tuvieron un efecto positivo en la politización y creación de conciencia proletaria en otros compañeros, y sirvieron para delinear una “ciencia popular”, como se postuló en 1972.

Pero, en general, la voz de las bases tuvo acentos muy tradicionales que reflejaban el peso de la alienación a que los tenía sujetos el sistema capitalista: eran necesariamente personas educadas en, y corrompidas por, la sociedad capitalista. Hasta los cuadros considerados avanzados muchas veces demostraron no tener conciencia clara de su acción en la historia, mucho menos capacidad para articular una interpretación científica de su propia realidad ni proyectarla hacia el futuro.

⁵⁰ Lukács ha definido las funciones ideológicas del materialismo histórico como arma del proletariado: juzgar el orden social capitalista y revelar su esencia, como señalamos antes. En estas circunstancias, “el conocimiento lleva sin transición a la acción” (G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 90-91).

Así, con característica impaciencia, fueron los investigadores activos y sus aliados intelectuales quienes hubieron de definir lo que querían como “ciencia popular” en contraposición a la burguesa, e inyectar su propia definición intelectual en el contexto de la realidad. Era como buscar un fantasma: a falta de uno, sintieron la necesidad de crearlo. Y el resultado fue una aplicación especial del concepto de inserción en el proceso social, para “colocar el conocimiento al servicio de los intereses populares”, como se dijo, y no ante todo derivarlo de las condiciones objetivas del proletariado, como hubiera sido teóricamente más correcto.⁵¹ No obstante, se llegó a proponer y aplicar pautas cooperativas de investigación con los grupos proletarios del campo, en que éstos tomaron un papel activo, en la solución de este problema.

En todo caso, ante la dureza de este problema real, los fundamentos de la orientación y validación del trabajo de campo y de la búsqueda científica siguieron siendo los del materialismo histórico y la praxis que éste implica. Como el materialismo histórico era patrimonio casi exclusivo de los investigadores activos e intelectuales comprometidos, éstos no tuvieron otro camino que compartirlo y difundirlo en la base como ideología, lo cual llevó a adoptar como “categorías mediadoras específicas” las que de manera clásica se exponen como postulados generales del marxismo. En esta forma, lo que se llamó “ciencia popular” tuvo que ser un calco ideológico de algunas tesis generales del materialismo histórico como se han desarrollado en diversos contextos y en diferentes formaciones sociales, es decir, se cayó en la más grande forma histórica del dogmatismo, que es la mimesis.⁵²

Esta transferencia de conceptos y categorías dadas resultó acertada en algunos aspectos y desacertada en otros. En la prác-

⁵¹ “A medida que la lucha del proletariado toma forma con mayor claridad, [los teóricos] no tienen más necesidad de encontrar una ciencia en sus propias mentes; sólo tienen que observar lo que ocurre ante sus ojos y hacerse sus vehículos de expresión”, para llegar a ser “ciencia revolucionaria” (K. Marx, *El capital; Miseria de la filosofía*, op. cit., pp. 109, 191).

⁵² Según lo concebido por Platón; véase G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 261. “Sobre categorías mediadoras específicas”, véase *ibid.*, p. 201.

tica no se sintió que se hubiera enriquecido ninguna “ciencia del proletariado”, porque lo que se anticipó como “ciencia popular” no alcanzó, por aquel dogmatismo, a reflejar fielmente las realidades objetivas encontradas y, a veces, las distorsionó u oscureció, como ocurrió en las discusiones sostenidas entre los investigadores y con otros, sobre el papel y funciones de la vanguardia revolucionaria, el dogma de los cinco modos de producción, la supervivencia del feudalismo en Colombia y su relación con la formación social, el determinismo económico y la caracterización de la sociedad, que más que todo parecieron ser diálogos de sordos.

Un resultado ambiguo como éste podía haberse previsto: la condición histórica y social de las masas colombianas parece que no da aún para formar y enriquecer el complejo científico y cultural propio de los intereses de las clases trabajadoras (frente a los de la burguesía) como acto de un sujeto histórico capaz de producir el futuro anticipando el resultado, es decir, capaz de ver y entender la realidad concreta del presente y construir así, conscientemente, su propia historia. No había que hacerse ilusiones sobre el material humano real con el que se contaba (aunque se tendía a idealizarlo), y las opciones de lo aleatorio quedaban demasiado condicionadas por el sistema tradicional: la revolución, en efecto, no es cosa de un día, y las fallas humanas de las bases y sus cuadros no dejaron de hacer su costosa irrupción.⁵³

Así, la experiencia de búsqueda de una “ciencia del proletariado” quedó inconclusa y sin respuesta, en espera de que sucesivos

⁵³ Éste es tema para otro estudio. El presente autor trabajó bajo el supuesto de que puede crearse una conciencia y una moral revolucionarias que determinen el uso del dinero y otros recursos materiales necesarios para las tareas. Mucho de la crítica que se hizo al efecto corruptor del dinero, la ayuda externa, etc., tuvo visos de moral pequeñoburguesa con elementos de falsa o mala conciencia, como se hizo ver, inútilmente, en repetidas ocasiones (Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, “La rosca de investigación se retira de *Alternativa del Pueblo*”, *op. cit.*, pp. 39-45). Estos experimentos en investigación-acción fueron apoyados económicamente por una gran diversidad de instituciones que iban desde las cívicas de países neutrales o socialistas (como el SIDA de Suecia) hasta la campaña Solidaridad de Holanda y el Comité Nacional de Auto-Desarrollo de los Pueblos, de Estados Unidos. Ninguna de estas instituciones impuso condiciones al uso de los fondos recibidos.

intercambios, contactos y esfuerzos educativos disminuyeran el efecto de la ignorancia y la alienación tanto en el proletariado como en los intelectuales, para permitirles dar el salto cualitativo que les capacitara a todos para construir ese futuro y esa ciencia, y para liberarlos políticamente.⁵⁴ De allí la renovada responsabilidad de aclaración y crítica que les compete a los cuadros revolucionarios contemporáneos en la praxis porque, como lo señala Hobsbawm, si los intelectuales no son necesariamente decisivos, tampoco sin ellos podrán las clases trabajadoras hacer la revolución, mucho menos hacerla contra ellos.⁵⁵

SOBRE EL SUJETO Y OBJETO DEL CONOCIMIENTO

Como hemos visto, el paradigma de la ciencia social crítica estipula que la diferencia entre sujeto y objeto puede reducirse en la práctica de la investigación. La experiencia colombiana de investigación-acción tiende a comprobar esta tesis que, en verdad, no es nueva: ya Hegel había explicado cómo, en la idea de la vida, el

⁵⁴ Es posible desarrollar dirigentes marxistas de base, si seguimos la experiencia de Gramsci, que estipula “trabajar para promover elites de intelectuales de nuevo tipo surgidos directamente de las masas, que permanezcan en contacto con ellas para convertirse en el núcleo básico de expresión” (A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* —de *Cuadernos de la cárcel*—, op. cit., p. 81). E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, op. cit., pp. 63-67, y su tesis sobre los “obreros avanzados”; O. Fals Borda, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, México, 1975, p. 46.

⁵⁵ E. Hobsbawm, *Revolutionaries*, Londres, 1973, pp. 264, 266. Es cuestionable si en otros países, aun en algunos desarrollados, la situación ideológica del proletariado sea mejor que en Colombia. El desempeño histórico del proletariado en los países capitalistas avanzados, como se sabe, es una de las paradojas más agudas del marxismo actual, aun tomando en cuenta que en Europa aparecieron obreros-filósofos de categoría, como Joseph Dietzgen, a quien alabó Marx y de cuyos escritos tomó Lenin algunas de sus principales concepciones ideológicas. El marxismo ha sido allí más bien un movimiento de la alta intelectualidad, desde finales del siglo XIX, cuando empezó a imponerse en los medios académicos y científicos; véase T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, op. cit., pp. 44-63; L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, op. cit., p. 54 (sobre la transformación de Lukács de ideólogo revolucionario en profesor universitario).

dualismo de sujeto y objeto queda superado por el conocimiento, en una síntesis que se logra al reducir el segundo al primero.⁵⁶

En consecuencia, el trabajo de campo en las regiones colombianas estudiadas no se concibió como mera observación experimental, o como simple observación con empleo de las herramientas usuales (cuestionarios, etc.), sino también como “diálogo” entre personas intervinientes que participaran conjuntamente de la experiencia investigativa vista como experiencia vital, utilizaran de manera compartida la información obtenida, y prepararan y autorizaran la publicación de los resultados en forma táctica y útil para las metas de los movimientos involucrados.⁵⁷

Este entendimiento entre personas de distinto origen, entrenamiento y, muchas veces, clase social, tuvo lugar cuando aquella que se consideraba mejor preparada modificó la concepción de su papel —sea como cuadro o como investigador— y adoptó una actitud de aprendizaje y de respeto por la experiencia, el saber y la necesidad de la otra, alistándose al mismo tiempo para dejarse “expropiar” su técnica y conocimiento. Esta actitud comprensiva tuvo consecuencias políticas positivas, como se constató en el terreno. En efecto, cuando quiera que se tomó en cuenta el nivel real de conciencia de la situación encontrada (que tenían los miembros de las comunidades de base) como punto de partida para la acción, y no el nivel del cuadro mismo, cuya conciencia podía estar mucho más adelantada que la de las bases, se evitaron errores políticos por exceso de activismo o por ignorancia.⁵⁸

⁵⁶ F. Hegel, II, pp. 671-674.

⁵⁷ El concepto de *diálogo* tiene dimensiones revolucionarias en este tipo de contacto, como lo expone Paulo Freire en *Pedagogía del oprimido*, Nueva York, 1970, pp. 83-84. Supone descubrir la realidad objetiva y crear conciencia sobre la situación para eliminar la opresión; véase también la opinión de A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), op. cit., pp. 89-91; sobre la relación pedagógica. Experiencias pertinentes en educación de adultos son hoy materia de reflexión, como el *participatory research: Convergence*, vol. 8, N° 2, Toronto, 1975, pp. 24-78.

⁵⁸ De esta forma podría interpretarse la organización de lo que se llamó “baluartes de autogestión campesina” en Colombia, como parte de la organización de Usuarios Campesinos; véase O. Fals Borda, *Revoluciones inconclusas en América*

Además se trató de evitar también (no siempre con éxito) decisiones unilaterales o verticales que podían oler a paternalismo y que, de pronto, habrían podido ser formas nuevas de explotación intelectual y política de las masas, formas que se querían combatir a todo trance.

La investigación así concebida —que era, en parte, “autoinvestigación”—, llevó a una división del trabajo intelectual y político que tomó en cuenta los niveles de preparación, tratando de evitar discriminación o arrogancia en los cuadros. Por ejemplo, el análisis cuantitativo lo ejecutaba un cuadro avanzado, mientras que la entrevista directa, la grabación con ancianos, la búsqueda de documentos y retratos antiguos en los baúles familiares, o la fotografía, podían realizarlas otros menos entrenados. Lo principal en estos casos fue la plena participación de los interesados en el trabajo, y el conocimiento y control de la investigación y sus fines por parte de todos, especialmente por la organización gremial, en estos casos. Así se procedió en el terreno, con resultados que sobrepasaron toda expectativa. En muchas situaciones motivadas por la naturaleza de las luchas que se vivían, no habría sido posible adelantar estudios ni ganar conocimiento sino de esta forma “dialógica”, en la que se disminuían las diferencias entre el sujeto y el objeto de la investigación.

Como los estudios que se realizaron de esta forma no eran simples ejercicios intelectuales sino que iban condicionados a la práctica política mediata o inmediata, no podían verse sólo como producto de una síntesis entre sujeto y objeto. Había que verlos como un entendimiento entre sujetos y objetos activos que compartían la experiencia dentro de un mismo proceso histórico, en el fondo, actuando como un solo sujeto. Por lo tanto, había que

Latina, op. cit., pp. 143-144. Recuérdese también el consejo de Mao Tse-tung a sus “trabajadores de la cultura”: “En todo trabajo que se realice para las masas, se requiere partir de sus necesidades y no del buen deseo de un individuo [...] He aquí dos principios: uno, las necesidades reales de las masas, y no necesidades imaginadas por nosotros, y el otro, los deseos de las masas y las decisiones que toman ellas mismas, y no las que tomamos nosotros en su lugar” (Mao Tse-tung, *El frente único en el trabajo cultural*, Pekín, 1968, III, pp. 186-187).

plantearse el problema del sentido de la inserción que se realizaba en el proceso histórico, como efecto político sobre las masas y sobre sus propios organismos.

En general, la experiencia colombiana dejó entrever que es posible que este tipo de estudio-acción sea realizado por investigadores aislados cuando van en función de intereses objetivos de las bases o de sus gremios; pero que, obviamente, su efecto político cae en el vacío cuando el trabajo no es convergente con los de partidos u organizaciones políticas, o cuando no está directamente auspiciado e impulsado por éstas con sus investigadores militantes. En vista del peligro que esta indefinición podía representar cuando quiera que los investigadores activos se apartaron de esta regla, hubo acusaciones de “espontaneísmo”, y el celo partidista con frecuencia agudizó situaciones o autorizó la persecución, la macartización y el “canibalismo” a los cuadros e investigadores que se consideraban responsables.

Este choque producido por el sectarismo partidista, por una parte, y por el afán espontáneo e individual de participar en el proceso revolucionario, por otra, creó presiones para responder al *impasse* políticamente, es decir, para que los investigadores se constituyeran a su vez en grupo político. Pero, aunque se dieron algunos pasos en este sentido, a la larga no fue posible hacerlo por diversas razones: a) las diferencias sobre el enfoque de aparatos de comunicación (especialmente la revista *Alternativa*), llevaron a una dramática escisión en tales grupos, con efectos públicos adversos; b) las bases campesinas y obreras se afectaron también por una división interna que agudizó contradicciones relacionadas con interpretaciones tendenciosas y personalistas sobre el trabajo regional y el origen económico de los aportes; c) en el momento de la decisión, algunos optamos por inclinar la balanza y guardar la distancia enfatizando el papel del científico comprometido dentro del proceso y no el papel del político pragmático y calculador que podían exigir las circunstancias. De cualquier manera, tales dilemas y tentaciones simplemente confirmaron la importancia básica, también ya aceptada, de que en estas activi-

dades teórico-prácticas tiene la organización, para desarrollar toda la potencialidad revolucionaria.

Sabido es que, desde el punto de vista de los principios ortodoxos del marxismo-leninismo, “la organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica”.⁵⁹ Por lo tanto, la organización es la que debería disponer, en últimas, cómo ejecutar la investigación, cuándo y con quiénes, pues es la que controla opciones en lo táctico y juega con lo aleatorio del cambio en las coyunturas. Tal tesis es válida para aquellas organizaciones no fetichistas que conceden importancia a la investigación, porque aplican correctamente el principio leninista de que “sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria”, y el maoísta de que “quien no ha investigado no tiene derecho a opinar”.⁶⁰ Sin embargo, en el caso colombiano, se sentía muchas veces que no había mucho más que un reconocimiento ritual de tales principios, y que casi todas las energías y los recursos organizativos se dedicaban a la acción directa. Semejante solución, aunque respetable desde muchos puntos de vista, no parecía conveniente para el proceso revolucionario en general, especialmente en sus aspectos estratégicos de formación de una contrasociedad fuerte y convencida. Pero el proceso fue enseñando: los sucesivos golpes de un enemigo de clase mejor informado por el estudio y la investigación científica llevaron a algunos de aquellos grupos activistas y partidos a reconsiderar su posición. En estos casos, la experiencia en el proceso condujo en Colombia a formas más maduras de mediación entre la teoría y la práctica, que ya no pueden ignorar los principios metodológicos de la investigación-acción y la ciencia social crítica, como aquí se han esbozado.

El hecho de adentrarse en el saber popular y el intercambio con la experiencia de base sobresalen así como necesidades tácticas. El sentido común y la formación de una opinión pública

⁵⁹ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 312; A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), op. cit., p. 76; E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, op. cit., p. 61.

⁶⁰ Mao Tse-tung, *El frente único en el trabajo cultural*, op. cit., p. 9; L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, op. cit., parte II.

basada en la conciencia de clase y consciente de su verdadera historia, son elementos que deben considerarse seriamente, por las posibilidades que ofrecen de crear y enriquecer una eventual ciencia del proletariado. La comprensión dialéctica de sujeto-objeto en la praxis va al corazón de este problema, por cuanto toma en cuenta el desarrollo social y político de las masas.

Como ya se sabe, sin las bases organizadas no es posible el cambio revolucionario y la construcción del futuro; ni tampoco sin ellas es posible la adquisición del conocimiento científico necesario para tareas tan vitales. Pero este conocimiento sigue siendo, mal que bien, la responsabilidad de los científicos. Evidentemente, serán científicos más consecuentes, eficaces y productivos, si mantienen el equilibrio, el ritmo y la dialéctica de esta oposición, y si la organización política los estimula, acoge y respeta como tales.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, L., *Réponse á John Lewis*, París, Maspero, 1973.
- Bernal, J., *Historia social de la ciencia*, Barcelona, Península, 1976.
- Birnbaum, N., *Hacia una sociología crítica*, Barcelona, Península, 1974.
- Bottomore, T., *Crisis and Contention in Sociology*, Londres, Sage Books, 1975.
- Bottomore, T. y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Londres, Penguin Books, 1968.
- Burchett, W., *El triunfo de Vietnam*, México, Era, 1969.
- Clark, P. A., *Action Research and Organizational Change*, Londres, Sage Books, 1972.
- Colletti, L., *Hacia un marxismo vivo*, Bogotá, Punta de Lanza, 1976.
- Convergence*, vol. 8 N° 2, Toronto, 1975.
- Cortés, R., *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.
- Durkheim, E., *Les règles de la méthode sociologique*, Burdeos, s.e., 1895.
- Engels, F., *Anti-Dühring*, Chicago, Kerr, 1935.

- Fals Borda, O., *Revoluciones inconclusas en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- , *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1975.
- , *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Bogotá, Punta de Lanza, 1976.
- Feyerabend, P., *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1974.
- Fichte, J. G., *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, Madrid, El Liberal, 1913.
- Freire, P., *Pedagogía del oprimido*, Nueva York, Tierra Nueva, 1970.
- Freund, P. y M. Abrams, *Ethnomethodology and Marxism Theory and Society*, vol. 3, N° 3, 1976.
- Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1972.
- , *Cuestiones de metodología aplicada a las ciencias sociales*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1974.
- , *La verdad es revolucionaria*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1974.
- , “La Rosca de investigación se retira de *Alternativa del Pueblo*”, en *Alternativa del Pueblo*, N° 28, 17 de marzo-30 de abril, Bogotá, 1975.
- Gentile, G., *La filosofía de Marx*, Pisa, Spoerri, 1899.
- Graciarena, J., *¿Observers or participants?*, IX Congreso Mundial de Sociología, Toronto, 1974.
- Gramsci, A., *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), Bogotá, s.e., s.f.
- Habermas, J., *Theory and Practice*, Boston, s.e., 1974.
- Hegel, F. *Fenomenología del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Hobsbawm, E., *Revolutionaries*, Londres, Phoenix, 1973.
- Kuhn, T., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.
- Labriola, A., *Essays on the Materialistic Conception of History*, Londres, Verso, 1948.
- Lenin, V. I., *Obras escogidas*, México, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1944.

- , *Materialismo y empiriocriticismo*, Madrid, Zero, 1974.
- Lukács, G., *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1975.
- Luxemburgo, R., *Reforma social o revolución*, México, Grijalbo, 1967.
- Mandel, E., *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, París, Maspero, 1972.
- , *La teoría leninista de la organización*, México, Era, 1974.
- Mansilla, H. C. F., *Introducción a la teoría crítica de la sociedad*, Barcelona, Seix Barral, 1970.
- Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.
- , *Sobre la práctica*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.
- , *El frente único en el trabajo cultural*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.
- , *Prefacio a investigaciones rurales*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.
- Marx, K., *El capital; Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Ediciones Nuevas, 1971.
- Moser, H., *Anspruch und Selbstverstaendnis der Aktionsforschung. Zeitschrift für Paedagogik*, vol. 22, N° 3, 1976.
- Moura, C., *Sociología de la praxis*, México, Siglo XXI, 1976.
- Pearson, K., *The Grammar of Science*, Londres, Scott, 1892.
- Popper, K., *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Basic Books, 1959.
- Quijano, A., “Alternativas de las ciencias sociales en América Latina”, en *Desarrollo Indoamericano*, año 6, N° 21, octubre de 1973.
- Rickert, H., *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1943.
- Solari, A., R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976.
- Stavenhagen, R., “Decolonizing Applied Social Sciences”, en *Human Organization*, vol. 30, N° 4, 1971.
- Truong Chinh y Vo Nguyen Giap, *Estrategia y táctica de la resistencia vietnamita*, Bogotá, s.e., 1972.

——, *The Peasant Question (1937-1938)*, Ithaca, NY, Date Published, 1974.

Wright Mills, C., *De hombres sociales y movimientos políticos*, México, Siglo XXI, 1969.

EXPERIENCIAS TEÓRICO-PRÁCTICAS¹

La convocatoria formal del Congreso de Convergencia Participativa se hizo en 1995, reconociéndole a esta idea tres dimensiones conexas: la del conocimiento, la del espacio y la del tiempo como factores de cambio social para el avance de los pueblos.

Luego de la exposición sobre la invención social del “espacio-tiempo geopolítico y transformativo” como base de conocimientos hecha por Immanuel Wallerstein durante el primer día del evento, ocurrió allí mismo una rápida revisión de síntesis de las tres dimensiones, lo que empezó a reflejarse en las discusiones de los grupos de trabajo. A ello se añadieron las reflexiones de los otros cinco ponentes generales (Heller, Max-Neef, Tandon, Chambers y Flood), y las palabras del presidente Cardoso, del Brasil, cuyas ideas tienen claras implicaciones teóricas y prácticas sobre nuestra responsabilidad como científicos y profesionales, por el mal estado de nuestras sociedades y la urgencia de la transformación de las naciones y del mundo.

Por supuesto, la motivación principal del evento siguió siendo impulsar el avance económico y político de los pueblos de base en cada país, entendidos como agrupaciones explotadas u oprimidas por sistemas dominantes, en especial por el capitalismo global-

¹ Texto extraído de *Participación popular: retos del futuro*, Bogotá, ICFES-IEPRI-Colciencias, 1998, pp. 169-236.

lizante. Repetimos el examen clásico de las vinculaciones entre teoría y práctica, ahora vistas a través de la investigación participativa. Admitimos que el deterioro de la situación mundial no da espera, y ello quedó claro al comparar las actuales discusiones con las del Primer Simposio, de 1977. Viejos demonios reaparecieron entre nosotros con nuevos y más atroces ropajes, que fueron identificados y denunciados por los delegados: la violencia y el paramilitarismo, el desarrollismo y el neoliberalismo, la manipulación comunicativa, el disimulo y el quiebre moral y normativo.

Pareció lógico llegar, entonces, a un recetario de la investigación participativa para la acción socioeconómica, política y cultural, pero por fortuna no lo hicimos. Ello habría resultado contraproducente y cacofónico. En cambio, con cierta serenidad se fueron aclarando teorías, conceptos, situaciones vivenciales y métodos de trabajo en el terreno derivado de las discusiones de los grupos formales y en los pasillos, que podrían resumirse en el ideal de concebir un nuevo humanismo.

Voy a comentar ahora, bajo mi responsabilidad, tanto en el texto como por medio de notas a pie de página, las manifestaciones más importantes que en mi opinión surgieron de los cartabones generales y del diálogo en los grupos, tanto en lo teórico como en lo práctico, como para poder examinar el estado del arte de la investigación participativa en el mundo contemporáneo.

FUNDAMENTOS TEÓRICOS

Casi desde el comienzo de nuestro movimiento, en los años setenta, se reconoció a la fenomenología de Husserl, o al existencialismo, como fuente seminal de orientaciones.² De Husserl, a través de José Ortega y Gasset, heredamos la idea de que el fenómeno es dado en su calidad de “vivencia” o “Erfahrung”, que no va

² O. Fals Borda y Md. Anisur Rahman, *Acción y conocimiento*, Bogotá, CINEP, 1991, pp. 10-12; véase E. Husserl, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Barcelona, Crítica, 1991. También se derivaron categorías del marxismo y Hegel; véase de O. Fals Borda, *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla*, Bogotá, Tercer Mundo, 1980.

oculto sino expreso en la naturaleza. Para llegar a la esencia de las cosas apelamos a la descripción y a la hermenéutica modernas, y recuperamos la intencionalidad de los actos. De allí también derivamos el énfasis en la ética y en el compromiso para las tareas investigativas y para la política, énfasis que quedó reafirmado por el Congreso de Cartagena.

ALGUNAS PREMISAS

1. Sobre estos puntos capitales nos ayudamos mucho los colegas filósofos del grupo de trabajo coordinado por Guillermo Hoyos.³ Insistieron en apelar a la *razón práctica* como matriz generadora de argumentos para intervenir la realidad, en especial la de nuestras democracias, y seguir “pensando los países” en un diálogo fecundo moderado por la filosofía como *teoría de la acción comunicativa*, aquella propuesta por Jürgen Habermas. La razón práctica sigue siendo razón, por cuanto pretende poder argumentar en asuntos de ética y política en los que es posible llegar a acuerdos y consensos sobre mínimos.⁴

2. Este grupo también estudió concepciones de portadores de saberes contruidos en las experiencias cotidianas y por el sentido común. Al recordar a Gramsci y su famosa frase “todos los hom-

³ Ponentes de este grupo (filosofía): Patrice Vermeren, Ángela Calvo de Saavedra, Óscar Mejía, Daniel Bonilla, Eric Lecerf, Mauricio García, Nilce Ariza, Lelio Fernández, Francisco Cortés Rodas, Carlos Thiebaut, José L. Villacañas, Juan Carlos Velasco, Alfonso Monsalve, Francisco Colom G., Rodrigo Romero, Ángela Uribe, Federico Gallego, además de Guillermo Hoyos.

⁴ Jürgen Habermas, *Theory and Practice*, Boston, Beacon Press, 1973, p. 11. No obstante que el autor hace una injustificada reserva sobre la investigación-acción como incompatible con técnicas de obtención de datos en el terreno, hecho demostrado en contrario por la práctica y el tiempo histórico. Nos hicieron falta en Cartagena los aportes de la escuela francesa sobre la razón práctica y las teorías de la acción, de Pierre Bourdieu (“habitus”) y Alain Touraine (“intervención”), para estudiar sus similitudes y diferencias con las escuelas participativas. Se comentó y llamó la atención sobre la reciente aparición de *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción* (Barcelona, Anagrama, 1997, traducción de la versión original de Bourdieu, 1994), libro que plantea temas del Congreso como “espacio social”, “poder” y “arte”.

bres son filósofos”, el grupo impartió a su manera una bendición a la proposición participativa de los años setenta sobre la suma o *conjunción del saber académico con el popular*, que puede llegar a ser elemento de un nuevo paradigma científico.⁵ El saber académico aludido no sería el elitista y segmentado usualmente en departamentos académicos, sino otro menos arrogante y *multi e interdisciplinario*, que incluiría dimensiones históricas, sociales y culturales, y aspectos pertinentes derivados de ciencias “duras”, basados en el estudio de “problemas” determinados de tipo estructural o cotidiano.

3. Las afirmaciones en el campo específico de la investigación participativa recurrieron en el Congreso al expediente fenomenológico del quiebre de relaciones asimétricas *sujeto/objeto* con el fin de conformar *la vivencia participante horizontal*, o “relación ideológica” de *sujeto/sujeto* para investigar y actuar. Se vio que éste era un punto teórico fundamental que venía desde mucho antes.⁶

4. Ahora se admitió la potencialidad creadora del *quiebre de la asimetría*, tanto en lo conceptual como en lo práctico y vital para la tarea investigativa y la organización social, económica y política, pues romperla exige una transformación profunda de personalidad y de cultura, algo cercano a una rebelión contra la rutina, el egoísmo y la manipulación. A este proceso lo denominamos “compromiso existencial”. Uno de nuestros relatores, el economista colombiano Alejandro Sanz de Santamaría (apoyado en Davydd Greenwood, de Cornell) concluyó que se trataba de atender una “dimensión espiritual en la investigación” que,

⁵ Este elemento central, que retomo más adelante, fue considerado también en los grupos de trabajo sobre movimientos sociales, historias del IAP, gobierno local, educación popular, pobreza, y literatura y sociedad. Igualmente en los paneles sobre escuelas y métodos y el de dirigentes populares.

⁶ H. G. Gadamer, “The Phenomenological Movement”, en *Philosophical Hermeneutics*, Berkeley, University, 1977. La relación sujeto/objeto, que es kantiana, fue resuelta ya intelectualmente por Schopenhauer mediante el concepto de “representación” (*Vorstellung*) como “el primer hecho de la conciencia”, nos lo recuerda Allan Janik y Stephen Toulmin en el fascinante libro, *Wittgenstein's Vienna*, Nueva York, Simon and Schuster, 1973, p. 153.

al mirar hacia dentro de nosotros mismos, nos ayudara a superar los “procedimientos fraudulentos” de la investigación social convencional. Además, se reconoció la importancia de este compromiso simétrico con lo que se cree y quiere para acceder a transformaciones fundamentales en beneficio de los pueblos. La idea de este compromiso existencial y horizontal surgió repetidamente en el Congreso como faro ideológico y guía de discusión y acción en la construcción de un *contrapoder* (“countervailing power”) o “poder popular”.

5. En términos generales, en Cartagena creció el convencimiento sobre la bondad de nuestra rebelión contra lo que Thomas Huhn definió como “ciencia normal” y “paradigma dominante”, que se expresan en las instituciones establecidas. Son aquellas reglas de trabajo de empiristas lógicos, positivistas y funcionalistas derivadas del peso imitativo que sobre las disciplinas sociales han tenido las ciencias “duras” desde el siglo XIX, incluidas las normas sobre objetividad y neutralidad. Recordamos que a partir de las geniales obras de Galileo, Newton y Descartes, la reacción de la Ilustración contra el escolasticismo y la superstición, sin negar sus méritos, había llevado también a continuar con otro tipo de subordinación y explotación intelectual, representado esta vez en el monopolio elitista y oligárquico del conocimiento. En efecto, ahora había que dominar a la naturaleza y civilizar diversos pueblos “atrasados”, por lo que los selectos investigadores “avanzados”, objetivos y neutrales —siempre pocos y arrogantes en sus preferidas torres de marfil o como miembros de grupos de poder—, debían colocarse por fuera y por encima de los procesos investigados y de sus “objetos” o “targets”.

Como estas actitudes de dominación cartesianas, objetividad idealizada y neutralidad valorativa en las ciencias habían sido rechazadas en nuestros congresos previos y por innumerables trabajos publicados en el Congreso,⁷ no se perdió el tiempo cri-

⁷ Sobre este punto de la “neutralidad” aparente de los puristas se recordó en Cartagena el interesante intercambio entre Myles Horton y Paulo Freire, *We Make the Road by Walking*, Philadelphia, Temple University Press, 1990, pp. 102-105, y la necesidad de ser sinceros en declarar los propósitos de una acción.

ticándolas de nuevo en Cartagena. Creímos que ha sido suficiente el castigo que a los positivistas hemos infligido muchos científicos sociales, físicos cuánticos no lineales y teóricos del caos. En cambio, se examinaron posibles alternativas radicales que puedan llevarnos a otra clase de ciencia inspirada en una cosmología “holística” o extensa, basada en la “participación equivalente” o “reciprocidad simétrica”.⁸ De allí se deriva una *epistemología holística o extensa* útil para nuestras tareas. Según Peter Reason, nuestro relator, este holismo se expresa en cuatro tipos de conocimientos que juegan entre sí: el vivencial o “experiential”, el práctico, el proporcional y el presentacional.⁹

6. Las bases de esta decisión holística son conocidas: hacer investigación participativa es aceptar que toda investigación sea *interacción comunicante*, en la que ocurre un proceso de diálogo de aprendizaje mutuo y de mutua confianza entre el investigador y el investigado. En este proceso se invalida la división tradicional entre conocimiento objetivo y subjetivo; se afinan o complementan pautas normales de medición y análisis de la realidad; se equilibran los intereses teóricos del observador externo y de los actores locales que quieren transformar la práctica diaria, y se practica la interdisciplina. El resultado viene a ser tan calificado

⁸ Términos introducidos por Agnes Heller, “From Hermeneutics in Social Science toward a Hermeneutics of Social Science”, en *Theory and Society*, año 18, N° 3, mayo de 1989, pp. 304-305. Estas actitudes participativas en las ciencias deberían echar por tierra viejas prácticas desorientadas, como la institución de los “expertos” y la “expertese” que emplean instituciones internacionales y muchas ONG.

⁹ Peter Reason, *Participation in Human Inquiry*, Londres, Sage, 1994; Morten Levin, “Action Research and Critical Systems Thinking”, en *Systems Practice*, N° 7, 1994, pp. 25-42. Curioso que Goethe, en su teoría de los colores, lograra alejarse del reduccionismo técnico de Newton y adoptara explicaciones holísticas, como asegura James Gleick en *Chaos, Making a New Science*, Nueva York, Viking, 1987, pp. 165, 197. Véase Rajesh Tandon y Peter Park, quienes ofrecieron en el Congreso marcos parecidos en sus ponencias. Estos autores, como muchos otros, han encontrado inspiración en las obras de Fritjof Capra como *Belonging to the Universe*, Nueva York, Harper Collins, 1992, pp. XI, 83. Los ponentes en el grupo de trabajo sobre “construcción del conocimiento” fueron L. David Brown, Roberto Gutiérrez, Gerard Rademeyer y Luis Barraza, además de Tandon y Park.

y respetable como el que se aduce para la investigación tradicional. Y el investigador, como parte de la realidad investigada, se convierte en actor comprometido que debe a su vez analizarse y ser analizado.

HEREJÍA, SUBVERSIÓN, LIBERACIÓN: HACIA UN ETHOS ALTERNO

1. Las actuales tendencias homogeneizantes del mundo, que paradójicamente tienden a crear un *ethos* de incertidumbre, invitan a enfrentar estos problemas con entereza y originalidad para buscar la reconstrucción de otro mundo según un orden ético firme o con la articulación de un *ethos alterno*, mediante un nuevo humanismo. Manfred Max-Neef, recordando lo que leímos de G.V. S. de Silva, sostuvo en el Congreso que con estos fines teníamos que *ser herejes* y actuar como nube de mosquitos. Pero los herejes actuales tenemos que aprender las lenguas dominantes, otros códigos y nuevas tecnologías para estimular “contrapoderes” y actuar con éxito en la posmodernidad. Más que en mosquitos que podrían dispersarse con ventiladores o matarse con insecticidas, observaron algunos, podríamos pensar en los virus que actúan aun por debajo del cuero de rinocerontes.

2. La idea de trabajar por dentro y por debajo de sistemas o instituciones dadas con “contrapoderes”, llevó a resucitar el concepto de “subversión moral” que se había introducido en los años sesenta con los aportes personales de Camilo Torres Restrepo y Ernesto *Che* Guevara. Conocidos los ensayos autosubversivos de Albert O. Hirschman en el campo económico, recientemente publicados,¹⁰ aquel polémico concepto de la *subversión moral* volvió a tocarse en el panel final para recordar las obligaciones de transformación para la justicia social que asumimos los investigadores participativos buscando combatir la incertidumbre.

¹⁰ Albert O. Hirschman, *Tendencias autosubversivas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, que hace recordar posiciones críticas del clásico Gunnar Myrdal, con herramientas conceptuales nuevas como “voz”, “salida” y “lealtad” para entender situaciones de conflicto.

También estudiamos esta materia con relación a las tendencias negativas hacia la cooptación que la investigación-acción participativa (IAP) ha venido experimentando en los últimos años.

3. Vinculado a lo anterior, el filósofo Giulio Girardi, de Italia, invitó a reflexionar sobre las relaciones entre la IAP y la *teología de la liberación*. Este importante componente histórico reciente, que se ha venido desdibujando en algunas partes por razones eclesiásticas, sigue vigente, en opinión de muchos. Girardi adujo que la metodología participativa debe formar parte de una cultura que sea alternativa y también liberadora. Para ello, volver a los presupuestos comprometidos de la teología de la liberación resulta fundamental.

4. No se oyeron, en cambio, los grandes alegatos marxistas sobre el materialismo histórico o la dialéctica, como había ocurrido en el Primer Simposio, en 1977, pero Marx siguió reverenciado por sus innegables aportes de nuestras búsquedas. Hubo reconocimientos a Gramsci y al “intelectual orgánico”. La “praxis” reapareció también, pero amarrada al concepto aristotélico de “frónesis”, con la idea de no dejarla suelta a una dinámica alocada o irreflexiva sino moralmente responsable, con buen juicio y sabiduría práctica. Y la investigación “normal” actual se definió como una mercancía más en casi todas partes.

5. La discusión del concepto de *participación*, como tal siguió el derrotero señalado por Carole Pateman a partir de Rousseau, Owen y Mill, con las adiciones de los anarquistas Proudhon y Kropotkin, y del educador John Dewey. Se la concibió siempre de manera radical como combate a la exclusión política y económica del control sobre recursos públicos, y se rechazaron definiciones liberales como la del politólogo Samuel Huntington, quien reduce la participación a simple manipulación de las masas con el fin de obtener respaldo para propuestas gubernamentales que mantengan el *statu quo*.¹¹

¹¹ Es meritoria la contribución de Andrew Pearse, Mathias Stieffel y Marshall Wolfe sobre este punto del “control sobre recursos e instituciones” en la serie sobre Participación del UNRISD (Ginebra, Suiza) de los años ochenta, que fue muy orientadora para nosotros.

6. El concepto freireano de *concientización* se transmutó a *educación popular* con técnicas pedagógicas posmodernas de comunicación inspiradas en filósofos como Habermas (“acción comunicativa”). La meta de la concientización, revaluada después por el mismo Paulo Freire, ha pasado a ser la organización social y capacitación intelectual para investigar e inducir transformaciones más allá de la escuela misma y en la comunidad. Su cartabón serían los planteamientos del educador inglés L. Stenhouse cuando en 1975 inició el movimiento del “educador como investigador”, que ha surgido con impulso en todo el mundo.¹²

7. Además de los teóricos mencionados aquí o de los más lejanos en el tiempo, y de los que por fortuna concurrieron a Cartagena en 1997, los *héroes intelectuales de esta contrapartida rebelde, hereje y liberadora* son conocidos. A algunos de ellos se les mencionó en el Congreso con cierta frecuencia: Gregory Bateson, H. G. Gadamer, John Elliott, Clifford Geertz, Fritjof Capra, Anthony Giddens, P. B. Checkland, Ilya Pregogine, Tzvetan Todorov, Michel Foucault, Paul Feyerabend, Humberto Maturana, Eric Hobsbawm, Norberto Bobbio. Las citas al físico Werner Heisenberg hicieron ver que la investigación participativa podía estar más cercana a la física moderna que a la sociología tradicional —como lo recordó Wallerstein al referirse a la “cientifización social” de la física—, y que se hace necesario redefinir las relaciones entre las ciencias naturales y las sociales, tema que resultó recurrente durante nuestro evento.

No nos quedaron, pues, dudas de que nuestra búsqueda de teorías científicas de índole participativa no estaba huérfana ni olvidada, y de que marchábamos por buen camino y en buena compañía hacia un *ethos* alterno. Existió la sensación de que vamos hacia una nueva ciencia con aquellos compañeros de viaje mencionados, y así sigue siendo con el posmodernismo, el posde-

¹² Wilfred Carr y Stephen Kemmis, *Becoming Critical: Education, Knowledge and Action Research*, Londres, The Falmer Press, 1986, p. 18. Kemmis fue relator principal del Congreso de Cartagena.

sarrollismo, el poscolonialismo y el poscapitalismo. Los avances científicos actuales son positivos y favorables al desarrollo de la investigación participativa; y las sociedades mismas tienen ahora mayor necesidad de ésta que antes, para inducir procesos favorables de cambio social.

CONTRIBUCIÓN DE LA ESCUELA ESCANDINAVA

Esta sensación de madurez intelectual combinada con la esperanza del cambio quedó confirmada con la interesante presentación, por una parte de sus autores, del libro recién publicado *Beyond Theory*, editado por Stephen Toulmin y Bjorn Gustavsen.¹³ Este libro presenta una investigación participativa de grande aliento con trabajadores industriales de Suecia, apoyada en consideraciones teóricas dirigidas a mejorar procedimientos y resultados del trabajo que aquellos realizan en las fábricas. Sus tesis generales pueden resumirse de la siguiente manera:

- El trabajo participativo-investigativo es a la vez descubrimiento y creación, y se desarrolla en un *espacio epigenético*. Su estilo es histórico y antropológico. Busca no sólo explicar sino mejorar o reformar situaciones (como ocurre con la medicina clínica). Por eso en su epistemología holística lo *que es* puede definirse en el contexto del *debe ser*.¹⁴

¹³ Stephen Toulmin y Bjorn Gustavsen (eds.), *Beyond Theory: Changing Organizations Through Participation*, Amsterdam, John Benjamins Publishing Co., 1996. En Cartagena intervinieron los coautores Gustavsen, O. Babüroglu, O. Palshaugen e Y. Josefson, además de Morten Levin y Davydd Greenwood. Este libro confunde la “investigación acción” con la IAP, pero como acepta la primacía de la participación, puede leerse con mayor provecho tomando en cuenta esta autocorrección. Incluye un estudio sobre participación nacional en Turquía, valioso por llegar al nivel macro tan raro todavía en la IP. El mismo grupo publica desde 1996 la revista *Concepts and Transformation: International Journal of Action Research and Organizational Renewal*, con la dirección de Hans van Beinum en la Universidad de Halmstad.

¹⁴ Stephen Toulmin y Bjorn Gustavsen (eds.), *Beyond Theory: Changing Organizations Through Participation*, op. cit., pp. 179, 199, 210.

- La investigación participativa tiene sustento racional en el concepto aristotélico de *frónesis* que, distinto del *episteme* y de la tradición platónica, no busca justificar el conocimiento a través de una acumulación abstracta y universalmente válida de datos, sino por el buen juicio o sabiduría práctica para entender lo específico, lo coyuntural y lo concreto. El método participativo no puede ser, por tanto, el mismo de los empiristas lógicos, y debe desarrollar sus propias técnicas.¹⁵

- La relación entre un sujeto epistémico A y un objeto empírico B en una situación de investigación social X se caracteriza, como ya lo vimos, en que el objeto es también sujeto. La estructura ABX se convierte en un *sistema constituyente observable*, como lo sostienen también los sistémicos del Congreso. En la mente de los participantes del sistema, la estructura se convierte en “pox” (la persona, el otro y X). Esta situación viene a ser semejante a la postulada en la física cuántica para relaciones de indeterminación.¹⁶

- El sistema ABX/pox implica la *hermenéutica doble* propuesta por Giddens: una para el lenguaje cotidiano u ordinario y otra para el técnico, que deben interpenetrarse por medio del diálogo con el fin de alcanzar la comprensión y crear nuevos lenguajes; de allí depende también la calidad de la comunicación entre A y B. El mecanismo o cemento que vincula este sistema en la práctica es el *lenguaje cotidiano*.¹⁷

- En la investigación participativa se encuentran dos *clases de realidad*: una vivencial y otra de representación, cada una con su respectivo tipo de conocimiento: uno que surge en el acto mismo del hacer, y otro que se refiere a aspectos diversos del contexto del acto.¹⁸

- El intercambio entre vivencia y representación produce exigencias de mutua responsabilidad que hacen de la *democracia participativa* una condición indispensable y un elemento intrínse-

¹⁵ *Ibid.*, pp. 207, 210.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 181, 188.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 183-185, 190.

¹⁸ *Ibid.*, p. 187.

co de la investigación participativa, tanto en la sociedad como en las instituciones y en las empresas; y la investigación participativa, a su vez, inducirá el fomento de la democracia.¹⁹

CONTRIBUCIÓN DE LOS TEÓRICOS DE SISTEMAS

El grupo de metodólogos de sistemas y gestión de las Universidades de Hull (Inglaterra) y Andes (Colombia), encabezados por Robert L. Flood y Ernesto Lleras, halló que recubrirse con una epistemología holística común, como la sugerida por Reason y Morten Levin, acercaría productivamente las ciencias sistémicas a la investigación participativa y a otras disciplinas. Este acercamiento complementario, al ampliar la acción y la gestión, facilitaría el cambio y el mejoramiento de la eficacia organizativa, y llevaría a prácticas más justas en la sociedad.²⁰

Los metodólogos recordaron, en efecto, que uno de los principales teóricos de sistemas, P. B. Checkland, presentó su trabajo como una forma de “investigación-acción”, en la que juegan tres elementos: el marco o *framework* de la acción (F), el método (M) y el área de aplicación (A). Los estudiosos críticos de sistemas añadieron a F la dinámica del conocimiento/poder, lo que les llevó a considerar “teorías emancipativas” en las que los intereses cotidianos de los pueblos resultan esenciales. Se preguntaron, en efecto, cómo transformar las narrativas de resistencia al cambio en narrativas de liberación, basándose, correctamente, en que una sociedad es un sistema cuya estructura y evolución se determinan por múltiples factores que interactúan y se relacionan, y no simples encadenamientos lineales de causa y efecto.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 196, 224.

²⁰ Ponentes: además de Flood y Lleras, Norma Romm, Néstor Valero-Silva, Mónica Escobar, Mohammed Emadi, Guangming Cao, Brian Lehaney, Steve Clark. Esta posición amplia interdisciplinaria es compartida en términos de una “nueva filosofía de la ciencia” por científicos como el biólogo Ernst Mayr (*Toward a New Philosophy of Biology*, Cambridge, Harvard University Press, 1988, p. 21), al abogar por un mayor reconocimiento de procesos estocásticos, el pluralismo de causas y efectos, la emergencia de propiedades no anticipadas y la cohesión interna de sistemas complejos.

Hubo, no obstante, una serie de preocupaciones prácticas. La tarea tradicional de la ingeniería, por ejemplo, como algo esotérico, matemático o mecanicista, podría llevarse hacia la interdisciplina para incluir los contextos sociales en los que se realizan proyectos concretos, y tomar en cuenta insumos provenientes del conocimiento y la experiencia de las comunidades afectadas. Esto permitiría evitar errores y fracasos dramáticos en la concepción y ejecución de obras, como carreteras y puentes, cuando se afectan los recursos naturales. Los contextos —sistemas sociales y complejos culturales— deben tomarse en cuenta.

La variedad de enfoques y métodos cubiertos por el paraguas I(A)P produce una fragmentación de lenguajes e interpretaciones del conocimiento que habrá que aliviar. La intercomunicación de saberes puede llegar a ser posible y deseable, pero no hay aún claridad sobre las formas y métodos para alcanzarla. En Cartagena se advirtió que las teorías de sistemas pueden colaborar mucho para estos fines.

El hecho de que se trata de sistemas abiertos —como el triádico ABX/pox determinado por la escuela escandinava—, planteó un espectro de propósitos que van desde el consenso hasta la acomodación y la tolerancia. Pero los sistemas pueden ser estratégica y humanamente comprensibles sólo si se les delimita. Uno de los elementos principales en la fijación de tales límites en los sistemas es, precisamente, el poder, si se toman en cuenta los valores, los significados y la ética.²¹

²¹ Véase la ponencia del Congreso de Peter Park, "Participatory Research Orders of Change and Paradigm Shift", Park escribe: "Es posible concebir a grupos, organizaciones u otras entidades colectivas como sistemas que aprenden a modificar sus actos. Este aprendizaje sistémico es distinto del que realizan los individuos aislados dentro del sistema [...] Los problemas residen en la forma como se organiza y opera el sistema". Según Bourdieu (*Razones prácticas*, op. cit., p. 147), los comportamientos humanos "se llevan a cabo en el interior de espacios de juego" y la teoría de los juegos podría aplicarse, pero sin la "intención estratégica" postulada, ya que los agentes sociales pocas veces la fundamentan, aunque admiten necesitarla. Para Mayr (*Toward a New Philosophy of Biology*, op. cit., pp. 14, 19), los sistemas biológicos son abiertos con mecanismos homeostáticos, lo que lleva sólo a la predicción probabilística, sin los criterios clásicos de validez adoptados por puristas.

La revelación del apoyo mutuo conceptual entre el sistémico Checkland y los participativos Reason y Levin resultó en uno de los avances teóricos más importantes del Congreso de Convergencia.

DIÁLOGO, COMUNICACIÓN Y ARTE

1. Algunos participantes señalaron, con razón, que la esencia de la investigación participativa no radica necesariamente en la acción, como lo enfatizan las definiciones, sino en la naturaleza y el contenido del *lenguaje empleado en la vivencia realizada*, esto es, en la información, el diálogo y las modalidades que toma el contacto intersubjetivo del proceso creador. Ello porque se trata del conocimiento como una construcción social, lo que explica Tandon en su ponencia y como lo han tratado Horton y Freire en la obra citada. Algunos delegados llegaron al extremo de sostener que, cuando una información lleva a la acción, se constituye en poder.

2. Este clásico problema, que en la tradición occidental parte de Platón, es el que a diario se experimenta con la *transmisión cultural* de generación en generación. El grupo de trabajo coordinado en Cartagena por Jesús Martín-Barbero abundó sobre el asunto, para recordarnos no sólo la proveniencia de conceptos (“desde el palimpsesto hasta el hipertexto”), sino la actual incidencia de los medios especializados de telecomunicación y, al contrario, sobre cómo grupos inestables en diáspora crean a su vez tales medios para contrarrestar tendencias culturales homogeneizantes. La influencia de los medios televisivos en la escuela fue también muy destacada, así como las nuevas posibilidades —y riesgos— de la Internet.²²

²² Los ponentes del grupo de trabajo sobre comunicación fueron: Martin Hopenhayn, Phaik-Loh Kin, Hermann Herlinghaus, Guillermo Orozco, Rosa María Alfaro, Magola Delgado, William F. Torres, además de Martín-Barbero. Fue muy oportuna la publicación de la Red de Comunicación Popular del Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL), *Escenografías para el diálogo: Comunicación, política y cultura*, Santiago de Chile, CEAAL, 1997, con con-

3. Fue notable que, en estas discusiones, no se hubieran detenido los participantes en la semiótica formal de Chomsky o Saussure, que se ocupa de los orígenes de la composición y reglas del hablar, sino en las amplias orientaciones de Mikhail Bakhtin y Ludwig Wittgenstein con sus énfasis en los *mecanismos de la socialización*, los lenguajes simbólicos y el conocimiento que se produce en la cotidianidad y la acción misma. Fue lo recogido igualmente, para la escuela moderna y la investigación participativa, por Paulo Freire y su dialógica. Sabemos que sólo a través de estos mecanismos del lenguaje —tanto el cotidiano como el simbólico y el matemático— se produce el nuevo conocimiento o se modifica la interpretación de las realidades.

4. Para la efectividad de tales mecanismos comunicativos, vimos que cuentan mucho el *sentimiento y la estética*, elementos que poco se han tratado formalmente por los investigadores.²³ En Cartagena ello fue motivo de la mayor atención, expresada no sólo en las plenarias con magníficos literatos, como Eduardo Galeano, David Sánchez Juliao y Rodrigo Parra, que a veces hablaron de personas “sentipensantes”, sino también con juglares, cantantes y bailarines. De sus ejemplos y representaciones surgieron o se afirmaron técnicas de comunicación basadas en diversos estilos.²⁴ Dijeron que ser sentipensante sintetiza la propuesta de la investigación participativa. Si *el estilo es el hombre*, aquí tene-

tribuciones de Alfaro, Germán Rey, Raúl Leis, Gabriel Kaplum y otros colegas. Resulta pertinente recordar la polémica sobre el lenguaje ordinario sostenida a raíz de la crítica de Wittgenstein a la filosofía, con Norman Malcolm, Gilbert Ryle y Stanley Cavell. Véase V. C. Chappell (ed.), *Ordinary Language*, Nueva York, Dover, 1964.

²³ Es curioso que no se haya destacado más la ligazón entre ciencia, estética y arte, como lo postuló el filósofo Ernst Mach, ya que ha estimulado la creatividad de grandes hombres, algo confesado por ellos mismos. El caso de Einstein y el desarrollo de su teoría sobre relaciones entre masa y energía, cuyo equilibrio lo resolvió como una expresión estética y de congruencia formal, es diciente; véase Banesh Hoffmann, *Albert Einstein, Creator and Rebel*, Nueva York, New American Library, 1972, pp. 81, 176, 217.

²⁴ En el Grupo de Trabajo sobre Literatura, Historia y Sociedad, coordinado por Máximo Alemán, estuvieron Eduardo Galeano, David Sánchez Juliao, Rodrigo Parra, Alfredo Molano, Gabriel Restrepo, Luz Mery Giraldo y Azriel Bibliowicz.

mos un amplio campo de reflexión para determinar la eficacia de los mensajes que se transmiten bajo el rubro de la IP, y las formas como se va creando o recreando la cultura, envolviendo la ciencia con el arte. Porque parece más productivo casar a estas dos hermanas, como lo canta un poeta, que seguir amándolas por separado como si fuesen enemigas.²⁵

5. También hubo en el Congreso demostraciones del juego del *lenguaje de las artes*, con tres tipos de expresiones que fueron más allá del nivel dialógico intersubjetivo y pasaron al colectivo: la música, el canto, el ballet y la pintura. Se observó que estas expresiones artísticas conllevaban un sentido participativo al inducir relaciones simétricas en su ejecución y audición que superaban diferencias de clase, género y edad. Así se recogieron en la sala respectiva producciones que combinaban la música con mensajes comprometidos con la participación popular, como los “vallenatos protesta” de los años setenta en Colombia, las “luchas cantadas” del Valle del Cauca, los corridos mexicanos inspirados en las revoluciones regionales y la música sincrética de los aborígenes yothu yindi de Australia, que ha servido para recuperar la dignidad de su grupo. Se tomó nota del positivo papel que para aliviar el conflicto étnico-religioso de serbios y musulmanes en Kosovo ha tenido el apego a la música pop por los jóvenes que se reúnen para bailarla sin reserva alguna. Se recordaron meritorios compositores olvidados de provincia, inspirados en lo vernáculo, como el colombiano de Sincé, Adolfo Mejía, interpretado por la Orquesta Sinfónica de Barranquilla, la principal ciudad costeña.

Véase la ponencia de Galeano, sobre “Perseguidores del punto”, que incluye sus elocuentes relatos y reflexiones.

²⁵ Tal el ejemplo del poeta e indigenista José María Arguedas, de Perú, recordado en el Congreso, en quien se observa este sentido convergente. Cabe destacar también la novela de David Sánchez Juliao, *San Fernando de Cumbé* (Madrid, Grijalbo, 1997), obra que combina un rico estilo literario con la metodología participativa, inspirados precisamente en los sitios y eventos donde ésta se originó en Colombia, en los años setenta; logra así transformar mi *Historia doble de la costa* (1979-1986) en una deliciosa producción. Véase también la ponencia de Carlos Arboleda González sobre esta significativa obra, quizás única en su género, con la que se desborda el garciamarquismo.

Lo lúcido se hizo presente con el ballet *El puente*, desplegado en el Claustro de San Francisco, que estuvo ligado a la defensa de la vida y la solidaridad con colegas muertos por la violencia política. En otros sitios hubo presentaciones del Conjunto Catalina de Carrillo (Córdoba, Colombia), intérpretes del baile costeño del porro, que han venido empleando técnicas participativas de investigación social e histórica. Inmensos gobelinos colocados en el corredor de entrada del Centro de Convenciones, pintados por trabajadores junto con investigadores participativos de Pereira (Colombia), transmitieron a todos la emoción de la lucha contra instituciones explotadoras nacionales e internacionales. Al pie de ellos, muchos delegados dibujaron sus propios carteles, que desplegaron con mensajes para la sesión final.

6. Igualmente la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República de Colombia organizó, en el mismo Centro de Convenciones, una *sala de lectura* con una colección de casi mil títulos con obras sobre las temáticas del Congreso, sala que fue utilizada (entre otras cosas para sacar fotocopias de materiales nuevos) por muchos participantes. Fue una de las innovaciones técnicas más destacadas para esta clase de eventos.

Estas determinaciones teórico-prácticas, informativas, artísticas y lúdicas tienen obvias incidencias en las concepciones metodológicas y desarrollos del trabajo participativo en el terreno, en la educación formal e informal y en la administración de empresas.

PROPUESTA DE DEFINICIÓN

Con estos insumos teóricos, resulta útil concluir que en la investigación participativa se combinan por lo menos dos elementos observables que la deslindan de otras formas de trabajo científico o investigativo: a) una estructura valorativa o ideológica con actitudes críticas relacionadas con el conocimiento y su utilización, el contexto social y patrones culturales en vías o en necesidad de mejoramiento y cambio; b) una batería de técnicas de encuesta multidisciplinarias combinables, derivadas de una sola lógica in-

manente de investigación científica y de una epistemología holística o extensa, como viene explicado.

En consecuencia, con base en lo visto en Cartagena, la investigación participativa puede definirse como un método de estudio y acción que va al paso con una filosofía altruista de la vida para obtener resultados útiles y confiables en el mejoramiento de situaciones colectivas, sobre todo para las clases populares. Reclama que el investigador o investigadora base sus observaciones en la convivencia con las comunidades, de las que también obtiene conocimientos válidos. Es inter o multidisciplinaria y aplicable en continuos que van de lo micro a lo macro de universos estudiados (de grupos a comunidades y sociedades grandes), pero siempre sin perder el compromiso existencial con la filosofía vital del cambio que la caracteriza.²⁶

ACLARACIÓN SOBRE LA SIGLA IAP

Poco después de realizado el Primer Simposio, en 1977, se planteó la discusión sobre la sigla adoptada por nuestro movimiento: IAP (investigación-acción participativa) diferente de IP (investigación participativa), que se había originado por educadores de Canadá, entre ellos Budd Hall, relator de nuestro Congreso. La inclusión de la *A* significó *acción*. En aquel momento, con la IAP nos movía el interés de enfatizar la acción existencial comprometida y aclarar la orientación de la participación social, alejando a ésta de influencias liberales o reaccionarias. No obstante, sin tomarnos en cuenta, siguió activa al mismo tiempo la primera escuela psicologista y experimental de la “Investigación Acción” de

²⁶ Puede compararse esta definición con la muy semejante sometida al Congreso de Cartagena por el eminente profesor y pionero en estos menesteres, William H. Whyte: “La IAP envuelve a miembros de una organización o comunidad estudiada para que tomen parte con los investigadores, de lleno, en el diseño del proyecto, la obtención de los datos y las acciones que resultan del proceso. Uno de los objetivos profundos de cualquier proyecto de IAP es el de que los miembros de las clases bajas tengan poder suficiente para participar activamente en la gestión de su organización o comunidad”.

Kurt Lewin, de un sabor diferente, lo cual provocaba ambigüedades y confusiones respecto de nuestra propia posición.

Al cabo de unos años, y a partir del Congreso de Cartagena, puede ya resultar conveniente deslindar claramente la IAP de la tradición clásica, positivista y psicologista de la que surgimos hace 20 o más años, como lo han exigido algunos críticos. Podemos descartar entonces la A y llamarnos IP, o, para facilitar la transición, como en este libro aparece: I(A)P.

Esta síntesis se ha facilitado por la rica acumulación de estudios sobre la participación simétrica en diferentes contextos y culturas, que obviamente incluyen el componente de una acción congruente con su compromiso. Así nos la había enseñado el economista Md. Anisur Rahman, de Bangladesh, en 1985.²⁷ Además, han aparecido análisis generales de nuestro campo²⁸ que ayudan a delinear y configurar a la “familia participativa” que hemos venido construyendo, en la que nos sentimos mejor situados que en los Lewinianos. De allí que nos hayamos propuesto usar de manera intercambiable, desde ahora, las siglas IP o I(A)P para identificar mejor nuestros trabajos, y seguir otra vez el buen ejemplo de Hall.²⁹

²⁷ Md. Anisur Rahman, “The Theory and Practice of Participatory Action Research”, en O. Fals Borda (ed.), *The Challenge of Social Change*, Londres, Sage, 1985, pp. 107-109.

²⁸ Peter Reason, “Three Approaches to Participative Inquiry”, en N. K. Denzin and Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Londres, Sage, 1994, pp. 324 y ss. Véase D. P. Dash, “Problems of Action Research-As I See It”, en *Working Paper*, N° 14, Lincoln School of Management, University of Lincolnshire and Humberside, 1997; Harry Coenen, “Action Research: The State of the Art”, ponencia de la conferencia “Quality in Human Inquiry”, Universidad de Bath, 14-17 de marzo de 1995. Reason aportó también reflexiones interesantes sobre “teorías de la complejidad” relacionadas con la investigación cooperativa, para nuestro Congreso.

²⁹ Es pertinente señalar que esta evolución en las siglas (el *labeling* de los anglo-parlantes) está afectando también a escuelas hermanas, y llevando a una positiva simplificación. Por ejemplo, en la Universidad de Sussex, la escuela del Diagnóstico Rural Participativo, llamada PRA (Participatory Rural Appraisal, antes RRA o Rapid Rural Appraisal) tiende a autodesignarse ahora como “Participation, Reflection, Action” o “Participatory Learning and Action”, acercándose así a

El viejo coro, casi universal, sobre las fallas de métodos y técnicas en la I(A)P, su falta de demarcación frente a otras escuelas investigativas, su debilidad en criterios de rigor científico, validez y replicación, y quejas parecidas —a veces correctas, muchas veces justificadas por la negligencia comunicativa que ha caracterizado a muchos participativos— fue oído en Cartagena con natural preocupación. Era paradójico que, con la proliferación de grupos que resultaron trabajando con diligencia en el terreno desde los años setenta en los cinco continentes, no hubiera aún claridad sobre sus procedimientos de investigación en el terreno, ni que se hubiera hecho ningún esfuerzo serio para evaluar de manera global lo que venía ocurriendo.³⁰

La reunión de Cartagena ofreció por fin esta gran posibilidad comparativa. Los análisis realizados antes del Congreso y durante el evento resultaron pruebas presentables de las que es posible deducir el estado del arte en este campo. Las conclusiones principales sobre métodos, que se resumen en este capítulo, dan prueba de avances significativos que, creemos, no podrán ser ignorados por observadores propios ni por los de otras disciplinas. Estos avances seguramente van a estimular el proceso de nuestros trabajos de campo, para que éstos sean todavía más eficaces y útiles en los contextos sociales, económicos, políticos y culturales en que se realizan, dentro de los marcos filosóficos que los inspiran.

PAR (investigación-acción participativa, en inglés). Véase la ponencia de Robert Chambers en el Congreso.

³⁰ Casi simultáneamente con el Congreso, Robin McTaggart (Deakin, Australia) logró culminar su gran proyecto de publicar historias de I(A)P de Colombia, la India, Austria, Australia, Venezuela, Estados Unidos, Inglaterra, España, Tailandia y Nueva Caledonia: *Participatory Action Research: International Contexts and Consequences*, Ithaca, State University of New York Press, 1997.

EL INTERCAMBIO ELECTRÓNICO DE CALGARY

Como experiencia para viajar con estas preocupaciones científicas y técnicas por el ciberespacio, el intercambio previo al Congreso promovido desde la Universidad de Calgary, en Canadá, por Timothy Pyrch, entre 11 colegas de diferentes vertientes participativas del mundo, resultó fascinante y sumamente positivo para el evento. Los partícipes de esta significativa experiencia fueron:

Robert Chambers (Diagnóstico Rural Participativo —PRA—, Sussex).

Robert L. Flood (Teoría Crítica de Sistemas, Hull).

Davydd Greenwood (Investigación Acción, Cornell).

Morten Levin (Investigación Acción, Escandinavia).

Yvona S. Lincoln (Investigación Constructivista, Texas).

Robin McTaggart (Aprendizaje Acción, Australia).

Peter Reason (Investigación Cooperativa, Bath).

Maruja Salas y Timmi Tillman (IAP, Alemania/Perú).

Michael Schratz (Investigación Acción, Austria).

Rajesh Tandon (IAP, India).

Timothy Pyrch (IAP, Canadá).

A través del intercambio por e-mail entre estos colegas se logró un mayor conocimiento mutuo de lo que cada cual estaba haciendo en su medio y con herramientas investigativas propias, y se determinó no sólo aquello que les unía sino también las diferencias. Quedó reforzada la idea de que en verdad pertenecemos a la misma familia intelectual participativa, que hay una misma epistemología y metodología crítica inmanente, por lo menos en cada una de las escuelas que tomaron parte en este ejercicio.³¹

³¹ Fue muy valioso el aporte del libro de Robert Chambers, recién publicado, que se repartió en el Congreso: *Whose Reality Counts? Putting the First Last*, Londres, Intermediate Technology Publications, 1997. Este libro recoge las reflexiones del autor sobre el PRA (Participatory Rural Appraisal) y la “evolución paradigmática de las cosas a personas” que enriquecieron nuestro evento. En su ponencia,

El ejercicio tuvo dos dimensiones: a) el conocimiento del recorrido personal de los participantes con relación a estas tareas; y b) el intercambio técnico representado en sus contribuciones y ponencias para el Congreso.³²

Hubo así un debate productivo en el que los insumos fueron desde lo emotivo hasta lo racional, para entender el claro rompimiento con la tradición académica y elitista de donde provenían todos los ponentes, y las propuestas metodológicas más urgentes.

Sobresalieron las consideraciones de los partícipes sobre la naturaleza de la relación establecida en el terreno y sobre los vínculos entre la teoría y la práctica en las condiciones del trabajo empírico. En cuanto a lo primero, establecer contactos de confianza y respeto con las gentes no es tarea fácil, pero resulta absolutamente posible, y ello produce grandes satisfacciones personales de parte y parte. En cuanto a lo segundo, no resulta conveniente subordinar la investigación a la práctica ni tampoco lo contrario, sino equilibrarlas según una visión integral de la situación creada.

Como se trata de alcanzar mejores y mayores niveles de conocimiento científico así como de conocimiento práctico con el fin de resolver situaciones y/o problemas concretos, y crear “contrapoderes”, resulta conveniente reconocer las limitaciones de todos los actores en la experiencia investigativa. Así resultó importante transmitir conocimientos teóricos al personal de campo que iría a permanecer en las comunidades por pertenecer a ellas y continuar los esfuerzos investigativos/activos una vez que los activistas externos se hubieran retirado. Esta continuidad del trabajo se considera indispensable, aunque queda la necesidad de ir adaptando técnicas y procedimientos según las condiciones

Chambers trató de manera directa y constructiva lo relativo a métodos y apoyos institucionales.

³² Se publican en la revista *Studies in Cultures, Organizations and Societies*, año 5, N° 1, verano de 1998. Se tomó nota de la importante vertiente de William Torbert y “Ciencia-Acción”, que infortunadamente no pudo concurrir a Cartagena. Otro ausente: P. B. Checkland, quien había sido ponente central de nuestro Congreso Mundial en Brisbane (1992), donde se destacó la escuela de “gestión de procesos” impulsada por Ortrun Zuber-Skerritt con mucho éxito.

cambiantes del proceso. Porque la larga duración de la investigación participativa la hace vulnerable a los inevitables cambios que la vida impone.

Por regla general, el investigador externo no esperaría desplazar de sus papeles o posiciones a los coinvestigadores locales, especialmente en la política. Se ha visto que lo contrario genera confusiones inconvenientes tanto para el proceso investigativo como para la acción, y contradice el propósito de contribuir a la liberación o superación de las comunidades. Tal fue el testimonio de algunos de los partícipes en el ejercicio, lo que fue confirmado en el panel sobre la historia de movimientos participativos que coordinó Budd Hall (Canadá).

El panel enfatizó también lo que llamó “holístico y espiritual”, al recomendar procedimientos cualitativos, la transdisciplina y la observación de realidades no fragmentadas. Hubo preocupación por “intervenciones en procesos para una acción a largo plazo”, infraestructuras comunales de autogestión, y por indicadores que expresen no sólo lo holístico/espiritual, sino también el sentido de la vida local en lo cultural, económico y político. Estas propuestas fueron recogidas en otros paneles y grupos de trabajo y, de manera especial, en la sesión final organizada por Carlos Brenes (Costa Rica) y Timmi Tillmann (Alemania) con base en carteles y dibujos hechos por decenas de delegados en el pasillo de los gobelinos, carteles que fueron paseados en un larguísimo rollo con el que se rodeó el gran salón del Congreso. Estas valiosas expresiones espontáneas del sentir y saber de los partícipes corrigieron el inevitable estiramiento de las sesiones formales, llevaron a abrazos y otros gestos colectivos de amistad, a cantar en coros (“Pueblito viejo” de Colombia, “We shall Overcome” de Estados Unidos, etc.) y a recalcar aspectos descuidados en la temática general. Muchas de estas ideas de los participantes del evento se toman en cuenta en la sección siguiente, que presenta guías para nuestro trabajo en el terreno.

Si hubo más afinidad de lo esperado, así entre los 11 participantes previos como en la audiencia del Congreso, ello puede interpretarse como una reafirmación de las orientaciones valorativas

y filosóficas de la participación descritas atrás. Las diferencias, siempre circunscritas, surgieron por diversas causas específicas: por necesidades institucionales de política social, por condicionamientos culturales, por el nivel de alfabetización y comunicación masiva, por limitaciones producidas por la pobreza y por peculiaridades ecológicas y uso de recursos naturales.

Estos acercamientos valorativos y metodológicos hicieron que la presentación de los investigadores en el panel de plenaria del Congreso fuese a su vez serena, generosa y, hasta cierto punto, consensual. No hubo descalificaciones mutuas, ni rechazos dogmáticos, ni subvaloraciones, como hubiera ocurrido si no se hubiera preparado el terreno con suficiente anticipación, es decir, fue un ejemplo de madurez profesional y amplitud científica.

GUÍAS GENERALES DE LOS TRABAJOS

No habiendo espacio ni humor para proclamaciones personalistas sobre “quién fue primero o mejor”, o “quién citó a quién”, sino el reconocimiento hermanable de una tarea metodológica común de aplicación general, fueron quedando expresas o implícitas varias formas de trabajo que pueden considerarse como guías indicadoras de la labor ordinaria común de la investigación participativa. Podrían resumirse tales guías de la siguiente manera.

1. Resulta inocuo buscar o determinar *leyes sociales* generales en nuestro campo (como tampoco en otros como la biología, según Mayr).³³ Habrá desarrollos previsibles limitados en cuanto tiempo, lugar y cultura, con efectos determinados por varios factores específicos, que no son necesariamente unilineales o irreversibles. Esto no desautoriza la adopción de medidas razonables de política económica y social, ni limita la científicidad de las experiencias investigativas mismas. Pero no autoriza la *predicción absoluta*, por la pluralidad de causas y factores intervinientes.

³³ Ernst Mayr, *Toward a New Philosophy of Biology*, op. cit., p. 19.

2. Los requisitos tradicionales de los empiristas lógicos para demarcar campos científicos y buscar leyes universales objetivas sirven ante todo para definir *dos polos* dentro del espectro de las ciencias: uno cosmológico abstracto y otro donde se colocan los proyectos participativos, locales, coyunturales y valorativos. No se pueden comparar los proyectos de uno y otro polo.

3. El *rigor investigativo* no se juzga sólo con mediciones *cuantitativas*, aunque éstas puedan ser necesarias en la descripción y explicación de los resultados del trabajo. Las mediciones deben matizarse con descripciones *cualitativas* pertinentes que son igualmente válidas y necesarias. Por lo tanto, en nuestro campo no conviene seguir imitando ciegamente procedimientos investigativos que son justificables sólo para las ciencias naturales. Nuestras tareas, al resultar por esto más difíciles, deben adelantarse con mayor competencia, seriedad y sentido de la responsabilidad que en otros campos del saber.

4. Por la fluidez natural de los fenómenos sociales, culturales, económicos y políticos, es necesario abrir el compás para diversas series de *interpretaciones y reinterpretaciones* de los mismos fenómenos estudiados, esto es, hay que verlos como procesos históricos sujetos a análisis hermenéuticos.

5. Todos los *métodos y técnicas* de las ciencias son legítimos de aplicar en la investigación participativa, siempre y cuando ello encaje dentro del *marco de referencia acordado* por una decisión conjunta dentro del sistema ABX e inspirada en la filosofía participativa, en que la iniciativa parta, de preferencia, desde sus orígenes, de los grupos de base (*grass roots*). Encuestas abiertas, entrevistas semiestructuradas, trabajos de grupo y de comunidad, triangulación de informaciones y talleres colectivos han demostrado ser técnicas válidas para obtener resultados satisfactorios en el terreno.

6. *La empatía y la observación participante* (como en psicoanálisis y etnografía) son de las técnicas más apropiadas para investigar la naturaleza íntima o encubierta de las situaciones que interesan en la investigación participativa y sus vivencias; son especialmente

adecuadas a problemas de anomia, conflicto, violencia, drogadicción y otros síntomas de patología social.

7. Los criterios de *validez* para trabajos de la I(A)P dependen no de pruebas de correlación interna de variables o ejercicios “objetivos” o cuantificables, sino del examen inductivo/deductivo de resultados determinables por la práctica, por el desarrollo empático de procesos sentidos en las realidades mismas, por el juicio ponderado de grupos de referencia locales, y por el sentido común. (Hasta los niños pueden tomar parte en sesiones de evaluación, como se ha ensayado exitosamente en el Colegio Descalzo de Tilonia, en la India).

8. La *evaluación* de resultados no se ejecuta necesariamente al término de un período dado o prefijado por el conocido ritmo de reflexión-acción, como si fuera un procedimiento bancario unilineal, o unicausal en manos de planificadores, sino que puede darse en la marcha misma del trabajo de campo, como estímulos a la acción. La inspiración necesaria para continuar estas tareas es “fractal”, esto es, producto aleatorio, accidental o espontáneo que proviene de muchas causas, incluso de la intuición y del sentimiento que surge en el diario quehacer. (Obviamente, tanto esta guía como la anterior ponen en ascuas a expertos y académicos que ven amenazados sus procedimientos, simplistas, instituciones y aulagas. Cabe esperar su creciente resistencia).

9. A causa de las diversidades y contradicciones existentes en el mundo real, cuya observación implica enfocar atributos dependientes o variados, es necesario que, a diferencia de los planificadores y empiristas lógicos, los *valores, metas y compromisos* que animan al investigador o investigadora participativos sean transparentes, y que se hagan explícitos en los marcos de referencia y en los trabajos de campo.

10. No hay aquí lugar para la *experimentación* a la manera de las ciencias naturales que permitan la repetitividad de fenómenos en contextos controlados: sólo hay margen para formas comparativas de *inducción y deducción* sujetas a espacio-tiempos determinados. Por lo mismo, tampoco puede haber “casos típi-

cos” o “proyectos piloto” en la I(A)P, sino sólo interpretaciones teórico-prácticas probablemente generalizables.

11. El rompimiento de la díada investigador/investigado para quebrar la asimetría y *horizontalizar la relación* no significa el predominio intelectual de uno u otro polo, sino la posibilidad respetuosa de los aportes mutuamente fructuosos por evidencias y hechos confrontables: los pueblos comunes no siempre tienen la razón, como tampoco los llamados “doctores”.

12. Al recibir y considerar sin prejuicios la *sabiduría popular y el sentido común*, el conocimiento académico interdisciplinario puede propiciar críticamente una comprensión holística o más completa de la realidad, y así enriquecer y simplificar *formas y estilos* de la comunicación con las comunidades estudiadas.

13. En determinadas circunstancias conviene distinguir entre la *racionalidad* investigativa y la racionalidad política y no mezclarlas indiferentemente: en tales condiciones cada cual aportará al proceso investigado aquello en lo cual esté mejor preparado o que más le satisfaga como persona o como ciudadano.

14. Las técnicas de demostración en *prácticas de extensión* o para inducir cambios estructurales se limitan por factores económicos y por falta de persistencia: como los procesos participativos son casi siempre de mediano a largo plazo, a ello deben adaptarse las instituciones interesadas (como las universidades y ONG) y las disposiciones formales pertinentes; no lo contrario, como aún ocurre.

15. Si el trabajo de campo lleva a niveles macro de *movilización* política, social, económica y/o cultural, por ejemplo, “contrapoderes” o movimientos populares, es importante proceder de las *bases hacia arriba* de las estructuras sociales, y/o desde las *periferias* hacia los centros de los sistemas involucrados.

16. El paso analítico de la participación de una escala *micro* a una *macro* no sólo se puede realizar, sino también calibrar y relacionar con la emergencia de movimientos sociales, redes orga-

nizativas y políticas institucionales nacionales o internacionales, vigilando que no sean manipulables.³⁴

17. La objetividad y la subjetividad pueden coincidir en el arte, en la imagen sensual y en la expresión literaria y estética del trabajo científico, lo que justifica la incursión creadora de la *imaginación y la expresión* en los trabajos de investigación participativa. Ésta ya viene a ser una técnica de índole hermenéutica.

ALGUNAS TÉCNICAS HERMENÉUTICAS³⁵

1. *Verdad relativa*. Es impropio y peligroso fabricar una verdad, porque no hay una sola. En las ciencias sociales, según Agnes Heller, una verdad puede consistir en el acuerdo entre un investigador y su partícipe investigativo, porque el conocimiento se construye socialmente. Es necesario, no obstante, asegurar confirmaciones de hecho y datos mediante técnicas de triangulación, documentación y archivos.

2. *Verosimilitud y sentido*. Se puede, en cambio, trabajar con la verosimilitud como una serie de conocimientos confirmables, y derivar de allí el sentido de los procesos de la vida real. Éste

³⁴ La contribución de Michael M. Cernea sobre este punto en el Banco Mundial es digna de destacarse. Gracias a libros como *Primero la gente* (México, Fondo de Cultura Económica, 1995) y artículos como "The Sociological Action-Research of Development: Induced Population Resettlement" (en *Romanian Journal of Sociology*, World Bank Reprint Series, N° 480, 1995) y otros, a lo largo de 15 años, Cernea y su Grupo de Trabajo sobre Participación han logrado modificaciones pertinentes en la política de la institución. Su delegado, Anders Rudqvist, hizo la presentación de ello en Cartagena con buen éxito, aunque con protestas de escépticos que esperaban mayor resultados participativos en el manejo mismo de los grandes proyectos del Banco. Véanse las observaciones de Chamberst sobre problemas de escala.

³⁵ Véase el artículo comparativo sobre estas técnicas, publicado en *Collaborative Inquiry*, N° 18, 1996, en el caso de Agnes Heller y de O. Fals Borda en *Historia doble de la costa*, Bogotá, Carlos Valencia, 1978-1986, 4 tomos. Ha sido inmensa la contribución del *Handbook of Qualitative Research*, obra monumental editada por Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (Londres, Sage Publications, 1994), en especial la parte V, titulada "The Art of Interpretation: Evaluation and Presentation". Sobre verdad y verosimilitud, véase Fritjof Capra, *Geloning to the Universe*, op. cit., pp. 144-162.

es el entendimiento de la acción, al darle sentido y contexto a objetos de estudio tales como testimonios de testigos vivos o muertos, diarios, fotografías, mapas y materiales de “archivos de baúl” (familiares).

3. *Recuperación histórica*. Cuando existen versiones oficiales o unilaterales de eventos y hechos, es procedente hacer una recuperación crítica de la historia basada en archivos familiares (de baúl), entrevistas con ancianos lúcidos de buena memoria, y cruzamientos de referencias, que complementen o corrijan los sesgos observados. Esta técnica se relaciona con el principio de interpretación/reinterpretación al que se hizo referencia (4 en la sección anterior).

4. *Restitución o devolución del conocimiento*. Esta técnica implica respeto a los grupos en quienes se originó la información, y la adopción de estilos y formas de comunicación adoptados a su nivel de lenguaje y alfabetismo para ser bien entendidos al devolvérselos, tales como en cartillas ilustradas, radio-revistas, videos y socio-dramas. (Esta técnica, como la siguiente, implica descartar la jerga usual en círculos letrados).

5. *Comunicación simétrica*. Se desarrolla mediante la constatación informativa, el diálogo o la conversación horizontal para llegar a consensos verosímiles entre investigadores e investigados partícipes.

6. *Estructura comunicativa*. El producto (escrito o audiovisual) de las ciencias sociales se compone de dos elementos relacionados entre sí, que deben equilibrarse: un núcleo o esqueleto, y una corteza o envoltura. El núcleo se construye con datos de fuentes autorizadas y verificables; la corteza es la elaboración de la misma información desde puntos de vista particulares con imaginación circunscrita a matrices culturales o con imputaciones a personajes, mediante lo cual se aporta la originalidad interpretativa, la innovación y la sorpresa descriptiva. Ésta es la técnica del *logos-mythos* que permite a escritores ganar brillantez y efectividad en la presentación de sus mensajes y en el manejo de la historia (véase el caso de Eduardo Galeano, de Uruguay); o que lleva a la combinación de novela y ciencia social, que fue tema de un diná-

mico grupo de trabajo en el Congreso, coordinado por Rodrigo Parra y Luz Mery Giraldo;³⁶ o que induce a la construcción de obras multivocales o “estereofónicas”, como mi *Historia doble de la costa*, en dos canales distintos en estilo pero simultáneos de comunicación.

7. *Equilibrio comunicativo*. Cuando resulta más elaborado el núcleo que la corteza de una obra o comunicación, ésta se vuelve un ejercicio nomotético, o meramente técnico e informativo, pero sin suscitar mucho interés. Si la corteza, en cambio, es excesiva, el trabajo puede pasar a ser ficción o ideología, no ciencia como tal o conocimiento fidedigno. El equilibrio necesario entre los dos elementos se adquiere con la medida que proviene de la frónesis, la experiencia del buen juicio y la práctica comunicativa.³⁷

DE LA COOPTACIÓN Y EL NUEVO PARADIGMA CIENTÍFICO

Dos problemas de gran entidad, que pueden estar relacionados entre sí, fueron tratados extensamente en Cartagena. Fueron ellos el fenómeno de la cooptación de la I(A)P y de la idea de participación por el “Establecimiento” e instituciones dominantes, y el proceso de conformación de un paradigma nuestro que suplante el de la “ciencia normal” actual, para responder ante las necesidades que, como investigadores participativos y hombres y mujeres de ciencia con compromisos vivenciales, estamos ya experimentando.

³⁶ Ponentes de este grupo fueron escritores colombianos y extranjeros de gran reconocimiento por su originalidad, imaginación, estilo y preocupación por lo social: Azriel Bibliowicz, J. E. Pardo, Karl Kohut, Claude Fell, Óscar Collazos, R. H. Moreno Durán y Rubén Sierra, además de Parra y Giraldo. Este grupo ha anunciado la próxima publicación de un tomo con los ensayos preparados para nuestro Congreso.

³⁷ Véase David L. Altheide y John M. Johnson, “Criteria for Assessing Interpretive Validity in Qualitative Research”, en N. K. Denzin and Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, op. cit., pp. 485-499, sobre metanarrativas, estilo, etnografía reflexiva, retórica y análisis discursivo.

COOPTACIÓN DE LA IDEA DE PARTICIPACIÓN

Al recordar el rechazo que de la IP había hecho el mundo académico 20 años atrás, por considerarla anticientífica y poco seria por no quedar sujeta a cánones positivistas, el Congreso de 1997 tomó nota de la fuerte corriente asimilativa o de cooptación de esta metodología que ha ocurrido desde entonces.³⁸ Ha sido notoria esta adopción, si uno recuerda que todos los congresos regionales de nuestra gran familia, a partir de 1989, se han realizado en universidades y con la presencia de funcionarios internacionales, gubernamentales y de ONG.

En efecto, la investigación participativa y el concepto cuasi-ideológico de la participación han sido incorporados desde hace algunas décadas a políticas oficiales de gobiernos nacionales, entidades mundiales e instituciones académicas. Fue notoria la presencia de muchos delegados de estas entidades en Cartagena, y uno de ellos (Anders Rudqvist, de Suecia) corrió con el riesgo de organizar un grupo de trabajo sobre los macroproyectos participativos del Banco Mundial, en el Jardín de Propuestas del Congreso. Esta presentación recibió así mismo el insumo positivo de Robert Chambers y su ponencia central.

¿A qué se debe esta cooptación? Hay ciertos síntomas. Por ejemplo, quedó evidente que no han marchado satisfactoriamente (excepto para las oligarquías) los grandes proyectos de desarrollo económico auspiciados por las agencias, y que las políticas desarrollistas no han estado a la altura de las necesidades de los pueblos, por las razones discutidas en los grupos de trabajo. El salvavidas es promover la idea de la participación popular y la I(A)P, que son cada vez más convincentes. Pero también hay dudas sobre la autenticidad de los reclamos de muchas instituciones y organismos no gubernamentales que dicen con entusiasmo aplicar la IAP sin hacerlo realmente, pues se convierten en entidades

³⁸ Poco se ha examinado esta tendencia. Véase el análisis que ofrecí en 1991, en O. Fals Borda y Md. Anisur Rahman, *Acción y conocimiento*, op. cit., pp. 43-45. Véanse también los puntos de vista de D. Greenwood.

burocráticas que alguien llamó “de mochila”, por no dejar irradiar bien los recursos hacia las bases, sino que los monopolizan en las oficinas. Ello explica la ola de rechazo a ONG por grupos de base, como se viene observando. Además, se observan riesgos en experiencias verticales (de arriba abajo) que igualmente se bautizan como participativas y muestran bajas calidades técnicas. De allí la necesidad de buscar soluciones convincentes, como las iniciativas exitosas de la familia participativa auténtica presentadas y examinadas en Cartagena; y tener claridad (y ojalá control) sobre los procesos de asimilación de nuestra idea por instituciones en peligro de naufragar.

La cooptación actual de la IAP, del PRA (Participatory Rural Appraisal) y técnicas hermanas es, pues, explicable, pero no debe bajarse la guardia. Las tareas positivas adelantadas por los centenares de movimientos sociales y políticos y ONG vinculados a estas ideas en el Tercer Mundo —y también en el Primero—, son pruebas más que suficientes.³⁹ Las exposiciones en el Congreso mostraron, pues, que las varias formas de participación social, cultural y económica estimuladas por nuestras corrientes se han institucionalizado, sin claudicaciones excesivas, pero que corren el peligro de desvirtuarse.

En conclusión, y para reiterar: mientras nuestros trabajos sean reconocidos como “esfuerzos emancipatorios” o liberadores y no como expresiones del *expertese*, es decir, como logros para corregir procesos desequilibrados y/o injustos de cambio social, alienación y devastación ecológica; como esfuerzos para afirmar

³⁹ Estos hechos nos llevan a rechazar imputaciones de ambigüedad en nuestra posición frente al desarrollismo. Véase Majid Rahnema y Victoria Bawtree (eds.), *The Post-Development Reader*, Londres, Zed Books, 1997, pp. IX, 388. Estos autores presentan datos y argumentos muy respetables contra el “desarrollo”, como también Wolfgang Sachs (ed.), *The Development Dictionary*, Londres, Zed Books, 1992. Es increíble la inercia que sobre este asunto tienen las instituciones desarrollistas, explicable en buena parte por los intereses creados a su alrededor. Disfrazar el “desarrollo” haciéndolo acompañar por adjetivos como *participativo*, *sostenible*, etc., que contradicen al sustantivo, es otra forma burda de cooptar la participación y la IP. Véase también la importante contribución de Arturo Escobar.

técnicas educativas e inventar mejores formas de comunicación, planificación y teoría de sistemas; y como estímulos para desarrollar funciones más satisfactorias y humanas de administración y gestión de empresas, con todo esto, menores serán los peligros de una cooptación negativa, y mayores las posibilidades alternativas de coronar los trabajos con un paradigma nuevo, a la altura de nuestras aspiraciones y capacidades. Según el consenso generado en Cartagena, ésta es la regla de oro que debemos aplicar para defender la autenticidad de la participación y vigilar que la I(A)P empleada sea consistente con los compromisos ideológicos y filosóficos implícitos, según los marcos de referencia explicados atrás.

HACIA UN NUEVO PARADIGMA

Con tales elementos a la mano, no es sorprendente que del escepticismo sobre un nuevo paradigma científico presente en el Primer Simposio, de 1977 (a pesar de la profética ponencia de Heinz Moser),⁴⁰ se hubiera avanzado en Cartagena, 20 años después, hacia una prudente posibilidad de construirlo.

En efecto, en el Congreso se escucharon opiniones autorizadas, como la de William H. Whyte, expresando la necesidad de desligarnos de “la hegemonía de una modalidad investigativa que impide comprender la complejidad del mundo”.⁴¹ Se sugirió que el posible paradigma no hegemónico debía ante todo combinar lo praxiológico con lo ético; que podía articular el conocimiento académico y la sabiduría popular, lo racional o lo existencial, lo regular y lo fractal, pero como un proyecto abierto de búsqueda

⁴⁰ Heinz Moser, “La investigación acción como nuevo paradigma en las ciencias sociales”, en *Crítica y política en las ciencias sociales*, Bogotá, Punta de Lanza, 1978, pp. 117-140. Estos puntos de vista se han reforzado por Capra en *Gelonging to the Universe*, op. cit., pp. 81-162, al proponer cinco criterios para un nuevo paradigma: de las partes al todo; de estructura a proceso; de lo objetivo a lo epistémico; de edificio a red; de la verdad a descripciones aproximadas.

⁴¹ W. F. Whyte, D. J. Greenwood y P. Lazes, “PAR through Practice to Science in Social Research”, en W. F. Whyte (ed.), *Participatory Action Research*, Londres, Sage, 1991.

constante, sin dejarlo encuadrar por una elite intelectual auto-complaciente que actúa de perro guardián del conocimiento, como ocurre hoy con el paradigma dominante.

Un paradigma emergente para nosotros se inspiraría además en el concepto de *alteridad* —el hecho de reconocer y valorar el saber del otro—, rechazando dogmas y verdades absolutas, aprendiendo a convivir con las diferencias, sabiendo comunicar y compartir lo aprendido, introduciendo las perspectivas de género, clases populares y multiétnias en los proyectos, y en muchas otras formas positivas, altruistas y democráticas. Un paradigma emergente para nosotros produciría una articulación de la ciencia con la conciencia y del corazón al ritmo con la razón. Esto lo haría algo único en la historia de las ciencias, al relacionarlo con vivencias o con un *Erfahrung* existencial.

Como consecuencia de esta reconstrucción paradigmática, no podrían esconderse o disimilarse en la IP los valores sociales del trabajo investigativo mismo, como lo han pretendido los puristas, sino reconocerlos e incorporarlos abiertamente en los marcos de referencia. El Congreso de Cartagena descartó así una vez más los preceptos de la llamada “objetividad científica” y “validez interna”, y aceptó que no hubiera neutralidad valorativa en las tareas de acumulación del conocimiento, sino claridad de propósitos en el trabajo que se realiza.

Por supuesto, subsisten los dilemas en la construcción del paradigma alterno. Al respecto se contó con la contribución del sociólogo Fernando Henrique Cardoso, presidente de Brasil. Cardoso dijo que, como es imposible alejarse de una realidad injusta, es necesario conocer las relaciones entre la lógica de un conocimiento riguroso de la sociedad y la lógica de la acción en un proyecto político. Para definir las, no puede haber monopolio de la verdad o de la moral ni por los académicos ni por los hombres públicos. Lo mejor sería alcanzar por debate o diálogo, según Cardoso, un equilibrio entre lo ideal y lo posible, entre la convicción y la responsabilidad, entre lo técnico y lo ético, por lo menos para que las decisiones políticas queden “iluminadas” por el pensamiento. De esta forma, Cardoso trasciende la vieja

prohibición de Hegel a políticos y filósofos de tratar de actuar y conocer al mismo tiempo, sin permitir el efecto de retorno de la teoría sobre la praxis.⁴²

A su vez, el colega Alfredo Molano, de Colombia, al recordar el Simposio de 1977, reconoció que la I(A)P, con escepticismo creador, había echado ya al suelo el dogmatismo marxista y los lugares comunes del funcionalismo, con la idea de que el compromiso y la militancia podían ser “tareas científicas serias”. Esto es parte de la búsqueda paradigmática. Sin embargo, según Molano, sigue habiendo crisis en la explicación de conflictos, como los derivados de la violencia y la posmodernidad, cuyo planteamiento o resolución muchas veces resulta suicida para los investigadores.

A pesar de tan ponderadas reservas, según otros participantes el nuevo paradigma científico de búsquedas abiertas ayudaría de tres maneras a mejorar el funcionamiento de las instituciones y la vida de las comunidades: una manera, enfocar las áreas de penumbra en las que se interpenetran las fronteras formales de nuestras disciplinas y artes, lo cual es uno de los retos más importantes de la ciencia actual. La segunda forma, el sacudir a la academia morosa, aburrida y rutinaria, que despide a estudiantes y profesores exigentes, para vincularlos a la vida real de las comunidades y sus problemas, condición para el reavivamiento de aquélla. Y la tercera manera, romper el aislamiento intelectual producido por la jerga técnica con el fin de enriquecer, con claridad y frescura, el lenguaje comunicativo y el estilo de las disciplinas. En el Congreso lo explicaron y demostraron no sólo los comunicadores, literatos y artistas invitados, con toda su profundidad e imaginación creadora, sino también los ingenieros civiles preocupados por lo humano y el sistema social que inciden en sus trabajos específicos.

Peter Park consideró que el nuevo paradigma que sostenga a la IP debe enriquecer los valores del paradigma naturalista (consistencia, simplicidad, cobertura, certeza y productividad), supliendo otros valores como el altruismo, la sinceridad, la confianza, la

⁴² Véase Jürgen Habermas, *Theory and Practice*, *op. cit.*, pp. 139, 182, con puntos de vista convergentes con Cardoso.

autonomía y la responsabilidad. Estos valores, dijo Park, “son la máquina que puede rejuvenecer de manera constante a la sociedad por la vía de la investigación participativa: deben inculcarse en nuestra comunidad de practicantes”.

La construcción de este nuevo y más sentido paradigma abierto podrá ser una tarea preferente de las nuevas generaciones que se hicieron presentes en Cartagena con su desbordante entusiasmo juvenil. Cabe a ellas asumir este histórico deber de continuidad y persistencia generacional, para lo cual los participantes más maduros les brindamos allí total confianza.

IMPLICACIONES PARA LA ESCUELA Y LA EMPRESA

Fueron importantes los aportes a la IP de los educadores y empresarios que acudieron a Cartagena para tomar parte en los grupos de trabajo sobre educación popular y de adultos, y sobre la sistematización de la gestión empresarial y ambiental.

EN COLEGIOS Y UNIVERSIDADES

Pedagogos presentes como Budd Hall, Stephen Kemmis, Robin McTaggart y Arlés Caruso reconocieron la vacuidad actual de muchas instituciones educativas y la gravedad de su crisis, por haber convertido la instrucción en mercancía explotable. Para ello plantearon cambiar formas y contenidos de la enseñanza, afinar técnicas de comunicación y sus contextos, motivar a los maestros y combatir, en general, la rutina despedidora de colegios y universidades. Como lo había dicho sobre el caso colombiano el Nobel de literatura Gabriel García Márquez, uno de los auspiciadores de nuestro Congreso: “Nuestra violencia irracional viene en gran parte por culpa de una educación formalista, represiva y embrutecedora, que no se parece en nada a nosotros (por nuestra creatividad)”.

1. Los maestros convergieron en recomendar las campañas del “aprendizaje-acción”, el “salto educativo”, y “el maestro como

investigador”, que venían desde hace algunos años y que en esencia buscan vincular la enseñanza formal con la informal de la que nunca ha debido separarse por representar la realidad de la vida comunal.⁴³ Que la estructura académica y los *pensa* acojan mejor la compleja problemática que hemos heredado para entenderla y ordenarla, empleando la IP con estos fines, fue petición ruidosamente respaldada por los estudiantes presentes, preocupados por el futuro incierto que hoy tienen en la vida profesional.

2. Sobresalió la necesidad de impulsar trabajos urgentes, tales como implantar desde la escuela el respeto a los *derechos humanos* y por la ciudadanía responsable, y defender la *paz* y la tolerancia en el manejo de las cuestiones públicas e interpersonales. Valorar al *niño/niña*, sus derechos y capacidades creativas también fue motivo de acuerdo general, admitiendo que todavía hay mucho que avanzar en este campo.

3. Reconocimos que debe haber vasos comunicantes entre la IP y la educación, como lo había señalado De Schuttes, de tal manera que los educadores asuman sin temores y con mayor decisión las *tareas de investigación* participativa que se necesitan para conocer mejor la realidad escolar y comunitaria, para vincular y motivar a los estudiantes de todas las edades, hasta el punto de que lleguen a ser gestores de su propio aprendizaje, y para afirmar el papel de liderazgo y orientación colectiva que tienen los maestros. La ponencia de Budd Hall es muy esclarecedora sobre estos aspectos.

⁴³ Al respecto se destaca el aporte del Encuentro Regional de la Costa Caribe colombiana, auspiciado por la Universidad de Cartagena, Coreducir y el Círculo de Obreros-Fundación Social, organizado por Carmen Cabrales, Javier Hernández, Raúl Paniagua y Rosa D. de Paniagua, y su publicación, *Una visión participativa de la costa caribe colombiana*, Cartagena, Universidad de Cartagena, 1997. Incluye 25 interesantes ponencias y relatorías de Víctor Negrete, Liliana Pérez, Edgar Rey Sinning, Ana Pombo de Cordero, Julio Sierra y Kenia Victoria. Hubo otros siete encuentros universitarios y regionales en Colombia (Bogotá, Medellín, Bucaramanga, Villavicencio, Yopal, Ibagué y Pamplona) preparatorios de nuestro Congreso, cuyas ponencias llegaron a los grupos de trabajo. Las entidades coordinadoras fueron el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), con Marco Raúl Mejía y Marco Vargas; y el Cleba, con Alfredo Ghiso.

4. Una meta posible es convertir el aula en un sistema articulado de comunicación, investigación y construcción del conocimiento entre todos sus estamentos, para llegar a una especie de *comunidad educativa integral*. La contribución de Horton y Freire en la conversación sostenida por ellos en el Highlander Center se halló muy pertinente sobre este punto.

5. Los grupos de trabajo sobre experimentación pedagógica formal e informal, liderados por John Gaventa y Sue Thrasher,⁴⁴ enfocaron estos temas, estudiaron muchos casos concretos presentados por los participantes, y localizaron otros problemas de sus instituciones, en especial sobre el género y la educación popular, el entrenamiento de los educadores y la evaluación participativa del aprendizaje y la instrucción.

Aunque se vio que *las mujeres* tienden a ser más constantes y presentes que los hombres en la búsqueda de la educación y en su administración, sigue habiendo formas machistas o androcéntricas de concepción filosófico-pedagógica que impiden un mejor florecimiento de las diferentes perspectivas que tendría una política educacional más equilibrada desde este punto de vista. El papel de las mujeres en abrir y sembrar este campo de la participación educativa sigue siendo fundamental.

El *entrenamiento* de educadores continúa rutinario a pesar de que es indudable el despertar de una búsqueda de técnicas mejores de comunicación y dinámica de grupos en las aulas y en las comunidades del entorno. La *evaluación* participativa del aprendizaje y la *instrucción* (que pueden recibir otras designaciones, tales como “presencial”, “interactiva”, “emancipativa”, etc.) se vio con frecuencia interferida por propósitos contrarios provenientes

⁴⁴ Fueron ponentes de estos grupos: Sue Thrasher, Helen M. Lewis, Mary Ann Hinsdale, Carol Añonuevo, Losandro Tedeschi, Jorge Jeria, Derek Mulenga, Paul Wangoola, Carmen N. Hernández, Verónica McKay, Allan Feldman, Ximena Zúñiga, James Blackburn, Vicki Creed, Yusuf Kassam, Ben Osuga, Deborah Johnson, John Thompson, Julián Gonsalves, Bunker Roy, Gabriel Kaplum, Flor Alba Romero, Luis E. Alvarado, Salomón Magendzo, Mike Sarakinsky, Colin Fletcher, Cristina Frodden, Elijah Sekgobela, Gerard Redemeyer Jürgen Hagmann, Edward Chuma, Mike Connolly, Ricardo Cetrulo y Sergio Haddad. Jorge Osorio, de Chile, inició el grupo con Guevara.

de concepciones mercantiles de la enseñanza impuesta por modelos imperantes, como la formación de “capital humano” y la competitividad, y por políticas estatales. La congruencia de los factores evaluativos no se advirtió en el Congreso como fácil de alcanzar, aunque se aceptó su alta conveniencia social y cultural.

6. Hubo interés en conocer *experiencias heterodoxas* educativas, como el Colegio Descalzo de Tilonia, en la India, que se concibió como solución autosuficiente a los problemas específicos de los eriales de Bihar. Según su fundador, Bunker Roy, muchas veces se requiere “desaprender lo aprendido” y “deshacer la ciencia normal” con el fin de asimilar el conocimiento y el talento local que resultan más eficaces para resolver problemas. En estas condiciones no valen títulos ni diplomas, sólo aquellos adquiridos con la experiencia autóctona. Este rechazo a la academia formal, que viene desde los años sesenta, resultó compartido por bastantes delegaciones. Es otro síntoma importante de la búsqueda del nuevo paradigma abierto.

7. Sobresalió también en Cartagena el examen sobre relaciones entre *lo marginal* y *lo central* en la educación popular. Muchos educadores inconformes han trabajado al margen de las instituciones, experimentando con la participación y con expresiones lúdicas o de juegos. A veces, para sorpresa nuestra, estos espacios marginales se han ensanchado en muchas partes, y tales formas de trabajo han sido aceptadas o cooptadas, como en casos de Australia, Sudáfrica y Chile, que comprenden a millones de personas, y en programas escolares y universitarios formales. Recordemos que para los aborígenes australianos, la recuperación de su música e instrumentos tradicionales (en original combinación con el rock), realizada en la escuela y con jóvenes maestros que aplicaron la I(A)P en los años ochenta, significó también la recuperación de su dignidad como pueblo.

8. Esta transición de las márgenes hacia la centralidad en instituciones educativas presenta ciertos retos. Nos preguntamos: ¿será que los métodos participativos nuevos están produciendo resultados diferentes y mejores, tanto en la enseñanza como en la investigación? ¿Cómo respondemos al cambio en las relaciones

de poder que ello significa, con el fin de transformar las prácticas institucionales? ¿Cómo aseguramos que los cambios llevados a los centros desde las márgenes no se pierdan luego en éstas?

Tales preguntas fueron en parte respondidas por el Ministro de Educación de Colombia, el sociólogo Jaime Niño Díez al hacer el historial de la “Escuela Nueva”, cuyos orígenes se encuentran en este país. El desafío inicial fue rural, es decir, marginal a las instituciones educativas nacionales, y quiso elevar el nivel de la enseñanza en las difíciles circunstancias materiales encontradas y con un personal docente no muy bien preparado. Al cabo de 15 años de práctica, los resultados son alentadores, la idea ha cundido en otros países y es motivo de atención en la UNESCO y sus nuevos *Programas MOST*. Sin embargo, según el ministro, en las presentes situaciones conviene dar un nuevo impulso técnico y metodológico a la Escuela Nueva, incluyendo la capacitación investigativa, para lo cual se ha procedido, en el Ministerio, a recomendar la I(A)P y adoptarla como faro orientador de esta campaña.

9. Los desafíos para las *universidades* son igualmente grandes, aunque más conocidos. Allí ha habido un proceso de cooptación participativa, ya que son millares los claustros donde se enseña la IP hoy en el mundo. Muchísimos concurrieron a Cartagena; pero los intentos de llevar a la práctica en el terreno estos trabajos con profesores y estudiantes se han dificultado por la inflexibilidad de los *pensa*, los ritmos (en semestres o años) de la enseñanza y la exigencia de tesis individuales para optar a títulos. Como hemos visto, estos trabajos son de mediano y largo plazo y requieren de una continuidad mínima, con persistencia y compromiso personal o de equipos, por lo menos por parte de profesores y alumnos que mantengan el pulso de los trabajos más allá de cualquier semestre.

No siempre se combinan estas condiciones en las instituciones para construir el vínculo universidad-sociedad de manera participativa. Pesan mucho el elitismo y el negocio. Aun así, es fácil ver que asumir estas tareas con decisión llevaría a transformaciones fundamentales en las estructuras y funciones de las universidades: algo que muchos jóvenes estudiantes han venido sintiendo

y exigiendo, para que aquéllos se sintonicen mejor con la vida extrauniversitaria y con la realidad que nos condiciona a todos.

En general, en los grupos de trabajo hubo consenso con las tesis expuestas por el educador australiano Stephen Kemmis, relator del Congreso, en el sentido de que

[...] los maestros en sus escuelas podrían formar grupos críticos de investigación activa que vayan progresivamente incorporando estudiantes y otros miembros de las escuelas a una labor colaborativa de autorreflexión. A nivel de sistemas, esto significa que los asesores, organizadores y superiores de currículo deben devolver la responsabilidad de las políticas educativas a los maestros y a otros en el terreno... Tal es la naturaleza de la investigación-acción emancipativa como expresión de la ciencia crítica de la educación.⁴⁵

EN EMPRESAS Y MICROEMPRESAS

En cuanto a los empresarios y microempresarios, es evidente la aberrante persistencia de un salvaje capitalismo explotador neoliberal en los países del Tercer Mundo que los ha puesto al margen de las campañas participativas, aunque empieza a haber cierta inyección ideológica a través de la “economía solidaria” y concepciones humanas de eficiencia. Al respecto fueron útiles las presentaciones sobre el caso de las Cooperativas Mondragón en España, por Davydd Greenwood y William H. Whyte,⁴⁶ y las de los teóricos de sistemas que se extendieron hacia la adminis-

⁴⁵ Wilfred Carr y Stephen Kemmis, *Becoming Critical: Education, Knowledge and Action Research*, op. cit., p. 224.

⁴⁶ El caso de las Cooperativas de Mondragón fue apoyado teórica y profesionalmente como una “empresa humanística” por el economista Mark A. Lutz y el psicólogo clínico Kenneth Lux en su libro *Humanistic Economics: The New Challenge*, Nueva York, The Bootstrap Press, 1988. Este libro denuncia a la economía neoclásica como una expresión matemática del escolasticismo. Sus autores vuelven a la tradición original de la economía política, que parece más congruente con las tesis y teorías de la investigación participativa como se discutieron en Cartagena, por no separar a la economía de la sociedad.

tración de empresas, técnicas y concepciones de la llamada *soft-systems theory* (teoría de sistemas flexibles).⁴⁷

Además de las experiencias presentadas por la llamada Escuela Escandinava en páginas anteriores —que demuestran la pertinencia de las técnicas participativas en el desempeño laboral y el mejor funcionamiento de las fábricas, con mayor justicia y satisfacción de los productores—, se estudiaron otros casos de Suecia, Australia, Sudáfrica, Filipinas y Venezuela.

1. En efecto, parece demostrable que los aumentos en la productividad y mejores logros en las empresas se relacionan directamente con la *participación laboral*. En Suecia se han modificado los diseños de los bufetes de control en siderúrgicas con base en exploraciones y propuestas directas de los trabajadores involucrados, con excelentes resultados. En Australia, el aporte universitario para estos fines ha sido notable por los vínculos entre profesores y *actividades extracurriculares* realizadas en la comunidad, aunque todavía con dificultades institucionales. Éstas fueron estudiadas formalmente en Venezuela por un grupo de la Universidad Centro-Occidental preocupado por procesos de toma de decisiones de naturaleza gerencial.

2. Una vez instalado el presidente Mandela en Sudáfrica, se organizaron *grupos interraciales* que llevaron actividades de apoyo y tolerancia a fábricas, empresas y entidades donde trabajaban sus miembros. Hubo importantes ejercicios autoevaluativos y participativos que continúan este proceso reconstructor hasta la fecha. En general, los problemas raciales y las tensiones interraciales que se experimentan en países ricos no fueron tratados a fondo por el Congreso, aunque se expresó claramente el apoyo a las reivindicaciones de todos los grupos explotados y oprimidos por causas raciales (y religiosas y de género).

⁴⁷ P. B. Checkland y J. Scholes, *Soft Systems Methodology in Action*, Chichester, Wiley, 1990. Los grupos de trabajo fueron coordinados por Ernesto Parra. Ponentes principales: Anders Machs, Bertil Olsson, C. K. Christensen, J. J. Watters, C. Arcodia, Y. Ryan, P. Week, Kathleen Collins, Julieta R. Roa, Javier Escalera y Alicia Sanabria de Camino. Fernando Rojas inició este grupo.

3. En Filipinas se estableció un gran programa de *transferencia de tecnologías* a microempresas campesinas, empleando formas participativas de comunicación y acción y proyectos especiales, con el fin de aumentar las entradas económicas de las fincas, mejorar la eficiencia de las trabajadoras y vitalizar la economía rural. La participación de las trabajadoras y de los finqueros directamente en el diseño y desarrollo de estos proyectos fue muy positiva.

4. Si el capitalismo sigue globalizando la experiencia explotadora conocida, como parece inevitable hasta llegar al autocolapso, convinimos en que hay que combatir sus insidiosos efectos en las empresas y fuera de ellas, pensando en los pueblos de base y en las comunidades donde se radican, tal como lo sostuvo Rodolfo Stavanhagen, de México. No se puede olvidar que, al fin y al cabo, en términos económicos, la mayoría son del ámbito nacional, regional y sobre todo local. Y que la *globalización*, especialmente en el mercado monetario, tiene muchas ramificaciones y es mayormente elitista.

Para impulsar el combate a la globalización explotadora a gran escala (que veremos más en detalle), se recordó la importancia del sector o economía informal en la dinámica empresarial de la porción más indefensa de la población, aquella que no encaja en los modelos dominantes. Estos sectores de microempresarios y comerciantes informales, incluyendo mujeres, niños y grupos marginales, están descubriendo formas de comunicación entre sí y de organización socioeconómica que pueden llevarles a crear sistemas propios de administración y gestión. Esta respuesta de la I(A)P, si se intensifica, puede ayudar a resolver agudas contradicciones en el mundo actual.

IMPLICACIONES EN EL ESPACIO-TIEMPO GEOPOLÍTICO

Cobijados por el gran concepto del espacio-tiempo geopolítico y transformativo expuesto en Cartagena, algunos grupos de trabajo discutieron temas estratégicos de alcance internacional: la globalización, el desarrollismo, democratización y gobierno local, los movimientos sociales y culturales, justicia y resolución

de conflictos, la pobreza y el hambre, la biodiversidad y los recursos naturales.

SOBRE LA GLOBALIZACIÓN

El grupo coordinado por los politólogos Socorro Ramírez y Juan Tokatlian⁴⁸ fue claro en determinar las características generales de los procesos de globalización, transnacionalización y homogeneidad que han afectado cíclicamente (desde las épocas de los imperios modernos) a todas las sociedades, en particular a los pueblos nativos, por el control de los recursos naturales que éstos poseen. Estimulados hoy por cambios tecnológicos, los procesos globales llevan actualmente a la subordinación de sociedades para la fuerza avasallante del mercado capitalista, en especial la del capital financiero que fluctúa como una masa impredecible por todo el mundo.

La globalización capitalista, bien se sabe, tiene efectos deletéreos sobre las identidades, las culturas, las relaciones entre países y la democracia. Tutelada por la ideología neoliberal (que para muchos es igual a la neoconservadora), impulsa hacia la uniformidad en el manejo de las economías nacionales y en los valores y patrones de consumo, y tiende a debilitar las pulsaciones de las culturas autóctonas. Es antiparticipativa. Da origen a integraciones, exclusiones y diferenciaciones que articulan y subordinan las dinámicas nacionales y regionales vitales para la solidaridad humana, de lo que no se escapan ni las naciones más ricas y avanzadas. Y lo que parece peor: a escala global lo que puede resultar no sería democrático sino hegemónico y potencialmente impositivo o autocrático. Ni las Naciones Unidas, en su cúpula de seguridad, se han escapado de esta tendencia. Con la unipolaridad, la globalización capitalista puede convertirse en un paraguas sofocante para las naciones medianas y pequeñas,

⁴⁸ Los ponentes de este grupo (globalización) fueron: Elizabeth Whitmore, Maureen Wilson, Maritza López de Rodríguez, además de Ramírez y Tokatlian.

que perderían su autonomía, a pesar de las sedicentes tesis democráticas enarboladas por los amigos de la idea.

Entre los mecanismos que hacen posibles estos procesos globalizantes —unos desastrosos, otros más o menos positivos— se destacó aquel señalado por los comunicadores coordinados por Martín-Barbero: que el principal impacto de las tecnologías informáticas y los medios de comunicación es hoy la pluralización y diseminación de conocimientos. Según el grupo, ello ocurre a través del desplazamiento de las jerarquías que seleccionaban y decidían sobre qué se podía conocer y quiénes podían hacerlo; y con el descentramiento de los lugares sociales en que se construye el conocimiento. En el nuevo espacio global así producido, donde se hacen visibles las demandas colectivas y las nuevas expresiones de la identidad, se entrelazan relaciones entre culturas que ya no son sucesivas, y distintas narrativas (orales, escritas, audiovisuales, virtuales) ahora coexisten e interactúan.

Ante semejante desafío de la globalización que implica la pérdida de valores sociales considerados vitales para la participación democrática, como la solidaridad, la confianza colectiva y la sensación de seguridad personal y hasta nacional, los otros grupos de trabajo propusieron tres tipos de defensas: una cultural, que enfatiza lo local y la diversidad/alteridad; una económica, con base en programas alternativos, como los de la “economía descalza”; y una política, que enfatiza la radicalización de la democracia donde fuese posible, que reconsidera el papel actual de un socialismo democrático auténtico, y que propone conformar una “sociedad civil global”.

1. En cuanto a la diversidad/alteridad local (la estudiada por Tzvetan Todorov), se contó con la opinión favorable al multiculturalismo vinculando que hicieron los filósofos del grupo de Guillermo Hoyos, al presentarla como “la problemática del momento”. La multiculturalidad es motor y fuente de recursos para la democracia participativa y descentralizada que se viene generando en muchos países. Se constata así el reavivamiento de entes espaciales como región, etnia y comunidad, tanto en el Norte como en

el Sur, elementos que actúan como antídotos raizales o equilibrios culturales de tendencias globalizantes. Lo local es muy importante porque allí está la realidad popular en sus raíces: son muchos los casos de descentralización en el antiguo mundo socialista, en naciones europeas con autonomías locales como España, Francia, Italia, Bélgica, Alemania y América Latina, donde el proceso de reordenamiento territorial ha servido o está sirviendo para democratizar instituciones e inducir una mayor participación política a nivel de bases.

Estas tendencias culturales y políticas de la localización raizal se sienten vivas, aun en barrios y comunidades pobres dentro de grandes ciudades, o cercanas a ellas, como lo constatamos en Cartagena con las salidas a terreno efectuadas en Henequén (barrio de recicladores de basuras) y en Arroyogrande (pueblo de pescadores que defienden su manglar). Allí existen unidades eficaces de defensa de la vida comunal, brotes de movimientos sociales importantes y estímulo a expresiones culturales propias que han permitido recobrar un buen grado de decencia y dignidad entre los vecinos. Lo mismo puede decirse de muchos otros casos similares en los cinco continentes —pues el Sur también está en el Norte rico—, de lo que se esperarían articulaciones de resistencia a la globalización. La IP puede, de esta forma práctica, *deconstruir* la uniformización y trabajar, según muchos asistentes, por un frente común de acción cultural que combine los intereses e identidades de los pobres del Sur con los explotados del Norte, induzca políticas acordes de interés general y mundial, y ayude a humanizar el capitalismo rampante.

La tarea de transformar el capitalismo se destacó en Cartagena como algo muy dramático, casi imposible, porque se trataría no sólo de darle “un rostro humano”, sino de cambiarle el corazón. ¿Cómo hacerlo con quijotes? Aceptando que hoy se halle triunfante a nivel global con el retroceso del socialismo, lo que se observa del capital es una cara monstruosa que, con ojos de Gorgona, ha demostrado una capacidad inmensa de producir el bien y el mal de un solo vistazo: en efecto, crea riqueza como nadie y simultáneamente, por el mismo acto, crea pobreza como

nunca. No son fenómenos sucesivos o excluyentes, como lo sería el día que desplaza la noche, sino hermanos siameses. De allí lo inexplicable de la eficacia de esta monstruosidad, que la hace también aparentemente inatajable.⁴⁹

Pero sin las posibilidades que nos ofrecen las culturas regionales, las diversidades locales y el aprecio a la alteridad gregaria, estaríamos aún en peores circunstancias. Por lo que, en Cartagena, no se vieron otras posibilidades que las de seguir con el quijotismo participante.

2. La respuesta de la economía a estos duros problemas se basa en el tipo de análisis y acción que Manfred Max-Neef ha venido proponiendo desde hace años, en cuanto a indicadores de desarrollo, los elementos aglutinadores de civilización y la crítica al neoliberalismo.⁵⁰ No todo crecimiento (como el del consabido “desarrollo”) es bueno. Puede ser inhumano y beneficiar sólo a unos pocos, como sucede con la actual globalización capitalista y como ocurrió antes con la llamada “Revolución Verde”. Los indicadores de crecimiento, aun en países considerados avanzados, como Inglaterra, Dinamarca, Alemania, Suecia, Austria y Estados Unidos, según Max-Neef, muestran que a partir de un “punto umbral” las curvas de producción nacional y la de satisfacción de necesidades básicas se separan: las desigualdades se multiplican y la pobreza reaparece hasta en situaciones consideradas boyantes. Surge entonces cierta capacidad de autodestrucción en el capitalismo global. Pareciera como si éste, a semejanza del urobora mitológico, empezara a comerse a sí mismo por la cola, dejando, entre otras cosas, una casi impagable deuda social. No habría, pues, desarrollo económico sustentable con las pautas actuales de la globalización y del libre mercado, y conviene buscar alternati-

⁴⁹ Este párrafo se inspira en una exposición hecha por el ex presidente de Tanzania, Julius Nyerere, el 23 de octubre de 1977 en Bellagio (Italia), auspiciada por la Fundación Rockefeller, sobre campañas mundiales de reconstrucción comunal. A esta interesante reunión asistimos varios delegados del Congreso de Cartagena.

⁵⁰ M. Max-Neef, Antonio Elizalde y otros, *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*, Uppsala, Cepaur, Fundación Dag Hammarskjöld, 1986. Véase también de Max-Neef el libro *La economía descalza*, Estocolmo, Nordan, 1986.

vas viables de sobrevivencia colectiva, como quieren hacer ahora en el Banco Mundial con su grupo de trabajo sobre participación.

El esfuerzo de economías locales —como el de las culturas— es una gran defensa frente a esta globalidad que no es sostenible indefinidamente, dijo Max-Neef en su conferencia. Por lo tanto, no habría necesidad de cambiarle rostro o corazón al sistema, sino inducir su total descomposición o autofagia. Se planteó así una fuerte crítica a la teoría y práctica actuales del “desarrollo socioeconómico” y de la “macroeconomía”, que retomaremos más adelante.

3. Las salidas políticas se inspiran en la necesidad de disponer de una respuesta igualmente macro, al mismo nivel del reto de la globalización capitalista. Al respecto no hubo mucha claridad ni menos consenso, aunque se vio claro que muchos gobernantes son parte integral del problema, y que contra ellos y sus partidos habría que actuar si se buscan transformaciones fundamentales.

Por una parte, existe la preocupación de las naciones occidentales dominantes de expandir al resto del mundo el modelo democrático representativo, basado en el concepto westfaliano de “soberanía estatal”. En muchas partes esto conduciría a la implantación de procesos democráticos más radicales y extensos. En otras, si se respeta el criterio ya discutido de la alteridad-diversidad con localización —que reconoce la incidencia de factores propios de índole cultural, política, étnica, religiosa, etc.—, podrían surgir formas no necesariamente democráticas al estilo occidental, sino otras abiertas, de base, semidemocráticas, y hasta autoritarias, que respondan al derecho de los pueblos de autodeterminarse, apelando a su propia “soberanía popular”. Ello no resolvería el problema de la respuesta macro a la globalización, sino que produciría una dispersión de formas políticas de gobierno no muy articulables, aunque más auténticas y autónomas, de índole zonal o regional (no nacional y menos como gobierno mundial). Pero, como reacción o respuesta a las actuales tendencias de la globalización, pueden entrar a jugar en cualquier momento, como ya ocurre en varias partes.

Otra salida política macro, según algunos participantes del evento, tiene que ver con un socialismo pluralista, bien entendido como proyecto civilizador universal basado en sus valores sociales primigenios. No se trata, por supuesto, del socialismo real, cuyas expresiones personalistas y burocráticas o falsas (como la autogestión de Kardelj en Yugoslavia, según informes), fueron conocidas y sufridas por millones de personas en muchos países. No se trata de una toma frontal del poder estatal por la fuerza de las armas, como se planteaba antes, sino de un salto social de consecuencias prácticas. Comporta la conformación de movimientos políticos de nueva estirpe democrática participativa, como los observados, por ejemplo, en Porto Alegre (Brasil) con el Partido de los Trabajadores, en Villa el Salvador (Perú) y Montevideo (Uruguay), en su lucha por la justicia social y por la defensa de las clases explotadas por terratenientes, empresarios y capitalistas salvajes. Implica una vuelta del período histórico hacia la “izquierda”, como periódicamente ha ocurrido, de lo que parecen síntomas las últimas elecciones de Francia, Inglaterra, México y Argentina.

Una democracia social renovada a escala mundial, que vuelva a mirar con respeto a Marx y otros pensadores críticos y mártires de aquel socialismo de los valores de vida y alegría (que no de tanques de guerra), una democracia social que respete a la sociedad civil organizada, permitiría la corrección de muchas de las injusticias y desequilibrios observables en las actuales tendencias. Sería más que una simple “sociedad abierta” en la que continúe un “mejor” capitalismo: se trataría en cambio de llegar a civilizarlo y humanizarlo, es decir, a que cambie su esencia egoísta, explotadora y usuraria. Quizás el esfuerzo necesario de erradicar la pobreza llegue a ser ideología unificadora a escala mundial que destierre las actuales aberraciones de la globalización capitalista.

Finalmente, otra alternativa política es la propuesta de estimular redes mundiales empleando recursos como la electrónica y la Internet, para conformar una “sociedad civil global” con suficiente autoidentificación, fuerza moral y poder cívico para corregir los defectos existentes y equilibrar la fuerza de las cor-

poraciones multinacionales.⁵¹ Los sures podrían unir su voz y esfuerzo contra los nortes e inducir el autoexamen correctivo del sistema dominante en sus propias entrañas.

En conclusión, parece conveniente seguir el oportuno consejo reciente de Manuel Castells sobre este particular:

Hay que contar con una brújula y un ancla, la brújula: educación, información, conocimiento, tanto a nivel individual como colectivo. El ancla: nuestras identidades. Saber quiénes somos y de dónde venimos para no perdernos a donde vamos.⁵²

SOBRE DESARROLLISMO, POBREZA Y RECURSOS NATURALES

El grupo de trabajo coordinado por Arturo Escobar y María Cristina Rojas⁵³ convino en que hay crisis del concepto y la práctica usuales de *desarrollo* por no ser convincentes sus resultados, así en lo social como en lo económico: aunque hayan aumentado las tasas de producción, no así ha mejorado la distribución de la riqueza generada. El debate se ha venido dando en Europa y Norteamérica desde hace algunos años (véanse referencias pertinentes de Escobar, Sachs y Rahnema), porque son más los problemas y las tensiones resultantes que los beneficios acumu-

⁵¹ Tal es la tesis de Hubert Campfens, cuyo libro *Community Development Around the World*, Toronto, University of Toronto Press, 1997, pp. 465-466, introducido en el Congreso, fue recibido con aprecio por la crítica realista que hace del movimiento de desarrollo comunal en varios países.

⁵² Manuel Castells, "La insidiosa globalización", en *El País*, Madrid, 29 de julio de 1997, p. 9. Casi al tiempo con el Congreso se recibió el libro de Wallerstein, *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria, 1997, en el que se tratan con mucho realismo y seriedad aspectos pertinentes a lo discutido en Cartagena: las perspectivas del capitalismo, el dilema de acumulación, el de la legitimación política, el de la geocultura y la crisis del sistema histórico. Véase Peter F. Drucker, *Post-Capitalist Society*, Nueva York, Harper, 1993, y su énfasis en el tipo cognoscente de sociedad, la ciudadanía social y la evolución del Estado-nación hacia una especie de mega-Estado en el que no se advierte mucha consistencia.

⁵³ Fueron ponentes (desarrollismo): María Keita, Debbie Fredo, Smitu Kothari, Søren Hvalkof, Libia Grueso, Carlos Rosero, Rigoberto Lanz, Maia Carter, Sara Torres, Alma Estable, Lisa Taylor, Marc Craps, Maruja Salas y Timmi Tilmann.

lados por el recurrido “desarrollo”. No convencen tampoco las fórmulas acomodadas que al advertir las fallas, combinan la idea *desarrollo* con adjetivos como *participativo*, *sustentable*, *integral*, etc., porque éstos disimulan mal el pecado original del primer planteamiento desarrollista, el concebido en el Norte a partir del Punto IV de Harry Truman (1948) e impuesto en el Sur como pautas que deben imitarse.⁵⁴

Las observaciones principales en este campo se dirigieron en Cartagena a confirmar los puntos de vista de Max-Neef sobre la imposibilidad de alcanzar algún “desarrollo sustentable” con la reciente “apertura” y las pautas dominantes del capitalismo global, ni siquiera como los intentos evolutivos que quieren combinar el viejo internacionalismo de Estado con el capitalismo de libre competencia. Privatizar empresas estatales tampoco significa fomentar la participación. Por el contrario, el “desarrollo” fomenta una entropía que va autoarrasando los mismos recursos (naturales, sociales, culturales, humanos) con los que se alimenta. Puede llegar a una tasa de crecimiento cero que satisfaga las expectativas actuales de los países avanzados en cuanto población, pero que destroza las raíces productivas del Tercer Mundo tropical y subtropical. Esta situación no puede ser tolerada, menos por los países que crecen buscando el bienestar para sus pueblos.

Se perfila una seria amenaza mundial con el abuso ecológico desarrollista que, estimulado por el capital salvaje, hasta el momento es incontrolable. Las defectuosas “revoluciones verdes” del pasado se transforman hoy en revoluciones medioambientalistas impulsadas por tecnócratas internacionales muchas veces sin sintonizarse con otras urgencias sociales, culturales y políti-

⁵⁴ Véase Arturo Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press, 1995. Éste es un libro básico para entender la naturaleza y los orígenes del discurso desarrollista, desnudándolo en sus componentes ideológico-políticos según esquema de Foucault. Pueden verse fácilmente los límites de este discurso en estudios nacionales de caso, como los presentados por Hubert Campfens en *Community Development Around the World*, *op. cit.*, para Canadá, Holanda, Israel, Ghana, Bangladesh y Chile, y los fracasos de dicha política en estos países.

cas. Además, el ecoglobalismo resultante se presenta como una “responsabilidad de todos” en el planeta Tierra, siendo que esto no es así: los capitalistas de países avanzados son más culpables de la depredación ambiental que los pueblos de países atrasados. Y muchas clases pobres —incluyendo los indígenas— han demostrado ser más respetuosas del medio ambiente que grupos ricos o poderosos.

En vista de tales argumentos, el grupo de Escobar se planteó esta pregunta: ¿de dónde —desde qué espacios culturales, sociales y cognitivos— se puede suplantar al “desarrollo” como lo hemos visto practicar con tan dudosos resultados? Hay alternativas presentadas en distintas partes del mundo que se pueden interrelacionar con tres espacios ya discutidos aquí: los movimientos sociales; las prácticas culturales, sociales y ecológicas, y los procesos de producción de conocimiento.

Por una parte, como los mundos locales aún existen —pues todavía se sienten al expresar diferencias significativas con modelos dominantes y al saberlos resistir—, sería posible repensar el universo desde estas microperspectivas, profundizando en la práctica de ver, oír y proyectar aquellos pequeños mundos, con formas no convencionales de conocimiento. Por otra parte, para defenderlos, parece conveniente superar los dualismos consuetudinarios (global/local, capitalista/no capitalista) entendiendo mejor el poder y sus múltiples fisuras, como las creadas por etnias y comunidades diversas, y entrar por tales fisuras con decisión y compromiso para transformar lo necesario.

Habría por tanto que romper la complicidad del discurso de lo social con la organización del poder actual, sin dejarnos engañar por los cantos sibilinos del neoliberalismo, la apertura económica y la globalización. De ello depende la supervivencia de todos los mundos, en especial desde el punto de vista de los recursos naturales y su uso —donde el capitalismo ha sido muy rapaz y destructor—, al cambiar las concepciones contemporáneas de la producción, el consumo, la democracia y la ética, y de esta forma disminuir las tasas autodestructivas de la entropía global.

Sobre estos vitales aspectos versaron también los grupos de trabajo sobre la pobreza y el hambre (coordinado por Elsy Bonilla),⁵⁵ y sobre biodiversidad, recursos naturales y preservación del hábitat (coordinado por Darío Fajardo, Marc Lammarick y Timmi Tillmann).⁵⁶

No hay duda de que estos problemas están relacionados con el neoliberalismo y las desastrosas políticas de “desarrollo” que vienen de criticarse. Queda activa una peligrosa bomba de tiempo, cual es la histórica deuda social con las clases pobres, explotadas y oprimidas por sistemas dominantes enriquecidos a la brava. Para saber erradicar la pobreza se necesita investigar y conocer por dentro a las elites del poder. Por eso no faltaron los importantes datos de apoyo provenientes de Ghana, Colombia (Cartagena, Cauca, Ciénaga Grande de Santa Marta), Nueva Zelanda, Canadá, Nicaragua, Estados Unidos (Appalachia) y los Himalayas, que demuestran los desastres generales resultantes, en los que se siente la mano acerada de la oligarquía. Sobresalen dos inmensos peligros: a) la carencia del agua, factor que interviene ya en diversos conflictos bélicos en Europa y África, que pueden reaparecer en otras partes con mayor ferocidad; y b) la deforestación que hace cambiar los climas, aumentar la erosión y contaminar el aire, amenazando los bosques de frontera en Asia (ya casi desaparecidos) y los tropicales de Indonesia, Brasil y Colombia. Se planteó una pregunta preocupante: ¿por qué no se emplean a fondo inmediatamente las tecnologías de punta ya disponibles, con el fin de resolver tan grandes problemas como los derivados del uso energético actual, que es tan depredador? Los gobiernos tienen la palabra.

⁵⁵ Ponentes (pobreza y hambre): Richard Conto, Rosemary McGee, Uwe Kievelitz, Jaime Joseph, Soon Barraclough, Amaury Padilla, Armando de Ávila, Beatriz Salas, Carmen Cabrales, Javier Hernández.

⁵⁶ Ponentes (recursos naturales): David Deshler, Kwesi Opoku-Debrah, Helen Ritchie, Fanny Becerra, Ismael Acosta, Günter Meinert, Robert Dilger, Juan Gaviria, Nancy Gradens-Schuck, Patrick Christie, Bertha Simmonds, Oswaldo Morales, Helle Ravnborg, Maruja Salas. Darío Fajardo, de Colombia, inició el grupo

Para la deuda social acumulada, existe una “trampa de la pobreza” implícita en las políticas de “desarrollo”; y fracasan las prácticas corrientes de transferencia de tecnologías de arriba abajo. En especial, es preocupante lo que viene ocurriendo en los bancos genéticos que las compañías farmacéuticas están arrebatando a comunidades indígenas mediante patentes inconsultas. Pero, por fortuna, también hay buenos comités de investigación regional, planificación participativa aplicada, iniciativas crediticias dirigidas “a la justicia y autosuficiencia de los pobres del mundo como proceso liberador” como la Sociedad Cooperativa Ecuménica de Desarrollo (SOCED) creada por el Consejo Mundial de Iglesias, programas técnicos y educacionales para defensa del agua y del medio ambiente (como los impulsados desde Holanda), técnicas económico-sociales del reciclaje de basuras, y una aplicación inteligente de técnicas de diagnóstico rural participativo. En todas estas experiencias, se informó en Cartagena, ha habido fructuosos intercambios horizontales entre agentes externos de cambio y líderes y empresarios que dan margen a esperar modificaciones convenientes de enfoque y conducta. Ello incluye una vuelta a políticas de fomento autónomo de muchas actividades locales, entre ellas la forestación, la agricultura y la industria (menos ganadería) en países atrasados, pero defendidas de la competencia externa que viene con frecuencia subsidiada.

De nuevo concluimos en que una alternativa a esas expresiones del “maldesarrollo” —ya propuesta, estudiada y adoptada por muchas instituciones—, viene a ser la que se basa e inspira en la participación popular y la lucha política. Y la principal metodología aplicada hasta hoy en estas circunstancias de crisis con algún margen de éxito ha sido la investigación-acción participativa.

El grupo de trabajo sobre democratización coordinado por Francisco Leal Buitrago,⁵⁷ el de movimientos coordinado por Jaime Arocha,⁵⁸ el de integración social coordinado por Elías Sevilla Casas,⁵⁹ y el de participación y gobierno local coordinado por Tomás R. Villasante,⁶⁰ convergieron por lo menos en dos puntos: a) la necesidad de revivir la democracia de base, o local, con valores y conceptos positivos o no reaccionarios como ciudadanía activa, cultura híbrida, reconstrucción étnica, alteridad, identidad local y transmisión intergrupal de sentido; b) en que el neoliberalismo tiene el peligro de fomentar democracias sin libertad, elaborando una de las tesis expuestas en el Congreso por Agnes Heller.

Para empezar, Aníbal Quijano, del Perú, señaló que, en el contexto de la modernización, la construcción de ciudadanía entra en crisis. Para ello la I(A)P puede contribuir por su efecto liberador sobre el pensamiento, la palabra y el sentimiento, para ejercer contrapeso en la balanza del poder, con miras a novedosas tesis sobre “gobernabilidad”. Para ello se organizan movimientos populares y cívicos que van desplazando a los partidos desvalorizados y clientelizados y que se mueven hacia expresiones diversas de “poder popular”. A su vez, según el presidente Cardoso, de Brasil, el hecho de ser ciudadano supone más que votar: requiere

⁵⁷ Ponentes (democracia): Aarón Zazueta, Ponna Wignaraja (en ausencia), Rosario Saavedra, Stela Carillo, Lourdes Regueiro Bello y Aníbal Quijano.

⁵⁸ Ponentes (movimientos): Asafa Jalata, Lynda Schneckloth, Robert Shibley, Helen Safa, Jean Stubbs, Lourdes Martínez, Víctor Negrete, Jaime Eduardo Jaramillo, Carlos Arango Calad, Isabel Guerrero, Laura C. Cogollo, Vera Gianotten y Ton de Wit.

⁵⁹ Ponentes (integración): Bob Finlay, Eileen Pigott-Irvine, Judith McMorland, Hilda Valenzuela, Javier Hernández, Carmen Cabrales, M. Saleem, A. Hussain, D. Abroze, Xavier Albó, Yoland Wadsworth.

⁶⁰ Ponentes (gobierno local): Alí Arión, Aurilena Toledo, Carlos Rodrigues Brandao, M. Delgado, Y. Gaviria, F. González, S. L. Geise, Fernando Morais, Francisco Miralles, Gesa Chomé, Justo Magaguren, María del Pilar García, Marcelo Mendoza, Miguel Martínez López, Óscar Grillo.

desarrollar un tipo de sabiduría política que va más allá de intereses individuales.

Los movimientos sociales (culturales, económicos y políticos) están sometidos a ciclos coyunturales o espirales de los que depende su continuidad, refuerzo o desaparición. En el Congreso se citaron antecedentes históricos de movimientos que recorrieron el trayecto cíclico de la protesta inicial a la propuesta política perdurable, como en el caso de los cartistas ingleses (1838-1848). Éstos desembocaron en la creación del Partido Laborista una vez enriquecidos por el socialismo utópico y el cooperativismo rochdaleano.

Según casos posteriores y otros contemporáneos, se observó que los movimientos pueden requerir ritmos de renovación y reemplazo de dirigentes si quieren sostenerse. Se ve claro en movimientos como los colombianos, a los que se les han aplicado frenos duros con cooptación, corrupción y asesinato, combinados con el control y el silencio de los medios comunicativos.

Los tipos de dirigentes son un misterio: en efecto, el carisma sólo no es suficiente, pues los contextos en que se mueven los líderes y las oportunidades tácticas parecen determinantes. Muchos pueden depender también de la conformación de antielites que desplacen a grupos dominantes. Tampoco es definitivo el entrenamiento usual de líderes, ya que éste tiende a convertirse en una mera orientación vivencial de todos modos útil.

Según pareció en el evento, no resulta caracterizable ningún dirigente de movimiento. El inventario de cualidades que con frecuencia se hace, si éstas se combinaran podría resultar en un maniquí manipulable o en un Frankenstein. Un peligro evidente proviene de personalidades con tendencias autoritarias, de la falta de humildad y sentido autocrítico, y del descuido en “sintonizarse” con las bases. Un liderazgo colectivo o rotativo tampoco pareció totalmente práctico o conveniente.

En cambio se propuso en Cartagena considerar la idea de promover “líderes servidores” para resolver el dilema de la burocracia tentadora y crear confianza en los seguidores, confianza sin la que los ciclos de acción de movimiento no pueden realizar-

se ni tampoco llevar a las transformaciones postuladas. Líderes educados formalmente (como Ganchi, Nehru, Nyerere o como el subcomandante Marcos) pueden convertir su educación en experiencia liberadora para no alejarse de las bases, ser consecuentes con su compromiso y mostrar salidas posibles.

Importante para los movimientos y el refuerzo de la sociedad civil —se dijo en Cartagena— es estudiar el aprendizaje de discursos y modelos de acción técnico-científicos destinados a mejorar la calidad de vida de los grupos sociales, como se observó en la “Guerra contra la Pobreza” de los Estados Unidos hace dos décadas en las Zonas de Empoderamiento, después. Habrá que superar esquemas clásicos de “adopción y aplicación de innovaciones tecnológicas”, ya que hay actores tradicionales, pre-modernos o populares capaces de movilizarse, crear y obtener resultados aceptables de las prácticas. El ejemplo exitoso del actual Movimiento dos Sem Terra, en Brasil (como antes el movimiento campesino colombiano ANUC o el de Chiapas en México), son suficiente evidencia. El mismo éxito se observa en Zimbabwe con la Organización de Asociaciones Rurales para el Progreso (ORAP), cuyas 600 unidades se coordinaron por Sithembiso Nyoni (ahora ministra de Estado). Los miles de movimientos de la India, desde Bhoomi Sena hasta el Chipko, el de Bhopal y el del Valle de Narmada, son otros casos de gran trascendencia en los que la IP ha jugado un papel.

La comunicación entre “expertos” de fuera y usuarios legos es también digna de tomarse en cuenta en los movimientos (como lo expresa Tomás Villasante, de España), porque es necesario “pasar de los rituales tradicionales de reproducción del conocimiento y las pautas de conducta, a contra-ritos que abran construcciones reflexivas, complejas y prácticas”. Hay que “cargar y potenciar las sinergias”⁶¹ en todo este proceso de reconstrucción y defensa de lo local y de lo propio, para reconstruir allí un nuevo imaginario

⁶¹ Sobre sinergias se recordó el interesante —y poco conocido— análisis de la experiencia campesina colombiana realizado por León Zamose, “Campesinos y sociólogos: reflexiones sobre dos experiencias de investigación activa en Colombia”, en *La IAP en Colombia*, Bogotá, Foro por Colombia, 1987, pp. 24-25.

alrededor de la idea de participación con frentes comunitarios, foros cívicos, mesas de concertación popular y consejos zonales, entre otros. Y además cuidarse de no dar marcha atrás con movimientos reaccionarios (como algunos de índole religiosa, política, racial o de género) que insisten en prácticas violentas que en el pasado fueron claras fuentes de opresión, explotación, prejuicio, fanatismo y muerte.

Se criticó en el Congreso la idea de que pueden haber “pueblos sin historia”, lo que tiene connotaciones racistas y etnocéntricas inadmisibles, como puede demostrarse con las realidades de los pueblos negros de Estados Unidos y los mestizos de América Latina. Estos grupos tienen una gran riqueza dinámica (desde los bahianos hasta los habitantes de Ciudad Bolívar en Bogotá y las comunas de Bucaramanga estudiadas por la IP), que no puede explicarse con las teorías sobre marginalidad o funcionalismo vigentes. Hay experiencias participativas de reconstrucción étnica, como entre los Oyomán de Venezuela. En cambio, se observan fallas étnicas con ONG cuyos líderes predicán la participación y la deniegan con su propia práctica interna, y que al pretender suplantar los servicios del Estado, se contagian de los defectos de éste, como se informó sobre Senegal, Mozambique y otros países. Algunos colegas, como Smitu Kothari, de la India, abogaron por cambiar la designación de las ONG por términos como “grupos de acción social” que reflejen su compromiso con las bases populares y los respeten mejor.

SOBRE VIOLENCIA, CONFLICTOS Y REPRESIÓN

El grupo de trabajo coordinado por Camilo Borrero⁶² enfocó estos persistentes problemas tanto en el medio urbano como en el rural. Hubo general consenso en imputar causalidad de violencia a las desiguales pautas de distribución de la riqueza generada por las clases productivas en todos los países, situación empeorada

⁶² Ponentes: Alaf Hussein, M. Saleem, Ms. Dilferoza, Giulio Girardi, Mará Clara Jimeno, Víctor Hugo Torres. Francisco de Roux, de Colombia, inició este grupo.

por las recientes políticas de apertura y neoliberales que polarizan económicamente a las sociedades. La falta de equidad, justicia y generosidad en este campo es un crimen de lesa humanidad que, si no se combate, lleva a altas dosis de confrontación interna y descomposición nacional, como es el triste caso de Colombia en la actualidad.

La contribución de la I(A)P para la resolución de conflictos de este tipo quedó reconocida. Hubo también preocupación central que poco se ha tratado: ¿cuáles son las explicaciones de que algunas sociedades, como las de Centroamérica, maduren más que otras para la solución pacífica de sus conflictos? Vimos que apelar a la I(A)P es una forma de llegar a develar los imaginarios y representaciones que sustentan las lógicas de las violencias, y a entregar claves para su prevención: no se conocen otras metodologías que así lo permitan.

El hecho es que es posible impulsar proyectos de paz aun en circunstancias extremas. Tal fue la conclusión general a que se llegó, no sólo en el grupo de trabajo sino en el emocionante panel de plenaria coordinado por Gustavo De Roux (quien también hizo la muy aplaudida Investigación para la Paz) y Marja Liisa Swantz. En este panel intervinieron seis dirigentes populares: Manuel Serna (Cimitarra, Colombia), Eduardo Tinkam (Mosquitia, Nicaragua), Leonor Zalabata (Arhuacos, Colombia), C. S. Kilala y Mwajuma Masaiganah (Tanzania).

Las fuerzas descomponedoras de la sociedad y la cultura son ahora más variadas y poderosas, y por lo regular van armadas, sostuvieron estos panelistas. La represión con frecuencia es irracional, excesiva y desorientada de las realidades locales y regionales. Preguntaron cómo sería la sociedad actual si, por ejemplo, se cumplieran las resoluciones sobre desarme y prohibición de minas que han expedido las Naciones Unidas, se convirtieran las fábricas de cañones en fundiciones de arados y se respetaran cumplidamente los derechos humanos y los de autodeterminación de pueblos y etnias. En cambio, se denunció que son las mismas fuerzas de los Estados las que siembran y expanden la violencia.

El acceso a la justicia en muchos países se ha transformado, de simplemente hacer valer los derechos a vincularlos a la equidad y a la solución de pequeñas causas comunitarias con tutelas y amparos. Esto ha llevado a mirar con mayor cuidado el componente cultural en la sociedad civil: en qué forma las comunidades elaboran y viven conceptos como justicia e injusticia, equidad, autoridad y poder para inducir transformaciones sociales y políticas positivas.

El acceso a la justicia en muchos países se ha transformado, de simplemente hacer valer los derechos a vincularlos a la equidad y a la solución de pequeñas causas comunitarias con tutelas y amparos. Esto ha llevado a mirar con mayor cuidado el componente cultural en la sociedad civil: en qué forma las comunidades elaboran y viven conceptos como justicia e injusticia, equidad, autoridad y poder para inducir transformaciones sociales y políticas positivas.

Tanto en el panel como en el grupo de trabajo hubo preocupaciones por las prácticas represivas y sus perturbadoras consecuencias locales. Tal fue la información recibida de Pakistán, Colombia, Guatemala y Bolivia. Se impone la necesidad del diálogo entre actores de proceso de conflicto y quienes deciden la política y, además, ampliar la capacidad de negociación, manejar una información adecuada, respaldar las decisiones por la convivencia y actuar en consecuencia. Porque es evidente que el uso expedito, o preferente de la represión y del castigo para los pueblos que protestan por causas justas, no es la respuesta adecuada para resolver sus necesidades, sino factor de su empeoramiento.

EL COMBATE AL *ETHOS* DE INCERTIDUMBRE

Con tantos elementos a la mano como los que hemos visto, al reconocer la cruel transición de finales de este siglo —que ha entronizado la violencia, los vicios, el despilfarro consumista, el hambre y la pobreza— el Congreso Mundial de Convergencia Participativa de Cartagena confirmó lo que habían aseverado algunos de los principales expositores desde su comienzo: que nuestras socie-

dades están sufriendo de una *malaise* general, de un preocupante *ethos* de incertidumbre. Aquellas fallas estrepitosas observadas y analizadas en nuestro evento son causa eficiente y afecto circular de este *ethos* maligno. El hecho de no saber para dónde vamos y cómo lo estamos haciendo, nos produce malestar y angustia.

¿Cómo romper el círculo vicioso de la incertidumbre en nuestra época? Desde el primer día del Congreso, como vimos, hubo ponentes que propusieron elaborar un *ethos* alterno, entre cuyos elementos quedarían actitudes rebeldes como herejía, subversión y liberación comprometidas con transformaciones por la justicia. Agnes Heller nos habló de horizontes históricos no lejanos y del sentido de responsabilidad que asumimos con los demás como seres pensantes y actuantes, ante la problemática inmediata. Sin descartar las utopías, Heller hizo ver las inconsistencias y los peligros frustrantes de la planificación a largo plazo, así como las del neoliberalismo.⁶³ El aquí y el ahora posmodernos inciden como elementos distintivos de lo que sentimos vacío o incongruente, que es lo que debemos superar. Wallerstein, por su parte, invitó a que buscáramos “no cualquier convergencia sino una que sea justa, inteligente y substantivamente racional”.

Estos planteamientos críticos y rebeldes, reafirmados por otras intervenciones, animaron de esperanza a los investigadores participativos, en especial a los muchísimos jóvenes presentes en el Congreso. Todos descubrimos que las reservas de sociabilidad y solidaridad cotidianas, tan atacadas hoy por la globalización, siguen vivas y resistiendo en las comunidades de base, en veredas, caseríos y tugurios, como en Arroyogrande y Henequén, cerca de Cartagena, que fueron visitados. Lo mismo ocurrió con las comunidades de los dirigentes populares de Nicaragua, Tanzania y Colombia que, en uno de los mejores momentos del evento, nos enseñaron cómo reconstruir la paz con medios no violentos, y triunfar en tan arriesgada empresa.

⁶³ Resultaron pertinentes las cavilaciones de Bourdieu, basado en Husserl, sobre “preocupación” y “plan” (que interfiere en el cinismo), en *Razones prácticas*, op. cit., pp. 144-152.

Hubo otras contribuciones importantes en este sentido autocrítico: la del grupo de historiadores de redes de investigación participativa en el mundo, organizado por Budd Hall; y el “golpe de Estado” de las delegadas que desplazaron a los coordinadores en los días finales.

En cuanto a las historias de la IP, los participantes⁶⁴ demostraron allí mismo el valor de la constancia en los procesos de cambio y el del ritmo de la reflexión-acción. Varios de los movimientos populares en los que tomaron parte resultaron vigorosos en sus respectivos países, lo que es índice de la eficacia en la práctica. Así lo relataron Hall, Marja Liisa Swants y Kemal Mustapha para Tanzania; Vio Grossi en Chile; Tandon en la India; Ted Jackson en Canadá, y muchos otros.

Se observó que, por lo menos, se resolvieron entonces tres problemas: el papel del conocimiento en la lucha popular (*episteme* más *techné*); el de la práctica útil que guía el trabajo desde el punto de vista moral; y el del sentido del compromiso personal en el que se distingue la lógica de la acción de la lógica de la investigación.

Las delegadas fueron presididas por Mwajuma Masaiganah (Tanzania), Elsy Bonilla (Colombia), María Salas (Perú), Marja L. Swantz, Patricia McGuire y otras compañeras. Lograron derrotar la inicial frustración expresando los puntos de vista de género sobre el evento y el mundo. Sus enseñanzas y ejemplos quedaron constando en mentes y documentos, así como en el presente registro. Quedó evidente que, sin ellas y su organización, no podemos ganar las seguridades existenciales que todos necesitamos.

Finalmente, estos planteamientos nos llevaron a considerar en el Congreso la necesidad de decidarnos a confluir para actuar con mayor eficacia, tanto en el espacio como en el tiempo, y prepararnos para el advenimiento del siglo XXI con mejores herramientas metodológicas, con más convicción sobre la justeza de nuestros ideales, y más decididos y comprometidos con la

⁶⁴ Fueron participantes: Ted Jackson, Peter Park, Miguel Ángel Osorio, Xavier Albó, Rajesh Tandon, Yussuf Kassam, Vera Gianotten, Ton de Wit, Marja Liisa Swantz, John Gaventa, Anne Martin, Robin McTaggart y Orlando Fals Borda.

historia ante la necesidad inaplazable de la transformación de nuestras sociedades.

Algunas de las más importantes metas en el espacio-tiempo geopolítico se examinaron durante los últimos días en forma de preguntas: ¿sabemos impulsarnos hacia un nuevo norte, como sería una altruista corriente universal de etnogénesis con mayores dosis de felicidad? ¿Podremos detener las manos ensangrentadas de etnocidas, paramilitares, fabricantes y mercaderes de armas, de los múltiples agentes de la muerte, la pobreza y el hambre que actúan como agentes apocalípticos en un mundo que podría ser más respetuoso de la vida y más equilibrado? ¿Podremos aceptar el reto de Paulo Freire, hecho en su último mensaje a nuestro Congreso, de “revivir sueños y utopías y avivar la esperanza” en nuestros mundos y culturas, y en nuestro tiempo?

Estas preguntas quedaron naturalmente pendientes de la respuesta específica que en cada momento y en cada sitio puedan hacer los participantes del Congreso en el futuro, como prueba de su compromiso con los pueblos y consigo mismos, y con el nuevo humanismo. Nos dispersamos animados por esta grande idea: que la incertidumbre universal actual puede combatirse con éxito.⁶⁵

Tal fue la responsabilidad científica e histórica de nuestro Congreso de Convergencia Participativa ante la gravedad de los problemas mundiales analizados. Una vez más, en el Congreso tratamos de converger para proteger raíces humanas vitales, así en el Sur como en el Norte, e irrigarlas con nuestro sudor y nuestra sapiencia y con la tolerancia y la generosidad que deseamos seguir extendiendo por toda la faz de la Tierra. Tan altruistas ideales, y algunos otros, fueron reiterados hasta el final.

⁶⁵ En este sentido fue muy estimulante recibir, en esos momentos, el concordante Manifiesto del Foro Mundial de las Alternativas reunió en mayo de 1997 en Dakar (Senegal), encabezado por Samir Amir, Pablo González Casanova, François Houtart y otras personalidades. Hubo coincidencia en el énfasis que hacían espíritus y corazones para encontrar “alternativas viables al neoliberalismo y a la mundialización unilateral”. El principio de la “vuelta del péndulo” que ha permitido el retorno de la socialdemocracia al poder en Holanda, Francia e Inglaterra (con posibilidades en México, Argentina y otros países), ha abierto nuevas expectativas de un cambio político más general.

EL TERCER MUNDO Y LA REORIENTACIÓN DE LAS CIENCIAS CONTEMPORÁNEAS¹

Hay un fenómeno intelectual que ha venido desarrollándose en los últimos dos decenios, pero que no ha recibido quizás la suficiente atención que merece, que trasciende el dominio de todo campo especializado y toca a tesis sobre la universalidad de la ciencia. Me refiero a la incidencia sobre determinados grupos académicos y políticos de Europa y Norteamérica de una contracorriente intelectual autonómica que se ha formado entre nosotros, los del Tercer Mundo, dentro y fuera de las universidades. Junto a este fenómeno, como elemento de refuerzo de la misma tendencia, figura un mayor y respetuoso conocimiento de la realidad cultural y humana de nuestras sociedades tropicales y subtropicales, adquirido durante este periodo tanto por nosotros como por europeos y norteamericanos. Tiendo a pensar que muchos de estos descubrimientos se han realizado dentro de un marco crítico común, que invita a retar políticamente a las instituciones del poder formal, así en los países dominantes como en los de-

¹ Texto extraído de la revista *Nueva Sociedad*, N° 107, mayo-junio de 1990, pp. 83-91. Este artículo es una versión revisada de la conferencia pública con que el autor reinició sus tareas en la universidad, después de 20 años de ausencia, lapso en el que buscó y ensayó formas alternas de obtención y acumulación de conocimientos, hoy sintetizadas por la escuela de Investigación-Acción Participativa (IAP).

pendientes. Pero el orto de este movimiento, con sus impulsos raizales y remolinos revolucionarios, parece hallarse más entre nosotros los periféricos que en el mundo desarrollado.

Por supuesto, estas premisas implican varios puntos debatibles. El primero, que en los últimos años en verdad se ha configurado en nuestros países pobres y explotados, un grupo de científicos sociales y políticos retadores del *statu quo*, cuya producción independiente ha tenido efectos localmente y más allá de las fronteras nacionales. El segundo punto, que se ha acumulado tanta información fresca sobre sectores de nuestras sociedades como para dar base a una reflexión teórica y metodológica propia, que modifica anteriores interpretaciones, por lo regular exogénicas o eurocéntricas. Claro que los trabajos rutinarios no han desaparecido de nuestras universidades, ya que sus marcos de referencia continúan reproduciéndose por inercia en instituciones académicas y en medios de comunicación masivos controlados por personas caracterizables como *colonos intelectuales*. No obstante, la producción de estas personas por regla general no ha trascendido las fronteras nacionales, precisamente por el mimetismo que despliegan.

Todo esto es debatible, pero quizás haya acuerdo general en que existen pruebas para demostrar en principio las dos premisas sugeridas. Más bien me dedicaré a explorar una hipótesis complementaria. Sostendré que aquella incidencia intelectual del Tercer Mundo tropical sobre grupos homólogos críticos de países dominantes encuentra acogida en razón de la crisis existencial que afecta a las sociedades avanzadas de las zonas templadas, sea por las proclividades autoobjetivantes de la ciencia y la técnica modernas desarrolladas allí —especialmente en sus universidades—, sea porque hoy surgen amenazas serias para la supervivencia de todo el género humano relacionadas con los avances inconsultos de esa misma ciencia euroamericana fetichizada y alienante.

Los euroamericanos, evidentemente, progresaron y se enriquecieron con el desarrollo científico-técnico, mucho a expensas de nosotros los del Tercer Mundo. Pero ello fue también a expensas de su alma y de los valores sociales, como en el contrato

mefistofélico. Ahora, después de haber botado la llave del arca del conocimiento prístino de donde partió el progreso, hastiados de éste por la forma desequilibrada que tomó, y avergonzados de la deshumanización resultante, los nuevos Faustos pretenden reencontrar la llave del enigma en las vivencias que todavía palpitan en las sociedades llamadas *atrasadas*, *rurales*, *primitivas*, donde existe aún la praxis original no destruida por el capitalismo industrial: aquí en América Latina, en África, en Oceanía.

Si esto fuese cierto, tal constatación de las fallas existenciales e ideológicas en la zona templada podría darnos todavía más certeza y justificación a los del Tercer Mundo en la búsqueda autónoma para interpretar nuestras realidades. Y más seguridad en nuestra capacidad de saber modificarlas y construir formas alternativas de enseñanza y de acción política y social para beneficio nuestro y, de contera, también para el de todos los pueblos explotados y oprimidos de la Tierra.

LA FRUSTRACIÓN DEL EUROCENTRISMO

No es nuevo lo que sigue: desde comienzos del siglo XX, y en especial a partir de los desastres materiales y espirituales de la Primera y Segunda Guerras Mundiales, muchos científicos y filósofos europeos reconocieron el problema existencial aludido y cuestionaron el propósito final de sus conocimientos y acumulaciones técnicas, tanto en las universidades como en los laboratorios. El inspirador de esas tareas había sido el cartesianismo analítico, junto con la tentación teleológica de obtener control sobre los procesos naturales. Además, en lo político se habían diseñado formas democráticas representativas apuntaladas en un positivismo funcional y en las ideologías de la libre empresa y la propiedad absoluta. Como no todo anduvo bien, la sociedad europea se dividió en utopistas y realistas, dando origen a esa controversia permanente que parte de Hobbes y encuentra su nadir en el fascismo.

Al cabo de casi dos siglos de experiencias, la desilusión y la protesta se convirtieron en alimento diario de aquella sociedad.

Recordemos, entre otras voces díscolas, el pesimismo de Spengler sobre los resultados de la búsqueda del desarrollo económico, y la crítica fenomenológica de Husserl sobre el desvío del positivismo al crear escuelas que desembocaron en revisiones sustanciales de la interpretación ontológica. Hasta las ciencias naturales experimentaron esta desazón y buscaron una revisión orientadora. Encabezados por los físicos cuánticos, descubrieron la infinitud de la estructura interna de las partículas atómicas y dieron el salto del paradigma mecánico de lo cotidiano, de Newton, al infinitesimal y relativo de Einstein, complementándolo con la inesperada y herética constatación (de Heisenberg) sobre la indeterminación del conocimiento experimental y el papel antrópico del observador.

En el campo filosófico y universitario hubo también esfuerzos para alejarse del cartesianismo y del positivismo, que vale la pena recordar: entre otros los de la Escuela Crítica de Francfort, al combinar el rechazo al nazismo con el rescate antidogmático del marxismo; y el de la filosofía de la ciencia (Gastón Bachelard).

Todos estos esfuerzos fueron de grandes proporciones para el desarrollo científico y técnico y para la revisión de actitudes ante el conocimiento y el progreso humanos. En las universidades del Tercer Mundo, quizás por razones de lenguaje, apenas si llegaron los murmullos de esa revisión. En lo concerniente a las ciencias sociales, por ejemplo, éstas siguieron apegadas al cientificismo positivista, y todavía hoy se hallan allí en la anticuada etapa del paradigma newtoniano.

Sin embargo, hubo igualmente lastres persistentes en el desarrollo de la reinterpretación crítica europea. Por lo general, los intelectuales iconoclastas pretendieron resolver, comprensiblemente, sus problemas de concepción y orientación todavía dentro de los parámetros del conocimiento tradicional. Europa seguía siendo el ombligo del mundo, el modelo que todos los demás debían seguir, aunque su sociedad fuera perdiendo sabor y sentido para sus propios miembros.

Se pensó entonces que la solución de los problemas existenciales de las naciones avanzadas podía alcanzarse si se desanduviera allí mismo el recorrido hasta retrotraerlo al complejo carte-

siano como reconocido punto de partida del desvío cientificista. Y luego tomar el perdido rumbo humanista que corregiría los peligros de la alienación de los intelectuales y de los científicos. Estas propuestas de enmienda, evidentemente parroquiales, siguieron discutiéndose por un buen tiempo. Hasta Habermas, la última gran figura de la Escuela de Francfort, cayó en el simplismo de la continuidad eurocéntrica y del modelo del desarrollo avanzado. Ello limitó las implicaciones universalistas de sus tesis sobre conocimiento e interés como fórmula para superar el síndrome de la deshumanización moderna que advirtió, interpretó y condenó en toda su amplitud.

Desde cierto punto de vista, el eurocentrismo umbilical es inexplicable, porque la sociedad y la ciencia europeas son en sí mismas el fruto histórico del encuentro de culturas diferentes, incluyendo las del actual mundo subdesarrollado. Es natural preguntarse, por ejemplo, si Galileo y los demás genios de la época hubieran llegado a sus conclusiones sobre la geometría, la física o el cosmos sin el impacto del descubrimiento de América, sus productos y culturas, o sin la influencia deslumbrante de los árabes, hindúes, persas y chinos que bombardearon con sus decantados conocimientos e invenciones a la Europa rudimentaria del pre-Renacimiento.

LA REVEZA DE LA VIEJA CORRIENTE COLONIZADORA

Últimamente, los grupos de intelectuales sufrientes de Euroamérica han tratado de corregir en las universidades, y fuera de ellas, aquella tendencia narcisista y parroquial. Es posible encontrar ahora entre ellos expresiones de reconocimiento respetuoso del mundo marginal pauperizado, un querer sentir y comprender empáticamente los valores de las sociedades tropicales y subtropicales no industrializadas, cierta admiración nostálgica por la resistencia de los indígenas y campesinos analfabetas y explotados del Tercer Mundo ante los daños y perjuicios del desarrollo capitalista y de la racionalidad instrumental. Evidentemente, tales grupos de protesta intelectual y científica van más allá de las descripciones

de aspaviento de viajeros y misioneros de siglos anteriores. Pero vale la pena recordar algunas expresiones notables, y examinar sus lazos o afinidades ideológicas con lo nuestro. Veremos cómo muchos asuntos principales tratados por ellos se enraízan en la problemática del Tercer Mundo y se articulan con ella. Esto demostraría cómo las viejas corrientes intelectuales colonizadoras del Norte hacia el Sur pudieran estar cambiando parcialmente de curso en estos años para volverse en dirección contraria, del Sur hacia el Norte, y crear interesantes olas de convergencia temática inspiradas en la vieja consigna de conocer para poder actuar bien y transformar mejor. En cuyo caso, lo que estaríamos observando sería realmente el comienzo de una hermandad universal comprometida políticamente contra sistemas dominantes, una hermandad conformada por colegas intensamente preocupados por la situación social, política, económica y cultural de todos los que heredamos este mundo injusto, deforme y violento, allá como acá, y que queremos cambiarlo de manera radical.

Veamos una expresión de la convergencia temática y compromiso espiritual y político en quienes han rescatado la cultura popular e indígena. Con este esfuerzo se ha descubierto otra visión del mundo muy distinta de la transmitida por culturas opresoras. Como se sabe, para alcanzar esta visión, Claude Levi-Strauss hizo viajes frecuentes a América Latina y África, y plasmó en páginas admirativas el “pensamiento salvaje” que allí detectó. Son las realidades cosmológicas sobre los circuitos de la biósfera y el mecanismo del “eco humano” que comunicaron también los indios Desana de nuestra Amazonia a Gerardo Reichel-Dolmatoff. Estos estudiosos, como muchos otros autores, recogieron aquella sabiduría precolombina que los universitarios occidentales habían despreciado, pero que el pueblo común tercermundista preservó a pesar de todo en sus lejanos caseríos y vecindarios.

No nos sorprenda que allí, en ese mundo rústico, elemental o anfibio (el del hombre-caimán y el hombre-hicotea) que ha atraído a los antropólogos, se haya configurado también el complejo literario de Macondo, hoy de reconocimiento universal. Científicos e intelectuales del Norte y del Sur convergieron así

creadoramente con novelistas y poetas para abrir surcos nuevos de comprensión del cosmos y retar versiones facilistas y parciales del conocimiento que provienen de la rutina académica o universitaria. Los Macondos, junto con los bosques brujos de los yaquis, las selvas de los Mundurucú y los ríos-anaconda de los tupis son símbolos de la problemática tercermundista y de la esperanza euroamericana: reúnen lo que queremos preservar y lo que ansiamos renovar. Retan lo que cada uno cree que piensa de sí mismo y de su entorno. En fin, lo macondiano universal combate, con sentimiento y corazón, el monopolio arrogante de la interpretación de la realidad que ha querido hacer la ciencia cartesiana, especialmente en las universidades.

ESA DESORIENTACIÓN INHUMANA

Tampoco se salvan de los retos del mundo subdesarrollado los practicantes de las ciencias naturales, especialmente aquellos que persisten en ver el universo como si fuese constituido de partículas o bloques elementales finitos, medibles y matematizables. La concepción mecanicista del mundo, que heredó el físico austríaco Fritjof Capra, por ejemplo, empezó a caer cuando éste y sus colegas analizaron los problemas ecológicos de explotación de la naturaleza y advirtieron formas no lineales en procesos vitales comunes. Eso no lo descubrieron solos, sino que lo aprendieron mayormente de comunidades indígenas y de la sabiduría intuitiva de éstas. Capra protestó por la desorientación inhumana de la ciencia moderna, y encontró factores de equilibrio para esa tendencia mortal sólo en el *I Ching* y en enfoques holísticos basados en el *yin* y el *yang* y en el misticismo de los pueblos olvidados del Lejano Oriente. Con base en estos postulados tercermundistas, presentó su desafiante doctrina del “punto de retorno” y su propuesta de una metafísica que comparten otras autoridades científicas (no todas, por supuesto).

De manera similar, el epistemólogo canadiense Morris Berman descubrió las limitaciones de los conceptos académicos de *círculo*, *campo de fuerza*, *conexión* e *interacción* a través del estudio de

la alquimia medieval, del totemismo y de los cultos a la naturaleza de los indígenas americanos. Fueron trabajos de africanos (Chinúa Abebe y otros) los que más le iluminaron para replantear la importancia que tienen para la ciencia moderna tesis derivadas de esas formas no académicas, y la necesidad de “reencantar el mundo” con lo que él llamó “conciencia participativa”. Así hizo eco a clamores similares de grupos latinoamericanos e hindúes que planteaban, desde antes, metodologías innovadoras con esta clase de conciencia.

¿Qué llevó a Foucault, por su parte, a postular la conocida tesis sobre “insurrección de conocimientos subyugados” en su primera conferencia de Turín? Él mismo lo explica como una reacción a la tendencia erudita de producir un solo cuerpo unitario de teoría como si fuera la ciencia, olvidando otras dimensiones de la realidad, especialmente las de las luchas populares no registradas oficial ni formalmente. No sabemos con exactitud, por su prematura muerte, cuánto incidió en Foucault el constatar la difícil situación de los indígenas americanos a quienes visitó, y de quienes alabó sus supervivencias culturales y uno que otro alucinógeno. No debió ser poco, ya que la homologa con las luchas olvidadas que él mismo documenta sobre el loco, el enfermo y el preso. De allí se derivan sus análisis sobre las relaciones entre el saber y el poder político y los condicionantes sobre el poder científico, análisis que convergen con claras preocupaciones tercermundistas anteriores y contemporáneas.

VEAMOS

Puede parecer antipático hacer un examen sobre la originalidad de las ideas en grupos de intelectuales o universitarios del Norte y del Sur; pero como la hipótesis complementaria sobre la acogida existencial e ideológica de los nortños que he venido explorando lleva hacia allá, voy a intentarlo con la consideración debida. Me parece que los hechos hablan por sí solos, de modo que procederé no más que a mencionar los polos temáticos respectivos, declarando fuera de concurso, anticipadamente, a escritores historiadores

latinoamericanos como Eduardo Galeano y Alejo Carpentier, por las obvias razones de su demostrada universalidad.

La dialógica moderna se propuso primero en Brasil (Paulo Freire). Dar voz a los silenciados y fomentar el juego pluralista de voces diferentes, a veces discordantes, se convirtió en consigna de estudio y acción para sociólogos influyentes del Canadá (Budd Hall) y Holanda (Jan de Vries), entre muchos otros, y para todo un movimiento renovador de la educación de adultos a escala mundial.

Las teorías de la dependencia y el sistema capitalista mundial, así como del desarrollo del subdesarrollo, encontraron sus primeros campeones en Egipto-Senegal (Samir Amin) y América Latina (Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, Celso Furtado, André Gunder Frank), con replicaciones posteriores en Europa (Dudley Seers, Immanuel Wallerstein). De la misma manera han tenido repercusiones los aportes de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en las teorías sobre el equilibrio económico regional, así como la crítica tercermundista de los “economistas descalzos” (Manfred Max-Neef) que demuestra las graves fallas técnicas y teóricas de esta disciplina, sus objetivos y alcances. La propuesta praxiológica de la subversión moral que se extendió por todo el mundo, incluyendo las universidades de los países avanzados, tuvo su cuna entre las gentes de nuestras islas y montañas y sus luchas (Che Guevara, Camilo Torres). Así mismo, y en similares circunstancias, emergió de nosotros la teología de la liberación (Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez), que ha llevado a revisar la rutina eclesial católica y ecuménica. El rescate de las luchas populares y de la personalidad y cultura de los “grupos sin historia” ha sido iniciativa de bengalíes, hindúes y srilanqueses (De Silva, Rahman y otros) con resonancias posteriores en trabajos euroamericanos (Georges Haupt, Eric Wolf).

Además del impacto de las revoluciones de Cuba y Nicaragua, que colocaron a Latinoamérica en su momento a la vanguardia de movimientos de liberación sociopolítica, registramos el positivo efecto sobre el marxismo esclerosado de los europeos con aportes concretos de nuestros investigadores sobre problemas de la

periferia en América, África, Asia y Australia (Bartra, Benarjee, González Casanova, Mustafá, Stavenhagen, Taussig). El efecto de esta obra es más visible hoy en el mundo del *glásnost*. Algo semejante ha ocurrido con las teorías del Estado y la democracia originadas en el Cono Sur americano (Lechner, O'Donnell), sin olvidar el extraordinario aporte original de los hindúes a la física cuántica.

El Simposio Mundial de Cartagena ocurrido en 1977, sobre investigación-acción participativa (IAP), en el que las voces y experiencias del Tercer Mundo fueron determinantes, sostuvo tesis sobre recuperación histórica local, historia en el presente, devolución del conocimiento, intervención y participación social, que anticiparon, complementaron o reorientaron trabajos convergentes en Austria, Estados Unidos, Francia, Holanda, Suecia y Suiza.

El estudio autonómico de nuestros problemas y el acoplamiento a estos estudios entre los norteños que sufren su propia crisis existencial e ideológica, es evidente. Asfixiados por sus nubes tóxicas, basureros radiactivos y lluvias ácidas, aturridos por la vacuidad juvenil, asustados por misiles y cohetes militares, los euroamericanos buscan respuestas, soluciones y equilibrios en nuestros aires frescos y horizontes vitales. Lo dicho muestra también cómo la corriente del pensamiento del centro hacia la periferia se ha venido revezando, y cómo ella está tomando igualmente la interesante derivación Sur-Sur. Parece que se ha venido formando así, desde hace unos 20 años, un movimiento conjunto de colegas de diversos orígenes nacionales, raciales y culturales preocupados por la situación del mundo en su totalidad, cuyos puntos de vista confluyen a nivel de igualdad de manera comprometida y crítica contra el *statu quo* y los sistemas dominantes.

UN RETO POLÍTICO UNIVERSALMENTE COMPARTIDO

En últimas, el efecto de todos estos trabajos es de carácter político y seguramente de alcance universal. Puede verse que la hermandad de los intelectuales y universitarios críticos del Norte y del Sur propende a un mundo mejor, en el que queden proscritos el

poder opresor, la economía de la explotación, la injusticia en la distribución de la riqueza, el dominio del militarismo, el reino del terror y los abusos contra el medio ambiente natural. Como hemos visto, sobre estos asuntos vitales nos reforzamos mutuamente los unos a los otros. Por encima de las diferencias culturales y regionales, reiteramos el empleo humanista de la ciencia y condenamos el uso totalitario y dogmático del conocimiento. Tratamos de brindar, por lo tanto, elementos para nuevos paradigmas que recolquen a Newton y Descartes. Buscamos dejar atrás a dos tétricos hermanos, el positivismo y el capitalismo deformantes, para avanzar en la búsqueda de formas satisfactorias de sabiduría, razón y poder, incluyendo las expresiones culturales y científicas que las universidades, las academias y los gobiernos han despreciado, reprimido o relegado a segundo plano. Es lo que, en términos generales, se llamó durante el decenio de 1960 “ciencia social comprometida”. Una revisión detallada de los trabajos mencionados puede demostrar que existe en todos ellos no sólo el ideal del “compromiso” de los años sesenta y la reacción contra el monopolístico paradigma positivista, sino el afán político de dar un paso más y ofrecer una alternativa clara de sociedad. Esta propuesta —queda dicho— se alimenta de un tipo de conocimiento vivencial útil para el progreso humano, la defensa de la vida y la cooperación con la naturaleza. Quienes hemos querido ayudar a construir esta propuesta, hemos hablado de *participación cultural, económica y social* desde las bases, la construcción de contrapoderes populares, la proclamación de regiones autónomas y el ensayo abierto de un federalismo libertario. Además, la propuesta vivencial alternativa invita a revisar concepciones antiguas sobre la autodefensa justa, el tiranicidio y el maquiavelismo, sólo sancionadas antes en España e Italia.

Queremos, pues, fomentar actitudes altruistas que equilibren la parcial visión hobbesiana de la sociedad del hombre-lobo-para-el-hombre que nos han transmitido en la escuela europeizante y fuera de ella como verdad universal y eterna. En fin, queremos sondear las relaciones dialécticas que existen entre conocimiento y poder y colocarlas al servicio de las clases explotadas para defen-

der sus intereses. La propuesta alternativa también se construye como neutralizador ideológico de las soluciones nazi-fascistas, xenófobas y de fuerza que acabaron con Europa y amenazan aún a democracias maduras, para favorecer en cambio salidas pluralistas, tolerantes de diferencias y puntos de vista diversos contruidos con movimientos sociales de base, lo cual ha sido una contribución específica de esfuerzos populares del Tercer Mundo con metástasis en el Primero. Paradójicamente, éste era el tipo ideal de conocimiento y acción, medio utópico quizás, por el que propugnaron los filósofos principales de los siglos XVII y XVIII, empezando con la invitación de sir Francis Bacon de crear una tecnología humanista. Supongo que Descartes nunca imaginó las distorsiones vivenciales y los desastres ecológicos que sus tres reglas de análisis positivo impusieron a la sociedad, ni que Galileo hubiera querido que la matematización de la naturaleza iniciada por él llevara a la bomba atómica.

Aun así, los ideales de bienestar humano de aquellos filósofos y científicos persisten. Las recientes generaciones de intelectuales comprometidos del Norte y del Sur, sin volver atrás el reloj de la historia, han empezado a revisar mitos y tabúes creados desde la Ilustración alrededor de las instituciones sociales, religiosas y políticas vigentes, ya que éstas, con el paso de los años, han perdido su espíritu para tornarse en cosas y fetiches. Tal el caso con los conceptos de Estado-nación, el partido político, la democracia representativa, la soberanía y la legalidad del poder público, por una parte; y por otra, los conceptos de Iglesia-Estado, el concordato eclesial, la prisión, el servicio militar y el desarrollo económico. El desempeño contagiante de estas instituciones enfermas y alienantes ha sido claramente denunciado por la hermandad crítica del Norte y del Sur, aunque del Tercer Mundo se hayan levantado voces más claras producidas quizás por el efecto empeorado de la experiencia regional derivada. Porque aquí sí parece que se cumpliera la tesis leninista sobre el rompimiento del sistema por el eslabón más débil.

MÁS ALLÁ DE LOS DOGMAS

No es sorprendente, por lo mismo, que estén sobre el tapete las fórmulas alternativas de democracia y sociedad mencionadas atrás. Ello invita a ensayar estilos nuevos de hacer política y entenderla, hasta en las mismas universidades. Por eso, tanto en Europa como en la India y en Colombia buscamos métodos frescos y alegres de organización popular, diferentes de los impuestos por los dogmas (tanto liberales como leninistas) sobre los partidos con sus solemnes tesis sobre racionalidad, verticalidad del mando, centralismo de cuadros y monopolio de la verdad, dogmas y tesis que se han constituido en parte de nuestras crisis actuales. Y salen voces “bacanas” y luces correctivas desde nuestros países subdesarrollados que iluminan la potencialidad creadora de los azares de las luchas, de la espontaneidad y de la intuición de las masas, para ir organizando movimientos regionales sociales y políticos independientes. Por último, si la revisión aquí hecha resultara cierta, así fuese parcialmente, tendremos que cambiar los viejos mitos heredados sobre la superioridad del faro intelectual euroamericano, que tanto ha condicionado nuestra vida política, económica, cultural y universitaria, que nos mantiene en el atraso y en la pobreza permanentes.

Aun admitiendo la sintonía positiva con ese faro, sería triste mantenernos en los paradigmas ya superados por los desarrollos técnico-científicos modernos, y seguir repitiendo e imitando autores, filósofos e ideólogos cuya vigencia puede resultar discutible. ¿Para qué seguir llevando flores a ídolos dudosos, citar acriticamente escritores obsoletos, o elevar como maestros a colegas cuyo pensamiento ha sido eco o desarrollo de nuestros propios análisis, un eco a veces ampliado por la resonancia de aparatos hegemónicos? Si según muchos euroamericanos prominentes la llave del arca del conocimiento vivencial se encuentra entre nosotros los de la periferia del Tercer Mundo, ¿no resulta absurdo persistir en hallarla a través de otros que, por razones histórico-culturales, no saben bien de los cofres tropicales y macondianos en que pueda estar escondida? Estos datos deberían darnos a

nosotros los periféricos todavía más certeza en la interpretación de nuestras realidades, más seguridad en saber transformarlas, y más confianza en construir autónomamente nuestros propios modelos alternativos de democracia y sociedad. Sin embargo, habría que ponernos de acuerdo —los grupos críticos de todas partes—, por lo menos en una condición de justicia histórica: que los esfuerzos de interpretación, cambio y construcción de los modelos nuevos se dirijan prioritariamente a beneficiar al pueblo humilde y trabajador del Tercer Mundo que celosamente guardó aquella llave del arca vivencial a través de siglos de penuria, explotación y muerte.

Todavía podemos aprender mucho de las formas de creación y defensa culturales, así como de las tácticas de resistencia popular, de nuestros humildes grupos de base. Formas y tácticas que pueden servir para que todos conjuntamente sorteemos con éxito la época de graves peligros y oportunidades en que nos ha tocado vivir.

BIBLIOGRAFÍA

- Benarjee, Diptendra, *The Historical Problematic of Third World Development*, Burdwan- Ithaca, Cornell University Press, 1986.
- Berman, Morris, *The Reenchantment of the World*, Ithaca, Cornell University Press, 1981.
- Capra, Fritjof, *The Turning Point*, Nueva York, Bantam Books, 1983.
- De Silva, G.V.S. *et al.*, “Bhoomi Sena: A Struggle for People’s Power”, en *Development Dialogue*, N° 2, Upsala, 1979.
- De Vries, Jan, “Science as Human Behavior: On The Epistemology of Participatory Research Approach” ponencia presentada en International Forum on Participatory Research, Amersfoort, 1980.
- Fals Borda, Orlando, *Conocimiento y poder popular: lecciones con campesinos de Nicaragua, Colombia y México*, Bogotá, Punta de Lanza/Siglo XXI, 1986.
- Fals Borda, Orlando, “Participation and Research in Latin America”, en *International Sociology*, N° 4, Cardiff, 1987.

- Foucault, Michel, *Power/Knowledge, Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Nueva York, Vintage, 1980.
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*, Bogotá, Bogotá Ediciones, 1979.
- Hall, Budd, *Voices of Changes. Participatory Research in the United States and Canada*, Toronto, Greenwood, 1977.
- Lechner, Norbert, "Sociedad civil, autoritarismo y democracia", en *Crítica y Utopía*, N° 6, Buenos Aires, 1982.
- Max-Neef, Manfred, *Economía descalza*, Estocolmo, Nordan, 1986.
- Mustafá, Kemal, *Participatory Research and Popular Education*, Dar-es-Salaam, Afriacan Regional Workshop, 1983.
- Rahman, Md. Anisur, "The Theory and Practice of Participatory Action Research", en O. Fals Borda (ed.), *The Challenge of Social Change*, Londres, Sage, 1986.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, *Desana: simbolismo de los indios tutano del Vaupés*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1968.
- Simposio Mundial de Cartagena, *Crítica y política en ciencias sociales*, Bogotá, Punta de Lanza, 1978.
- Taussig, Michael, *Shamanism: Colonialism and the Wild Man*, Chicago, University of Chicago, 1987.
- Wolf, Eric, *Europa and the People without History*, Berkeley, University of California Press, 1982.

V. LA SUBVERSIÓN

LA SUBVERSIÓN JUSTIFICADA Y SU IMPORTANCIA HISTÓRICA¹

El mundo de las palabras encierra cosas insospechadas, a veces tan sutiles que su verdadero sentido no se revela sino a escritores geniales o a aquellos devotos de la lingüística que hacen de esa fascinante búsqueda la razón de ser de su existencia.² Al acceso del lego queda un universo simplificado de palabras en que los objetos se interpretan según pautas transmitidas de padres a hijos por la tradición. Muchas veces los términos señalan contrastes profundos —lo negro, lo blanco—, y como la tradición es fuerte, esos contrastes primarios se trasladan al campo de lo moral. Aparecen entonces vocablos que tienen que ver con “lo bueno”

¹ Texto extraído de *Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968, pp. 8-58.

² Cómo cambia el sentido de las palabras a través de los años es materia de interesantes estudios, pues este proceso refleja el desarrollo social. Por ejemplo, véase lo ocurrido con el concepto de “antropología”. Cómo se entendía este concepto en España a principios del siglo XIX queda constando en el *Diccionario de tropos y figuras de retórica* de Luis de Igartuburu, publicado en Madrid en 1842. Se definía así la antropología en aquella época: “Término introducido por los teólogos en el lenguaje gramatical, por el que se entiende aquella especie de prosopopeya o personificación, por la cual los hombres se ven obligados, hablando de Dios, a atribuirle partes corporales, un lenguaje, gustos, afecciones, pasiones y acciones que sólo pueden convenir a los hombres” (p. 30).

y “lo malo”, “lo apropiado” y “lo condenable”, a través de los cuales se le enseña desde pequeño a comportarse.

Pero generalmente no se entrena para buscar otros tonos y dimensiones que la vida real pudiera ir produciendo. Esto es natural, por el proceso simplista de la enseñanza del niño. Lentamente, ya en la adolescencia, empieza a dibujarse ese indefinido universo de lo ambiguo y de lo inclasificable. Al entrar a ese mundo inasible, se descubre, perplejo, que el contacto con la realidad puede volver tornasol el colorido simple de los conceptos y de las ideas de las cosas que transmiten las palabras, dejando muchas veces sin sentido los vocablos aprendidos.

Al perder el fondo tradicional, el lenguaje se vuelve entonces confuso, de tal forma que una palabra dicha por una persona puede no entenderse en el mismo sentido por otra, aunque posea una cultura semejante.³ Cuando esto ocurre —cuando en la comunidad empiezan a hablarse lenguajes diferentes, aunque el idioma sea el mismo—, aparece el cisma ideológico que distingue una profunda transición social: los gobernantes se aíslan en aquella fraseología vacua de todos conocida; los pobres murmuran de su “lucha” y su “necesidad” en un contexto difícilmente aprehensible a los intelectuales; los jóvenes adoptan una jergonza propia que abre aún más la brecha entre las generaciones; los sacerdotes gesticulan en el púlpito sin llegar a la mente de los feligreses; muchos profesores no logran hacer despertar el talento de sus estudiantes, cuyo universo real se sitúa más allá de la imaginación de los preceptores rutinarios. Y así en otras expresiones comunes de la vida en sociedad.

La Torre de Babel de ideas que es síntoma de la transición social profunda lleva muchas veces a hacer revaluaciones de aquello

³ Algunos sociólogos han entendido bien este problema. Por ejemplo, Camilo Torres Restrepo preparó una lista de palabras que se entendían de manera diferente por las clases superiores y los grupos de trabajadores y campesinos colombianos. Publicó esa lista en *El Espectador* de Bogotá a mediados de 1964. Está reproducida en la edición de sus obras por el Centro Intercultural de Documentación de Cuernavaca (México, 1967) y en la edición francesa, *Écrits et paroles*, París, 1968, pp. 171-172.

aprendido en la niñez, es decir, de las creencias relacionadas con asuntos fundamentales y con la orientación personal. El impacto del cisma, el descubrimiento de la ambigüedad, la aparición de la perplejidad, van llevando a una redefinición de la vida. Es como si se volviera a nacer y se sintieran otra vez las tensiones del crecimiento. Pero esta vez se puede tomar una dirección distinta, adquiriendo el hombre dimensiones que quizá no plazcan a sus mayores y que a la vista de éstos pudieran parecer deformaciones. Pero he ahí la esencia del asunto: en ese momento, lo que es monstruoso, inmoral, malo o negro para aquellos dejados atrás inmersos en la tradición, podrá ser moral, conveniente o blanco para aquellos otros que añadieron nuevas dimensiones a su vida y enriquecieron el vocabulario vital.

Son muchas las palabras que tienen ese tinte tornasol y que cambian de color según el ángulo desde el cual se miren, especialmente cuando se ven a la luz de las cambiantes circunstancias históricas: violencia, justicia, libertad, utilidad pública, revolución, herejía, subversión. Puede verse que son conceptos arraigados en emociones, que hieren creencias y actitudes, y que inducen a tomar un bando definido. Por eso son valores sociales; pero pueden ser también antivalores, según el lado que se favorezca durante el cisma de la transición. Cada uno de esos conceptos lleva en sí la posibilidad de su contradicción: no se justifican sino en un determinado contexto social. Bien pueden entenderse según la tradición, pero también pueden concebirse y justificarse con referencia a hitos colocados hacia el futuro que impliquen un derrotero totalmente distinto a aquel anticipado por la tradición.

Ésta es la posibilidad relativa, contradictoria, flexible, futurista, que no se enseña en la niñez cuando las cosas son más bien blancas o negras. Quizá el entrenamiento en la contradicción desde niño sea insufrible y no produzca sino esquizofrénicos o locos. Pero ocurre que la desadaptación surge en la sociedad, quíerese o no, cuando ésta se halla inmersa en momentos de conflicto y tensión como los actuales. Evidentemente, no se entrena para anticipar estas tensiones ni para vivir en mundos tan conflictivos. Si así fuera, sería fácil entender la naturaleza real de la “subver-

sión” que ocurre hoy por campos y ciudades, en universidades y entre intelectuales, en las clases altas y en las bajas, y de cuyas consecuencias se lee a diario en los periódicos de todo el mundo.

Pero la palabra *subversión* es una de aquellas que no se entienden sino para referirse a actos que van en contra de la sociedad, y por lo tanto designa algo inmoral. Sin embargo, llega el momento de preguntarse: ¿cuál es la realidad en que se mueve y justifica la llamada *subversión*? ¿Qué nos enseña sobre este particular la evidencia histórica? ¿Qué nos dicen los hechos actuales sobre los “subversores”, “antisociales” y “enemigos de la sociedad”?

Una vez que se estudian las evidencias y se analizan los hechos, aparece aquella dimensión de la subversión que ignoran los mayores y los maestros, que omiten los diccionarios de la lengua y que hace enmudecer a los gobernantes: se descubre así cómo muchos subversores no pretenden “destruir la sociedad” porque sí, como un acto ciego y soberbio, sino más bien reconstruirla según novedosas ideas y siguiendo determinados ideales o “utopías” que no acoge la tradición. Como lo observaba Camus, el rebelde es un hombre que dice *no*, pero que no renuncia a su mundo y le dice *sí*, por cuanto en ello va el sentido de la conciencia de su lucha.⁴ Esta falta de congruencia consciente con la tradición puede ser muy positiva, y hasta constructiva. ¿No ocurre a veces que la falta de moral y el sentido encubierto de la destrucción se hallan precisamente en la tradición?

Como en épocas pasadas, cuando hubo similares cismas ideológicos, este esfuerzo de reconstruir a fondo la sociedad es penoso, contradictorio, violento y revolucionario; así mismo va contorneando y forjando en su yunque al nuevo pueblo y al nuevo hombre. Éste, en el fondo, será un rebelde, y sus actitudes girarán en torno a la rebeldía. El acto de la revuelta, con el movimiento contrario que implica la palabra, hace al hombre andar por nuevos senderos que antes no había vislumbrado, le hace pensar y le hace dudar, y así adquiere, quizá por primera vez, la conciencia de su condición vital. Esta conciencia es subversiva. Además, como

⁴ Albert Camus, *L'homme révolté*, París, 1951, pp. 25-36.

la rebelión implica esta conciencia, y aquella en sí misma es constructiva, el subversor rebelde adquiere una actitud positiva hacia la sociedad: no puede dejarse llevar por el resentimiento —en el sentido de Scheler—, que es una intoxicación de uno mismo y que no proyecta una imagen futurista. Lejos de consumirse como un resentido, el subversor se sacrifica por el grupo y se torna en un gran altruista. Por eso, al fin de cuentas, la conciencia del subversor rebelde es una conciencia de la colectividad que despierta y que lleva a todos a una inusitada aventura existencial.

Con el correr del tiempo y el descubrimiento de las nuevas perspectivas sociales, los llamados “subversores” pueden llegar a ser héroes nacionales o mártires y santos seculares. Por eso luego se canonizan o veneran. Recuérdese no más al monje Savonarola, tan subversivo y herético en sus días, que hubo de ser quemado vivo. Hoy es respetado y va en camino a los altares. Recuérdese a los otros rebeldes de la historia —Jan Hus, Lutero, Espartaco, Moisés, para hablar de los más antiguos—, a quienes hoy se adscriben funciones positivas de regeneración o renovación social. Reléase la historia de las naciones y véanse los casos concretos de la llamada “subversión” que en los momentos de su aparición no fueran arduamente criticados, acerbamente incomprendidos, mil veces cruentamente sofocados por personeros de la tradición cuya estatura moral no alcanzaba ni al tobillo de los revoltosos, y cuya causa de defensa del orden no podía ser justa. En estos casos los antisociales no podrían ser los subversores, sino aquellos que defendieron el orden injusto, creyendo que era justo sólo porque era tradicional.

Sin ir tan lejos, puede ilustrar esta tesis lo ocurrido a los jóvenes del Nuevo Reino de Granada que se atrevieron a traducir *Los derechos del hombre y del ciudadano* en Santa Fe de Bogotá, y a pensar distinto en 1794: se les expulsó de las universidades y seminarios, se les encarceló, se les desterró. El chantre de la Iglesia neogranadina de aquellos días de cisma les llamó “ociosos, libertinos y dedicados a la moderna por sus perversas máximas,

inclinados y propensos a la subversión”.⁵ Y luego se registra, para vergüenza de la Iglesia y del chantre mismo, que aquellos jóvenes “libertinos y subversivos” eran en realidad los campeones de una nueva libertad. Pero esto no se aceptó de veras sino en 1819, cuando el movimiento de Independencia se había fertilizado con la sangre y vigorizado con la persecución de aquellos llamados “subversores” de unos años atrás. De seguro este conflicto se ha venido repitiendo periódicamente, cada vez que aparecen rebeldes verdaderamente motivados hacia la transformación social y que poseen una nueva visión de las cosas. Así irrumpen en la historia aquellas personas que ponen en duda, con razón y justicia, la herencia del ancestro y el acervo tradicional.

El período que se vive hoy en muchas partes del mundo es un momento histórico subversivo en el mismo sentido futurista, constructivo y positivo que tenían los fundadores de las repúblicas americanas en el siglo XIX. Muchos lo han sostenido y documentado ya: vivimos el momento decisivo de una subversión histórica en que se sientan las bases de una nueva sociedad.

Volvamos, pues, a preguntarnos: ¿qué hay detrás de la palabra *subversión*? Quizá pueda verse ahora que esta palabra tiene una significación infundida por la realidad social y la relatividad histórica. No es un concepto blanco, ni tampoco es negro. Surge del proceso de la vida colectiva como un hecho que no puede negarse y al que es mucho mejor mirar de frente para entenderlo en lo que realmente es. No es moral ni inmoral, porque su naturaleza no proviene sólo de la dinámica histórica del pasado, sino de la proyección utópica que tiene la acción subversiva hacia el futuro.

Esta posibilidad de la función positiva de la subversión (problema epistemológico en el fondo) se olvida periódicamente por los pensadores ortodoxos que tienden a saturarse de la tradición. El análisis de las experiencias latinoamericanas (y de otras partes) prueba que muchas transformaciones significativas y profundas de la sociedad han sido posibles por efecto de la acción subversiva y el pensamiento rebelde. Esto en sí no es nuevo. Pero al llevar

⁵ Eduardo Posada y Pedro M. Ibáñez (eds.), *El Precursor*, Bogotá, 1903, p. 50.

la tesis al período actual, para poder entender estos momentos decisivos de la colectividad, es necesario darle al concepto de *subversión* aquella dimensión sociológica que permita una explicación menos deformada e interesada, y menos nebulosa, que la ofrecida por publicaciones periodísticas y la influyente literatura “macartista”. Esta explicación sociológica no puede ser otra que la basada en la comprensión de hechos sociales, como las ideologías, las motivaciones, las actitudes, las metas y la organización de los subversores mismos. Por supuesto, estos hechos van cambiando con los tiempos, porque las causas por las cuales se rebela se van modificando. Pero la explicación sociológica podría ofrecer respuestas y evidencias que de otra forma serían imposibles de alcanzar en este campo.

Muchos de estos hechos sociales que causan la subversión, o que la conforman, escandalizarán a aquellos miembros del “sistema” tradicional que se benefician económica y políticamente en las incongruencias y las inconsistencias del orden social existente, y que son expuestas al sol por los subversores. La aprobación de los grupos privilegiados no puede esperarse cuando los cambios propuestos son tan profundos que echan por tierra sus intereses creados. En todo caso, para comenzar a entender este asunto, tómense como punto de partida las motivaciones y pretensiones de los rebeldes. Cuando la rebeldía nace del espectáculo de una condición propia, injusta e incomprensible, o cuando surge de observar en otros los efectos degradantes de la opresión, o cuando a través de la rebelión se busca la solidaridad humana como defensa de una dignidad común a todos los hombres, así, con todo esto, el ser subversor no puede convertirse sino en algo positivo para la sociedad.

Dentro de esta filosofía de la subversión justificada podrán entenderse otros conceptos sociológicos relacionados: cambio marginal, cambio significativo, *antielite*, guerrilla. Estos conceptos tratan de representar elementos de una sociedad parcial que se transforma en el seno de otra que persiste en la tradición: son una “contrasociedad”, pero con elementos que van mucho

más allá de aquella postulada por Mendras.⁶ Así, la subversión se descubre como una estrategia mayor y un proceso de cambio social y económico visto en toda su amplitud, y no sólo como una categoría para analizar la conducta divergente o los grupos marginales producidos por la industrialización.

Sociológicamente puede entonces ofrecerse una definición de *subversión* que traduzca la realidad actual, ya que ésta no se anticipa en los textos comunes o en la enseñanza familiar. La subversión se define como aquella condición o situación que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas (*utopía*) que una sociedad quiere alcanzar.⁷

Al articularse la subversión como una condición particular en el seno de una sociedad, se integran sus componentes para contradecir o contraatacar aquellos otros que se articulan por su parte, y se integran a la vez, alrededor de la tradición. Así, a los valores de la tradición se contraponen los antivalores de la subversión; a las normas de la tradición, las contranormas de la subversión; a la corriente organización social, la organización rebelde, subversiva o revolucionaria; y a la tecnología heredada, la innovación tecnológica correlativa de la subversión. Esta articulación de la subversión como condición social puede diagramarse de la siguiente manera.⁸

⁶ Henri Mendras, "Pour une sociologie de la contre-société", en *Revue Française de Sociologie*, CIII, 1967, pp. 72-76. Mendras se basa en la investigación de un tugurio parisiense realizada por Jean Labbens en 1964, en la que se plantea el problema de las relaciones entre miembros de ese tugurio, considerados como marginales y *deviant*, y la sociedad mayor, de naturaleza industrial, que lo engendró.

⁷ O. Fals Borda, *La subversión en Colombia*, Bogotá, 1967, pp. 28-29. Véase la edición inglesa, *Subversion and Social Change*, Nueva York, Columbia University Press, 1968.

⁸ Este diagrama se basa en el presentado en el libro de O. Fals Borda *La subversión en Colombia*, op. cit., p. 244.

**Orden social
(condicionantes)
utopía**

Valores	Antivalores
Normas	Contranormas
Organización social	Organización rebelde ("disórganos")
Técnicas (<i>Tradición</i>)	Innovaciones técnicas (<i>Subversión</i>)

Según la evidencia histórica disponible, un país puede cambiar de verdad sólo cuando se integran todos los componentes subversivos mencionados y persisten por más de una generación. Si por alguna causa el proceso del cambio se detiene por un tiempo prudencial, ocurre naturalmente una frustración. Por eso, como antes se dijo, la tarea de la transformación integral es dura: en Colombia, por ejemplo, no ha habido sino dos revoluciones exitosas en toda su historia.⁹ Tal esfuerzo de cambio requiere una combinación de factores y mecanismos sociales para asegurar el éxito, entre los cuales descuella la persistencia y el fervor permanente por los ideales de la subversión.¹⁰

El hecho de no haber tenido los rebeldes suficiente conciencia de las complejidades inherentes a la transformación subversiva de la sociedad parece ser una causa de que en la historia de América Latina se registren hoy revoluciones dejadas a medio camino. Conocer tales problemas del cambio profundo, por lo tanto, debe ser un elemento importante dentro de la lucha por la reconstrucción de las sociedades. La latinoamericana no es excepción. Nuestro pueblo ha visto negadas sus esperanzas de redención, los talentos de nuestras gentes se han despilfarrado y el ideal del progreso que les ha animado en muchas ocasiones se ha desvanecido en la humareda de guerras civiles caóticas y sin rumbo.

⁹ *Ibid.*, p. 249.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 92-93.

Esto es menos de lo que nos merecemos en América Latina como herederos de grandes civilizaciones. ¿Podremos los latinoamericanos volver a conceptualizar y articular en palabras e ideas las metas valoradas del nuevo hombre? ¿Podremos llevar las palabras a la acción? He aquí las cuestiones que permitirán determinar si la revolución que se avecina quedará o no inconclusa como otras que han pasado.

LAS REVOLUCIONES INCONCLUSAS EN AMÉRICA LATINA¹

La muerte del comandante Ernesto Guevara, en noviembre de 1967, produjo, por razones obvias, una de esas pausas que son tan convenientes para reflexionar y sopesar alternativas. Su muerte fue el clímax de un tipo de esfuerzo revolucionario que ha sido defendido por grupos activistas de toda la región como medio principal para alcanzar cambios socioeconómicos profundos en América Latina. Una vez pasada esa penosa crisis, sigue ahora el anticlímax de la indagación tediosa y de la cuidadosa reorganización y recuperación de los grupos que quieren mantener la presión sobre el *statu quo*. Nuevos héroes, nuevas utopías, nuevos rumbos de rebeldía probablemente harán su aparición, porque los problemas básicos de la sociedad latinoamericana persisten e invitan al pensamiento y a la acción iconoclastas. Los activistas seguramente iniciarán otro ciclo de lucha, abriendo una nueva etapa en que las tradicionales instituciones serán subvertidas con mayor decisión.

La posibilidad de iniciar otro ciclo de subversión plantea el interrogante de su eficacia, porque los esfuerzos subversivos anteriores, aunque significativos, no han sido del todo satisfactorios.

¹ Texto extraído de *Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968, pp. 59-82.

El temple de la sociedad que está fraguándose hoy en el continente no parece realizar los sueños de los intelectuales, profetas, visionarios y líderes políticos que han luchado por el cambio. Por eso surge una sensación de perplejidad acompañada de una ansiedad agnóstica. ¿Será que el esfuerzo revolucionario en ciernes puede terminar en otro punto muerto, como el que se experimenta en el presente? ¿O podrá esperarse que el renovado impulso hacia la transformación social dé al fin una respuesta clara a la larga y atormentada búsqueda de la razón de ser América Latina?

Quizá estemos frente a un problema insoluble, como puede apreciarse al estudiar la historia de las naciones más antiguas. Sin embargo, hay aquí también un dilema ontológico, especialmente cuando los latinoamericanos nos hacemos periódicamente las preguntas obvias —*¿qué somos? ¿A dónde vamos?*—, que preocuparon a Esteban Echavarría no menos que a Benjamín Constant, y que permanecen vivas en el pensamiento latinoamericano.

Pero tal angustia espiritual e ideológica no debería estar siempre presente entre nosotros. Tiene que haber un momento decisivo de la historia en el que las perplejidades desaparezcan. Por ejemplo, no parece que hubieran existido durante el período de la conquista española y portuguesa, excepto en los aspectos menos trascendentales de los instrumentos empleados para llevarla a cabo. En esa época los grupos sociales y económicos clave estaban animados por utopías que intentaban crear un Nuevo Mundo o una sociedad superior a la europea. Los experimentos sociales de los dominicos y los jesuitas, de Las Casas y de Vasco de Quiroga, aunque sin éxito al final, mostraron el calibre y la determinación del compromiso ideológico de la época. No existía entonces la angustia del ser; por el contrario, aparecía una atrevida afirmación, un enfoque valiente, una concepción del mundo sin precedentes, actitudes que se usaron para fundir las civilizaciones americanas en el nuevo crisol del imperio. La síntesis resultante persistió como una forma de vida por varios siglos, después de haber logrado la primera revolución social completa de Améri-

ca, aquella impuesta por la subversión señorial y cristiana de la sociedad indígena.²

¿Podrá deducirse algo de esa extraordinaria subversión del siglo XVI que sea de utilidad para la disyuntiva del presente? Es posible. El análisis sociológico de los mecanismos empleados para lograr el cambio y mantener por generaciones la dirección de ese cambio con el fin de satisfacer sueños utópicos e intereses ideológicos indica que esos mecanismos aparecieron también en períodos históricos subsiguientes, especialmente después de haberse logrado la independencia de España.³

Pero la *dirección* que el cambio tomó en el siglo XIX y la *calidad* de sus transformaciones no parecieron solucionar los problemas de la sociedad, especialmente aquellos que tenían que ver con la movilización activa y la más amplia participación de las masas marginales: no se rindió sino homenaje verbal y legal a esos ideales. Surgieron nuevos grupos dominantes, es cierto, algunos de los cuales tuvieron un gran impacto sobre la sociedad. Pero al final dejaron su tarea inconclusa, dejando a las subsiguientes generaciones el reto de la renovación social profunda. Por eso el dilema ontológico persiste hasta el presente. Según muchos observadores, no tenemos todavía un orden social plenamente satisfactorio como un acto propio de creación, que nos dé la capacidad de afirmarnos como región autónoma ante el mundo y que nos permita aliviar los problemas de tensión estructural interna que experimentamos.⁴

² Para el concepto de *subversión* utilizado en este contexto, véase del autor, *La subversión en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Tercer Mundo, 1967; y para una interpretación paralela de la conquista ibérica, R. A. Humphreys, *Tradition and Revolt in Latin America*, Londres, Routledge, 1965.

³ Véase Fals Borda, *La subversión en Colombia*, *op. cit.*, caps. 4, 9 y 10.

⁴ Para algunas recientes expresiones de esta posición véase, de Celso Furtado, "Development and Stagnation in Latin America: A Structuralist Approach", en *Studies in Comparative International Development*, I, N° 11, 1965 y de Egbert de Vries y José Medina Echavarría (eds.), *Social Aspects of Economic Development in Latin America*, París, Economic Commission for Latin American, 1963. Para una discusión general sobre la idea de la "calidad del cambio" véase de Florestan Fernandes, "Atitudes e motivações desfavoráveis ao desenvolvimento", en *Cen-*

Sin embargo, el esfuerzo de algunos grupos claves anteriores que trataron de responder al reto de los tiempos sí transformó a América Latina, lentamente al principio, con rapidez creciente en las últimas décadas. No puede negarse este cambio: a los ojos de los primeros participantes del proceso parece como si ahora se viviera en un mundo diferente. Existen razones para creer que los elementos conservadores de la sociedad, ahora cada vez más inmersos en la corriente inevitable del cambio, estén dando brazadas de ahogado, aunque en ocasiones sobreagüen y ganen escaramuzas importantes. La caja de Pandora ha sido abierta y ni los más hercúleos esfuerzos podrán volver a someter a las furias escapadas; pero allí también queda la Esperanza. Por eso las más recientes voces académicas, desesperadas por la reaparición del conservatismo y de los mecanismos de restricción en América (representadas por la mayoría de las contribuciones a los volúmenes publicados por Claudio Veliz, *Obstacles to Change* y *The Politics of Conformity*, y por Lipset y Solari, *Elites in Latin America*)⁵ no tienen sino una vigencia relativa. He aquí un problema de perspectiva. La presente pausa parece ser un compás que se abre temporalmente dentro de una larga lucha en que los grupos tradicionales acorralados están recurriendo a toda clase de maniobras para poder sobrevivir. El reto es real: la subversión socialista, la Revolución Cubana, la diáspora de los grupos rebeldes dentro del área, respiran y se agitan. Sólo que las bases para la perenne confrontación entre la tradición y la innovación han sido modificadas y llevadas a un nuevo plano. No es difícil ver cómo las tendencias históricas están inclinando la balanza hacia la innovación.

tro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, resistências à mudança, Rio de Janeiro, Centro Latinoamericano de Pesquisas Sociais, 1960, pp. 219-226. Las referencias a la movilización social y a la participación se derivan de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962, pp. 147-162.

⁵ Claudio Veliz (ed.), *Obstacles to Change in Latin America*, Londres, London University Press, 1965, y también *The Politics of Conformity in Latin America*, Londres, Oxford University Press, 1967; Seymour M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*, Nueva York, Oxford University Press, 1967.

Pero ¿qué *clase* de mundo se construye hoy día en la región? Retornan aquí la perplejidad y la duda. No hay ninguna seguridad de que la última innovación sea de una naturaleza tal que impida la evolución gradual y el cambio marginal, para que brinde más bien una transformación total. Puede que no se responda aún a aquella importante pregunta: ¿*Qué es América Latina*? Aparecería un eslabón más en la ya larga cadena de revoluciones inconclusas de este hemisferio. Desgraciadamente, los hechos que se discuten a continuación justifican este temor elemental.

Ya que no es posible negar la intensidad del cambio socioeconómico ocurrido en el inmediato pasado, los hechos de la pobreza y de la dirección errática de ese cambio demuestran la forma insatisfactoria como los grupos dominantes han explotado los mecanismos sociales. Aun tomando en cuenta las condiciones generales estructurales y demográficas —que con frecuencia no ayudan al proceso e incluso reducen el alcance de la acción directiva—, hay campo para pensar que algo ha andado mal con las políticas empleadas hasta ahora por los grupos clave de América Latina. Quizá se han puesto falsas esperanzas en procesos sociales que a corto plazo están probando ser más disolventes de revoluciones. O probablemente existe un destino ominoso que debilita la voluntad de los líderes iconoclastas, haciéndoles traicionar sus ideales y dejándoles listos para ser asimilados por el “sistema”.

Parece adecuado, entonces, tomar ventaja del actual paréntesis histórico, que tanto induce a la meditación, con el fin de examinar algunos de los factores de cambio social en América Latina que han llevado a la sociedad local a su presente etapa, una etapa que podría ser designada como de “desarrollo sin rumbo”. De esta discusión tengo que excluir a Cuba, no porque no merezca consideración, sino porque precisamente a la luz de las circunstancias actuales, y en vista de la experimentación que allí se adelanta con “incentivos morales” y con la visión de un “hombre nuevo”, es hoy la única excepción a la regla del cambio marginal. Como tal merece un tratamiento aparte.

Por supuesto, es difícil determinar científicamente cuál es la calidad del cambio y cuál la dirección que toma o debe tomar de

acuerdo con los fines. Estos problemas implican valores sociales. Por lo tanto, los valores deben ser tenidos en cuenta por el científico como parte de la ecuación investigativa, los suyos propios así como los de la sociedad que observa.⁶ Los valores deben hacerse explícitos, pues de otro modo sería posible que bajo el disfraz de “la objetividad científica” se oculte un fraude a la verdad. Así, una discusión franca de los problemas de América Latina, especialmente de aquellos que han dado lugar a revoluciones, no puede escapar a una evaluación. Tengo, pues, que proceder de esta forma para el presente ensayo, aún más si quiero indagar a fondo sobre aquel eterno interrogante ontológico con el cual empecé.

Comencemos, entonces, a examinar algunas tendencias de los principales procesos sociales, siguiendo con algunas opiniones sobre diversas políticas, para terminar con una rápida revisión de los factores grupales y de personalidad que inciden en los vaivenes del cambio social.

FRUSTRACIÓN DE LOS PROCESOS SOCIALES

Para muchos observadores, el proceso de *urbanización* constituye en sí mismo una revolución. Se supone que el traslado del campo a la ciudad tiene algún efecto mágico sobre los inmigrantes, que los despoja de su herencia cultural, por lo menos parcialmente, y los convierte en un nuevo tipo de hombre moderno. Esto en realidad puede ocurrir, y los efectos pertinentes son mensurables. Pero hasta ahora el nuevo elemento urbano no ha demostrado ser muy revolucionario; por el contrario, ha tenido la tendencia a duplicar en la ciudad sus anteriores lazos emotivos y los patrones sociales con que siempre se había familiarizado.⁷

⁶ Para una discusión más amplia de estos problemas metodológicos véase O. Fals Borda, “Ciencia y compromiso”, en *Aportes*, París, N° 8, abril de 1968, pp. 118-128.

⁷ Véase, entre otros, Philip M. Hauser (ed.), *Urbanization in Latin America*, Nueva York, Wiley, 1961, especialmente las contribuciones de Andrew Pearse y José Matos, y Elsa Usandizaga y A. Eugene Havens, *Tres barrios de invasión*, Bogotá, Tercer Mundo, 1966.

Ahora que estos hechos se están esclareciendo, sus efectos no deberían sorprender mucho. El traslado masivo a la ciudad puede haber sido un movimiento profundamente conservador, una especie de válvula de escape a las tensiones internas del campesinado. Generalmente los mejores hombres y los de mayor ambición han sido los que emigran a las áreas urbanas. Pero si entre ellos había rebeldes, en las ciudades han encontrado Dali-las listas a recortarles los cabellos de su inconformidad. ¡Cuántos Emilianos Zapata no se habrán perdido en este proceso de sutil asimilación al orden establecido, que de haber permanecido en el campo se hubieran alzado contra el *statu quo* con mucha decisión! Conviene recordar también que las revoluciones populares más importantes del siglo XX en América Latina se originaron y pelearon en la aldea, en la ciudad; y que los movimientos populistas (de los que en general se oye hablar más) han resultado ser aventuras superficiales y relativamente cortas, con frecuencia derivadas hacia el neofascismo.

Parecería que los inmigrantes de la ciudad hubieran sido sometidos a un cambio gradual que les permitiese moverse apenas un poco en la escala social, pero no lo suficiente como para retar la estructura de clase.⁸ Se han constituido sectores medios que se muestran indecisos entre estar a favor de la revolución o contra ella; pero en su mayoría han logrado olfatear con realismo las ventajas de la acomodación social. Este cambio gradual y reducido es satisfactorio para los inmigrantes y otros escaladores de la sociedad, porque les proporciona beneficios comparativamente superiores a las casi inhumanas condiciones en que vivían con anterioridad. Sin embargo, al ampliarse la perspectiva de estas gentes, el ángulo de visión no se abre para mirar hacia arriba, hacia la oligarquía (excepto para imitarla), sino más bien hacia abajo, al lugar de donde han provenido. Entonces sienten que han recorrido una gran distancia en su mejoramiento propio (lo cual puede ser cierto en parte), cuando en realidad quedan sujetos a un nuevo fatalismo: el de caer en la cuenta de que en su

⁸ Véase Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 1965.

vida actual casi no podrán continuar progresando. Se resignan entonces a su suerte, se abstienen de usar el potencial para el desarrollo que habían almacenado, y se convierten en clásicos elementos conservadores. Esta tendencia recibe el estímulo de las instituciones tradicionales, a veces de forma tan encubierta que ni aun los observadores más avezados logran barruntar lo que va ocurriendo. Entonces, en un momento de crisis, como durante la caída del presidente Goulart de Brasil, en 1964, los sorprendidos observadores que habían pronosticado una total revolución hacia la izquierda quedan cortos de palabra ante la conducta inesperada de las mujeres de clase media, que salieron a las calles de Río y de São Paulo a luchar “por Cristo y la familia”.⁹

Pero si la búsqueda de mejores condiciones de trabajo y de vida en la ciudad han tenido estos resultados tan ambiguos, ello no significa que vaya a seguir indefinidamente como escape conservatizante. Un determinado tipo de cambio social ha estado al alcance de las grandes masas, y esto contiene factores autónomos que aceleran el proceso. El hecho del crecimiento urbano añadido a la “explosión demográfica” puede suministrar un gran potencial para la revuelta, especialmente cuando las industrias locales son incapaces de proveer el pleno empleo para los inmigrantes.¹⁰ En ese instante, el proceso de urbanización se vuelve elemento básico de inestabilidad social, y con la inestabilidad vuelve a surgir el problema de la calidad y la dirección del cambio.

Probablemente existe ya una bomba política de tiempo en las ciudades. La decisión de cómo utilizar en la mejor forma esa fabulosa energía social acumulada bien puede ofrecer un momento decisivo —y estelar— para el desarrollo de América Latina. Pero sólo hasta ahí puede llegar la predicción.

La *industrialización* y la *difusión tecnológica* son otras panaceas dinámicas con resultados ambiguos. No hace mucho tiem-

⁹ Emanuel de Kadt, “Religion, the Church, and Social Change in Brazil”, en Claudio Veliz, *The Politics of Conformity in Latin America*, Londres, Oxford University Press, p. 204.

¹⁰ E. J. Hobsbawm, “Peasants and Rural Migrants in Politics”, en Claudio Veliz, *The Politics of Conformity in Latin America*, op. cit., p. 65.

po que los grupos dominantes de América Latina adoptaron “el desarrollo hacia dentro” como medio para alcanzar el “punto de descolaje” (*take off*) de Rostow. Hubo grandes esperanzas en la difusión de actitudes racionales y de valores técnicos y científicos entre la población. Muchos trabajadores agrícolas y de otros sectores de la economía fueron trasladados a esa tentadora área de la inventiva humana para que recibieran las bendiciones de la industria y de la tecnología. Así sucedió, en efecto; pero sólo en parte y hasta cierto punto se recibieron aquellos beneficios. No parecen haber producido ni la clase y ni la calidad del cambio que se esperaba.¹¹

Por una parte, los procesos en estudio estimularon la formación de una “aristocracia sindical” cuyos privilegiados miembros tendían a ser instrumentos o peones de la *elite* industrial. Sus sindicatos podían ser fuertes, como en los casos de Bolivia y Brasil, pero no persistían en sus luchas revolucionarias, o se volvían cismáticos, como en Argentina. Han preferido sacrificar la ideología a cambio del confort mundano, por lo que se les ha tornado natural cobijarse bajo el manto paternalista de los patronos industriales para no asumir ante ellos una posición independiente.¹² Los miembros de esta privilegiada clase trabajadora industrial pueden interpretar la llegada tumultuosa de sus parientes marginales como una amenaza, y en consecuencia se unen a los grupos dominantes con el fin de mantener firme la estructura social que ven peligrar. Estos trabajadores acomodados (y los de la clase media) descubren otras avenidas menos peligrosas para el escalamiento social, como el proyectar sus aspiraciones a través de una participación “vicaria”, delegada en terceros. Ésta es una

¹¹ Véanse los análisis presentados por Charles W. Anderson en su *Politics and Economic Change in Latin America*, Princeton, Van Nostrand, 1967, y sus conclusiones sobre el “desarrollo ambiguo”, pp. 310-353.

¹² Henry A. Landsberg, “The Labor Elite: Is it Revolutionary?”, en M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*, Londres/New York, Oxford University, 1967, pp. 264-268. Para un punto de vista complementario (el trabajador como positivo para el cambio), véase de Alain Touraine y Daniel Pécaut, “Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. II, N° 2, julio de 1966, pp. 150-178.

de las funciones latentes de los eventos deportivos y de los éxitos de los atletas nacionales, la mayoría de los cuales son de las clases populares. Una vez colocados en ese conveniente rincón de escape psicológico, ya no constituyen los trabajadores una amenaza para el “sistema”, como los ideólogos del *panem et circenses* de todas las edades bien lo saben.

Por otra parte, la rápida acumulación de la riqueza hecha posible por la industrialización ha ampliado las distancias entre las clases sociales. Esto ha estimulado la formación de una oligarquía modernizante con fuertes vínculos a las nuevas condiciones que ayudó a crear.¹³ No es difícil hacer esta síntesis entre lo viejo y lo nuevo, porque el grupo industrial en realidad surge en gran medida de la tradicional aristocracia terrateniente. Los intereses de estos grupos aparentemente encontrados se combinan en forma poco usual, pero muy efectiva, como puede apreciarse en Colombia y en Perú.¹⁴ Este tipo de hombre industrial con paternalismo a la antigua ha resultado ser uno de los más importantes elementos para impedir el auge de los movimientos revolucionarios y para imponer una conversión a la derecha, porque la oligarquía industrial con latifundios instintivamente se vuelve conservadora en los momentos de crisis. El caso de la Revolución Mexicana es una ilustración clara del fenómeno. Los terratenientes expropiados (que lograron mantener algún interés en la tierra) acudieron a la industria como una inversión natural, y al hacerlo así mantuvieron su distancia social. Y lo lograron hasta el punto de desvirtuar los fines más atrevidamente humanizantes del conflicto épico de 1910.¹⁵ En la actualidad, esa privilegiada elite industrial, no sólo

¹³ Véase José Luis de Imaz, *Los que mandan*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964; Aaron Lipman, *El empresario bogotano*, Bogotá, Tercer Mundo, 1964; Fernando Henrique Cardoso, *Empresario industrial e desenvolvimento econômico*, São Paulo, Difusao Europeia do Livro, 1964.

¹⁴ O. Fals Borda, *La subversión en Colombia*, op. cit., cap. 6; François Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Buenos Aires, Sur, 1967.

¹⁵ Stanley R. Ross (ed.), *Is the Mexican Revolution Dead?*, Nueva York, Alfred Knopf, 1966; Pablo González Casanova, *La democracia en México*, op. cit.; Moisés González Navarro, “México: The Lop-Sided Revolution”, en Claudio Veliz, *Obstacles to Change in Latin America*, Oxford, Oxford University Press,

en México sino en otros países, está tratando de llevar la industria a la automatización, sin tomar en cuenta sus efectos sobre el desempleo ya rampante, ampliando así la distancia con las clases trabajadoras y creando condiciones más controlables para su unilateral dominio. Esto es parte de la tragedia moral de la revolución industrial de América Latina: que haya sido capaz de producir dinámicos y eficientes capitanes de industria —aun con sus actitudes paternalistas tradicionales—, pero hombres que, por regla general, son indiferentes a la suerte de sus trabajadores y al bienestar de la masa de la población. Los salarios permanecen bajos mientras crecen las ganancias, y no se crean mercados más amplios y democráticos de consumo. El hombre industrial, por lo tanto, ha fallado. Ha sido incapaz de adelantar la clase de transformación socioeconómica total que sería más productiva en la región. Más aún, está resultando ser un lastre moral.

Más reciente, otro proceso potencialmente revolucionario ha hecho una aparición conspicua en el área: la *integración regional*. Sueño venerable de Bolívar, está hoy de moda y se han dado pasos importantes en este sentido. Pero lo más avanzado de este asunto no es la integración de los sectores estratégicos de la economía y el comercio, como podría esperarse, sino la de las fuerzas militares del hemisferio.

Esto hubiera sido una buena noticia en otros tiempos y bajo condiciones históricas diferentes, cuando los ejércitos eran factores positivos para inducir el cambio significativo.¹⁶ Ha habido generales latinoamericanos reformadores y revolucionarios, aun antes de que Atatürk y Nasser hicieran irrupción en el Viejo Mundo. Pero ahora es cosa sabida que los ejércitos, en la mayoría

1967, pp. 226-228. Daniel Cosío Villegas compara la Revolución Mexicana con la *Sinfonía inconclusa* de Schubert, en su "The Mexican Left", en Joseph Maier y Richard W. Weatherhead (eds.), *Politics of Change in Latin America*, Londres, s.e., 1964.

¹⁶ Irving L. Horowitz, *Three Worlds of Development*, Nueva York, Oxford University Press, 1966, cap. 9; véase John J. Hohnson, *The Military and Society in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1964. Por supuesto, los ejércitos pueden ser importantes para el cambio marginal, como se demuestra en varios países como Perú, Colombia y Ecuador.

de los países, se han convertido en soporte de regímenes reaccionarios. Esto proviene principalmente del aburguesamiento y la tecnificación del cuerpo de oficiales. Pero también se estimula por fuerzas externas comprometidas en la política mundial. Los ejércitos latinoamericanos han sido guiados ideológica y técnicamente en su lucha contra la “subversión” por el Departamento de Defensa de Estados Unidos, constituyendo un poderoso organismo, el Consejo Interamericano de Defensa, para coordinar su acción.¹⁷ Se ha acreditado a esta institución el sofocamiento de la revolución guatemalteca, la frustración de los movimientos izquierdistas de Brasil y de la República Dominicana, y la contención de las guerrillas peruanas, colombianas y venezolanas.

De esta forma, el movimiento hacia la integración regional que es tan estratégicamente importante y que podría desatar tantas nuevas energías se ha convertido en factor contrarrevolucionario, incluyendo un elemento de dependencia internacional hacia Estados Unidos de América. Claro que esta dependencia (en su sentido más amplio) no es nada nuevo, ya que ha ido por turnos de España o Portugal a Inglaterra, Francia y Alemania. Pero si la calidad del cambio que se busca en Latinoamérica debe reflejar la idiosincrasia de nuestras gentes, entonces debería incluir elementos de independencia y autorreafirmación. Si la integración significa colocar a América Latina al servicio de los poderes mundiales dentro del marco de la Guerra Fría, ella llevaría la semilla de su propia frustración. No sería sino una entrega imprudente.

En cuanto a la integración en otros campos, ojalá no llegara a ser la suma total de las instituciones nacionales con sus peculiares filosofías descritas en las páginas anteriores. Todavía es demasiado pronto para juzgar. Por supuesto la integración puede llevar a articular una adecuada posición latinoamericana en el mundo.¹⁸

¹⁷ Véase Willard F. Barber y C. Neale Ronning, *Internal Security and Military Power: Counterinsurgency and Civic Action in Latin America*, Columbus, Ohio University Press, 1966. Véase la interesante nota, en José Nun, “The Middle-Class Military Coup”, en Claudio Veliz, *The Politics of Conformity in Latin America*, Londres, Royal Institute of International Affairs, 1967, p. 111.

¹⁸ Raúl Prebisch, *Nueva política comercial para el desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

Si esto se hace, es decir, si se debilita la condición de dependencia de los poderes mundiales y se logra de ellos el respeto debido a la determinación local, se habrá dado un paso significativo en la región que podría ser de carácter revolucionario.

FALLAS EN CAMPAÑAS SOCIOECONÓMICAS

Desde que los principios de John Locke sobre la propiedad y la democracia fueron incorporados en el siglo XIX a la mayoría de las constituciones latinoamericanas, el mito de la división de la tierra ha sido una preocupación tanto de los gobernantes como de los gobernados. El propósito era crear el mayor número posible de terratenientes particulares como un paso hacia las instituciones republicanas funcionales. De acuerdo con esa idea se subdividieron muchos ejidales y resguardos indígenas, y las parcelas resultantes se concedieron en dominio absoluto a sus ocupantes. Esto hubiera podido ser el origen de una profunda transformación social. Sin embargo, se convirtió en otra revolución inconclusa. Los nuevos dueños, la mayoría de ellos minifundistas e ignorantes, pronto malvendieron sus pequeñas propiedades a la tradicional aristocracia terrateniente, quedando de esa forma convertidos otra vez en siervos. El nivel de vida de la población rural no ascendió.¹⁹

Pero las *élites* dominantes aprendieron muy bien las lecciones contradictorias que surgieron de esa revolución ambigua. El mito del labrador independiente, del pequeño propietario y de la parcela de tamaño familiar como esquemas revolucionarios en ciernes, ha llegado hasta nosotros en la atractiva y bien dotada moda de las *reformas agrarias*; pero principalmente (o así parece) como elemento de distracción para impedir cambios más profundos. La mayoría de las 18 leyes de reforma agraria aprobadas en América Latina desde que se inició la Alianza para el Progreso

¹⁹ Aunque se sabe que este proceso ha ocurrido en la mayoría de los países latinoamericanos, no ha sido plenamente documentado. Para el caso de Colombia, véase O. Fals Borda, *El hombre y la tierra en Boyacá*, Bogotá, Ediciones Espiral, 1957; y también su *Campesinos de los Andes*, Bogotá, Iqueima, 1961.

buscan crear más propietarios y ciudadanos que participen de la democracia. Esto es parte integral de la transformación socioeconómica de la región. Y, en verdad, se ha alcanzado cierto tipo de transformación; pero al verla dentro de la perspectiva histórica, no parece ser verdaderamente significativa, por lo menos en lo que se refiere a dar a las masas campesinas una participación más amplia, más determinante y más definitiva en la sociedad. Al contrario, por medio de los esquemas agrarios mencionados se ha acallado la justificada inquietud aldeana y se han deprimido las aspiraciones crecientes de la ruralía. Esta clase de medidas de reforma agraria se han extendido como una capa de aceite sobre las aguas agitadas del campesinado que ha venido declarando su rebeldía por la justicia.²⁰

El mecanismo restrictivo que permite esta maniobra de distracción, como se sugiere anteriormente, es la subdivisión de grandes propiedades con las llamadas parcelas de tamaño familiar. Tienen un corolario; los proyectos de colonización. Esto puede comprobarse en Brasil, Colombia, Guatemala, Argentina, Perú, Ecuador y Chile, sitios de pertinentes estudios.²¹ En México, donde la revolución fue agraria, los ejidatarios se contentaron con pequeñas parcelas de cultivo, porque la tierra todavía era para ellos el más alto valor social.²² No había muchas otras cosas que pudieran desear y sus descendientes también han tenido la tendencia a aferrarse a la tierra. El resultado ha sido la formación

²⁰ Consúltense los ensayos incluidos en Óscar Delgado (ed.), *Reformas agrarias en la América Latina*, México/Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1965.

²¹ Véase la espléndida colección preparada por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, Washington, 1965-1967, Santiago de Chile, CIDA; también, Solon L. Barraclough y Arthur L. Domike, "La estructura agraria en siete países de América Latina", en *El Trimestre Económico*, México, vol. XXXIII, N° 130, pp. 235-301.

²² Entre otros, Cosío Villegas, "The Mexican Left", en Joseph Maier y Richard W. Weatherhead (eds.), *Politics of Change in Latin America*, op. cit., pp. 131-132; Edmundo Flores, *Tratado de economía agrícola*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961. Aun en las áreas de mayor éxito desde el punto de vista económico, como en La Laguna, la participación social y los procesos democráticos no han florecido plenamente; véase de Clarence Senior, *Land Reform and Democracy*, Gainesville, University of Florida Press, 1959.

de un proletariado rural empobrecido. Es fácil ver cómo la actitud de esas gentes ha sido intrínsecamente conservadora. Por eso también se entiende cómo la Revolución Mexicana ha venido deteniendo el primer impulso revolucionario y frustrando su inicial promesa.

Sin embargo, estos resultados aparentemente imprevistos se hubieran podido anticipar. En efecto, es raro encontrar minifundistas y colonos que a la vez sean revolucionarios o prontos a adoptar una mentalidad ideológica que abra las puertas a la innovación. (En México mismo, los primeros pasos serios de la contrarrevolución se dieron por el grupo de pequeños propietarios de Jalisco que habían sido empujados a la Guerra de los Cristeros). En forma semejante, dar pequeñas parcelas a nombre de la reforma agraria en los otros países y colonizar la lejana selva han sido esquemas “tranquilizadores” que convierten las zonas potencialmente peligrosas en sectores de respetables ciudadanos, pasivos a la subversión. Quizá esto sea a la corta una realización positiva; pero se torna inaceptable cuando se convierte en un fin y no deja proseguir los movimientos renovantes. Aun en Bolivia, tan cerca todavía como está del impacto de 1952, se sienten los mismos efectos frustrantes y ominosos que desvirtúan los fines originales de la revolución. Por lo tanto, parece que cuando se satisfacen las más inmediatas exigencias de posesión de tierras y se paralizan los procesos del cambio, la organización campesina resiste transformaciones más profundas en la sociedad.²³

Otra esperada “revolución de las expectativas” era la del *desarrollo de la comunidad*. Cuando este movimiento se introdujo por primera vez en América Latina en la década de 1950, se anticipaban grandes cambios. Sin embargo, exceptuando su aplicación en contextos totalmente revolucionarios, como los de Cuba y Bolivia, o el de México en la época de las “misiones culturales”, este movimiento ha resultado ser otro caso típico de cambio marginal,

²³ Véase Aníbal Quijano Obregón, “Contemporary Peasant Movements”, en M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*, op. cit., p. 334; Richard W. Patch, “Bolivia: The Restrained Revolution”, en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, N° 334, 1961, pp. 123-132.

frecuentemente simulado. Ha tenido un efecto sobre la sociedad similar al engañoso de la coca en el estómago. Las campañas de desarrollo de la comunidad han resultado ser apenas un paliativo, despojadas como están de sus elementos intrínsecamente revolucionarios. Allí han quedado ociosas, engordando del fisco, como un soporte más del *statu quo*.

Los verdaderos retos al “sistema” que los iniciadores de este movimiento trataron de hacer —como en Colombia, Venezuela, y Perú, cuando trataron de ampliar la base de la participación sociopolítica— resbalaron fácilmente al golpear el escudo protector de las *élites* dominantes. Los políticos, en particular, reconocieron prontamente las posibilidades de manejo de las masas, inherentes a las juntas comunales. El propósito era como el de dar caramelos a ración para ir aplacando a la gente y combatir la “subversión”: una escuela aquí, un camino allá, un centro de salud acullá, de modo que hubiera una sensación de movimiento. A la larga este movimiento resultó ser algo estático, como el que simulan en el cine, pero ya en todo caso las masas habían sido algo satisfechas en lo material. Así, el desarrollo de la comunidad sirvió lo suficientemente bien como para desarmar la subversión, tarea que fue confiada a la acción cívico-militar y a equipos sociotécnicos especiales. Pero allí se detuvo el proceso del cambio: las actitudes y los valores dominantes de la gente, especialmente los relacionados con las estructuras tradicionales políticas y económicas, no cambiaron básicamente. El nuevo liderazgo elegido en las juntas, los “líderes naturales”, eran despedidos si tenían tendencias radicales; o se les transformaba en agentes políticos. Las tradicionales divisiones de partido se llevaron a los procesos técnicos.²⁴

²⁴ Estas notas están basadas en la propia experiencia y observación del autor. Pueden encontrarse indicaciones pertinentes en estudios tales como en el de J. A. Silva Michelena, “Factores que dificultan o han impedido la reforma agraria en Venezuela”, en *Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais, resistências à mudança*, op. cit., p. 141; Emilio Williams, *El cambio cultural dirigido*, Bogotá, Facultad de Sociología, 1963; T. Lynn Smith, *The Process of Rural Development in Latin America*, University of Florida Monographs, Social Science, N° 33, 1967, pp. 76-79, Balden Paulson, *Difficulties and Prospects for Community Development in North-East Brazil*, Madison, Land Tenure Center, 1964.

Una vez institucionalizado, el desarrollo de la comunidad se volvió respetable y pasó a ser miembro del “sistema”. No fue esto un producto del azar. Hubo grupos reaccionarios, como el de la “Mano Negra” en Colombia, que trajeron del exterior “ingenieros sociales” experimentados en desmontar revoluciones en potencia, que organizaron campañas de consideración “para mantener el control del pueblo”. La Iglesia católica también trató de hacer igual con el trabajo de extensión rural y las escuelas radiofónicas. Sus fines seguramente eran distintos y se aplicaron correctivos con prudencia, especialmente durante el pontificado del papa Juan XXIII. Sin embargo, el efecto sobre aquella campaña “revolucionaria” fue el mismo: el de la ambigua frustración de su inmenso potencial de cambio.

FACTORES NEGATIVOS DE GRUPO Y PERSONALIDAD

Este último punto subraya el papel que los grupos sociales y el liderazgo político desempeñan en el estímulo o en la paralización del cambio revolucionario en América Latina. Por supuesto, ello es de gran importancia estratégica, y merece consideración porque está relacionado con nuestra principal preocupación acerca de la calidad y la dirección del cambio. La frustración de las campañas de desarrollo de la comunidad, los fracasos de las reformas agrarias, la falta de enfoque en la integración regional, las desviaciones morales en el proceso de industrialización y la esterilidad ideológica de la inmigración rural-urbana pueden estar relacionadas, de una u otra forma, con el modo como los grupos estratégicos y algunos líderes nacionales han reaccionado ante las situaciones en las que se han encontrado. Desafortunadamente las medidas de éstos no han producido sino un desarrollo sin rumbo.

El primer grupo que debe ser mencionado es el de los *intelectuales*, incluyendo entre ellos al *profesorado* y a los *estudiantes universitarios*. Su historia, con algunas excepciones honrosas, ha sido una de imitación de contrapartes de Europa y Estados Unidos, de donde proviene la tradición cultural. Una xenofilia exagerada ha subrayado la investigación, los escritos y el entrenamiento de

este grupo, con el consecuente colonialismo intelectual. Casi no se han hecho esfuerzos serios y sostenidos para formar escuelas propias que, además de mantenerse al día con los avances universales, estimulen la creación independiente. Con notables excepciones en la medicina y en la física, las universidades latinoamericanas no han puesto las bases de una secuencia tecnológica propia; una derivada de los trópicos, subtrópicos y sus gentes, y diseñada para ellas. Un esfuerzo tal es de importancia decisiva en cualquier revolución o en cualquier modificación profunda de la sociedad.²⁵ Pero en América Latina no se está ni siquiera en la etapa de los borradores y muchas universidades persisten en mantener una estructura obsoleta con actitudes precientíficas. Así, los intelectuales y la *elite* universitaria en general han fracasado en suministrar una ideología y una técnica apropiadas para el desarrollo latinoamericano, suficientemente coherentes como para comenzar a resolver lo que aquí he denominado *la cuestión ontológica*.²⁶

No debe pensarse, sin embargo, que este grupo no haya tenido actitudes belicosas ni producido escritos tremebundos. A veces también resaltan sus gestos de dignidad, como ocurrió durante los recientes golpes militares de Brasil y Argentina. Pero más frecuentemente abortan un conjunto confuso de afirmaciones incongruentes. Ciertamente la más furiosa literatura contra el *statu quo* y la injusticia reinante en la estructura social latinoamericana han provenido de este grupo iconoclasta, desde la mitad del siglo XIX. Pero esta iconoclasia —que con frecuencia no ha sido más que un culto verbal a la revolución— tiende a ser esporádica y de corta duración. Esto se comprueba, en especial, en muchos

²⁵ O. Fals Borda, *La subversión en Colombia*, op. cit., p. 9; véase Darcy Ribeiro, "Universities and Social Development", en M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*, op. cit., p. 377.

²⁶ Sergio Bagú, *Acusación y defensa del intelectual*, Buenos Aires, Perrot, 1959; J.P. Harrison, "The Role of the Intellectual in Fomenting Change: The University", en J. J. Tepaske y S. N. Fisher (eds.), *Explosive Forces in Latin America*, Columbus, Ohio State University Press, 1964; Darcy Ribeiro, "Universities and Social Development", en M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*, op. cit., pp. 379-380.

estudiantes universitarios que deben anticipar su asimilación a la sociedad una vez que llegan a los últimos años de estudio.²⁷ Es impresionante ver cómo estos estudiantes se alejan de la masa general de la población o de la gente del común. En muchos países se resienten cuando ven a los voluntarios del Cuerpo de Paz en las pequeñas aldeas o en los barrios pobres trabajando y participando de la vida de los campesinos y de los trabajadores; y, sin embargo, muchos estudiantes latinos no quieren hacer lo mismo por temor a las inconveniencias y a hacer trabajos que a su parecer son denigrantes. Pocos puentes honestos se construyen para acercarlos a los campesinos y a los trabajadores; no se hacen esfuerzos de consideración para hablar el idioma de éstos o comprender y apreciar la cultura popular. Lo que generalmente pasa, en verdad, es que los intelectuales, los profesores y los estudiantes de este tipo olvidan fácilmente su “lucha por la justicia” y la entregan, en lo que demuestran cuán arraigada ha sido su educación clasista. Tienen lo que un agudo observador ha llamado “el anclaje burgués”, relacionado con su mundo privado de sumisión y con sus preocupaciones básicas de alcanzar el confort material y el decoro social.²⁸

No queda sino aceptar que puede haber una falla básica en el proceso de socialización del latinoamericano que produzca tal tipo conformista de personalidad, aún en el más crítico de los grupos, como es el de los intelectuales. Los más articulados elementos no conformes pueden llegar a ser, al final, instrumentos de la *elite* tradicional o columnas de soporte del *ethos* conservador.

Sin embargo, debe reconocerse el papel positivo que otros grupos del profesorado y el estudiantado universitario (y los es-

²⁷ K. H. Silvert, “The University Students”, en John J. Johnson, *Continuity and Change in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1964; Robert C. Williamson, *El estudiante colombiano y sus actitudes*, Bogotá, Tercer Mundo, 1962; Aldo Solari (ed.), “Estudiantes y política”, en *Aportes*, N° 5, 1967.

²⁸ Frank Bonilla, “Cultural Elites”, en M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*, *op. cit.*, pp. 249-251. Véase, para una perspectiva contraria, Alistair Hennessy, “University Students in National Politics”, en Claudio Veliz, *The Politics of Conformity in Latin America*, *op. cit.*, pp. 119-157.

tudiantes del bachillerato) han desempeñado en la búsqueda de cambios fundamentales en la sociedad latinoamericana. Con frecuencia han sido éstos los únicos grupos que han ejercido presión para la transformación, aun en momentos en que era peligroso hacerlo. El idealismo de estas gentes, su honestidad básica por no estar envueltos en intereses creados, su defensa de ideales, su bien intencionada crítica a los sistemas académicos y políticos, son cosas a su haber. Como se verá más adelante, hay razones para que la generación más joven desconfíe de las generaciones adultas, por la tendencia de éstas a traicionar sus compromisos iniciales y a detener el progreso real. Por lo tanto, puede ocurrir que en un período determinado de la historia los estudiantes se conviertan en censores de la nación, pasando a constituir una *antielite*. Éste es un buen síntoma de renovación social. El movimiento estudiantil, puesto a trabajar para altos fines sociales, no puede sino brindar buenos dividendos para el mejoramiento de la sociedad.

Ha habido líderes de este grupo intelectual y universitario que han sido verdaderamente rebeldes: no han vacilado en incorporarse a expresiones activistas, como la guerrilla. Han sido tan consecuentes y firmes en sus convicciones que la única manera de detenerlos ha sido por el asesinato o a través de la violencia. Su contribución ha sido enorme como ejemplo y como símbolo. Algunos de ellos serán recordados por largo tiempo como individuos totalmente comprometidos con una causa justa. Por esta razón impresiona ver que sus muertes rara vez hubieran producido no más que revueltas de corta duración. Si éstas fracasaron tan rápidamente después de la muerte, indican que no hubo un arraigo real de las ideas revolucionarias y de la conducta innovadora que predicaban los jefes. Éstos araron la tierra y regaron la semilla de la protesta. Nada más; pero también nada menos.

Por otra parte, el oportunismo, el cinismo y una búsqueda egoísta del poder como un fin en sí mismo y no como medio para servir a la sociedad son algunas de las fallas encontradas en los *políticos* (como también en muchos intelectuales y en algunos rebeldes). Una de las causas principales de que las revoluciones

latinoamericanas sean inconclusas y de que tengan resultados ambivalentes ha sido esta clase de liderazgo acomodaticio.

Podría argumentarse que la política es en sí misma oportunista, y que los líderes progresistas que llegan al poder deben tener en su recetario grandes dosis de compromiso y equilibrio para poder sobrevivir. Pero ésta fue precisamente la falla principal de Francisco Madero como líder revolucionario, así como la de otros subversores mexicanos del régimen de Porfirio Díaz. La tendencia a ceder de Madero sólo se equilibró con el compromiso atrevido de Zapata, Villa y otros jefes campesinos. Algo similar ocurrió en las primeras etapas de la revolución boliviana, cuando los campesinos impusieron su voluntad sobre el indeciso liderazgo de La Paz. Lo mismo puede decirse en el presente acerca de los enormes esfuerzos que hacen los líderes progresistas para tener éxito como gobernantes en América Latina y en otras partes.

En todo caso, debe haber un límite más allá del cual el compromiso político se convierte en traición de ideales. Y esto ha ocurrido con demasiada frecuencia en América Latina como para permitir que la necesaria subversión prospere. Aun en la actualidad se observan síntomas de ello en la forma como el presidente Belaúnde ha tratado la rebelión de los “termocéfalos” de su partido, políticos que quieren que regrese a la plataforma izquierdista que fue base de su campaña electoral; se observa lo mismo en la pasividad del presidente Barrientos ante el problema rural de su país, una actitud despreocupada contra la cual protestaron recientemente los obispos bolivianos; tales maniobras de refrenamiento pueden verse en el tratamiento que ha hecho el presidente Frei del ala izquierda de su partido demócratacristiano.

En forma semejante, importa descubrir qué líderes destacados de la izquierda son de hecho latifundistas o miembros prominentes de la comunidad financiera. ¿Cuál es el efecto de los factores psicosociales de su temprana socialización en esos medios, y cómo habrán afectado estos factores los procesos políticos en que aquellos líderes se han visto envueltos? ¿Cuáles son los imponderables que entran en juego cuando el liderazgo existente no está a la altura necesaria para crear un nuevo orden social, sea

debido a la educación que recibió o a algunas de sus conexiones sociales y económicas?

Una mirada hacia atrás a la historia reciente de América Latina demuestra cierta tendencia de los líderes rebeldes a buscar la acomodación una vez que han llegado al punto peligroso del no retorno. Éste es el proceso de la “captación”. Son típicos los casos de las primeras belicosas células comunistas y socialistas formadas en Perú, Colombia y Venezuela durante la década de 1920, a las que pertenecieron hombres hoy tan notables como Víctor Raúl Haya de la Torre, Alberto Lleras Camargo y Rómulo Betancourt. Sin duda, como *antielite*²⁹ prestaron un servicio útil al retar al *statu quo* y presionar a los partidos tradicionales para que se renovaran y pusieran al día sus prácticas. El impulso de estos grupos se hizo tan fuerte que, de esos años de conflicto y lucha intensa, surgió la subversión más comprensiva de la sociedad local que se hubiera experimentado desde el lustro revolucionario de 1850. Retaron el “sistema” arriesgando mucho y con mucha dignidad, como se ilustra por sus escritos del período. Y el “sistema” con razón se preocupó por las condiciones socioeconómicas existentes reveladas por aquellos subversores.

Pero entonces, jugando a la vez con la dinámica de las fuerzas históricas y con las debilidades de la carne, las *elites* comenzaron a captar a los rebeldes ofreciéndoles buenas posiciones en el “sistema” o dejando que se las tomaran. Una vez allí colocados, los antiguos rebeldes completaron el ciclo de la captación al defender sus nuevas posiciones, y se volvieron entonces enemigos de auspiciar nuevos cambios más profundos.³⁰ ¿Cuánta tensión se evitó en la sociedad por esta captación de *antielites*? ¿Fue la captación favorable o desfavorable para el cambio socioeconómico que se requería? ¿Fueron las tremendas explosiones sociales que siguieron y la aguda “violencia” y las guerrillas de años posteriores, una

²⁹ Véase el ensayo sobre las *antielites* en O. Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, op. cit.; véase también O. Fals Borda, *La subversión en Colombia*, op. cit., apéndice B.

³⁰ *Ibid.*, cap. 7; véase Stanislav Andreski, *Parasitism and Subversion: The Case of Latin America*, Londres, Pantheon Books, 1966, pp. 232-243.

consecuencia de tal captación? ¿Cuál es, entonces, la responsabilidad de aquellos líderes en impedir el cambio profundo en lo económico y en lo social en América Latina y en dejar tras de sí transformaciones inconclusas? Éstas son preguntas sumamente difíciles de contestar, que sólo recientemente han sido objeto de estudio para distintos investigadores. Siguen sin respuesta.

Así, en último análisis se llega a un problema de cultura y personalidad. Si los antropólogos y psicólogos aciertan en este sentido, entonces el ciclo de socialización que produce este tipo de liderazgo captable debe romperse por alguna parte. Este rompimiento puede ser suicida, como ocurrió con el Che Guevara y el padre Camilo Torres; puede ser menos dramático para aquellos otros que creen en formas distintas de acción. En la actualidad se vislumbran algunas señales que indican que no se va a continuar indefinidamente con esta clase de liderazgo captable en América Latina. Aparentemente ya existe un mayor compromiso con los ideales, y hay propósitos más claros entre algunos grupos subversivos. Además, se cuenta con una organización internacional sin precedentes. Esto indica que el ciclo de socialización ha venido desorbitándose desde hace algún tiempo. Pero probablemente debería permanecer en esta extraordinaria condición por lo menos por una generación completa, para comenzar a pagar dividendos en el cambio social y convertirse en elemento estratégico para alcanzar un nuevo orden social. Además, tendrá que contar con un liderazgo de habilidad sobresaliente, con el fin de que los errores y los cálculos equivocados en la estrategia que han ocurrido en esfuerzos subversivos del pasado —y que también han frustrado la revolución— no vuelvan a acaecer.³¹

Si los latinoamericanos —tan sufridos en la perplejidad como yo mismo lo estoy hoy— queremos saber lo que realmente somos y a dónde vamos, probablemente deberíamos continuar preparando a ciencia y paciencia y con todos nuestros recursos aquella estrategia y acción decisivas que prometan construir en nuestro medio una nueva y mejor sociedad. La pregunta que de-

³¹ *Ibid.*, cap. 9.

be hacerse hoy no se refiere ya tanto a la incidencia o a la intensidad del cambio socioeconómico, o a sus etapas de despegue y de autosostenimiento: sabemos que esto no ha producido sino resultados ambiguos y un desarrollo sin rumbos. Ahora el problema abarca toda la esfera de los valores sociales y morales: cómo definir la *calidad* del cambio que queremos y en qué *dirección* queremos que avance.

La afirmación de América Latina en el mundo moderno bien pudiera resultar de su voluntad política para anticipar el conflicto con el presente orden social que esa meta implica, y dar a la lucha inevitable fines constructivos. Así también podría alcanzarse algo de una autorrealización regional, consumiendo la perplejidad actual y cesando aquella búsqueda larga y tormentosa del ser que comenzó en nuestro continente hace más de una centuria.

ELEMENTOS IDEOLÓGICOS EN EL FRENTE UNIDO DE CAMILO TORRES, AYER Y HOY ¹

Conviene a todos recordar la vida y la obra de Camilo Torres Restrepo, en especial con ocasión de los 40 años de su muerte en Patio Cemento, Santander. Felicito por ello al grupo universitario que ha organizado este encuentro sobre la organización popular que Camilo inició en 1965, llamada Frente Unido de los Pueblos. Como tomé parte en esa empresa junto a él, trataré de reconstruir lo que ocurrió con ella y las ideas que manejábamos entonces. Para ello tomaré como base la publicación del capítulo respectivo de mi libro *Subversión y cambio social* publicado en Bogotá en 1968. Me referiré principalmente a los elementos ideológicos del Frente y no a su historia u organización, que se hallan fácilmente en las biografías de Camilo. Además, se puede consultar la colección completa del periódico *Frente Unido* en el fondo que doné al Archivo General de la Universidad Nacional.

Una vez hecha la exploración ideológica, así sea rápidamente, traeré dicha experiencia al momento actual del Polo Democrático Alternativo (PDA) y a la construcción de Grupos Temáticos en Alternativa Democrática, porque considero que retoma mucho de

¹ Texto extraído de “Camilo, 40 aniversario: un vino por Camilo”, Bogotá, 2006. Disponible en <http://www.internacionalistas.net/camilo/index.html>

lo que Camilo trató de hacer en aquella primera ocasión. Porque, como dicen los organizadores de esta reunión, “¡Camilo Vive!”

Recordemos un poco el contexto. En 1965 se articuló el grito de protesta de una generación hasta entonces marginada por la del Centenario y sus íconos, y por la que había sido cooptada en los años anteriores. Los miembros de estos grupos insurgentes, nacidos hacia 1925 o a partir de aquel año, no habían conocido otro grupo que el de la última subversión, el promovido por la ideología marxista de los años veinte. Fue la “generación de la Violencia”, que creció en su ambiente de terror observando sus deformidades y sufriendo sus intolerancias y miserias. Era la juventud victimada de dentro y fuera de la universidad, como ocurrió con los dirigentes Jaime Arenas, Julio César Cortés y Armando Correa, muertos después en la guerrilla. Era una juventud que podía fustigar moralmente a sus padres y a aquellos que propiciaron la hecatombe, tarea que, en verdad, sigue vigente hoy. Era una generación que ponía en jaque a los grupos oligárquicos y a las élites tradicionales, para enrostrarles el crimen de lesa patria. Estos grupos rebeldes, sin compromisos con el origen de la Violencia, surgieron entonces para dejar su impronta en la historia.

El padre Camilo Torres Restrepo, profesor y cofundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, creó el Frente Unido como un aparato político que él denominó “pluralista”. De esta forma logró armar una nueva utopía para el país. Esa utopía tenía ingredientes especiales, como aquellos derivados de convicciones religiosas y del examen de la realidad nacional y de las revoluciones latinoamericanas contemporáneas, en especial la cubana. Pero en el fondo era una reiteración de ideas socialistas conocidas en respuesta al impulso del cambio secular-instrumental del pueblo y de la época.

Así entendida, la utopía pluralista de Camilo Torres ha tenido eco no sólo nacional sino internacional. Al trascender la realidad y pasar al plano de la práctica, su planteamiento tiende a modificar profundamente el orden de cosas existente, produciendo crisis sociales y personales, induciendo el examen crítico de la sociedad e impulsando el cambio subversor necesario.

INTRODUCCIÓN DEL PLURALISMO UTÓPICO

En la “Plataforma para un Movimiento de Unidad Popular” escrita en marzo de 1965, que Camilo preparó de manera sencilla y corta para llegar a las masas, declaró que uno de los objetivos del movimiento del Frente Unido “es la estructuración de un aparato político pluralista, no un nuevo partido, capaz de tomar el poder”. Lo detalla en el punto octavo de la Plataforma:

El aparato político que debe organizarse debe ser de carácter pluralista, aprovechando al máximo el apoyo de los nuevos partidos, de los sectores inconformes de los partidos tradicionales, de las organizaciones no políticas y, en general, de las masas.

El pluralismo de Camilo Torres constituye el elemento esencialmente utópico de su pensamiento, y como tal debe ser estudiado por los efectos que tuvo en los primeros pasos del movimiento del Frente Unido. Para entenderlo, debe colocarse dentro del contexto político y religioso de donde los derivó el autor, de donde también surgieron diferencias con otros planteamientos contemporáneos.

La concepción utópica de Camilo Torres es dinámica: el pluralismo no es un sistema dentro del orden ni sigue las reglas del juego político común y corriente. Más que todo es una herramienta para unir grupos diversos y hacerlos mover en una misma dirección. Se presenta como una estrategia que busca cambiar las reglas del juego, y que al hacerlo quiere promover el cambio del orden social y político en que se desarrolla. Pero su meta final es el cambio socioeconómico profundo y radical, al que se llega por la creación, resolución y superación de la subversión socialista. Ésta debería dar como resultado una sociedad superior a la existente.

Como en los otros casos analizados en mi libro citado, la utopía pluralista de Camilo Torres lleva una crítica implícita a la cultura y la civilización reinantes, tratando de descubrir las formas institucionales que faciliten el advenimiento de un nuevo orden social. Pero no produce el tipo de concepción autoritaria, de dis-

ciplina monopólica que algunos autores notan en la mayoría de las utopías clásicas. En éstas se crea un orden social inflexible y dogmático, con un sistema de gobierno centralizado y absoluto. Como resultado del pluralismo utópico, no aparece una sociedad cerrada y estratificada que frustre el libre desarrollo humano y de la personalidad. Aparece, más bien, una sociedad en la que se encuentran diversas tendencias, pero que tienen las mismas metas valoradas, aquellas que hoy podríamos definir como provenientes de pueblos originarios. Con este fin se unen todas en un impulso común de creación que permite una amplia libertad de cruces ideológicos, y que ofrece alternativas para escoger las vías de acción con base en una moderna racionalidad.

La utopía pluralista de Camilo, con tan heterogéneo aparato político para impulsarse, se complica con el elemento religioso. El concepto mismo de pluralismo ha sido más corriente en círculos eclesiásticos, como en la posterior teología de la liberación, donde se ha reducido su sentido al valor de la convivencia de personas de distinta fe en una región. El padre Torres derivó esta idea de su permanencia como estudiante en la Universidad de Lovaina, en Bélgica, donde se hallaba una avanzada del pensamiento católico renovador, y también de su contacto con la atmósfera secular y religiosa a la vez, que hizo posible organizar en Europa experiencias heterodoxas, como la de los sacerdotes obreros y la adoración conjunta, ecuménica, de católicos y protestantes. Este pluralismo tiene un soporte importante en el movimiento ecuménico moderno. Encuentra campeones destacados como Richard Niebuhr en el baluarte protestante, y el padre François Houtart, su profesor en Lovaina, en el campo católico.

La concepción pluralista socialista —cristiana y política a la vez—, que fue fundamento inicial de la acción personal de Camilo Torres, se encuentra en el documento crucial de su carrera: la declaración del 24 de junio de 1965, cuando pidió a su arzobispo la liberación de sus obligaciones clericales. Camilo sostiene allí que “la suprema medida de las decisiones humanas debe ser la caridad, debe ser el amor sobrenatural” y, en consecuencia, se entrega a una revolución justa

[...] para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo. Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal. Solamente por ella, en las circunstancias concretas de nuestra patria, podemos realizar el amor que los hombres deben tener a sus prójimos.

Una vez entendidas las fuentes utópicas del pensamiento de Camilo Torres, quedan en su apropiada perspectiva los dos conceptos sociológicos centrales sobre los cuales construyó su ideología socialista raizal, esto es, con raíces propias en nuestro mundo. Estos conceptos centrales son el de la “dignidad”, basada en los valores existenciales del humanismo, y el de la “contraviolencia” de reacción, o rebelión justa, que se apoya en la moralidad de los fines colectivos, que detallaré más adelante. Además, es indispensable declarar la independencia de los intereses oligárquicos que mantienen al país subordinado a los Estados Unidos de América. Por esto, el pluralismo es necesariamente “antiintervencionista”, y condena las actitudes entreguistas de los grupos nacionales, hoy representados por el gobierno y la persona de Álvaro Uribe Vélez.

Los valores de la técnica son enfatizados por Camilo de muchas formas, especialmente en su deseo de crear la unidad de las fuerzas políticas nuevas a través de la aplicación de las ciencias sociales y económicas traducidas a la realidad colombiana. Esta tarea sería hecha por “líderes capaces de abandonar todo elemento sentimental y tradicional que no esté justificado por la realidad, prescindiendo de esquemas teóricos importados de Europa y otras partes [...] para buscar los caminos colombianos”. Su plataforma propone, además, la planificación y la intervención estatal, con nacionalización de varias instituciones, la educación pública gratuita y obligatoria y la autonomía universitaria. El esfuerzo comunal tuvo en Torres un defensor decidido. Las reformas agraria y urbana que propone en la Plataforma se basan en un tipo u otro de acción participativa. Cita la “acción comunal” (antes de que la pervirtiera la clase política) como “fundamento

de la planeación democrática”, auspicia el cooperativismo y busca una mayor participación de los obreros en las empresas.

Camilo Torres añadió una dimensión decisiva a la revaluación del hombre con la idea de la justificación moral de la rebelión, esto es, con la contraviolencia. Esto le llevó a postular la lucha del pueblo contra el “antipueblo”, es decir, la oligarquía tradicional. Su pensamiento quedó plasmado en cuatro de sus “Mensajes”: los dirigidos a los cristianos, a los campesinos, a la oligarquía y a los presos políticos. Planteó en primer lugar que “la oligarquía tiene una doble moral de la cual se vale, por ejemplo, para condenar la violencia revolucionaria mientras ella asesina y encarcela a los defensores y representantes de la clase popular”. O dividiendo al pueblo en grupos enfrentados artificialmente, que combaten entre sí por asuntos académicos como la inmortalidad del alma, y lo distraen de descubrir el verdadero sentido social de la idea de que “el hambre sí es mortal”. Dijo que como

[...] tenemos que buscar medios eficaces para el bienestar de las mayorías [que] no los van a buscar las minorías privilegiadas que tienen el poder [...] es necesario entonces quitarles el poder [...] para dárselo a las mayorías pobres. La revolución puede ser pacífica si las minorías no hacen resistencia violenta.

Y como esta revolución busca la justicia, ella es “no solamente permitida sino obligatoria para los cristianos”, para lo cual se basa en las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino.

Evidentemente, como decía Ortega y Gasset, la violencia viene a ser como la “razón exasperada”, y para Marx, ella es la “partera de la historia”. El problema no es tanto su justificación absoluta cuanto lo concerniente a las condiciones y límites de su empleo. La utilización de la violencia acarrea problemas de estrategia, porque puede ser un catalizador tanto como un alienador. La estrategia depende de las circunstancias históricas y sociales, según las metas inmediatas y de largo alcance que se proponen los grupos rebeldes. En todo caso, es una estrategia que se basa en el hecho de que exista una violencia real para mantener el *statu*

quo y que se expresa en muchas formas de coerción por el Estado reaccionario. Camilo sostuvo que esta violencia es inmoral cuando se dirige contra el pueblo, y que se torna tiránica e ilegítima cuando éste no respalda al gobierno. A esa violencia enfrenta la contraviolencia, en la medida y con la intensidad con que actúen las minorías en el poder. Deja así a éstas con la grave responsabilidad moral de desencadenar la revolución sangrienta.

Éstos son, pues, los elementos principales de la utopía pluralista y participativa que Camilo Torres presentó al país como meta para adoptar “un sistema orientado por el amor al prójimo”. Puede verse que sintetiza y simplifica algunas de las tendencias instrumentales del mundo moderno, al tiempo que reitera anteriores ideales socialistas y otros nuevos, que vierte en moldes culturales propios mientras busca la autenticidad colombiana. No es una utopía clerical, porque el padre Torres hubo de dejar precisamente la estructura de la Iglesia para divulgar y combatir por su ideal, aunque ninguna de sus tesis contradiga las enseñanzas de la Iglesia. No pueden ser ideas liberales ni conservadoras, porque la dinámica política actual ha superado el marco ideológico en que funcionan aquellos partidos, a los que nunca perteneció Camilo. Ni tampoco es copia servil de planteamientos ideológicos concebidos por filósofos europeos, ni traducción de constituciones o preceptos de países más adelantados, como ha sido hábito entre políticos e intelectuales colombianos. Presenta más bien, como se dijo antes, la visión de una sociedad abierta y justa, con amplias oportunidades para todos, en la que se respetan las divergencias de opinión, creencia y actitud.

VIGENCIA ACTUAL DEL IDEARIO CAMILISTA

Como es sabido, la utopía pluralista de Camilo se decantó rápidamente cuando él partió a la guerrilla. Hubo ataques de muy diversas procedencias, partiendo por los que provenían de la Iglesia católica, que llamó “erróneas y perniciosas” aquellas ideas. El aparato pluralista no logró resultados en la práctica, y a nivel comunal y vecinal los diversos comandos del movimiento, desde

la democracia cristiana hasta el comunismo, no alcanzaron a aplicar la tolerancia esperada. Al intentarse reducir el movimiento a personal “no alineado”, esto es, no perteneciente a partidos existentes, hubo también confusión e ineficacia. Algunos dirigentes fueron perseguidos y tuvieron que salir del país. Pero, al reexaminar el legado de Camilo Torres, puede fácilmente advertirse la vigencia de sus ideas. No fue tiempo ni esfuerzo perdido, y hoy tenemos esta ventaja adicional de la perspectiva histórica, del examen desde lejos, que permite destacar lo rescatable de aquel extraordinario proyecto político.

La prematura muerte de Camilo en el monte impidió que el cura guerrillero enriqueciera aún más el avanzado e interesante ideario del Ejército de Liberación Nacional (ELN). El comandante Antonio García, en su homenaje de estos días, destacó el carisma de Camilo y la relevancia de su pensamiento y de su mensaje para los actuales movimientos políticos en el continente y en Colombia. En efecto, el elemento utópico mismo, con visos socialistas nuevos, se ha vuelto a presentar en estos movimientos, como los que surgieron después de la muerte de Camilo: el de Firmes de Gerardo Molina, el de la Anapo Socialista, el de Colombia Unida, que reunió grupos de todo el país, hasta la fusión con el Movimiento 19 de Abril, que descendió del monte en 1988, para seguir con la Alianza Democrática M-19, que llegó a la Asamblea Constituyente de 1991 con grandes empeños de transformación. Luego nació la inspiradora iniciativa sindical del Frente Social y Político, encabezado entonces por Luis Eduardo Garzón, y el rápido ascenso de este líder a posiciones de gobierno en la capital de la República, donde ha sabido sortear con inteligencia y un buen equipo de gobierno los laberintos de la administración pública. Igual ha ocurrido en regiones donde las izquierdas también gobiernan, como la de la costa atlántica de Bernardo Hoyos, y la región surcolombiana de Angelino Garzón, Parmenio Cuéllar, Guillermo Alfonso Jaramillo y Floro Tunubalá. La ola de redescubrimientos políticos en las izquierdas colombianas, impulsada por los sucesivos éxitos en Chile, Uruguay, Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador y Venezuela, ha estimulado la convergencia de fuerzas

hasta culminar en Alternativa Democrática primero, y en la alianza del Polo Democrático Alternativo después, que está a punto de incidir con fuerza en las cruciales elecciones del año 2006. La impronta y el recuerdo de Camilo Torres están presentes en estos desarrollos del buen radicalismo político. El proceso ha sido positivo a pesar de todo: en estos duros y peligrosos años hemos ganado un respetable acumulado político, social e ideológico.

En mi opinión, el impacto contemporáneo más claro del pensamiento camilista en Colombia se expresó, casi sin advertirlo, en la organización y el funcionamiento de los grupos temáticos y tertulias ideológicas organizados para la campaña presidencial del doctor Carlos Gaviria Díaz, durante el año 2005. Ciento cuarenta profesionales y políticos se organizaron en 17 grupos para estudiar los principales problemas del país y plantear propuestas y salidas. Fue un esfuerzo “desde las bases”, como lo reza su publicación inicial. La idea quedó plasmada en ese mismo folleto, donde se lee que vamos “hacia un Frente Unido de los Pueblos”, y que su propósito es iniciar un esquema pluralista de pedagogía política. Ya hubo algunas sorpresas: una de ellas, “cierta madurez intelectual, técnica y profesional en las personas que ingresaron al proyecto”. Se veían listos a aportar, criticar, revisar y recomponer lo que habían hecho mal, o dejado de hacer, en organizaciones, instituciones y generaciones anteriores. Sentían la necesidad de asumir alguna responsabilidad para subvertir el desorden existente, rehacer el desastroso periplo nacional y reorientar el destino de la nación.

¿Vamos de nuevo hacia aquel Frente Unido de los Pueblos que concibió Camilo? Parece posible, si hacemos caso de los últimos acontecimientos sobre el proyecto de unidad de las izquierdas democráticas, que fue insistencia muy valiosa del senador y hoy candidato presidencial Carlos Gaviria. Nunca habíamos llegado a esta gran etapa de coordinación política, explicable por la desesperante situación del país y por el terrorismo de Estado. Últimamente ha sido necesario luchar contra las amenazas antidemocráticas que se ciernen con la reelección del actual presidente de la República. Por eso me encuentro tan cómodo con el ideario de

unidad del Polo Democrático Alternativo (PDA) —con una que otra adición comprensible—, como me sentí con la confección de los diez puntos del Frente Unido. Casi propuse que el PDA cambiara su nombre por el de FUP (Frente Unido de los Pueblos), pero me reclamaron, con razón, que no anduviera tan rápido.

Por fortuna, hoy ha aparecido en Colombia una generación activa y sentipensante, con un gran contingente universitario, como lo comprobamos en los grupos temáticos y en las tertulias de alternativa democrática, una generación que trabaja a gusto con las bases populares, como en los tiempos de Camilo. Hay mayor acercamiento a estas bases, tanto para acompañarlas como para aprender a investigar la realidad con ellas, con los métodos de la investigación-acción participativa (IAP), otro fruto intelectual de Camilo Torres, como empezó a aplicarla en el barrio Tunjuelito de Bogotá. Esta generación activa y sentipensante está mejor preparada, y creo que es más capaz que las anteriores, incluida la mía, la de la Violencia. Atrás quedaron los Centenaristas de Rafael Uribe Uribe, Los Nuevos de Jorge Zalamea y Carlos Lleras, los del Movimiento Revolucionario Liberal y La Ceja de Alfonso López Michelsen. La rancia cooptación de centro-derecha con la que se ha tentado y corrompido a la izquierda colombiana se ha quedado sin excusas: hoy ya podemos avanzar sin muletas hacia nuestros valorados objetivos históricos.

A diferencia de aquellas viejas generaciones centristas acomodadas, la generación activa y sentipensante actual ha logrado acumular prácticas y conocimientos superiores sobre la realidad nacional y puede actuar mejor en consecuencia. No ha temido salir al terreno a pesar de los peligros e incomprensiones, y volver a aprender con gusto y ánimo sobre nuestro especial entorno tropical, combatiendo el tradicional colonialismo intelectual y político ante los nortños, y redescubriendo las culturas y tradiciones regionales y provinciales de nuestros pueblos de origen: los aborígenes, los afrocolombianos, los campesinos antiseñoriales provenientes de España, y los colonos internos. Y son respetuosos de los valores fundamentales de éstos, que debemos remozar y

proyectar hacia el presente y el futuro, como pegante ideológico del socialismo raizal o *Kaziyadu* que adviene sin tregua.

Hay por lo tanto ciertas bases para un optimismo sobre el cambio social radical y profundo en Colombia, como lo quería Camilo Torres, el ideal por el cual rindió su vida. Hoy lo recordamos con el dolor de la ausencia, pero también con la alegría y la esperanza del deber cumplido, de la tarea pionera y dedicada que realizó para bien de la nación. Tal es la vigencia de Camilo Torres, y tal es la obligación que todavía tenemos de seguir con su legado y hacerlo fructificar sobre la faz de nuestra tierra. Desalojemos del poder a los que nos malgobiernan. Tenemos ya, por fortuna, un liderazgo capaz y los mejores candidatos para asumir el poder. Por ahí va la cosa.

PRÓLOGO A *LA SUBVERSIÓN EN COLOMBIA*¹

El presente libro es primordialmente el resultado de una preocupación: la del futuro de Colombia. País privilegiado en muchos aspectos, que una vez fue capaz de desarrollarse por sí solo y de sobresalir como pueblo progresista y heroico en América Latina, ha venido sufriendo durante el siglo XX un melancólico eclipse de su anterior prestigio. A través de una serie de frustraciones colectivas, “nuestro lindo país colombiano” se ha visto envuelto en una red de deformidades espirituales, económicas y políticas. Semejante desastre exige atención y debe producir preocupación, no sólo entre las clases dominantes a cuyas decisiones se debe la debacle, sino entre los científicos sociales, cuya misión es entender el sentido de aquellos acontecimientos, así como el de los portentos que habrán de venir.

La encrucijada es de tal complejidad que no queda otro camino que examinar la situación con una nueva objetividad, aquella derivada de la aplicación del método científico a realidades problemáticas y conflictivas. Por regla general, la objetividad se ha vinculado hasta ahora al estudio de problemas de “alcance medio”, con técnicas de corte seccional para determinar situaciones de funcionalidad en sistemas sociales. En el presente caso, la problemática que se plantea el científico, por lo agudo y apre-

¹ Texto extraído de *La subversión en Colombia*, Bogotá, 1967, pp. 15-21.

mianete del conflicto, lleva en sí cierta tendencia a buscar salidas, a señalar alternativas y hasta a hacer admoniciones y llamadas a la acción, como ocurre en este libro en las secciones referentes a la situación actual y sus alternativas. Esto es así porque se anhela ganar el conocimiento no como una meta en sí misma, sino para proyectar hacia el futuro una sociedad superior a la que se tiene, que es aquella lograda por generaciones anteriores de colombianos a veces bien intencionados, y otras veces sólo enceguecidos por la ambición de poder.

Colombia necesita que se la estudie desde este nuevo ángulo, porque requiere proyectarse hacia el futuro con claridad de miras y al menor costo social. El país ha pagado muy caro en vidas humanas y en recursos materiales los ensayos anteriores que desembocaron en frustraciones colectivas, estancamiento económico y atraso tecnológico. Los intelectuales y hombres de ciencia colombianos, por lo menos, deberíamos sentir la urgencia de comprometernos en esta gran tarea del siglo, que es la de diseñar y vigilar la construcción de una nueva sociedad entre nosotros, capaz de llevar a su realización plena las potencialidades de la tierra y de llenar las aspiraciones de quienes la habitamos y trabajamos, especialmente los miembros de las clases humildes. Ése es el compromiso central a que lleva este libro. Lo he escrito no sólo como un estudio sociológico dirigido a mis colegas, sino también con el fin de aclarar —para mí mismo y los amigos de todos los grupos que tienen similares preocupaciones— algunos procesos históricos que inciden en las realidades actuales, con miras a delinear una estrategia que pueda ser útil para asegurar el advenimiento de aquella sociedad a la que todos aspiramos.

Admito, pues, que tengo el sesgo de lo que Lester Ward llamaría la “télisis social”, o sea el reconocimiento de la finalidad en los hechos sociales. Al admitirlo, reconozco también dos elementos concomitantes: a) que el conflicto va implícito en todo esfuerzo estratégico de superación colectiva; y b) que el paradigma que emerge del análisis de los procesos históricos nacionales es el del desequilibrio social. El empleo de este paradigma, junto con el enfoque de la télisis lleva a la recomendación del método proyec-

tivo, anticipante o telético, que han favorecido en sus tratados los sociólogos más genuinamente interesados en situaciones de “progreso” y conflicto, tanto los del siglo XIX como algunos del XX.

Por supuesto, adoptar el paradigma del desequilibrio no implica rechazar de plano el otro sesgo, el de los funcionalistas que siguen el marco del equilibrio, porque éste puede ser útil en el análisis de aspectos o sectores relativamente estables de las sociedades humanas. En la práctica, como lo enseñan diversos autores, resulta fructuoso combinar el estudio de lo sincrónico con el análisis de lo diacrónico, y en este libro se trata de seguir aquellas pautas y señalar rutas para realizar esfuerzos similares posteriores. Sólo se observan, de paso, aquellas incongruencias teóricas que ocurren cuando se trasladan literalmente los mismos conceptos de un marco a otro.

Al reconocer las dificultades técnicas de la tarea que me propuse, quiero anticipar, además, que la aplicación del método telético dentro del marco del conflicto y del desequilibrio puede atraer las iras de aquellos grupos cuyos intereses se ven afectados por el estudio del cambio social, al quedar visibles los mecanismos que han venido usando, consciente e inconscientemente, para imponerse de manera señorial y autocrática al resto de la sociedad.

La dominación de los grupos religiosos, políticos y económicos tradicionales se ha basado, en especial, en la ignorancia pasiva del pueblo. Como ésta será derrotada tarde o temprano por la investigación sociológica seria (y la de las otras ciencias sociales), la sociología es mirada por aquéllos como “ciencia subversiva”, tal como sucedió con la ciencia política en los días del período dictatorial de Bolívar, o con la ciencia económica durante la década de 1940.

Ésta puede ser, en verdad, la prueba de fuego de las ciencias sociales en los países que surgen hoy: su efectividad como tal puede compulsarse en razón de su capacidad de entender y medir qué se quiere decir con el término *subversión*. Una sociología comprometida a través de sus practicantes en este sentido puede ofrecer más aportes de entidad a la sociedad y a la ciencia que la sociología “profiláctica” o la seudociencia que se enseña en algu-

nas universidades del país bajo la guisa de sociología. Esto debe ser así porque la verdadera sociología (la científica) encara la problemática vital de la colectividad y no la disfraza con verbalismos o con esguinces de diferente índole. Cuando la sociología evita el compromiso que la lleva a esos sitios de acción y pasión, temiendo los ataques que le puedan dirigir algunos grupos interesados, no logra tampoco llegar al corazón de la explicación causal de los cambios históricos, y se frustra allí mismo su razón de ser como ciencia positiva y como factor real del progreso de los pueblos.

No sobra recalcar, finalmente, que otro propósito de este esbozo histórico-social ha sido entender mejor la naturaleza de la transformación intensa que se desarrolla hoy en Colombia y, por posible analogía, en otros países del mundo. Aunque esta tarea analítica se realiza aquí dentro de un marco relativamente diferente, no se innova conceptualmente porque sí, y mucho menos se pretende ofrecer una teoría nueva de cambio social. Se espera, eso sí, que el libro sea leído y considerado como un todo, pues se ha integrado conceptualmente de manera sistemática, y sería falta ética citar sus partes o comentarlas fuera de contexto. Es posible que del empleo preliminar y experimental del marco integrativo ofrecido en este libro puedan derivarse algunas hipótesis de interés, que animen a los estudiosos a investigarlas más profundamente. Ello sería sumamente provechoso, ya que serviría, entre otras cosas, para descartar lo que deba ser olvidado de este empeño.

Siendo que América Latina parece acercarse al momento histórico de su afirmación universal, no podemos menos que prestar ordenada atención a las características de la situación actual. En Colombia se hace necesario, además, proyectar las alternativas que faciliten la solución de los problemas inherentes a esa situación. Porque todavía está incompleta la tarea de ganar las metas valoradas que tanto algunos dirigentes como el pueblo mismo han planteado desde 1925. Son metas que han vuelto a reiterarse dramáticamente en nuestros días para modificar fundamentalmente un orden social que sigue siendo injusto desde el punto de vista del pueblo en despertar y de un creciente número de colombianos de otras capas sociales identificados con el mismo pueblo en su

inusitado esfuerzo de superación. Éste es el esfuerzo que debe ir determinando el otro impulso creador trascendente, aquel que llevaría hacia la transfiguración de Colombia.

Escribir un libro no es un simple acto de voluntad. El que hoy sale a la luz pública es el resultado de un proceso de muchos años de investigación sociológica e histórica combinada con aplicaciones prácticas en situaciones reales de cambio social. Como es de suponer, el pensamiento aquí contenido no proviene de una sola fuente o escuela, ni está condicionado por una sola serie de contactos. Refleja el estímulo que el autor ha recibido de aquellas experiencias y a través de la lectura de diversos autores, y del contacto personal y discusión con colegas colombianos y de otras partes del mundo. A algunos de ellos quisiera destacar particularmente para testimoniarles mi reconocimiento personal, sin que ello implique que sean responsables de lo consignado en este libro.

En primer lugar, debo mencionar a los compañeros de la lucha universitaria y del esfuerzo de creación académica y científica que culminó en la antigua Facultad de Sociología, hoy departamento de la nueva Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia. Descuella en este grupo el padre Camilo Torres Restrepo, símbolo de nuestra “generación de la Violencia”, cuya visión ideológica y consistencia de carácter se están perfilando con claridad. El fútil silencio que se ha decretado en el país sobre su vida y su obra en favor de la causa de la renovación nacional queda compensado con creces no sólo por la lealtad de los diversos grupos nacionales que mantienen viva su memoria, sino por la resonancia internacional que el padre Torres ha ganado desde su muerte en febrero de 1966. Sus principios y el relato de su vida aparecen con comentarios en periódicos y revistas de todo el mundo, y se incluyen en agendas de reuniones eclesíásticas y seculares. Son actos de justicia que seguirán multiplicándose a medida que pasa el tiempo. La influencia intelectual y personal del padre Torres ha sido y seguirá siendo importante. Fue el tipo del subversor moral, de los que abren trocha nueva. Por eso, dedicarle este libro es no sólo un acto de amistad, sino un justo

reconocimiento a su contribución para entender el sentido de la época en que nos ha tocado vivir.

Otros colegas de la facultad, colombianos y extranjeros, me brindaron esencial ayuda en la confección de este libro, especialmente con sus críticas al primer borrador o a través de comentarios en diversas ocasiones. Son ellos María Cristina Salazar, Gerardo Molina, Jorge Graciarena, Darío Mesa, Eduardo Umaña Luna, Carlos Castillo, Cecilia Muñoz de Castillo, Rodrigo Parra, Federico Nebbia, Guillermo Briones, Tomás Ducay, Luis Ratinoff, Humberto Rojas, Álvaro Camacho, Magdalena León Gómez y Fernando Uricoechea.

En igual sentido debo expresarme sobre los profesores T. Lynn Smith (Universidad de Florida), José A. Silva Michelena (U. Central de Venezuela y Massachusetts Institute of Technology), Frank Bonilla (MIT), Celso Furtado (U. de París), Bryce Ryan (U. de Miami), Wilbert E. Moore (Russell Sage Foundation), Charles Wagley, Lewis Hanke y Amitai Etzioni (U. de Columbia), Arthur Vidich (Nero School for Social Research), Kalmar Silvert (Dartmouth College), A. Eugene Havens (U. de Wisconsin), Florestan Fernandes (U. de São Paulo), Luis A. Costa Pinto (United Nations Institute for Training and Research), Andrew Pearse (Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria), José Matos Mar (U. de San Marcos) y Pablo González Casanova (U. Autónoma de México); así como también agradezco las orientaciones recibidas de los reverendos Gonzalo Castillo D., Juan A. Mackay y François Houtart.

No menor ha sido la influencia crítica de mis alumnos en las Universidades de Wisconsin y Columbia durante el año de 1966, a quienes presenté el marco diseñado para este libro. Extraordinario fue también el estímulo que recibí durante mi visita a Cambridge en enero de 1967, cuando después de mi exposición sobre el concepto revaluado de *subversión* hicieron comentarios muy útiles los profesores Gino Germani y Albert O. Hirschman (U. de Harvard), Everett E. Hagen (MIT) y Glaucio A. Dillon Soares (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), entre otros.

Entre los compañeros de lides intelectuales cuyas ideas he utilizado en más de una ocasión en este libro, se destaca el doctor Otto Morales Benítez. Sus estudios sobre la colonización de la región quindiana, sobre los caudillos y otros temas de interés colombianistas, aparte de la devoción de su autor por la defensa del hombre y de los recursos naturales del país, serán tareas que apreciaremos los colombianos cada vez más.

Al Land Tenure Center y al Departamento de Sociología Rural de la Universidad de Wisconsin, al Instituto de Estudios Latinoamericanos y al Departamento de Sociología de la Universidad de Columbia debo el importante apoyo financiero e institucional que hizo posible que terminase este libro durante al año 1966. A sus directores Peter Dorner, Douglas C. Marshall, Charles Wagley y Hervert J. Hyman, respectivamente, van mis cordiales agradecimientos.

A mis familiares y amigos personales que me animaron en la tarea, no menos que al dedicado personal de secretaría que con paciencia elaboró el texto para la imprenta, les rindo también mis más sinceros reconocimientos. Ahora, al terminar esta etapa, la ayuda de todos no será menos esencial, porque se inicia otra durante la cual será indispensable contar también con su apoyo y amistad.

LO QUE VA DE AYER A HOY Y EL RITMO SOCIAL DE LA HISTORIA¹

En las vacaciones de fin del año 2007 volví a leer el prólogo escrito en 1967, poco antes de mi salida de la Universidad Nacional de Colombia. Recordé las recomendaciones que hacía años me habían hecho estudiosos respetables como Eduardo Umaña Luna, Alberto Mendoza Morales y Lauchlin Currie sobre la necesidad de volver a publicar el presente libro. Miré ahora, con mis cansados ojos, a aquel joven sociólogo que empezaba a ser golpeado por la historia viva. Quedé abrumado. Cuando leí los capítulos analíticos quedé asombrado: había olvidado los detalles de aquella construcción intelectual. La lectura no me conmovió tanto por el método de análisis cuanto por los horizontes que proyectaba. Era ortodoxia con profecía. Y caí en la idea de reeditar.

Para realizar este proyecto, hube de escoger entre dos versiones: la primera, de 1967, adelantada en la Universidad de Wisconsin, y la segunda, de 1968, traducida al inglés con el título *Subversion and Social Change in Colombia*, con ajustes y modificaciones parciales. El texto perdió coherencia y, aunque auspiciado por Columbia University en Nueva York, no fue bien recibido, con

¹ Texto extraído de *La subversión en Colombia: el cambio social en la historia*, Bogotá, FICA/CEPA, 2008, pp. 7-14. Este texto constituye el prólogo a la edición de 2008, puesta al día.

razón, por los reseñadores de las revistas científicas internacionales. Me concentré, pues, ahora en la primera edición, para lo cual acordé lo siguiente:

1. Dejar intacta la redacción original de los 10 capítulos histórico-descriptivos y la copiosa bibliografía, por razones de contexto y momento. Fueron soporte de las tesis del libro y del método analítico de la historia que había adoptado entonces, método que, a decir verdad, hallé pertinente y aplicable para el examen de hechos más recientes o contemporáneos, como lo explico más adelante. La principal diferencia formal apareció en la bibliografía, porque el examen y redacción de los nuevos materiales (epílogo) exigían, naturalmente, bases referenciales más actuales. Compilé entonces las “Referencias adicionales” que aparecen a continuación de la bibliografía original.

Son también justo homenaje y reconocimiento al esencial aporte de investigadores eminentes al conocimiento y comprensión de los últimos procesos nacionales. Es indudable que las ciencias sociales colombianas se han enriquecido mucho desde 1967.

2. Como consecuencia de lo anterior, eliminé los tres apéndices conceptuales por considerarlos superados u obsoletos dentro de la actual disciplina sociológica; y también omití la polémica “galería de héroes subversivos”, interesante aunque prematuro esfuerzo para visibilizar olvidados dirigentes populares. Tanto los apéndices como la galería pueden compulsarse en las primeras ediciones.

3. Elaborar este nuevo prólogo, para explicar el proyecto y los ajustes necesarios.

4. Redactar un epílogo que trate de llevar el relato analítico desde 1965 a la actualidad del siglo XXI, con el marco de referencia adoptado entonces, con caracterizaciones concisas y con reflexiones críticas y autocríticas pertinentes, tareas necesarias en búsquedas alternas y urgentes de cambio social en el país.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

El lector podrá constatar que no se trata de hacer “autobombo”. El diagnóstico de la situación colombiana como la veía en aquellos años y que aparece en el prólogo de la primera edición puede dictarse casi al pie de la letra para hoy, a pesar de progresos, como los materiales y educativos, la promulgación de la Carta de 1991 y el avance de movimientos y partidos populares, como el Polo Democrático Alternativo con sus recientes triunfos, que han debilitado el bipartidismo tradicional.

Continúan las graves grietas estructurales y las responsabilidades que adjudico, desde entonces, a las clases altas y a los gobernantes sucesivos con sus partidos e instituciones culpables, sea por acción o por omisión.

Ha pasado demasiado tiempo con la violencia múltiple a cuestas, tanto que ya no alcanzan los tropos para describirla: como la implacable espiral, la anaconda envolvente, el mito de Prometeo y el recurrente *tsunami*. Al recordar los últimos años, y en especial los últimos eventos del siglo XXI, con sus avances y altibajos, he aventurado en el epílogo presentar la hipótesis de un clímax saturante de la violencia acumulada, cuya expresión se halla en el desarrollo de la política de “seguridad democrática” puesta en marcha por el presidente Álvaro Uribe Vélez. Los últimos hechos tan desiguales y a veces erráticos me llevaron a dedicar atención especial al régimen uribista.

El tema principal —subversión y orden— lleva naturalmente a plantear qué hacer. El presente libro no es un vademécum, y por eso apenas esboza aspectos teórico-prácticos generales. Aquí no elaboro estas metodologías, sino que remito a la abundante literatura sobre IAP (investigación-acción participativa) producida desde 1970 en nuestro medio y en muchas otras partes del mundo. Además, se conocen mis posiciones sobre organizaciones populares y el avance del *socialismo raízal* como pasos hacia la paz, como debería culminar nuestra historia.

Mis últimas contribuciones acaban de salir en español e inglés, a raíz de los premios Malinowski y Diskin que recibí en estos

últimos meses, textos a los cuales me remito (véase la siguiente sección de este prólogo). Hay, pues, respuesta concreta sobre cómo proceder con relación a la Violencia, pero esta reedición no es el sitio para elaborarlo.

Cuando escribí este libro distinguí en la historia de Colombia cuatro órdenes sociales y anticipé un quinto orden en el horizonte del siglo XXI. El primer orden es el aborígen precolombino, al que bauticé como “áylico”, empleando la palabra quechua asignada para “tierra” con el fin de destacar la importancia de lo telúrico en nuestra cultura y personalidad. Es el vínculo fundamental con el trópico nuestro, cuyo guardián, como pueblo originario, es el indígena, lo que no puede perderse, so pena de desaparecernos de la faz del planeta.

El segundo orden social es el “señorial” y de castas, impuesto por los invasores europeos del siglo XVI. El más largo de todos los órdenes ha resistido parcialmente hasta nuestros días. El orden “burgués-conservador”, también muy estable, es el tercero de la historia desde finales del siglo XIX. Y el cuarto orden social, identificado como “social-burgués”, ya corre con el siglo XX anticipando cambios que llegan hasta hoy. La visión del quinto orden, dejado a medias en 1967, recibe ahora una mayor atención en vista de la aceleración de procesos de cambio en los últimos decenios.

Cada orden social va anunciado y precedido por las tensiones y conflictos de períodos *sui generis* que he denominado “subversiones”. Distintas de las definiciones usuales de diccionario, a estas subversiones les añadí el adjetivo “moral” para indicar las motivaciones ideológicas de cambio social de sus actores. La primera subversión moral es la “cristiana”, representada por la cruz y la espada de los conquistadores europeos. La segunda es la “liberal”, inspirada en la Ilustración de mediados del siglo XIX, que tuvo también visos socialistas y radicales, valores frustrados por el orden burgués. La tercera subversión moral es la “socialista” de comienzos del siglo XX, a su vez seguida por la alianza del orden social-burgués. Planteo una cuarta subversión moral, la “neosocialista”, que anticiparía el quinto orden que he postulado como posible.

Esta subversión, la neosocialista, es la que tiene como símbolo la vida y obra de Camilo Torres Restrepo como intelectual y líder político. Dediqué los capítulos 8 y 9 de esta obra al padre Torres y a la *utopía pluralista* con principios políticos en el Frente Unido. No creo que con la muerte se haya disipado este sentimiento popular; por el contrario, la vigencia del padre Torres y de sus ideas se ha vuelto universal, y en Colombia ha fructificado con previos trabajos alternativos, como los de Antonio García y Gerardo Molina. Por eso este libro se ha dedicado a la memoria de Camilo Torres.

Las fechas de comienzo y terminación de cada periodo son tentativas. Las escogí por su pertinencia y visibilidad como elementos de ayuda analítica y mnemotécnica. Es destacable, por ejemplo, que las subversiones socialistas que provienen del siglo XX aparezcan en nuestra historia repetidamente. Es interesante que el neosocialismo de este viejo libro se registre hacia el siglo XXI (no hay nada nuevo bajo el sol), y que, por lo tanto, el quinto orden puede estar seriamente condicionado por esta conocida ideología, ahora en su modalidad raizal o radical. Hechos recientes parecen confirmar estas circunstancias y/o tendencias, especialmente en Venezuela, Bolivia y Ecuador. El péndulo de la historia se desplaza a la izquierda, y acaba de tocar al Paraguay.

Cada orden y cada subversión tienen lo que he llamado sus “condicionantes”. Son agentes dinámicos que incluyen grupos clave, instituciones, tecnologías, valores y normas dedicados a los fines de transformación o construcción de la sociedad. La efectividad de los condicionantes depende de la naturaleza de las propuestas de cambio, para el caso de la subversión moral. Los condicionantes se detallan en los capítulos 7 y 19 junto a los cuatro elementos dinámicos de todo orden, a saber: valores, normas, instituciones y tecnologías. Se retoma en la página 15 de mi folleto complementario, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, publicado en México en 1970. Para ello desarrollo la teoría de la refracción de la utopía, del anarquista Gustav Landauer (1919), cuando plantea el concepto alternativo y práctico de “topía”.

Como lo sugerí antes, la utilización de la metodología participativa o IAP, que entonces llamé “investigación telética” con base en el concepto de *telesis* (*telos* significa finalidad) de Wilhelm Dilthey, sirvió para justiciar las funciones de la sociología como ciencia útil dejando atrás las exógenas escuelas funcionalistas-positivistas que todavía tratan inútilmente de imitar a las ciencias exactas. He querido enfatizar, antes y ahora, el compromiso sociopolítico de los científicos y activistas con un pueblo que sigue ansioso de justicia y equidad. Todavía en nuestra época se necesita superar el paradigma aún vigente en instituciones para llegar al más pertinente paradigma “holista” con la aplicación de la IAP. Sobre este marco filosófico remito nuevamente a mis últimos escritos para los premios citados (2007-2008).

HERRAMIENTAS CONCEPTUALES

Como era de esperarse, hay conceptos y vocablos empleados en este libro que necesitan aclararse en términos contemporáneos, porque siguen teniendo vigencia. Acabo de mencionar los conceptos de *subversión*, *socialismo*, *telesis* y *utopía*. Otros saltan a la vista, el más importante de los cuales es el de *desarrollo*, que campea por casi todo el texto. No es desarrollo imitativo del Norte, que algunos llaman hoy “reformismo”, promulgado como gesto triunfalista de la guerra fría por el presidente norteamericano Harry Truman en 1949, que es el tipo de desarrollo oficial en Colombia. Por fortuna advertí sus falacias y redefiní aquí el desarrollo como “el paso que lleva de un orden social a otro”, según la época. Como lo recuerdo en el epílogo del presente libro, esta diferencia me distanció de los “desarrollistas” del Partido Liberal y sus tendencias de cooptación.

Cooptación es otro concepto relacionado con la teoría de las antielites que no han perdido actualidad. En este libro he empleado el más castizo término *captación*. El *ethos* lo usé de manera más general de como lo haría hoy para describir valores fundantes o normas dominantes. El concepto *disórgano*, criticado a veces por ortodoxos, lo hallé útil como elementos de la subversión en

contrapunteo dialéctico con “organismos institucionales” de la tradición (por eso utilicé el prefijo *dis*). *Praxis y frónesis* constituyen otra innovación conceptual que frena el abuso del activismo político “puro”, lo que sigue siendo asunto de interés contemporáneo.

Entre estas búsquedas de lo propio y del valor con alas propias tanto ayer como hoy, sobresale el gigantesco aporte de los colegas colombianos para el avance en estos 40 años de la historia regional y de las ciencias aplicadas, desde la antropología hasta la botánica. La riqueza informativa local se ha centuplicado en nuestro país, lo que ha llevado a ajustar la imagen pública de diversos dirigentes, tales como Juan José Nieto, Quintín Lame, Manuel Murillo Toro, Pedro Justo Berrío y Aquileo Parra. A Nieto y Lame no los alcancé a mencionar en 1967; sobre los otros ya he hecho interpretaciones más informadas. El papel orientador del Olimpo Radical apenas lo sugerí. Hoy le concedo gran importancia político-social. Pero el análisis del poder político hereditario o dinástico de “los del-fines” que hago en este libro, sigue muy actual.

En general, hallo consistencias teóricas y convergencias metodológicas entre el texto de 1967 y mis artículos más recientes sobre pueblos originarios, valores fundantes y el socialismo raizal o radical (del latín *radix*, raíz), como los publicados en la revista *Cepo* (Bogotá, 2007). Puede verse también mi libro con este tema publicado por CEPAL y la editorial Desde Abajo. Ésta es la meta que todavía vislumbro para nuestros pueblos, con el empleo de la praxis con frónesis, a partir de los dinámicos eventos de Sudamérica en sus profundas transformaciones. Por ahí es la cosa, a pesar de transitorias derrotas.

Habría que reestudiar el encadenamiento de órdenes sociales y periodos subversivos que presenta nuestra historia, con los condicionantes respectivos. Me parece que ayuda a aclarar y también a descubrir de forma urgente los nuevos horizontes de acción política, lo cual fue precisamente el propósito del prólogo de la primera edición, que he retomado en la presente reflexión introductoria.

AGRADECIMIENTOS

La tarea de ampliación de este libro se hizo en la acogedora casa “Firaya”, en las verdes colinas de Paipa, refugio del conocido dirigente y respetado profesor don Pedro de Pacanchique y Ávila, con su generosa hospitalidad y con el valioso recuerdo de sus ancestros: el del cacicazgo muisca de Ramiriquí (Boyacá) y el de Salamanca, provincia de Ávila, en España.

Registro con inmenso reconocimiento la acogida que también tuve de familias de Paipa, cuyos miembros me sirvieron de ojos, pies y manos, y para estudiar y discutir ideas, con el fin de completar el tomo. Además va mi agradecido recuerdo por la labor de apoyo y lazos de amistad de la colega Luisa María Díaz Vargas, los esposos Rueda-Vargas y las familias Pulido y Díaz Pacheco con sus maravillosas proles.

Agradezco el impulso editorial que recibí de Gerardo Rivas Moreno y Miguel Eduardo Cárdenas, así como los grandes servicios que para éste y otros trabajos, y por un buen tiempo, me ha prestado el talentoso comunicador y activista Víctor Edilson Jiménez, con invaluable amistad y solidaridad, así como las de su querida madre, la antigua líder sindical doña Clara Inés Jiménez, del barrio Casa Rey, en Usme, localidad del sur de Bogotá.

Finalmente, mi cariñoso abrazo zenú a mis hermanos, hermanas, cuñados y cuñadas Kornerup-Fals, Fals-Ortiz, Fals-Al-deman, Navia-Fals-Newendyke y Torrijos-Kornerup-Fals, por haber sido mi sostén moral y material en las crisis recientes que he sufrido, y por sus estimulantes comentarios al presente libro.

* * *

EL RITMO SOCIAL DE LA HISTORIA

El marco de referencia que se ha seguido en este libro fue diseñado primordialmente para tratar de entender mejor la naturaleza de los procesos del cambio social en la historia de Colombia, no sólo en el pasado, sino como se dibujan en el presente. Con este fin

—y como un primer intento que debe ser corregido y superado— se propuso combinar lo diacrónico con lo sincrónico, siguiendo una pauta proyectiva, para ir estudiando la historia y deducir de ella algunas proposiciones generales que pudieran ser útiles para conformar una sociedad superior. Los problemas sociales del país han sido y son de tal modo críticos, que el científico debe concederles prioridad en su análisis, para ver el modo de aliviar la situación y comprometerse además a proponer y trabajar por soluciones positivas.

El libro parte del clásico concepto del orden social, limitándolo para hacerlo manejable y determinándole componentes valorativos, normativos, organizativos y tecnológicos, los mismos de donde partieron los sociólogos del conflicto que orientaron a la sociología en la era problemática del siglo XX. Se postula que, en determinadas circunstancias propicias, condicionadas por factores históricos, económicos o demográficos, estos componentes reciben el impacto de ideologías de origen utópico para acelerar la descomposición del orden, refractarlo y dar paso a una subversión.

El conflicto que aparece en tales condiciones, como hemos visto en los capítulos anteriores, tiene no sólo variaciones regionales, según el estado en que se encuentre la coherencia del orden social vigente, sino también modalidades históricas, según el tipo de acción subversora que se lleve a efecto. En general, pueden distinguirse dos tipos de subversión del orden: a) la producida por conquista militar-ideológica; y b) la raizal o nacional. Tanto en la una como en la otra se busca o impone el cambio radical en las pautas de vida de un pueblo, lo cual se verifica dentro de un determinado período de tiempo y con similares mecanismos y factores.

La conquista española en América tuvo definidas características de subversión del orden local, provenientes del impacto de la ideología cristiana y de los valores dominantes en la península Ibérica en el momento del Descubrimiento, adoptados por grupos clave americanos que tendían a identificarse con los conquistadores. No fue una simple ocupación militar y económica, sino

un esfuerzo aculturador. De allí que hubiese tenido tan duraderas consecuencias en la sociedad americana de la posconquista.

Las subversiones raizales, para el caso colombiano, sólo ocurrieron al surgir la nacionalidad como fenómeno moderno, en los siglos XIX y XX. En ellas, por supuesto, no aparece el elemento externo de imposición de conquista, sino que hay rebelión o revolución interna con acentos ideológicos que pueden ser exogenéticos. Pero el efecto es muy semejante al anterior en cuanto al impacto que tiene en las formas de vida del pueblo. Los mecanismos y factores de la subversión producen transformaciones significativas en los órdenes sociales vigentes.

En ambos tipos de subversión, y bajo condiciones apropiadas, los planteamientos utópicos absolutos sobre nuevas metas sociales se decantan por la realidad ambiente y se convierten en utopías relativas con su porción de ideología. Esta ideología de temple utópico lleva a descubrir y especificar las incongruencias latentes en los elementos por los cuales se articula el orden social. En estos casos, la utopía aparece como un conjunto de ideas y de valores sociales que tienden a dominar sobre el sentido de dirección que debe tomar el cambio social. Busca expresión en las normas y apoyo en la organización social.

Pero como se observa por el análisis de los capítulos anteriores, también surgen otros fenómenos que inducen al cambio significativo, que son condicionantes promovidos por la cismogénesis latente, por diferencias regionales, por crisis o necesidades en las vinculaciones económicas y políticas entre naciones o en sus relaciones de dominación y dependencia, o por el intercambio interno entre los componentes del orden social. Puede ocurrir, además, que la acumulación en el complejo tecnológico produzca efectos secundarios, como el del perfeccionamiento científico del control de las enfermedades infantiles en la población de un lugar.

Estos fenómenos —en aislamiento o en acumulación— tienen efectos sobre el orden social, y tienden a descomponerlo en sus elementos internos al llegar al punto crítico adecuado. Sería algo semejante a la refracción de la luz solar a través de un prisma. Ocurre un fenómeno análogo de refracción, peculiar a la entidad

superorgánica estudiada aquí, que destaca las contradicciones del orden social, hasta entonces latentes, inconscientes o encubiertas.

El impacto o *élan* del conflicto desencadenado por las utopías o por los cismas en los componentes tiene la virtud de iluminar las incongruencias en las formas actuales de vida. Además, por el proceso dialéctico inherente y en condiciones sociales, económicas e históricas adecuadas, dicho impacto hace que una serie de valores, normas, instituciones y grupos con los elementos tecnológicos que le son coadyuvantes, mantenga su ritmo y dirección, polarizándose y coligándose alrededor de la condición o situación natural de tradición.

Pero debido al desgaste interno del orden vigente o a la derrota de su sociedad, y por efecto de las tendencias irrealizadas que representan las necesidades y urgencias de la época (vistas a través de los mismos cismas) se refractan los elementos contrarios, hasta entonces latentes, que se manifiestan ya abiertamente para retar a los elementos tradicionales. Estos contraelementos, que son respuestas dialécticas a los de la condición de tradición, son los antivalores, las contranormas, los disórganos y las innovaciones técnicas.² Ellos se integran y polarizan a su vez entre sí, conformando una situación o condición competidora en el seno de la misma sociedad, que se denomina *subversión*. La subversión se define, por lo tanto, como aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz

² Los elementos que se integran en la subversión son respuestas a la condición contraria, y por eso se reúnen en cuatro categorías que replican las de la tradición. No implica ello que exista una realidad dual o dicotomía, que dé lugar a las conocidas tipologías polares. Es posible concebir, dentro del espacio de la refracción del orden social, diferentes grados de agudeza en la subversión, y aun el caso de asimilación o captación de grupos por uno u otro lado, ajustes ideológicos o fenómenos similares. Sin embargo, para fines de análisis del fenómeno de transformación social en Colombia y en la América Latina, especialmente hoy en día, prestar atención directa al extremo concreto de la subversión permite fijar, aislar y examinar los hechos sociales más pertinentes. Futuras investigaciones podrían sondear el espacio de la refracción del orden que queda entre los dos extremos enfrentados claramente en una subversión.

de nuevas metas valoradas que una sociedad quiere alcanzar. Al proceso de resolución y superación total o parcial de la subversión (según sectores institucionales) se le denomina *acelerada e intensa del desarrollo*, para ganar el poder político por el empleo de la violencia.

Hemos visto que la subversión tiene una trascendencia: su aparición implica contradicciones de tal categoría que pueden causar la transformación del orden social en que se experimentan, en uno distinto. Por eso, la subversión no debe confundirse con cualquier aspecto del cambio social: es índice de inconsistencias y discordancias valorativas, normativas y organizativas de significación, que van desde las agregaciones mayores de la sociedad hasta los grupos del nivel local y la propia personalidad. Cuando el *élan* lleva a la subversión al clímax apropiado, se van creando organismos, técnicas y actitudes conducentes al cambio, que producen una aguda sensación de perplejidad, anomia o inseguridad en las pautas de interacción social. Esto se realiza por la aplicación de tres *mecanismos de compulsión*: la hegemonía política (a través de conquista o rebelión), la habilidad directiva y la difusión social con saturación de lo nuevo y diáspora de elementos rebeldes. Estos mecanismos le van imponiendo dirección al cambio social, y son manejados en turno tanto por los grupos tradicionalistas como por los subversores, que buscan imponer sus respectivos puntos de vista y sus metas valoradas.

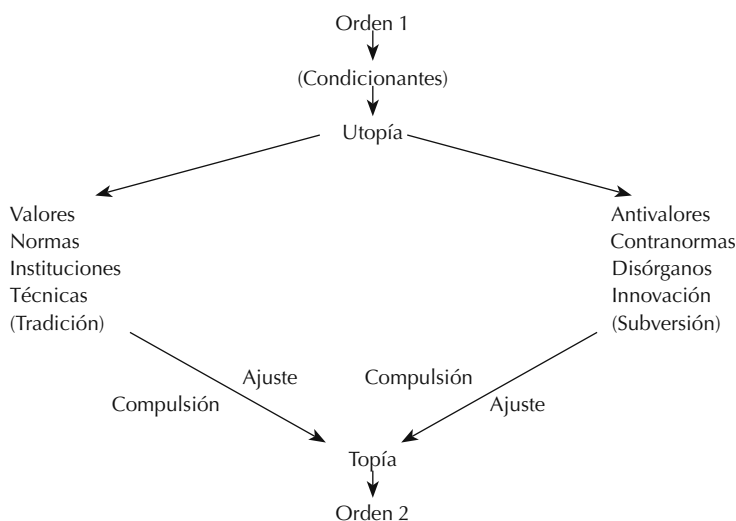
Naturalmente, la sensación de perplejidad brota del enfrentamiento de los sistemas valorativos y normativos, expresados por los grupos. Esta indecisión puede durar mucho tiempo. Sin embargo, una situación permanente de indecisión no es posible, porque ésta no es la meta que persigue la subversión ni la tradición. El proceso lleva así a un anticlímax, sintomático de que los grupos van buscando el avenimiento. La habilidad con que lo hacen y la estrategia de captación de oponentes que aplican en momentos cruciales, pueden ser factores suficientes para el éxito de sus respectivos puntos de vista. Del vigor, la persistencia y la resistencia de los elementos subversores o de sus contrarios

dependerán también la duración del período agudo y el anticlímax del conflicto.

Se inicia entonces un proceso maestro de *ajuste* entre la condición de tradición y la condición de subversión, que busca la estabilización relativa en un nuevo orden social. Para el efecto se aplican no sólo los mecanismos compulsores que tratan de mantener la dirección del cambio, sino también los *factores estabilizantes* que implantan las raíces para que crezca la futura tradición y se asegure la supervivencia de los elementos transformados. Estos factores toman en cuenta: a) las incompatibilidades de los elementos en conflicto, para imponer o buscar la sustitución, el compromiso, la tolerancia mutua o la acomodación; b) las compatibilidades de los elementos, para producir la asimilación, la amalgama, la adición o la acumulación; y c) la capacidad de difusión, saturación y control de los nuevos elementos en los niveles básicos de integración. Los factores estabilizantes que hemos estudiado son: la sociabilización del desarrollo, la legitimación de la coerción, la persistencia ideológica y la coadyuvancia tecnológica.

Durante este período de ajuste, con la compulsión que le acompaña, empieza a surgir la nueva *topía*, con los residuos que deja la confrontación. Entonces se forma el nuevo orden social. Éste, convertido en otra tradición, llevará implícitos los residuos contradictorios para una eventual subversión, y así se repite el proceso (cf. Hegel, 1896). (Véase la gráfica 1, que muestra el impacto descomponedor del conflicto y la utopía con sus condicionantes, la refracción del orden y el ajuste-compulsión de la tradición y la subversión que lleva al nuevo orden social).

Gráfica 1
Descomposición dialéctica del orden social



No se propone con este esquema que exista una tendencia en la historia de Colombia por la cual se repita un ciclo de cambio periódicamente en idénticas secuencias, y sin reversiones. Se establecen mecanismos y factores que son comunes a los cuatro casos estudiados, ya que los cuatro pertenecen a la misma categoría conceptual de “subversión”. Pero se determinan también las diferencias culturales de cada época y el diverso papel que las ideas y las condiciones económicas y sociales juegan en las cadenas de causalidad de los cambios.

Para fines de la presente investigación se trató de seguir seis reglas de procedimiento (capítulo 2): aislar los elementos contradictorios para analizarlos; especificar la naturaleza sociocultural de ellos; relacionarlos con un tiempo y un lugar concretos; determinar consecuencias a escala popular y ver los eventos desde esta perspectiva, en lo posible; reunir los elementos afines bajo conceptos generales, e identificar los grupos clave de cada período histórico. Esta metodología dio por resultado establecer cuatro

órdenes sociales en la historia de Colombia, seguidos por otras cuatro subversiones, durante los siglos que van desde antes de 1493 hasta 1966. La última subversión parece que apenas se inicia. Con el fin de estudiar todas ellas se encontró adecuado aplicar principios y métodos anticipantes, que reconocen la finalidad o *telos* en las instituciones humanas.

El ritmo social de la historia de Colombia que resulta de este análisis puede apreciarse en forma resumida en la gráfica N° 2.

Partiendo del orden *áylico* de antes del descubrimiento de América, se observan valores autónomos en el pueblo chibcha dominado por un *ethos* de sacralidad tolerante, y conformados por el animismo, el familismo, el naturalismo y el futurismo. El marco normativo incluía *normas* de estabilidad comunal y providencialidad. Los grupos clave de la organización social eran los *sybyn*, con integración vecinal, roles prescriptivos y estratos sociales semicerrados. En cuanto al complejo tecnológico, los americanos poseían una cultura de surcos y tubérculos, el palo cavadador y la azada, algunas artesanías y técnicas de defensa manual.

La conquista española trajo consigo el impacto poderoso y cruento de la utopía misional concebida en 1493 y decantada ideológicamente poco después, por la cual se aliaron la Iglesia y el Estado en un ambicioso intento de realizar en el Nuevo Mundo una sociedad cristiana. La imposición de la conquista hizo surgir una antielite y grupos clave ladinos que, con los otros grupos subversores o disórganos hispanos, dieron casa a la primera subversión de la historia colombiana, la cristiana, ocurrida entre 1537 y 1595. Durante ese período se asimilaron los antivalores y las contranormas traídos por los españoles y se cerraron los grupos sociales para dar lugar a una estructura de castas.

La síntesis entre el orden *áylico* y el traído de Europa originó una *topía* nueva, la del orden señorial, que cobijaba por igual a la colonia y a la metrópoli. A través de la compulsión y diáspora de los disórganos, en el orden señorial se adoptaron y difundieron valores nuevos con un *ethos* de urbanismo de castas, que incluía el ultramundismo, el neomaniqueísmo y versiones adaptadas o asimiladas del animismo, el familismo y el naturalismo *áylicos*.

Estos valores se tradujeron en normas de rigidez prescriptiva y moralidad acrítica, que se añadieron a las de estabilidad comunal y providencialidad del orden anterior. Los grupos clave de este período fueron los de los señores (con los clérigos) y los ladinos de diferentes clases y niveles; y los mecanismos sociales más importantes para efectuar la transición fueron los de la encomienda, la doctrina y la hacienda, con instituciones de imposición sobre los americanos, como el resguardo, el concertaje y el tributo. Elemento importante en el éxito del orden señorial en el Nuevo Reino de Granada fue la tecnología superior de que disponían los grupos subversores, incluyendo las técnicas del arado de madera con instrumentos de hierro, la cultura de granos, la rueda y la defensa montada con arreos. Más adelante se añadió la pólvora a este componente. Tuvieron éxito los españoles en su subversión y fueron capaces de implantar un orden social que perduró por ocho generaciones, desde 1595 hasta 1848.

Las incongruencias y las inconsistencias latentes del orden señorial, producidas en parte por la decantación de su utopía, fueron quedando más y más visibles con el paso del tiempo, y crearon tensiones y conflictos internos como el de los Comuneros, hasta cuando se dramatizó la crisis con la llegada de la utopía liberal-democrática, en 1794. No obstante, aunque se preparaba la escena del cambio con las guerras de Independencia y con normas antihispánicas, el verdadero impacto ideológico de aquella utopía sólo se registró en 1848, cuando se estimularon los grupos progresistas con el furor romántico y de la segunda Revolución Francesa, realizando a su vez, en 1854, uno de los dos casos de revolución en Colombia. No todos los antivalores y contranormas de entonces se asimilaron en esa oportunidad, porque hubo una pronta coerción y captación reaccionaria de antielites por los grupos dominantes. Se frustraron así los efectos de la revolución, por un adecuado refrenamiento. En cambio, se introdujeron valores y normas afines, como los del mecanicismo, la ética empresarial, el nacionalismo, el *laissez faire* y la democracia formal, que darían base a la creación de grupos clave burgueses de los dos partidos tradicionales.

Gráfica 2
El cambio social en la historia de Colombia (1493 a 2008)

Componentes Antes del cambio social	Orden Afiliado a		Orden Burgués b		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d	
	1493	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517
Activo	Orden Afiliado a		Orden Burgués b		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d	
	1493	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517
VALORES	Orden Afiliado a		Orden Burgués b		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d	
	1493	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517
NORMAS	Orden Afiliado a		Orden Burgués b		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d	
	1493	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517
ORGANIZACIÓN SOCIAL (grupos e instituciones diferentes)	Orden Afiliado a		Orden Burgués b		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d	
	1493	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517
TECNICAS (comunicación)	Orden Afiliado a		Orden Burgués b		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d		Orden Social Burgués d	
	1493	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517	1517

Éstos utilizaron como factores coadyuvantes la tecnología del vapor, las relaciones comerciales con otros países y la cultura de la vertiente en plantaciones tabacaleras y en fincas cafeteras. Más adelante incorporarían la industria, el ferrocarril y otros medios de comunicación, y se formaría una clase media rural en la región meridional antioqueña. El resultado fue la frustración de la subversión liberal de 1867 y el advenimiento del orden señorial burgués que rigió hasta 1925, el cual representó la síntesis entre el orden señorial anterior y los elementos de compulsión de los grupos clave burgueses que asimilaron parcialmente la subversión liberal. Apareció al mismo tiempo, como apoyo del orden, el sistema bipartidista policlasista con sus hondas raíces en las confrontaciones religiosas del período, que impidieron la identificación con clases sociales o grupos económicos. Pero se experimentó una acumulación en el complejo tecnológico que, junto con otros factores, fue llevando el orden a un punto crítico que exigía modificaciones en los otros componentes.

En esas circunstancias se registró en 1914 la llegada de otra utopía, la socialista, como elemento para renovar ideológicamente al derrotado y exhausto Partido Liberal. Sus consecuencias, dramatizadas por las condiciones económicas y sociales del período, sólo se sintieron hacia 1925, con el desarrollo estimulado por la indemnización por Panamá, el crecimiento de la población y la más creciente diferenciación social. La subversión socialista se caracterizó por graves conflictos de todo orden que desembocaron en un segundo intento revolucionario, al morir Gaitán en 1948. Se frustró el plan de ganar acceso al poder político, y la situación degenerada en la Violencia, que abarcó de 1949 a 1957. Durante todo ese período subversivo se aceleró la difusión de un nuevo *ethos*, el de la secularidad instrumental, que comprendía los antivalores del supranacionalismo, el tecnicismo, el humanismo y el comunalismo, traducidos a contranormas de movilidad, moralidad telética y control técnico. Constituyó éste un reto fundamental al orden señorial-burgués, cuyos personeros aplicaron nuevamente los mecanismos de refrenamiento y captación de antielites para inducir la frustración. Pero esta vez no lograron del todo su

objetivo y debieron batirse en retirada, por haberse sociabilizado el pueblo en los nuevos valores seculares-instrumentales, parcialmente, pero de manera significativa. En ello tuvo papel la Violencia, pero también cuentan los otros factores sociales, económicos y demográficos. Sin embargo, se alcanzó a producir una nueva síntesis en el orden social-burgués del Frente Nacional, que se institucionalizaría en 1957 y que perdura hasta hoy.

Aparece durante el período de la subversión socialista una estratégica antielite, de corta vida, con la que ocurre un proceso de captación positiva que impulsa el cambio. Surge también una clase media urbana y un proletariado; los estratos sociales se abren parcialmente; la integración social pasa a un plano regional y nacional, y los roles empiezan a convertirse predominantemente en electivos, por la adopción de la secularidad instrumental. En cuanto al componente tecnológico, su control queda aún en manos de los grupos burgueses, que establecen la industria pesada, mecanizan la agricultura, organizan el transporte aéreo e importan el motor de explosión. Esto agudiza las diferencias entre las clases y dramatiza la falta de equidad en la distribución de la riqueza. Más adelante la gran burguesía importa la automoción, la transistorización (que se difunde entre el pueblo en una sola modalidad), la ciencia moderna y la defensa tecnificada en un ejército moderno, todo lo cual coadyuva al orden, hace más prósperos y fuertes a sus personeros y protocoliza a través de contactos comerciales y políticos las relaciones de dependencia y dominación entre Colombia y los países más adelantados, especialmente los Estados Unidos de América.

Al nacer el orden social-burgués en 1957 y seguir su curso los cambios instrumentales, demográficos y socioeconómicos iniciados antes, en 1965 se estimula la aparición de otra utopía, la pluralista, que se relativiza casi inmediatamente. Le acolitan réplicas de antielites neosocialistas e igualitaristas en la universidad y en grupos del Partido Liberal, mientras surgen varios movimientos populares. Con esta reiteración ideológica estimulada con el ejemplo de las revoluciones latinoamericanas contemporáneas, se imparte un nuevo impulso al cambio social en Colombia, que

puede iniciar otra subversión, la neosocialista, por la que vienen a descubrirse otra vez, y con mayor participación popular, las incongruencias, contradicciones e injusticias del orden vigente. Los planteamientos proyectivos en que se basa el presente libro llevan a fijar algunas alternativas que este último esfuerzo de renovación institucional puede anticipar, con miras a alcanzar con éxito las metas valoradas de un quinto orden social.

Ésta es la justificación principal del esfuerzo investigativo compendiado en este libro, pues se espera que con los datos y argumentos ofrecidos se ayude a detener la hecatombe que producirían los grupos dominantes al tratar de frustrar nuevamente la subversión social y su desarrollo implícito. A la generación actual de la Violencia, que no ha vivido sino los altibajos del período histórico anterior, le ha tocado el patriótico y a la vez oneroso deber de reconstruir el país casi deshecho que heredó de sus mayores. Le asiste la razón y tiene consigo la ventaja de la compulsión moral para realizar la subversión que se necesita para llegar al quinto orden. Por eso puede ser una “generación decisiva”, en el sentido que quiso darle Ortega y Gasset.

Desgraciadamente, no está completamente en sus manos decidir cómo será el desenlace, porque éste depende en buena parte de lo que quiera hacer la actual oligarquía económica, política y religiosa. El tedio intelectual y espiritual, y hasta el vacío del poder que empieza a sentir y que la envuelve indefectiblemente, la debilidad normativa y la poca autoridad real que le asiste al juzgar sus hechos anteriores, y el convencimiento de que tarde o temprano deberá ceder para sobrevivir, puede llevarla a jugar de nuevo la carta de la violencia, aun a sabiendas de que evocaría la rebelión justa. Pero el uso de la fuerza tampoco podría darle el éxito, porque ella nunca ha logrado detener realmente las ideas. En efecto, “el hombre es el hombre”, y su resistencia puede ser invencible cuando sabe que la justicia le acompaña. Muchos ejemplos del pasado, y aun heroicos casos contemporáneos, pueden citarse para respaldar este aserto. El vacío histórico y social que semejante crimen de lesa patria produciría no podría ser llenado sino por la tromba de un nuevo orden social de temple socialista.

Sería el jaque mate de la actual oligarquía. Por eso, la alternativa realmente constructiva que le queda no puede ser otra que ceder.

Los últimos indicios de renovación institucional en Colombia permiten abrigar la esperanza de que puedan primar la cordura y la racionalidad ante aquella grave alternativa. Existe en diversos grupos un creciente interés de trabajar por el bienestar de las clases trabajadoras y de darles la oportunidad para que realicen sus grandes potencialidades. No es suficiente; pero es un paso hacia la meta que se persigue. La subversión neosocialista y la superación en todos los órdenes que ella exige, piden mucho más.

Por eso es lógico anticipar, también, como punto final de esta exposición, que se sentirá como obligación moral de los grupos comprometidos en la renovación del país, el velar para que no se desvirtúen los justos objetivos del actual desarrollo. Afortunadamente, aquella vigilancia y esta evaluación son ya posibles, porque la historia nacional enseña cómo utilizar juiciosa y patrióticamente los mecanismos sociales de la compulsión y el ajuste.

EPÍLOGO A LA SUBVERSIÓN EN COLOMBIA¹

EL CLÍMAX: GUERRA Y URIBISMO

El propósito de este epílogo *post-scriptum* es actualizar el análisis histórico precedente que, por obvias razones, se detuvo en el año 1965.

1. Un examen resumido de la historia reciente, a partir del régimen del Frente Nacional para llegar al año 2008.

2. Un análisis de la política de “seguridad democrática” vista como clímax sumatorio y saturante de la problemática de la violencia múltiple en Colombia.

3. Una propuesta para la construcción de un nuevo orden social, el quinto de la serie histórica.

MÉTODO Y PERTINENCIA

Para realizar estas tres tareas, como es de rigor, seguiré empleando el marco teórico que ha seguido mi análisis de la historia de Colombia a partir de los aborígenes, marco comparativo que incluye cuatro elementos: los valores sociales, las normas, las institucio-

¹ Texto extraído de *La subversión en Colombia: el cambio social en la historia*, Bogotá, FICA/CEPA, 2008, pp. 249-275.

nes y las tecnologías, como se fueron presentando y variando en las épocas determinadas. En los capítulos 9 y 10 intento proyectar estos elementos, con resultados insatisfactorios por falta de desarrollos objetivos: no consideré necesario eliminar estos dos capítulos, porque teóricamente llevan al esquema triangular que explica el paso de un orden social a otro, empleando la teoría de retractación de la utopía de Gustavo Landauer. Me propongo retomar este esquema, ya con bases reales provistas por la reciente historia, como aparece en la última sección de este epílogo.

Para el análisis de la historia más reciente a partir del Frente Nacional, que aquí he bautizado como *orden social-burgués*, los cuatro elementos constitutivos del orden se encuentran, en general, vinculados unos a los otros. Sin embargo se pueden enfatizar aspectos de uno u otro según la naturaleza de los procesos reclusos en las presidencias a partir de Guillermo León Valencia (1964), para terminar con Álvaro Uribe Vélez (2008). En el caso de este último, he dado prevalencia a los factores valorativos relacionados con la característica principal de su gobierno, como es el “guerrerismo”, política cobijada bajo el manto de una “seguridad democrática” que seguramente combina los cuatro elementos teóricos aquí presentados. Lo he hecho así por el gran peso que tienen el belicismo, el armamentismo, las Fuerzas Armadas, los guerrilleros, los paramilitares, el narcotráfico y las mafias para la supervivencia de Colombia como país civilizado y respetable en el conjunto de las naciones. Además, por los peligros que el guerrierismo uribista tiene por la deformación del *ethos* cultural afectado por la inhumanidad del conflicto, causada por la violencia que hemos venido sufriendo los colombianos.

Es, pues, conveniente que al hacer la lectura de este epílogo no se olviden las imbricaciones elementales que afectan normas, valores, instituciones y técnicas y que cualquier plan alterno, como el quinto orden, tendrá que tomar en cuenta para la reconstrucción nacional.

De esta manera, no sólo se da coherencia a este libro, a pesar de haberse comenzado hace 40 años, sino que sigue siendo también para los estudios de la antihistoria, o la historia vista desde

las bases populares, pertinente con los métodos y conceptos de aquella época, adaptados al presente. Se abre la posibilidad de utilizar los mismos conceptos y métodos de análisis, aunque hayan cambiado de nombre en algunos casos, como expliqué en el prólogo. Paso entonces a rememorar los tiempos recientes.

Como miembro de la generación de la Violencia —nacido en 1925—, me he preguntado muchas veces, junto a otros, si en el largo período de 60 años de conflictos internos palpables y agudos, Colombia ha perdido definitivamente su reconocido temple de nación tranquila, progresista, sin guerras fronterizas, en una sociedad más bien bucólica y culta, sencilla aunque señorial de postín, para convertirse en un pueblo bélico, espartano, cruel e insensible a los horrores de enfrentamientos fatales, de delincuentes, criminales y mercaderes de la muerte.

¿Habremos llegado a tales profundidades culturales para sentir que la guerra y el conflicto son cosas tan frecuentes y aceptables que se han convertido en expresiones normales de la vida colectiva, sin que produzcan mayores preocupaciones? ¿Quedan aún resquicios de órdenes sociales anteriores donde la cooperación, el altruismo, la construcción, el amor y el respeto a la vida y heredad humanas puedan todavía ser recuperados y activados?

Verá el lector que ha habido períodos desiguales en los que el belicismo florece, seguido de otros caracterizados por búsquedas afanosas de la paz. Se dirá que ello puede ser lo usual en toda sociedad humana. Pero el caso de Colombia es único en el contexto latinoamericano, y ello no deja de ser motivo de preocupación. Porque 60 años de guerra casi continua puede ser un récord mundial, algo de lo que no podemos enorgullecernos. Por lo menos sería conveniente abrir el compás para entender si seguimos hoy aceptando una “normalización de la violencia” con todas sus aberraciones y distorsiones de cultura y personalidad, o si ya hemos tenido suficiente suplicio y merecemos llegar a la etapa de la reconstrucción social, moral, política y económica que nos merecemos.

Como lo desarrollo en este epílogo, creo que vamos en esta segunda dirección a causa de fenómenos de saturación guerrerista

y acumulación criminosa de los últimos períodos, en especial el actual de “seguridad democrática”, para plantear lo que puede ser el *Kaziyadu* o renacer de un orden nuevo, y satisfacer el quinto orden de la serie histórica que analicé en los capítulos precedentes.

EL RITMO DE LA HISTORIA RECIENTE

El Frente Nacional (*orden social-burgués* de los capítulos 7 y 9) quiso ser un acuerdo de paz entre los dos partidos principales. Hubo gestos conmovedores. Sin embargo, esta alianza para repartirse el gobierno resultó su talón de Aquiles: fue freno para el cambio social necesario y raíz de la corrupción estatal que hasta hoy vuela impune por todos los niveles del Estado. Además coartó la plena expresión democrática de los partidos.

En vez de paz, se intensificó el conflicto interno con la absurda decisión del gobierno de Guillermo León Valencia (1964) de perseguir y bombardear a los grupos campesinos desplazados en Marquetalia, ya con la experimentada dirigencia de Manuel Marulanda o Tirofijo. De nada valieron los constructivos oficios de una comisión universitaria ante el Gobierno y la Iglesia. Aquel irracional y fútil ataque selló el nacimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y de los reductos sureños de donde las FARC nunca volvieron a salir.

El belicismo como política de Estado, al afectar la estructura de valores, empezó a armar sus toldas, y las guerrillas anteriores, lejos de terminarse, pasaron a nuevas etapas de actividad.

Después del análisis parcial sobre la presidencia de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), ofrecido en el capítulo 9, se pueden ver ahora, en perspectiva, las limitaciones reales que tuvieron los gobiernos: el de Lleras Restrepo, el de Misael Pastrana (1970-1974) y el de Alfonso López Michelsen (1974-1978). A aquella descripción se pueden añadir los siguientes desarrollos:

1. En cuanto a Lleras, su importante papel en reconocer el problema agrario como fundamental, creando la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), que recibió por un tiem-

po, de manos del presidente, las llaves del arca de la paz. No fue una iniciativa cualquiera: respondía a una vieja inquietud desde la década de 1920, cuando en Colombia empezó la migración del campo a las ciudades, lo que llevó a fraguar las primeras iniciativas sobre reforma agraria que culminaron en sucesivas leyes frustradas.

La primera Violencia, que se alimentó de esta falla, produjo los desplazamientos, forzados por la política, de una vereda a otra, según voluntades partidistas. Con el correr del tiempo y sin soluciones, el desplazamiento se fue convirtiendo en problema mayúsculo, hasta hoy (2008). Sin embargo, el campo se fue tecnificando más y más, empezando con haciendas tractorizables.

Al recordar la primera ANUC, se habrían visto con buenos ojos aquellas batallas por la tierra que casi cubren el mapa de Colombia. Yo mismo participé de aquel prodigioso esfuerzo, cuando se combatió el latifundio y la pobreza rural, y se pusieron bases para concretar la “investigación telética”, hoy IAP. Era el mejor momento del desarrollismo oficial, al que algunos dirigentes siguen llamando *reformismo*. Pero las fuerzas reaccionarias revivieron ante el gran surgimiento popular de la Anapo de Gustavo Rojas Pinilla (descrito en el capítulo 9), cuyo triunfo electoral de 1970, frustrado por el “chocorazo” ministerial de medianoche, dio el triunfo a Misael Pastrana. Al mismo tiempo alentó la formación de otra importante guerrilla, la del Movimiento 19 de Abril (M-19), de origen urbano y de clases medias. Una vez en el gobierno, Pastrana adoptó su “Operación Colombia” prourbes e impulsó a los terratenientes con el Pacto de Chicoral, y se desató la guerra contra la ANUC, que provocó la división de ésta. El conflicto general siguió, y se multiplicaron los desplazados de la tierra. Para estos fines se utilizaron elementos tecnológicos y nuevas normas con las que se definió el orden social existente.

2. En cuanto a las antielites posibles, como se figuraban en 1967, se desató lo ocurrido con la disidencia liberal de La Ceja, que en 1966 volvió a las toldas del “lopismo” e ingresó al gobierno de López Michelsen (1974-1978). Allí pudieron constatar el desastre del paro nacional de septiembre de 1977, reprimido con

furia y sin contemplar ni respetar los justos motivos económicos de la protesta. Hubo, pues, crisis en el desarrollismo-reformismo de la época. Los otros disórdenes analizados de 1967, que daban cierta esperanza para la subversión neosocialista, apenas si mostraron esbozos de su acción, tales como la antielite universitaria, los grupos progresistas en las Fuerzas Armadas, el interés por la teología de la liberación en las iglesias y en los grupos estimulados por la Alianza para el Progreso del gobierno de Kennedy. Sin embargo, su repunte puede registrarse con más claridad hoy en los movimientos neosocialistas hacia el *quinto orden* presentados más adelante. Lo más lamentable fue que la guerra siguió.

Presidentes como Belisario Betancur (1982-1986) y Virgilio Barco (1986-1990) comprendieron los componentes valorativos del orden y buscaron la paz, a pesar de los primeros fuertes ataques del narcotráfico. Sufrieron el asesinato de cuatro candidatos presidenciales (los meritorios Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa, Luis Carlos Gálán, Carlos Pizarro, además de Manuel Cepeda, entre otros). En noviembre de 1985 el país horrorizado observó cómo el Ejército Nacional, enardecido por ideologías reaccionarias y por un triunfalismo ciego, ignoraba la Constitución y desobedecía al presidente Betancur buscando erradicar al M-19, que se había tomado el Palacio de Justicia, en Bogotá. Este inútil error se pagó con la muerte de los guerrilleros y los magistrados de la Corte Suprema, y con la ruptura de los procesos de paz. Ocurrió el implacable genocidio de la Unión Patriótica, evidente crimen de Estado.

Turbay Ayala (1978) no ayudó con su represivo Estatuto de Seguridad. César Gaviria (1990-1994) auspició la Asamblea Nacional Constituyente, de la cual nació un nuevo pacto por la paz y el progreso: la Constitución de 1991. El desarme y retorno a la civilidad de un buen número de guerrillas fueron tareas sobresalientes de la necesaria pacificación: Movimiento 19 de Abril (M-19), Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Ejército Popular de Liberación (EPL), Quintín Lame, Corriente de Renovación Socialista (CRS). Sólo el ELN y las FARC no se plegaron en parte por un inoportuno bombardeo a La Uribe (Meta), sede de

éstas. Poco después se crearon las “autodefensas” o “paramilitares”, con cuya actividad se intensificó la guerra.

Sin embargo, el desarrollismo asumió entonces su papel beligerante en la forma más salvaje del neoliberalismo capitalista. Los propósitos prácticos y regionalistas de la nueva Carta fueron quedando archivados, y las tentaciones del narcotráfico fueron corrompiendo la política, convirtiéndola en un travestismo inaceptable, el de la “parapolítica” de hoy, alimentando así la vieja espiral de la violencia que tres autores en 1962 habíamos descrito como una gigantesca boa constrictor que apretaba y ahogaba a la sociedad y la cultura colombianas. Y la guerra siguió.

Los presidentes Ernesto Samper (1994-1998) y Andrés Basteiro (1998-2002) también se acercaron a las metas valorativas de la paz. Por primera vez se concedió suficiente espacio y tiempo a tan vital empresa. Hubo canjes y recuperación de secuestrados.

En la zona desmilitarizada del Caguán los colombianos pudimos estudiar 10 asuntos estratégicos con los comandantes de las FARC. A éstos se les vio desarmados e informales. Con varios de ellos se pudo discutir sobre la crucial cuestión agraria. Fue, pues, una rica oportunidad para recordar y retomar los principios ideológicos que habían dado origen a las guerrillas colombianas en general, y a las FARC en particular, cuando el paso de guerrilleros por una zona se acogía con beneplácito por las bases, con gestos de cooperación y mutuo beneficio, sesiones de formación política y avivamiento de esperanzas. Estos hechos serían ensombrecidos por posteriores errores de desinformación, inmadurez o arrogancia que no dejaron de tener dolorosas consecuencias en la eficacia militar y política, las que en el Caguán se habrían podido empezar a corregir con honestidad y valentía, en apoyo de los objetivos superiores y éticos de la lucha armada. La experiencia se extendió demasiado, exasperó al público que esperaba decisiones, y se observaron abusos de poder y manejo que desacreditaron el esfuerzo y abrieron la puerta a nuevas y más extremas soluciones.

Los decibeles de la violencia fueron subiendo año tras año, a partir del susurro del ministro conservador Montalvo en el Senado, en 1949, cuando impartió con bendiciones episcopales de hoy venerables beatos, la troglodita consigna de arremeter “a sangre y fuego” contra los oponentes liberales. El susurro se convirtió en grito en cuello con la orden presidencial de no “dejar ni la semilla” (hijos) de los “enemigos de la patria”, orden a “pájaros” que inventaron entonces el “corte de franela” y el de “la corbata” con filudos machetazos. Y la espiral violenta fue subiendo con exquisita técnica para intimidar a la sociedad, al convertir los machetes en motosierras para facilitar los descuartizamientos y desplazamientos territoriales.

Chapinero (en Bogotá) y Medellín, centros magños de descuartizadores, descubrieron nuevas técnicas: con cuchillos, martillos y palas; a pedacitos con trinchas, como lo hizo una madre con su hijito. A la senadora Piedad Córdoba, a raíz de sus bienvenidos esfuerzos en pro de la liberación de los secuestrados, una caterva de gobiernistas energúmenos la recibió con insultos a bordo de un avión. “Una sobrecarga de la violencia a bordo”, comentó un cuerdo periodista, sobresaturado de lo mismo. No fue sorprendente que a raíz de la marcha del 4 de febrero de 2008, los reaccionarios cavernícolas que siempre han usado el magnicidio como política de Estado —maldición del país durante el siglo XX, a partir del asesinato, en 1914, de Rafael Uribe Uribe por herético y socialista— hubieran amenazado de muerte al presidente del Polo, Carlos Gaviria Díaz, “si se atrevía a salir a la Plaza de Bolívar a exponer las políticas pacifistas de su partido”, amenaza que obligó a los medios a recalcar la necesidad de la “tolerancia”, para evitar desbordamientos incontrolables.

Las razones son claras: después del llamado “fracaso pacifista” de Pastrana, el péndulo de la opinión pública se inclinó hacia la intensificación de la guerra. Los electores encontraron un paladín en el ex gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez, donde habían nacido, con su venia, los nuevos “pájaros” o “chulavitas”,

ahora llamados “paramilitares”, para imponer orden y control. No hubo pausa para sopesar mejor esta polémica experiencia.

Pero los proyectos continuaron. El país, con Uribe al mando, se embarcó en la más intensa y dura opción bélica de los últimos tiempos. Y este paso fue complejo e intenso, dibujándose como un proceso acumulativo y saturante de todo el instrumental e historial de violencia que provenía del siglo XX, con su trágica espiral. La pregunta es si seguimos paralizados por el monstruo de la violencia, si estamos normalizando todavía su existencia, o si podremos darle el vuelco necesario.

Hay dos perspectivas nuevas que ahora parecen permitir mayor esclarecimiento. La primera es la sensación de que el conflicto interno colombiano no puede dar más, y que ha llegado al punto de decantación sociocultural, económica y política más allá del cual puede por fin ocurrir la temida descomposición nacional interna de tipo estructural y superestructural, con pérdidas de soberanía, algo parecido a una balcanización territorial-regional o a una disolución estatal, con o sin autogolpe, con o sin guerra civil. A estas temidas posibilidades se puede añadir la guerra externa con los vecinos Venezuela y Ecuador, que a los *war mongers* guerreristas nacionales y extranjeros satisfaría sobremanera por permitirles ensanchar sus negocios, peligro con el que se ha cortejado de manera ligera en meses recientes. ¡Vaya opciones!

Hace un poco más de una década, a causa de los proyectos sobre regionalización que preparaba la Comisión de Ordenamiento Territorial, se me acusó de estar propiciando el fraccionamiento del país. Y con esa torpe campaña sólo se consiguió aplazar las disposiciones constitucionales sobre la materia. Hubo, no obstante, el significativo experimento de creación de la primera Región Administrativa y de Planificación (RAP) entre 2000 y 2004, por voluntad de los gobernadores de seis departamentos —Tolima, Huila, Nariño, Cauca, Caquetá y Putumayo—, que lograron demostrar ante el país y en el exterior las ventajas de la regionalización: la región surcolombiana, con sus provincias, sigue viva con su Secretaría en la Gobernación de Nariño. La vanguardia de este movimiento ha pasado ahora (2008) a la región Caribe,

con la elección del gobernador del Atlántico, el ex delegado Eduardo Verano de la Rosa.

Pero sigue habiendo obstáculos en la sombra, indicios de que se está llevando a cabo, casi a la fuerza, un ordenamiento territorial que refleja toda la violencia existente. Muchos han reparado en los peligros de disolución nacional que ahora se originan con el control del territorio, como es el caso, por ejemplo, de la alianza que vienen construyendo ciertos dirigentes de la costa atlántica y Antioquia, desde hace muchas décadas con la compra de tierras en Córdoba, ahora a través de grupos armados que buscan reforzar intereses de lucro y poder, con la posible autonomía de una región nueva: la costa paísa, con centros en Caucasia y El Carmen de Bolívar, y con el sombrero vueltiao y el carriel como símbolos. Es una vergonzosa expansión paramilitar, guerrerrista y mafiosa a la que le fue fácil imponerse sobre la gente costeña, cuyo *ethos* cultural había sido conformado por los valores de la paz, la apertura, la tolerancia y la alergia a lo castrense.

Mancillada por la violencia andina, la clásica región costeña entró en crisis. De poco sirvieron las previsiones sobre este asunto que hicimos con el notable periodista Armando Benedetti Jimeno, en Sincelejo, durante la campaña presidencial de 2002. Difícil defenderse en el contexto del belicismo. Pero detener esta tendencia bélica sería un esfuerzo regional reconstructivo y digno, sin esperar apoyos del Gobierno central ni del interior de la república, a menos que cambien su tono y dejen de jugar con la suerte del país que va quedando.

Sesenta años de guerra, un récord mundial, parecen ser más que suficientes. *¡Enough is enough!* Decía Churchill en 1945, hacia el final de la Guerra Mundial. Aunque a veces no se vea, tal puede ser el sentimiento mayoritario colombiano de 2008. “¡Estamos ahítos de la actual situación de milicias, guerras y violencias!”, decimos aquí. Y ello puede ser índice de que la disolución nacional es hoy más posible que antes, a causa del autoritarismo imperante. Ahora hay una sumatoria en el destructivo proceso de nuestra violencia múltiple, que sólo se pagaría con la pérdida de las libertades. Quedaría la oportunidad reconstructora de la

subversión moral en el punto crucial de interacción instrumental de nuestra sociedad, como adelante lo detallo. A menos que se quiera, de manera criminal, desbordar el conflicto interno y convertirlo en internacional.

La segunda perspectiva esclarecedora es que está ocurriendo lo que parecía más difícil: un comienzo de articulación del neosocialismo en su modalidad autóctona, raizal o radical, como solución *in extremis*, al abrirse paso un *quinto orden*, según nuestro esquema analítico general. Y en ello está envuelta la política de “seguridad democrática” del uribismo, en su sentido real y no aparente o manipulado, como se ha ejercido aquí.

Para empezar con el primer motivo, recapitulemos un poco: las referencias a la necesidad de rebeldes y herejes para trabajar por la paz y la pronta transformación socio-política, económica y cultural son recurrentes en este libro y tienen actualidad. Está aún vigente el sacro derecho a la rebelión justa. Con excepción parcial de lo que empieza a hacer el Polo Democrático Alternativo, sus *ad lateres* y predecesores, ¿cómo no han podido llegar al poder y desplazar a los responsables de la tragedia? ¿Y por qué no se destapan las “causas objetivas” de los conflictos, a lo que se refirió el presidente Betancur? Es fácil descubrirlo: con la violencia múltiple sembrada desde los palacios, la masacre premeditada, el magnicidio, el narcotráfico y el paramilitarismo camuflado, como el que se está organizando peligrosamente en las ciudades. Además, dejando que las mafias secuestren a los gobiernos, tanto los locales como el nacional.

Añádanse otros índices de violencia y conflicto, como los usuales sobre delincuencia, pobreza, hambre, desplazamiento, violencia intrafamiliar, etc., más innumerables campos minados, fosas comunes y los patéticos ríos de sangre y cadáveres, y obtendremos un tétrico retrato de la realidad colombiana actual, empeorada desde hace por lo menos dos generaciones. Así nunca habría seguridad ni democracia, ni la ilusoria paz de las carreteras, apuntalada por tanques y tropas para solaz de bañistas e industrias de turismo.

EL CLÍMAX DE LA VIOLENCIA ACUMULADA

En efecto, puede verse que el régimen del Frente Nacional (*orden social-burgués* que sigue hasta hoy) no cumplió su promesa pacificadora, y que la guerra continuó, adoptando nuevas formas de violencia. Ya ésta no era sólo bipartidista: ahora adquiría dimensiones económicas, religiosas y de narcotráfico. La pobreza rural que afectaba a todos los elementos del orden social-burgués se alivió y se frustró la reforma agraria por enésima vez, haciendo que el campesino se refugiara en los cinturones de pobreza de las ciudades y acudiera más y más a las urnas. Se levantaron en guerrillas contra el sistema y el régimen dominantes. Las políticas neoliberales empeoraron la situación, sin crear suficientes empleos, pero abrieron cauces para la introducción e inversión de dineros ilegales que fueron apoderándose de las industrias nacionales y del Estado.

La delincuencia y criminalidad se agudizaron y llegaron a índices nunca vistos. De poco valieron las reformas constitucionales de 1991, que se dirigían a aliviar, por lo menos, las peligrosas situaciones creadas, como en el reordenamiento territorial que buscara un equilibrio regional e interregional. Y el fracaso del Caguán dramatizó que sus gobiernos habían perdido el rumbo. Sólo la violencia, ahora múltiple, subía en intensidad, formas y efectivos. Se movía hacia un clímax saturante en el que la militarización de la nación y la socialización de la guerra eran políticas aceptadas por gran parte de una población que prosperaba materialmente, pero que se empobrecía espiritualmente. En esta transición empezó a deformarse el *ethos* cultural y a destruirse el alma del colombiano reconocido.

Con estas nuevas tendencias probélicas en pleno auge, apareció en el año 2001 la candidatura presidencial del doctor Uribe. Él había sido denunciado en 1997 por la revista *Alternativa* como fundador e impulsor de las cooperativas Convivir, que se convirtieron en guaridas de paramilitares, los más temibles criminales conocidos del país, en adelante empleados para combatir las guerrillas con la anuencia directa o indirecta del Gobierno. Llenó la

copa de la expectación y barrió con las otras candidaturas en la elección de 2002. Pero aquellas dudosas decisiones en Antioquia con sus muestras de ilegitimidad han perseguido al presidente, que no ha podido descartarlas, como si fuera el trágico destino del desgraciado navegante a quien le seguía, día y noche, la sombra del albatros, el pájaro de la muerte, según el poema de Coleridge. La posesión del cargo fue premonitoria: cayeron morteros en el Palacio de Nariño, con la acusación renovada de tratarse ahora de un régimen ilegítimo de origen, lo que quedó aún más claro en la reelección de 2006, dominada por los paramilitares y congresistas hoy en la cárcel. Y la violencia subió de nivel, y el orden social-burgués se vio en peligro de disolución, por quedarse con un Congreso Nacional sin solvencia moral.

Las tendencias a la intensificación de la guerra estaban marcadas, y el presidente Uribe se encargó de traducirlas a la práctica gubernamental con relativa eficacia. Se reforzaron las Fuerzas Armadas. Las dos guerrillas —ELN y FARC— se replegaron a las selvas y al mismo tiempo se militarizó el espacio nacional con pleno cubrimiento, con ayuda de los Estados Unidos. También aumentó la presencia del capital subterráneo y la guerra entre mafias, que pasaron al dominio político y al control territorial. Las grandes comunidades afrocolombianas creadas en el Chocó empezaron a ser invadidas por los “paras”, fenómeno que fomentó la expansión de la pobreza y del desplazamiento.

Las tensiones estructurales del orden no se aliviaron, y sus grietas se abrieron todavía más. La militarización de la sociedad procedió a su plenitud, con el beneplácito de mayorías electorales que acudieron a reelegir al presidente. Algo inusitado, porque era apenas el segundo de cinco casos a partir de Rafael Núñez, en que un mandatario lograba pasar a un segundo período. Semejante logro fue el premio adjudicado a quien ya personificaba a la nueva oligarquía que, apoyada con armas y en narcóticos, creía haber encontrado la mejor salida a su crisis secular: Álvaro Uribe fue reelegido en 2006, y el conflicto continuó con fuerza. Veamos algunos de los principales factores involucrados en este proceso.

SOCIALIZACIÓN DEL GUERRERISMO

1. Con el mandato de la “seguridad democrática” refrendado en las urnas, el nuevo régimen uribista empezó a irradiar desde la Casa de Nariño los valores sociales adecuados a sus fines. El primero y más notable ha sido el del *autoritarismo*. Éste se ha afirmado fácilmente en la tradición nacional del padre duro y gritón. Tal fue la imagen que el presidente proyectó, en especial, durante el primer período.

2. Se ha empleado un *lenguaje sibilino* inspirado en George Orwell y su novela 1984, para convencer a las masas sobre las bondades del régimen cuando éste en realidad sólo trataba de mantener el *statu quo* y defender intereses creados. Hay elocuentes ejemplos de ello, como los siguientes:

En primer lugar, ha sido la manipulación del clásico concepto del “delito político” ligado a la idea de sedición, que quiere poner en el mismo plano la resistencia y la rebeldía como, por ejemplo, Moisés y Espartaco, ambos culpables de delitos políticos de alta motivación moral. Ahora la situación gubernativa colombiana es peor, y las motivaciones tienden a nublarse. Este gobierno olvida o pasa por encima de doctrinas ortodoxas como las de la guerra justa de Santo Tomás de Aquino, las motivaciones bélicas de un Cromwell, las luchas de la Gaitana de Chocontá en la Independencia, seguidas por las fuerzas de Nariño, Bolívar y Santander —*bandas* según los realistas—, que eran los subversivos de la época, hasta cuando, con su triunfo, quedaron consagrados como Libertadores. No pueden cortarse con la misma tijera al Padre Torres y a Jorge 40. Los gobiernos han estado terrible y quizás dolosamente desorientados. No parecen tener un norte ético.

Otra manipulación de informática es la del indiscriminado empleo del término *terrorismo* que, como se sabe, fue ideado y utilizado hace muchas décadas para fines concretos de guerra en los países del Norte. De allí se exportó al Sur, y en Colombia lo repiten como loros. Puede haber sinónimos castizos más sonoros y específicos, menos vacíos de sentido.

El paroxismo presidencial sobre “terroristas” aplicado a las FARC, ELN y otros grupos armados viene de hace tiempo, pero de manera obsesiva en el caso de recuperación de presos o rehenes en el Guaviare por helicópteros venezolanos (enero de 2008). Casos como éste son índices de la supina ignorancia de nuestros gobiernos colonos. Las autoridades mundiales sobre este tópico están en el Norte. Dejémosles a ellos esa dudosa distinción, con lo que disimulan sus crímenes de Estado actual (quedarían incurso de terrorismo al imponer las fumigaciones con glifosato sobre población y naturaleza, porque son causa de grave destrucción y muerte); el gobierno ha cometido crímenes de lesa humanidad y de lesa naturaleza, comparables a los del Al Qaeda de Afganistán y al ETA de España. Recordemos que en esos países —incluso en California— el gobierno norteamericano no ha permitido el uso de ese veneno. En cambio, hay que especificar en cada caso de qué hechos o actos se trata, y de sus motivaciones. Y dejemos la famosa lista internacional en la pila de desechos que merece en la historia.

Resultó positivo emplear a fondo la labia convincente del “culebrero” paísa, apoyado por expertos mediáticos guiados por las técnicas del Gran Hermano que todo lo ve, en cuyo Estado la verdad es mentira y la mentira es verdad. Para ello los medios de comunicación colaboraron sin ambages.

Además se inventaron consejos comunitarios en los municipios, que se constituyeron en mecanismos de control gubernamental. Allí quedó evidente la gran capacidad de trabajo del presidente Uribe y su extraordinaria memoria (le ganó a Turbay Ayala). Se han diferenciado de los Consejos Comunales inspirados en la IAP (investigación-acción participativa), en los que la regla es proceder de las bases hacia arriba, privilegiando y respetando a los dirigentes locales auténticos.

3. La situación guerrerista se encaminó en diversas direcciones, para asumir representaciones y *valores bélicos*, como es la creación de soldados campesinos, política que ha destruido la esencia de la familia rural; la mezcla de lo formal e informal en la sociedad al asumir patrones abiertos o encubiertos, como en

una presidenta del Congreso Nacional que aparece con uniforme de capitán del Ejército con los despachos oficiales; el auge de universidades y colegios militares; la bendición de sables por capellanes eclesiásticos; la vigilancia privada; la promoción de la carrera militar como supremo sacrificio patriótico; el éxito a la veneración de vírgenes de sicarios con el culto de los capos y bandidos regionales, tales como San pablo Escobar en Antioquia y San Efraín González en Santander y Cundinamarca.

4. *Auge del armamentismo*, expresado en el aumento desmesurado de recursos fiscales para las Fuerzas Armadas, que ha alcanzado casi a la mitad del presupuesto nacional, en detrimento de las obligaciones constitucionales para la educación, la salud, la vivienda y otras necesidades de los pueblos. Evidentemente, cómo equilibrar esta tendencia y poner riendas a la maquinaria de guerra que vive del conflicto y de su permanencia, es parte del problema que lleva al clímax trágico en el que estamos, y peso muerto para el desarrollo.

5. *El inaceptable silencio* que sobre estos aspectos han mostrado las más respetables instituciones, como las iglesias, las academias, las cortes y las cámaras, con algunas excepciones, además. El Congreso Nacional se ha desacreditado por la “parapolítica” y ha perdido su autoridad moral.

6. *Las guerrillas asediadas* —antes partes del paisaje— en sus reductos han venido perdiendo su antigua eficacia militar y política, envueltas en problemas estructurales que desbordan su personalidad e ideología. Así han dejando inconclusa su histórica misión de cambio social y están dejando un vacío socializante difícil de llenar.

SATURACIÓN DEL GUERRERISMO

Se empiezan a expresar con fuerza las grandes mayorías que ya están cansadas de los procesos de socialización bélica atrás descritos. Hasta el momento, las mejores pruebas de esta positiva reacción se observaron en las marchas del 4 de febrero y 6 de marzo

de 2008. Por varias veces repetidas, la manipulación mediática oficial recibió la tunda que ha venido mereciendo.

El pueblo llano fue más suelto y auténtico: descubrió que estaba aún vivo y que podía pensar y actuar. Resultó más maduro de lo esperado. Su presencia activa hizo imposible la controlada maniobra que ha buscado mostrar el unanimismo de otras campañas. Ahora se oye un grito que proviene del magma histórico. “No más guerra”, “queremos el acuerdo humanitario”. Así, inesperadamente se despolarizó el país en instantes inolvidables. Es lo que en sus comentarios, algunos notables periodistas llamaron “el nuevo consenso”.

Por último, y para fines de reedición de este libro, está más claro que nuestro viejo conflicto interno no sólo ha llegado a su clímax en estos seis años de régimen uribista, sino que ha alcanzado a hacer erupción como un volcán para salpicar y llegar a países vecinos. Aunque esta extensión del conflicto venía de mucho atrás, en especial en forma de refugios guerrilleros y actos de retaliación oficial, contrabando de armas y drogas, los peligros quedaron en evidencia por el incidente fronterizo entre Colombia y Ecuador, por el ataque de las Fuerzas Armadas de Colombia al campamento del comandante Raúl Reyes, el 1 de marzo de 2008. Este hecho demostró que el conflicto interno ya había desbordado las fronteras nacionales y que se había abierto el cráter del clímax de la violencia acumulada y saturante. El manejo diplomático subsecuente, que debía destacar los principios universales de soberanía y defensa de los Estados, sólo dramatizó que se abría paso el inevitable anticlímax.

ASOMOS DEL ANTICLÍMAX

Lo que hemos visto parece demostrar que la violencia y el guerrierismo se han aclimatado entre nosotros, como resultado de la socialización del conflicto. Hemos transformado y deformado nuestro *ethos* cultural. Pero se puede también interpretar como síntomas de una saturación patológica. Cada hecho o acto que afectan los cuatro elementos analizados (valores, normas, insti-

tuciones y técnicas) llevan consigo cargas recónditas de contradicción y rechazo de las conductas implicadas. Por eso se palpa el cansancio de las rutinas anteriores, el rechazo consciente a la “normalización de la guerra”. En cambio, se perciben los síntomas positivos del anticlímax, los que serían nuestros pasos tácticos siguientes. Los últimos incidentes son prueba de las incompetencias de los gobernantes colombianos, que dejaron crecer el monstruo de la violencia y dejaron que abortaran las posibles soluciones. El presidente Uribe recibió la herencia envenenada de aquellos fracasos anteriores, y no pudo detener la ola del *tsunami* creado por la acumulación patológica.

De allí el inevitable estallido de la violencia secular que se ha observado durante su mandato. Cabe esperar que estas aguas tormentosas se vayan aquietando ante todo dentro de nuestras fronteras, porque aquí está la fuente originaria de los desastres, y que los acuerdos políticos y diplomáticos cumplan su cometido. La otra posibilidad es la reducción de la erupción del clímax para revertir su energía a las rampas circundantes del sosiego colectivo interno, el progreso general con justicia social y la paz política, posibilidad que también sentimos proceder con la reacción popular no manipulada, de las mayorías.

Así lo vimos en las grandes marchas, y en el más bello asomo del anticlímax por la paz, que fue el gigantesco concierto por “Paz sin Fronteras”, ejecutado el 16 de marzo de 2008 en Cúcuta por siete maestros de la música popular, todos de fama mundial. Los signos antibelicistas fueron claros: no se invitó a los presidentes, y los discursos, así breves, enfatizaron las consignas de todos los artistas, encabezados por Juanes, que seguramente hicieron a los obdulos guerreristas y manipuladores orwellianos de la Casa de Nariño castañetear los dientes de pura furia: “No queremos guerras”; “Queremos que los soldados y policías vuelvan a sus hogares”; “Vamos a una nueva era, como hermanos”. Doscientas mil personas vitorearon estas positivas consignas. Los pueblos quieren la paz como nunca; ahora debemos exigir de los gobiernos mayor respeto por las aspiraciones y necesidades de los pueblos.

“Vamos a una nueva era”, según los cantantes de Cúcuta. Y para ello debemos prepararnos desde ahora con generosidad, reparación y perdón. Es lógico que la dirección y la administración del anticlímax deben quedar en manos de un equipo político y humano distinto de aquel que ha dirigido y administrado el clímax guerrillerista. Y hay asuntos de orientación valorativa, normativa, institucional y técnica que recomiendan este traslado. Un cambio en el Congreso Nacional, hoy sin ninguna autoridad moral, incluyendo nuevas elecciones en todas las entidades territoriales sin las coacciones y aberraciones que convirtieron en ilegítimas a las corporaciones vigentes. Y adelantar con sobriedad y respeto por los valores fundantes una nueva elección presidencial, que permita con justicia remover al actual titular. No deberá ser difícil si se sigue el ejemplo del presidente Pedro Justo Berrío en Antioquia, en 1874, cuando hizo abortar la campaña de su segunda reelección porque, como lo dijera, “él [Berrío] no era indispensable” (véanse las conferencias que dictó Fals Borda en 2004 en la Universidad de Antioquia, p. 7). Pruebas de grandeza, honestidad y verdadero patriotismo son las que se están necesitando para sortear tan difícil cruce de caminos.

La notable revista británica *The Economist* vio con claridad el peligro subyacente al sostener que, aunque “Uribe sigue siendo visto por millones de colombianos como salvador, al punto de que pueda ser demasiado popular para el bien del país”,² no podemos dejarnos engañar con estadísticas y encuestas manipuladas, porque la popularidad no confiere legitimidad, como nos lo recuerda el jurista Rodolfo Arango.

Una Asamblea Nacional Constituyente con los lineamientos mínimos de la de 1991, que era un acuerdo de paz, como lo ha propuesto el Polo Democrático Alternativo, sería indispensable.

Con todo el homenaje y el respeto que merezcan los anteriores y actuales mandatarios, a pesar del dolor y las protestas que este paso pueda inducir en quienes han sido beneficiados por las políticas descritas, el país, apenas en convalecencia, no soportaría

² Citado por *El Tiempo*, 20 de abril de 2008.

semejante desplante. Por eso, en este libro me atrevo a proponer pasos y medidas de transición que considero posibles, como viene explicado más adelante. Paz para Uribe, paz a las guerrillas, paz a Colombia y sus pueblos.

Por estas coyunturas dramáticas corre su curso el presente año de 2008, que cierra la presente obra. No puedo menos que pensar que la dinámica desatada lleve a la cúspide del clímax hacia la esperanza de solución de nuestro viejo problema. Su continuación es intolerable.

De allí el tono positivo con el que cierro estas páginas y abro la discusión sobre el futuro dentro del marco teórico de los órdenes sociales intercalados por subversiones morales. Es consecuencia lógica de lo que viene descrito, y espero que el problema quede claramente esbozado. Es el primer paso para su solución.

Según el esquema teórico adoptado en 1967, creo que el orden social-burgués, aún vigente, no ha logrado sus objetivos de paz y progreso; por lo mismo, estamos entrando a otro período de transición, a lo que Camilo Torres Restrepo llamaría *la subversión neosocialista*. Así se prepararía el advenimiento de un quinto orden que, según nuestro esquema global, incluiría los cuatro elementos mencionados atrás. El juego de estos elementos es el que examino en la siguiente y última sección de la obra.

¿HACIA UN QUINTO ORDEN?

Semienterrado el pluralismo camilista por la incomprensión y la represión, cerrado el Frente Unido y clausurado su periódico, sólo tuve espacio para reiterar la utopía (capítulo 9) y esbozar la llegada de un cuarto período subversivo moral, el “neosocialista”. Hasta aquí pudo llegar la profecía, una vez rota la ortodoxia. Y la profecía pudo apenas mencionar la llegada de un quinto orden postsubversivo que —muchos sospechan— puede identificarse con la reciente concepción política de un “socialismo del siglo XXI”, distinto del socialismo real que hemos conocido.

Aunque he criticado este mote por lo indeterminado, me sorprende que haya ocurrido semejante coincidencia en la idea. El

“socialismo del siglo XXI” puede ser el que no alcancé a detallar, sino apenas a recomendar en 1967. Pero por algo han corrido 40 años de nutrida historia, y por algo la teoría de la subversión moral se ha sostenido ante la crítica, ya incorporada en algunas enciclopedias filosóficas.

Por lo tanto, no voy a dejar aquel vacío y procederé a tomar lo esencialmente clarificado, como punto de partida. Uno es la definición formal del término *subversión* como “aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas valoradas que una sociedad quiera alcanzar”, definición muy distinta de la de “desarrollo socioeconómico” enseñada por la tradición. Otro punto de partida que proviene del capítulo 10 es el referente a los tres mecanismos de compulsión: hegemonía política, habilidad directiva, y difusión social y diáspora de elementos rebeldes. No sobra recalcarlo para los nuevos movimientos políticos, como el Polo Democrático Alternativo (PDA).

Un importante fundamento histórico para estos fines es el hecho de que el socialismo no es nuevo en nuestro país. Desde mediados del siglo XIX hay dos períodos subversivos en los que los condicionantes del cambio van inspirados por esta ideología.

Desde los artesanos, estudiantes y campesinos, de Lorenzo María Lleras y el ejército de José María Melo, en 1854, cuando llegaron al poder estatal, hasta los obreros de Francisco de Heredia, Luis Eduardo Mahecha y María Cano en 1927, hay que sumar al pionero Rafael Uribe Uribe, quien en 1904 predicó el socialismo, el grupo de Los Nuevos, y del Café Windsor, la antielite crítica de la época, constituida por las luminarias evocadas en el capítulo 7, encabezadas por don Luis Cano, León de Greiff, Carlos Lozano —el egregio suicida— y Germán Arciniegas, antielite a la que pronto se uniría la juventud anticentenario de Jorge Zalamea Borda y compañeros, más el contingente que hacia finales de la década apareció con Jorge Eliécer Gaitán, Gerardo Molina y Antonio García. Nacieron así los primeros partidos socialistas

(1924) y comunistas (1930), sin los cuales el Partido Liberal no habría accedido al poder.

No seré plañidera porque aquellos primeros esfuerzos se afectaron por las ofertas y tentaciones de la cooptación, por la dura represión y errores de estrategia y cálculo. Los trabajos y desvelos por el pueblo de muchos de estos líderes y otros se palpan y aprecian todavía. Colombia no sería la misma sin aquellos aportes: sería peor. No es éste el sitio para hacer cargos ligeros, sino para reconocer sumatorias. Por eso, a la espléndida lista de pioneros colombianos del socialismo conocido, podemos ahora añadir el nombre de Camilo Torres Restrepo como fundador de la nueva modalidad del socialismo, el de nuestro siglo, el de raíces propias, inspirado en los logros de nuestros pueblos originarios del trópico y preocupado por buscar su felicidad y progreso.

En lo que a juicios, evaluación y cargos se refiere, hay que ser justos, así a veces pueda resultar doloroso. Me refiero al reconocimiento de los aportes y esfuerzos que en nuestro país han hecho por décadas disórganos connotados, como las guerrillas ideológicas y grupos armados inspirados en causas superiores o justas en beneficio de nuestro pueblo (como lo expliqué atrás). Para el claro e inobjetable advenimiento del *quinto orden* se hace necesario que desde ahora mismo, sobre la marcha o en pasos escalonados o finales de procesos activos, se hagan cortes de cuentas al personal involucrado, exámenes serios de idoneidad moral y ejercicios similares hasta en lo administrativo y comunicativo.

Es también motivo para intensificar los estudios propios y con personal externo comprometido sobre la experiencia guerrillera y sus líderes, más de lo que se ha hecho hasta ahora, como por Arturo Alape y Joe Broderick. Hay que estudiar y usar la cabeza, habría dicho Ingrid Betancourt, la más distinguida de los presos y retenidos de las FARC.

No son suficientes los consejos de guerra que por razones de jerarquía no son eficaces, tanto en las guerrillas como en las propias Fuerzas Armadas. Se necesitan veedores internos y/o externos de temple ético e idoneidad técnica que, a semejanza de comisiones de la verdad en otros países, aislen, identifiquen y re-

comienden castigos por violencia y crímenes de lesa humanidad, con base en los propios idearios originarios o en leyes nacionales y disposiciones internacionales, que corrijan y rehabiliten la memoria de las organizaciones históricas y sirvan de puente para el enriquecimiento del *quinto orden*.

Suficiente con recordar estos antecedentes y trabajos que destruyen prejuicios de los grupos de la reacción. La tesis se enriquece ahora con tales hechos y con la utilización de la hipótesis sobre refracción del orden social-burgués, el cuarto de muestra cuenta. Y que los condicionantes para la aparición del quinto orden, una vez cumplan la etapa subversiva del neosocialismo, ya pueden definirse e identificarse con mayor claridad que hace 40 años.

ELEMENTOS DEL QUINTO ORDEN

En efecto, hay vestigios todavía de los valores clásicos positivos y de importantes expresiones vivas de normas fundantes de nuestros pueblos originarios, tales como la solidaridad de los indígenas, el libertarismo de los afrodescendientes, la dignidad de los campesinos y comuneros, y la defensa de la autonomía de los patricios y colonos internos. Éstos son los verdaderos conformadores de la nacionalidad colombiana, aun soportando los abusos de las castas dominantes europeizantes y desaliños de foráneos explotadores. Son los grupos clave de la nueva subversión. Pueden ser pocos y parecen inermes, pero tienen el potencial de lo que Arnold Toynbee llamó “minorías creadoras”. Se hallan ya alertas y activas en países como Bolivia, Ecuador, Venezuela, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, Perú, México, Nicaragua y Paraguay.

Hasta en los Estados Unidos ha aparecido, como un rayo, un “candidato de la esperanza y del cambio”, Barack Obama, que propone trabajar de las bases hacia arriba, con y por los más pobres, que se precia de no ser “ciudadano de Washington” y de ser bisoño en política, y otras tesis muy conocidas por nosotros los tropicales. El reto de Obama a los políticos tradicionales es fuerte y directo, en lo que le acompaña la juventud ante absten-

cionistas. “Acompáñeme”, dice Obama, y la multitud ruge como antes sólo había hecho con Martin Luther King.

Tal es por lo menos la esperanza de quienes desde las izquierdas democráticas radicales de todos estos países hemos querido sembrar las semillas de la comprensión y de la tolerancia, de la participación y la democracia directa, el mutuo respeto y el respeto por la vida y por la naturaleza, el cariño por nuestros ancestros y la recuperación de la historia olvidada de los pueblos. Porque para nosotros ser de izquierda significa comprender y amar.

Hemos querido construir la sociedad con ideales compartidos. Y para ello nos hemos valido de fundamentos, movimientos, partidos populares, desde el Frente Unido de 1965 hasta Colombia Unida en 1987, Alianza Democrática-M-19 en 1990 hasta el Frente Social y Político y el Polo Democrático Alternativo en 2002, hoy afortunadamente presidido por el ex magistrado y profesor Carlos Gaviria Díaz, capitán de su unidad y guía de sus avances y triunfos como la gran fuerza política nacional.

En el nuevo orden hay que dar prioridad al retorno a la tierra para todo el campesinado víctima de la guerra, en particular para los millones de desplazados por los paramilitares, desde su aparición como “pájaros”, y por su criminal usurpación de las mejores tierras productivas, como las del minifundio. Ni el actual ni los anteriores gobiernos prestaron atención a lo que desde la década de 1950 se llamó *reforma agraria*, excepción hecha durante del cuatrienio de Lleras Restrepo. La situación del campo es hoy peor, siendo que la cuestión agraria ha sido abrevadero principal de las violencias, desde el fiasco de la Ley 200 de 1936.

A esa fuente de conflictos hay que volver los ojos, y respetar, además, nuestra vocación agrícola tropical y autoalimentaria, y dejar de pensar que el “desarrollo” agrícola se hace enriqueciendo a los capitalistas del campo. Los gobernantes que así piensan y actúan traicionan la esencia de la identidad nacional y demuestran que no tienen ceñimientos, como quedó demostrado en la vergonzosa entrega de los terrenos de “Carimagua” a intereses multinacionales ligados al neoliberalismo presidencial. Así pudiera haber razones técnicas en aquella decisión, no podía haber

excusas. El gobierno uribista mostró así tener corazón pequeño y bolso grande. Allí sus preferencias políticas deben ser reconvenidas por las cortes y la Procuraduría, y sustituidas lo más pronto posible por virtud de nuestras leyes.

A los desplazados debe dárseles toda la reparación necesaria, de los recursos que hoy monopolizan las Fuerzas Armadas para continuar las políticas bélicas. Mantener la propiedad de la tierra concentrada en pocas y muchas veces ensangrentadas manos es aberrante, injusto y peligroso. Seguirían avivando indefinidamente la causa original de la violencia secular de nuestro sufrido país.

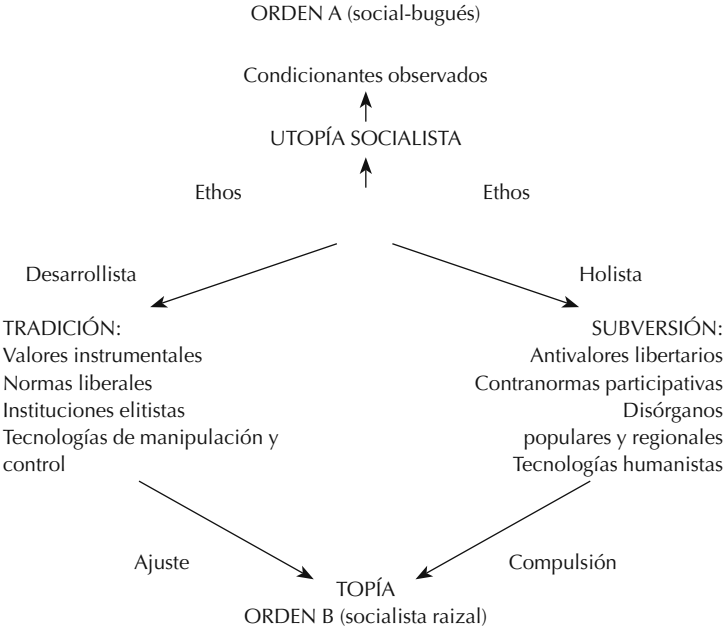
El aporte del Polo en esta estratégica materia, como grupo clave de la subversión moral hacia el neosocialismo, viene a ser fundamental, en espera de que logre resolver sus dos tensiones: la interna que permita mantener las mayorías que favorecen el cambio social y político, y la externa, que busca atacar al radicalismo de izquierda democrática y aplicar la visión del pragmatismo cortoplacista.

* * *

Siguiendo el marco telético de la subversión moral en su cuarta expresión neosocialista colombiana, podemos representar la refracción del orden social-burgués vigente por el impacto de la *utopía socialista raizal*, que como hemos visto se ha venido discutiendo desde hace tiempo.

Para plantear esquemáticamente el advenimiento del quinto orden contamos con la gráfica introducida al final del capítulo 10, que muestra cómo, en teoría, se refracta el orden vigente en sus elementos condicionantes: valores instrumentales/antivalores libertarios; normas/contranormas participativas; instituciones elitistas/disórganos y grupos clave populares; y técnicas de control/disórganos y grupos clave populares; y técnicas de control/tecnologías humanistas. Se crean así dos columnas opuestas: una, la de la tradición, y la otra, la de la subversión moral. Las fuerzas sociales que inciden sobre el proceso son el ajuste y la compulsión, que vienen suficientemente documentadas para crear la nueva *topía*.

Dos *ethos* se enfrentan: el desarrollista o reformista que defiende el orden, y el holista que busca transformarlo. El esquema se replica de la siguiente manera, para llegar al quinto orden.



Tales han sido los marcos, teorías, métodos y propósitos centrales del presente libro, como “visión del cambio social en la historia” de Colombia y de otros países colonizados por Europa. Queda una duda lacerante que se ha planteado muchas veces sobre el ritmo generacional y el papel de grupos clave para el cambio. Llevamos dos generaciones frustradas por el inconveniente cambio realizado por los dirigentes. Es necesario revolver no sólo a los gobiernos sino al proceso cultural y educativo desde sus cimientos e insistir en ellos con diversos medios eficaces por otros 30 años. Colombia no puede seguir siendo el desgraciado Prometeo, condenado por los dioses a que aves de rapiña devoraran sus entrañas hasta el fin de los tiempos. ¿Lo soportaremos? La tarea en el fondo es también ética. Por eso conviene refrendar la

gran consigna de Jorge Eliécer Gaitán y trabajarla: “Por la restauración moral de la república, ¡a la carga!”.

Nuestras deidades no son tan crueles como las griegas. Apelemos a su ancestral compasión y a nuestros grandes héroes y heroínas populares, tales con los retos para grupos clave como el Polo y sus componentes con el revolcón radical necesario. Sí, a menos que sigamos con un pragmatismo corto y con la fatal mentalidad de borregos aguantadores, víctimas del manipuleo mediático. Por fortuna, hay ciertos hechos nuevos que permiten una pizca de optimismo: comentaristas cada vez más críticos, valientes, afanados por la rutina fatigante de la acumulación belicosa; la presencia masiva de participantes serenos e independientes en la marchas de 2008, ciudadanos serios que no se dejaron impresionar por el sectarismo del régimen; el despertar de la juventud abstencionista, que está entrando cada vez con mayor fuerza en la lid política que debe ser corregida; la presión internacional por el respeto humanitario que rompa el absurdo aislamiento de nuestro país por causas que los colombianos hemos visto con justificada desconfianza; el retorno a la tierra como vocación natural de nuestro pueblo tropical.

El magma refrenado por decenios empieza a hacerse visible en erupciones sucesivas. El magma es vida, es síntoma de reconstrucción. El país está dando muestras de cansancio ante los excesos guerreristas y paramilitares. Si las tendencias pacíficas continúan, como parece probable en lo que va corrido del presente año, habría espacio para tener alguna esperanza de que Colombia vuelva a los ritmos de su vena civilizatoria y cultural.

Por eso —ojalá no sea víctima del deseo—, al cerrar la presente obra no puedo menos que gozar imaginándonos libres de la boa constrictor de la guerra, deteniendo la espiral de nuestra violencia ancestral. Dos generaciones hemos resistido la tragedia nacional: es suficiente el castigo. El cambio viene y el quinto orden puede llegar. Y recordemos que, según nuestros abuelos, no hay quinto malo.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA DE ORLANDO FALS BORDA¹

El hombre y la tierra en Boyacá: bases sociológicas e históricas para una reforma agraria, Bogotá, Antares, Documentos Colombianos, 1957.

Acción comunal en una vereda colombiana: su aplicación, sus resultados y su interpretación (con la colaboración de Nina Chaves e Ismael Márquez), Monografías Sociológicas, N° 4, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Sociología, 1960.

Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucío, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1961. Existe una versión anterior en inglés: *Peasant Society in the Colombian Andes: A Sociological Study of Saucío*, Gainesville, University of Florida Press, 1955.

La violencia en Colombia: estudio de un proceso social, t. I, Bogotá, Tercer Mundo, 1962.

La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia, Bogotá, Universidad Nacional-Tercer Mundo, 1967. Publicado

¹ La vasta obra de Orlando Fals Borda —libros, artículos, ensayos, intervenciones, etc.— nos impone, para los efectos de esta publicación, referirnos exclusivamente a aquellos trabajos que, a nuestro juicio, son fundamentales para tener una aproximación esencial a la obra del sociólogo y político colombiano, de la cual quiere dar cuenta, en forma por demás limitada, esta selección de textos.

- también como *Subversión y cambio social. Edición revisada, ampliada y puesta al día de "La subversión en Colombia"*, Bogotá, Tercer Mundo, 1968. Finalmente se reeditó bajo el cuidado del propio autor como *La subversión en Colombia: el cambio social en la historia*, Bogotá, FICA-CEPA, 2008. Existe una versión en inglés de Jacqueline D. Skiles: *Subversion and Social Change in Colombia*, Nueva York, Londres, Columbia University Press, 1969.
- Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968 (nueve reediciones). Existe una versión en francés de Jacques Senelier y Raoul Edgar-Rosa: *Révolutions inachevées en Amérique Latine*, París, Desclée de Brouver, 1972.
- Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, Nuestro Tiempo, 1970 (cinco reediciones). Existe una edición posterior: Bogotá, Punta de Lanza-Carlos Valencia Editores, 1981.
- Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, Punta de Lanza, 1975.
- El problema de cómo investigar la realidad para transformarla*, Bogotá, Tercer Mundo, 1979 (dos reediciones: 1983 y 1986). Es una versión actualizada de "Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla", en *Simposio Mundial de Cartagena: crítica y política en ciencias sociales*, vol. I, Bogotá, Punta de Lanza-Universidad de los Andes, 1978. Existe una versión en alemán en: H. Moser y H. Ornaner (eds.), *Internationale Aspekte der Aktionsforschung*, Munich, Kösel, 1978; una versión en inglés en *Dialectical Anthropology*, N° 4, Amsterdam, 1979; una versión en italiano en *Quaderni Eda*, N° 2, 1982; y una versión en portugués en *Servico Social e Sociedade*, N° 11, abril de 1983.
- Conocimiento y poder popular: lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia*, Bogotá, Siglo XXI, 1986. Existe una versión en inglés: *Knowledge and Popular Power: Lessosns with Rural Workers from Nicaragua, Mexico and Colombia*, Ginebra, OIT, 1986.
- Historia doble de la costa*, Bogotá, Carlos Valencia, 1986.
- Participación popular: retos del futuro*, Bogotá, ICFES-IEPRI-Colciencias, 1998.

“Cuarenta años de sociología en Colombia: problemas y proyecciones”, en *Revista Colombiana de Sociología*, VI, N° 1, 2001.
La violencia en Colombia, 2 vols., Bogotá, Taurus, 2005.
Hacia el socialismo raizal y otros escritos, Bogotá, Desde Abajo, 2007.

Impreso en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162-1, col. Granjas Esmeralda
09810 México, D.F.
El tiraje consta de 1,000 ejemplares y sobrantes
Se terminó de imprimir el 18 de septiembre de 2015.

